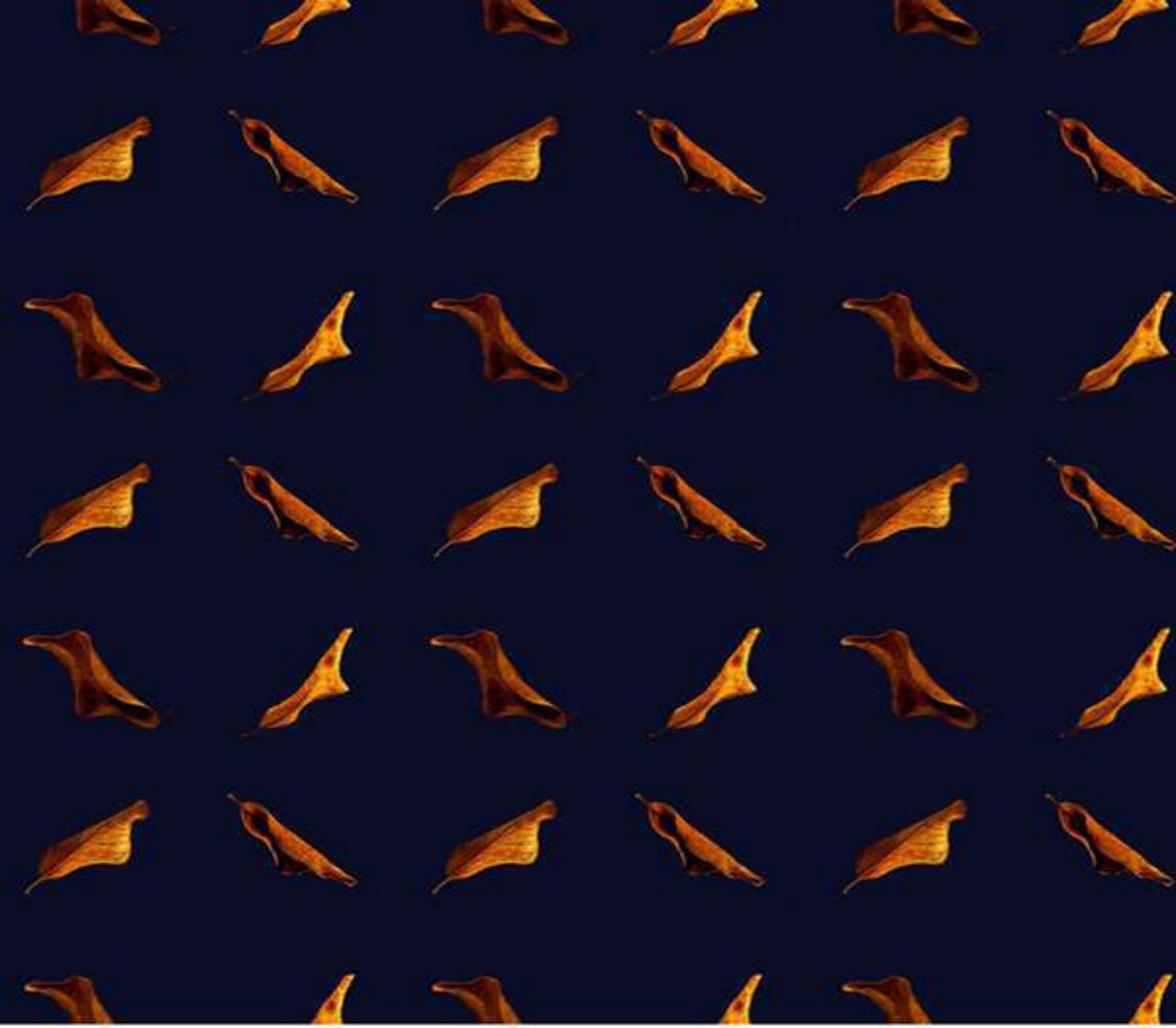


MICHEL DE MONTAIGNE

Ensayos

Diario del viaje a Italia, Correspondencia

Edición y traducción de GONZALO TORNÉ

En 1571, tras haber sufrido un accidente montando a caballo, Michel de Montaigne abandonó su posición como magistrado de Burdeos para retirarse a su castillo y empezar a escribir. Este es el inicio, casi novelesco, de una de las obras más importantes de la cultura occidental. Montaigne dialoga con los pensadores clásicos sobre todo tipo de cuestiones concernientes a la condición humana. Sus escritos son continuas tentativas en busca de una respuesta casi como si se tratara de un experimento, una probatura, un *essai*, un ensayo. El hilo conductor: una reflexión acerca del «sí mismo».

Este volumen, que reúne sus ensayos más notables, se completa con sugestivos apéndices: una buena porción de su dinámico *Diario del viaje a Italia*, una selección de su Correspondencia, las *Efemérides de Beuther* (su diario personal) y las «filacterias» (las sentencias eruditas que jalonaban su vasta biblioteca). Todo ello conforma un perfecto pórtico de entrada a la obra de un titán de la literatura universal.

Gustave Flaubert dijo…

«Montaigne. Léelo de principio a fin y cuando termines vuelve a leerlo, es una maravilla.»

Michel de Montaigne

Ensayos (ed. Gonzalo Torné)

Penguin Clásicos

ePub r1.0
Titivillus 28-09-2019

Michel de Montaigne, 1580
Traducción: José Miguel Marinas, Constantino Román y Salamero, Carlos Thiebaut & Gonzalo Torné
Editor: Gonzalo Torné

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

PRÓLOGO

EL ENSAYO DE SU TIEMPO

A determinada distancia cualquier obra literaria parece fruto del azar: el de una vocación, el de la oportunidad, el que se deriva de las circunstancias históricas, el azar del propio nacimiento. Cuando examinamos de más cerca las vidas de los escritores el azar se reduce y enseguida se aprecia el esfuerzo de la voluntad: los años de lucha que invirtieron para dominar sus intuiciones juveniles en una obra propia. Al fin y al cabo se necesitan varios *Enrique VI* para formar a un Shakespeare.

Montaigne constituye una excepción a este segundo supuesto. Si atendemos a la primera mitad de su vida (en la que según los biógrafos de la escuela romántica se plantan las semillas de todo gran personaje) descubriremos que hizo cuanto estuvo en su mano para evitar el encontronazo con su propia obra.

Michel Eyquem, que se convirtió en señor de Montaigne tras la muerte de su padre, nació en 1533. Su carrera pública empezaría a los veintiún años como consejero en La Cour des Aides. En 1571 (cuando apenas le quedaban veinte años de vida) intentó retirarse de la vida pública, pero las guerras religiosas que asolaron literalmente Francia echaron por la borda sus planes. Montaigne se multiplicó en tareas diplomáticas y cosechó una fama de hombre juicioso que le valió para ser elegido alcalde de Burdeos, cargo que mantuvo hasta 1585.

Durante el desempeño de estos servicios públicos Montaigne se apoyó en los conocimientos de derecho que adquirió en la Universidad de Toulouse. Pero disfrutaba también de una sólida formación en los clásicos griegos y latinos, adquirida primero en casa, con el método pedagógico de

su propio padre, y después en una escuela de la actual Aquitania, saberes que le valieron para mantener vivo un interés secundario por las letras. En Burdeos conoció a Étienne de la Boétie, irregular cultivador de versos e individuo filosofante a ratos perdidos, que ha pasado a la historia como humanista gracias a la devota amistad y al generosísimo juicio de Montaigne. Tras la temprana muerte de La Boétie, Montaigne se propuso compilar, editar y dar publicidad a las «obras» de su amigo, a quien nunca olvidó, y cuya presencia gravita en los *Ensayos* como una suerte de interlocutor fantasma.

Este es el bagaje con el que Montaigne emprendió la escritura de los *Ensayos*, que también fue accidentada. El primer volumen empezó a redactarlo en su primer intento de retiro y lo publicó nueve años después, en 1580. Trufado de citas de Plutarco y Séneca, autores a los que se había dedicado a leer en profundidad, el libro entero está empapado de una atmósfera pesimista derivada las guerras de religión que le inspiraron numerosos ensayos sobre asuntos bélicos y entretelas políticas. El segundo volumen apareció en 1581 y presumiblemente lo escribió en un intervalo de decaimiento físico, previo a su desempeño como alcalde. El tercer volumen, al que en buena medida debe su extraordinaria fama, empezó a escribirlo en 1586 y se publicó dos años después.

Una de las ideas que devastó el romanticismo, en cuya atmósfera seguimos respirando, fue la consideración del ejercicio de la poesía (entendida en un sentido amplio) como un adorno adecuado para un caballero respetable; un juego al que uno se entregaba con absoluta seriedad durante las pausas de su actividad pública (o cuando esta declinaba a causa de la edad o por un codazo rival) y sus responsabilidades familiares. Esta imagen se quedó sin contenido posible cuando los poetas románticos identificaron el ejercicio de su vocación con la existencia misma, entregada desde ese día al altar del arte y a los valores revolucionarios con los que algunos de ellos se invistieron. Poesía y cargos públicos empezaron a repelerse y ocuparon espacios distintos y bien delimitados como áreas de agua y aceite incapaces de emulsionar en una misma persona.

Apenas dos generaciones antes de que Wordsworth se pasease por el entorno de los lagos como una suerte de antena mística, hipersensible a los

movimientos de la naturaleza, la secuencia de escritores ingleses que va de Milton a Gray, tuvieron que compaginar la escritura con la actividad pública hasta el extremo que Samuel Johnson convirtió en uno de los temas más importantes de *Vidas de los poetas ingleses* el escrutinio de cómo demediaron la poesía de estos hombres las truculentas guerras religiosas y de sucesión que pisotearon sus años.

Un siglo antes, en la época de Montaigne (atravesada por una guerra religiosa no menos cruenta), era casi inconcebible dedicar una vida entera al cultivo de la poesía. Las letras se valoraban como un buen ejercicio para aclarar la mente, sosegar las pasiones, afinar la sensibilidad y animar la conversación, una melodía secundaria en la sinfonía de la vida. Tanto es así que el principal referente artístico de Montaigne, el queridísimo La Boétie, apenas recurría a la composición de versos cuando no se le ocurría otra cosa con la que distraerse (un poco como a Juan Benet, que en alguna ocasión declaró que solo apelaba a la escritura cuando le fallaban el trabajo y los amigos).

De manera que las condiciones en las que Montaigne se retiró a escribir no eran tan extrañas para la época y, pese a que contaba con una biblioteca bien escardada, una profusión de citas que delatan un ojo certero, y precedentes tan queridos como el de Catón, el rasgo más característico de sus primeros ensayos es la viva conciencia que el propio autor tiene de ser un amateur.

El ánimo con el que Montaigne se lanza a escribir se parece al del ajedrecista que solo compite en un ambiente doméstico: convencido de que la partida es un asunto privado y que sus reglas son arbitrarias, y, al mismo tiempo, dispuesto a respetarlas y avanzar con plena seriedad hasta que se resuelva la victoria o la derrota. Dicho de otro modo: Montaigne escribe los ensayos sin la ambición de conseguir una resonancia pública, convencido de que sus páginas solo divertirán a un reducido círculo de amigos (ni siquiera entendidos, el autor da por hecho que muchos se sentarán a leerlos por compromiso), pero emprende la tarea dispuesto a desempeñarse lo mejor que sepa en cada página. Algo hay aquí de la obstinación tardía del jubilado a quien tras una vida de esfuerzo, donde se acostumbró a hacer las cosas «como dios manda», no ve ningún motivo para deponer en beneficio

de la relajación que le sugieren hijos y nietos el criterio de exigencia con el que se desempeñó durante una prolongada vida laboral que todavía juzga como satisfactoria.

Las marcas del amateur se aprecian por lo menos de dos maneras en sus ensayos. El relativo diletantismo de Montaigne no se traduce en una locuacidad sin mesura como el de tantos cocineros, médicos o divulgadores actuales que, reconvertidos en gurús del espíritu, reinventan ufanos la sopa de ajo. Su temperamento no es temerario, y lo que asoma en estas primeras páginas es una respetuosa ingenuidad que le aconseja apoyar sus pensamientos incipientes en las muletas de las citas. Los versos y los argumentos seleccionados por Montaigne son atinados, pero como el lector no acude a estos *Ensayos* para leer una versión reducida del *aurea dicta* no es de extrañar que en las ediciones completas se impaciente ante tanto ejercicio de calentamiento. Una antología le facilita un acceso más rápido a los ensayos en los que Montaigne se revela como Montaigne (un escritor del que bien podría decirse que mejoraba todo el tiempo) sin necesidad de atravesar una estepa de citas parecidas y observaciones repetidas. Digámoslo de una vez: todas las páginas de Montaigne son interesantes, pero no todas están a la altura de su reputación.

Hay otro rasgo muy notable del Montaigne en formación que podemos atribuir a su amateurismo: rara vez aborda el asunto tratado desde un lado convencional, erosionado ya por el uso frecuente que hacen de él los eruditos profesionales (que también existían en sus tiempos). Incluso cuando estos primeros ensayos terminan desembocando en una conclusión previsible, Montaigne suele arrancar de una circunstancia personal. Lo que hoy nos parece un recurso corriente (apoyarse en un fragmento de vida personal) se estilaba poco en tiempos de Montaigne. Para los escritores clásicos con los que se formó, la vida personal era una suerte de oscuro soma al que apenas se recurría cuando uno pertenecía al dominio público y se debía a las obras constatables o a los cargos políticos. Uno puede avanzar por los libros de Tucídides sin enterarse (hasta que el silencio ya resulta alarmante) de que el propio historiador protagonizó un episodio importante de las guerras del Peloponeso. Platón esconde su vida tras una maraña de personajes. Los viajes de Herodoto son impersonales.

Si recorriésemos la secuencia de sus predecesores (historiadores, filósofos, redactores de epístolas, consolaciones y otros géneros) de Roma hasta 1500 podríamos escribir una historia del pudor, una especie de cerca o ciudadela que protege la intimidad (otro asunto es el comercio y la exposición de las vidas ajenas, como las violentísimas *Vidas* que escribieron Laercio y Suetonio) hasta tal punto que se da por hecho que los pensamientos individuales solo tienen validez si se expresan como pensamientos públicos.

Cuando a mitad del primero de sus tres volúmenes Montaigne empieza a desplegar las alas (un proceso que no culminará hasta que escriba el último de sus ensayos «Sobre la experiencia», donde el momento de alcanzar la máxima envergadura coincide con el de la muerte, igual que aquel raro pájaro del que habla Wallace Stevens: capaz de cantar en el filo de la mente, casi sin sentimiento humano) no abandona sus citas, pero ya no las emplea como muletas donde apoyar una exposición insegura, sino como golosinas para el lector, como descansos y ecos irónicos para un pensamiento que empieza a sentirse como en casa explorando el tono confesional.

Hacia el final de la *Recherche*, Proust empuja a su narrador a reflexionar cómo ha ido postergando su temprana ambición literaria en beneficio de actos sociales y amoríos estériles. Tras unos minutos de reproche el narrador repara en que estos episodios vulgares, todas las zonas aparentemente muertas de una vida, las que no se dejan vincular fácilmente a la literatura conocida, pueden recuperarse estéticamente en la escritura. Y que a diferencia de los pasajes que comparten todos los letraheridos, a diferencia del bagaje cultural común, tienen el poder de colorear con una tonalidad singular los asuntos de siempre: el crecimiento, la ambición, el amor, la envidia social, el desamor, la decrepitud, las despedidas. En ningún otro momento Proust fue tan discípulo de Montaigne como en este pasaje: ambos escritores son saprófagos, siempre bien dispuestos a rentabilizar los desperdicios cotidianos.

En los 26 ensayos que hemos seleccionado el lector no echará de menos ni uno de los grandes temas a los que debe enfrentarse el hombre, sea o no de letras, pero Montaigne se las arregla para que parezcan nuevos. Se

aprovecha de la clase de material que un filósofo y un autor clásico desdeñarían, y que en el futuro serán preciosos para la tribu de los novelistas: circunstancias personales, errores, confusiones, irrelevancias, enfermedades íntimas, la caída de un caballo, una conversación trivial… Estas son las rutas de acceso preferidas. La singularidad del abordaje se traslada al plano de la exposición: Montaigne no está particularmente interesado en formular una declaración clara en cada frase; no pretende que el argumento progrese añadiendo informaciones nuevas que se apoyan en la afirmación precedente; sus párrafos no vinculan con fuerza las ideas ni forman pasarelas que desembocan en una conclusión contundente. El de Montaigne es más bien un pensamiento distraído que no pretende ahorrarnos los merodeos dubitativos que traza alrededor de un tema, despreocupado de las contradicciones puntuales y de los cambios de dirección, y que no drena el tono emocional del que brotan los enunciados (desconoce la gélida expresión que los filósofos aprenderán a dominar un par de siglos después para simular con este efecto retórico que a través de ellos habla la voz impersonal de la razón). La escritura de Montaigne ofrece sobre la página los movimientos espontáneos del pensamiento. A la mayoría de estos textos se les podría aplicar la idea de Adorno del ensayo como una forma abierta, renuente a concluir. Serpenteantes, juguetones, uno tiene la impresión de que se acaban porque a Montaigne le apetece tratar otro asunto que no hay manera de enlazar con lo que venía diciendo, o porque el escritor es demasiado caballeroso (una gentileza que se desdibujará con los años) para reclamar la atención de sus lectores más de veinte páginas.

Volvamos por última vez a la *Recherche*. Mientras participa en una fiesta, donde el paso del tiempo ha encanecido y arrugado el pelaje de los hombres y mujeres con los que entró en el mundo como si fuera algo nuevo que fuese a durar siempre, el narrador descubre que la vejez es algo propiamente humano, y se interroga para qué sirve una vida: con todos sus momentos álgidos, las incertidumbres, los borrones del aburrimiento, y millares de pensamientos que se revuelven en la mente y que nunca llegan a expresarse. Uno sospecha que la respuesta de Proust le hubiese hecho torcer el gesto a Montaigne: toda esa vida informe sirve como material para

elaborar una obra literaria, para salvar a los hombres que la tierra ya no puede retener mediante una sofisticada recreación estética; una ambición de raíz romántica. Para Montaigne los hombres prosiguen su vida en Dios y la escritura es un entretenimiento (aunque no por eso menos sofisticado), solo un majadero confundiría la literatura con el fin último del hombre en la tierra, su salvación contingente.

Claro que tampoco cuesta imaginar a un Cicerón o a un Séneca juzgando con severidad desconcertada los *Ensayos* de Montaigne. A fin de cuentas ¿para qué sirve abrirle al lector el libro de la propia vida, exponerle su intimidad, sus miedos, sus cólicos? ¿En qué nos beneficia saber tantos detalles de una vida que no es la nuestra, que no podremos volver a vivir, que ni siquiera, pues nuestro mundo ya no es el suyo, podremos tomar seriamente como modelo?

Como sucede con las vocaciones, observadas a determinada altura todas las vidas están sujetas a las mismas etapas, regidas por una pauta común que se resuelve de manera distinta en cada caso particular. Aunque gran parte del tiempo que tenemos asignado lo experimentamos en soledad, vivimos envueltos de opiniones, discursos, testimonios y recuerdos ajenos, que lo queramos o no nos suministran los hilos con los que tejemos nuestras expectativas, metas y objetivos. Existen dos discursos culturales que pese a estar situados en extremos opuestos del valor coinciden en tratarnos como a niños. La autoayuda (personal, empresarial, laboral, tanto da) se basa en transmitirnos amables mentiras sobre nosotros mismos y el funcionamiento del mundo, en renovar, libro a libro, el mismo cúmulo de esperanzas sin fundamento. En las escuelas filosóficas de la sospecha (que inspiraron mucha de la literatura escrita alrededor de las grandes guerras mundiales) percibimos cierta propensión morbosa a encontrar una explicación repugnante a cada emoción o pensamiento espontáneo e inocente (a la manera del padre que desconfía del hijo incluso cuando no encuentra ningún motivo artero a su comportamiento). Montaigne no trata de animarnos con falsas expectativas ni nos asusta como niños. Pese a que ni con tres vidas nos alcanzaría para pensar por nosotros mismos los *Ensayos*, Montaigne nos mira a la altura de los ojos. Quizá porque muchos de estos ensayos recuerdan a veces a una carta disimulada y dirigida al fantasma de

La Boétie, en cuyo vacío nos sentamos cada uno de los lectores al pasar las páginas, el tono de Montaigne se parece al de una conversación entre amigos, más interesados en seguir y en deleitar, que en convencer e imponerse.

Los grandes libros forman una suerte de casas, de lugares donde nuestra mente habita un tiempo. Algunas de las casas más prestigiosas son subyugantes, amplían nuestra sensibilidad y nos maduran intelectualmente, pero *Edipo rey*, el *Infierno* de Dante o el *Rey Lear* no son sitios donde la mente debería quedarse. Montaigne está lejos de la jocosa brutalidad de Cervantes y del espectáculo de la hostilidad humana que despliega Shakespeare. Es el más acogedor de estos tres escritores que entre 1580 y 1616 sentaron las bases del ensayo, la novela y el teatro modernos. En estas coordenadas de intención y de tono podríamos decir que la lectura de Montaigne (en sus *Ensayos*, sobre todo, pero también en su diario de viaje y en sus cartas) nos aporta algo realmente estimable: compañía. Quizá la palabra esté en desuso, pero califica bien la experiencia de leer a Montaigne: encontraremos autores más intensos, un puñado de más imaginativos, pero me cuesta caer en la cuenta de otro escritor de quien, al leerlo, se desprenda una sensación parecida de cercanía, una proximidad inmaterial y desinteresada, la de una voz que se examina sin restricciones para que incrementemos nuestro conocimiento sobre la existencia humana, para nuestro provecho.

Volvamos ahora a formular la pregunta: ¿para qué sirve que alguien abra para nosotros el libro de su intimidad? La sabiduría que puede proporcionarnos la literatura es variable y amplísima, pero una de las peculiaridades distintivas de la existencia es que debemos atravesarla en primera persona. Pero aunque no podamos ni repetir los aciertos ni evitar los errores de ningún predecesor, supone un valor incalculable que una mente despierta se comprometa a relatarnos una larga secuencia de reflexiones verdaderas sobre su vida.

Febrero de 2014

UNA JUSTIFICACIÓN

A primera vista pocos libros necesitan menos justificación que una edición de los ensayos de Montaigne, toda vez que una larga tradición los ha instituido entre los textos ineludibles para cualquier lector curioso. Más justificación merece (y de aquí este breve texto) esta edición concreta, cuya particularidad principal es la de ser una antología de la obra completa (y no solo de los ensayos) de Montaigne.

«Antología» porque pese a la devoción que Montaigne despierta entre los lectores, la suya es una lenta maduración hacia la excelencia, con altos y bajos, y el mercado español carecía de una selección que facilitase un atajo hacia los principales tesoros que podemos encontrar en los ensayos sin tener que atravesar decenas de páginas menos inspiradas. Se presenta aquí una selección extensa y suficiente de los ensayos, siempre completos, con una sola excepción, la «Apología de Ramón Sibiuda», tan célebre como excesivamente prolijo en ejemplos, y que se ofrece extractado en reconocimiento de lo primero y alivio de lo segundo.

Y nos hemos decantado por ampliar la antología a la «obra completa» porque hay más Montaigne fuera de los ensayos: hemos recogido también los diarios de viaje escritos de su puño y letra, y una selección de su correspondencia personal (incluida la estremecedora carta que le envió a su padre). Con el propósito de ofrecer la presentación más amplia y útil para el lector, completamos la edición con las efemérides familiares de los Montaigne, recogidas por el propio Michel, y con las frases que adornaban su célebre biblioteca.

NOTA SOBRE LA EDICIÓN

La autoría de las notas, en esta edición, es siempre de los traductores si no se indica lo contrario. En cuanto a las versiones, hemos cotejado, revisado, corregido y completado la traducción clásica de Román y Salamero de los *Ensayos* con la edición de Naya, Reguig y Tarrête para Gallimard, que a su vez se basa en la edición de Burdeos (1588). Sobre el trabajo de Román y Salamero se han unificado y restituido los nombres propios y de lugar, la numeración de los ensayos y también los textos originales de las citas (relegados aquí al pie, con la traducción al castellano insertada en el cuerpo del texto), así como las procedencias y referencias bibliográficas. En la firma de las notas de los *Ensayos* convergen otras manos: la letra «C.» indica las de Pierre Coste (1725); «N.» se refiere a Jacques-André Naigeon (1802); «L.» es Lefèvre (1812); «E. J.» remite a notas de la edición de Eloy Johanneau (1818); «A. D.» es la firma de Amaury Duval (1820), y las iniciales «J. V. L.» corresponden a Joseph Victor LeClerc (1896). El texto de partida del *Diario de viaje a Italia* es el establecido por la crítica contemporánea, sobre todo por Garavini y Rigolot. Finalmente, la traducción de la *Correspondencia* (una selección), las *Efemérides* familiares y las *Sentencias de la biblioteca* tiene su origen en la edición de Claude Pinganaud para Arléa.

ENSAYOS

LIBRO PRIMERO

AL LECTOR

Este es un libro de buena fe, lector. Desde el comienzo te advertirá que con él no persigo ningún fin trascendental, sino solo privado y familiar; tampoco me propongo con mi obra prestarte ningún servicio, ni con ella trabajo para mi gloria, que mis fuerzas no alcanzan al logro de tal designio. Lo consagro a la comodidad particular de mis parientes y amigos para que, cuando yo muera (lo que acontecerá pronto), puedan encontrar en él algunos rasgos de mi condición y humor, y por este medio conserven más completo y más vivo el conocimiento que de mí tuvieron. Si mi objetivo hubiera sido buscar el favor del mundo, habría echado mano de adornos prestados; pero no, quiero solo mostrarme en mi manera de ser sencilla, natural y ordinaria, sin estudio ni artificio, porque soy yo mismo a quien pinto. Mis defectos, mis imperfecciones y mi manera de ser ingenua se reflejarán a lo vivo: en tanto que la reverencia pública lo consienta. Si hubiera yo pertenecido a esas naciones que viven todavía bajo la dulce libertad de las primitivas leyes de la naturaleza, te aseguro que me hubiese pintado de buen grado de cuerpo entero y completamente desnudo. Así, lector, yo mismo soy el contenido de mi libro, lo cual no es razón para que emplees tu vagar en un asunto tan frívolo y tan baladí. Adiós, pues.

De Montaigne, a 12 días del mes de junio de 1580

Capítulo XV

DEL CASTIGO POR OBSTINARSE SIN FUNDAMENTO EN LA DEFENSA DE UNA PLAZA

La valentía, como todas las demás buenas prendas, tiene sus límites; traspuestos estos, el hombre se encuentra en mal camino, de tal suerte, que un exceso de valor conduce a la temeridad, y a quien no conoce los linderos del bien obrar, que no son fáciles de precisar, a la obstinación y a locura. Nace de este principio la costumbre de castigar en nuestras guerras, a veces con la muerte, a los que se obstinan en defender una plaza que según los principios de la ciencia militar debe ser abandonada. Si tal costumbre no se practicara, la impunidad de la acción sería la causa de que cualquier bicoca[1] bastase para detener un ejército.

El condestable de Montmorency en el cerco de Pavía estuvo encargado de atravesar el Tesino para instalarse en los barrios de San Antonio; se oponía a la realización de la orden una torre con gente armada que había en el extremo del puente, y que se defendió obstinadamente hasta la derrota. El condestable hizo ahorcar a todos los que se hallaban dentro de la fortaleza. Después, el propio condestable acompañó al delfín en el viaje al otro lado de la frontera, y tras apoderarse por la fuerza de las armas del castillo de Villane, todo lo que guardaba la fortaleza fue destruido por la furia de sus soldados, menos el capitán y el enseña, a quienes hizo ahorcar y estrangular por su obstinación. Igual conducta siguió el capitán Martin du Bellay, siendo gobernador de Turín, en esta misma ciudad: el capitán Saint Bony y todas sus gentes fueron masacrados durante la toma de la plaza.

La idea del valor o cobardía del lugar se juzgan por la estimación y contrapeso de las fuerzas sitiadoras, y en esta idea entra también en juego la

grandeza del príncipe conquistador, su reputación y el respeto que le rodea; se corre el riesgo de inclinar un poco la balanza de este lado, y este es el motivo por el que algunos tienen formada tan grande idea de sí mismos y de los medios con que cuentan, que no pareciéndoles ni verosímil que haya nada capaz de hacerles frente, pasan a cuchillo allí donde encuentran resistencia mientras les dura la buena fortuna; como se ve por las fórmulas de intimación y desafío que empleaban los príncipes de Oriente y sus sucesores actuales, fiera y altiva e inspirada por un despotismo bárbaro. En el lugar por donde los portugueses comenzaron la conquista de las Indias, encontraron algunos Estados en los cuales se practicaba la siguiente ley universal e inviolable: el enemigo que había sido vencido en presencia del rey o de su lugarteniente no tenía ningún derecho a gracia ni rescate.

Es preciso, sobre todo, guardarse, de ser posible, de caer en manos de un juez enemigo, victorioso y armado.

Capítulo XX

DE LA FUERZA DE IMAGINACIÓN

«Una imaginación robusta engendra por sí misma los acontecimientos»,[2] dicen las gentes resueltas. Yo soy de aquellos a quienes la imaginación avasalla: todos ante su impulso se tambalean, y algunos caen a tierra. La impresión de mi fantasía me afecta, y pongo todo esmero y cuidado en esquivarla, por carecer de fuerzas para resistir su influjo. De buen grado pasaría mi vida rodeado solo de personas sanas y alegres, pues la vista de las angustias del prójimo me angustia materialmente, y con frecuencia usurpo las sensaciones de un tercero. El oír una tos continuada irrita mis pulmones y mi garganta; me cuesta visitar más enfermos cuanto más me preocupa su estado: en fin, me apodero del mal que veo y lo guardo dentro de mí. No me parece una maravilla que la imaginación se baste para producir las fiebres y la muerte de los que no saben contenerla. En una ocasión me encontraba en Toulouse, en casa de un viejo enfermo del pulmón, de abundante fortuna. El médico que le asistía, Simon Thomas, facultativo acreditado, trataba con el enfermo de los medios que podían ponerse en práctica para curarle, y le propuso darme una ocasión para que yo gustase de su compañía; para que fijara sus ojos en la frescura de mi semblante y su pensamiento en el vigor y alegría que mi adolescencia rebosaba, y que llenase todos sus sentidos de tan floreciente estado. Así, decía el médico al enfermo, su situación podría cambiar, pero se olvidó de añadir que el mal podría trasvasarse a mi persona. Galo Vibio aplicó tan bien su alma a la comprensión de la esencia y variaciones de la locura que perdió el juicio; de tal suerte que fue imposible volverle a la razón. Pudo, pues, vanagloriarse de haber llegado a la demencia por un exceso de juicio.

Hay algunos condenados a muerte en quienes el horror vuelve inútil la tarea del verdugo; y muchos se han visto también que al descubrirles los ojos para leerles la gracia murieron en el cadalso por no poder soportar la impresión. Sudamos, temblamos, palidecemos y enrojecemos ante las sacudidas de nuestra imaginación, y tendidos sobre blanda pluma sentimos cómo nuestro cuerpo se agita algunas veces hasta morir; la hirviente juventud arde con tal ímpetu que satisface en sueños sus amorosos deseos:

Ut, quasi transactis saepe, omnibus, rebus, profundant
Fluminis ingentes fluctus, vestemque cruentent.[3]

La historia de Cipo, rey de Italia, es de todo memorable. Había asistido el día anterior con gran interés a una lucha de toros, y toda la noche soñó que tenía cuernos en la cabeza, y el calor de su fantasía hizo que le salieran. La pasión le devolvió al hijo de Creso la palabra que la naturaleza le había privado. Antíoco tuvo recias calenturas a causa de la belleza de Estratonice, cuya hermosura se selló profundamente en su alma. Refiere Plinio haber visto cambiarse a Lucio Cosicio de hombre en mujer el mismo día de sus bodas. Pontano y otros autores cuentan análogas metamorfosis ocurridas en Italia en los últimos siglos. Y por vehemente deseo, propio y de su madre,

Ifis pagó siendo muchacho las promesas que hizo cuando doncella.[4]

En el Vitry francés vi a un sujeto a quien el obispo de Soissons había confirmado con el nombre de Germain; todas las personas de la localidad le conocieron como mujer hasta la edad de veintidós años, y le llamaban Marie. Era, cuando yo lo conocí, viejo, bien barbado y soltero, y contaba que tras esforzarse en un salto le habían aparecido sus miembros viriles. Aún hoy existe la costumbre entre las muchachas del Vitry de acompañar sus cantos con grandes saltos.

A la fuerza de la imaginación atribuyen algunos las cicatrices del rey Dagoberto y las llagas de san Francisco. Otros el que los cuerpos leviten. Refiere Celso que un sacerdote levantaba su alma en éxtasis tan grande que su cuerpo permanecía mucho tiempo sin respiración ni sensibilidad. San Agustín habla de otro a quien le bastaba solo con oír gritos lastimeros, para ser transportado instantáneamente tan fuera de sí, que era del todo inútil

alborotarle, gritarle, achicharrarle y pincharle hasta que recobrase los sentidos. Entonces declaraba haber oído voces, que al parecer sonaban a lo lejos, y exhibía sus heridas y quemaduras. Que el accidente no era fingido sino natural, lo prueba el hecho de que mientras era presa de él, la víctima no tenía pulso ni exhalaba aliento.

Verosímil es que el crédito que se concede a las visiones, encantamientos y otras cosas extraordinarias provenga solo del poder de la fantasía; que obra principalmente sobre almas del vulgo, por ser más blandas e impresionables. Tan firmemente arraigan en ellas las creencias, que creen ver lo que no ven.

Casi estoy por creer que esos burlones maleficios que traban a algunas personas (no se oye hablar de otra cosa) proceden de la aprensión y el miedo. Por experiencia sé que cierta persona de quien puedo dar fe como de mí mismo, en la cual no podía haber sospecha alguna de debilidad ni encantamiento, tras escuchar a un amigo suyo el relato de la extraordinaria debilidad en la que había caído cuando más necesitado se hallaba de vigor y fortaleza, el horror del caso le asaltó de pronto la imaginación y le hizo atravesar situación análoga. En adelante experimentó repetidas veces tan desagradable accidente, porque el importuno recuerdo de la historia le agobiaba y tiranizaba constantemente. Pero encontró algún remedio a la ilusión de la que era víctima con otra parecida: al declarar de antemano la calamidad que le amarraba, mejoró la contención de su alma, pues al esperar el mal como algo irremediable, le pesaba menos la preocupación. Cuando tuvo ocasión, libremente (al encontrarse su pensamiento despejado y a sus anchas, y su cuerpo en la situación normal), de comunicar y sorprender el entendimiento ajeno, quedó curado por completo. La desdicha de que hablo no debe temerse sino en los casos en que nuestra alma se encuentre extraordinariamente embargada por el deseo y la aprensión, y también allí donde todo lo facilitó una urgencia precisa. Yo sé de alguien a quien le procuró un medio de satisfacer los ardores de su furor, y que por edad se encuentra menos impotente precisamente por ser menos potente; y de otro, a quien ha sido de utilidad grandísima el que un amigo le haya asegurado que se encuentra provisto de una contrabatería de

encantamientos, que le protegerán seguro. Pero mejor será que refiera el caso con detalle.

Un conde de alcurnia distinguida, de quien yo era amigo íntimo, se casó con una hermosa dama que antes había sido muy solicitada y requerida por uno de los que asistían a la boda. El desposado hizo entrar con cuidado a sus amigos, principalmente a una dama de edad, parienta suya, en cuya casa tenía lugar la ceremonia, y que la presidía; mujer temerosa de estas brujerías, según me lo confesó. Por casualidad yo guardaba en mi cofre una piececita de oro delgada, que tenía grabadas algunas figuras celestes, y que era un remedio eficaz contra las insolaciones y el dolor de cabeza, si se colocaba en la sutura del cráneo; para que la medallita pudiera llevarse allí iba sujeta a un cordón suficientemente largo para rodear la cara, y anudarlo a la garganta. Jacques Peletier[5] me había hecho tan singular presente, cuando estuvo viviendo en mi casa. Se me ocurrió sacar algún partido, y le dije al conde que también él podía correr peligro de impotencia a causa del encantamiento de algún rival, añadiendo que se acostara enseguida, que yo me encargaría de prestarle un servicio de amigo, y que ponía a su disposición un milagro, cuyo poder residía en mis manos, siempre y cuando me jurase por su honor guardar el más profundo secreto. También le recomendé que durante la noche, cuando fuéramos a llevarles la colación al lecho, si las cosas no habían ido a la medida de sus deseos, me hiciera una señal, convenida previamente. Había tenido el alma tan intranquila y los oídos le chillaron tanto por mis palabras, que sufrió los efectos de su imaginación y me hizo la señal a la hora prescrita. Yo le dije entonces, sin que nadie nos oyera, que se levantara con el pretexto de salir de la alcoba, y que, como jugando, se apoderase de mi bata (éramos de estatura casi idéntica) y se cubriera con ella mientras practicaba mi consejo, cosa que hizo sin pensarlo dos veces. Añadí que cuando nos marcháramos saliera a orinar, recitara tres veces ciertas oraciones y ejecutara ciertos movimientos; que cada una de esas tres veces se ciñera el cordón que yo llevaba en la cintura y se aplicara la medalla que iba sujeta a los riñones, todo eso con el cuerpo en determinada posición; y por último que, después de seguir escrupulosamente todas mis instrucciones, sujetara bien el cordón, a fin de que no pudiera desatarse ni moverse del lugar donde lo tenía, y que se

dirigiese con tranquilidad completa a su labor, sin olvidarse de tender mi traje sobre la cama, de modo que los cubriera a los dos. Todas estas patrañas constituyen lo principal del efecto; nuestra mente no puede rechazar el que medios tan extraños no procedan de alguna ciencia abstrusa; su insignificancia misma los reviste de autoridad, y nos obliga a respetarlos. En conclusión, es cierto que los signos de la medalla se mostraron más venéreos que solares, más activos que prohibitivos. Fue un capricho repentino y malicioso lo que me invitó a tal acción, alejado por lo demás de mi naturaleza. Soy enemigo de las acciones sutiles y fingidas; odio las sutilezas, no solo las recreativas, sino también las provechosas. Pues aunque el acto no sea vicioso por sí mismo, el procedimiento sí lo es.

Amasis, rey de Egipto, se casó con Laodice, hermosísima joven griega. Mas el soberano, que se había mostrado vigoroso con las demás mujeres, no acertó a disfrutar de Laodice, y la amenazó con darle muerte, creyendo que la causa de su debilidad era la brujería. Para remediar la desdicha la dama le recomendó la práctica de actos devotos, y tras ofrecerle a Venus ciertas promesas, se encontró divinamente fuerte la noche que siguió a las oblaciones y sacrificios. Hacen mal las mujeres en adoptar un papel melindroso y en expresar su contrariedad; todo eso nos debilita y acalora. Decía la suegra de Pitágoras que la mujer que se acuesta con un hombre debe dejar también la vergüenza con la ropa y recuperarla con las enaguas. El alma del varón, intranquila por alarmas diversas, se pierde fácilmente; aquel a quien la imaginación hizo sufrir una vez tal percance (no acontece esto sino en los primeros ayuntamientos, que son más hirvientes y rudos; y también por el recelo de que no se acierte con el disparo, miedo que disminuye con el ejercicio). Y cuando se empieza mal, el espíritu se altera y se vuelve temeroso de otro accidente, un miedo que persiste en adelante.

Los casados, como tienen por delante todo el tiempo, no deben buscar ni apresurar el acto si no están en disposición de realizarlo. Preferible es incurrir en falta en el estreno de la cópula nupcial, llena de agitación y fiebre, y aguardar una ocasión más propicia y menos revuelta, a caer en una perpetua miseria por la desesperación que acarrea el primer fracaso. Antes de la posesión debe el paciente hacer algunos ensayos sin acalorarse

demasiado para asegurarse así de sus fuerzas. Y los que son en este punto de naturaleza fácil, procuren usar la imaginación para contenerse.

Con razón se ha advertido la indócil rebeldía de este órgano, que se subleva importunamente, cuando no lo necesitamos, y se aplaca, más importunamente todavía, cuando tenemos necesidad de lo contrario. Tan imperiosamente se opone a nuestra voluntad, que rechaza con altivez y obstinación indomables tanto nuestras solicitaciones mentales como las manuales. Sin embargo, si se la enjuiciase, y se quisiera culpabilizar por ello, y me tocase a mí encargarme de la defensa acaso señalaría como cómplices a los otros miembros, sus compañeros, de haberle motejado por pura envidia de la importancia y dulzura de sus funciones; de haber todos juntos conspirado contra él y de hacerle cargar con la responsabilidad de una culpa común. Considerad, si no, si hay siquiera una sola parte de nuestro cuerpo que no se oponga con frecuencia más que excesiva a la determinación de nuestra voluntad. Cada cual tiene sus pasiones propias que se despiertan o adormecen sin nuestro consentimiento. ¡Cuántas veces declara nuestro rostro los pensamientos que guardamos en secreto y nos traiciona ante las personas que nos rodean! La misma causa que vivifica el órgano del que hablo anima también, sin que nos demos cuenta, el corazón, el pulmón y el pulso; la vista de un objeto grato esparce imperceptiblemente en nosotros la llama de una emoción febril. ¿Acaso son solo los músculos y las venas los que se aplacan o se ponen rígidos, sin licencia, no ya solo de nuestra voluntad, sino tampoco de nuestro pensamiento? No ordenamos a nuestros cabellos que se ericen, ni a nuestras carnes que tiemblen por el deseo o el temor; la mano se dirige con frecuencia donde nosotros no ordenamos que vaya; la lengua enmudece y la voz se apaga cuando se les antoja; en una ocasión en la que no tenemos ni viandas ni agua a nuestro alcance le prohibiríamos de buen grado a nuestro apetito la excitación y haríamos que nuestra sed se aplacara, pero no alcanza a tanto nuestro poder; nos ocurre lo mismo que con el otro apetito de que antes hablé: las ganas de comer nos abandonan cuando se les antoja. Los órganos que sirven a descargar el vientre se dilatan o contraen por su propia voluntad, e igualmente los que desocupan los riñones. San Agustín escribe para demostrar el poderío de nuestra voluntad de alguien que ordenaba a su

trasero expeler tantos pedos como quería, y Vives, glosador del santo, apoya con otro ejemplo de su época, diciendo que algunos tienen la facultad de expeler vientos musicales, que concuerdan con el tono de voz que se les impone. Son dos ejemplos excelentes pues, en general, puede decirse que no hay órgano más impertinente y tumultuario. Sé de uno tan turbulento y rebelde que lleva ya cuarenta años obligando a su dueño a peer de manera constante y sin descanso, y que le llevará de seguir así al sepulcro. Y a Dios pluguiera que hubiese tenido noticia por las historias de semejante monstruosidad. ¡Cuantísimas veces por oponernos a la salida de un solo pedo nuestro vientre nos coloca en el dintel de una muerte angustiosísima! El emperador que nos dio libertad absoluta de peer[6] en todas partes, no nos hubiera podido otorgar la facultad de hacerlo cuando lo tuviéramos por conveniente. Pero nuestra voluntad, a la que acusamos de impotencia en este particular, podríamos igualmente censurarla por rebelión y sedición en otros puntos por su desorden y desobediencia. ¿Quiere en toda ocasión lo que desearíamos que quisiera? ¿No sucede muchas veces que anhela aquello que le prohibimos, justo lo que nos daña? ¿Acaso se deja conducir por los principios de nuestra razón? En conclusión diré, en beneficio de mi defendido,[7] que me place considerar que su causa está inseparable e indistintamente unida a la de un consocio; pese a que, en contra de los argumentos y las pruebas, él carga con toda la culpa por los vidrios rotos. De todos modos, quiero dejar constancia de que los abogados y los jueces pierden el tiempo al emitir quejas y formular sentencias, la naturaleza seguirá la marcha que mejor se acomode a ella y habrá obrado acertadamente aun cuando haya dotado a este miembro de algún privilegio particular, pues ella es la autora de la única obra inmortal entre los mortales. Por eso consideraba Sócrates la generación como un acto divino, y el amor como un deseo de inmortalidad.

Hay quien a causa de su imaginación deja aquí las escrófulas[8] que su compañero llevará a España. Por eso, para tales casos se acostumbraba a recomendar que el espíritu esté en buena disposición. Por idéntica razón preparan los médicos de antemano la fe de sus pacientes en los medicamentos, con tantas promesas falsas de curación, a fin de que el efecto de la fantasía supla la inutilidad de sus pócimas. Saben bien que uno

de los maestros de su arte dejó escrito que hubo personas a quienes hizo efecto solo la vista de la medicina. Me ha venido esto a la memoria mientras recordaba la relación que me hizo un boticario que estaba al servicio de mi difunto padre, hombre sencillo, suizo de nacionalidad, un pueblo nada charlatán ni embustero. Me contó que tuvo mucho tiempo trato en Toulouse con un comerciante enfermizo, sujeto al mal de piedra, que tenía con suma frecuencia necesidad de darse lavativas y se las hacía preparar por los médicos, según las alternativas del mal; después que le presentaban el líquido con todos los adminículos comprobaba que no estuviera demasiado caliente, y ya tenemos a nuestro enfermo tendido boca abajo, con todos los preparativos admirablemente dispuestos, aunque después de todo no tomaba ninguna lavativa. En cuanto el médico se alejaba de la alcoba, el paciente se instalaba como si realmente se hubiese aplicado el remedio y experimentaba el mismo efecto que sienten los que lo practican. Jura mi testigo que para economizar el gasto, pues el enfermo pagaba como si las hubiera recibido, la mujer de este le presentó varias veces solo agua tibia; el efecto nulo descubrió el engaño, y al encontrarlas inútiles, fue necesario volver a las preparadas por la farmacopea.

Una mujer que creía haberse tragado un alfiler con el pan que comía, gritaba y se atormentaba como si sintiera en la garganta un dolor insoportable, donde, a su entender, se había clavado; pero como no había hinchazón ni alteración en la parte exterior, una persona hábil que estaba junto a ella consideró que la cosa no era más que aprensión, que obedecía a algún pedacito de pan que la había arañado al pretender tragarlo; hizo vomitar a la mujer y puso a escondidas en lo que arrojó un alfiler torcido. La paciente, convencida de haberlo expulsado, se sintió de pronto libre de todo mal y dolor. Sé que un caballero que había dado un banquete a varias personas de la buena sociedad se vanagloriaba, por pura broma, pues la cosa no era cierta, de haber hecho comer a sus invitados un pastel de gato; una señorita de las convidadas se horrorizó tanto al saberlo que cayó enferma con calenturas, perdió el estómago y fue imposible salvarla. Los animales mismos se ven como nosotros sujetos al influjo de la imaginación: lo acreditan así los perros que sucumben de dolor a causa de la muerte de sus amos; los vemos ladrar y agitarse en sueños, y a los caballos relinchar y

desasosegarse. Todo puede explicarse por la estrecha unión de la materia y el espíritu, que se comunican entre sí sus estados mutuos; por eso la imaginación actúa a veces, no ya contra el propio cuerpo, sino también contra el ajeno. De la misma suerte que un cuerpo comunica el mal a su vecino, como se ve en las epidemias y en los males de los ojos, que pasan de unos en otros:

> Mirando los ojos de una persona que los tiene malos el mal se comunica a la que los mira, y las enfermedades pasan a veces de unos cuerpos a otros,[9]

así la imaginación, sacudida con vehemencia, lanza dardos que alcanzan a otro cuerpo que no es el suyo. La antigüedad creía que ciertas mujeres de Escitia, cuando tenían a alguien mala voluntad, podían matarle con la mirada. Las tortugas y los avestruces incuban sus huevos solo con la vista, prueba evidente de que poseen alguna virtud ocular. Se dice que los brujos tienen dañina la mirada:

> No sé quién fascina mis tiernos corderillos con su mirada maligna;[10]

pero yo no doy crédito a la ciencia de magos y adivinos. Por experiencia vemos que las mujeres producen en el cuerpo de las criaturas que paren los signos de sus caprichos, como la que parió un moro. A Carlos, emperador y rey de Bohemia, se le presentó una muchacha cubierta de pelos erizados, cuya madre decía haberla concebido bajo el influjo de una imagen de san Juan Bautista que tenía colgada junto al lecho.

Lo mismo acontece a los animales, como vemos en las ovejas Jacob y en las perdices que la nieve blanquea en las montañas. Hace poco vi en mi casa un gato que acechaba a un pájaro situado en lo alto de un árbol; los ojos de uno estuvieron clavados en los del otro un corto espacio, y luego el pájaro se dejó caer como muerto entre las patas del gato, bien trastornado por su propia imaginación, bien atraído por alguna fuerza peculiar del felino. Los amantes de la caza con halcón conocen el cuento del halconero, que fijando obstinadamente su mirada en la de un milano que volaba, apostaba que lo arrojaría a tierra por virtud de la sola fuerza de su mirada, y ganaba la apuesta, según cuentan; pues debo advertir que las historias que traigo aquí a colación las dejo sobre la conciencia de aquellos que me las

contaron. Mías son las reflexiones, que pueden demostrarse por la razón, sin echar mano de casos particulares. Cada cual puede acomodar a la doctrina sus ejemplos, y quien no los tenga, que no sea incrédulo, en atención al número y variedad de los fenómenos de la naturaleza. Si me sirvo de ejemplos que no cuadran exactamente con los asuntos de que hablo, que otro los acomode más pertinentes. De manera que, en el estudio que aquí hago de nuestras costumbres, los testimonios fabulosos, siempre y cuando sean verosímiles, me sirven como si fuesen auténticos. Acontecido o no, en Roma o en París, a Juan o a Pedro, siempre ejemplificará un rasgo de la humana capacidad que yo utilizo. Los leo y los aprovecho, de las historias que citan me sirvo de las que son más raras y dignas de memoria. Hay autores cuyo único fin es relatar los acontecimientos; el mío, sería escribir, no lo acontecido, sino lo que puede acontecer. Lícito es en las discusiones de filosofía atestiguar con cosas verosímiles cuando no existen las reales; yo no voy tan allá, sin embargo; y sobrepaso en escrupulosidad a las historias mismas. En los ejemplos que saco de lo que he leído, oído, hecho o dicho, tengo por sistema no alterar ni modificar siquiera las más inútiles circunstancias: mi conciencia no falsifica ni una coma; de mi falta de ciencia no puedo responder lo mismo.

Creo yo que la ocupación de escribir la historia conviene bien a un teólogo o a un filósofo, y en general a los hombres prudentes, de conciencia exacta y exquisita. Solo ellos pueden deslindar su fe de las creencias del pueblo, responder de las ideas de personas desconocidas y mostrar sus conjeturas como moneda corriente. De las acciones que pasan ante su vista y que se prestan a interpretaciones varias se opondrían a prestar juramento ante un juez, y por íntimo trato que tuvieran con un hombre rechazarían igualmente responder con plenitud de sus intenciones. Tengo por menos aventurado escribir sobre las cosas pasadas que sobre las presentes, entre otras razones porque en las primeras el escritor no tiene que dar cuenta sino de una verdad prestada.

Me invitan algunos a relatar los sucesos de mi tiempo, considerando que los veo con ojos menos desapacibles que los demás, y más de cerca, por la proximidad en que la fortuna me ha puesto de los jefes de los distintos partidos. Pero no saben aquellos, que por alcanzar la gloria de Salustio no

me procuraría ningún mal rato, como enemigo jurado que soy de toda obligación asidua y constante; ni que nada hay tan contrario a mi estilo como una narración dilatada. Falto de aliento, me detengo a cada momento. Ignoro más que una criatura los vocablos y frases que se aplican a las cosas más comunes; por eso he tomado a mi cargo el escribir solo sobre aquellas materias que se acomodan a mis fuerzas. Si me impusieran un asunto determinado, mi medida podría faltar a la suya, y como la libertad mía es tan grande, emitiría juicios que, en mi sentir y conforme a las luces de la razón, serían injustos y censurables.

Plutarco nos diría seguramente que no se responsabiliza de que todos los ejemplos de sus obras sean auténticos; que fueran útiles a la posteridad y estuvieran presentados de modo que nos encaminaran a la virtud fue lo que procuró. No ocurre lo mismo que con las medicinas de los cuentos antiguos: en estos es indiferente que la cosa pasara así, o de otro modo diferente.

Capítulo XXII

EL BENEFICIO DE UNOS ES UN PERJUICIO PARA OTROS

El ateniense Demades condenó a un hombre de su ciudad, cuyo oficio era vender las cosas necesarias para los entierros, so pretexto de que de su comercio quería sacar demasiado provecho y de que tal beneficio no podía alcanzarlo sin que mediase la muerte de muchas personas. Esta sentencia me parece desacertada, tanto más, cuanto que ningún provecho ni ventaja se alcanza sin el perjuicio de los demás. Según el dictamen de Demades habría que condenar, como ilegítimas, toda suerte de ganancias. El comerciante no logra beneficio sino merced a los desórdenes de la juventud, el labrador se aprovecha de la carestía de los trigos; el arquitecto de la ruina de las construcciones; los auxiliares de la justicia de los procesos y querellas que constantemente tienen lugar entre los hombres; el propio honor de los ministros de la religión se debe a nuestra muerte y a nuestros vicios; a ningún médico le es grata ni siquiera la salud de sus propios amigos, según nos dice un autor cómico griego; ni a ningún soldado el sosiego de su ciudad, y así sucesivamente. Más aún puede añadirse: si cada uno se examina en lo más recóndito de su espíritu, hallará que nuestros más íntimos deseos nacen y se alimentan a costa de nuestros semejantes. Si considero todo esto en conjunto me convenzo de que la naturaleza no se contradice en este punto de su marcha general, pues los naturalistas aseguran que el nacimiento, la nutrición y la multiplicación de cada especie tienen su origen en la corrupción y la extinción de otra.

Un cuerpo no puede abandonar su naturaleza sin que deje de ser lo que antes era.[11]

CAPÍTULO XXIII

CONSECUENCIAS DISTINTAS PARA LA MISMA ACCIÓN

Jacques Amyot, limosnero mayor de Francia, me contó un día la relación siguiente, que recae en honor de uno de nuestros príncipes (y bien nuestro era, aunque su origen fuese extranjero). Durante nuestros primeros trastornos civiles, en el sitio de Rouen, habiendo sido informado el príncipe por la reina madre de que se tramaba una conspiración contra su vida, e instruido además muy al detalle por las cartas de la reina sobre qué persona debía llevar a cabo la conjura: era un noble de Anjou que frecuentaba, para lograr su intento, la casa del príncipe; este no comunicó a nadie la advertencia, pero paseándose al día siguiente por el monte de Santa Catalina, donde estaba emplazada nuestra batería contra Rouen, teniendo a su lado al gran limosnero y a otro obispo, vio al noble que atentaba contra su vida y le hizo llamar. Cuando le tuvo ante su presencia, le habló así, mientras temblaba y palidecía a causa de su intranquila conciencia: «Señor, de no sé qué lugar; bien conocéis de lo que quiero hablaros, y vuestro semblante mismo lo declara. Nada tenéis que ocultarme, pues informado estoy de vuestro intento, en tan alto grado, que no haríais más que empeorar vuestra situación si tratarais de encubrir vuestro designio. Bien conocéis tal y tal cosa (que eran los medios, propósitos y todos los secretos más recónditos de la empresa); no dudéis, por vuestra vida, confesarme la verdad toda de la conspiración». Cuando el pobre hombre se encontró convicto y confeso (pues había sido descubierto ante la reina por uno de los cómplices), juntó las manos pidiendo gracia y misericordia al príncipe, a los pies del cual quería arrojarse, pero este impidió su propósito siguiendo de este modo: «¿Acaso os he disgustado? ¿He ofendido a alguno de los

vuestros con mi odio personal? Solo tres semanas hace que os conozco; ¿qué razón os ha podido impeler a conspirar contra mi vida?». El noble respondió a estas preguntas con voz temblorosa que ninguna razón personal tenía para desear su muerte, sino el interés general de su partido, y que algunos le habían persuadido de que sería una acción piadosa dar muerte a un enemigo tan poderoso de su religión. «Pues bien —añadió el príncipe—, quiero mostraros que la religión que yo profeso es menos dura que la vuestra, la cual os ha conducido a darme la muerte sin oírme, sin haber recibido de mí ofensa alguna; mientras que la mía me aconseja que os perdone, aun cuando estoy convencido de que habéis querido matarme sin razón. Idos, pues; retiraos, que no os vea más por aquí; y si queréis obrar con prudencia en vuestras empresas, tratad en lo sucesivo de rodearos de personas más honradas de las que os impulsaron a vuestra acción.»

Encontrándose en la Galia el emperador Augusto, tuvo noticia de una conspiración que tramaba contra él Lucio Cinna. Augusto decidió vengarse, y para realizarla pidió al día siguiente consejo a sus amigos. Mas la noche de aquel día la pasó muy inquieta considerando que iba a ocasionar la muerte a un mozo de eximia familia, sobrino del gran Pompeyo, y sostuvo consigo mismo y en voz alta diversos razonamientos. «¿Sería procedente —se decía— que yo permaneciera con temor y alarma y que dejara a mi asesino libre y a sus anchas? ¿Es justo que le deje tranquilo, atentando contra mi vida, yo que he librado tantas guerras civiles, tantas batallas sostenidas por mar y tierra, y después de haber logrado asentar la paz más cabal en el mundo? ¿Será absuelto, habiendo decidido no solo asesinarme, sino también sacrificarme?», pues la conjura había decidido matarle cuando estuviera haciendo algún sacrificio. Después de haber hablado así permaneció mudo algunos minutos, y luego pronunció con voz más fuerte el siguiente monólogo: «¿Por qué vives si tantas personas tienen interés en que mueras? ¿Tus crueldades y venganzas no acabarán alguna vez? ¿Es tan grande el valor de tu vida que merezca que tantas personas sean sacrificadas para conservarla?». Livia, su esposa, al verle en una situación tan angustiada, le dijo: «¿Me será permitido darte un consejo? Sigue la conducta de los médicos, quienes cuando las recetas que emplean no producen efecto, echan mano de las contrarias. Nada has conseguido hasta

ahora valiéndote de la severidad; Lépido ha seguido a Salvidenio; Murena a Lépido; Caepio a Murena; Egnacio a Caepio. Ensaya el resultado que te darían la dulzura y la clemencia. Cinna, es verdad, quiere darte la muerte; perdónale; ya no podrá ocasionarte nuevos perjuicios, y tus bondades hacia él recaerán en provecho de tu gloria». Augusto experimentó un gran placer al encontrar un abogado de su mismo parecer, y después de darle las gracias a su mujer y congregar a sus amigos en consejo, ordenó que hicieran comparecer solo a Cinna ante su presencia, hizo que todo el mundo se retirase de su habitación, mandó sentar a Cinna y le habló así: «En primer lugar, escúchame sin interrumpir mis palabras; momento tendrás de hacerlo más tarde; tú sabes, Cinna, que te han encontrado en el campo de mis adversarios; que no solo te hiciste mi enemigo, sino que tu condición es la de haber nacido tal, y que a pesar de todo te he salvado, he puesto en tus manos todos tus bienes, y que, en fin, te he dejado en una situación tan holgada y floreciente, que los vencedores mismos envidian la condición del vencido: el oficio de sacerdote que me pides te lo concedo, a pesar de habérselo rechazado a otros cuyos padres habían combatido siempre conmigo; y habiéndote dejado tan deudor de mí te propones matarme». Cinna repuso a las palabras de Augusto que estaba bien lejos de abrigar tan perverso propósito. «No cumples —añadió Augusto—, lo prometido; me habías asegurado que no me interrumpirías. Sí, has decidido matarme en tal lugar, tal día, en presencia de tal compañía y de tal manera.» Augusto, al verle transido al escuchar las últimas palabras, en un silencio que no era deliberado sino impuesto por su conciencia, añadió: «¿Por qué quieres darme la muerte? ¿Acaso para ser emperador? Los negocios públicos van realmente mal si soy yo solo quien te impide llegar a gobernar el imperio. No pudiste siquiera defender tu casa y perdiste hace poco un proceso contra un simple liberto. ¿Pues qué, no tienes otro medio de prosperar que chocar contra César? Abandono de buen grado el trono si de eso depende que realices tus esperanzas. ¿Piensas acaso que Paulo, Fabio, los Cosos y los Sevillanos te soportarían, como también un número considerable de nobles, que no lo son solo de nombre, sino también por su virtud?». Después de otras consideraciones, pues Augusto habló más de dos horas enteras, concluyó: «Ahora vete; aunque traidor y parricida, guarda tu vida, de la que

te hago merced hoy y de la que te hice antes como enemigo; que la amistad comience hoy entre nosotros; veamos cuál de los dos procede en lo sucesivo con mayor lealtad: yo que te he dado la vida o tú que la has recibido». Tras pronunciar estas palabras, se separó de él. Algún tiempo después le concedió el consulado, y se lamentó de que Cinna no hubiera osado pedírselo. Después le tuvo como un gran amigo y fue el heredero de sus bienes. Después de este accidente, que aconteció a Augusto a los cuarenta años, no hubo nunca conjuras ni atentados contra su vida, recibió así un justo premio su conducta clemente. Pero no le ocurrió lo mismo al duque de Guisa, pues su dulzura no le libró de caer en los lazos de una conjuración. ¡Tan frívola y tan vana es la humana prudencia! Y a través de todos nuestros proyectos, de todos nuestros cuidados y precauciones, la circunstancia gobierna siempre el desenlace de los acontecimientos.

Decimos que los médicos son diestros cuando logran curar a un enfermo, como si solamente su arte, que por sí mismo no tiene fundamento, bastara sin el concurso que las circunstancias le prestan para alcanzar un resultado dichoso. Yo creo, en cuanto al arte de curar, todo lo mejor o todo lo peor que quieran decirme; pues, a Dios gracias, ningún comercio existe entre la medicina y yo. En este punto practico lo contrario que los demás; pues siempre rechazo su concurso, y cuando caigo malo, en vez de transigir con la enfermedad, más la detesto y más la temo; y digo a los que me invitan a tomar medicamentos que aguarden a que haya recuperado mis fuerzas y mi salud para contar con mejores medios de soportar el influjo de los brebajes. Dejo obrar a la naturaleza, suponiendo que se encuentra provista de dientes y garras para defenderse de los asaltos que la acosan y para mantener vivo este organismo por cuya conservación aquella pugna. Temo que, en lugar de socorrerla, se socorra el mal que la mina y que se la procuren nuevos males.

No solo en la medicina, sino en otras artes más seguras, la fortuna juega siempre su papel. Los arranques poéticos que arrastran al poeta fuera de sí, ¿por qué no atribuirlos a su buena estrella, puesto que el artista mismo declara que sobrepasan su capacidad y sus fuerzas, y reconoce que no se originan en su persona y que tampoco dependen de su voluntad? ¿No confiesan los oradores también que le deben a la fortuna los movimientos y

las agitaciones extraordinarios que los impelen más allá de su designio? Acontece lo propio con la pintura, que a veces deja escapar de la mano del pintor rasgos que sobrepasan la ciencia y la concepción del artista, a quien admiran y sorprenden. Pero la fortuna muestra de un modo todavía más palmario su papel en todas las obras artísticas, en las bellezas y gracias que encontramos en ellas, y que no podemos atribuir no ya al propósito sino ni siquiera a la conciencia de su ejecutor: un lector inteligente descubre a veces en el espíritu de otro perfecciones distintas de las que el autor puso y advirtió, y les encuentra sentidos y matices diversos.

En cuanto a las empresas militares, cualquiera puede ver cómo la casualidad desempeña siempre un papel importante. En nuestros acuerdos y deliberaciones, se precisa igualmente la intervención de la suerte y de las circunstancias, pues nuestra penetración no alcanza demasiado; cuanto más vivo, cuanto más agudo es nuestro juicio, mayor debilidad reconocemos en él y tanto mayor desconfianza nos inspira.

Soy del parecer de Sila, que alejó la envidia que suscitaban sus expediciones afortunadas achacándolas a su buena estrella. Cuando considero con detenimiento las empresas más gloriosas de la guerra, me convenzo de que los que las dirigen no deliberan ni reflexionan sino por cubrir las apariencias; la parte principal de la empresa se la encomiendan a la fortuna, y merced a la confianza que esta les inspira sobrepasan todos los límites trazados por la razón. Sobrevienen inspiraciones inesperadas, extraños furores en medio de los planes mejor guiados, que impelen las más de las veces a los caudillos a tomar la determinación en apariencia menos fundada, pero que aumenta su valor muy por encima de la razón. Muchos esclarecidos capitanes de la antigüedad, con objeto de justificar sus temerarias determinaciones, declararon a sus huestes que estaban iluminados por la inspiración, o por algún signo o augurio.

Por eso en medio de la incertidumbre y de la perplejidad de no poder elegir lo más ventajoso, a causa de las incalculables circunstancias que acompañan a cada causa que nos solicita, lo adecuado, aunque la razón no nos invite a ello, es encaminarse a la solución más justa y honrada; ya que el verdadero camino se ignora, seguir siempre el más derecho. En los dos ejemplos de los que hablé antes no cabe duda de que fuera más generoso y

más hermoso que el ofendido perdonase la ofensa en lugar de proceder de distinto modo. Si con esta prudente conducta le sobreviniere alguna desdicha no debe culpar a su buen designio, pues tampoco se sabe si, en caso de actuar de manera distinta, hubiese eludido el destino que le esperaba, y, en cambio, habría perdido la gloria de tan humanitaria conducta.

En las historias descubrimos a muchos personajes agobiados por ese temor. La mayor parte optaron por anticiparse a las conjuras que se tramaron contra ellos echando mano de suplicios y venganzas; mas en realidad se vieron muy pocos a quienes este proceder ayudara, como lo prueban los emperadores romanos. El soberano cuya vida está amenazada no debe confiar demasiado ni en su fuerza ni en su vigilancia, pues es bien difícil librarse de un enemigo encubierto bajo el velo del amigo más entregado, y conocer la voluntad y las ideas ocultas de quienes nos rodean. Inútil es que las naciones extranjeras se empleen en su guarda, inútil que se rodee de hombres armados. Quien menosprecia su propia vida se hará dueño siempre de la del prójimo. El sobresalto continuo que hace dudar de todo el mundo al soberano constituye para él un tormento supremo. Advertido Dión de que Calipso esperaba el momento para darle muerte, careció de valor para informarse de cuándo sería, y dijo que mejor prefería morir que vivir en la triste condición de tener que guardarse no ya solo de sus enemigos, sino también de sus amigos. Situación de espíritu de la que Alejandro nos da la más viva muestra cuando al ser informado por una carta de Parmenión de que Filipo, su médico preferido, había sido corrompido por el oro de Darío para envenenarle, al mismo tiempo que mostraba la carta a Filipo, tomó el brebaje que le había presentado, demostrando así que si los propios amigos trataban de arrebatarle la vida la entregaría de buen grado. Alejandro es el modelo soberano de las acciones arriesgadas, pero a mi entender ningún otro rasgo de su vida revela mayor entereza que este ni es tan hermoso.

Los que pregonan a los príncipes una desconfianza perenne y atentísima a favor de su seguridad personal, les arrojan a la ruina y la deshonra; nada noble puede sin riesgo llevarse a cabo. Yo sé de un soberano de valor marcialísimo por naturaleza y de complexión animosa, cuya buena fortuna

se corrompe todos los días merced a reflexiones del tenor siguiente: «Que se proteja entre los suyos; que no consienta jamás en reconciliarse con sus antiguos enemigos; que se mantenga distante y no se encomiende a manos más vigorosas que las que lo gobiernan, sean cuales sean las promesas que le hagan y las ventajas que crea apreciar». Conozco a otro cuya fortuna se acrecentó inesperadamente por haber seguido la conducta en todo contraria.

El arrojo, cuya gloria buscan los soberanos con avidez, se prueba tan espléndidamente cuando es necesario en traje de corte como cubierto con los arreos guerreros; lo mismo en un gabinete que en un campo de batalla, así cuando el brazo está caído como cuando está levantado.

La prudencia meticulosa y circunspecta es mortal enemiga de las grandes empresas. Supo Escipión, para ganar la voluntad de Sifas, separarse de su ejército, y tras abandonar España de cuya conquista no estaba muy seguro, pasar a África con dos barquichuelos endebles para entregarse en tierra enemiga al poderío de un rey bárbaro, a una fe dudosa, sin obligación ni seguridad, merced al esfuerzo único de la grandeza de su propio valor, de su buena fortuna y de lo que le prometían las esperanzas que alentaba. «Muchas veces la confianza que inspiramos a los demás hace que estos nos procuren la suya.»[12] Una vida espoleada por la ambición y la fama precisa desechar las sospechas y menospreciarlas. El temor y la desconfianza atraen a las ofensas y las invitan. El más receloso de nuestros reyes[13] normalizó los negocios de su Estado tras haber abandonado y encomendado su vida y su libertad a manos de sus enemigos, mostrándoles una confianza cabal a fin de inspirarla también él. A sus legiones indisciplinadas y armadas en su contra, César oponía la mera autoridad de su semblante y la altivez de sus palabras; y era tal la confianza que tenía en sí mismo y en su buena estrella que no temió nunca abandonarse ni entregarse a un ejército rebelde y sedicioso:

> Apareció sobre un cerro rodeado de césped, con el rostro intrépido; y sin que abrigara temor ninguno mereció ser temido.[14]

Es verdad que semejante presencia de ánimo no la pueden mostrar sin ingenuidad más que aquellos para quienes la idea de la muerte y de todas las desdichas que puedan sobrevenirles no les produzca ningún sobresalto.

Temblar en el momento de reconciliarse como respuesta a un desplante o a la indisciplina es del todo absurdo. Para ganarse el corazón y la voluntad ajenos son medios excelentes someterse y fiarse, siempre y cuando se haga libremente, sin verse obligado por la necesidad; de manera que se albergue una confianza íntegra y pura en el medio elegido, y que el cuerpo esté descargado de toda inquietud. Siendo niño vi a un caballero, que mandaba una gran ciudad, trastornado por el pueblo en rebeldía; para que las cosas no pasaran a mayores, decidió abandonar el lugar segurísimo en que se hallaba para meterse entre las insubordinadas turbas, donde encontró la muerte. A mi juicio el error no estuvo tanto en salir, como suele decirse cuando se comenta el suceso, como en la sumisión y blandura que demostró; en la pretensión de adormecer la revuelta siguiendo la corriente en vez de encauzarla, empleando las súplicas en lugar de las reconvenciones. Creo yo que si hubiera echado mano de una severidad templada, escudado en el mando militar que debía inspirarle confianza y seguridad plenas, conforme con el rango y la dignidad de sus funciones, hubiera tenido mejor fortuna; por lo menos su muerte habría sido más digna de un caudillo. Lo que nunca debe esperarse de ese monstruo agitado es humanidad y dulzura; mejor reaccionará ante la coacción y el temor. Censuraría además que habiendo decidido lanzarse desarmado, a mi juicio de manera más temeraria que valerosa, en medio de aquel tempestuoso mar de hombres iracundos, debió sostener con resolución su papel en lugar de seguir la conducta que siguió, pues después de reconocer el peligro de cerca se amilanó y adoptó una actitud débil y sumisa, se horrorizó y trató de esconderse, con lo que enardeció más a las masas, y él mismo las lanzó sobre su persona.

Un día se deliberaba sobre llevar a cabo una formación de diversas tropas armadas (generalmente la milicia es el lugar donde se organizan las venganzas secretas, en ninguna otra parte pueden realizarse con seguridad mayor), y había casi la seguridad completa de que corrían malos vientos para quienes les tocaba el papel de reconocer y señalar a los de la conjura. Como era una situación difícil y que podía acarrear consecuencias graves, se propusieron muchas posibilidades para atajarla; la mía fue que se disimulara la duda; que aquellos que eran objeto de la conspiración se

dirigieran a las filas con la cabeza erguida y el rostro sereno; y que en lugar de hacer acusaciones, se ordenase únicamente a los capitanes que los soldados disparasen en honor de los asistentes, y que no se economizara la pólvora. Esta conducta nos congració con las tropas, y engendró en adelante una mutua y provechosa confianza.

El proceder de Julio César creo que es entre todos el más hermoso que pueda adoptarse. Primero intentaba, valiéndose de la clemencia, hacerse amar hasta por sus propios enemigos, cuando conocía de una conjura se limitaba a declarar que ya estaba advertido; tomó la nobilísima resolución de aguardar sin miedo ni inquietudes lo que le pudiera sobrevenir, abandonándose y encomendándose a la custodia de los dioses y de la fortuna. Y era esta la conducta que seguía cuando fue asesinado.

Un extranjero propagó la voz de que podría instruir a Dionisio, tirano de Siracusa, de un medio seguro para conocer y descubrir con cabal certeza las tramas y maquinaciones que sus súbditos idearan contra él, y que se lo contaría a cambio de una fuerte suma. Advertido Dionisio le mandó llamar a fin de instruirse en un arte tan necesario para su supervivencia: entonces el extranjero le dijo que no tenía otra novedad que comunicarle, sino que le entregara un talento, y se envaneció luego de haber comunicado al monarca un secreto singular. No encontró Dionisio desdichada la invención e hizo donativo al farsante de seiscientos escudos. No es verosímil que hubiera hecho un obsequio tan importante a un desconocido sin que fuera la recompensa de una enseñanza utilísima. Efectivamente, la argucia sirvió para contener los planes de sus enemigos y mantenerlos en una tensión saludable. Por eso los príncipes obran cuerdamente cuando hacen públicos los avisos que reciben de las conjuras que se urden contra sus vidas, para demostrar que están bien advertidos, y que ni un paso puede darse sin que lo olfateen. El duque de Atenas cometió varias torpezas al establecer su reciente tiranía en Florencia; y fue la principal de todas que tras ser informado por Matteo di Morozo, uno de los conspiradores, de un atentado que el pueblo tramaba contra él, le asesinó para borrar la noticia, con el propósito de que no se supiera que alguien en la ciudad podía estar a disgusto con su paternal gobierno.

Recuerdo haber leído antaño la historia de un romano, sujeto de dignidad, que huyendo de la tiranía del triunvirato, había logrado escapar mil veces de entre las manos de sus perseguidores merced a la ingeniosidad de los recursos que adoptó. Ocurrió un día que unas personas a caballo, encargadas de prenderle, pasaron junto a unos matorrales donde se había guarecido, y estuvo a punto de ser descubierto; entonces el perseguido consideró las fatigas y trabajos a los que durante tanto tiempo había recurrido, calculó el mezquino placer que podía aguardar de semejante vida, y se preguntó si no sería mejor franquear el paso de una vez que permanecer constantemente sufriendo trances tan duros. Después él mismo llamó a los que iban en su busca, descubrió el escondrijo y se abandonó voluntariamente a su crueldad para evitarse una pena más dilatada. Lanzarse sobre las manos enemigas es un proceder algo extraño; de todos modos lo considero preferible a permanecer sumido en la fiebre continua de un mal que carece de remedio. Mas como las medidas que pueden adoptarse están llenas de inquietud e incertidumbre, mejor es prepararse con serenidad a cuanto pueda sobrevenir y consolarse pensando que también entra dentro de lo posible que la desdicha no sobrevenga.

CAPÍTULO XXXI

DE LOS CANÍBALES

Cuando el rey Pirro pasó a Italia, luego que hubo reconocido la organización del ejército romano que iba a batallar contra el suyo dijo: «No sé qué clase de bárbaros serán estos (sabido es que los griegos llamaban así a todos los pueblos extranjeros), pero la disposición de los soldados que veo no es bárbara en modo alguno». Otro tanto dijeron los griegos de las tropas que Flaminio introdujo en su país, y también Filipo al contemplar desde un cerro el orden y disposición del campamento romano, bajo mandato de Publio Sulpicio Galba. Esto prueba que es bueno guardarse de abrazar las opiniones comunes, y que hay que juzgar según la razón y no por la opinión corriente.

He tenido conmigo mucho tiempo un hombre que había vivido diez o doce años en ese mundo que ha sido descubierto en nuestro siglo, en el lugar en que Villegaignon tocó tierra, al cual puso por nombre *Francia Antártica*.[15] Este descubrimiento de un inmenso país bien vale la pena de ser tomado en consideración. Ignoro si en lo venidero tendrán lugar otros, en atención a que tantos y tantos hombres que valían más que nosotros no tenían ni siquiera presunción remota de lo que en nuestro tiempo ha acontecido. Yo recelo a veces que acaso tengamos los ojos más grandes que el vientre, y más curiosidad que capacidad. Lo abarcamos todo, pero solo atrapamos viento.

Platón nos muestra que Solón decía haberse informado de que según los sacerdotes de la ciudad de Saís, en Egipto, en tiempos remotísimos, antes del diluvio, existía una gran isla llamada Atlántida, a la entrada del estrecho de Gibraltar, la cual comprendía más territorio que Asia y África juntas; y

que los reyes de esta región, que no solo poseían esta isla, sino que por tierra firme se extendían tan adentro que eran dueños de la anchura de África hasta Egipto, y de la longitud de Europa hasta la Toscana, quisieron llegar a Asia y subyugar todas las naciones que bordean el Mediterráneo, hasta el golfo del Mar Negro. A este fin atravesaron España, la Galia e Italia, y llegaron a Grecia, donde los atenienses los rechazaron; pero que andando el tiempo, los mismos atenienses, los habitantes de la Atlántida y la isla misma fueron sumergidos por las aguas del diluvio. Es muy probable que los destrozos que este produjo hayan ocasionado cambios extraños en las diferentes regiones de la Tierra, y algunos dicen que del diluvio data la separación de Sicilia de Italia:

> Dícese que en lo antiguo estas tierras eran un mismo continente; por un empuje violento las separó el mar embravecido…[16]

la de Chipre de Siria y la de la isla de Negroponto de Beocia, y que también juntó territorios que estaban antes separados, cubriendo de arena y limo los fosos intermediarios.

> Una laguna, estéril mucho tiempo, que hundían los remos de la barca, conoce hoy el arado y alimenta las ciudades vecinas.[17]

Mas no hay ninguna posibilidad de que esta isla sea el mundo que acabamos de descubrir, pues tocaba casi con España, y habría que suponer que la inundación había ocasionado un trastorno enorme en el globo terráqueo, apartados como se encuentran los nuevos países por más de mil doscientas leguas de nosotros. Las navegaciones modernas, además, han demostrado que no se trata de una isla, sino de un continente o tierra firme con la India oriental de un lado y las tierras que están bajo los dos polos de otro; y que, de estar separada, el estrecho es tan pequeño que no merece por ello el nombre de isla.

Parece que hay movimientos naturales y fuertes sacudidas en esos continentes y tantos ríos como agua en nuestro organismo. Cuando considero la acción que el río Dordoña ocasiona actualmente en la margen derecha de su curso, el cual se ha ensanchado tanto que ha llegado a minar los cimientos de algunos edificios, me formo una idea de aquella agitación extraordinaria que, de seguir en aumento, cambiaría la configuración del

mundo; mas no acontece así, porque los accidentes y movimientos, se originen en un sitio o en otro, no suponen ya cambios significativos en la orografía. Y no hablo de las repentinas inundaciones que nos son tan conocidas. En Médoc, a lo largo del mar, mi hermano, el señor de Arsac, ha visto una de sus fincas enterrada bajo las arenas que el mar arrojó sobre ella; todavía se ven los restos de algunas construcciones; sus dominios y rentas se han convertido en miserables tierras de pastos. Los habitantes dicen que, de algún tiempo acá, el mar se les acerca tanto, que ya han perdido cuatro leguas de territorio. Las arenas que arroja son a manera de vanguardia. Se ven grandes dunas de tierra movediza, distantes media legua del océano, que van ganando el país.

El otro antiguo testimonio que pretende relacionarse con este descubrimiento lo encontramos en Aristóteles, dado que el libro de las *Maravillas* lo haya compuesto el filósofo. En esta obrilla se cuenta que algunos cartagineses, navegando por el océano Atlántico, fuera del estrecho de Gibraltar, bogaron largo tiempo y acabaron por descubrir una isla fértil, poblada de bosques y bañada por ríos importantes, de profundo cauce; estaba la isla muy lejos de tierra firme, de manera que los primeros navegantes y otros que los siguieron, atraídos por la bondad y la fertilidad de la tierra, llevaron consigo a sus mujeres e hijos y se aclimataron en el nuevo país. Viendo los señores de Cartago que su territorio se despoblaba poco a poco, prohibieron, bajo pena de muerte, que nadie emigrara a la isla, y arrojaron a los habitantes de esta, temiendo, según se cree, que andando el tiempo alcanzaran poderío, suplantasen a Cartago y ocasionaran su ruina. Este relato de Aristóteles tampoco se refiere al novísimo descubrimiento.

El hombre de que he hablado era sencillo y rudo, condición adecuada para ser verídico testimonio, pues los espíritus cultivados, si bien observan con mayor curiosidad y mayor número de cosas, suelen glosarlas en exceso, y a fin de poner de relieve la interpretación de que las acompañan, las adulteran; jamás muestran lo que ven al natural, siempre lo truecan y desfiguran conforme al aspecto bajo el cual lo han visto, de modo que para dar crédito a su testimonio y ser agradables, deforman de buen grado la materia, alargándola o ampliándola. Se precisa, pues, de un hombre fiel, o tan sencillo, que no tenga para qué inventar o acomodar a la verosimilitud

falsas relaciones, un hombre ingenuo. Así era el mío, el cual, además, me hizo conocer en varias ocasiones marineros y comerciantes que en su viaje había visto, de suerte que a sus informes me atengo sin confrontarlos con las relaciones de los cosmógrafos. Habríamos menester de geógrafos que nos relatasen circunstanciadamente los lugares que visitaran; mas las gentes que han estado en Palestina, por ejemplo, juzgan por ello poder disfrutar el privilegio de darnos noticia del resto del mundo. Yo quisiera que cada cual escribiese sobre aquello que conoce bien, no precisamente en materia de viajes, sino en toda suerte de cosas, pues tal puede hallarse que posea particular ciencia o experiencia de la naturaleza de un río o de una fuente y que en lo demás sea absolutamente lego. Sin embargo, si le viene a las mientes escribir sobre el río o la fuente, englobará con ello toda la ciencia física. De este vicio surgen varios inconvenientes.

Volviendo a mi asunto, creo que nada hay de bárbaro ni de salvaje en esas naciones, según lo que se me ha referido; lo que ocurre es que cada cual llama «barbarie» a lo que es ajeno a sus costumbres. Como no tenemos otro punto de vista para distinguir la verdad y la razón que el ejemplo e idea de las opiniones y usos del país en que vivimos, en él tienen su asiento la perfecta religión, el gobierno más cumplido y el más irreprochable uso de todas las cosas. Así son salvajes esos pueblos como los frutos a los que aplicamos igual nombre por germinar y desarrollarse espontáneamente; en verdad creo yo que más bien deberíamos nombrar así a los que por medio de nuestro artificio hemos modificado y apartado del orden a que pertenecían; en los primeros se guardan vigorosas y vivas las propiedades y virtudes naturales, que son las verdaderas y útiles, las cuales hemos bastardeado en los segundos para acomodarlos al placer de nuestro gusto corrompido; y sin embargo, el sabor mismo y la delicadeza se avienen con nuestro paladar, que encuentra excelente, en comparación con los diversos frutos de aquellas regiones, que se desarrollan sin cultivo. El arte no vence a la madre naturaleza, grande y poderosa. Tanto hemos recargado la belleza y riqueza de sus obras con nuestras invenciones, que la hemos ahogado; de manera que allí donde su belleza resplandece, la naturaleza deshonra nuestras invenciones frívolas y vanas.

> La hiedra crece sin cultivo; el árbol no es nunca más frondoso que cuando prospera en los abismos solitarios; el canto de las aves es más dulce sin el concurso del arte.[18]

Todos nuestros esfuerzos juntos no logran siquiera edificar el nido del más insignificante pajarillo, no reproducen su belleza ni su utilidad; ni siquiera acertarían a formar el tejido de una mezquina tela de araña.

Platón dice que todas las cosas son obra de la naturaleza, de la suerte o del arte. Las más grandes y magníficas proceden de una de las dos primeras causas; las más insignificantes e imperfectas, de la última.

Esas naciones me parecen, pues, solamente bárbaras, en el sentido de que en ellas ha dominado escasamente la huella del espíritu humano, y porque permanecen todavía en los confines de su ingenuidad primitiva. Las leyes naturales dirigen su existencia muy poco bastardeadas por las nuestras, de tal suerte que, a veces, lamento que no hayan tenido noticia de tales pueblos los hombres que hubieran podido juzgarlos mejor que nosotros. Siento que Licurgo y Platón no los hayan conocido, pues se me figura que lo que por experiencia vemos en esas naciones sobrepasa no solo las pinturas con que la poesía ha embellecido la edad de oro de la humanidad, sino que todas las invenciones que los hombres pudieran imaginar para alcanzar una vida dichosa, juntas con las condiciones mismas de la filosofía, no han logrado representarse una ingenuidad tan pura y sencilla, comprable a la que vemos en esos países, ni han podido creer tampoco que una sociedad pudiera sostenerse con tan poco artificio, y, como si dijéramos, sin complicaciones humanas. Es un pueblo, le diría a Platón, en el cual no existe ninguna especie de tráfico, ningún conocimiento de las letras, ningún conocimiento de la ciencia de los números, ningún nombre de magistrado ni de otra suerte, que se aplique a ninguna superioridad política; tampoco hay ricos, ni pobres, ni contratos, ni sucesiones, ni particiones, ni más profesiones que las ociosas, ni más relaciones de parentesco que las comunes; las gentes van desnudas, no tienen agricultura ni metales, no beben vino ni cultivan los cereales. Las palabras mismas que significan la mentira, la traición, el disimulo, la avaricia, la envidia, la detractación, el perdón, les son desconocidas. ¡Cuán distante hallaría Platón la república que imaginó de la perfección de estos pueblos!

Tales fueron las primitivas leyes de la naturaleza.[19]

Viven en un lugar del país pintoresco y tan sano que, según atestiguan los que lo vieron, es muy raro encontrar un hombre enfermo, legañoso, desdentado o encorvado por la vejez. Están situados a lo largo del océano, defendidos del lado de la tierra por grandes y elevadas montañas, que distan del mar unas cien leguas aproximadamente. Tienen gran abundancia de carne y pescados, que en nada se asemejan a los nuestros, y que comen cocidos, sin aliño alguno. El primer hombre que vieron montado a caballo, aunque ya había tenido con ellos relaciones en anteriores viajes, les causó tanto horror que le mataron a flechazos antes de reconocerlo. Sus edificios son muy largos, capaces de contener doscientas o trescientas almas; los cubren con la corteza de grandes árboles, están fijos al suelo por un extremo y se apoyan unos sobre otros por los lados, a la manera de algunas de nuestras granjas; la parte que los guarece llega hasta el suelo y les sirve de flanco. Tienen madera tan dura que la emplean para cortar, y con ella hacen espadas y parrillas para asar la carne. Sus lechos son de un tejido de algodón, y están suspendidos del techo como los de nuestros navíos; cada cual ocupa el suyo; las mujeres duermen separadas de sus maridos. Se levantan cuando amanece, y comen, luego de haberse levantado, y les vale para todo el día, pues hacen una sola comida; y en esta no beben; así dice Suidas que hacen algunos pueblos de Oriente: solo beben fuera de la comida varias veces al día y abundantemente; preparan el líquido con ciertas raíces, tiene el color del vino claro y no lo toman sino tibio. Este brebaje, que no se conserva más que dos o tres días, es algo picante, pero no se sube a la cabeza; es saludable al estómago y sirve de laxante a los que no tienen costumbre de beberlo, pero a los que están habituados les es muy grato. En lugar de pan comen una sustancia blanca como harina azucarada; yo la he probado, y tiene el gusto dulce y algo desabrido. Pasan todo el día bailando. Los más jóvenes van a la caza de montería armados de arcos. Una parte de las mujeres se ocupa en calentar el brebaje, que es su principal oficio. Siempre hay algún anciano que por las mañanas, antes de la comida, predica a todos los que viven en una granjería, paseándose de un extremo a otro y repitiendo muchas veces la misma exhortación hasta que acaba de recorrer el recinto, que tiene unos cien pasos de longitud. No les

recomienda sino dos cosas el anciano: valor contra los enemigos y buen trato con sus mujeres, y a esta segunda recomendación añade siempre que ellas son las que les suministran la bebida templada y en sazón. En varios lugares pueden verse, yo tengo algunos de estos objetos en mi casa, la forma de sus lechos, cordones, espadas, brazaletes de madera con que se preservan los puños en los combates, y grandes bastones con una abertura por un extremo, con los que dirigen la cadencia de sus danzas. Llevan el pelo cortado al rape, y se afeitan mejor que nosotros, sin otro utensilio que una navaja de madera o piedra. Creen en la inmortalidad del alma, y que las que lo han merecido van a reposar al cielo de los dioses donde el sol nace, y que las malditas van al sitio donde el sol se pone.

Tienen unos sacerdotes y profetas que se presentan muy poco ante el pueblo, y que viven en las montañas. A la llegada de ellos se celebra una fiesta y una asamblea solemne, en la que toman parte varias granjas; cada una de estas, según queda descrita, forma un pueblo, y se encuentran situados a una legua francesa de distancia. Los sacerdotes les hablan en público, los exhortan a la virtud y al deber, y toda su ciencia moral se encuentra comprendida en dos artículos, que son la proeza en la guerra y el afecto hacia sus mujeres. Los mismos sacerdotes les pronostican el porvenir y el resultado que deben esperar en sus empresas, encaminándolos o apartándolos de la guerra. Mas si son malos adivinos, si predicen lo contrario de lo que acontece, se les corta y tritura en mil pedazos, caso de atraparlos, acusados de falsos profetas. Por esta razón, aquel que se equivoca una vez desaparece luego para siempre.

La adivinación es solo don de Dios, y por eso debería ser castigado como impostor el que de ella abusa. Entre los escitas, cuando los adivinos se equivocaban, se les tendía, amarrados con cadenas los pies y las manos, en carros llenos de retama, tirados por bueyes, y así se los quemaba. Los que rigen la conducta de los hombres son excusables de hacer para lograr su misión lo que pueden; pero a esos otros que nos vienen engañando con las seguridades de una facultad extraordinaria, cuyo fundamento reside fuera de los límites de nuestro conocimiento, ¿por qué no castigarlos a causa de que no mantienen el efecto de sus promesas, al par que por lo temerario de sus imposturas?

Los pueblos de los que voy hablando hacen la guerra contra las naciones que viven del otro lado de las montañas, más adentro de la tierra firme. En estas luchas todos van desnudos; no llevan otras armas que arcos, o espadas de madera afiladas por un extremo, parecido a la hoja de un venablo. Es cosa sorprendente el considerar estos combates que siempre acaban con la matanza y derramamiento de sangre, pues la derrota y el pánico son desconocidos en aquellas tierras. Cada cual lleva como trofeo la cabeza del enemigo que ha matado y la coloca a la entrada de su vivienda. A los prisioneros, después de haberles dado buen trato durante algún tiempo y de haberlos favorecido con todas las comodidades que imaginan, el jefe congrega a sus amigos en una asamblea, sujeta con una cuerda uno de los brazos del cautivo, y por el extremo de ella le mantiene a algunos pasos, a fin de no ser herido; el otro brazo lo sostiene de igual modo el mejor amigo del jefe; en esta disposición, le destrozan a espadazos. Hecho esto, le asan, se lo comen entre todos y envían algunos trozos a los amigos ausentes. Y no se lo comen para alimentarse, como antiguamente hacían los escitas, sino para conducir la venganza hasta el último límite; y así es en efecto, pues tras advertir que los portugueses que se unieron a sus adversarios ponían en práctica otra clase de muerte contra ellos cuando los cogían, que consistía en enterrarlos hasta la cintura y lanzarles luego en la parte descubierta gran número de flechas para después ahorcarlos, creyeron que estos hombres del otro mundo, igual que habían sembrado su territorio con el conocimiento de muchos vicios, estaban más ejercitados que ellos en todo género de malicia, y que no realizaban sin motivo aquel género de venganza, de manera que desde entonces la consideraron una muerte más cruel que la suya; así que abandonaron su antigua práctica por la nueva de los portugueses. No dejo de reconocer la barbarie y el horror que supone comerse al enemigo, mas sí me sorprende que comprendamos y veamos sus faltas y seamos ciegos para reconocer las nuestras. Creo que es más bárbaro comerse a un hombre vivo que comérselo muerto; desgarrar por medio de suplicios y tormentos un cuerpo todavía lleno de vida, asarlo lentamente, y echarlo luego a los perros o a los cerdos; esto, no solo lo hemos leído, sino que lo hemos visto recientemente, y no es que se tratara de antiguos enemigos, sino de vecinos y conciudadanos, con la agravante circunstancia de que para la comisión de

tal horror sirvieron de pretexto la piedad y la religión. Esto es más bárbaro que asar el cuerpo de un hombre y comérselo después de muerto.

Crisipo y Zenón, maestros de la secta estoica, opinaban que no había inconveniente alguno en servirse de nuestros despojos para cualquier cosa que nos fuera útil, ni tampoco en servirse de ellos como alimento. Sitiados nuestros antepasados por César en la ciudad de Alesia, determinaron, para no morirse de hambre, alimentarse con los cuerpos de los ancianos, mujeres y demás personas inútiles para el combate.

Se cuenta que los vascones prolongaron su vida nutriéndose con carne humana.[20]

Los mismos médicos no tienen inconveniente en emplear los restos humanos para las operaciones que practican en los cuerpos vivos, y los aplican, ya interior, ya exteriormente. Jamás se vio en aquellos países opinión tan relajada que disculpase la traición, la deslealtad, la tiranía y la crueldad, que son nuestros pecados ordinarios. Podemos, pues, llamarlos bárbaros en función de los preceptos que la sana razón dicta, mas no si los comparamos con nosotros, que los sobrepasamos en todo género de barbarie. Sus guerras son completamente nobles y generosas; son tan excusables y abundan en acciones tan hermosas como esta enfermedad humana puede admitir. No luchan por la conquista de nuevos territorios, pues gozan de una fertilidad tan natural que pueden alimentarse sin trabajo ni fatigas cuanto les es preciso, y de manera tan abundante que les sería inútil ensanchar sus límites. Se encuentran en la situación dichosa de no codiciar sino aquello que sus naturales necesidades les ordenan; todo lo que a estas sobrepasa es superfluo para ellos. Generalmente los de una misma edad se llaman hermanos, hijos los menores, y los ancianos se consideran como padres de todos. Estos últimos dejan a sus herederos la plena posesión de sus bienes en común, sin más títulos que el que la naturaleza da a las criaturas al echarlas al mundo. Si sus vecinos trasponen las montañas para sitiarlos y logran vencerlos, el botín del triunfo consiste únicamente en la gloria y superioridad de haberlos sobrepasado en valor y en virtud, pues de nada les servirían las riquezas de los vencidos. Regresan a sus países, donde nada de lo preciso les falta, y donde saben además acomodarse a su condición y vivir contentos con ella. Igual virtud adorna a los del bando

contrario. A los prisioneros no les exigen otro rescate que la confesión y el reconocimiento de haber sido vencidos; pero no se ve ni uno solo en todo el transcurso de un siglo que no prefiera antes la muerte que mostrarse cobarde ni de palabra ni de obra; ninguno pierde un adarme de su invencible esfuerzo, ni se ve ninguno tampoco que no prefiera morir y ser devorado antes que solicitar el perdón. Los tratan con entera libertad a fin de que la vida les sea más grata, y les hablan de las amenazas de una muerte próxima, de los tormentos que sufrirán, de los preparativos que se disponen a este efecto, del magullamiento de sus miembros y del festín que se celebrará a sus expensas. De todo se echa mano con el propósito de arrancar de sus labios alguna palabra blanda o alguna bajeza, y también para hacerlos entrar en deseos de huir para de este modo poder vanagloriarse de haberles metido miedo y quebrantado su firmeza, pues consideradas las cosas rectamente, solo en esto reside la victoria verdadera:

> La sola victoria verdadera es la que fuerza al enemigo a declararse vencido.[21]

Los húngaros, combatientes belicosísimos, no iban tampoco en la persecución de sus enemigos más allá de ese punto de reducirlos a pedir clemencia. En cuanto alcanzaban semejante confesión, los dejaban libres, sin ofenderlos ni pedirles rescate; lo más a que llegaban las exigencias de los vencedores era a obtener la promesa de que en lo sucesivo no se levantarían en armas contra ellos. Bastantes ventajas alcanzamos sobre nuestros enemigos, que no son comúnmente sino prestadas y no peculiares nuestras. Más propio es de un mozo de cuerda que de la fortaleza de ánimo el tener los brazos y las piernas duros y resistentes; la buena disposición para la lucha es una cualidad estéril y corporal; de la fortuna depende que venzamos a nuestro enemigo, y que nos impongamos. Se trata de habilidad y destreza, y puede estar al alcance de un cobarde o de un mentecato ser un consumado maestro de la esgrima. La estimación y la valía de un hombre residen en el corazón y en la voluntad; allí reside el verdadero honor. La valentía es la firmeza, no de las piernas ni de los brazos, sino del vigor y del alma. No consiste en el valor de nuestro caballo ni en la solidez de nuestra armadura, sino en el temple de nuestro pecho. El que cae lleno de ánimo en el combate, «si cae en tierra combate de rodillas»;[22] el que desafiando

todos los peligros ve la muerte cercana y por ello no disminuye un punto en su fortaleza; quien al exhalar el último suspiro mira todavía a su enemigo con altivez y desdén, son derrotados no por nosotros, sino por la mala fortuna; muertos pueden estar, mas no vencidos. Los más valientes son a veces los más infortunados, así que puede decirse que hay pérdidas triunfantes que equivalen a las victorias. Ni siquiera aquellas cuatro hermanas, las más hermosas que el sol haya alumbrado sobre la tierra, las de Salamina, Platea, Micala y Sicilia, podrán jamás oponer toda su gloria a la derrota del rey Leónidas y de los suyos en el desfiladero de las Termópilas. ¿Quién corrió nunca con gloria más viva ni ambiciosa pese a vencer en el combate que el capitán Iscolas en su derrota? ¿Quién logró con su salvación más fama que él de su ruina? Estaba encargado de defender cierto paso del Peloponeso contra los arcadios, y como se sintiera incapaz de cumplir su misión a causa de la naturaleza del lugar y de la desigualdad de fuerzas, convencido de que todo cuanto los enemigos quisieran hacer lo harían, y por otra parte, considerando indigno de su propio esfuerzo y magnanimidad, así como también del nombre Lacedemonio el ser derrotado, adoptó la determinación siguiente: a los más jóvenes y mejor dispuestos de su ejército los reservó para la defensa y servicio de su país, y les ordenó que partieran; con aquellos cuya muerte era de menor trascendencia decidió defender el desfiladero, y con la muerte de todos hacer pagar cara a los enemigos la entrada, como sucedió efectivamente, pues viéndose de pronto rodeado por todas partes por los arcadios, entre quienes hizo una atroz carnicería, él y los suyos fueron luego pasados a cuchillo. ¿Existe algún trofeo asignado a los vencedores que no pudiera aplicarse mejor a estos vencidos? El vencer verdadero tiene por carácter no tanto preservar la vida, sino el batallar, y el honor reside más en combatir que el derrotar.

Volviendo a los caníbales, diré que, lejos de rendirse los prisioneros por las amenazas que se les hacen, ocurre lo contrario; durante los dos o tres meses que permanecen en tierra enemiga están alegres, y meten prisa a sus amos para que se apresuren a darles la muerte, desafiándolos, injuriándolos, y echándoles en cara la cobardía y el número de batallas que perdieron contra los suyos. Guardo una canción compuesta por uno de aquellos, en

que se advierten los rasgos siguientes: «Que vengan resueltamente todos cuanto antes, que se reúnan para comer mi carne, y comerán al mismo tiempo la de sus padres y la de sus abuelos, que antaño sirvieron de alimento a mi cuerpo; estos músculos, estas carnes y estas venas son los vuestros, pobres locos; no reconocéis que la sustancia de los miembros de vuestros antepasados reside todavía en mi cuerpo; saboreadlos bien, y encontraréis el gusto de vuestra propia carne». En nada se asemeja esta canción a las de los salvajes. Los que los pintan moribundos y los representan cuando se los sacrifica, muestran al prisionero escupiendo en el rostro a los que le matan y haciéndoles gestos. Hasta que exhalan el último suspiro no cesan de desafiarlos de palabra y por obras. ¿Son aquellos hombres, que no conocen la mentira, completamente salvajes comparados con nosotros? Preciso es que lo sean a sabiendas o que lo seamos nosotros. Hay una distancia enorme entre su manera de ser y la nuestra.

Los varones tienen allí varias mujeres, en tanto mayor número cuanta mayor es la fama que gozan de valientes. Es cosa hermosa y digna de notarse en los matrimonios, en lugar de los celos a los que recurren nuestras mujeres para impedirnos comunicación y trato con las demás, las suyas ponen cuanto está de su parte para que ocurra lo contrario. Abrigando mayor interés por el honor de sus maridos que por todo lo demás, emplean la mayor solicitud de que son capaces en recabar el mayor número posible de compañeras, puesto que tal circunstancia prueba la virtud de sus esposos. Las nuestras tendrán esta costumbre por absurda mas no lo es en modo alguno, sino más bien una buena prenda matrimonial, de la cualidad más relevante. Algunas mujeres de la Biblia: Lía, Raquel, Sara y las de Jacob, entre otras, facilitaron a sus maridos sus hermosas sirvientes. Livia secundó los deseos de Augusto en perjuicio propio. Estratonicia, esposa del rey Dejotaro, procuró a su marido no ya solo una hermosísima camarera que la servía, sino que además educó con diligencia suma los hijos que nacieron de la unión, y los ayudó a que heredaran el trono de su marido. Y para que no vaya a creerse que esta costumbre se practica por obligación servil o por autoridad ciega hacia el hombre, sin reflexión ni juicio, o por torpeza de alma, mostraré aquí algunos ejemplos de la inteligencia de aquellas gentes. Además de la canción guerrera antes citada, tengo noticia de otra amorosa,

que comienza así: «Detente, culebra; detente, a fin de que mi hermana copie de tus hermosos colores el modelo de un rico cordón que yo pueda ofrecer a mi amada; que tu belleza sea siempre preferida a la de todas las demás serpientes». Esta primera copla es el estribillo de la canción, y yo creo haber mantenido suficiente trato con los poetas para juzgar de ella, que no solo nada tiene de bárbara, sino que se asemeja a las de Anacreonte. El idioma de aquellos pueblos es dulce y agradable, y las palabras terminan de un modo semejante a las de la lengua griega.

Tres hombres de aquellos países, desconociendo lo costoso que sería un día para su tranquilidad y dicha el conocimiento de la corrupción del nuestro, y que su comercio con nosotros engendraría su ruina, como supongo que habrá ya acontecido, por la locura de haberse dejado engañar por el deseo de novedades, y por haber abandonado la dulzura de su cielo para ver el nuestro, vinieron a Rouen cuando el rey Carlos IX residía en esta ciudad. El soberano les habló largo tiempo; les mostraron nuestras maneras, nuestros lujos, y cuantas cosas encierra una gran ciudad. Luego, alguien quiso saber la opinión que se habían formado, y deseosos de conocer lo que les había parecido más admirable, respondieron que tres cosas (de ellas olvidé una y estoy bien pesaroso, pero dos las recuerdo bien): dijeron que encontraban muy raro que tantos hombres barbudos, de elevada estatura, fuertes y bien armados como rodeaban al rey (acaso se referían a los suizos de su guardia) se sometieran a la obediencia de un muchachillo, y no eligieran mejor uno de entre ellos para que los mandara. En segundo lugar (según ellos la mitad de los hombres vale por lo menos como la otra mitad), observaron que había entre nosotros muchas personas llenas y ahítas de toda suerte de comodidades y riquezas; y que los otros mendigaban a sus puertas, descarnados de hambre y miseria, y que les parecía también singular que los segundos pudieran soportar injusticia semejante y que no estrangularan a los primeros, o no prendieran fuego a sus casas.

Yo hablé a mi vez largo tiempo con uno de ellos, pero tuve un intérprete tan torpe e inhábil para entenderme, que fue poquísimo el placer que recibí. Preguntándole qué ventajas alcanzaba de la superioridad con la que su capitán se hallaba investido entre los suyos, pues nuestros marinos le llamaban rey, me dijo que la de ir a la cabeza en la guerra. Interrogado

sobre el número de hombres que le seguían, me mostró un lugar para significarme que tantos como podía contener el sitio que señalaba (cuatro o cinco mil). Tras preguntarle si después de la guerra mantenía su autoridad, contestó que gozaba del privilegio, al visitar los pueblos que dependían de su mando, de que le abriesen senderos a través de las malezas y arbustos, por donde pudiera pasar a gusto. Todo lo dicho en nada se asemeja a la insensatez ni a la barbarie. El problema es que estas personas no gastan calzones ni coletos.

CAPÍTULO XXXII

DE LA CONVENIENCIA DE JUZGAR SOBRIAMENTE DE LAS COSAS DIVINAS

El más adecuado terreno, el que se encuentra más sujeto a error e impostura, consiste en discurrir sobre cosas desconocidas; pues en primer lugar, la singularidad misma del asunto hace que les concedamos crédito, y luego, como esas cosas no forman la materia corriente de nuestra reflexión, no disponemos de medios para abordarlas. Por eso dice Platón que es mucho más fácil cautivar a un auditorio cuando se le habla de la naturaleza de los dioses que cuando se trata de la naturaleza de los hombres; la ignorancia de los oyentes procura una gran libertad al ocuparse de una cuestión oculta. De aquí se sigue que nada se cree con mayor firmeza que aquello que se conoce menos; ni hay hombres más seguros de lo que dicen que los que nos refieren cosas fabulosas, como los alquimistas, adivinos, quirománticos, astrólogos, médicos, «y todas las gentes de igual categoría», **[23]** a los cuales añadiría de buen grado, si a tanto osara, una caterva de personas, intérpretes y fiscalizadores ordinarios de los designios de Dios, que hacen profesión de inquirir las causas de cada accidente y de ver en los arcanos de la voluntad divina los motivos inescrutables de sus obras; y aun cuando la variedad y continua discordancia de esos acontecimientos los lleva de un extremo al opuesto, de oriente a occidente, no por eso dejan de actuar como descifradores impertérritos, y con el mismo lapicero pintan lo blanco y lo negro.

En un pueblo de las Indias existe esta laudable costumbre: cuando pierden algún encuentro o batalla, piden públicamente perdón al sol, que es su dios, de su culpa, como si hubieran cometido una acción injusta,

relacionando su dicha o desdicha a la razón divina, y sometiéndole su juicio y sus acciones. Para un buen cristiano es suficiente creer que todas las cosas nos las envía Dios, y recibirlas además con el reconocimiento de su divina e inescrutable sabiduría; así que deben tomarse siempre con buen ánimo, nos beneficien o nos perjudiquen. No puedo sino censurar la conducta que ordinariamente veo seguir a muchas personas, las cuales apoyan nuestra religión conforme a la prosperidad de sus empresas. Cuenta nuestra fe con bastantes otros fundamentos, sin necesidad de autorizarla con el curso bueno o malo de los acontecimientos terrenales. Acostumbrado el pueblo a aquellos argumentos, que aplaude y encuentra muy dignos de su agrado, se le expone a que su fe vacile cuando los sucesos le sean adversos y la ventura no le acompañe. Ocurre lo propio con nuestras guerras de religión; los que ganaron la batalla de la Rochelabeille, metieron gran algazara por semejante accidente, y se sirvieron de su fortuna para probar que era justa la causa que defendían; luego tratan de explicar sus descalabros de Montcontour y de Jarnac, diciendo que esos fueron castigos paternales: si no tuvieran un pueblo a su disposición completa para embaucarle, se convencería este fácilmente de que todo eso no son más que artificios engañosos. Valdría mucho más enseñarle los sólidos fundamentos de la verdad. En estos meses pasados ganaron los españoles una batalla gloriosa contra los turcos, con don Juan de Austria al mando de las tropas cristianas. Otras derrotas hemos sufrido nosotros también por la voluntad de Dios, y eso que no somos turcos. En conclusión, es difícil acomodar las cosas divinas a nuestra balanza sin que sufran menoscabo. Quien pretenda explicarse que León y Arrio, principales sectarios de la herejía arriana, acabaron, aunque en épocas diversas, de muertes semejantes (retirados de la disputa a causa del dolor de vientre, ambos expiraron repentinamente en un retrete); quien quiera ver un testimonio de la venganza divina en la circunstancia de morir en un lugar tan inmundo, tendrá que añadir a aquellas la muerte de Heliogábalo, que fue asesinado en una letrina; y sin embargo, Irene, santa mujer a quien adornaban todas las virtudes, se encuentra en el mismo grupo. Queriendo Dios enseñarnos que los buenos tienen otra cosa que esperar y los malos otra cosa que temer que las bienandanzas o malandanzas terrenales, se sirve de ambas y las aplica por

medios ocultos, despojándonos así de todo recurso de alcanzar torpemente nuestro provecho, con nuestra experiencia. Se equivocan de medio a medio los que quieren valerse de la razón humana, y jamás encuentran una explicación atinada sin que al punto les asalten dos contrarias; de ahí extrae san Agustín sólidos argumentos contra sus adversarios. Es un conflicto que solucionamos con las armas de la memoria más bien que con las de la razón. Menester es que nos conformemos con la luz que place al sol comunicarnos. Quien eleve la mirada a fin de procurarse claridad mayor no se extrañe si por castigo de su osadía se queda ciego. «¿Quién es el hombre capaz de conocer los designios de Dios, o de imaginar la voluntad del Señor?»[24]

Capítulo XL

CONSIDERACIÓN SOBRE CICERÓN

Se deduce de los escritos de Cicerón y Plinio, poco semejante el de este, a mi entender, al carácter de su tío, testimonios numerosos de la ambiciosa manera de ser de ambos, entre los cuales figura el de solicitar sin ambages que los historiadores de su tiempo no los olviden en sus anales. El azar, como una ironía, ha hecho llegar hasta nosotros la vanidad de tales súplicas, y ha perdido los panegíricos que originaron. Mas sobrepasa toda suerte de bajeza en personas de tal rango, la circunstancia de haber querido sacar partido para su gloria de la cháchara, hasta el punto de emplear en su beneficio las cartas privadas, escritas a sus amigos; de suerte que algunas, no habiendo sido enviadas a tiempo, no por ello dejaron de publicarlas, so pretexto de no perder sus vigilias y trabajo. ¿Es acaso propio de dos cónsules romanos, magistrados, soberanos de la república gobernadora del mundo ocupar los momentos de ocio en preparar con toda la lentitud necesaria, frase por frase, una misiva dedicada a comentar el lenguaje de sus nodrizas con el propósito de adquirir algo más de fama? ¿Qué podría hacer peor un simple maestro de escuela que se ganara la vida enseñando a sumar? Si las empresas de Jenofonte y César no hubieran con mucho sobrepasado la elocuencia de ambos, creo que jamás las hubieran escrito; quisieron recomendar lo que hicieron, no lo que escribieron, y si la perfección en el hablar pudiera añadir algo a la gloria de un personaje importante, Escipión y Lelio no hubiesen cedido el honor de las comedias que compusieron y el empleo delicado de la lengua latina a un siervo africano: la belleza y la excelencia confirman la autoría de su obra, y el

propio Terencio así lo confiesa. Y me disgustaría mucho si un día encontrase motivos para rechazar esta creencia.

Constituye una especie de burla e injuria el querer enaltecer a un hombre por las cualidades que se avienen mal con su categoría, aunque tales prendas sean consideradas estimables desde otros puntos de vista; como por ejemplo, el alabar a un monarca como buen pintor o excelente arquitecto, y ni aun como buen arcabucero o maestro en el arte de correr sortija.[25] Estos encomios no son honrosos ni dignos, si no se presentan en conjunto, después de los que son más pertinentes a los personajes a quienes se consagran, que deben ser la justicia y la ciencia de gobernar su pueblo, así en la paz como en la guerra. De tal suerte es Ciro digno de alabanza por el conocimiento de la agricultura, y Carlomagno por su elocuencia y penetración en todo lo relativo a las bellas letras. Yo he visto tener muy en poco sus estudios, desdeñar las ciencias y afectar una ignorancia que el pueblo no puede suponer en personas que pasan por competentes, las cuales se recomendaban por otras cualidades. Los compañeros de Demóstenes en la embajada que visitó a Filipo alababan a este príncipe por ser hermoso, elocuente y buen bebedor. Demóstenes replicaba que elogios semejantes convenían mejor a una dama, a un abogado o a una esponja, que a un rey:

> Que derribe por tierra al enemigo que le hace frente; que perdone al que está ya por tierra,[26]

la profesión del cual no consiste precisamente en ser buen cazador o impecable bailarín:

> Hablen otros con elocuencia; armados del compás midan otros la ruta de los astros, cuando a él le basta con saber gobernar los imperios.[27]

Plutarco es todavía más explícito en este punto, y dice que mostrarse tan aventajado en esos méritos menos necesarios, es declarar a voces haber empleado mal el tiempo y el estudio que debieron consagrarse a cosas más necesarias y útiles. Filipo de Macedonia, después de oír cantar a su hijo Alejandro a gusto de los mejores músicos, dijo: «¿No te da vergüenza cantar tan bien?». Un músico que discutía con el mismo Filipo de cosas tocantes a su arte, le dijo al príncipe: «No quiera Dios, señor, que os acontezca la desgracia de llegar a ser más competente que yo en las cosas

de mi oficio». Un soberano debe estar en disposición de responder lo que contestó Ifícrates al orador que le censuraba así su invectiva: «En suma, ¿quién eres tú para dártelas de valiente? ¿Eres guerrero, arquero, piquero? No soy nada de eso, pero en cambio soy quien sabe mandar a todos los que has citado». Antistenes consideró como un dato relevante para su prestigio que a Ismenias se le ensalzara como flautista excelente.

Yo bien sé, cuando oigo a alguien que se detiene a encomiar el lenguaje de los *Ensayos*, cuál es su propósito y preferiría que se callara: pues no pretende tanto ensalzar la elocución como deprimir el sentido, y sé que cuanto más ambigua es la alabanza, mayor es la malicia que la anima. O me equivoco grandemente, o si muchos otros escriben con mayor profundidad que yo, mi libro, malo o bueno, es de tal naturaleza que apenas hay ninguno en que se hallen acumulados mayor número de sustanciosos materiales, o al menos más copiosamente amontonados. Para dejar más sitio a las ideas echo mano solo de las principales, y si en desarrollarlas me detuviera, multiplicaría muchas veces este volumen. ¡Cuántas citas he traído a colación que nada dicen en apariencia, y que meditadas con detenimiento darían lugar a ensayos numerosos! Ni estas citas ni mis comentarios sirven solo de ejemplo, autoridad u ornato; no las considero exclusivamente por el uso que hago de ellas: muchas veces tienen otros fines, y pudieran ser la semilla de una materia más rica y más vigorosa, lo mismo para mí, que no quiero sacar mayor partido en los pasajes donde las coloco, que para quien bien penetre el sentido de lo que escribo.

Volviendo a la virtud retórica, diré que no establezco distinción alguna entre no saber más que expresarse mal o no saber sino hablar elegantemente. «Un ordenamiento simétrico es cosa indigna del hombre.»[28] Dicen los filósofos que no existe una sola ciencia superior a la filosofía, y que en un sentido práctico nada aventaja a la virtud, que generalmente es adecuada a todos los grados y a todos los órdenes de la vida.

Algo semejante a la vanidad de Cicerón y Plinio es la de Séneca y Epicuro; estos dos filósofos prometen también una duración eterna a las cartas que escriben a sus amigos, pero de modo diverso a la de aquellos, prestándose por cumplir un servicio en favor de la vanidad ajena, pues los

informan que si el interés de ser famosos en los venideros siglos los retiene todavía en el manejo de los negocios públicos, haciéndoles temer la soledad y el retiro, adonde quieren llamarlos para que no emprendan ocupaciones nuevas, añadiendo que sus actos pasados los acreditan para con la posteridad, y que las solas cartas que escribieran servirían para hacerles tan renombrados como sus acciones públicas. Salvo esta semejanza, las cartas de Séneca y Epicuro no están vacías de sentido ni son descarnadas como esas otras que no tienen mayor mérito que el de un delicado escrutinio de palabras, amontonadas y ordenadas según una cadencia armoniosa, llenas de falsedades y bellos discursos de sapiencia; por ellas no se acreditan de elocuentes, sino de prudentes, y nos enseñan no tanto a hablar bien, sino a bien obrar. Desdeñemos la elocuencia por sí misma, la que no nos conduce a la práctica del bien. La de Cicerón, sin embargo, dicen que es de una perfección tan elevada, que por sí sola reluce.

Añadiré todavía una anécdota relativa al gran orador, muy pertinente a lo que hablo, que nos ayuda a conocer su naturaleza: necesitado de perorar en público, y como estuviera algo falto de tiempo para prepararse a su gusto, Eros, uno de sus esclavos, le anunció que la audiencia se había aplazado para el día siguiente; Cicerón recibió de ello tanto gozo, que dio libertad a su siervo por la buena nueva.

Sobre este asunto de las epístolas, diré que mis amigos afirman que no me falta acierto para escribirlas; de buen grado hubiera adoptado la forma epistolar para dar cuerpo a mis improvisaciones, si hubiese tenido una persona con quien hablar. Se trata de un requisito imprescindible, y en otro tiempo dispuse de esa amistad que me sustentaba, pues dirigirme al viento, como algunos hacen, no lo haría ni en sueños; como tampoco forjaría nombres vanos para comunicar cosas serias, pues soy enemigo jurado de toda falsificación. Hubiera así permanecido más atento y seguro con un corresponsal inteligente y amigo, que contemplando los diversos aspectos de un pueblo; y, o mucho me equivoco, o hubiese sido más diestro en mis escritos. Mi estilo es naturalmente familiar y desenvuelto, pues esa es mi inclinación, y resulta impropio para las públicas negociaciones, como mi conversación; demasiado conciso, desordenado, cortado, particular, y nadie más inhábil que yo para escribir cartas de ceremonia de esas que no tienen

mayor sustancia de la que encierra un bello amalgamamiento de palabras corteses. No poseo ni la facultad ni el gusto de esas dilatadas ofertas de afección y servicios, no creo en tantas dulzuras, y me disgusta traspasar los límites de lo que creo, lo cual está bien lejos del uso presente, pues en ninguna época se emplearon con mayor profusión ni se prostituyeron en tal grado las palabras: vida, alma, devoción, adoración, siervo y esclavo. Todos estos dictados corren con tanta frecuencia que, cuando con ellos se quiere expresar algo de sincero y respetuoso, no se encuentra medio de conseguirlo.

Odio a muerte escuchar cumplidos excesivos, son razón de sobra para que inmediatamente adopte un tono seco, duro y franco, que inclina a quien me desconoce a considerarme como desdeñoso. Festejo más a los que agasajo menos, y allí donde mi alma marcha con mayor regocijo olvida el camino de lo convencional, de los miramientos; me ofrezco por entero a quienes pertenezco, y me muestro menos obsequioso a quien sin reserva alguna me he dado. Me parece que a los que profeso estima deberían leerla en mi corazón, y que la expresión de mis palabras ha de ser siempre más débil que los sentimientos que abrigo. Al desear la bienvenida, al despedirme, al dar las gracias, al saludar, al ofrecer mis servicios y en otras fórmulas verbales de las leyes ceremoniosas de nuestra urbanidad, mi torpeza de lengua compite con la del más inepto; y cuando por complacer a alguien he escrito alguna carta de recomendación, la persona a quien trataba de favorecer la encontró siempre floja e ineficaz. Los italianos son muy hábiles en esto de escribir misivas; yo tengo de ellas buen número de volúmenes: las de Aníbal Caro me parecen las mejores. Si se conservase todo el papel que antaño emborronaba para las damas, cuando mi mano era guiada por la pasión, quizá se hallaría entre ello alguna página digna de ser conocida por la ociosa juventud embaucada por el furor. Yo escribo mis cartas a toda velocidad, tan precipitadamente, que aunque mi caligrafía es insoportable, prefiero servirme de mi mano a buscar la ayuda de otra, pues no hallo quien me pueda seguir, y no las transcribo nunca. Las empiezo de buen grado, sin plan; la primera frase engendra la segunda. Las cartas que ahora se redactan más se componen de adornos y prefacios que de ideas. Como prefiero mejor escribir dos que doblar y cerrar una, encomiendo

siempre a otra persona esta misión. Lo mismo me ocurre cuando ya he escrito todo lo que tenía que decir, con gusto encargaría a otra persona que añadiera las interminables arengas, súplicas y buenos deseos que colocamos al final. Yo deseo que alguna costumbre nueva nos libre de tal uso, como también de inscribir una dilatada lista de títulos y méritos a la cabeza de las epístolas; por ello he dejado a veces de enviar ciertas cartas en especial a personas que ejercían cargos de justicia o hacienda: tantas invocaciones en los empleos, la difícil distribución y ordenamiento de los diversos cargos honoríficos, que tanto dinero ha costado obtener, no pueden ser cambiados ni olvidados sin ofensa de la persona a quien se escribe. Y me desagrada igualmente ver cómo se recarga el frontispicio de los libros, que ahora salen con toda suerte de títulos.

Capítulo LVII

DE LA EDAD

No puedo aprobar la manera como entendemos el tiempo que dura nuestra vida. Yo veo que los filósofos la consideran de menor duración de lo que en general la creemos nosotros. Catón el joven les dice a los que querían impedir que se matase: «¡Cómo! ¿Estoy yo en edad, a los años que tengo, de que se me pueda reprochar el abandonar la vida con anticipación?». Tenía entonces solo cuarenta y ocho años, y estimaba que esta edad era ya madura y avanzada, considerando cuán pocos son los hombres que la alcanzan. Los que creen que el curso de la vida, que llaman natural, promete pasar de aquel tiempo, se engañan; podrían asegurarse una vida de mayor duración, si gozaran de un privilegio que los librase del número grande de accidentes a los que todos fatalmente nos encontramos sujetos, y que pueden interrumpir ese largo curso que los optimistas creen que será suyo. ¡Qué ilusión la de quien espera morir por la falta de fuerzas que a la vejez extrema acompaña, y la de creer que nuestros días acabarán solo entonces! Esa es la muerte más rara de todas, la menos acostumbrada, y la llamamos natural, como si tan natural no fuera morir de una caída, ahogarse en un naufragio, sucumbir en una epidemia o de una pleuresía, y como si nuestra constitución ordinaria no nos abocara todos los días a semejantes accidentes. No confiemos en esas esperanzas; el que se realicen es cosa siempre rara; antes bien debe considerarse natural lo que es general, común y universal.

Morir de viejo es una muerte singular y extraordinaria, mucho menos frecuente que las otras; es la última y extrema manera de morir, y cuanto más lejos estamos de la vejez, menos debemos esperar ese género de

muerte. Pero es la ancianidad el límite más allá del cual no pasaremos, y el que la ley natural ha prescrito para no ser traspasado; mas es un privilegio otorgado a pocos el que la vida dure hasta una edad avanzada, excepción que la naturaleza concede como un favor particular a uno solo en el espacio de dos o tres siglos, descargándole de las luchas y dificultades que interpuso en una carrera tan dilatada. Sin ir más lejos, me doy cuenta de que pocas personas llegan a alcanzar la edad que yo ya he cumplido. Puesto que ordinariamente los hombres no la viven, prueba es de que estamos ya muy avanzados en el camino; y puesto que traspusimos ya los límites acostumbrados, que son la medida verdadera de nuestra vida, no debemos esperar ir más allá, habiendo escapado a la muerte en mil ocasiones en que otros muchos tropezaron. Debemos, por tanto, reconocer que una fortuna tan extraordinaria como la nuestra, que nos coloca aparte de la común usanza, no ha de durarnos largo tiempo.

Es también un defecto de las leyes mismas el que consideren la duración de la vida como dilatada. Las leyes no consienten que un hombre pueda administrar sus bienes hasta que no haya cumplido los veinticinco años, y apenas será dueño entonces del gobierno de su existencia. Augusto suprimió cinco de las antiguas leyes romanas para declarar la mayoría de edad, y acordó también que bastaban treinta para desempeñar un cargo en la judicatura. Servio Tulio eximió a los caballeros que habían pasado de los cuarenta y siete años de las fatigas de la guerra, y Augusto a los que contaban cuarenta y cinco. Enviar a los hombres al retiro antes de los cincuenta y cinco o sesenta años no me parece una medida razonable. Entiendo que nuestra ocupación o profesión debe prolongarse cuanto se pueda mientras podamos ser útiles al Estado; el defecto, a mi entender, reside en el lado opuesto: en no emplearnos en el trabajo antes del tiempo en que se nos requiere. Augusto fue juez universal del mundo cuando solo contaba diecinueve años, y se exige que nosotros hayamos cumplido treinta antes de poder intervenir para solucionar una gotera.

Creo que nuestras almas se encuentran suficientemente desarrolladas a los veinte años; a esta edad son ya lo que deben ser en lo sucesivo y prometen cuantos frutos puedan dar en el transcurso de la vida; jamás un espíritu que no haya mostrado entonces ya una prenda evidente de su

fuerza, presentará después la prueba. Los méritos y las virtudes naturales o demuestran a una temprana edad lo que tienen de esforzados y virtuosos o no lo harán nunca:

> Si la espina no pica cuando nace, apenas picará ya jamás,[29]

dicen en el Delfinado. Entre todas las acciones nobles de las que tengo noticia, sea cual fuere su naturaleza, puedo asegurar que son en mayor número las que fueron realizadas, tanto en los siglos pasados como en el nuestro, antes de cumplir los treinta años, y muchas veces en la discreción de la vida cotidiana de un hombre cualquiera ocurre lo propio. ¿No puedo asegurarlo así tanto de Aníbal como de, su principal adversario, Escipión? La primera hermosa mitad de sus vidas ganaron la gloria de la que gozaron luego; fueron después grandes hombres, sin duda, comparados con otros, pero no con ellos mismos. En cuanto a mí, tengo por probado que desde que pasé de aquella edad mi espíritu y mi cuerpo se han debilitado más que fortalecido: he retrocedido más que avanzado. Es posible que para aquellos hombres que emplean bien su tiempo, la ciencia y la experiencia crezcan a medida que su vida avanza; pero la vivacidad, la prontitud, la firmeza y otras varias cualidades más importantes y esenciales, son más nuestras cuando somos jóvenes; luego se agostan y languidecen:

> Cuando el esfuerzo poderoso de los años ha encorvado los cuerpos y gastado los resortes de una máquina agotada, el juicio vacila, el espíritu se oscurece y la lengua tartamudea. [30]

A veces es el cuerpo el que primero sucumbe a la vejez, otras veces es el alma: he visto muchos hombres cuyo cerebro se debilitó antes que el estómago y las piernas, mal tan desconocido para quien lo sufre como peligroso. Por todas estas consideraciones encuentro desacertadas las leyes, no porque nos dejen permanecer hasta demasiado tarde trabajando, sino porque no nos ocupen antes. Me parece que si se reflexionara en la fragilidad de nuestra vida y en los numerosos escollos ordinarios y naturales a que está expuesta no debería repararse tanto en el año en que nacimos, ni dejarnos tanto tiempo en la inactividad, ni emplearlo tan generosamente en nuestro aprendizaje.

ENSAYOS

LIBRO SEGUNDO

CAPÍTULO I

DE LA INCONSTANCIA DE NUESTRAS ACCIONES

Los que se emplean en el examen de las acciones humanas nunca se encuentran en una situación tan embarazosa como cuando pretenden armonizar y presentar bajo el mismo tono los actos de los hombres, los cuales se contradicen comúnmente de tan extraña manera que parece imposible que pertenezcan a una misma cosecha. El joven Mario se mostró unas veces hijo de Marte, e hijo de Venus otras. Del pontífice Bonifacio VIIII se dice que entró en el ejercicio de su cargo como un zorro, que se condujo como un león y que murió como un perro. ¿Y quién hubiera creído jamás de Nerón, imagen verdadera de la crueldad, que al presentarle para que la firmase una sentencia de muerte, respondiese: «¡Pluguiera a Dios que nunca hubiera aprendido a escribir!». Tal dolor le ocasionaba la condenación de un hombre. Ejemplos semejantes son abundantísimos; cada cual puede hallarlos en sí mismo, y yo encuentro algo extravagante comprobar que las personas con entendimiento se obstinen en armonizar actos tan contradictorios, en vista de que la irresolución me parece el vicio más común y visible de nuestra naturaleza, como lo acredita este famoso verso de Publio, el poeta cómico:

> No es un plan excelente el que no puede modificarse.[31]

Puede haber un asomo de razón en juzgar a un hombre por los rasgos más comunes de su vida, pero en atención a la natural estabilidad de nuestras costumbres e ideas, entiendo que hasta los buenos autores hacen mal obstinándose en formar del hombre una contextura sólida y constante:

eligen un principio general, y de acuerdo con él ordenan e interpretan las acciones, y si no logran acomodarlas a la idea preconcebida, disimulan las que no entran en su patrón. Augusto escapa a sus apreciaciones, pues en ese hombre se reunieron una variedad de actos tan rápidos y distintos durante todo el curso de su vida, que no ha sido posible, ni siquiera a los historiadores más arriesgados, formular sobre él un juicio estable. Creo que la cualidad dominante en los hombres es la inconstancia; la cualidad contraria rara vez se ve en ellos. Es difícil encontrar en toda la antigüedad una docena de hombres que hayan dirigido su vida conforme a los principios seguros, lo cual constituye el fin principal de la filosofía; comprenderla en conjunto, dice un escritor antiguo, y no acomodarla a nuestra vida, es querer y no querer constantemente una misma cosa; yo me permitiría añadir: siempre y cuando que la voluntad fuese justa, pues si no lo es, es imposible que sea constantemente una. En efecto, yo sé de antiguo que el vicio no es más que desarreglo y falta de medida y, por consiguiente, es imposible suponerle constancia. Se atribuye a Demóstenes la siguiente máxima: «El fundamento de toda virtud es la deliberación; y su fin, la perfección y constancia». Si mediante la razón emprendiéramos determinado camino, tomaríamos el mejor, mas nadie ajusta su conducta a este pensamiento:

> Abandona lo que quería poseer; de nuevo vuelve a lo que ha dejado; siempre flotante, él mismo se contradice sin cesar.[32]

Nuestra ordinaria manera de vivir consiste en ir tras las inclinaciones de nuestros instintos; a derecha e izquierda, arriba y abajo, conforme las ocasiones se nos presentan. No pensamos lo que queremos, sino en el instante en que lo queremos; y experimentamos los mismos cambios que el animal que adopte el color del lugar en que se lo coloca. Lo que en este momento nos proponemos, lo olvidamos enseguida; luego volvemos sobre nuestros pasos, y todo se reduce a movimiento e inconstancia;

> Nos dejamos llevar como el autómata sigue a la cuerda que le conduce.[33]

Nosotros no vamos, somos llevados, como las cosas que flotan, dulcemente o con violencia, según el agua baje briosa o serena:

> ¿Acaso no vemos que el hombre busca siempre algo, sin saber lo que desea, y que cambia sin cesar de lugar como si así pudiera verse libre de la carga que le abruma?[34]

cada día un capricho nuevo; nuestras pasiones se mueven al compás de los cambios atmosféricos:

> Los pensamientos de los mortales, sus duelos y alegrías, cambian con los días que Júpiter les envía.[35]

Flotamos entre pareceres diversos; nada queremos de manera absoluta y constante, tras una libre deliberación. Si alguien trazara y estableciera determinadas leyes y un régimen concreto de vida, veríamos brillar en su conducta una armonía cabal, y descubriríamos en sus costumbres un orden y una correlación infalibles, que se extendería a todos los actos de su existencia. Empédocles advirtió la siguiente contradicción en los agrigentinos, quienes se entregaban a los placeres como si hubieran de morir al día siguiente, y proyectaban su vida como si hubiera de durar siempre. El plan de vida sería bien fácil de realizar, como puede verse por el ejemplo de Catón el joven: quien ha tocado una tecla, las ha tocado todas; es una armonía de sonidos bien acordados que no puede desmentirse. No seguimos nosotros tan prudente ejemplo; formamos tantos juicios particulares como actos realizamos. Lo más seguro, en mi opinión, sería ir acomodando nuestras opiniones a las circunstancias inmediatas, sin entrar en una investigación más detenida, y sin deducir ninguna otra consecuencia.

Durante los estragos que ha padecido nuestro pobre Estado me contaron que una muchacha nacida cerca del lugar en que yo me hallaba, se había precipitado de lo alto de una ventana para escapar de los ardores de un soldado, huésped suyo; la caída la dejó con vida, y para no dejar a medias lo que había emprendido intentó clavarse en la garganta un cuchillo. Consiguieron impedir que se matase, pero la chica quedó gravemente herida. Confesó después la joven que el soldado no había empleado con ella más que ruegos, solicitaciones y regalos, pero que sintió miedo de que lograra su propósito; al hablar así, sus palabras, su cuerpo e incluso la sangre que brotaba de su cuerpo daban testimonio de su virtud, cual si fuera una nueva Lucrecia. Pues bien, yo he sabido que antes y después de este suceso la muchacha había sido una mujer más bien alegre, y no tan difícil

de abordar. Como dice el cuento: «Por hermoso y honrado que seas no deduzcas, al no conseguir tu propósito, que tu amada es casta e inviolable; no puede asegurarse que algún mulatero no aproveche el cuarto de hora que la dejas sola para encontrarse con ella».

Antígono le tomó tanto afecto a uno de sus soldados por su esfuerzo y valentía, que ordenó a sus médicos que le curasen de una larga enfermedad que le venía atormentando hacía mucho tiempo; y al advertir después de la curación que cumplía flojamente con sus deberes, le preguntó quién le había cambiado y hecho cobarde. «Vos mismo, señor —respondió el soldado—, al descargarme de los males que me hacían la vida indiferente.» Un soldado de Lúculo fue desvalijado por sus enemigos y llevó a cabo contra ellos una lucida hazaña; cuando consiguió restablecerse de la pérdida, Lúculo le tuvo en consideración, y quiso emplearle en una expedición arriesgada valiéndose de las mejores advertencias que se le ocurrieron para animarle

> en términos capaces de animar al más tímido:[36]

> «Servíos —le contestó— de algún miserable soldado saqueado»,

> Grosero y todo como era, respondió: «Irá allí quien haya perdido su caudal»,[37]

y rechazó resueltamente ir donde se le mandaba. Cuando leemos que Mahoma ultrajó y trató con dureza excesiva a Chasán, jefe de los jenízaros, porque a pesar de ver sus tropas malparadas por las de los húngaros se conducía cobardemente en el combate, y que Chasán por toda respuesta se lanzó solo, furiosamente, en el estado en que se encontraba, con las armas en la mano, contra el primer cuerpo enemigo que se presentó ante sus ojos, debemos considerar que una acción así no se debe al valor, sino a la enajenación, no es una proeza, sino un despecho. Aquel a quien ayer visteis tan dado a las aventuras no os extrañe verlo mañana apoltronado; fueron la cólera, la necesidad, la compañía, el vino o el sonido de una trompeta que le llevaron a hacer de tripas corazón; su arrojo no tuvo como origen el sereno raciocinio, las circunstancias le impelieron, y no es ninguna maravilla que ante circunstancias contrarias se haya vuelto un hombre distinto. Esta variación y contradicción que se ven en nosotros han sido causa de que

algunos piensen que tenemos dos almas, y que otros consideren que estamos animados por dos fuerzas distintas, que nos acompañan y agitan de modo diverso: hacia el bien la una y la otra hacia el mal, porque no concibieron que tan brusca diversidad de actos emanaran de un solo espíritu.

No solo me afectan los accidentes exteriores, sino que además yo mismo experimento alteración y mudanza por la inestabilidad de mi posición; y quien se examine detenidamente encontrará que el mismo estado de espíritu rara vez se repite dos veces. Yo imprimo a mi alma ya un aspecto, ya otro, según el lado hacia donde la inclino. Si de mí mismo hablo unas veces de diverso modo que otras, es porque me considero también diversamente. Todas las ideas más contradictorias se encuentran en mi alma, en algún modo, conforme a las circunstancias y a las cosas que la impresionan: vergonzoso, insolente; casto, lujurioso; hablador, taciturno; laborioso, negligente; ingenioso, torpe; malhumorado, de buen talante; mentiroso, veraz; sabio, ignorante; liberal, avaro y pródigo; todas estas cualidades las veo en mí sucesivamente, según la dirección hacia donde me inclino. Quien se estudie atentamente encontrará en sí mismo, incluso en sus juicios más queridos, igual volubilidad y discordancia. Yo no puedo formular ningún juicio sobre mí mismo que sea concluyente, sencillo y sólido, sin confusión y sin mezcla, ni tampoco resumirlo en una palabra: «distinto» es el término más universal de mi lógica.

Aun cuando yo me incline siempre a elogiar las buenas obras y a interpretar más bien en buena parte las acciones que muestran ser dignas de alabanza, sucede que la singularidad de nuestra condición hace que por el vicio mismo muchas veces seamos impulsados a practicar el bien (si el obrar bien no se juzgase por la sola intención que lo guía), de manera que un hecho valeroso no presupone un hombre valiente: el hombre de verdad valeroso lo sería en todas las ocasiones. Si se tratara realmente de una virtud arraigada y no de un rasgo imprevisible, la acción valerosa haría al hombre igualmente resuelto para afrontar todos los accidentes que le sobrevinieran: tanto si se encuentra solo como si está acompañado, en la privacidad de su casa solariega igual que en medio de una batalla, pues se diga lo que se diga no hay distinto valor en la calle que en campo raso;

soportaría una enfermedad en su cama con la misma valentía que una herida en un campamento, y no temería la muerte en su lecho como no le tiene miedo al encontrarse en un asalto; no veríamos al mismo hombre conducirse unas veces con bravura y atormentarse luego por la pérdida de un hijo o por la de un proceso; el cobarde lo sería hasta la infamia, y el hombre firme seguiría siéndolo ante la miseria; y no existiría esa clase de hombre capaz de mantenerse firme contra la espada de sus adversarios y que tiembla delante de la navaja de afeitar que blande su barbero. La acción es digna de alabanza en todos esos casos, no el hombre que la realiza. Algunos griegos, dice Cicerón, no podían soportar la visión del enemigo, y en cambio resistían tranquilos las enfermedades. Los cimbrios y los celtíberos experimentaban lo contrario: «Para seguir una conducta uniforme es necesario tomar como punto de partida un principio invariable».[38]

No hay valor que pueda compararse, en el orden militar, con el de Alejandro Magno, pero el esfuerzo de su ánimo, aunque de una sola especie, y en esta misma incomparable, como todo, tiene todavía sus puntos débiles, los cuales hacen que le veamos descomponerse ante las más leves sospechas de las maquinaciones que los suyos tramaban contra su vida, y conducirse ante ellas con vehemente injusticia y con un temor que oscurecía las luces de su razón. La superstición, que también le dominaba, es de algún modo prueba de pusilanimidad; y el exceso de penitencia que hizo con motivo de la muerte de Clito testifica igualmente la desigualdad de su ánimo. Nuestra conducta se compone de partes heterogéneas y desligadas, con las cuales pretendemos alcanzar un honor ilegítimo. La virtud no consiente ser practicada sino por ella misma, y si muchas veces se aparenta su aspecto para ejecutar un acto que se aparte de ella, después nos arranca la máscara del semblante. Se trata de una virtud de fachada, muy colorida, que se despega después del alma y la hace añicos. He aquí por qué, para juzgar a un hombre, es preciso seguir sus pasos desde los comienzos y cuestionarse los pormenores más nimios; si la constancia no se descubre en sus acciones, «de modo que siga sin desviarse jamás el camino que se ha trazado»;[39] si la variedad de acontecimientos modifica la dirección de sus pasos (no digo la rapidez, porque el paso puede apresurarse o acortarse),

descartarlo como un hombre verdaderamente virtuoso, sigue la dirección adonde el viento le lleva, como reza la divisa de nuestro Talebot.

No es ninguna maravilla, dice un escritor antiguo, que la contingencia tenga tanto poder sobre nosotros, pues vivimos en la contingencia. Quien no ha enderezado su vida hacia un determinado fin es imposible que pueda ser dueño de sus acciones particulares; es imposible que ponga en orden las piezas que componen el conjunto, ¿cómo lo haría sin un vislumbre cabal de esa idea general? ¿Para qué serviría la provisión de colores a quien no supiera lo que tenía que pintar? Ninguno hace de su vida un designio determinado, ni delibera sino por parcelas. El arquero debe conocer primero el objetivo hacia donde dirige el dardo; luego acomodar la mano, el arco, la cuerda y los movimientos: nuestros consejos nos extravían porque carecen de dirección y de fin; ningún viento sopla para el que no se dirige a un puerto determinado. No soy del parecer de los jueces que dictaminaron que Sófocles era apto para el manejo de las cosas domésticas contra la acusación de su hijo, por haber presenciado la representación de una de sus tragedias; ni apruebo tampoco lo que los parios conjeturaron cuando les enviaron a reformar a los milesios: al visitar aquellos la isla se fijaron en las tierras que estaban mejor cultivadas y en las casas de labor mejor gobernadas; registraron el nombre de los dueños de unas y otras, reunieron luego a los habitantes de la ciudad y confirieron a aquellos los cargos de gobernadores y magistrados, juzgando que como eran cuidadosos en sus negocios privados también lo serían en los negocios públicos. No somos más que seres fragmentarios dentro de un contexto tan informe y diverso que cada pieza de las que nos forman, y cada momento de nuestra vida, hacen un juego distinto, y son inmensas las diferencias entre nosotros y el resto de los hombres: «Vivid persuadido de que es bien difícil ser constantemente el mismo hombre».[40]

Puesto que la ambición puede enseñar a los mortales la práctica del valor, la de la templanza, la de la liberalidad y hasta la de la justicia; puesto que la codicia puede llevar bríos al pecho de un marmitón educado en la ociosidad y hacer que se lance muy lejos del hogar doméstico a merced de las olas de Neptuno irritado, en un frágil barco; puesto que también enseña la discreción y la prudencia, y puesto que Venus provee de resolución y

arrojo a la juventud que permanece todavía bajo la disciplina y la vara, al tiempo que subleva el tierno corazón de las doncellas, aún en el regazo de sus madres:

> Instigada por Venus la joven pasa furtivamente junto a los que la vigilan, y sola, durante la noche, se dirige en busca de su amante:[41]

no es de ningún modo cuerdo ni sensato el juzgarnos solamente por nuestras acciones exteriores, es preciso introducir la sonda hasta lo más recóndito de nuestra alma y ver cuáles son los resortes que la ponen en movimiento. Empresa ardua, elevada y sujeta a mil conjeturas, en la que yo quisiera ver ocupados a muy pocos, por las muchas dificultades que encierra.

CAPÍTULO II

DE LA EMBRIAGUEZ

El mundo no es más que variedad y desemejanza; los vicios son todos parecidos, puesto que todos son vicios, y esta misma era la opinión de los estoicos; pero aunque todos los vicios sean vicios, no por ello son vicios iguales, y aquel que se ha adentrado cien pasos en el vicio:

> Así pues, es imposible desviarse en ningún sentido sin perder el camino verdadero,[42]

es sin duda de peor condición que el que no se adentró más que diez; no es creíble, por ejemplo, que el sacrilegio no sea peor que el robo de una col de nuestra huerta.

> Nunca se probará con buenas razones que robar coles en una heredad sea un crimen tan grande como saquear un templo…[43]

Hay en materia de vicios tanta diversidad como en cualquiera otra acción humana. La confusión en la categoría y medida de los pecados es peligrosa: los asesinos, los traidores y los tiranos tienen interés sobrado en que esa confusión exista, pero no hay motivo para que su conciencia encuentre alivio porque otros sean ociosos, lascivos o poco asiduos en la devoción. Cada cual considera de mayor gravedad el delito de su compañero y trata de aligerar el suyo. Los educadores mismos suelen clasificar mal los pecados, a mi entender. Sócrates decía que el principal oficio de la filosofía era distinguir los bienes de los males, y nosotros, para quienes incluso en nuestros mejores momentos encontramos trazas de vicio, debemos decir lo mismo en la ciencia de distinguir las culpas, sin la cual los virtuosos y los malos permanecen mezclados, sin que se distingan los unos de los otros.

La embriaguez, entre todos los demás, me parece un vicio grosero y brutal. En otros encontramos todavía cierta participación del espíritu: los hay, por ejemplo, que tienen no sé qué de generosos, si es lícito hablar así; algunos coexisten con la diligencia, la valentía, la prudencia, la habilidad y la fineza. En la embriaguez, por el contrario, todo es corporal y terrenal. Tanto es así que la nación menos civilizada de las que existen hoy en día sería aquella donde este vicio fuese más tolerado. Los otros desórdenes alteran el entendimiento; este lo derriba y además embota el cuerpo:

> Cuando al hombre doma la fuerza del vino, sus miembros pierden la ligereza; su andar es incierto, su paso inseguro, su lengua se traba, su alma parece ahogada y sus ojos extraviados. El hombre borracho lanza impuros eructos y tartamudea injurias.[44]

El estado más deplorable del hombre es aquel en que pierde el conocimiento, imposibilitado para gobernarse a sí mismo; y se dice, entre otras cosas, a propósito de este estado, que así como el mosto cuando hierve en una cuba eleva a la superficie todo lo que hay en el fondo, el vino hace desbordar los secretos más íntimos a los que han bebido demasiado.

> En medio de tus alegres transportes, ¡oh Baco!, el sabio se deja arrancar su secreto.[45]

Josefo refiere que hizo cantar alto y claro a cierto embajador que sus enemigos le habían enviado, haciéndole beber copiosamente. Sin embargo, Augusto, que confió a Lucio Piso, el conquistador de Tracia, los negocios más delicados que tuvo, no encontró motivos de arrepentirse en su elección; ni Tiberio de Cosso, a quien entregó sus secretos más recónditos, aunque sepamos que ambos eran tan aficionados al vino, que más de una vez hubo que sacarlos del Senado porque estaban borrachos,

> Las venas todavía inflamadas a causa del vino que bebiera la víspera;[46]

con igual confianza que a Casio, bebedor de agua, se le informó a Címber, que se emborrachaba con frecuencia, del propósito de matar a Julio César; a esta propuesta repuso ingeniosamente el amigo de Baco: «Yo, que no puedo vencer al vino, menos podré acabar con el tirano». Los alemanes, aun cuando estén ebrios a más no poder, van derechos a su cuartel, y recuerdan la consigna y su lugar en las filas:

Aunque ahogados en el vino, tartamudeando y dando traspiés, es difícil vencerlos.[47]

Nunca hubiera imaginado siquiera que pudiese existir una borrachera tan tremenda, si no hubiese leído en las *Historias* que Atalo convidó a cenar a Pausanias con intención de hacerle daño. Atalo dio de beber tanto a su huésped que pudo convertir su cuerpo, insensiblemente, en el de una prostituta cuartelera para muchos de los abyectos servidores de su casa. Otro hecho me refirió una dama a quien honro y tengo en gran estima: cerca de Burdeos, hacia Castres, donde se encuentra la casa de mi amiga, una aldeana, viuda y de costumbres honestas, advirtió los primeros síntomas del embarazo y dijo a sus vecinas que pese a no tener marido creía que estaba preñada; como las pruebas de su sospecha aumentaban día a día y el asunto terminó por ser una evidencia, la mujer hizo que se anunciara en su iglesia que si el padre de la criatura confesaba, ella le perdonaría y consentiría en casarse con él si le encontraba de su agrado y el hombre quería. Entonces uno de sus criados, un muchacho joven, animado con el anuncio, declaró haberla encontrado un día de fiesta profundamente ebria, durmiendo junto al hogar y con las ropas tan arremangadas, que pudo abusar de ella sin despertarla. Este matrimonio vive hoy todavía.

La antigüedad no censura gran cosa la embriaguez. Los escritos mismos de los filósofos hablan de ella casi contemporizando; e incluso entre los estoicos, hay quien aconseja beber alguna vez que otra y emborracharse para alegrar el espíritu.

Dícese que en esta noble justa ganó la palma el gran Sócrates.[48]

Al severo Catón, corrector y censor de los demás, se le reprochó ser buen bebedor:

Refiérese también del viejo Catón que el vino enardecía su virtud.[49]

Ciro, un rey tan renombrado, alega entre otras cosas de las que se jacta para probar su superioridad sobre su hermano Artajerjes, que sabía beber mucho mejor que él. Entre las naciones mejor gobernadas era aceptable competir por beber hasta la embriaguez. Yo he oído decir a Silvio, excelente médico de París, que para que las fuerzas de nuestro estómago no se dejen ganar por la pereza, es conveniente, siquiera una vez al mes, despertarlas

por este exceso de bebida, y excitarlas para evitar que se adormezcan. También se ha dicho que los persas discutían sus negocios más importantes después de beber.

Mi gusto y complexión naturales son más enemigos de este exceso que mi razón, pues aparte de que yo acomodo fácilmente mis opiniones a la autoridad de los antiguos, si bien encuentro que la embriaguez es un vicio cobarde y estúpido, lo creo menos perverso y dañino que los demás, los cuales van casi todos directamente contra la sociedad pública. Y si como dicen los estoicos no podemos procurarnos ningún placer sin que nos cueste algún sacrificio, creo que el vicio del que hablo es menos gravoso que los otros para nuestra conciencia; tampoco es difícil proveerse de la primera materia, circunstancia que se debe valorar en su justa medida. Un hombre digno, de edad avanzada, me decía que de los tres placeres que en la vida le quedaban, este era uno; y efectivamente, ¿dónde encontramos gustos que aventajen a los naturales? Pero esa persona se colocaba en mala disposición: es preciso huir de la delicadeza y del cuidado exquisito en la elección del vino, porque si el origen del placer reside en beberlo de una añada excelente, os veréis obligados a soportar doler la tristeza de beberlo malo alguna vez. Es preciso tener el gusto más libre y amplio; un buen bebedor debe estar dotado de un paladar bien resistente. Los alemanes beben casi con igual placer todos los vinos; su fin es tragarlos más que paladearlos. De ese modo les va mucho mejor: el placer que experimentan es más grande y encuentran más a mano el procurárselo. Beber a la francesa, en las dos comidas y de una manera moderada con el fin de cuidar la salud, es restringir demasiado los favores del dios Baco; es preciso ocupar más tiempo y desplegar mayor constancia en el beber. Los antiguos pasaban bebiendo noches enteras y a veces empalmaban las noches con los días; así que debemos esmerarnos en ampliar más este placer. He conocido a un gran señor, persona a quien adornaban elevadas prendas y que había salido victorioso en grandes empresas, que sin esfuerzo alguno en sus comidas escanciaba hasta diez botellas de vino; luego despachaba sus negocios con todo acierto, mostrándose apenas más avieso que en una situación normal. El placer que debemos reservarnos en el transcurso de nuestra vida exige que concedamos mayor tiempo a la bebida, hasta el

punto de que, como los muchachos de las tiendas y las personas que ejercen un trabajo manual, no rechacemos ninguna ocasión de empinar el codo y tengamos constantemente vivo en la imaginación el deseo de hacerlo. Se diría que a diario acortamos los placeres del paladar y que en nuestras casas el número de comidas no es tan grande como en tiempos pasados: yo he visto menguar los desayunos, almuerzos, cenas, meriendas y refrigerios. ¿Acaso en algunos de nuestros defectos hayamos tomado el camino de la enmienda? En realidad, no; lo que ocurre es que nos hemos adentrado en la concupiscencia mucho más que nuestros padres. Este vicio y el de la bebida son dos cosas que se repelen: aquella ha debilitado nuestro estómago, y la flojedad nos ha hecho más delicados y adecuados para la práctica del amor.

Merecerían consignarse, por lo singulares, las cosas que oí referir a mi padre a propósito de la castidad de su tiempo; y en verdad que se acomodaban bien en sus labios tales palabras, pues era hombre de galantería extrema con las damas por inclinación y reflexión. Hablaba poco, pero bien, y entreveraba su lenguaje con algunos ornamentos sacados de libros modernos, principalmente españoles. Entre estos últimos era muy aficionado al *Marco Aurelio*,[50] del obispo de Mondoñedo, don Antonio de Guevara. Era su porte de una gravedad risueña, muy modesto y humilde, ponía singular cuidado en la decencia y decoro de su persona y en el vestuario, ya fuera a pie o a caballo; la lealtad de sus palabras era extraordinaria, y su conciencia y religiosidad le inclinaban en general más a la superstición que a razonar; era de pequeña estatura, lleno de vigor, derecho y bien proporcionado; su rostro era agradable, más bien moreno, y su destreza no reconocía competencia en ninguna suerte de ejercicios de habilidad o fuerza. He visto algunos bastones rellenos de plomo, de los cuales se servía para endurecer sus brazos; lanzaba diestramente la barra, arrojaba piedras con maestría y tiraba al florete; a veces gastaba zapatos con las suelas cubiertas de plomo para alcanzar mayor agilidad en la carrera y en el salto. En todas estas cosas ha dejado memoria de pequeños portentos; yo le he visto, cuando contaba ya sesenta años, burlarse de nuestros juegos, lanzarse sobre un caballo estando vestido con un traje forrado de pieles, girar alrededor de una mesa apoyándose sobre el dedo pulgar y subir a su cuarto saltando las escaleras de cuatro en cuatro. Pero volvamos a las

damas: me contaba mi padre que en toda una provincia apenas se encontraba una señora distinguida cuya reputación no fuera dudosa; relataba también casos de singulares privaciones, principalmente suyas, mientras se hallaba en compañía de mujeres honradas, limpias de toda mancha, y juraba haber llegado al matrimonio completamente puro, como un santo, después de haber participado mucho tiempo en guerras, de las cuales nos dejó un papel diario escrito por su mano, en que relata todas las vicisitudes que le acontecieron y las aventuras de que fue testigo. Contrajo matrimonio siendo ya algo entrado en años, en el de 1528, que era el treinta y tres de su nacimiento, a su regreso de Italia. Pero volvamos a nuestras botellas.

Las molestias de la vejez, que tienen necesidad de algún alivio, acaso pudieran engendrar en mí el placer de la bebida, pues es como si dijéramos el último que el curso de los años nos arrebata. Los buenos bebedores dicen que el calor natural, en la infancia, reside principalmente en los pies; de los pies se traslada a la región media del cuerpo, donde permanece largo tiempo, y produce, según mi dictamen, los únicos placeres verdaderos de la vida corporal; los otros goces empalidecen comparados con el vigor de este; hacia el fin de la existencia, como un vapor que va subiendo y exhalándose, llega a la garganta, en la cual se hace su última morada. Por eso mismo no se me alcanza cómo algunos abusan de la bebida cuando todavía no tienen sed, forjándose imaginariamente un apetito artificial y contra la naturaleza; mi estómago se encuentra imposibilitado de ir tan lejos; puedo dar las gracias si admite lo que por necesidad debe contener. Yo apenas bebo sino después de comer, y el último trago es siempre mayor que los precedentes. Porque al llegar la vejez solemos tener el paladar alterado por el reuma o por cualquiera otra viciosa constitución, de manera que el vino nos es más grato a medida que los poros del paladar se abren y se lavan, al menos yo a los primeros sorbos no les encuentro bien el gusto. Anacarsis se admiraba de que los griegos bebieran al final de sus comidas en vasos mayores que al comienzo; yo creo que la razón es la misma que mueve la costumbre de los alemanes de empezar el convite bebiendo con mesura.

Platón prohíbe el vino a los adolescentes antes de los dieciocho años, y también prohíbe emborracharse antes de los cuarenta, mas a los que pasaron

esta edad los absuelve y consiente el que en sus festines Dionisio predomine ampliamente, pues es el dios que devuelve la alegría a los hombres y la juventud a los ancianos; el que dulcifica y modera las pasiones del alma, de manera parecida a como el hierro se ablanda gracias al fuego. El mismo filósofo en sus Leyes encuentra útiles las reuniones en que se bebe, siempre que en ellas haya un jefe para gobernarlas y poner orden, puesto que, a su juicio, la borrachera es una buena y segura prueba para tasar la naturaleza de cada uno, al mismo tiempo que proporciona a las personas de cierta edad el ánimo suficiente para regocijarse con la música y con la danza, cosas gratas de las que la vejez no se atreve a disfrutar estando en completa lucidez. Dice también Platón que el vino comunica al alma la templanza y la salud al cuerpo, pero indica, sin embargo, en su uso las siguientes restricciones, tomadas en parte de los cartagineses: que se beba la menor cantidad posible cuando se tome parte en alguna expedición guerrera, y que los magistrados y jueces se abstengan de él cuando se encuentren en el ejercicio de sus funciones, o se hallen ocupados en el desempeño de los negocios públicos; añade además que no se emplee el día en beber, pues el tiempo debe llenarse con las ocupaciones de cada uno, ni tampoco la noche que se destine a engendrar los hijos.

Se cuenta que el filósofo Stilpón agravó su vejez hasta el fin de sus días y a sabiendas por el uso del vino puro. El mismo motivo debilitó de manera involuntaria las fuerzas ya abatidas por la edad del filósofo Arcesilao.

Es una antigua y extraña cuestión la de saber «si el espíritu del filósofo puede ser dominado por la fuerza del vino»:

> Si el vino puede dar al traste con la prudencia más firme.[51]

¡A cuántas miserias nos empuja la buena opinión que nos formamos de nosotros! El alma más ordenada del mundo, la más perfecta, tiene demasiado trabajo por contenerse, y con guardarse de caer en tierra impelida por su propia debilidad. Entre mil no hay ninguna que se mantenga derecha y sosegada ni un solo instante de la vida; y hasta podría ponerse en tela de juicio si dada la natural condición del alma pudiera tal situación darse en alguna ocasión de manera viable; pretender añadir además la constancia, que es la perfección más acabada, es casi absurdo.

Considerad, si no, los numerosos accidentes que pueden alterarla. En vano Lucrecio, poeta eximio, filosofa y se eleva sobre las miserias humanas, pues basta un filtro amoroso para convertirlo en un loco insensato. Los efectos de una apoplejía alcanzan lo mismo a Sócrates que a cualquier mozo. Algunos olvidaron hasta su propio nombre a causa de una enfermedad terrible; una leve herida bastó para dar al traste con la razón de otros. Aunque admitamos en el hombre la mayor suma de prudencia, no por ello dejará de ser hombre, es decir, el más caduco, el más miserable y el más insignificante de los seres. La cordura no es capaz de mejorar nuestras condiciones naturales:

> Así cuando el alma se aterroriza, todo el cuerpo palidece y se cubre de sudor, tartamudea la lengua, la voz se extingue, la vista se enturbia, los oídos chillan y el organismo todo se trastorna:[52]

de manera que le conviene cerrar los ojos ante el golpe que le amenaza, que se detenga y tiemble al borde del precipicio como un niño; la naturaleza se reservó esos ligeros testimonios de su poderío, tan inexpugnables a nuestra razón como a la virtud estoica para enseñarle su caducidad y debilidad: de miedo palidece, enrojece de vergüenza y gime por un cólico violento, si no con ayes desesperados y lastimeros, al menos con voz ronca y quebrada:

> Que no se crea, pues, al abrigo de ningún accidente humano.[53]

Los poetas que imaginan cuanto les place ni siquiera osaron pintarnos a sus héroes sin verter lágrimas:

> Así hablaba Eneas, con los ojos bañados en lágrimas, y su flota bogaba a toda vela.[54]

El hombre, pues, tiene que conformarse con sujetar y moderar sus inclinaciones, pues hacerlas desaparecer no está al alcance de su débil poderío. Plutarco, tan perfecto y excelente juez de las acciones humanas, al considerar que Bruto y Torcuato dieron muerte a sus hijos, dudó de si la virtud podría aplicarse a unas acciones de esta naturaleza, y si esos personajes no habían sido movidos por alguna otra pasión.

Todas las acciones que sobrepasan los límites ordinarios están sujetas a interpretación falsa, por la sencilla razón de que nuestra condición no alcanza lo que está por encima de ella ni lo que está por debajo.

Dejando a un lado la secta estoica que hace una extrema profesión de fiereza, hablemos de la otra que se considera como más débil y oigamos las fanfarronadas de Metrodoro:

> ¡Oh fortuna!, te previ, logré domarte y fortifiqué todas las avenidas por donde pudieras llegar hasta mí.[55]

Cuando Anaxarco, por orden de Nicocreonte, tirano de Chipre, fue metido en una pila profunda y deshecho a martillazos, decía sin cesar: «Sacudidme y desgarradme; no es Anaxarco el que machacáis; machacáis solamente su envoltura». Cuando oímos a los mártires, rodeados por las llamas, gritar al tirano: «Esta parte ya está bastante asada, córtala y cómela, ya está cocida; asa el otro lado»; cuando vemos en Josefo la heroicidad de un muchacho que fue desgarrado con tenazas y agujereado con lanzas por Antíoco, que en medio de la tortura le desafiaba con voz firme y segura, exclamando: «Pierdes tu tiempo, tirano; heme aquí lleno de placer; ¿dónde está el dolor? ¿Dónde los tormentos con que me amenazabas? ¿No tienes otros medios? Mi bravura te causa mayor dolor del que yo siento ante tu crueldad. ¡Cobarde, imbécil! Mientras tú te rindes, yo recobro de nuevo el vigor; ¡haz que me queje, haz que sufra, haz que me rinda si puedes! Comunica a tus satélites y a tus verdugos el valor necesario; helos ahí ya, tan faltos de ánimo, que ya no pueden más; ármalos de nuevo, haz de nuevo que se encarnicen». Menester es confesar que en tales almas hay algún desorden o algún furor, por santo que sea. Al oír estas exclamaciones estoicas «Prefiero ser furioso antes que voluptuoso»,[56] como decía Antistenes. Cuando Sextio nos asegura que prefiere ser encadenado por el dolor antes que por el placer; cuando Epicuro intenta regocijarse con el mal de gota, y voluntariamente abandona el reposo y la salud desafiando las dolencias, rechaza los dolores menos rudos y desdeña combatir la enfermedad de manera que sus sufrimientos se vuelven crónicos y continuos, dignos de él:

> Desdeñando esos inofensivos animales, quisiera que se presentara ante él un jabalí con la boca cubierta de espuma, o que un león descendiera de la montaña.[57]

¿quién no juzga que tales arranques son los respiraderos de un valor desequilibrado? Nuestra alma, en su estado normal, no podría volar a tales

alturas; para alcanzarlas precisa que se eleve, y que tirando de la brida con los dientes, conduzca al hombre a una distancia tan lejana, que él mismo se pasme luego de la acción que llevó a cabo. En los combates, el calor de la refriega empuja a los soldados a realizar actos tan temerarios que cuando la calma renace, ellos son los primeros en sobrecogerse de admiración por las heroicas hazañas que realizaron. Lo mismo acontece a los poetas cuando la inspiración ha pasado; admiran sus propias obras y no reconocen las huellas que les condujeron a tan florido camino; es lo que se llama en el artista ardor o fuego sagrado. Inútilmente, dice Platón, llama a las puertas de la poesía el hombre cuyo espíritu es tranquilo. Aristóteles asegura que ningún alma privilegiada está completamente exenta de locura, y tiene razón en llamar así a todo arrebato, por digno de alabanza que sea, si sobrepasa nuestra propia razón y raciocinio, puesto que la cordura consiste en el acertado gobierno de las acciones de nuestra alma para conducirla con adecuada medida y justa proporción. Platón sustenta así su principio: «Siendo la facultad de profetizar superior a nuestras luces, preciso es que nos encontremos transportados cuando la practicamos: indispensable es que nuestra prudencia sea alterada por el sueño, por alguna enfermedad o arrebatada de su asiento por algún arrobamiento celeste».

Capítulo V

DE LA CONCIENCIA

Viajando un día con mi hermano, el señor de La Brousse, durante nuestros trastornos civiles, encontramos un gentilhombre de maneras distinguidas, que pertenecía al partido opuesto al nuestro. No estaba al corriente de estas circunstancias, pues el personaje en cuestión disimulaba de maravilla sus opiniones. Lo peor de estas guerras es que las cartas están tan barajadas, que el enemigo no se distingue del amigo por ninguna señal exterior, como tampoco por el lenguaje, ni por el porte, educado como está bajo idénticas leyes, costumbres y clima; con lo que es bien difícil evitar la confusión y el desorden consiguientes. Estas consideraciones me hacían temer a mí mismo el encuentro con nuestras tropas donde yo no fuera conocido, si no declaraba mi nombre a tiempo. Una vez, a causa de tal equivocación, perdí hombres y caballos, y me mataron miserablemente, entre otros, a un paje, caballero italiano que iba siempre conmigo y a quién yo prodigaba muchas atenciones, con cuya vida se extinguió una infancia hermosa y una juventud llena de esperanzas. Aquel caballero era tan miedoso y experimentaba un horror tan extremo, le veía yo tan muerto cuando encontrábamos gente armada o atravesábamos alguna ciudad dominada por el rey, que al fin caí en que todo aquello eran alarmas que su conciencia le procuraba. Le parecía a aquel pobre hombre que a través de su semblante y de las cruces de su casaca se podían leer incluso las más secretas inclinaciones de su pecho, ¡tan maravilloso es el poder de la conciencia!, la cual nos traiciona, nos acusa y nos combate, y a falta de un testigo ajeno nos denuncia contra nosotros mismos.

Ella misma nos sirve de verdugo y nos azota sin cesar con su látigo invisible.[58]

El cuento siguiente se oye con frecuencia en boca de los muchachos. Bessus, peoniano, al ser reprendido por haber encontrado placer en echar por tierra un nido de gorriones a quienes después dio muerte, contestó que no los había matado sin razón, porque aquellos pajarracos no dejaban de acusarle constante y falsamente de la muerte de su padre. Este parricida había mantenido oculto su delito hasta entonces, mas las vengadoras furias de la conciencia hicieron que se delatara él mismo y tuvo que sufrir el castigo de su crimen. Hesíodo corrige la sentencia de Platón que afirma que la pena sigue bien de cerca al pecado, pues aquel escribe que la pena nace en el instante mismo que la culpa se comete. Quien aguarda el castigo lo sufre de antemano, y quien lo merece lo espera. La maldad elabora tormentos contra sí misma:

> El mal recae sobre quien lo meditó,[59]

a semejanza de la avispa, que pica y mortifica, pero se hace más daño a sí misma, pues pierde para siempre su aguijón y su fuerza:

> Y deja su vida en la herida que ella misma hizo.[60]

Las cantáridas tienen en su cuerpo una sustancia que sirve a su veneno de contraveneno; de la misma manera que en el vicio se encuentra placer, el mismo vicio produce hastío a la conciencia, que nos atormenta con imaginaciones penosas, lo mismo dormidos que despiertos:

> A veces los culpables se acusaron en sueños o en el delirio de la fiebre, y revelaron los crímenes que guardaban ocultos.[61]

Apolodoro soñaba que los escitas le desollaban, que le ponían después a hervir dentro de una gran marmita y que mientras tanto su corazón murmuraba: «Yo, solo yo, soy la causa de todos tus males». Ninguna cueva sirve para ocultar a los delincuentes, decía Epicuro, porque ni siquiera ellos mismos pueden tener la seguridad de que están ocultos; la conciencia los descubre constantemente.

> El primer castigo del culpable consiste en que ni él mismo se absolvería juzgándose ante su propio tribunal.[62]

Y del mismo modo que nos llena de temor, nos transmite también seguridad y confianza. De mí puedo afirmar que caminé entre circunstancias muy variadas con el pie bien firme por la rectitud de mis designios y porque avanzaba siguiendo mi propia voluntad:

> Según el testimonio que el hombre se da a sí mismo, así a su alma acompañan la esperanza o el temor.[63]

Mil ejemplos hay de ello; bastará con traer a cuento tres relativos al mismo personaje. Un día fue acusado Escipión ante el pueblo de una falta grave, y en vez de excusarse o de adular a sus jueces, les dijo: «No os sienta mal pretender disponer de la cabeza de quien os concedió el poder de juzgar a todo el mundo». En otra ocasión, ante las imputaciones que le dirigía un tribuno del pueblo, en lugar de defenderse, exclamó: «Vamos allá, conciudadanos, vamos a dar gracias a los dioses por la victoria que alcancé contra los cartagineses tal día como hoy»; y colocándose al frente de la muchedumbre, camino del templo, la asamblea toda e incluso su acusador le siguieron. Y cuando Petilo, instigado por Catón, le pidió cuenta de los caudales gastados en la provincia de Antioca, compareció Escipión ante el Senado para dar cuentas; presentó el libro en que constaban, que tenía guardado bajo su túnica, y dijo que aquel cuaderno contenía con exactitud matemática la relación de los ingresos y los gastos; pero como se lo reclamaran para anotarlo en el cartulario, se opuso a semejante petición, diciendo que no quería inferirse a sí mismo tal deshonra; y en presencia del Senado desgarró con sus manos el libro y lo hizo añicos. Yo no puedo creer que un alma torturada por los remordimientos pueda ser capaz de simular un aplomo semejante. Escipión tenía un corazón demasiado grande, acostumbrado a las grandes hazañas, como dice Tito Livio, para defender su inocencia de haber sido culpable del delito que se le imputaba.

Las torturas son una invención perniciosa y absurda, y sus efectos, a mi entender, sirven más para probar la paciencia de los acusados que para averiguar la verdad. Aquel que las puede soportar la oculta, y el que es incapaz de resistirlas tampoco la declara; porque, ¿qué razón hay para que el dolor me haga confesar la verdad o decir la mentira? Y por el contrario, si el que no cometió los delitos de que se le acusa posee resistencia bastante

para hacerse fuerte al tormento, ¿por qué no ha de poseerla igualmente el que lo cometió, y más sabiendo que en ello le va la vida? Yo creo que el fundamento de esta invención tiene su origen en la fuerza de la conciencia, pues al delincuente parece que la tortura le ayuda a exteriorizar su crimen y que el quebranto material debilita su alma, al tiempo que la misma conciencia fortalece al inocente contra las pruebas a que se le somete. Son en conclusión, y a decir verdad, un procedimiento lleno de incertidumbre y de consecuencias detestables; en efecto, ¿qué cosa no se dirá o no se hará con tal de librarse de tan horribles suplicios?

> El dolor obliga a mentir hasta a los mismos inocentes:[64]

de donde resulta que el reo a quien el juez ha sometido al tormento por no morir inocente, muere sin culpa, y además martirizado. Hubo infinidad de hombres que hicieron falsas confesiones; Filoto, entre otros, al considerar las particularidades del proceso que Alejandro entabló contra él y al experimentar lo horrible de las pruebas a que se le sometió. Con todo, dicen algunos que es lo menos malo que la humanidad ha podido idear contra sus debilidades, aunque a mi modo de ver sea una práctica inhumana e inútil.

Algunas naciones, menos bárbaras en esto que la griega y la romana, que aplicaron a las otras aquel dictado, consideraron cruel y espantoso descuartizar a un hombre cuyo delito no está todavía probado. ¿Es acaso el supuesto delincuente responsable de vuestra ignorancia? Si lo pensamos dos veces, con la tortura somos injustos en grado sumo, pues por no matarle sin motivo justificado le provocáis experiencias peores que la muerte. Y que esto es así lo prueba las veces que el supuesto delincuente prefiere acabar injustamente a pasar por el suplicio, que con frecuencia es más terrible por su crudeza que la muerte misma. No recuerdo el origen de este cuento, que refleja con exactitud cabal el grado de conciencia de nuestra justicia. Ante un general, gran administrador de sus hombres, acusó una aldeana a un soldado por haber arrebatado a sus pequeñuelos unas pocas gachas, único alimento que quedaba a la mujer, pues la tropa lo había consumido todo. El general, después de advertir a la mujer que mirase bien lo que decía y de añadir que la acusación recaería sobre ella en caso de no ser cierta, como la mujer insistió de nuevo, hizo abrir el vientre del soldado para asegurarse de

la verdad del hecho, y, en efecto, aconteció que la aldeana tenía razón. Lo que supone una condena instructiva.

Capítulo VI

DE LA PREPARACIÓN

Es difícil que, por sí solas, la razón y la instrucción puedan hacernos aptos para llevar a la práctica nuestros proyectos, aunque apliquemos todas nuestras fuerzas mentales, si por medio de la experiencia no ejercitamos y templamos nuestra alma para el género de vida que queremos llevar; si nuestra conducta no se ajusta a tal principio, al encontrarnos frente a los hechos tropezaremos con toda suerte de obstáculos e impedimentos. Por eso los filósofos que quisieron alcanzar en vida alguna supremacía sobre los demás mortales, no se contentaron con esperar a cubierto y en reposo los rigores de la fortuna, temerosos de que esta diosa inconstante les sorprendiera en el combate inexperimentados y bisoños; tomaron la decisión de salirle al encuentro, y voluntariamente se sometieron a la prueba de las contrariedades más duras: los unos abandonaron las riquezas para acostumbrarse al tormento de la miseria; los otros se entregaron al trabajo y las fatigas; otros a la austeridad de una vida penosa para endurecerse ante las contrariedades; otros se privaron de las más preciosas partes de su cuerpo, como la vista y los órganos de la procreación, temerosos de que el apoyo gratísimo y voluptuoso que esos órganos prestan al hombre debilitaran y ablandaran la firmeza de sus almas.

Pero cuando se trata de morir, que es el acto magno que todos hemos de cumplir, la experiencia nada puede ayudarnos. El hombre, auxiliado por la costumbre, puede fortificarse contra los dolores, la deshonra, la indigencia y otros males, pero la muerte es siempre nueva, y solo se nos permite experimentarla una vez. Todos somos aprendices cuando su hora nos alcanza. En la antigüedad se tuvo noticia de algunos hombres para quienes

el tiempo fue cosa tan preciosa, que procuraron medir y aquilatar en su persona los efectos de la muerte misma, y que fortalecieron su espíritu para ver en qué consistía tan terrible momento, pero no volvieron luego a la tierra a darnos cuenta de sus experiencias:

> Jamás llega la hora del despertar cuando se sintió el frío reposo de la muerte.[65]

Tras ser condenado a la última pena por el malvado Calígula, Canio Julio, patricio romano de virtud y firmeza de alma singulares, dio maravillosas pruebas de su entereza en tan duro trance, y al llegar el momento de la ejecución, un filósofo, amigo suyo, le preguntó: «¿Qué tal, Canio? ¿Cuál es en estos instantes el estado de tu alma? ¿En qué se ocupa? ¿Qué pensamientos la llenan?». Y Canio le respondió: «Pensaba yo conservar la serenidad con todas mis fuerzas, con objeto de ver si durante este momento de la muerte, que es tan corto y fugitivo, podía advertir cómo el alma me abandona, y si mi espíritu se alejaba de la materia, para luego volver al mundo a contárselo a mis amigos». Canio fue filósofo, no solo hasta la hora de la muerte, sino también en la muerte misma. ¡Qué seguridad tan grande y qué altivez de valor las de querer que su fin le sirviera de enseñanza y poder disponer de sus facultades en el instante mismo de abandonar la vida!

> Tanto imperio ejercía sobre su alma hasta en la hora de la muerte.[66]

Creo, sin embargo, que nos es factible disponer de algún medio de acostumbrarnos a ella y de conocer aproximadamente cuáles son sus efectos. Podemos alcanzar alguna experiencia, si no cabal y perfecta, al menos que nos sea de algún provecho y que nos fortifique y mantenga dueños de nuestras fuerzas; podemos unirnos a ella, podemos acercarnos y podemos reconocerla; y si no nos es posible llegar hasta su fuerte, al menos podemos transitar por sus avenidas. No sin razón se considera el sueño como una experiencia similar a la muerte: ¡cuán fácilmente pasamos de la vigilia al sueño, y cuán indiferente nos es perder la noción de la luz y de nosotros mismos! En cierto modo podría considerarse el dormir como inútil y contra natural, puesto que nos priva de toda acción, así como también del ejercicio de nuestras facultades, si no fuera que por él la naturaleza nos

enseña que fuimos creados para la muerte tanto como para la vida, y desde que nacemos nos muestra el eterno estado que nos aguarda después de la existencia, para que así nos habituemos y alejemos de nosotros el temor que la idea del acabar nos ocasiona. Los que por algún accidente violento cayeron en un estado de postración física y moral que les hizo perder el uso de sus facultades, están en estado de considerar cómo la muerte va ganando nuestras fuerzas; al instante mismo del sucumbir no acompañan ninguna fatiga ni dolor, porque no podemos tener sensaciones si nos falta el tiempo para experimentarlas; nuestros sufrimientos requieren tiempo, y como este es tan corto y tan veloz al morir somos necesariamente insensibles ante ella. La proximidad es lo que hemos de temer, y esa sí puede ser objeto de nuestra experiencia.

Hay muchas cosas a que nuestra imaginación da proporciones mayores de la que tienen en realidad: yo he pasado una buena parte de mi vida disfrutando de una salud cabal y perfecta, y mi existencia transcurrió alegre y bulliciosa. Ese estado, lleno de alegría y satisfacción, hacía que considerase con tanto horror la perspectiva de las enfermedades que, cuando vine a caer en ellas, encontré sus mordeduras blandas en comparación con el temor que sembraban en mi ánimo. Hoy por hoy, si me encuentro a cubierto y abrigado en una habitación cómoda, si en el exterior reinan la tempestad y la tormenta, siento compasión y me aflijo por los que se encuentran en campo raso; pero si soy yo quien aguanta los accidentes de la naturaleza, tampoco echo de menos el abrigo. La sola idea de permanecer constantemente encerrado en un cuarto me parecía insoportable, mas en cuanto me vi en la situación de mantenerme recogido días y semanas, enfermo y débil, pasé los días sin excesivos sufrimientos, y cuando recobré la salud compadecía a los enfermos mucho más de lo que me quejo cuando yo lo estoy. Una excesiva aprensión exageraba para mí en más de la mitad la esencia y realidad de las fatigas y los males. Tengo la esperanza de que me ocurrirá otro tanto con la muerte, y que esta no merece la pena que me tome tantas molestias para prepararme y mantenerme fuerte cuando llegue mi hora. Mas cuando son grandes las aventuras que nos esperan, nunca podemos prepararnos lo suficiente.

Durante nuestras terceras guerras de religión, o segundas (ya no estoy completamente seguro), habiendo salido a pasear por un lugar que dista una legua de mi casa, emplazada en el punto central que sirve de teatro a nuestros trastornos civiles, creyéndome completamente seguro tan cerca de mi casa que no tenía necesidad de mayores aprestos, cogí un caballo ágil, pero poco fuerte. A mi regreso, se me presentó la ocasión de ayudarme del animal para un servicio que no era el que más se acomodaba a su capacidad; un individuo de entre mis gentes, recio y de gran estatura, que montaba un caballo fuerte, por hacer alarde de llevarnos a todos la delantera, soltó su cabalgadura a toda brida en la dirección al camino que yo llevaba, y cayó como un coloso sobre el hombrecillo y su caballito, a quienes derribó con toda la fuerza de su velocidad y peso, lanzándonos a uno y a otro los pies al aire, de tal suerte que el caballo cayó por tierra completamente atolondrado, y yo fui a dar diez o doce pasos más allá, tendido boca abajo, con el rostro destrozado y desollado; mi espada, que al montar sostenía en la mano, estaba también diez pasos más allá, mi cinturón hecho añicos, y yo no tenía más sensaciones ni otra capacidad de movimiento que la de un animal atrapado en un cepo. Era la primera vez que experimentaba algo así. Los que me acompañaban, después de haber intentado reanimarme por todos los medios que estaban en su mano, dándome ya por muerto, me cogieron en los brazos y con gran dificultad me llevaron a mi casa, que distaba del lugar cosa de media legua francesa. En el camino, después de haberme considerado muerto durante más de dos horas, comencé a moverme y a respirar. Tal cantidad de sangre había caído en mi pecho, que para reanimarlo, la naturaleza tuvo que resucitar sus fuerzas. Entonces me pusieron de pie, y arrojé tanta cantidad de borbotones de sangre, que casi llenaron un cubo; en el resto del camino también expelí sangre en abundancia. Así comencé a volver a la vida, pero tan poquito a poco que hube menester de bastante tiempo, de tal suerte que mis primeras sensaciones estaban mucho más cercanas a la muerte que a la existencia:

Porque abatida el alma e incierta de recobrar sus fuerzas, no puede fortalecerse.[67]

El recuerdo de este suceso, cuya huella tengo fuertemente grabada en mi alma, me representa la apariencia e idea de la muerte tan cerca del

natural que me reconcilia de algún modo con ella. Cuando empecé a divisar la luz, fue de un modo tan incierto, mis ojos estaban tan débiles y tan muertos que nada podían discernir aparte de una vaga claridad:

> Como un hombre que, mitad dormido y mitad despierto, ya abre los ojos, ya los cierra. **[68]**

Las funciones del alma iban renaciendo en el mismo grado que las del cuerpo. Me vi todo ensangrentado; mi corpiño estaba manchado por todas partes de la sangre que había arrojado. La primera idea que me vino al pensamiento fue que había recibido un disparo de arcabuz en la cabeza, pues en el momento de ocurrirme el accidente sonaban muchos a nuestro alrededor. Me parecía que mi alma estaba al borde de mis labios, pendiente de abandonarme; cerraba los ojos para ayudar, creyendo que así contribuiría a echarla hacia fuera, y encontraba cierta dulzura en languidecer y dejar el campo libre a las sensaciones que me dominaban, sensaciones que nadaban en la superficie de mi alma, tan débil como el resto de mi persona, y que no solo estaban exentas de dolor, sino que se mezclaban con cierta dulzura, como la que sentimos cuando empieza a dominarnos el sueño.

Creo que ese es el estado en que se encuentran las personas que vemos desfallecer de debilidad en la agonía, y creo también que las compadecemos sin razón, considerando que se encuentran agitadas por dolores crueles o que tienen el alma oprimida por una tensión penosa. Siempre fui de la opinión, contra la corriente general, defendida incluso por Étienne de La Boétie, que los moribundos que se encuentran así abatidos y adormecidos, cuando su fin está ya próximo o se sienten derrotados por la larga duración del mal, por algún accidente apoplético o epiléptico,

> A veces un desdichado acometido de un mal súbito cae redondo a vuestros pies como herido por el rayo; su boca arroja espuma, su pecho gime, sus miembros se estremecen. Fuera de sí, la rigidez le gana, apenas respira; da vueltas y se agita en todos sentidos,**[69]**

o heridos en la cabeza, de quienes ya oímos el estertor, que exhalan a veces suspiros agudos, aunque descubramos ciertos síntomas, que vinculados con alguna agitación, parecen denunciar un resto de conocimiento, siempre he pensado que tienen tanto el alma como el cuerpo adormecidos,

> Vive, mas sin saber si goza de la vida,**[70]**

y me resisto a creer que en medio de una debilidad tan grande de miembros y sentidos, la conciencia pueda conservar la fuerza interior suficiente para reconocerse. Por todos estos síntomas, afirmo que los moribundos no son capaces de elaborar ningún pensamiento que les atormente ni que les pueda hacer juzgar ni sentir la miseria de su estado, y que por lo tanto no debemos compadecerlos gran cosa.

No imagino una situación más insoportable ni más horrible que la de tener el alma en estado de lucidez y dolorida, sin disponer de medio alguno para declararlo; tal es el caso en que se encuentran aquellos que van al suplicio, y a quienes se arrancó la lengua (bien que este género de muerte muda me parezca la más digna, cuando va acompañada de una mirada serena y de un cuerpo firme); y el de los pobres prisioneros que caen en manos de los soldados de esta época, que no son sino verdugos repugnantes, que les martirizan para obligarles a pagar un rescate excesivo e imposible, mientras los tienen a buen recaudo en una situación en la que es del todo imposible exteriorizar sus pensamientos y su miserable condición. Los poetas imaginaron algunos dioses favorables a la liberación de los que arrastraban una muerte así de lánguida:

> Cumplo, dice Iris, la orden que recibí; arranco esta alma consagrada al dios de los infiernos y rompo sus cadenas mortales.[71]

Los gemidos y respuestas cortas e incoherentes que se les arranca en ocasiones a fuerza de gritarles y vociferarles en los oídos, o los movimientos que parecen tener alguna relación con lo que se les pregunta, no dan, sin embargo, testimonio de que viven, al menos no una vida completa. Algo similar nos ocurre cuando empieza a ganarnos el sueño, antes de que llegue a dominarnos por completo, que sentimos de un modo vago lo que ocurre a nuestro alrededor y advertimos las palabras que se pronuncian de manera tan borrosa e incierta, que parece no impresionar sino las capas más superficiales de nuestra alma, y a las preguntas que se nos hacen contestamos solo a tenor de las últimas palabras, emitiendo respuestas atinadas, más por azar que por reflexión.

Ahora que he experimentado los efectos de la muerte, no tengo ninguna duda de que conozco bien cuáles son: primeramente, como me encontrara

privado del uso de mis sentidos, forcejeaba para abrirme el corpiño con las uñas (pues no llevaba armadura), aunque nada sentía que me molestara ni me hiriera, porque efectuamos muchos movimientos instintivos que no son resultado de los actos de la voluntad:

> Los dedos medio muertos se agitan y recogen de nuevo la espada que les escapa:[72]

como por ejemplo, cuando caemos al suelo extendemos los brazos por un impulso natural, de modo que nuestros miembros se auxilian los unos a los otros, y obran de manera independiente a nuestra actividad cerebral:

> Se cuenta que en lo más recio del combate los carros armados de guadañas cortan los miembros con rapidez tal que se los ve palpitantes por tierra antes que el dolor de un golpe tan repentino haya podido llegar al alma.[73]

Tenía mi pecho oprimido por la sangre coagulada; mis manos efectuaban movimientos por sí mismas, como acontece cuando el picor acomete alguna parte de nuestro cuerpo, y van derechas a la piel sin el dictamen de la voluntad. Se ven muchos animales, e incluso muchos hombres, que después de muertos mueven y contraen los músculos; por experiencia sabemos todos que algunas partes de nuestro organismo se ponen rígidas, se levantan y bajan por sí mismas. Así que estas pasiones que no nos tocan sino superficialmente no pueden en rigor llamarse nuestras; para que lo fueran, sería necesario que nuestro ser se hallara dominado del todo por ellas; los dolores que mientras dormimos sienten el pie o la mano no pertenecen a nuestro ser.

Al acercarme a mi casa, donde la alarma de mi caída había llegado ya, mi familia me acogió con los gritos acostumbrados en tales casos, y no solo contesté algunas palabras a las preguntas que se me hacían, sino que, por lo que supe después, di también orden de que le procuraran un caballo a mi mujer, a quien veía en un paso difícil de transitar, porque el camino era muy desigual e inclinado. Parece natural que este aviso emanara de un espíritu en estado de lucidez, y sin embargo, estaba muy lejos de disfrutar de ninguna claridad: eran solo percepciones vagas y nebulosas sugeridas por los sentidos de la vista y el oído, pero que no emanaban de mi alma. No sabía, por consiguiente, ni de dónde venía ni adónde iba, como tampoco podía reflexionar en las palabras que se me dirigían; mis respuestas no

tenían otro origen que los efectos que producen los sentidos por hábito o costumbre; lo que el alma sentía era como en sueños, ligeramente mecida y tenuemente movida por la débil impresión de los sentidos. Sin embargo, mi situación era dulce y apacible, ninguna aflicción experimentaba por los demás ni por mí, me encontraba en un estado de languidez y de debilidad extremas, sin ningún dolor. Vi mi casa sin reconocerla, y cuando me acostaron sentí una dulzura y un reposo infinitos; pues había sufrido dolores horribles a manos de las pobres gentes que me condujeron en sus brazos por un camino largo y penoso. Cuatro o cinco veces se relevaron los unos a los otros, lo que aumentó mi tortura. Se me dieron toda suerte de medicamentos, pero no acepté ninguno, seguro como estaba de tener una herida mortal en la cabeza. En verdad hubiera sido aquella una muerte dichosa, pues la debilidad de mi sentir me arrastraba de manera tan dulce, blanda y gustosa, que ni siquiera puedo formarme una idea de un acto menos penoso que aquel. Cuando volví a la vida y recuperé mis fuerzas,

> Cuando por fin mis sentidos recobraron algún vigor,[74]

que fue dos o tres horas después, me sentí de pronto acometido por los dolores; tenía el cuerpo molido, y durante las tres noches siguientes temí morir nuevamente, pero esta vez de una muerte más viva y dolorosa. Todavía me resiento de la sacudida. No quiero olvidar tampoco que se me borró de la memoria gran parte del accidente, de tal manera que hice que me refirieran muchas veces hasta las menores circunstancias: de dónde venía, adónde iba y la hora en que había ocurrido, antes de poder darme cuenta precisa de los hechos. La causa de mi caída me la ocultaron en beneficio del culpable, inventando mil historias. Mas cuando mi memoria se entreabrió, me representó clara y nítidamente el estado en el que me encontraba en el momento que el caballo cayó sobre mí (pues yo lo había visto en mis talones y me tuve por muerto, idea que fue tan rápida que no dejó tiempo para que el miedo me ganara); me parecía que fue un relámpago, cuya sacudida me hirió en el alma, y que yo volvía del otro mundo.

La relación de un suceso de tan escasa importancia sería casi insignificante si no tuviera por objeto la lección que me ha procurado; pues

en verdad entiendo que para acostumbrarse a la muerte no hay cosa mejor que acercarse a ella; y como dice Plinio, cada cual puede procurarse a sí mismo una excelente materia de estudio si tiene la voluntad decidida de estudiarse de cerca. No traigo yo aquí a colación mis doctrinas, sino mi particular experiencia, y no debe censurárseme si me explayo: lo que sirve para mi provecho, acaso pueda también servir para el de otros. Por lo demás, ningún perjuicio puede recibir con esta relación la experiencia ajena: expongo solo la mía, así que, si yo hago el loco, es a mis expensas, sin perjuicio de nadie más, pues es una locura sin consecuencias que muere en mí. No conocemos más que dos o tres filósofos antiguos que hayan hollado este camino, y como de ellos sabemos solo los nombres, tampoco tenemos noticia de si lo hicieron de modo análogo al mío. Después nadie siguió sus huellas. Es una empresa más difícil de lo que parece el seguir una marcha tan insegura como la de nuestro espíritu, penetrar en las profundidades opacas de sus repliegues internos, escoger y fijar tantos incidentes menudos y agitaciones distintas; se trata de una ocupación nueva y extraordinaria que nos arranca de los quehaceres mundanos, indudablemente más importantes. Hace ya algunos años que no tengo sino a mí mismo por objeto de mis reflexiones, que no examino ni estudio otra cosa que mi propia persona, y si a veces mis pensamientos y miras se dirigen a otro lugar lo hago solo con el propósito de aplicarlo sobre mí, para mi provecho personal. Y no creo seguir un camino errado, si como se hace con las otras ciencias, sin ponderación menos útiles, comunico a los demás mis experiencias, aunque me encuentre muy poco satisfecho de mis progresos. Ninguna descripción es comparable en dificultad ni en utilidad a la descripción de sí mismo, pues hay necesidad para ello de ser metódico, ordenado y pulido para presentarse en público; yo me pulo sin cesar, pues sin cesar me describo. La opinión general considera como vicioso hablar de uno mismo por odio a esa vanagloria que parece ir siempre unida a los propios testimonios: en vez de limpiar las narices al muchacho, se opta por arrancarle la nariz,

> Con frecuencia el temor de un mal nos conduce a otro peor.[75]

Encuentro mayor mal que bien en este remedio. Incluso si fuera cierto que necesariamente supone una presunción hablar de uno mismo, no debo yo, siguiendo mi designio principal, rechazar la acción que acusa esa viciosa cualidad, puesto que esta reside en mí, ni debo tampoco ocultar mi falta, en la cual no solo incurro, sino que hago profesión de ella. Mas si he de expresar mi manera de ver las cosas, entiendo que es errónea la costumbre que condena el vino porque muchos se emborrachan; no se quiere abusar sino de las cosas que son buenas, y creo que el precepto de no hablar de uno mismo a nadie debe aplicarse tan solo al vulgo. Son esas bridas para terneros, de las cuales no hubieron menester los santos a quienes oímos relatar pormenorizadamente las peripecias de sus almas, ni los filósofos ni los teólogos, ni yo tampoco, aun cuando no sea digno de que se me apliquen esos epítetos. Y si no escriben constantemente de sí mismos no tienen inconveniente alguno en hacerlo cuando la ocasión se les presenta. ¿De qué habla Sócrates más ampliamente que de él, ni adónde encamina la conversación de sus discípulos sino a platicar de sus respectivas personas? Y no de la lección de su libro, sino del ser y del movimiento de sus almas. Los católicos abrimos la nuestra a Dios y a nuestro confesor como los protestantes a todo el mundo. Se me replicará que solo declaramos nuestros pecados, pero en realidad lo exteriorizamos todo, pues incluso la misma virtud está sujeta a error y a arrepentimiento. Mi oficio y mi arte se encaminan a la vida; quien me prohíbe hablar conforme a mi sentir, experiencia y costumbres, que le ordene también al arquitecto hablar de sus edificaciones, no según sus ideas, sino las del vecino; según la ciencia ajena, y no conforme a la suya. Si no es más que pura vanagloria hacer público el propio mérito, ¿por qué no encomia Cicerón la elocuencia de Hortensio ni Hortensio la de Cicerón? Los que así opinan acaso quieren que yo testifique mis actos materialmente y no valiéndome de palabras. Yo reflejo principalmente mis pensamientos, materia informe que solo puede convertirse en materia de nuestro estudio tras un gran esfuerzo; puedo dar gracias si a duras penas puedo exteriorizarlos valiéndome de la voz, que es un cuerpo aéreo y sin consistencia. Hombres superiores a mí en virtud y en saber vivieron esquivando todo aparato exterior. Las acciones de mi vida tienen mayor relación con la fortuna que conmigo mismo, dan testimonio

del papel de aquella y no del mío, a no ser de una manera conjetural e incierta; son muestras de una parte del individuo y no de la totalidad del mismo. Yo me presento como una pieza anatómica, donde se ven las venas, los músculos, los tendones; cada órgano en su lugar: la tos producirá un efecto; la palidez o la palpitación del corazón, otros distintos. No relato mis gestos, sino mi persona y mi esencia.

Entiendo que es indispensable la prudencia en el juicio de uno mismo, y que se debe ser concienzudo en emitir testimonios, ya sea para elogiarse o para vituperarse. Si me tuviera por bueno y por sabio, lo proclamaría a voces. Colocarse por debajo de lo que en realidad se es, lo considero una torpeza y no por modestia; empequeñecerse es cobardía y pusilanimidad, según Aristóteles; no hay virtud a que acompañe la falsedad, y la verdad jamás sirve de argumento al error. Proclamar de uno mismo más de lo que realmente se es no es siempre presunción, a veces es ignorancia: complaciéndose en traspasar la medida de lo que se es, se cae en el indiscreto amor de sí mismo, el cual a mi manera de ver constituye el fundamento de ese vicio. El remedio supremo para curarlo es practicar precisamente lo contrario de lo que ordenan quienes nos prohíben hablar de nosotros mismos, pues así prohíben pensar en uno mismo. El orgullo tiene su asiento en la mente, la lengua no puede participar de él sino de manera muy escasa.

A estos hombres les parece que quien habla de sí mismo lo hace con complacencia; que observar y sondear su alma supone siempre quererla con exceso, pero este exceso nace solo en aquellos que se observan superficialmente, en los que se estudian después de los negocios, en los que llaman delirio y ociosidad al comunicar las propias sensaciones, y al aplicarse en el perfeccionamiento, edifican castillos en el aire. Si hay alguien que con su ciencia se enorgullezca porque mira por debajo su nivel, que convierta sus ojos por cima, hacia los siglos pasados, y se verá obligado a bajar humildemente la cabeza al encontrar tantos y tantos espíritus a cuyos pies debe postrarse. Si es en valor en lo que alguien se cree grande, recuerde las vidas de Escipión y Epaminondas, las hazañas de tantos ejércitos y de tantos pueblos que en tanto aventajan. Ninguna circunstancia particular enorgullecerá a quien tenga siempre fijas en la memoria, además

de su debilidad e imperfección, la miseria inherente a la naturaleza humana. Porque Sócrates puso en práctica seriamente el precepto de su dios familiar. «Conócete a ti mismo»; y por ese estudio llegó a menospreciarse, y fue considerado como el único hombre digno de ser considerado filósofo. Quien se conozca así puede con arrojo pregonar con la palabra el valor de su sabiduría.

Capítulo X

DE LOS LIBROS

Bien sé que con frecuencia me acontece tratar de cosas que están mejor dichas y con mayor fundamento y verdad en los maestros que escribieron de los asuntos de los que hablo. Lo que yo escribo es puramente un ensayo de mis facultades naturales, y de manera muy secundaria de las que se adquieren con el estudio; y quien reparase en mi ignorancia no hará descubrimiento mayor, pues ni yo mismo respondo de mis aserciones ni estoy tampoco satisfecho con mis discursos. Quien pretenda buscar aquí ciencia, no se encuentra en el mejor camino, pues en modo alguno hago yo profesión científica. Estos ensayos contienen mis fantasías, y con ellas no trato de explicar las cosas, sino conocerme a mí mismo. Quizá algún día alcance a conocer algo más o quizá lo conocí alguna vez, no me acuerdo, pues pese a amar la ciencia no retengo sus enseñanzas; así es que no aseguro certeza alguna, y solo trato de asentar el punto al que llegan mis conocimientos actuales. No hay, pues, que fijarse en las materias de que hablo, sino en la manera como las trato, y en aquello que tomo a los demás pido que se tenga en cuenta si he acertado a escoger algo con que realzar o socorrer mi propia invención, pues prefiero dejar hablar a los otros cuando yo no acierto a explicarme tan bien como ellos, bien por la flojedad de mi lenguaje, bien por debilidad de mis razonamientos. En las citas me atengo a la calidad y no al número; fácil me hubiera sido duplicarlas, y todas, o casi todas las que traigo a colación, son de autores famosos y antiguos, de gran renombre, que no han menester de mi recomendación. En cuanto a las razones, comparaciones y argumentos, que trasplanto en mi jardín, y confundo con las mías, a veces he omitido el nombre del autor a quien

pertenecen, para poner dique a la temeridad de las sentencias apresuradas que se dictaminan sobre todo género de escritos, principalmente cuando estos son de hombres vivos y están compuestos en lengua vulgar; todos hablan y se creen convencidos del designio del autor, igualmente vulgar; quiero que den un capirotazo sobre mis narices a Plutarco y que injurien a Séneca en mi persona, ocultando mi debilidad bajo antiguos e ilustres nombres. Quisiera que hubiese alguien que, ayudado por su claro entendimiento, señalara los autores a quienes las citas pertenecen, pues como yo adolezco de memoria, no acierto a deslindarlas; bien comprendo cuáles son mis límites, mi espíritu es incapaz de producir algunas de las vistosas flores que están esparcidas por estas páginas, y todos los frutos juntos de mi entendimiento no bastarían para alcanzarlas. Debo, en cambio, responder de la confusión que pueda haber en mis escritos, de la vanidad u otros defectos que yo no advierta o que sea incapaz de reconocerlos; pero la enfermedad del juicio consiste en no verlos ni cuando el otro nos lo señala. La ciencia y la verdad pueden entrar en nuestro espíritu sin el concurso del juicio, y este puede también subsistir sin aquellas: el reconocimiento de la propia ignorancia es uno de los más seguros y más hermosos testimonios que el juicio nos procura. Al transcribir mis ideas, no sigo otro camino que el del azar; a medida que mis ensueños o desvaríos aparecen a mi espíritu, voy amontonándolos: unas veces se me presentan apiñados, otras arrastrándose penosamente de uno en uno. Quiero exteriorizar mi estado natural y ordinario, tan desordenado como es en realidad, y me dejo llevar sin esfuerzos ni artificios; no hablo sino de cosas cuyo desconocimiento es lícito y de las cuales puede tratarse sin preparación y con libertad completa. Bien quisiera tener más cabal inteligencia de las cosas, pero no quiero comprarla por lo cara que cuesta. Mi propósito consiste en pasar apacible, no laboriosamente, lo que me resta de vida; por nada del mundo quiero romperme la cabeza, ni siquiera por la ciencia, por grande que sea su valor.

En los libros solo busco un entretenimiento agradable, y si alguna vez estudio, me aplico a la ciencia que trata del conocimiento de mí mismo, la cual me enseña el bien vivir y el bien morir:

> Hacia este fin deben tender mis corceles.[76]

Las dificultades con que tropiezo al leer, las dejo a un lado, no me como las uñas tratando de resolverlas, insisto una o dos veces y las abandono. Si me detengo, me pierdo, y malgasto el tiempo inútilmente; pues mi espíritu es de índole tal que lo que no se ve en un primer momento, se lo explica menos obstinándose. Soy incapaz de hacer nada que suponga esfuerzo; la continuación de una misma tarea, lo mismo que el recogimiento excesivo aturden mi juicio, lo entristecen y lo cansan; mi vista se trastorna y se disipa, de suerte que tengo que apartarla y volver a fijarla repetidas veces. Cuando un libro me aburre cojo otro, y solo me consagro a la lectura cuando el fastidio de no hacer nada empieza a dominarme. Apenas leo los libros nuevos, porque los antiguos me parecen más sólidos y sustanciosos; tampoco acudo a los escritos en lengua griega, porque mi espíritu no puede sacar partido del ínfimo conocimiento que tengo del idioma.

Entre los libros de mero entretenimiento me placen entre los modernos el *Decamerón*, de Boccaccio, el de Rabelais, y el titulado *Besos*,[77] de Juan Segundo. Los Amadises y otras obras análogas ni siquiera de niño me deleitaron. ¿Añadiré además, por osado o temerario que parezca, que esta alma adormecida no se deja cosquillear por Ariosto, ni siquiera por el buen Ovidio? La espontaneidad y facundia de este me encantaron en otro tiempo, pero hoy apenas si me interesan. Expongo libremente mi opinión sobre todas las cosas, hasta sobre las que sobrepasan mi capacidad y son ajenas a mi competencia; así que los juicios que emito dan la medida de mi entendimiento, más que de las cosas mismas. Si yo digo que no me gusta el *Axioca* de Platón,[78] por ser una obra floja, si se tiene en cuenta la pluma que lo escribió, no tengo cabal seguridad de mi juicio, porque su temeridad no llega a oponerse al dictamen de tantos otros famosos críticos antiguos, pues les considero gobernadores y maestros, con los que no me gustaría enemistarme. Mi entendimiento se condena a sí mismo, bien al detenerse en la superficie, porque no puede penetrar hasta el fondo, bien al examinar la obra bajo algún aspecto que no es el verdadero. Mi espíritu se conforma con librarse del desorden o perturbación, pero reconoce y confiesa de buen grado su debilidad. Cree interpretar acertadamente las apariencias que su concepción le muestra, que suelen ser imperfectas y débiles. Casi todas las poesías de Esopo encierran sentidos varios; los que las interpretan

mitológicamente eligen sin duda un terreno que cuadra bien a la fábula; mas proceder así es detenerse en la superficie; cabe otra interpretación más viva, esencial e interna, a la cual no supieron llegar los eruditos. Yo prefiero el segundo procedimiento.

Mas, siguiendo con los autores, diré que siempre coloqué en primer término en la poesía a Virgilio, Lucrecio, Catulo y Horacio, considero las *Geórgicas* como la obra más acabada que pueda engendrar la poesía; si se las compara con algunos pasajes de la *Eneida*, se verá fácilmente que su autor hubiera retocado estos, de haber tenido tiempo para ello. El quinto libro del poema me parece el más perfecto. Lucano también es de mi agrado, y lo leo con sumo placer, no tanto por su estilo como por la verdad que encierran sus opiniones y juicios. Por lo que respecta al buen Terencio y a las gracias y coqueterías de su lengua, tan admirable me parece, por representar a lo vivo los movimientos de nuestra alma y la índole de nuestras costumbres, que en todo momento nuestra manera de vivir me recuerda sus comedias; por muchas veces que lo lea, siempre descubro en él alguna belleza o alguna gracia nuevas. Los contemporáneos de Virgilio se quejaban de que algunos comparasen con Lucrecio al autor de la *Eneida*; también yo creo que es una comparación desigual, mas no la encuentro tan desacertada cuando me detengo en algún hermoso pasaje de Lucrecio. Si tal parangón les contrariaba, ¿qué hubieran dicho de los que hoy le comparan, torpe, estúpida y bárbaramente, con Ariosto, y qué pensaría el propio Ariosto?

> ¡Oh siglos sin gusto ni discernimiento![79]

Me parece que los antiguos debieron lamentarse más de los que equipararon a Plauto y Terencio (este muestra bien su aire de nobleza), que de los que igualaron Lucrecio a Virgilio. Para juzgar del mérito de aquellos y conceder a Terencio la primacía, constituye una razón poderosa el que el padre de la oratoria romana pronunció con frecuencia su nombre como el único en su línea, y la sentencia que el juez más competente de los poetas latinos emitió sobre Plauto. Algunas veces he considerado que los que en nuestro tiempo escriben comedias, como los italianos, que son bastante diestros en el género, ingieren tres o cuatro argumentos, como los que

forman la trama de las de Terencio o de Plauto, para componer una de las suyas; en una sola amontonan cinco o seis cuentos de Boccaccio. Y lo que les mueve a cuajarlas de peripecias es la desconfianza de poder sostener el interés con sus propios recursos; es preciso que dispongan de algo sólido en que apoyarlas, y no pudiendo extraerlo de su numen, quieren que los cuentos nos diviertan. Lo contrario acontece con Terencio, cuyas perfecciones y bellezas nos hacen olvidar sus argumentos; su delicadeza y coquetería nos detienen en todas las escenas; es un autor agradable en todos los conceptos,

> Con tanta facilidad y pureza brota,[80]

y llena de tal suerte nuestra alma con sus donaires, que nos hace olvidar los de la fábula. Esta consideración me lleva de un modo natural a las siguientes: los buenos poetas antiguos evitaron la afectación y lo rebuscado, no solo se alejaron de los fantásticos ditirambos españoles y petrarquistas, sino también de los ribetes mismos que constituyen el ornato de todas las obras poéticas de los siglos sucesivos. Así que ningún censor competente encuentra defectos en aquellas obras, como tampoco deja de admirar infinitamente más entre las de Catulo la pulidez, perpetua dulzura y florida belleza de sus epigramas, comparadas con los aguijones con que Marcial aguza los suyos.

Lo propio que dije ha poco confirma también Marcial cuando escribe:

> No había menester de grandes esfuerzos; el asunto mismo suplía a la gracia.[81]

Los viejos poetas, sin conmoverse ni enfadarse, logran el efecto que buscan; sus obras son desbordantes de gracia, y para alcanzarla no necesitan violentarse. Los modernos han de menester socorros ajenos; a medida que el espíritu les falta necesitan mayor cuerpo; montan a caballo porque no son suficientemente fuertes para andar sobre sus piernas, del mismo modo que en nuestros bailes los hombres de baja extracción que ejercen el magisterio de la danza, como carecen del decoro y la apostura de la nobleza, pretenden destacarse dando peligrosos saltos y efectuando movimientos extravagantes a la manera de los acróbatas; las damas representan un papel más lucido cuando las danzas son más complicadas que en otras en que se limitan a

marchar con toda naturalidad representando el porte ingenuo de su gracia ordinaria; he reparado también que los payasos que ejercen su profesión diestramente sacan todo el partido posible de su arte aun estando vestidos sencillamente, con la ropa de todos los días, mientras que los aprendices, cuya competencia es mucho menor, necesitan enharinarse la cara, disfrazarse y hacer multitud de muecas y gesticulaciones salvajes para movernos a risa. Mi opinión aparecerá más clara comparando la *Eneida* con el *Orlando*: en la primera se ve que el poeta se mantiene en las alturas con sostenido vuelo y un movimiento majestuoso, siguiendo derecho su camino; en el segundo, el autor revolotea y salta de cuento en cuento, como los pajarillos van de rama en rama, porque no confían en la resistencia de sus alas, avanzando en trayectos cortos, deteniéndose a cada paso porque temen que les falten el aliento y las fuerzas:

> Solo intenta excursiones breves.[82]

He ahí, pues, los poetas que son más de mi agrado.

En cuanto a los autores en los que la enseñanza va unida al deleite, de los cuales aprendo a poner orden en mis ideas y en mi vida, los que más me placen son Plutarco, desde que Amyot lo trasladó a nuestra lengua, y el filósofo Séneca. Ambos tienen para mí la incomparable ventaja, que se acomoda maravillosamente con mi modo de ser, de verter la doctrina que en ellos busco de una manera fragmentaria, y por consiguiente no exigen lecturas dilatadas, de las que me siento incapaz: los opúsculos de Plutarco y las epístolas de Séneca constituyen la parte más hermosa de sus escritos al tiempo que la más provechosa. Para emprender tal lectura no he menester de un gran esfuerzo, y puedo abandonarla allí donde bien me place, pues ninguna dependencia ni enlace hay entre los capítulos de ambas obras. Estos dos autores coinciden en la mayor parte de sus apreciaciones e ideas útiles y verdaderas; la casualidad hizo que vieran la luz en el mismo siglo; uno y otro fueron preceptores de dos emperadores romanos, uno y otro nacieron en tierra extranjera, ambos fueron ricos y poderosos. La instrucción que procuran es la flor de la filosofía, que presentan de una manera sencilla y sabia. El estilo de Plutarco es uniforme y sostenido, el de Séneca culebrea y se diversifica, este ejecuta todos los esfuerzos posibles

para procurar armas a la virtud contra la flaqueza, el temor y las inclinaciones viciosas. Plutarco parece no tener tan en cuenta el esfuerzo, es más indulgente, y profesa las apacibles ideas platónicas que se ajustan a la vida. Las de Séneca son estoicas o extraídas de Epicuro, y se apartan más del uso común, pero en cambio, a mi entender, son más ventajosas y sólidas, particularmente al aplicarlas. Se diría que Séneca transige algún tanto con la tiranía imperial, pues yo entiendo que si condena la causa de los generosos asesinos de César los condena violentando su espíritu. Plutarco se muestra enteramente libre en todo. Séneca abunda en matices; Plutarco en acontecimientos, hechos y anécdotas. El primero nos emociona y conmueve, el segundo nos procura mayor agrado y provecho. Plutarco nos guía, Séneca nos empuja.

Por lo que toca a Cicerón, lo que de él prefiero son las obras que tratan particularmente sobre moral. Pero decidido como estoy a confesar abiertamente la verdad, y puesto que se franqueó ya la barrera, y la timidez sería inoportuna, reconozco que su manera de escribir me parece pesada, lo mismo que cualquier otra que se le asemeje: sus prefacios, definiciones, divisiones y etimologías consumen la mayor parte de su obra, y la médula, lo que hay de vivo y provechoso, queda ahogado por aprestos tan dilatados. Si le leo durante una hora, lo cual es mucho para mí, y trato luego de recordar la sustancia que he sacado, casi siempre lo encuentro vano, pues al cabo de ese tiempo no he llegado aún a los argumentos pertinentes al asunto de que habla, ni a las razones que concretamente se refieren a las ideas que persigo. Para mí, que no trato de aumentar mi elocuencia, ni mi saber, sino mi prudencia, tales procedimientos, lógicos y aristotélicos, son inadecuados; yo quiero que se entre enseguida en materia, sin rodeos ni circunloquios; de sobra conozco lo que son la muerte o el placer, no necesito que nadie se detenga en anatomizarlos. Lo que yo busco son razones firmes y sólidas que me enseñen desde luego a sostener mi fortaleza, no sutilezas gramaticales; la ingeniosa contextura de palabras y argumentaciones para nada me sirve. Quiero razonamientos que descarguen, desde luego, sobre lo más difícil de la duda; los de Cicerón languidecen alrededor del asunto: son útiles para la discusión, el foro o el púlpito, donde nos queda el tiempo necesario para dormitar, y dar un cuarto

de hora después de comenzada la oración con el hilo principal del discurso. Así se habla a los jueces, cuya voluntad quiere ganarse con razón o sin ella a los niños y al vulgo, para quienes todo debe explanarse con objeto de ver lo que produce mayor efecto. No quiero yo que se gaste el tiempo en ganar mi atención, gritándome cincuenta veces: «Ahora escucha», a la manera de nuestros heraldos. En su religión los romanos decían *hoc age*, para significar lo que en la nuestra expresamos con el *sursum corda*; son para mí palabras inútiles, porque me encuentro preparado de antemano. No necesito salsa ni incentivo, puedo comer perfectamente la carne cruda, así que en lugar de despertarse mi apetito con semejantes preparativos, se me debilita e impacienta. La irrespetuosidad de nuestro tiempo consentirá acaso que declare, sacrílega y audazmente, que encuentro desanimados los diálogos de Platón, las ideas se ahogan en las palabras, y yo lamento el tiempo que desperdicia en interlocuciones dilatadas e inútiles un hombre que tenía tantas cosas mejores que decir. Mi ignorancia de su lengua me excusará si digo que no descubro ninguna belleza en su lenguaje. En general, me gustan más los libros en los que la ciencia se explica que los que teorizan. Plutarco, Séneca, Plinio y otros escritores análogos no echan mano del *hoc age*; tratan con lectores ya adiestrados, y si se sirven de los preparativos es porque tienen su propio valor. Leo también con placer las *Cartas a Ático*, no solo porque contienen una instrucción muy amplia de la historia y de las cosas de su tiempo, sino principalmente porque descubren sus inclinaciones privadas, pues me inspira curiosidad singular, como he dicho en otra parte, el conocimiento del espíritu y los juicios ingenuos de mis autores. Puede formarse idea del mérito de los mismos, mas no de sus costumbres ni de sus personas, por el aparato fastuoso de sus escritos, que exploran el mundo. Mil veces he lamentado la pérdida del libro que Bruto compuso sobre la virtud, porque procura placer tener conocimiento de la teoría de aquellos que con tanta maravilla se condujeron en la práctica. Y porque difieren esencialmente el predicar del obrar, así gusto de Bruto en las biografías de Plutarco; me agradaría más saber a ciencia cierta la conversación que sostuvo en su tienda de campaña con sus amigos íntimos, la víspera de una batalla, que lo que al día siguiente decía a sus soldados; saber más sobre las ocupaciones que llenaban su tiempo en su gabinete que lo que hacía en la

plaza pública y en el Senado. Respecto a Cicerón, participo de la opinión general; creo que, aparte de la ciencia, no había demasiada excelencia en su alma; era buen ciudadano, de naturaleza bonachona, como en general suelen serlo los hombres gordos y alegres que como él son de palabra fácil; mas la blandura y vanidad ambiciosa estaban demasiado presentes en su carácter. No es posible excusarle de haber considerado sus poesías dignas de ver la luz pública, pues si bien no constituye delito el escribir malos versos, lo es el no haber sabido vislumbrar cuán indignos eran los suyos de la gloria de su nombre. En cuanto a su elocuencia, entiendo que no hay quien pueda comparársele, y creo que nadie jamás llegará a igualarle en el futuro. El joven Cicerón, que solo en el nombre se asemejó a su padre, al encontrarse en Asia, congregó una vez en su mesa a algunos extranjeros, entre los cuales se hallaba Cestio, colocado en un extremo, como suelen deslizarse a veces los intrusos en los banquetes de los grandes. El anfitrión preguntó quién era a uno de sus criados, el cual le dijo su nombre; mas como Cicerón estaba distraído y no parara mientes en la respuesta, insistió de nuevo en la pregunta dos o tres veces; entonces, el sirviente, por no contestar siempre con palabras idénticas, y con objeto de dar a conocer a Cestio por alguna particularidad, añadió: «Es la persona de quien se os ha dicho que no hace gran caso de la elocuencia de vuestro padre comparada con la suya». Molestado súbitamente el joven Cicerón, ordenó que cogieran al pobre Cestio, e hizo que le azotaran en su presencia. ¡Huésped descortés, en verdad! Entre los mismos que juzgaron incomparable la elocuencia del orador romano, hubo alguno que no dejó de encontrarle también defectos. Bruto, su amigo, decía que era una elocuencia desquiciada y derrengada: *fractam et elumbem*. Los oradores posteriores a Cicerón reprendieron en él la cadencia extremada y mesurada del final de sus períodos, e hicieron notar las palabras *esse videatur*, que con tanta frecuencia empleaba. Yo prefiero una cadencia más rápida, cortada en yambos. Alguna vez adopta un hablar más rudo, pero en sus discursos menudean más los párrafos medidos, simétricos y rítmicos. En uno de ellos recuerdo haber leído: «Por lo que a mí toca, preferiría ser durante menos tiempo viejo que decaer antes de que la ancianidad sea llegada».[83]

Los historiadores son mi fuerte. Son gratos y placenteros, y en ellos se encuentra la pintura del hombre, cuyo conocimiento busco siempre; tal diseño es más vivo y más cabal en aquellos que en ninguna otra clase de libros; en los historiadores se encuentra la verdad y variedad de las condiciones internas de la personalidad humana, en conjunto y en detalle; la diversidad de sus empresas y los accidentes que las amenazan. Así que, entre los que escriben las vidas de personajes célebres, prefiero los que se detienen más en las consideraciones que en la relación de los sucesos, más en lo que deriva del espíritu que en lo que en el exterior acontece; por eso Plutarco es en todos los aspectos mi autor favorito. Lamento que no tengamos una docena de Laercios, o al menos que el que tenemos no sea más extenso y más explícito; pues me interesa por igual la vida de los que fueron grandes preceptores del mundo como también el conocimiento de la diversidad de sus opiniones y el de sus caprichos. En cuanto a obras históricas, deben hojearse todas sin distinción; deben leerse toda suerte de autores, así los antiguos como los modernos, los franceses como los que no lo son, para tener idea de los diversos asuntos de que tratan. Julio César me parece que merece singularmente ser digno de estudio, y no ya solo en concepto de historiador, sino también como hombre; tan grandes son su excelencia y perfección, cualidades en que sobrepasa a todos los demás, aunque Salustio sea también autor de gran mérito. Yo leo a César con reverencia y respeto mayores de los que generalmente se emplean en las obras humanas; ya lo considero en sí mismo, en sus acciones y en lo milagroso de su grandeza; ya reparo en la pureza y pulidez inimitable de su lenguaje, en que sobrepasó no solo a todos los historiadores, como Cicerón dice, sino, a trechos, al propio Cicerón; habla de sus enemigos con sinceridad tal que, salvo las falsas apariencias con que pretende revestir la causa que defiende y su ambición pestilente, entiendo que puede reprochársele el que no habla más de sí mismo: tan innumerables hazañas no pudieron ser realizadas por él de no haber sido más grande de lo que realmente se nos muestra en su libro.

Entre los historiadores prefiero los que son muy sencillos o los maestros de su arte. Los primeros, que no ponen nada suyo en los sucesos que historian y emplean toda su diligencia en recoger todo lo que llegó a su

noticia, registrando a la buena de Dios todo cuanto pueden, sin elaboración ni deliberación, dejando nuestro juicio en libertad cabal para el conocimiento de la verdad; como, por ejemplo, el buen Froissard, que avanzó en su empresa de manera tan franca e ingenua que, cuando incurre en un error, no tiene inconveniente en reconocerlo y corregirlo en cuanto ha sido advertido; Froissard nos muestra la multiplicidad misma de los rumores que corrían sobre un mismo suceso y las diversas relaciones que se hacían; compuso la historia sin adornos ni formas rebuscadas, y en sus crónicas cada cual puede sacar tanto provecho como entendimiento tenga. Los maestros en el género poseen la habilidad de escoger lo que es digno de ser conocido; aciertan a elegir el más verosímil entre dos testimonios; dominan la condición y el temperamento de los príncipes, deducen máximas, atribuyéndoles palabras adecuadas, y proceden acertadamente al escribir con autoridad y acomodar nuestras ideas a las suyas, lo cual, la verdad sea dicha, está en la mano de bien pocos. Los historiadores medianos, que son los más abundantes, todo lo estropean y malbaratan; quieren servirnos los trozos mascados, se permiten emitir juicios, y por consiguiente inclinar la historia a su capricho, pues tan pronto como la razón se inclina de un lado ya no hay medio hábil de enderezarla del otro; se permiten además escoger los sucesos dignos de ser conocidos y nos ocultan con sobrada frecuencia tal frase o tal acción privada, que sería más interesante para nosotros; omiten como cosas inverosímiles o increíbles todo lo que no entienden, y acaso también todo lo que no saben expresar en buen latín o en buen francés. Lícito es que nos muestren su elocuencia y su discurso y que juzguen a su manera, pero también lo es el que nos consientan juzgar luego lo que ellos han hecho, y mucho más aún el que no alteren nada ni nos dispensen de nada, por sus acortamientos y selecciones, de la materia que tratan; deben mostrárnosla pura y entera bajo todos sus aspectos.

Generalmente se elige para desempeñar esta tarea, sobre todo en nuestra época, a personas vulgares, por la única razón de que son atinadas en el bien hablar, como si en la historia buscáramos el aprendizaje de la gramática. Y siendo esa la causa que les puso la pluma en la mano, no teniendo más armas que la charla, hacen bien en no procurarse de otra cosa.

Así, a fuerza de frases armoniosas nos sirven una tarrina preparada con los rumores que recogen en las callejuelas de las ciudades. Las únicas historias excelentes son las que fueron compuestas por los mismos que gobernaron los negocios, o que tomaron parte en la dirección. Así son casi todas las historias griegas y romanas, pues como fueron escritas por muchos testigos oculares (la grandeza y el saber se encontraban comúnmente juntos en aquella época), si en ellos hay errores, es en las cosas muy dudosas o secundarias. ¿Qué luces pueden esperarse de un médico que habla de la guerra o de un escolar que diserta sobre los designios de un príncipe? Si queremos convencernos del celo con que los romanos buscaban la exactitud en las obras históricas, bastará citar este ejemplo: Asinio Polión encontraba algún error en las obras de César, y lo achacaba a que le había inducido la circunstancia de no haberle sido dable esparcir por igual la mirada por todos los lugares que ocupó su ejército, y el haber tomado como artículo de fe las comunicaciones que recibía de sucesos a veces no del todo demostrados, o también por no haber sido exactamente informado por sus lugartenientes de los asuntos que habían dirigido en su ausencia. De aquí puede concluirse si la investigación de la verdad es cosa delicada, puesto que la relación de un combate no se puede encomendar a la ciencia de quien lo dirigió, ni a los soldados mismos el dar cuenta de lo que aconteció cerca de ellos, igual que si en una información judicial no se confrontan los testimonios, y si no se escuchan las objeciones cuando se trata de probar hasta los menores detalles de cada suceso. El conocimiento que de nuestros negocios tenemos no es tan fundamental; pero todo esto ha sido ya suficientemente tratado por Bodin[84] y conforme a mi manera de ver.

Para remediar algún tanto la traición de mi memoria y la falta de la misma, tan grande que más de una vez me ocurrió coger un libro en mis manos que había leído años antes y emborronado con mis notas, y considerarlo como nuevo, acostumbro desde hace algún tiempo a añadir al fin de cada obra (hablo de las que no leo más que una vez) la época en que terminé su lectura y el juicio que la misma me sugirió en conjunto, a fin de representarme siquiera la idea general que me formé de cada autor. Transcribiré aquí algunas de estas anotaciones.

He aquí lo que escribí hará unos diez años en mi ejemplar de *Guicciardini* (sea cual fuere la lengua que mis libros empleen, yo los hablo siempre en la mía): «Es un historiador diligente, a mi entender, nos ayuda a conocer la verdad de los negocios de su época, con tanta exactitud como cualquier otro, puesto que en la mayor parte de ellos desempeñó un papel y un papel honorífico. En él no se ve ninguna muestra de que por odio, favor o vanidad, haya disfrazado los sucesos. Le acreditan los juicios libres que emite sobre los grandes, principalmente sobre las personas que le ayudaron a alcanzar los cargos que desempeñó, como el papa Clemente VII. Por lo que toca a la parte de su obra de que parecen prevalecer, que son sus digresiones y discursos, los hay buenos y enriquecidos con hermosos rasgos, pero en ellos se complació demasiado; pues por no haber querido dejarse nada en el tintero, como trataba un asunto tan amplio, tan rico, casi infinito, en ocasiones su estilo es descosido y denuncia la cháchara escolástica. He advertido también que entre tantas almas y acciones como juzga, entre tantos acontecimientos y pareceres, ni siquiera uno solo achaca a la virtud, a la religión y a la conciencia, como si estas prendas estuvieran en el mundo enteramente extintas. De todas las acciones, por hermosas que sean por sí mismas, achaca la causa a alguna viciosa coyuntura, o a algún interés bajo y puramente material. Es imposible imaginar que entre el infinito número de sucesos que juzga no haya habido alguno que emane de la moralidad y de la hombría de bien. Por general que sea la corrupción de una época, alguien escapa siempre del contagio. Aquel criterio permanente me hace temer que haya emanado solo de la naturaleza del historiador. Acaso haya juzgado a los demás conforme a sus peculiares y genuinos sentimientos».

En mi *Philippe de Comines* se lee lo que sigue: «Encontraréis en esta obra lenguaje dulce y grato, de sencillez ingenua; la narración es pura y en ella resplandece la buena fe del autor; exento de toda vanidad cuando habla de sí mismo y de afección y envidia cuando habla de los demás. Sus discursos y exhortaciones van acompañados más bien de celo y de verdad que de alarde de saber. En todas sus páginas la gravedad y autoridad muestran al hombre mecido en buena cuna y educado en el gobierno de los negocios importantes».

En las *Memorias del señor du Bellay*[85] escribí: «Es siempre grato ver las cosas relatadas por aquellos que por experiencia vieron cómo es preciso manejarlas; mas es evidente que en estos dos autores se descubre una falta grande de franqueza y no toda la libertad que fuera de desear, como la que brilla en los antiguos cronistas, en Joinville, por ejemplo, amigo de san Luis; Eginard, canciller de Carlomagno, y de fecha más reciente, en Philippe de Comines. Estas memorias son más bien una requisitoria en favor del rey Francisco contra el emperador Carlos V, que una obra histórica. No quiero creer que hayan alterado nada de los hechos principales, pero sí que modelaron el juicio de los sucesos con sobrada frecuencia, y a veces sin fundamento, en ventaja nuestra, omitiendo cuanto pudiera haber de escabroso en la vida del adversario del emperador. Lo prueba el olvido en que dejaron las maquinaciones de los señores de Montmorency y de Brion, y el nombre de la señora de Étampes, que ni siquiera figura para nada en el libro. Pueden ocultarse las acciones secretas, pero callar lo que todo el mundo sabe, y sobre todo aquellos hechos que produjeron efectos de trascendencia pública, es una falta imperdonable. En conclusión, para conocer por entero al rey Francisco y los hechos acontecidos en su tiempo, hay que buscar otras fuentes si quiere creerse mi dictamen. El provecho que de aquí puede sacarse reside en la relación de las batallas y expediciones guerreras en que los Du Bellay tomaron parte, en algunas frases y acciones privadas de los príncipes de la época, y en los asuntos y negociaciones despachados por el señor de Langeay, donde se encuentran muchas cosas dignas de ser sabidas y reflexiones nada vulgares».

CAPÍTULO XII

APOLOGÍA DE RAIMUNDO SABUNDE[86]

Un compendio

Es en verdad la ciencia una cosa muy grande. Los que la desprecian acreditan de sobra su torpeza; mas yo no estimo por ello su valor hasta la extrema medida que algunos le atribuyen, como por ejemplo, Herilo el filósofo, que colocaba en ella el soberano bien y aseguraba que en la ciencia solo residía el poder de hacernos prudentes y contentos, lo cual no creo que sea cierto, así como tampoco lo que otros han dicho: que la ciencia es madre de toda virtud, y que todo vicio tiene su origen en la ignorancia. Dado que fuesen ciertas, tales aserciones siempre están sujetas a larga controversia. Mi casa ha estado desde larga fecha abierta a las personas de saber, y por ello es conocida, pues mi padre, que la ha gobernado durante más de cincuenta años, animado por el nuevo ardor de que dio primeramente muestras el rey Francisco I abrazando las letras y poniéndolas en crédito, buscó con interés la compañía de hombres doctos, recibiéndolos espléndida y fastuosamente como a personas santas a quienes adornara alguna particular inspiración de la sabiduría divina, recogiendo sus discursos y sentencias, cual si de oráculos emanasen, y con tanta más reverencia y religiosidad cuanto que no se hallaba en estado de juzgarlas, pues no tenía ningún conocimiento de las letras, como tampoco lo tuvieron sus predecesores. Yo amo las letras, mas no las adoro. Pierre Bunel, entre otros, hombre muy reputado, que se detuvo algunos días en Montaigne en compañía de mi padre y con otras personas sabias, le hizo obsequio al marcharse de un libro que se titula: *Theologia naturalis, sive liber creaturarum, magistri Raimondi de Sebonde*; y como las lenguas italiana y

española eran a mi padre familiares, y el libro está escrito en un español mezclado de terminaciones latinas, suponía aquel que mediante algún esfuerzo mi padre podía sacar de su lectura algún provecho, recomendándosela además como obra muy útil y adecuada a la época: era, en efecto, el tiempo en que las noticias de Lutero empezaban a alcanzar crédito y a quebrantar nuestras antiguas creencias en muchas cuestiones. En ello opinaba bien Pierre Bunel, previendo que aquel comienzo de enfermedad enseguida degeneraría en ateísmo execrable, pues careciendo el vulgo de la facultad de juzgar las cosas por sí mismas, dejándose llevar por las apariencias, luego que han dejado en su mano la libertad de despreciar y examinar las ideas que hasta entonces había tenido en extrema reverencia, como son todas aquellas de que depende su salud eterna, y que ha visto poner en tela de juicio algunos artículos de su religión, muy pronto se desprende en tal incertidumbre de todas sus demás creencias, que no tenían el fundamento mayor que aquellas que lo han sido sacudidas, cual si de un yugo se tratara, y abandona todas las impresiones que había recibido por la autoridad de las leyes o por acatamientos del uso antiguo,

> Porque es grato pisotear aquello que más se temió y reverenció;[87]

proponiéndose en lo sucesivo no aceptar nada sin que haya interpuesto antes su criterio y prestado su particular consentimiento.

Habiendo encontrado mi padre algunos días antes de su muerte aquel libro bajo un montón de papeles abandonados, me encargó que lo tradujera en francés. Es muy cómoda la traducción de autores como este, en los cuales lo más interesante son las ideas, mas aquellos en quienes predominan la elegancia y las gracias del lenguaje son difíciles de interpretar, sobre todo cuando es más débil la lengua en que se trata de trasladarlos. Tal ocupación era para mí extraña y completamente nueva, mas como me hallaba por fortuna sin quehacer mayor, y no pudiendo oponerme a las órdenes del mejor padre que jamás haya existido, salí de mi empresa como pude, en lo cual mi padre halló un singular placer y dio orden de que el manuscrito se diera a la estampa, lo cual se hizo después de su muerte.[88] Encontré yo hermosas las ideas de nuestro autor, la contextura de su obra bien unida y su designio lleno de piedad. Porque muchas personas se entretienen en leerlo,

sobre todo las damas, a quienes debemos toda clase de atenciones, las cuales se han mostrado muy aficionadas a la *Apología*, he tenido muchas veces ocasión de aclararles el contexto para descargar el libro de las dos objeciones más frecuentes que suelen hacérsele. El fin es atrevido y valiente, pues en él se intenta por razones humanas y naturales probar y establecer contra los ateos los artículos todos de la religión cristiana, en lo cual, a decir verdad, yo encuentro el libro tan firme y afortunado que no creo que sea humanamente posible conducir mejor los argumentos, y entiendo que en ello nadie ha igualado a Raimundo Sabunde. Al parecerme esta obra muy rica y hermosa para ser escrita por un autor cuyo nombre es tan poco conocido, y del cual todo cuanto sabemos es que fue español, y que explicó la medicina en Toulouse, hará próximamente doscientos años, pregunté a Adriano Turnebo, hombre omnisciente, sobre la importancia que pudiera tener tal libro, y me contestó que, a su juicio, bien podían estar los principios de Sabunde sacados de santo Tomás de Aquino, pues, en verdad, el autor de la *Summa Theologica*, al tiempo que erudición vasta, poseía una sutileza de razonamiento digna de la mayor admiración, y añadió que solo el santo era capaz de tales imaginaciones. Pero de todas suertes, sea quien fuere el autor o inventor de la obra de que hablo (y no puede desposeerse de tal título a Sabunde sin pruebas en apoyo), era este filósofo un hombre eminente, a quien adornaban muy hermosas dotes.

El primer cargo que a su libro se hace es que los cristianos se engañan al querer apoyar sus creencias valiéndose de razonamientos humanos para sustentar lo que no se concibe sino por mediación de la fe, por particular inspiración de la gracia divina. En esta objeción parece que hay algún celo piadoso y por ello es preciso intentar con igual respeto y dulzura satisfacer a los que la proclaman. Labor es esta que acaso fuera más propia de un hombre versado en la teología que de mí, que desconozco esa ciencia; sin embargo, yo juzgo que en una cosa tan divina y tan alta, que de tan largo sobrepasa la inteligencia humana, como es esta verdad, con la cual la bondad de Dios ha tenido a bien iluminarnos, hay necesidad de que nos preste todavía su auxilio como favor privilegiado y extraordinario, para poder comprenderla y guardarla en nuestra mente, y no creo que los medios puramente humanos sean para ello en manera alguna capaces; y si lo fueran,

tantas almas singulares y privilegiadas como en los siglos pasados florecieron, hubieran llegado por su discurso a su conocimiento. Solo la fe abarca vivamente de un modo verdadero y seguro los elevados misterios de nuestra religión, lo cual no significa que deje de ser una empresa hermosa y laudable la idea de acomodar al servicio de aquella los instrumentos naturales y humanos con que Dios nos ha dotado; no hay que dudar ni un momento que sea este el uso más digno en que podemos emplear nuestras facultades, y que no existe ocupación ni designio más alto para un cristiano que el de encaminarse por todos sus estudios y meditaciones a embellecer, extender y amplificar el fundamento de sus creencias. No nos conformamos con servir a Dios con el espíritu y con el alma; todavía le debemos y le devolvemos una reverencia corporal; aplicamos nuestros miembros mismos, nuestros movimientos y las cosas externas a honrarle: es preciso hacer lo propio con la fe acompañándola de toda la razón que sea capaz, pero siempre teniendo en cuenta que no sea de nosotros de quien dependa, ni que nuestros esfuerzos y argumentos puedan alcanzar una ciencia tan sobrenatural y divina. Si esta no nos penetra por virtud de una infusión extraordinaria; si penetra no solamente por la razón sino además por medios puramente humanos, no alcanza toda su dignidad ni todo su esplendor; y a la verdad, yo recelo que nosotros no la disfrutamos más que por ese camino. Si estuviéramos unidos a Dios por medio de una fe viva, si le comprendiéramos por él, no por nosotros; si lográramos un apoyo y fundamento divinos, los accidentes humanos no tendrían el poder de apartarnos de Dios, como acontece; nuestra fortaleza haría frente a una batería tan débil. El amor a lo nuevo, los compromisos con los príncipes, el triunfo de un partido, el cambio temerario y fortuito de nuestras opiniones, no tendrían la fuerza de sacudir y alterar nuestras creencias; no dejaríamos que se turbaran a merced de un nuevo argumento, ni tampoco ante los artificios de la retórica más poderosa. Haríamos frente a todo con firmeza inflexible e inmutable:

> Tal, inalterable en su profunda base, la dilatada roca rechaza las olas que braman en su derredor y desmenuza su impotente rabia.[89]

Si el esplendor de la divinidad nos tocara de algún modo, aparecería en nosotros por todas partes; no solo nuestras palabras, sino nuestras acciones llevarían su luz y su brillo; todo cuanto de nosotros emanase se vería iluminado por esa noble claridad. Deberíamos avergonzarnos de que entre todas las sectas humanas jamás hubo ningún hombre afiliado a las mismas que dejara de acomodar a ellas todos los actos de su vida, por difícil que fuera el cumplimiento de la doctrina, y sin embargo, nosotros, cristianos, nos unimos a la divinidad solamente con las palabras. ¿Queréis convenceros de esta verdad? Comparad nuestras costumbres con las de un mahometano o con las de un pagano; siempre quedaréis por debajo de ambos, allí mismo donde teniendo en cuenta la superioridad de nuestra religión deberíamos lucir en excelencia y quedar a una distancia extrema e incomparable. Y debiera añadirse: puesto que son tan justos, tan caritativos y tan buenos, no pueden menos de ser cristianos. Todas las demás circunstancias son comunes a las otras religiones: esperanza, confianza, ceremonia, penitencia y martirios; la marca peculiar de la verdad de nuestra religión debiera ser nuestra virtud, como es también el más celeste distintivo y el más difícil y la más digna producción de la verdad. Por eso tuvo razón nuestro buen san Luis, cuando aquel rey tártaro que se convirtió al cristianismo quiso venir a Lyon a besar los pies del Papa, para reconocer la santidad de nuestras costumbres, al disuadirle al punto de su propósito, temiendo que nuestra licenciosa manera de vivir le apartara de una creencia tan santa. Lo contrario precisamente que aconteció a aquel otro que fue a Roma para fortalecer su fe, y viendo de cerca la vida disoluta de los prelados y del pueblo, se arraigaron en su alma más y más las creencias de nuestra religión al considerar cuánto debe ser su fuerza y divinidad, puesto que alcanza el mantenimiento de su esplendor y dignidad en medio de tanta corrupción y entregada en manos tan viciosas. Si tuviéramos una sola gota de fe, removeríamos las montañas del lugar en que tienen su asiento, dice la Sagrada Escritura;[90] nuestras acciones, que estarían guiadas y acompañadas de la divinidad, no serían simplemente humanas, tendrían algo de milagroso, como nuestra creencia: «Cree, y conocerás muy pronto el camino de la virtud y de la dicha».[91] Los unos hacen ver al mundo que tienen fe en lo que no creen; otros, en mayor número, se engañan a

sabiendas, sin acertar a penetrar en qué consiste el creer; nos maravilla, sin embargo, que en las guerras que en la hora presente asolan nuestro Estado, el ver flotar los acontecimientos de modo diverso, de una manera común y ordinaria: la razón de ello es que la fe está ausente de nuestras luchas. La justicia, que reside en uno de los bandos, no figura sino como ornamento y cobertura; con razones se la alega, pero ni es atendida ni tomada en consideración ni reconocida tampoco; figura lo mismo que en boca del abogado, no en el corazón ni en la estima de ninguno de los beligerantes. Debe el Señor su extraordinaria misericordia a la fe y a la religión, en manera alguna a nuestras pasiones; los hombres las conducen y les dan rienda suelta so pretexto de religión, cuando debiera acontecer precisamente todo lo contrario. Poned atención, y veréis cuál acomodamos como blanda cera la religión a nuestros caprichos, haciéndola adoptar todas las formas que nos viene en ganas. Jamás semejante abuso se vio en Francia como en los tiempos en que vivimos. Tómenla a tuertas o a derechas, digan negro o blanco, todos la emplean de modo parecido, todos la ponen al nivel de sus empresas ambiciosas, todos la usan para realizar el desorden y la injusticia, de tal suerte que hacen bien dudosa y difícil de creer la diversidad de opiniones que alegan como justificación de sus actos, en cosa de que depende la norma y ley de nuestra vida: ¿acaso pueden emanar de la misma escuela y disciplina costumbres más unidas ni más unas? Considerad la horrible imprudencia con que jugamos con las razones divinas y cuán irreligiosamente las adoptamos y las dejamos, a tenor que la fortuna nos cambia de lugar en estas tempestades públicas. Este solemne principio de si es lícito al súbdito rebelarse y armarse contra el soberano para defender la religión, recordad en boca de quiénes se oyó el año anterior la respuesta afirmativa, y quiénes lo enarbolaron como estandarte; recordad también a los que propendieron por la negativa, los cuales también hicieron bandera de su respuesta, y oíd al presente el lado de donde viene la voz de instrucción de uno y otro parecer, y si las armas se entrechocan menos por esta causa o por aquella. Quemamos a las gentes cuya opinión es tal que precisa hacer que la verdad sufra el yugo de nuestra necesidad, a los que entienden que aquella debe sufrir las modificaciones que exija el interés de nuestra causa. Confesemos la verdad: ¿quién acertaría a elogiar entre la

multitud a los que pone en movimiento el celo solo de una afección religiosa, ni siquiera a los que solo consideran la protección de las leyes de su país o el servicio del príncipe? Con todos juntos no podría formarse ni una compañía cabal. ¿De qué proviene el que sean tan contados los que hayan mantenido una voluntad y un progreso invariables en nuestros trastornos públicos y que nosotros los veamos unas veces caminar al paso, otras adoptar una carrera desenfrenada? ¿En qué se fundamenta el que hayamos visto a los mismos hombres, ya malbaratar nuestros intereses por su rudeza y violencia, ya por su frialdad, blandura y pesadez, si la causa de todo ello no la atribuimos a que los empujan solo consideraciones particulares y casuales, cuya diversidad únicamente los mueve?

Veo con toda evidencia que no concedemos a la devoción sino aquellas prácticas que halagan nuestras pasiones. No hay hostilidad que aventaje a la que reconoce por causa el interés de la religión: nuestro celo en ese caso ejecuta maravillas cuando secunda nuestra inclinación hacia el odio, la crueldad, la ambición, la avaricia, la detracción, la rebelión; por el contrario, hacia la bondad, la benignidad, la templanza, si como por singularidad alguna rara complexión no guarda en sí la semilla de esas virtudes, lo demás no la encamina ni de grado ni por fuerza. Nuestra religión fue instituida para extirpar los vicios, mas sin embargo, los cubre, los engendra y los incita. De Dios nadie puede burlarse. Si creyéramos en él, no ya por el camino de la fe, sino por el de la simple creencia, o tan solo (y lo digo para nuestra confusión y vergüenza) como en otra persona, como en uno de nuestros compañeros, lo amaríamos sobre todas las cosas, por la infinita bondad y belleza infinita que resplandecen en él; cuando menos, lo colocaríamos en el mismo rango de estima que las riquezas, los placeres, la gloria y los amigos. El mejor de todos nosotros nada teme ultrajarle, y sin embargo se cuida muy mucho de no ofender a su vecino, a su pariente o a su amo. ¿Existe algún entendimiento, por grande que sea su simplicidad, que teniendo a un lado el objeto de alguno de nuestros viciosos placeres y de otro el destino de una gloria inmortal abrigara la menor duda en la elección del uno o de la otra? Renunciamos, sin embargo, a ella por puro menosprecio, pues ¿qué idea nos arrastra a la blasfemia si no es el deseo mismo de inferir esta ofensa? Cuando iniciaron al filósofo Antístenes en los

misterios de Orfeo, el sacerdote le dijo que los que practicaban aquella religión recibirían cuando les llegara la muerte eternos y perfectos bienes. «¿Por qué si tal es tu creencia —repuso el filósofo—, no mueres tú mismo?» Diógenes, con mayor brusquedad, según su carácter, y a mayor distancia de nuestro caso, contestó al sacerdote que le recomendaba que abrazase sus creencias para alcanzar la dicha eterna: «¿Tú quieres que yo me persuada de que Agesilao y Epaminondas, que son hombres grandes, serán miserables, y que tú, que no haces nada, ni eres más que un borrego incapaz de nada que valga la pena, serás bienaventurado porque eres sacerdote?». Esas grandes promesas de la eterna beatitud, si las recibiéramos de la misma manera como acogemos las doctrinas filosóficas, no nos horrorizaríamos ante la muerte, como nos horrorizamos:

> En vez de lamentar nuestra disolución dejaríamos gozosos la vida; abandonaríamos nuestra envoltura como la culebra deja la piel que la cubre, como el ciervo se deshace de su inútil cornamenta.[92]

«Quiero desaparecer —diríamos—, e irme con Nuestro Señor Jesucristo.»[93] La elocuencia del discurso de Platón sobre la inmortalidad del alma impelió a la muerte a algunos de sus discípulos para gozar así más prontamente de las esperanzas que el filósofo les prometía.

Todo esto es signo evidentísimo de que no recibimos nuestra religión sino a nuestro modo y con nuestras propias manos, como las otras religiones se reciben. Nos encontramos en el país en que se practica la religión católica; consideramos su antigüedad o la autoridad de los hombres que la han defendido, tememos las amenazas que acompañan a los que no creen, o seguimos sus promesas. Estas consideraciones deben emplearse en apoyo de nuestras creencias, pero solamente como cosa subsidiaria, pues no son más que lazos humanos: otra religión, distintos testigos, promesas análogas y amenazas semejantes, podrían imprimir en nosotros por el mismo camino una idea contraria. Somos cristianos de la misma forma que perigordianos o alemanes. Lo que dice Platón, de que hay pocos hombres tan firmes en el ateísmo, que cualquier daño que les acontezca no los conduzca al reconocimiento del poder divino, papel semejante no tiene nada que ver con la idea de un verdadero cristiano; propio es solo de las religiones mortales y humanas el ser recibidas por una conducta terrenal.

¿Qué clase de fe es la que la cobardía y la debilidad de ánimo arraigan en nosotros? ¡Bonita fe la que no admite lo que cree, sin tener para ello otra razón que la falta de valor para rechazarlo! Pasiones viciosas como las de la inconstancia y la de la sorpresa, ¿pueden ocasionar en nuestra alma ni siquiera una influencia ordenada? Creen estos, añade Platón, fundamentándose en su propio juicio, que todo cuanto se refiere del infierno y de las penas futuras es fingido, mas cuando la ocasión de experimentarlas se acerca con la vejez y las enfermedades, y con ellas la muerte, el terror los llena de una creencia nueva, por el horror de su condición en lo que está por llegar. Y porque tales impresiones hacen temerosos los ánimos prohíbe el filósofo en sus leyes el conocimiento de aquellas amenazas, y procura persuadir a los hombres que de los dioses no pueden recibir ningún mal, si no es para recoger luego mayor bien, después que recibe el daño y como un medicinal efecto. Se cuenta de Bion que, contaminado con el ateísmo de Teodoro, se burló largo tiempo de los hombres religiosos, pero que al sorprenderle la muerte arrastró su alma a las supersticiones más extremadas, cual si los dioses existieran o no existieran conforme a la voluntad de Bion. Platón, y también los citados ejemplos lo demuestran, sostiene que los hombres se encaminan a Dios por el amor o por la fuerza. Siendo como es el ateísmo un principio desnaturalizado y monstruoso, difícil también de inculcar en el espíritu humano, por insolente y desordenado que este se suponga, se han visto bastantes que por vanidad o rebeldía concibieron opiniones nada vulgares e ideas reformadoras para aplicarlas al mundo, y mantener su obra por tesón y dignidad; pues si son locos en grado suficiente, en cambio no son bastante fuertes para alojar en su conciencia la obra que realizaron, por eso no dejarán de elevar sus brazos al cielo si reciben en el pecho la herida de una espada. Y cuando el miedo o la enfermedad hayan abatido y enmohecido ese licencioso fervor de humor versátil, tampoco dejarán de volver sobre sí mismos, ni con toda discreción de acomodarse a las creencias y ejemplos públicos. Cosa muy distinta es un dogma seriamente digerido de esas superficiales impresiones que, emanadas del desorden de un espíritu sin ataduras, van nadando en la fantasía temeraria e inciertamente. ¡Espíritus miserables y sin seso, que tratan de traspasar en maldad el límite que sus fuerzas consienten!

El error del paganismo y la ignorancia de nuestra santa verdad dejó caer el alma grande de Platón, grande solo humanamente, en este otro error semejante: «que los niños y los viejos son más susceptibles de religión»; como si esta naciera y encontrara todo su crédito en nuestra debilidad. El nudo que debiera unir nuestro juicio y nuestra voluntad, el que debiera estrechar nuestra alma y elevarla a nuestro Creador, debería ser un nudo que tomara sus repliegues y su fortaleza no de nuestra consideración ni de nuestras razones y pasiones, sino de un estrechamiento divino y sobrenatural, que no tuviera más que una forma, un aspecto y una apariencia, que es la autoridad de Dios y su gracia. Ahora bien, como nuestro corazón y nuestra alma están regidos y gobernados por la fe, es prudente que esta saque al servicio de su designio todas las demás partes que nos componen según la naturaleza de cada una. Así, no es creíble que toda esta máquina deje de tener selladas algunas de las marcas de la mano de ese gran arquitecto, y que no haya alguna imagen en las cosas de este mundo que en cierto modo se relacione con el obrero que las ha edificado y formado. Dios dejó impreso en sus altas obras el carácter de la divinidad, y solo nuestra flaqueza de espíritu nos priva de descubrirlo. Él mismo nos dice que sus acciones invisibles nos las manifiesta por medio de las visibles. Sabunde ha trabajado este digno estudio y nos muestra cómo no hay nada en el mundo que desmienta a su Creador. Estaría en oposición con la divina bondad el que el universo no consintiera en nuestra creencia: el cielo, la tierra, los elementos, nuestro cuerpo y nuestra alma, todas las cosas conspiran en apoyo de nuestra fe; el toque está en saber servirse de ellas y en encontrar el camino para ello; las cosas nos instruyen siempre y cuando seamos capaces de entenderlas, pues este mundo es un templo santísimo, dentro del cual el hombre ha sido introducido para contemplar monumentos que no son obra de mortal artífice, sino que la divina sabiduría hizo sensibles: el sol, las estrellas, las aguas y la tierra para representarnos las cosas inteligibles. «Las invisibles y divinas —dice san Pablo—,[94] se muestran por la creación del mundo, considerando la eterna sabiduría del Hacedor y su divinidad mediante sus obras.»

> Dios no envidia a las criaturas la dicha de contemplar el firmamento; al ordenar que este puede sin cesar sobre nuestras cabezas, él mismo se expone ante nuestra vista al

descubierto; se nos muestra para ser claramente conocido, y nos enseña a contemplar su marcha y a conocer y a meditar detenidamente sus leyes.[95]

Ahora bien, nuestra razón y humanos discursos son como materia estéril y pesada: la gracia de Dios es la forma de ellos y lo que los comunica precio y apariencia. De la misma manera que las acciones virtuosas de Sócrates y Catón fueron inútiles y vanas porque no estuvieron encaminadas a ningún fin, porque no tuvieron en cuenta el amor y obediencia del creador verdadero de todas las cosas, y porque aquellos filósofos ignoraron a Dios, así acontece con nuestras imaginaciones y discursos, que en apariencia muestran alguna forma, pero que en realidad no son más que una masa informe, sin armonía ni luz, si la fe y la gracia del Señor no los acompañan. La fe ilustró los argumentos de Sabunde y los convirtió en firmes y sólidos, capaces de servir de ruta y primer guía a un primerizo para ponerle en el camino de la divina ciencia; esos raciocinios lo acomodan de todas armas y hacen visible la gracia de Dios, por medio de la cual se elabora luego nuestra creencia. Yo sé de un hombre de autoridad científica, versado en el estudio de las letras, que me ha confesado haber desechado los errores de la falta de creencias por el solo auxilio de los argumentos de Sabunde. Y aún cuando se los despojara del ornamento, socorro y aprobación de la fe, tomándolos por fantasías puramente humanas, para combatir a los que se precipitaron en las espantosas y horribles tinieblas de la irreligión, serían todavía tan sólidos y tan firmes como cualesquiera otros de la misma condición que pretendiera oponérseles; de suerte que podemos decir con fundamento:

Si tenéis en vuestra mano algo mejor, mostrádnoslo; y si no, someteos:[96]

sufran pues el empuje de nuestras pruebas o hágannos patentes las suyas. Y con esto vengo a dar, sin haberlo advertido, a la segunda objeción que se hace más comúnmente a la obra de Sabunde.

Dicen algunos que sus argumentos son débiles e insuficientes para demostrar lo que se propone, e intentan sin dificultad objetarlos. Es preciso sacudir a estos con alguna mayor rudeza, pues son más dañinos y de peor hombría de bien que los primeros. De buen grado se acomodan las doctrinas ajenas en favor de las opiniones que profesamos y de los prejuicios que

guardamos; para un ateo, todos los escritos le encaminan al ateísmo; el ateo infecta con su propio veneno la idea más inocente. Tienen estos muy arraigada la preocupación en el juicio, y así su palabra no gusta de los razonamientos de Sabunde. Por lo demás, se les antoja que se les concede la victoria al dejarlos en libertad de combatir nuestra religión valiéndose de armas humanas, la cual no osarían atacar en su majestad llena de autoridad y mando. El medio que yo empleo para rebatir este frenesí, y que me parece el más adecuado, es el de humillar y pisotear el orgullo de la altanería humana; hacer patentes la inanidad, la vanidad y la bajeza del hombre; arrancarle de cuajo las miserables armas de su razón; hacerle bajar la cabeza y morder el polvo bajo la autoridad y reverencia de la majestad divina. Solo a ella pertenecen la ciencia y la sabiduría; ella sola es la que no puede por sí misma estimar las cosas en su esencia y de quien nosotros tomamos toda luz.

Οὐ γὰρ ἐᾷ φρονέειν ὁ θεὸς μέγα ἄλλον, ἢ ἑωυτόν.

[97]-[98]

Echemos por tierra aquella creencia presuntuosa, primer fundamento de la tiranía del maligno espíritu. «Dios hace frente a los soberbios y perdona a los humildes.»[99] La inteligencia, dice Platón, reside solo en los dioses y muy poco o casi nada en los hombres. Así que constituye un gran consuelo para el cristiano el ver que nuestros órganos mortales y caducos están tan bien dispuestos para la fe santa y divina, y que cuando se los emplea en los actos de su naturaleza mortal no sean tan apropiados ni tan fuertes. Veamos, pues, si el hombre tiene en su mano razones más poderosas que las de Sabunde; veamos si dispone siquiera del poder de alcanzar alguna certidumbre por razonamientos o argumentos. Hablando san Agustín contra los incrédulos, halla ocasión de echarles en cara su injusticia, porque encuentran falsos los fundamentos de nuestra creencia que, según aquellos, nuestra razón no puede llegar a establecer; y para mostrar que bastantes cosas pueden ser o haber sido, de las cuales nuestro espíritu no acertaría a fundamentar la naturaleza ni las causas, les hace ver ciertas experiencias conocidas o indudables, a las cuales el hombre confiesa ser ajeno. De ello

habla san Agustín, como de todas las demás cosas, con fineza e ingenio agudo. Es preciso avanzar más y enseñarles que para que se convenzan de la debilidad de su razón no hay necesidad de ir escogiendo ejemplos singulares y peregrinos; que la razón es de por sí tan corta y tan ciega que no hay verdad por luminosa que sea que de tal suerte aparezca; que lo fácil y lo difícil son para ella una cosa misma; que todos los asuntos por igual, y la naturaleza en general, desaprueban su jurisdicción y entrometimiento.

¿Qué es lo que la verdad pregona cuando lo pregona? Huir de la filosofía mundana;[100] nos dice que nuestra sabiduría no es sino locura a los ojos de Dios; que de todas las vanidades ninguna sobrepasa a la del hombre;[101] que el que presume de su saber, ni siquiera sabe en qué consiste el saber, y que el hombre, que no es nada, si piensa ser alguna cosa, se seduce a sí mismo y se engaña. Estas sentencias del Espíritu Santo expresan tan claramente y de un modo tan vivo los principios que yo quiero mantener, que no necesitaría echar mano de ninguna otra prueba contra personas que se rendirían con entera sumisión y obediencia a su autoridad; mas estos de que aquí se trata se obstinan en ser azotados a sus propias expensas y no consienten en sufrir que se combata su razón de otro modo que con la razón misma.

Consideremos, pues, por un momento al hombre solo, sin auxilio ajeno, armado solamente de sus facultades y desposeído de la gracia y conocimiento divinos, que constituyen todo su honor, su fuerza, el fundamento de su ser; veamos cuál es su situación en un estado tan peregrino. Que me haga primeramente comprender por el esfuerzo de su razón sobre qué cimientos ha edificado la superioridad inmensa que cree disfrutar sobre las demás criaturas. ¿Quién le ha enseñado que ese movimiento admirable de la bóveda celeste, el eterno resplandor de esas antorchas que soberbiamente se mantienen sobre su cabeza, las tremendas sacudidas de ese mar infinito, hayan sido establecidos y continúen durante siglos y siglos para su comodidad y servicio? ¿Es acaso posible imaginar nada tan ridículo como esta miserable y raquítica criatura que ni siquiera es dueña de sí misma, que se halla expuesta a recibir daños de todas artes, y que, sin embargo, se cree emperadora y soberana del universo mundo, del que ni siquiera conoce la parte más ínfima, lejos de poder gobernarlo? Y

ese privilegio que el hombre se atribuye en este soberbio edificio de pretender ser único en cuanto a capacidad para reconocer la belleza de las partes que lo forman, el único que puede dar gracias al magistral arquitecto y hacerse cargo de la organización del mundo, ¿quién le ha otorgado semejante privilegio? Que nos haga ver las pruebas de tan grande y hermosa facultad, que ni siquiera a los más sabios fue concedida. Casi a nadie fue otorgada concesión semejante, y menos, por consiguiente, habían de participar de ella los locos y los perversos, que constituyen lo peor que hay en el mundo. «¿Para quién diremos, pues, que el mundo fue creado? Sin duda para los seres animados dotados de razón: para los dioses y los hombres, que son las más perfectas entre todas las criaturas»:**[102]** nunca denostaríamos bastante la impudencia de una pretensión tan risible. ¡Infeliz! ¿Qué calidades le acompañan para ser acreedor de tan sublime distinción? Considerando esa vida inmarcesible de los cuerpos celestes, la hermosura de ellos, su magnitud, su continuo movimiento acompasado con tanta exactitud:

> Cuando contemplamos sobre nuestras cabezas esas inmensas bóvedas del mundo y los astros que las esmaltan; cuando reflexionamos en el ordenado curso de la luna y del sol; **[103]**

al fijarnos en la dominación y poderío de esos luminares, que no solo ejercen influencia sobre nuestras vidas y fortuna,

> Porque la vida y las acciones de los hombres están sujetas a la influencia de los astros, **[104]**

sino sobre nuestras inclinaciones mismas, sobre nuestra razón, sobre nuestra voluntad, las cuales rigen, empujan y agitan a la merced de su influencia, conforme el raciocinio nos enseña y descubre:

> La razón reconoce que esos astros que tan lejos vemos de nosotros ejercen sobre el hombre un secreto imperio; que los movimientos del universo están sujetos a leyes periódicas, y que el encadenamiento de los destinos está determinado por signos ciertos; **[105]**

al ver que, no ya un solo hombre ni un rey, sino que las monarquías, los imperios y cuanto hormiguea en este bajo mundo se mueve u oscila a tenor del más insignificante movimiento celeste:

> Los cambios y trastornos mayores reconocen por origen esos movimientos insensibles, cuyo imperio supremo alcanza hasta a los mismos reyes;[106]

si nuestra virtud, nuestros vicios, nuestra ciencia y capacidad, y la misma razón con que nos hacemos cargo de las revoluciones astronómicas y de la relación de ellas con nuestras vidas procede, como juzga aquella, por su favor y mediación:

> El uno, loco de amor, desafía al mar tempestuoso para ocasionar la ruina de Troya, su patria. Otro es destinado por la suerte a dictar leyes. Aquí los hijos asesinan a sus padres; allá los padres degüellan a sus hijos, hermanos contra hermanos luchan con mano sacrílega. No acusemos a los hombres de sus crímenes: el destino los arrastra y los fuerza a desgarrarse, a castigarse con sus propias manos… Y si yo hablo así del destino, es porque el destino mismo lo ha querido;[107]

si de la organización del cielo nos viene la parte discursiva de que disponemos, ¿cómo puede esta parte equipararnos a aquel? ¿Cómo someterá a nuestra ciencia sus condiciones y su esencia? Todo cuanto vemos en esos cuerpos nos admira: «¿Qué instrumentos, qué palancas, qué máquinas, qué obreros elevaron un edificio tan vasto?».[108] ¿Por qué, pues, los consideramos como privados de alma, vida y raciocinio? ¿Acaso hemos podido reconocer en ellos la inmovilidad y la insensibilidad, al no haber mantenido con ellos otra relación que la de sumisión y obediencia? ¿Osaremos decir acaso que no hemos visto en ninguna criatura si no es en el hombre el empleo de un alma razonable? ¡Pues qué! ¿Hemos visto algo que se asemeje al sol? ¿Deja de existir lo mismo porque no hayamos visto nada que se le asemeje, ni sus movimientos de existir porque no los haya semejantes? Si tantas cosas como no hemos tocado no existen, nuestra ciencia es a todas luces limitada. «¡Ah!, cuán reducidos son los límites de nuestro espíritu.»[109] ¿Acaso son soñaciones de la humana vanidad el creer que la luna es una tierra celeste; suponer como Anaxágoras que en ella hay valles y montañas y viviendas para los seres humanos, o establecer colonias para nuestra mayor comodidad, como hacen Platón y Plutarco, y también considerar a la tierra como un astro luminoso? «Entre otros males a que está sujeta la naturaleza humana uno de ellos es la ceguera del alma, que obliga al hombre a errar y le hace todavía amar sus errores.»[110] «El cuerpo, sujeto a la corrupción, entorpece el alma del hombre; y esa grosera envoltura

rebaja su pensamiento y lo sujeta a la tierra.»[111] La presunción es nuestra enfermedad natural y original. La más frágil y calamitosa de todas las criaturas es el hombre, y a la vez la más orgullosa: el hombre se siente y se ve colocado aquí bajo, entre el fango y la escoria del mundo, amarrado y clavado a la peor, muerta y corrupta parte del universo, en la última estancia de la vivienda, el más alejado de la bóveda celeste, en compañía de los animales de la peor condición de todas, por debajo de los que vuelan en el aire o nadan en las aguas, y sin embargo se sitúa imaginariamente por encima del círculo de la luna, suponiendo el cielo bajo sus plantas. Por la vanidad misma de tal presunción quiere igualarse a Dios y atribuirse cualidades divinas que elige él mismo; se separa de la multitud de las otras criaturas, aplica las prendas que le acomodan a los demás animales, sus compañeros, y distribuye entre ellos las fuerzas y facultades que tiene a bien. ¿Cómo puede conocer por el esfuerzo de su inteligencia los movimientos secretos e internos de los animales? ¿De qué razonamiento se sirve para asegurarse de la pura y sola animalidad que les atribuye? Cuando yo me burlo de mi gata, ¿quién sabe si mi gata se burla de mí más que yo de ella? Nos distraemos con monerías recíprocas; y si yo tengo mi momento de comenzar o de dejar el juego, también ella tiene los suyos. Platón, en su pintura de la edad de oro bajo Saturno, incluye entre los principales privilegios del hombre de aquella época la comunicación que él mismo tenía con los animales, de los cuales recibía instrucción y conocía las cualidades y diferencias de cada uno; de ahí adquiría una prudencia e inteligencia perfectas y gobernaba su vida mucho mejor que nosotros pudiéramos hacerlo; ¿precisa encontrar otra prueba de la insensatez humana al juzgar a los animales? Ese profundo autor creo que en la forma corporal de que los dotó la naturaleza, esta solo atendió al uso de los pronósticos que de ellos se deducían en su tiempo. Tal defecto, que impide nuestra comunicación recíproca, puede depender tanto de nosotros como de los seres que consideramos como inferiores. Está por dilucidar de quién es la culpa de que no nos entendamos, pues si nosotros no penetramos las ideas de los animales, tampoco ellos penetran las nuestras, por lo cual pueden considerarnos tan irracionales como nosotros los consideramos a ellos. Y no es maravilla el que no los comprendamos, pues nos ocurre otro tanto, por

ejemplo, con los vascos y los troglodítas. Algunos, sin embargo, se vanagloriaron de comprenderlos, entre otros, Apolonio de Tyano, Melampo, Tiresias y Thales. Y puesto que, según los cosmógrafos, hay naciones que reciben un perro como rey, es preciso que las mismas encuentren algún sentido claro en la voz y movimientos del perro. Es preciso también advertir la correspondencia que existe entre el hombre y los animales: algo conocemos de los sentidos de los mismos; sobre poco más o menos el mismo conocimiento que los animales tienen de nosotros, y así vemos que nos acarician, nos amenazan o solicitan algo de nosotros, lo mismo exactamente que nosotros de ellos. Por lo demás, advertimos con toda evidencia que entre ellos existe una comunicación entera y plena, que se comprenden, y no ya solo los de una misma especie, sino también los de especies distintas:

> Los animales domésticos, lo mismo que las fieras, producen sonidos diversos según obran en ellos el temor, el dolor o la alegría.[112]

En cierto ladrido del perro conoce el caballo que el primero está dominado por la cólera, mientras que no le asustan otras modulaciones de su voz. En los animales que se hallan privados de esa facultad, por la comunicación e inteligencia que entre ellos existen, podemos juzgar fácilmente que se entienden, valiéndose para ello de movimientos, que son otras tantas como razones y discursos:

> Así, la imposibilidad de hacerse entender por medio del balbuceo obliga a las criaturas a recurrir a los gestos.[113]

¿Y por qué no creerlo así? De la misma manera que los mudos disputan, argumentan y refieren historias por signos; yo he visto algunos tan habituados y diestros que nada les faltaba para exteriorizar todas sus ideas. Los enamorados regañan, se reconcilian, se dirigen ruegos, se dan las gracias y se comunican con los ojos todas las cosas:

> El silencio mismo tiene también su lenguaje; sabe rogar y hacerse entender.[114]

¿Pues y con las manos, cuántas ideas no se expresan? Requerimos, prometemos, llamamos, despedimos, amenazamos, rogamos, suplicamos, negamos, rechazamos, interrogamos, admiramos, nombramos, confesamos,

nos arrepentimos, tememos, nos avergonzamos, dudamos, damos instrucciones, mandamos, incitamos, animamos, juramos, testimoniamos, acusamos, condenamos, absolvemos, injuriamos, desdeñamos, desafiamos, nos despechamos, alabamos, aplaudimos, bendecimos, humillamos al prójimo, nos burlamos, nos reconciliamos, recomendamos, exaltamos, festejamos, damos muestras de contento, compartimos el dolor de otro, nos entristecemos, damos muestras de abatimiento, nos desesperamos, nos admiramos, exclamamos, nos callamos; ¿y de qué dejamos de dar muestras con el solo auxilio de las manos, con variedad que nada tiene que envidiar a las modulaciones más delicadas de la voz? Con la cabeza invitamos, aprobamos, desaprobamos, desmentimos, damos la bienvenida a alguno, honramos, veneramos: despreciamos, solicitamos, nos lamentamos, acariciamos, hacemos reproches, nos sometemos, desafiamos, exhortamos, amenazamos, aseguramos, inquirimos. Igualmente exteriorizamos lo más recóndito de nuestro ser con las cejas y con los hombros. No hay en nosotros movimiento que no hable, ya un lenguaje inteligible y sin disciplina, ya un lenguaje público; y si atendemos a la peculiar calidad del mismo, fácil nos será considerarlo como más próximo que el articulado por la naturaleza humana. Y no hablo ya de lo que la necesidad enseña inopinadamente a los que de ello han menester echar mano: de los alfabetos que se hacen con los dedos, de las gramáticas cuyos preceptos consisten en la disposición del gesto, ni de las artes que con ellos se ejercen y practican, ni de las naciones que, según Plinio, no conocen otro lenguaje. Un embajador de la ciudad de Abdera, después de haber hablado largo tiempo a Agis, rey de Esparta, le dijo: «Señor, ¿qué respuesta quieres que lleve a mis conciudadanos?». «Les dirás —contestó el soberano— que te dejé decir cuanto quisiste y tanto como quisiste, sin que yo pronunciara una sola palabra.» He aquí un callar que habla de un modo bien inteligible.

El hombre es tan capaz de conocer todas las cosas como de conocer algunas; y si confiesa, como dice Teofrasto, la ignorancia de las causas y principios primeros, que abandone resueltamente todo el resto de su ciencia; si el fundamento le falta, su razonamiento cae por tierra; la investigación y

controversia no tienen otro fin que detenerse más que ante las causas fundamentales; si tal fin no sujeta su carrera, va a parar indefectiblemente en la irresolución sin límites. «No es posible comprender una cosa más o menos que otra, puesto que el medio de comprensión de todas las cosas es uno solo.»[115] Verosímil es que si el alma supiera alguna cosa, se conocería meramente a sí misma; y de saber algo, aparte que no fuera el alma misma, ese algo sería su cuerpo y envoltura; sin embargo, hasta el día de hoy, los apóstoles de la medicina discuten sin llegar a ningún fin práctico cuál es la anatomía de nuestro organismo:

> El dios de las herrerías luchaba en contra, apelo en pro de Troya;[116]

¿cuándo esperamos que se pongan de acuerdo? Más cerca estamos de nosotros mismos que de la blancura de la nieve o de la pesantez de la piedra. Si el hombre no se conoce, ¿cómo ha de conocer sus funciones y sus fuerzas? Y no es que seamos incapaces en absoluto de poseer alguna que otra verdad; lo que hay cuando la alcanzamos es por casualidad, en atención a que por idéntico camino, de la misma suerte, acoge nuestra alma los errores; no tiene medio de separar ni distinguir la verdad de la mentira.

Los filósofos de la Academia admitían alguna modificación a esta idea, y creían que era exagerado en extremo decir, por ejemplo, «que no nos era más verosímil sostener que la nieve fuese blanca que negra, y que no estamos más seguros del movimiento de una piedra que nuestro brazo lanza que de la rotación de la octava esfera». Para evitar principios tales que nuestra mente no puede admitir sino con violencia, aunque sientan que en modo alguno somos capaces de conocimiento y que la verdad yace encerrada en profundos abismos donde la vista humana no puede penetrar, confiesan que algunas cosas son más probables que otras, y admiten en el juicio humano la facultad de poder inclinarse a unos pareceres más que a otros; en esto solo consentían sin permitirse llegar a solución ni resolución de ninguna clase. La opinión de los pirronianos es más atrevida y más verosímil también, pues la inclinación de los académicos, su propensión a admitir una idea antes que otra, ¿qué es sino el reconocimiento de alguna probabilidad mayor en un objeto que en otro? Si nuestro entendimiento es capaz de penetrar la forma, los contornos, el porte y cariz de la verdad,

podría alcanzarla completa, lo mismo que a medias, naciente e incompleta. Aumentad esa apariencia de verosimilitud que los hace dirigirse antes al lado izquierdo que al derecho; esa onza de probabilidad que inclina la balanza, multiplicada por ciento, por mil, y sucederá al cabo que el platillo caerá completamente y hará la elección de la verdad completa. Pero ¿cómo se dejan llevar por la verosimilitud si desconocen la verdad? ¿Cómo saben los caracteres de aquello cuya esencia ignoran? Si nuestras facultades intelectuales y nuestros sentidos carecen de fundamento y de base, si no hacen más que flotar a merced del viento que sopla, sin fundamento ni razón dejamos que nuestro juicio se incline a ningún punto concreto en la apreciación de las cosas, sin importar la verosimilitud que estas puedan presentarnos; y el más seguro asiento de nuestro entendimiento, al par que el más dichoso, sería aquel en que se mantuviera en calma, derecho e inflexible, sin agitaciones ni conmociones: «Ninguna diferencia hay entre las apariencias verdaderas o falsas que solicitan el asentimiento de nuestro espíritu.»[117] Que las cosas no penetran en nosotros en su forma y esencia, ni por su fuerza propia y autoridad, lo vemos sobradamente, porque si sucediera lo contrario las recibiríamos todos de igual modo: el vino tendría idéntico sabor en la boca del enfermo que en la del que goza de buena salud; el que padece de grietas en los dedos o los tiene yertos de frío hallaría una resistencia parecida en la madera o el hierro que maneja a la que encuentra el que los tiene sanos y a temperatura normal.

Vemos, pues, que los fenómenos exteriores se rinden a nuestra discreción, acomodándose como nos place en nuestro organismo. Ahora bien, si alguna cosa recibiéramos sin alteración, si las fuerzas humanas fueran suficientemente capaces y firmes para apoderarse de la verdad por sus propios medios, siendo estos comunes a todos los hombres, la verdad pasaría de mano en mano de unos a otros, y cuando menos habría algo en el mundo, de tanto como en él existe, que se creyera por general y universal consentimiento; pero el hecho de que no haya ninguna idea que deje de ser debatida y controvertida por nosotros, o que no pueda serlo, muestra bien a las claras que nuestro juicio natural no penetra con claridad lo que percibe, pues mi entendimiento no puede hacer que otro admita mis juicios, lo cual

significa que yo los adquirí por virtud de un medio distinto al poder natural que permanezca en mí y en todos los hombres.

Dejemos a un lado esta confusión sin límites que se ve entre los mismos filósofos, y ese perpetuo y universal debate del conocimiento de las cosas; pues está fuera de duda que los hombres no están de acuerdo en nada, y no me olvido de incluir a los más sabios ni a los más capaces, ni siquiera en que el cielo esté sobre nuestras cabezas; los que dudan de todo ponen también esto en tela de juicio, y los que niegan que seamos aptos para comprender cosa alguna, dicen que no hemos adivinado siquiera que el cielo está sobre nosotros. Las dos opiniones examinadas son evidentemente las más importantes.

Además de esta diversidad y división infinitas, fácil es convencerse de que nuestro juicio es voluble e inseguro por el desorden e incertidumbre que cada cual en sí mismo experimenta. ¿De cuántas maneras distintas no opinamos de las cosas? ¿Cuántas veces no cambiamos de manera de verlas? Aquello que yo aseguro hoy, aquello en que creo, lo aseguro y lo creo con todas mis fuerzas; todos mis instrumentos y mis resortes todos se apoderan de tal opinión y me responden de ella cuanto pueden y les es dable; yo no podría alcanzar ninguna verdad ni tampoco guardarla con seguridad mayor; ella posee todo mi ser de un modo real y verdadero; mas, a pesar de todo, ¿no me ha sucedido, y no ya una vez, sino ciento y mil, todos los días, abrazar otra idea con la ayuda de idénticos instrumentos y de la misma forma, que luego he considerado como falsa? Lleguemos siquiera a la prudencia a nuestras propias expensas. Si me engañaron muchas veces mis sentimientos; si mis conclusiones son ordinariamente falsas e infiel la balanza de que dispongo, ¿qué seguridad mayor que las otras puede inspirarme la última idea? ¿No es estúpido dejarse engañar tantas veces por el mismo guía? Y, sin embargo, que el azar nos cambie quinientas veces de lugar, que llene y desaloje como en un vaso, en nuestro juicio, las ideas más contradictorias y antitéticas; siempre la presente, la última, es la cierta y la infalible: por ella debemos abandonarlo todo, bienes, honor, salvación y vida.

La última cosa que impresiona nuestro espíritu la aparta de las primeras.[118]

Se nos puede predicar lo que se quiera, sea cual fuere lo que aprendamos, sería preciso acordarse siempre de que es el hombre el que enseña y el hombre mismo el que acepta la doctrina; mortal es la mano que nos lo presenta y mortal la que lo recibe. Únicamente las cosas que nos vienen del cielo tienen autoridad y derecho de persuasión; ellas solo llevan impresa la huella de la verdad, la cual tampoco vemos con nuestros ojos, ni acogemos con nuestros medios naturales, pues tan grande y tan santa imagen no podría encerrarse en tan raquítico domicilio, si Dios para ello no la preparara, si Dios no la reformara y fortificara por virtud de su gracia y favor particular y sobrenatural. Al menos debiera nuestra condición, siempre sujeta a error, hacer que nos condujéramos con moderación y recato mayores en nuestros cambios; cualesquiera que sean las especies que nuestro entendimiento acoja, debiéramos recordar que recibimos con frecuencia las falsas y que con los mismos instrumentos defendemos la verdad y combatimos el error.

No es por tanto extraordinario que los hombres se contradigan, siendo tan propensos a inclinarse y a torcerse por las causas más nimias. Es evidente que nuestra concepción, nuestro juicio, todas las facultades de nuestra alma en general, se modifican según los movimientos y alteraciones del cuerpo, las cuales no cesan ni un momento. ¿No tenemos el espíritu más despierto, la memoria más pronta, la comprensión más viva en estado de salud que cuando estamos enfermos? El contento y la alegría, ¿no nos hacen ver los objetos que se presentan a nuestra alma opuestamente a como nos los muestran la tristeza y la melancolía? ¿Pensáis, acaso, que los versos de Catulo o de Safo sonríen a un viejo avaro e impotente como a un joven vigoroso y ardiente? Cleómenes, hijo de Anaxándridas, hallándose enfermo, fue reprendido por sus amigos de caprichos nuevos y en él no acostumbrados. «Ya lo creo —repuso aquel—; como que no soy el mismo que cuando gozaba de buena salud; puesto que cambió mi naturaleza, cambiaron también mis gustos o inclinaciones.» En los embrollos de nuestros tribunales se oye esta frase: *Gaudeat de bona fortuna*, que se aplica a los delincuentes cuyos jueces están de buen temple o son dulces y benignos, pues es indudable que las sentencias son unas veces más severas, espinosas y duras, otras más suaves y propensas a la disculpa; tal que salió

de su casa con el dolor de gota, la pasión de los celos o incomodado por el latrocinio de su criado, como lleva el alma tinta y saturada de cólera, no hay que dudar que su dictamen deje de tender hacia esa pasión. Aquel venerable senado areopagita juzgaba durante la noche temiendo que la vista de los acusados corrompiera su justicia. La atmósfera misma y la serenidad del cielo imprimen en nosotros mutaciones y cambios, como declara un verso griego que Cicerón interpretó así:

> Los pensamientos de los hombres cambian a veces porque el sol alumbre con más o menos intensidad.[119]

No son solo las fiebres, los brebajes y los desórdenes del organismo lo que da en tierra con nuestro juicio; las cosas más insignificantes lo trastornan, y no hay que poner en duda, aunque nosotros no lo advirtamos, que si la continua calentura puede aniquilar nuestra alma, la terciana también la altera proporcionadamente.[120] Si la apoplejía adormece y extingue por completo la vista de la inteligencia, no hay que dudar que el resfriado no la oscurezca también. Por todo lo cual apenas si puede encontrarse durante todo el transcurso de nuestra vida una sola hora en que nuestro juicio se encuentre en su debido asiento; nuestro cuerpo está sujeto a tan continuos cambios, constituido por tantas clases de resortes, que yo creo lo mismo que los médicos que no haya siempre alguno que se salga de su lugar.

Además los males no se descubren fácilmente; para ello se requiere que sean extremos e irremediables, tanto más cuanto que la razón camina siempre torcida, cojeando, lo mismo con la mentira que con la verdad, de manera que es bien arduo descubrir sus daños y desarreglos. Llamo yo razón a la probabilidad discursiva que cada uno se forja de ellas; puede haber cien contrarias sobre un mismo objeto, pues es un instrumento de plomo y cera, alargable, plegable y acomodable a todas las medidas y coyunturas, según la capacidad del que lo maneja. Por honrados que sean los propósitos de un juez, si no se escucha de cerca, en lo cual pocas personas se entretienen, la simpatía hacia la amistad, el parentesco, la belleza o la inclinación a la venganza, y no ya cosas de tanta monta; tan solo el instinto fortuito que nos mueve a favorecer una cosa más que otra, y

que nos facilita, sin el concurso de la razón, aquel a que nos inclinamos entre dos análogos dictámenes, o alguna otra bagatela semejante, pueden insinuar insensiblemente el juicio hacia la benevolencia o malevolencia en una causa, y hacer que la balanza se tuerza.

Yo, que me espío más de cerca, que tengo incesantemente los ojos tendidos sobre mí, como quien no tiene gran cosa que hacer en otra parte,

> Le tiene sin cuidado saber qué rey es objeto de temor bajo la Osa helada, o qué es lo que a Tiridate amedrenta,[121]

apenas si me atrevo a confesar la debilidad e insignificancia que encuentro en mí mismo; mi fundamento es tan inestable y está tan mal asentado, tan propenso a caer y tan presto a influenciarse por el menor movimiento, y mi vista tan desordenada, que en ayunas me reconozco otro que después de la comida; si la salud y la claridad de un hermoso día me sonríen, me convierto en un hombre urbano a carta cabal; si me duele un callo y me prensa el dedo gordo, me convierto en un hombre desagradable o intratable; el mismo paso del caballo me parece unas veces molesto, otras agradable; el mismo camino unas veces más corto y otras más largo; y un mismo objeto unas veces más y otras menos simpático; momentos hay en que estoy dispuesto a hacerlo todo, otros en que no me siento capaz de hacer nada; lo que ahora me resulta grato, en otra ocasión me apenará. Se cumplen en mi persona mil agitaciones casuales e indiscretas; ya el humor melancólico me domina, ya el colérico, y por su privado poderío ciertos momentos predomina en mí la alegría, ciertos otros la tristeza. A veces cuando cojo un libro, advierto en tal o cual pasaje gracias sin cuento que emocionan mi alma dulcemente; luego las busco de nuevo en el mismo libro e inútilmente le doy vueltas, desaparecieron, se borraron ya para mí. En mis escritos mismos no siempre encuentro el aire de mi primera imaginación; no sé lo que quise decir, y me esfuerzo a veces por corregir y poner un nuevo sentido por haber perdido el hilo del primero, que valía más. Todo en mí se convierte en idas y venidas; mi raciocinio no camina siempre hacia delante, antes bien se mantiene flotante y vago,

> Como barquilla retenida en alta mar por un viento contrario.[122]

Muchas veces, y en ocasiones lo hago adrede, tomando como cosa de ejercicio y distracción el mantenimiento de una idea contraria a la mía, aplicándose a ello mi espíritu con ahínco e inclinándose de ese lado, me sujeto de tal modo que no encuentro ya las huellas de la opinión contraria y me alejo de ella. Me dejo llevar adonde me inclino, de cualquier modo que sea, y me deslizo por mi propio impulso.

Cada cual, sobre poco más o menos, diría otro tanto de sí mismo si como yo se mirara y considerara. Los predicadores saben que la emoción que les gana cuando hablan los acalora más en las creencias; todos, cuando la cólera nos domina, defendemos con más brío nuestras ideas, las imprimimos en nosotros y las abrazamos con mayor vehemencia y aprobación, que si nos sentimos pacíficos y en completa calma. Referís sencillamente una causa a vuestro abogado, el cual os responde vacilante y dudoso, y echáis de ver al punto que le es del todo indiferente sostener un partido o el opuesto; pero si le habéis pagado bien para que aguce el diente y la tome a pecho, entonces toma la cosa en serio y su voluntad empieza a exaltarse, al tiempo de su razón y su ciencia; una verdad clara e indubitable se presenta a su entendimiento; descubre en él nueva luz, cree aquella a ciencia cierta, su persuasión es completa. Y en ocasiones, yo no sé si es el ardor que nace del despecho y la obstinación frente a la violencia del magistrado para combatir el daño general o el interés de la propia reputación, lo que hizo a ciertos hombres sostener hasta abrasarse el alma una opinión que entre sus amigos y en situación tranquila de espíritu no les hubiera calentado ni siquiera la yema de los dedos. Los movimientos y sacudidas que nuestra alma recibe por las pasiones corporales ejercen sobre ella una gran influencia, pero tienen aún mayor poderío las suyas propias, a las cuales está fuertemente ligada de tal modo que quizá pueda sostenerse que no tiene otro movimiento que el que producen sobre ella los vientos que la agitan y que sin el influjo de los mismos permanecería quieta como un navío en alta mar, al cual los vientos abandonaron. Quien mantuviera este principio conforme a la opinión de los peripatéticos no nos engañaría mucho, puesto que está probado que las acciones más hermosas del alma proceden y han menester del impulso de las pasiones. El valor, dicen aquellos, no se puede alcanzar sin la asistencia de la cólera; «Ajax siempre

valiente, pero valentísimo cuando el furor le mueve»;[123] ni se persigue a los malos ni a los enemigos con vigor bastante si la cólera no nos domina. El abogado debe inspirar la ira a los jueces para alcanzar de ellos justicia.

La sed de riquezas movió a Temístocles, a Demóstenes y lanzó a algunos filósofos a soportar trabajos y vigilias y a emprender viajes dilatados; la misma pasión nos lleva al honor, a profesar determinada doctrina y a desear la salud, que son fines útiles. La cobardía del alma para soportar las desdichas y las tristezas engendra en la conciencia la penitencia y el arrepentimiento, y nos hace sentir el azote de Dios para nuestro castigo y las miserias de la corrección de nuestros semejantes; la compasión aguijonea la clemencia; la prudencia que sirve para conservarnos y gobernarnos se aviva por nuestro temor; ¿cuántas acciones hermosas no reconocen como móvil la ambición, cuántas la presunción? Ninguna virtud potente y suprema deja de reconocer como causa la pasión. ¿Y no será esta una de las razones que movió a los epicúreos a descargar a Dios de todo cuidado y solicitud en las cosas de nuestra vida, puesto que ni los efectos mismos de su bondad pueden tocarnos sin agitar nuestro reposo por medio de las pasiones, que son como el incentivo y la solicitación que encaminan al alma a las acciones virtuosas, o bien pensaron de otro modo y creyeron que son como movimientos tempestuosos que arrancan violentamente al alma de su tranquilo asiento? «Así como comprobamos la calma del mar cuando ni el más leve soplo mueve sus olas, así también juzgamos que el alma está serena y tranquila cuando no hay en ella ninguna pasión que pueda agitarla.»[124]

¿A qué diferencia de apreciaciones, y a cuántas opiniones encontradas no nos lleva la diversidad de las pasiones que batallan dentro de nosotros? ¿Cuál es, por consiguiente, la seguridad que puede inspirarnos algo tan inestable y movible, sujeta por natural condición al trastorno y al desorden, y que jamás camina sino con forzado y a ajeno paso? ¿Si nuestro juicio mismo es víctima de enfermedad y perturbación; si por ello se ve forzado a considerar las cosas loca y temerariamente, cuál es la seguridad que podemos esperar de él? Atrevimiento grande es el de los filósofos al considerar que los hombres realizan acciones y se asemejan más a la divinidad cuando se encuentran fuera de sí, en estado de furia e insensatez;

vamos camino de la enmienda merced a la privación y amodorramiento de nuestra razón; las dos sendas naturales para entrar en el palacio de los dioses y prever el destino son el furor y el sueño. Todo lo cual es peregrino: por el trastorno con que las pasiones alteran nuestra razón, nos vemos convertidos a la virtud, y por la extinción de la misma, a que el furor o el sueño nos llevan, nos trocamos en profetas y adivinos. Jamás hubiera podido yo encontrarme en más cabal acuerdo. Lo que a la filosofía por mediación de la verdad sacrosanta inspiró contra sus generales proposiciones, o sea que el estado tranquilo de nuestra alma, el más sosegado, el más sano que los filósofos puedan imaginar, no es la mejor situación de nuestro espíritu, porque nuestra vigilia está más dormida que nuestro sueño; nuestra prudencia es menos moderada que la locura; nuestros ensueños aventajan a la razón, y el peor lugar donde podamos colocarnos reside en nosotros mismos. Pero ¿suponen los filósofos poder suficiente en las criaturas para advertir que cuando del hombre se desprendió el espíritu, tan clarividente, grande y perfecto, y mientras el mismo espíritu permanece en él tan ignorante, terrestre y ciego, es una voz que parte del espíritu la que se alberga en el hombre ignorante y oscuro, y por consiguiente increíble?

Yo no tengo una gran experiencia de esas agitaciones vehementes, porque mi temperamento es débil y mi complexión reposada; la mayor parte de ellas sorprenden de repente nuestra alma sin darle tiempo para reconocerse, pero esa pasión que según el sentir común engendra la ociosidad en el corazón de la juventud, aunque se desarrolle lentamente, representa sin duda, para los que intentaron oponerse a su desarrollo, la fuerza de aquellos grandes trastornos que nuestro juicio experimenta. En otra época me propuse mantenerme firme para combatirla y rechazarla, pues tan lejos estoy de ser de aquellos que buscan los vicios, que ni siquiera los sigo cuando no me arrastran; la sentía nacer, crecer y aumentar a despecho de mi resistencia, y por fin agarrarme y poseerme, de tal suerte que, cual si estuviera desvanecido, la imagen de las cosas comenzaba a parecerme distinta que de costumbre; indudablemente veía abultarse y crecer los méritos del objeto que yo deseaba, y advertía que se engrandecían e inflaban merced al viento de mi imaginación; las dificultades de mi

empresa facilitarse y allanarse, mi razón y mi conciencia perder la brújula. Mas luego que se evaporó este ardor, al momento, como iluminada por la claridad de un relámpago, mi alma adquirió luz nueva, diferente estado, juicio distinto; las dificultades de alejarme me parecían grandes o invencibles, e idénticos objetos se me mostraron con cariz bien diferente a como el calor del deseo me los había presentado. ¿Cuál de los dos aspectos era el verdadero? Los pirronianos nada saben sobre este punto. Jamás estamos libres de dolencias; las calenturas tienen sus grados de calor y de frío; de los efectos de una pasión ardiente caemos en otra helada: cuanto me había lanzado hacia delante, otro tanto fue mi retroceso:

> Como el mar impulsado por alternativas fuerzas, primero avanza tierra adentro, cubre de espuma las rocas y se extiende por extensos arenales, y luego retrocede rápido arrastrando consigo las piedras que antes trajera y deja la playa descubierta.[125]

El conocimiento de mi propia volubilidad engendró en mí cierta constancia de opiniones; así que, apenas si ha modificado las naturales y primeras que recibí; sea cual fuere la verosimilitud que en lo nuevo pueda haber, yo no me inclino a ello fácilmente, porque temo perder en el cambio, y como no me siento capaz de escoger, me dejo guiar por otro y me mantengo en el lugar en que Dios me colocó: si así no obrara, rodaría incesantemente. Así, merced a la bondad divina pude sostenerme íntegro, sin agitación ni trastornos en la conciencia, en las antiguas creencias de nuestra religión a través de tantas sectas y opiniones como nuestro siglo ha producido.

Los escritos de los antiguos, hablo de los más notables, sólidos y vigorosos, ejercen sobre mí una gran influencia y me llevan donde quieren; el autor que leo me parece siempre el más fundamental, creo que todos tienen razón, cada cual cuando le toca el turno aunque prediquen opiniones contrarias. Esta facilidad de la que gozan los buenos escritores de convertir en verdadero o verosímil todo lo que quieren, y el que nada haya por peregrino que sea con que no puedan engañar una sencillez parecida a la mía, es una demostración evidente de la debilidad de sus pruebas. El cielo y las estrellas se movieron durante tres mil años, todo el mundo lo creyó así hasta que Cleanto el samiano, o según Teofrasto, Nicetas de Siracusa sentaron la opinión de que era la Tierra la que se movía, por el círculo

oblicuo del zodíaco, dando vueltas alrededor de su eje; y en nuestra época, Copérnico ha demostrado tan bien esta doctrina, que la ha puesto en armonía con la marcha de todos los cuerpos celestes: ¿qué deducir de aquí sino que debe importarnos poco cuál sea el cuerpo que realmente se mueva? ¡Quién sabe si de aquí a mil años una tercera opinión echará por tierra los dos pareceres precedentes!

> Conforme el tiempo transcurre va cambiando el valor de las cosas; la que era antes apreciada no merece ahora ninguna estimación; ha venido a ocupar su puesto algo distinto que antes era menospreciado a su vez, y ahora cada día con vehemencia mayor es de todos apetecido, y goza de gran predicamento e inagotables alabanzas.[126]

Así que, cuando se nos muestra alguna doctrina nueva, tenemos motivos sobrados para desconfiar y para suponer que, antes de presentarse la misma en el mundo, la contraria gozaba de crédito y estaba en boga; y como la moderna acabó con la antigua, podrá suceder que se le ocurra a alguien en el futuro un tercer descubrimiento que destruirá del mismo modo el segundo. Antes de que las doctrinas de Aristóteles gozaran de aprobación universal, otros principios contentaban la razón humana, como aquellas la gobiernan actualmente. ¿Qué privilegio tienen estas para que la marcha de nuestra invención se detenga en ellas ni para que a las mismas en lo venidero permanezca sujeta nuestra creencia? De ninguna manera están exentas de ser abandonadas, como no lo estuvieron las que reinaron antes. Cuando con algún argumento sólido se me invita a convencerme de algo nuevo, creo de buen grado que si yo no puedo rebatirlo, otro lo derribará por mí, pues dar crédito a todo cuanto no podemos negar, sería una gran simplicidad, y ocurriría además, siguiendo tal inclinación, que las creencias del vulgo, y todos lo somos, darían tantas vueltas como una veleta; pues el alma del mismo, como es débil y sin resistencia, se vería forzada a admitir constantemente distintas ideas; la última borraría todas las precedentes. Quien se reconozca sin fuerzas bastantes para argumentar debe responder, según costumbre, que reflexionará sobre el particular, o remitirse a los más avisados de quienes ha recibido la instrucción. ¿Cuánto tiempo hace que la medicina existe? Se dice que un médico moderno, llamado Paracelso,[127] cambia y desmenuza toda la doctrina antigua, y sostiene que hasta el presente aquella ciencia no había servido sino para matar a los hombres. Yo

creo de buen grado que probará bien su aserto, mas poner su vida a prueba de sus nuevas experiencias creo que no sería muy prudente. No hay que creer lo que dice todo el mundo, reza el proverbio, porque entre todos lo dicen todo. Un hombre amigo de novedades y cambios en las ideas que sobre las cosas de la naturaleza profesamos me decía, no hace mucho, que la antigüedad había albergado evidentemente ideas erróneas en lo relativo al viento a sus movimientos, y prometió demostrármelo si tenía la paciencia de escucharle. Luego que hube puesto alguna atención para oír sus argumentos, que eran de todo en todo verosímiles, le dije: «Cómo, pues, ¿los que navegaban con arreglo a los principios de Teofrasto iban a parar a occidente cuando vagaban hacia levante? ¿Marchaban extraviados o reculando?». «El azar los llevaba a buen camino —me repuso—, pero realmente se engañaban.» Yo le repliqué que prefería proceder según los resultados que según la razón; verdad que con frecuencia se contradicen. Se me ha demostrado que en la geometría, que se considera como la más cierta entre todas las ciencias, hay demostraciones evidentes, contrarias a lo que la experiencia nos enseña. Jacques Peletier[128] me dijo un día estando en mi casa que había ideado dos líneas, las cuales encaminándose la una hacia la otra no llegaban a tocarse hasta el infinito, y así lo probaba. Los pirronianos emplean todos sus argumentos y razones para destruir lo que la experiencia nos dicta; maravilla el considerar hasta qué punto les acompañó en tal designio la flexibilidad de la razón humana para combatir la evidencia de las cosas, pues llegan hasta demostrar que no nos movemos, que tampoco hablamos, que no hay cuerpos pesados y que el calor no existe, con igual fuerza de argumentos como se prueban las cosas más verosímiles. Ptolomeo, que fue un hombre eminentísimo, fijó en su época los límites del universo; todos los antiguos filósofos creyeron saber hasta dónde llegaba salvo algunas excepciones: las islas apartadas que podían escapar a su conocimiento. Hace mil años se habría considerado como pirroniano a quien hubiera puesto en duda la ciencia cosmográfica y las opiniones recibidas por todos en esta cuestión; habría sido una herejía creer en la existencia de los antípodas; mas he aquí que en nuestro siglo se ha descubierto una dilatadísima extensión de tierra firme, y no ya una isla, no una región particular, sino una superficie casi igual en magnitud a la que

antes nos era conocida. Nuestros geógrafos no dejan de asegurar que ahora ya todo está visto y todo está hallado:

> Pues lo que tenemos presente nos agrada y nos parece más estimable que todo lo demás. **[129]**

Falta saber, puesto que a Ptolomeo lo engañaron sus cálculos y razonamientos en lo antiguo, si no será una simpleza fiarme de lo que los modernos me dicen, y si no es lo seguro que este gran cuerpo que llamamos mundo sea cosa bien diferente de lo que juzgamos.**[130]**

Platón dice que el universo muda de aspecto constantemente; que el sol, las estrellas y el cielo cambian a veces el movimiento que vemos de oriente a occidente en sentido contrario. Los sacerdotes egipcios contaron a Herodoto que desde la época del primer rey que tuvieron, hacía once mil años (y de todos los soberanos le enseñaron las efigies en estatuas que habían sido tomadas del natural), el sol había cambiado cuatro veces su curso; que el mar y la tierra se truecan alternativamente el uno en la otra y que la época en que el mundo nació no puede determinarse. Aristóteles y Cicerón creen lo mismo, y un filósofo moderno asegura que existió siempre, que muere y renace; y para probar su aserto cita los nombres de Salomón e Isaías, a fin de evitar las contradicciones de que Dios ha sido a veces creador sin criatura, que ha estado ocioso, que se desdijo de su ociosidad poniendo su mano en esta obra del mundo, y que, por consiguiente, está sujeto a variación. La más famosa escuela filosófica griega considera el universo como un dios, creado por otro dios más grande, compuesto de un cuerpo y un alma que se halla en el centro del mundo primero y se extiende armónicamente a toda la circunferencia. Este mundo es felicísimo, muy grande, muy sabio, eterno, e incluye otros dioses: la tierra, el mar, los astros, que se relacionan entre sí en agitación armoniosa y perpetua, como si dijéramos en una danza divina, apartándose unas veces, acercándose otras, ocultándose y mostrándose los unos a los otros, cambiando de lugar ya hacia delante, ya hacia atrás. Heráclito decía que el mundo estaba compuesto de fuego, y conforme a las leyes del destino debía un día inflamarse y convertirse en fuego para renacer nuevamente. Apuleyo aseguró de los hombres: «Separadamente son mortales; la especie es la

eterna».[131] Alejandro[132] notificó a su madre la relación de un sacerdote egipcio, sacada de los monumentos de este pueblo, que probaba la antigüedad remotísima del mismo, y en el que se hablaba además verídicamente del origen y progresos de otros países. Cicerón y Diodoro dijeron que la cronología caldaica comprendía hasta cuatrocientos mil años. Aristóteles, Plinio y otros aseguraron que Zoroastro había vivido seis mil años antes que Platón; este afirma que los habitantes de la ciudad de Sais guardaban por escrito memorias de ocho mil años y que Atenas fue edificada mil antes que la dicha ciudad. Epicuro cree que los fenómenos que en este mundo presenciamos y tal como los vemos, se verifican de idéntico modo en otros mundos, lo cual hubiera sostenido con más seguridad si hubiese tenido noticia de la semejanza de los países recientemente descubiertos con el nuestro, así en el presente como en el pasado.

En verdad, considerando lo que hemos podido conocer del gobierno del mundo físico, me ha maravillado a veces el ver a una distancia grandísima de lugares y tiempos las analogías en un número considerable de ideas populares, disparatadas y de creencias salvajes, las cuales por ningún concepto parecen derivar de nuestra condición natural. ¡Gran hacedor de milagros es el espíritu humano! Pero esa semejanza tiene todavía algo más de extraordinario, pues se descubre hasta en los nombres y en mil otras cosas, y hay pueblos que jamás tuvieron, que se sepa, ninguna noticia de nosotros en que se practicaba la circuncisión;[133] otros en que había Estados grandes gobernados por mujeres, sin el concurso de hombres; otros en que había algo equivalente a nuestra cuaresma y ayunos, junto con la privación de los placeres amorosos; en algunos lugares la cruz era venerada, ya colocándola en las sepulturas, ya en otros sitios; la de san Andrés la empleaban para librarse de las visiones nocturnas, y se servían de ella para preservar de encantamientos a los recién nacidos; en otra parte encontraron una de madera, de gran elevación, que adoraban como dios de la lluvia, la cual estaba, plantada lejos del mar, bien adentro en la tierra firme, se vio en algunas regiones una visible representación de nuestras penitencias, el uso de mitras; el celibato eclesiástico; el arte de adivinar por medio de las entrañas de los animales sacrificados; la abstinencia de toda clase de carnes

y pescados para alimentarse; la costumbre de emplear los sacerdotes un habla particular y no la corriente en el culto divino; la creencia de que el primer dios había sido vencido por el segundo, que nació después; la idea de que los hombres fueron criados en medio de delicias, que luego perdieron por el pecado en que incurrieron; la creencia de que fue cambiado su territorio y empeorada su condición natural; la de que en tiempos antiguos fueron sumergidos por la inundación de las aguas celestes, y que se salvaron solo unas cuantas familias guareciéndose en los huecos más altos de las montañas, los cuales taparon de manera que el agua no penetrase, encerrando dentro algunas especies de animales; y que cuando advirtieron que la lluvia cesó hicieron salir algunos perros que, como volvieran mojados, juzgaron que el agua apenas había bajado todavía; luego hicieron salir otros que volvieron llenos de lodo, y entonces salieron a repoblar el mundo, que encontraron lleno de serpientes. Se sabe que en algunos países creyeron en el juicio final, de tal manera que se sublevaron contra los españoles porque extendían los huesos de los muertos al registrar las riquezas de sus sepulturas, alegando que estos huesos extraviados no podrían luego juntarse fácilmente. Se vio también ejercer el comercio por medio del cambio, sin otro procedimiento diferente, y establecidos ferias y mercados a este fin; enanos y criaturas deformes para ornamento de las mesas; empleo de los balcones para la caza; subsidios tiránicos; jardines regalados y vistosos; danzas y saltos complicados; música instrumental; escudos nobiliarios, juego de pelota, de dados y otros de azar, en los cuales se exaltaban a veces hasta jugarse ellos mismos y su libertad, se practicaba en algunos lugares la medicina por encantamientos y sortilegios; se encontró en otros la escritura jeroglífica, la creencia en un primer hombre, padre del género humano; la adoración de un dios que había vivido como hombre en estado de virginidad perfecta, que practicó el ayuno y la penitencia, que predicó la ley natural y las ceremonias de la religión, y que desapareció de la tierra milagrosamente; la creencia en los gigantes; la costumbre de emborracharse con ciertos brebajes y el hábito de beber a competencia; se vieron igualmente ornamentos religiosos en que había pintadas osamentas y cabezas de muertos, vestiduras sacerdotales, agua bendita e hisopos; mujeres y criados que se hacían quemar y enterrar con el

marido o con el amo cuando estos morían; establecida la ley de que los primogénitos heredaran todos los bienes, no dejando a los segundos parte alguna, y sí solo la obligación de obedecer; costumbre en la institución de algunos empleos de gran autoridad de que el que los recibía adoptara un nombre nuevo y dejara el que hasta entonces había usado; costumbre de poner cal en la rodilla del niño recién nacido, diciéndole al propio tiempo: «De la tierra viniste y en tierra te convertirás»; y el arte de los augurios. Estos vagos asomos de nuestra religión, que se muestran palmarios en algunos de los ejemplos citados, dan testimonio de la dignidad divina, y prueban que no solamente se insinuó en todas las naciones infieles del mundo antiguo por algunas huellas, sino también en las del nuevo, merced a una común y sobrenatural inspiración, pues tuvieron estas igualmente la creencia en el purgatorio, con la sola diferencia de que para ellas en lugar de fuego habría en él un frío polar, y suponía que las almas habían de ser castigadas y purgadas merced a los rigores de una frialdad extrema. Y este ejemplo me recuerda otra graciosa diversidad de costumbres: así como se encontraron pueblos que gustaban aligerar el extremo del miembro, cortando el pellejo a la manera de los mahometanos y de los judíos, hubo otros que hicieron tan grave caso de conciencia, de no aligerarlo, que se servían de cordoncitos para mantener la piel cuidadosamente estirada y sujeta por encima, de modo que la punta no viese el aire. De la misma forma que nosotros honramos a nuestros monarcas y las fiestas a que asistimos adornándonos con los mejores vestidos que tenemos, en algunas regiones, para mostrar disparidad y sumisión a su rey, los súbditos se presentaban a él con sus trajes más harapientos; al entrar en el palacio se ponían uno viejo y desgarrado sobre el bueno, a fin de que todo el brillo y ornamento pertenecieran al amo. Pero sigamos con nuestros argumentos.

Si la naturaleza comprende dentro de los límites de su progreso ordinario como todas las demás cosas las creencias, juicios y opiniones de los hombres; si todos estos atributos tienen también sus revoluciones, sus épocas, nacimiento y muerte, como las coles; si el firmamento influye sobre ellos y los hace rodar con él, ¿qué autoridad magistral ni fundamental podemos atribuirles? Si por experiencia tocamos y palpamos que la constitución de nuestro ser depende del aire, del clima y del terruño en que

nacemos, y no ya solo el tinte, la estatura, la complexión e inclinaciones, sino también las facultades del alma; «la naturaleza del clima influye en el desarrollo corporal, así como en la conformación del espíritu»,[134] dice Vegecio; si la diosa fundadora de la ciudad de Atenas eligió para situarla la región en que reinara un ambiente que hiciera a los hombres prudentes, conforme los sacerdotes egipcios dijeron a Solón, «el ambiente de Atenas es tenue, sutil, por lo cual los atenienses se distinguen por su perspicacia; el de Tebas, denso, de donde viene que los tebanos sean rudos y vigorosos»; [135] de modo que como los vegetales y los animales difieren según los climas, acontece lo propio con los hombres, quienes por idéntica causa son más o menos belicosos, justos, moderados o dóciles; aquí sujetos al vino, allá al robo y a la lujuria, en unos sitios inclinados a la superstición, en otros a la incredulidad; aquí propenden a la libertad, allá a la servidumbre; en unos lugares son aptos para el cultivo de las ciencias o las artes, en otros son groseros y en otros ingeniosos; ya obedientes, ya rebeldes, buenos o malos, según la naturaleza del clima en que viven, y adquieren una complexión diferente de la que tuvieron antes, como las plantas; por eso Ciro no consintió que los persas abandonaran su país, cubierto de fragosidades y montañas, para trasladarse a otra región más llana, considerando que las tierras feraces y de dulce clima hacen a los hombres flojos, y las fértiles convierten en estériles los espíritus; si vemos ya florecer un arte, ya otro, ya una creencia, ya otra diferente, merced a la influencia atmosférica; que tal siglo cría ciertas naturalezas e inclina al género humano a esta o a la otra tendencia, y el espíritu de los hombres ya vigoroso, ya raquítico como nuestros campos, ¿adónde van a parar todas las hermosas prerrogativas de que nos vanagloriamos? Puesto que un hombre sabio puede engañarse, y cien pueblos enteros, y hasta la naturaleza humana yerra durante siglos en unas cosas o en otras, ¿qué certeza podemos tener en que a veces deje de engañarse ni de que en el siglo en que vivimos deje de incurrir en error?

Me parece que entre otros testimonios de nuestra debilidad, el siguiente no debe echarse en el olvido: ni siquiera por deseo vehemente acierta el hombre a encontrar lo que precisa: no ya solo experimentalmente, ni siquiera en imaginación ni deseo podemos acomodarnos con aquello de que

habríamos menester para nuestro contentamiento. Dejemos a nuestra mente tejer y destejer a su gusto, tampoco será capaz de desear lo que le es propio para satisfacerse:

> ¿Cuál es la razón de nuestros temores o de nuestros deseos? ¿Tuviste acaso la fortuna de concebir algo de que más tarde no te arrepientas, aun siéndote el éxito favorable?[136]

Por eso Sócrates no pedía que los dioses le concedieran sino aquello que conforme al juicio de los mismos pudiera serle saludable; y los rezos de los lacedemonios, así los públicos como los particulares, iban simplemente encaminados a que les fueran otorgadas las cosas buenas y hermosas, dejando a la discreción del poder supremo la elección y selección de las mismas:

> Pedimos mujer y deseamos descendencia, mas solo los dioses saben quién será nuestra esposa, quiénes nuestros hijos:[137]

y los cristianos ruegan a Dios «que su voluntad se cumpla», para no ir a dar en la desdicha en que la mitología nos dice que cayó el rey Midas, quien suplicó a la divinidad que todo cuanto tocara se convirtiese en oro; su ruego fue escuchado, y el vino que bebía se trocó en oro, lo mismo que el pan que comía, el lecho en que reposaba, su camisa y sus vestiduras; de modo que se vio agobiado bajo el goce que le procuró la realización de sus deseos, y sumido en una dicha insoportable, siéndole necesario rogar de nuevo para quitársela de encima:

> Atormentado por tan extraño suplicio, desea librarse de estas riquezas que le reducen a la indigencia más extremada y odia lo que antes apeteciera.[138]

De mí mismo diré que habiendo solicitado de la fortuna, en mi juventud, como el mayor de sus favores, la orden de San Miguel, que era entonces el mayor y más singular honor de la nobleza francesa, me fue dado disfrutar de tal distinción, ¡pero de qué modo! En vez de realzarme y elevarme del lugar que antes ocupaba, merced a tan honorífica posesión, aquella me trató de forma diferente, pues la humilló hasta el nivel de mis hombros y aun más bajo todavía. Cleobis y Bitón, Trofonio y Agamedes rogaron, los primeros a su diosa y los últimos a su dios, que les concediera una recompensa digna de la piedad que albergaban en su pecho, y el

presente que recibieron fue la muerte: ¡de tal modo los juicios celestes difieren de los nuestros respecto al conocimiento de nuestras necesidades! Podría Dios otorgarnos las riquezas, los honores, la vida y la salud misma, en ocasiones en perjuicio nuestro; pues no nos es saludable todo lo que nos es grato. Si en lugar de la curación nos envía la muerte o el empeoramiento de nuestros males, «tu vara y tu báculo han sido mi consuelo»,[139] lo hace por razones de su providencia, la cual considera con mirada infalible lo que nos conviene, y nosotros carecemos de capacidad para saberlo. Aceptémoslo buenamente como todo lo que emana de una mano sapientísima y amiga:

> He aquí mi consejo: deja que los dioses nos den lo que nos convenga, lo que ellos saben que es para nosotros provechoso… Los dioses aman al hombre más que él se ama a sí mismo:[140]

pues solicitar de los dioses honores y cargos, es pedir que nos lancen en un combate, en medio de los azares, o de cualquier otra complicación, cuya salida es incierta y dudoso el fruto.

Ninguna lucha tan empeñada ni ruda como la que sostienen los filósofos sobre la cuestión de conocer cuál sea el soberano bien del hombre. Varrón calcula que de tal pendencia nacieron doscientas ochenta y cinco sectas. «Disintiendo acerca de lo que sea el sumo bien del hombre se cae en forzoso desacuerdo sobre la totalidad de la doctrina filosófica»:[141]

> Tengo a mi mesa tres convidados, cada cual con gusto diferente, cada cual deseoso de comer cosas distintas. ¿Qué les daré?, ¿qué no les daré? Tú rechazas lo que otro apetece; lo que tú deseas es desagradable para los otros dos.[142]

Así debía responder la naturaleza a tantas cuestiones y debates. Los unos dicen que nuestro bien reside en la virtud; los otros en el placer; algunos en no contrariar ni violentar las propias inclinaciones; hay quien asegura que en la ciencia; quien que en la carencia de dolor; quién en no dejarse llevar por las apariencias. A esta opinión se asemeja la sentencia de Pitágoras:

> No admiramos de nada, amigo Numicio, es acaso el medio único y solo que puede darnos y conservarnos la felicidad,[143]

que es el ideal de la secta pirroniana. Atribuye Aristóteles a magnanimidad el no admirar nada, y Arquesilas decía que el fundamento de la rectitud e inflexibilidad del juicio eran los vicios y los males. Verdad es que en lo que sentaba como axioma se apartaba de los pirronianos, los cuales cuando dicen que el bien supremo reside en la ataraxia, que es la quietud absoluta del juicio, no pretenden dignificarlo de una manera afirmativa; pero el movimiento mismo del alma, que les hace huir de los precipicios y ponerse a cubierto del sereno, les muestra tal idea y les hace rechazar otra.

Cuán vivamente desearía yo, mientras me encuentro en esta vida, que algún sabio, Justo Lipsio,[144] por ejemplo, que es el hombre más docto que nos queda, y cuyo espíritu culto y mesurado guarda tanta analogía con el de Turnebo, tuviera voluntad, salud y reposo suficientes para ordenar en un registro, según sus divisiones y sus clases, con curiosidad y buena fe, todas las opiniones de la antigua filosofía sobre nuestro ser y nuestras costumbres y controversias; el crédito de que gozaron todas estas ideas; si los filósofos practicaron las máximas que enseñaron, y en fin, todo lo memorable y ejemplar, digno siempre de ser consignado. No cabe duda que tal libro sería útil y hermoso. En suma, si con las luces de nuestro propio espíritu pretendemos reglamentar nuestras costumbres, ¿a cuántas confusiones no nos lanzamos? Lo que nuestra razón nos aconseja de más cuerdo es que cada cual obedezca las leyes de su país, como recomiendan los preceptos de Sócrates, inspirados, dice, por la sabiduría divina, con lo cual manifiesta que nuestros deberes no tienen otra pauta que la fortuita. La verdad debe tener un carácter idéntico y universal. Si el hombre conociese la verdadera esencia de la rectitud y la justicia, no las supondría inherentes a las costumbres de esta o aquella región, ni supondría tampoco que residen en las costumbres de los persas o en las de los indios. Nada como las leyes está sujeto a una mutación más constante; desde que yo vine al mundo he visto cambiar hasta tres o cuatro veces las de los ingleses,[145] nuestros vecinos, y no ya solo las políticas, lo cual sería menos peregrino, sino las que tocan a lo más importante que pueda existir sobre la tierra, a la religión, cosa que me avergüenza y desconsuela por tratarse de una nación con la que mi familia tuvo unión íntima de parentesco; en mi casa se guardan todavía testimonios de ello. En nuestro propio país he visto tal causa que nos

exponía a la pena capital convertirse en legítima; nosotros, que mantenemos otras, estamos abocados, según la incertidumbre de la fortuna guerrera, a ser un día criminales de lesa majestad humana y divina, si nuestra justicia cae en manos de la injusticia, y en el espacio de pocos años las cosas mudan por completo. ¿Cómo podía aquel dios de la antigüedad[146] acusar en la mente humana la ignorancia del ser divino y enseñar a los hombres que la religión no era sino invención, terrena, propia a unir los unos a los otros, declarando a los que consultaban sus luces que el verdadero culto de cada uno era el que veía observado por la costumbre en el lugar en que había nacido? ¡Oh Dios! ¡Qué reconocimiento tan grande es el que debemos a la benignidad de nuestro Creador soberano por haber liberado nuestras creencias de esas devociones vagabundas y arbitrarias; por haberlas llevado al eterno fundamento de la palabra santa! ¿Qué nos responderá a esto la filosofía? «Que sigamos las leyes de nuestro país», es decir, ese flotante mar de las opiniones de un pueblo o de un príncipe, que me pintarán la justicia con colores tan diversos y la modificarán de tantos modos como cambios haya en sus pasiones respectivas. Mi juicio no puede ser tan flexible ni acomodaticio. ¿Qué clase de bondad es la que ayer gozaba de predicamento y mañana se desacredita, ni la que el curso de un río convierte en crimen? ¿Qué verdad la que esas montañas limitan y que se trueca en mentira para los que viven más allá?[147]

No dejan de ser graciosos cuando para dotar a las leyes de alguna certidumbre aseguran que las hay firmes, perpetuas e inmutables, y que estas se llaman naturales por estar selladas en el género humano, por la condición peculiar de la propia esencia de este; de estas hay quien fija el número en tres, quien en cuatro, unos más y otros menos, prueba evidente de que en ello existe igual incertidumbre que en todo lo demás. En verdad son infortunados los que así se expresan, pues no puedo escribir otro nombre al considerar que de un número tan infinito de leyes no se encuentre ni una siquiera que el azar o la casualidad hayan hecho aceptar universalmente por general aquiescencia de todas las naciones. Así que la única prueba verosímil por la cual puedan imponer algunas naturales es la universalidad de su aprobación, pues aquello que la naturaleza nos hubiera recomendado lo practicaríamos por general consentimiento, y no solo cada

pueblo en general, sino también cada individuo en particular, advertirían la violencia y la fuerza que les produciría quien pretendiera desviarlos de esa ley. Que se me muestre para que la vea una sola en que se emplean esas condiciones. Protágoras y Aristón no suponían otro fundamento en la justicia de las leyes que el parecer y autoridad del legislador, y consideraban que si se prescindía de esta circunstancia, hasta la bondad y la honradez perdían sus méritos respectivos, quedando reducidas a nombres huecos y a cosas indiferentes. Trasímaco en Platón entiende que no hay más derecho que la ventaja del superior. No hay cosa sobre la tierra en que mayor variedad se encuentre que en las costumbres y en las leyes; lo que aquí es abominable allí se considera como digno de encomio; como por ejemplo en Lacedemonia la sutileza en el robar. Los matrimonios entre parientes se prohíben rigurosamente entre nosotros; en otras partes se honran tales uniones:

> Pueblos hay en que las madres se unen con sus hijos y las hijas con sus padres; en ellos el amor familiar se acrecienta con estos nuevos vínculos;[148]

los parricidios, la cesión de las mujeres, los tráficos, robos y licencias; toda suerte de voluptuosidades, toda clase de extravíos, nada hay, en suma, por loco, insensato u horrible que no se encuentre recibido por el uso de alguna nación.

Creíble es que existan leyes naturales como se ve entre las demás criaturas, pero entre nosotros se perdieron. Esta hermosa razón humana, proclamándose en todo como señora y soberana, enturbió y confundió el aspecto de las cosas conforme a su vanidad e inconstancia: «Nada es nuestro de un modo absoluto; lo que yo digo que es nuestro es una pertenencia del arte».[149] Todas las cosas ofrecen matices diversos y se prestan a consideraciones varias, lo cual engendra la diversidad de opiniones: una nación las examina por un lado, se detiene en él, y otra por otro.

Nada tan horrible de imaginar como el comerse a su propio padre. Los pueblos que antiguamente practicaron esta costumbre la tomaron, sin embargo, como testimonio de piedad y estima intensas, buscando con ella conceder a sus progenitores la más digna y honrosa sepultura, alojando en sí

mismos y como en su misma médula el cuerpo y las reliquias de sus padres, vivificándolos en algún modo y regenerándolos por la transmutación en su carne viva por medio de la digestión y la nutrición. Fácil es considerar lo abominable y cruel que hubiera sido a los ojos de estos hombres, acostumbrados y empapados en superstición semejante, el arrojar en la tierra los despojos de los que los engendraran para que se corrompieran y fueran devorados por los gusanos.

Licurgo no ve en el robo más que la vivacidad, diligencia, arrojo y destreza que supone el apoderarse de algo que pertenezca al prójimo, y la utilidad pública que se sigue de que cada cual mire con mayor interés aquello que le pertenece, estimando que de ambas cosas (ataque y defensa) se alcanzaba un gran provecho para la disciplina militar, que era la principal virtud y la ciencia primordial a que quería encaminar y habituar a su nación; méritos que a su entender, aventajaban al desorden e injusticia de prevalecerse de los ajenos bienes.

Dionisio el tirano ofreció a Platón una túnica a la moda persa, larga, adamascada y perfumada; Platón la rechazó diciendo que como había nacido hombre, por nada del mundo se vestiría de mujer; pero Aristipo la aceptó fundamentándose en esta otra razón: «Que ningún atavío podía corromper un valor sano y vigoroso». Censuraban sus amigos su cobardía por haber tolerado que el tirano le escupiera en el rostro, y el filósofo respondió: «También los pescadores sufren de buen grado que las olas del mar bañen su cuerpo de los pies a la cabeza por atrapar un miserable pececillo». Diógenes estaba lavando sus berzas, y al ver pasar a Aristipo, le dijo: «Si supieras vivir con coles no serías el cortesano de un tirano»; a lo cual Aristipo repuso: «Y si tú supieras vivir entre los hombres no estarías ahí lavando coles». He aquí cómo la razón procura argumentos para probarlo todo: es un jarro con dos asas que puede cogerse del lado derecho lo mismo que del izquierdo:

> ¡Oh tierra hospitalaria! ¿Acaso te preparas para la guerra? Equipados están tus corceles, y estos fogosos animales son como el presagio de próximos combates. Mas a veces los caballos que uncidos a un carro lo arrastran obedientes al blando yugo son esperanza de paz.[150]

A Solón se le recomendó que no vertiera lágrimas impotentes e inútiles por la muerte de su hijo: «Por eso precisamente las derramo —contestó—, porque son impotentes e inútiles». La mujer de Sócrates agravaba su pesar porque los jueces le hacían morir injustamente, a lo cual su marido repuso: «Pues qué, ¿desearías más bien que me hicieran morir justamente?». Nosotros llevamos las orejas agujereadas; los griegos consideraban esta costumbre como testimonio de esclavitud y servidumbre; nos ocultamos para gozar de las mujeres: los indios las disfrutan públicamente. Los escitas inmolaban a los extranjeros en sus templos: en otras partes los templos eran lugar seguro de franquicia:

> De aquí el furor con que las gentes de cada país odian las divinidades de los países vecinos, creyendo sin duda que no debe haber más dioses que los que solo ellos veneran. **[151]**

He oído hablar de un juez que, cuando encontraba algún conflicto difícil de resolver entre Bartolo y Baldo,**[152]** escribía en la margen de su libro: «Cuestión para el amigo»; con lo cual quería significar que la verdad estaba tan embrollada y debatida en el pasaje, que si se terciaba una causa análoga podría favorecer a quien mejor se le antojara. Solo por falta de destreza podía dejar de adoptar en todo igual criterio. Los abogados y jueces de nuestra época encuentran en todas las causas razones de sobra para resolverlas conforme a su capricho. En una ciencia tan complicada, que depende de la autoridad de tantas opiniones, y de un asunto tan arbitrario, no puede suceder que no nazca una peregrina confusión de juicios. De manera que por claro que aparezca un proceso los pareceres sobre el mismo se diversifican; lo que uno entiende de un modo, otro lo entiende de otro, y a veces uno mismo de distintos modos en distintas ocasiones. De lo cual vemos ejemplos a diario merced a licencia semejante, que mancha la ceremoniosa autoridad y brillo de nuestra justicia, al no fijar concretamente el sentido de las leyes y al correr de unos a otros jueces para decidir sobre una misma causa.

En cuanto a la libertad de las opiniones filosóficas respecto a la virtud y al vicio, entre ellas se encuentran muchas mejor para calladas que para escritas, a fin de evitar el contagio de los espíritus flojos. Arcesilao decía que en la lujuria no había que considerar por qué lugar se pecaba: «En

cuanto a los placeres obscenos, supuesto que nuestra naturaleza los reclama, cree Epicuro que no se debe atender al nacimiento, a la posición, o al rango social, sino a la forma, a la edad o a la figura».[153] Estos dos últimos lugares estoicos sobre el amor de los jóvenes y la censura de Dicaerco a Platón prueban que la filosofía más sana cae en las licencias del uso común.

Las leyes adquieren autoridad con el uso y el arraigo. Es peligroso referirlas al punto de donde emanaron. Se ennoblecen rodando, como los ríos; seguid el curso de estas en dirección contraria a la corriente hasta llegar al lugar donde nacen, y no veréis más que una fuentecilla apenas perceptible, que al envejecer se enorgullece y fortifica. Ved las antiguas razones que imprimieron el primer impulso a ese famoso torrente, lleno de dignidad, que inspira al tiempo reverencia y horror, y las encontraréis tan ligeras, tan deleznables, que las gentes que lo aquilatan todo, y todo lo examinan con las luces de la razón, y que nada admiten por autoridad ni a crédito, no es maravilla que juzguen a veces de un modo que se aleja de los pareceres comunes. Son estas personas que toman por patrón la imagen primordial de la naturaleza, y no es por tanto extraordinario que en la mayor parte de sus ideas se extravíen del camino trillado. Pocos de entre ellos hubieran aprobado las formalidades impuestas a nuestros matrimonios; la mayor parte prefirieron tener mujeres compartidas con varios, sin obligación para con ellas, y rechazaron toda clase de ceremonias, análogas a las nuestras. Decía Crisipo que un filósofo puede dar una docena de volteretas, hasta cuando va sin calzones, por unas cuantas aceitunas. Este filósofo no hubiera aprobado la conducta de Clistenes, que se negó a conceder la mano de su hija Agarista a Hipodóclides, por haberle visto hacer equilibrios infantiles sobra una mesa. Metroclo dejó escapar un pedo un tanto indiscretamente en una disputa, hallándose delante de sus discípulos; luego, de vergüenza, se metió en su casa sin querer salir, hasta que Crates fue a verlo, y añadiendo a sus consolaciones y razones el ejemplo de su cinismo se puso a expeler ventosidades en competencia con él, y le purgó de escrúpulos; además lo llevó a su secta estoica, que era más franca, haciéndole abandonar la peripatética, mucho más urbana, y que hasta entonces había seguido. Lo que nosotros llamamos decoro, lo que nos impide hacer en público aquello que debe practicarse privadamente, los

estoicos lo llamaban tontería; añadían que es alardear de melindroso el no reconocer lo que la naturaleza, la costumbre y nuestras propias inclinaciones pregonan y proclaman. Lo tenían por vicio, juzgando que era denigrar el valor de los misterios de Venus el apartarlos del santuario de su templo para exponerlos a la vista del pueblo. Creían que descorrer el velo que ocultaba estos juegos era envilecerlos; que la vergüenza, el recelo, la circunspección y la reserva en el goce de los placeres del amor constituyen una parte de la estima en que los tenemos; y que la voluptuosidad se ocultaba muy ingeniosamente bajo la máscara de la virtud para no ser prostituida en medio de las encrucijadas, pisoteada y menospreciada a los ojos del pueblo, echando de menos el decoro y ventajas de sus recintos habituales. Por eso algunos aseguran que acabar con los burdeles públicos es no solamente extender por todas partes la lujuria que se cobija en esos lugares, sino además aguijonear en los hombres el mismo vicio a causa de la dificultad de satisfacerlo:

> Tú que fuiste esposo de Aufidia, Scevino, eres ahora su cortejo; el que antes fue tu rival es ahora su esposo. ¿Por qué te agrada como mujer de otro la misma que no te agradaba cuando era tu propia mujer? ¿Es que al estar seguro de su posesión no te inspiraba ningún deseo?[154]

Experiencia semejante se comprueba con mil ejemplos análogos:

> Cuando todo el mundo podía acercarse libremente a tu mujer, Ceciliano, en toda la ciudad no se hallaba un hombre que la quisiera ni gratis; pero ahora que has llenado tu casa de guardianes acuden los pretendientes en tropel.[155]

Preguntaron lo que hacía a un filósofo a quien sorprendieron en el momento mismo en que se hallaba practicando el acto amoroso, y respondió sin inmutarse: «Estoy plantando un hombre»; ni más ni menos que si se le hubiera visto plantar ajos, ni se avergonzó siquiera.

Sin duda a causa del respeto un padre de la Iglesia[156] considera que ese acto debe necesariamente ocultarse, y efectuarse pudorosamente, puesto que en la licencia de las uniones cínicas no podía suponer que la faena tuviera fin, sino que se complacían en los movimientos lascivos para mantener el descaro de que la secta hacía gala, y que para lanzar al exterior todo cuanto la vergüenza guardaba reprimido y oculto tenían luego necesidad de buscar la sombra. No penetró el santo suficientemente toda la

magnitud de la licencia, pues Diógenes, ejerciendo en público su masturbación, formulaba en presencia de las personas que le veían el deseo «de poder saciar su vientre restregándolo». Preguntado por qué no buscaba otro lugar más conveniente para comer que las calles y las plazas, respondió que también sentía el hambre en plena calle. Las mujeres que se sumaban a la secta de los cínicos se unían también a sus personas en cualquier lugar y sin miramiento alguno. Hiparquia fue recibida en la sociedad de Crates con la condición de seguir en todas las cosas los preceptos de la regla de este. Estos filósofos concedían a la virtud un elevado precio y rechazaban todas las demás disciplinas de la moral, de manera que en todas sus acciones reconocían la autoridad soberana en su conciencia colocándola por encima de las leyes, no imponiendo otra barrera a la satisfacción de los deseos que la moderación propia y el respeto de la libertad ajena.

Heráclito y Protágoras, por aquello de que las personas enfermas encuentran el vino amargo y las que están sanas agradable; porque el remo parece torcido cuando está dentro del agua y derecho cuando está fuera, y otros fenómenos análogos que los objetos muestran, argumentaron que todas las cosas llevan en sí mismas las causas de las particularidades que presentan; que en el vino hay algo de amargo que se asimila en el paladar del enfermo; en el remo cierta condición de curvatura que ve el que lo mira en el agua, y así lo demás. Todo lo cual viene a significar que todo está en todas las cosas y por consiguiente nada en ninguna, porque nada hay donde todo se encuentra.

Este principio trae a mi memoria la experiencia que todos tenemos, o sea que no hay sentido ni interpretación, derecho o torcido, amargo o dulce, que el espíritu humano deje de hallar en los escritos que registra. De la palabra más terminante, pura y perfecta, ¿cuánta falsedad e impostura no se hace nacer? ¿Qué herejía dejó de hallar testimonios y fundamentos sobrados para encontrar crédito? Por eso los que pregonan el error jamás prescinden del auxilio que les presta la interpretación de las palabras. Queriendo probarme un hombre digno de respeto por medio de testimonios verídicos la investigación de la piedra filosofal, en cuyo estudio está sumergido, me mostró hace poco cinco o seis pasajes de la Biblia en los cuales me decía que se fundamentaba para descargo de su conciencia, pues

la persona a la que aludo es un eclesiástico. Y a decir verdad, la razón que encontró no se acomodaba mal a la defensa de aquella hermosa ciencia.

Por semejantes medios ganan crédito los adivinos. No hay pronosticador, con tal de que posea autoridad bastante para que se examine lo que dice, y se busquen con interés todos los escondrijos y matices de sus palabras, a quien no se haga decir con verosimilitud todo cuanto se quiera, como a las Sibilas. Hay tantísimos medios de interpretación que es bien difícil que un espíritu ingenioso no encuentre, a tuertas o a derechas, en todas las cosas, lo que se proponga hallar. Por eso vemos un estilo nebuloso y ambiguo en algunos escritos con tanta frecuencia, el cual tan de antiguo gozó de predicamento. Que un autor cualquiera acierte a interesar y a dar quehacer a la posteridad, cosa que a veces se consigue más por la casualidad que por el talento; que por fineza de espíritu o por torpeza se muestre algo oscuro o contradictorio, y no haya cuidado, los comentadores le achacarán lo que dijo y lo que no dijo. Esto es lo que dio crédito a muchos engendros insignificantes y a muchos escritos, y lo que recargó de consideraciones diversas una misma idea y un mismo sistema.

¿Es posible que Homero haya querido decir todo cuanto se le ha hecho decir, y que se haya prestado a tan opuestas interpretaciones que los teólogos, los legisladores, los capitanes, los filósofos y toda clase de personas, cuya misión es ocuparse de las ciencias, por diversa y contrariamente que lo hagan, se apoyen en él, y por él quieran demostrar algunos de sus aciertos? Maestro competente en todas las artes, en todas las obras y en todos los oficios, y general consejero en todas las empresas, quienquiera que haya tenido necesidad de oráculos y predicciones los encontró siempre en el poeta. Un amigo mío, hombre doctísimo, ha acertado a ver en Homero cosas admirables en pro de nuestra religión; y no hay quien le saque de su idea: Homero quiso decir cabalísimamente cuanto él encuentra. El autor de la *Ilíada* le es tan familiar como al que más; pero lo que mi amigo encuentra en favor de nuestras creencias muchos antiguos lo vieron en beneficio de las suyas. Ved cómo se comenta a Platón: todos se enaltecen aplicándose sus doctrinas a sí mismos, y las llevan del lado que se les antoja; se le pasea y se le mezcla en todas las nuevas opiniones que el mundo recibe; se le pone en contradicción con él mismo, conforme al

diferente curso de las cosas; se le hace que desapruebe las costumbres lícitas de su siglo cuanto que son ilícitas en el nuestro. Y todo con viveza y energía, según que posea ambas cualidades el espíritu del intérprete. Sobre el principio de Heráclito de que todas las cosas encierran en sí mismas las apariencias que muestran, Demócrito sacaba una conclusión enteramente contraria, a saber: que los objetos no tenían ninguno de los aspectos que nosotros encontramos en ellos; y del hecho de que la miel sea dulce al paladar de los unos y amarga para el de los otros, deducía que no era ni dulce ni amarga. Los pirronianos dirían que no saben si es dulce o si es amarga, o ni lo uno ni lo otro, o las dos cosas a la vez, pues siempre van a dar al aspecto más elevado de la duda. Los cirenaicos creían que no había nada perceptible exteriormente, y que solo somos capaces de advertir las cosas interiores, como el dolor y el placer, no reconociendo ni el color ni el tono de los mismos, sino solamente ciertas afecciones que se nos presentan; y aseguraban que el hombre no podía ejercitar su juicio en otra parte. Protágoras opinaba que para cada cual es verdadero lo que él mismo cree. Los epicúreos colocan en los sentidos el fundamento de todo juicio, en el conocimiento de las cosas y en la voluptuosidad. Platón quiere que el conocimiento de la verdad y la verdad misma, alejados de las opiniones y de los sentidos, pertenezcan exclusivamente al espíritu y al pensamiento.

Este principio me lleva a hablar de nuestros sentidos, en los cuales yace el principal fundamento y la más palmaria prueba de nuestra ignorancia. Todo cuanto se conoce llega sin duda a nosotros por la facultad de conocer, pues como el juicio proviene de la operación del que juzga, es natural que esta operación la lleve a cabo por los medios y voluntad de que dispone, y no por impulso ajeno, como ocurriría si llegáramos al conocimiento de las cosas por la fuerza y conforme a la ley de su esencia misma. Así pues, toda noción llega a nosotros por medio de los sentidos, que son nuestros dueños soberanos:

> Son los caminos por los que la luz del conocimiento penetra en el alma del hombre, en el santuario de su inteligencia.[157]

Por ellos comienza la ciencia y en ellos se resuelve. Después de todo, no sabríamos más que una piedra si no tuviéramos noticia de que existen el

sonido, el olor, la luz, el sabor, la medida, el peso, la blandura, la dureza, la aspereza, el color, la suavidad, la anchura, la profundidad; ellos forman el plan y los principios de todo el edificio de nuestra ciencia, y según algunos el término «ciencia» equivale al de sentimiento. Quien me llevara a negar el poder de los sentidos me dejaría indefenso; no podría hacerme objeción más capital: son el principio y el fin del conocimiento humano:

> El conocimiento de la verdad nos es suministrado en primer término por los sentidos a los cuales no es posible negar eficacia. ¿Hay algo que sea más digno que ellos de inspirarnos confianza absoluta?**[158]**

Puede aminorarse cuanto se quiera su poderío, siempre habrá de concederse que por su mediación se alcanza toda la instrucción que poseemos. Cicerón dice que Crisipo, habiendo intentado echar por tierra la virtud y fortaleza de los sentidos, llegó a imaginar argumentos acomodados a su tesis, pero que no pudo llegar a explicarla. Carneades, que sostenía la opinión contraria, le replicó: «¡Ah desdichado, tu propia fuerza te ha perdido!». A nuestro entender no hay absurdos mayores que los de sostener que el fuego no calienta y que la luz no alumbra; que en el hierro no hay pesantez ni resistencia; y que todas esas son nociones que los sentidos nos comunican; ni creencia o ciencia humanas que puedan compararse en certidumbre a las citadas.

La primera consideración que viene a mi mente respecto a nuestros órganos es la de poner en duda que el hombre se encuentre provisto de todos los naturales. Yo veo muchos animales que viven una existencia cabal y perfecta, los unos sin vista, los otros sin oído. ¿Quién sabe si a nosotros nos faltan también uno, dos, tres o varios sentidos? En el caso de que estemos desposeídos de alguno de ellos, nuestra razón no es capaz de advertir la falta. Privilegio es de nuestros órganos el ser el último límite de las cosas que percibimos. Nada hay más allá de ellos que nos pueda servir para descubrirlo, y a veces ni siquiera uno de nuestros sentidos puede llegar a descubrir el otro:

> ¿Podrá el oído corregir las sensaciones de la vista, o el tacto las del oído? ¿El gusto, preservar de las ilusiones del tacto, o ser este contradicho por el olfato o por la vista?**[159]**

Todos ellos son el límite extremo de nuestra facultad.

Cada sentido tiene su poder peculiar, su propia esfera de acción.[160]

Es imposible convencer a un ciego de nacimiento de que no ve, e igualmente imposible hacerle desear la vista ni que lamente la falta de tal órgano; por eso no debemos servirnos del fundamento de que nuestra alma esté contenta y satisfecha con los que tenemos, en atención a que en esa cuestión es incapaz de advertir su enfermedad e imperfección, en el caso de que ambas cosas fueran un hecho. Imposible es también decir nada al ciego del que hablo que pueda hacer llegar a su imaginación las ideas de luz, color y vista. Nada es capaz de llevar sus sentidos a la evidencia. Los ciegos de nacimiento, a quienes vemos desear la vista, realmente ignoran lo que piden: nos oyeron decir que les falta algo de lo que nosotros tenemos, lo cual nombran acertadamente, lo mismo que sus efectos y consecuencias, pero sin embargo no saben lo que es, ni siquiera de una manera aproximada.

He conocido a un caballero, de buena casa, nacido ciego, o que quedó sin vista a una edad tan tierna que ignora qué cosa sea ver. Está tan poco enterado de lo que le falta, que usa y emplea como nosotros las palabras que designan el fenómeno de la visión, y las aplica de un modo que le pertenece por entero. Al acercarle un niño de quien era padrino, lo cogió en sus brazos y exclamó: «¡Hermosa criatura! ¡Da gusto verla! ¡Qué ojos tan alegres!». Como cualquiera de nosotros, dirá: «Esta sala es agradable; hoy está sereno; hace un sol espléndido». Más todavía: como sabe que nuestros ejercicios habituales son la caza, el juego de pelota y el tiro al blanco, por haberlo oído decir, tomó cariño a tales distracciones y cree ejercer en ellas idéntica parte que los demás; se anima y se complace, sin que la vista le ayude a ello, con el grito de «Ahí va una liebre», cuando se encuentra en alguna gran explanada en que puede cazarse; luego se le dice que la liebre fue atrapada, y se lo ve tan orgulloso de su presa como oye decir que están los demás. Coge la pelota con la mano izquierda y la lanza con la pala con todas sus fuerzas; dispara el arcabuz y se da por satisfecho cuando los que le acompañan le dicen que apuntó alto, o que tocó cerca del blanco.

¿Quién sabe si el género humano comete una torpeza análoga por la falta de algún sentido, y si por ello el aspecto de las cosas nos permanece oculto? ¿Quién sabe si las oscuridades que encontramos en la naturaleza provienen de igual causa, y si muchos fenómenos que vemos en los

animales, que superan nuestras facultades, proceden también de igual origen, y si algunos de entre ellos gozan de una vida más plena que la nuestra? Cuando cogemos una manzana nos servimos casi de todos nuestros sentidos; advertimos en ella el color rojo, la pulidez, el olor y la dulzura; además de estas propiedades dicho fruto puede tener otras que nosotros no percibimos por carecer de sentidos que las adviertan. En las propiedades que llamamos ocultas en muchas cosas, como la del imán de atraer al acero, ¿no es verosímil que en la naturaleza haya facultades sensitivas propias para juzgarlas y advertirlas, y que su carencia nos acarree la ignorancia de la esencia verdadera de tales causas? Acaso es cierto sentido particular lo que descubre a los gallos la hora de la mañana y la de la media noche, y los mueve a cantar; lo que enseña a las gallinas antes de que nadie se lo diga a temer al gavilán, y no al pato ni al pavo, que son de mayor tamaño; lo que advierte a los pollos de la naturaleza hostil del gato contra ellos, y a no temer al perro; a prevenirse contra el maullido, que es en cierto modo cariñoso, y no contra los ladridos, que son rudos y pendencieros; a los abejorros, hormigas y ratones a escoger el mejor queso y las mejores peras antes de haberlos gustado, y lo que encamina al ciervo, al elefante y a la serpiente al conocimiento de determinada hierba para su curación. No hay sentido cuyo influjo no sea grande y que por su mediación no procure un número infinito de conocimientos. Si nos encontráramos privados de la inteligencia de los sonidos, de la armonía y de la voz, esta circunstancia generaría una confusión inimaginable; pues además de la misión propia de cada órgano, ¿cuántos argumentos, consecuencias y conclusiones no deducimos para otras cosas por la comparación de unos sentidos con otros? Que un hombre inteligente imagine la naturaleza humana nacida sin el sentido de la vista, y calcule el desorden e ignorancia que acompañaría a tal ausencia, y cuántas tinieblas y ceguera en nuestra alma. De donde puede deducirse la gran trascendencia de ello para el conocimiento de la verdad; la privación de un sentido, o de dos, o de tres; dado que en nosotros exista. Hemos creado una verdad con el apoyo y concurso de los cinco que tenemos, pero acaso fuese necesario el acuerdo de ocho o diez, y su concurso, para advertirla de un modo cierto y en su esencia.

Las sectas que combaten la ciencia del hombre se apoyan principalmente en la debilidad e incertidumbre de nuestros sentidos. Como todo conocimiento llega a nosotros por su mediación, si no son exactos en las nociones que nos comunican, si corrompen o alteran lo que nos transmiten del exterior, si la luz que por medio de ellos corre a nuestra alma se oscurece durante el pasaje, nuestro conocimiento no tiene fundamento alguno. De esta duda nacieron las siguientes ideas: «Que cada objeto encierra en sí mismo cuanto en él encontramos»; «que nada es real de lo que creemos ver en él», y la opinión de los epicúreos, según la cual «el sol no es más grande de lo que nuestra vista lo juzga:

> Ni traza un recorrido mayor que el que aparece a nuestro ojos,[161]

»pues las apariencias que hacen ver un cuerpo grande a quien está cercano a él, y más pequeño a quien está lejos, son ambas verdaderas:

> Mas en este caso no deberemos decir que los ojos se engañan, ni achacarles un defecto que realmente tiene su asiento en nuestro espíritu:[162]

»afirman otros de una manera absoluta que los sentidos nos transmiten fielmente los objetos; que es preciso sujetarse a lo que nos manifiestan, y alejar razones distintas para explicar la diferencia y contradicción que encontramos en ellos, y hasta inventar cualquier patraña cuando no encontramos razones; hasta tal extremo llegaron algunos, antes que acusar a aquellos». Timágoras juraba que por oprimirse o estirarse los párpados nunca vio convertirse una luz en dos; y añadía que semejante apariencia radicaba en la errónea opinión, no en el órgano visual. De todos los absurdos imaginables, el mayor para los epicúreos consiste en rechazar la fuerza y efecto de los sentidos:

> Así pues, lo que los sentidos nos enseñan es verdad ahora y siempre. Si la razón no puede descubrir la causa de que los objetos que de cerca son cuadrados de lejos parezcan redondos, preferible es explicar esta doble apariencia mediante un razonamiento falaz que supla la falta de positivas razones a dejar que se escape de nuestras manos la verdad revelada por los sentidos, que pierda el conocimiento su apoyo más firme y que se destruyan los cimientos sobre los que descansa nuestra vida y nuestra conservación; porque no es solo la razón la que se hunde, es la vida entera, que descansa también sobre el testimonio de los sentidos, pues que sin ellos no podría el hombre librarse de caer en los precipicios que halla a su paso ni evitar otros muchos peligros que le rodean.[163]

Semejante recomendación, tan desesperada y poco filosófica, no declara cosa distinta, sino que la ciencia humana no puede sustentarse más que por medio de razones irrazonables, locas y descabelladas; pero que sin embargo es preferible que el hombre, para acreditar su autoridad, se sirva de ellas y de cualquier otro remedio, por quimérico que sea, antes que reconocer su torpeza irremediable, una verdad que tan poco le favorece. No puede rechazar que los sentidos no sean los soberanos dueños de la ciencia que posee; pero el hecho es que son inciertos, y tienden al error en cualquier circunstancia. Contra esta aseveración evidente se levanta en contradicción, y si las fuerzas legítimas le faltan, como sucede en realidad, va derecho a la testarudez, a la temeridad y al cinismo para encontrar en ellos armas. Si lo que los epicúreos afirman fuese cierto, a saber, «que carecemos de todo conocimiento, si son falsas las representaciones de los sentidos»; y si fuera verdad lo que los estoicos afirman, «que las representaciones de los sentidos son tan falsas que no pueden dar lugar a ninguna ciencia», podemos concluir, fundamentándonos en esas dos grandes escuelas dogmáticas, que la ciencia no existe.

Con respecto al error e incertidumbre de las operaciones de los sentidos pueden procurarse tantos ejemplos como les plazca: tan frecuentes son los errores a que nos conducen. Cuando el eco le repercute en un valle el sonido de una trompeta que suena una legua detrás de nosotros semeja precedernos:

> Montañas que surgen en medio del mar, por entre las cuales podrían cruzar grandes navíos, parecen vistas de lejos una masa compacta; como si las diversas prominencias aproximándose y confundiéndose formasen una gran isla. Asimismo, al navegar con velas desplegadas, sin apartarnos de la costa, nos parece que las llanuras y los valles corren en dirección opuesta… Si nuestro caballo se detiene en medio de un río, se nos figura que una fuerza extraña se apodera de su cuerpo y lo hace marchar contra la corriente.[164]

Cuando con el dedo índice se toca un balín de arcabuz, estando el del corazón entrelazado por la parte superior de aquel, se requiere violentarse para reconocer que no hay más que uno; de tal modo los sentidos nos representan dos. Que estos sean muchas veces dueños del raciocinio y le obliguen a recibir impresiones que conoce y juzga falsas, se ve a cada momento. Dejando a un lado el del tacto, cuyas funciones son más

cercanas, vivas y sustanciales, el cual tantas veces da en tierra, por los efectos dolorosos que comunica a nuestro cuerpo, con las más estoicas resoluciones, y obliga a exhalar alaridos a quien implantó heroicamente en su alma; «que el cólico como cualesquiera otra enfermedad y dolor es cosa indiferente que carece de fuerzas para aminorar en nada la dicha soberana y la bienandanza en que el filósofo se coloca por virtud del vigor de su espíritu», no hay ánimo por flojo que sea, a quien el redoblar de los tambores y el sonido de las trompetas deje de alentar, ni tan duro que no se sienta despertado y acariciado por los dulces acordes de la música. Ningún alma hay tan ruda que no se sienta movida a reverencia al considerar el vasto recinto de nuestras iglesias, rodeado de misterio; la diversidad de los ornamentos y el orden de las ceremonias; al oír la santa armonía de los órganos, y el timbre religioso y tranquilo de las voces del coro; hasta los que traspasan con indiferencia los umbrales de nuestros templos experimentan como un temblor en su pecho, algún temor que los hace desconfiar de la eficacia de sus ideas. Por lo que a mí respecta, en modo alguno me siento suficientemente fuerte para escuchar con frialdad los versos de Horacio o de Catulo cantados por una garganta armoniosa y una boca joven y linda; Zenón decía bien cuando afirmaba que la voz constituye la esencia de la belleza. Han querido hacerme creer que un hombre a quien todos los franceses conocemos me obligó a aceptar como buenos, recitándomelos, unos versos que había compuesto; que no eran lo mismo en el papel que en el aire, y que mis ojos juzgaron de diverso modo que mis oídos; de tal suerte la pronunciación realza y da más valor a las obras que de ella dependen. Por lo cual Filoxeno no montó en cólera al oír entonar mal una de sus composiciones, sino que pateó e hizo añicos unos ladrillos que pertenecían al recitador, diciéndole: «Rompo lo que es tuyo, como tú corrompes lo que es mío». ¿Por qué hasta los mismos que recibieron la muerte con ánimo varonil apartaron el rostro para no ver el golpe que soportaban? Los que para el cuidado de su salud desean y solicitan que se les ampute o cauterice, ¿por qué son incapaces de resistir la vista de las herramientas, utensilios y la operación del cirujano, puesto que los ojos no tienen ninguna participación en el dolor? ¿No son estos ejemplos buena prueba del predominio que los sentidos ejercen sobre la razón? Inútil es que

sepamos que esas trenzas se recibieron prestadas de la cabeza de un paje o de un lacayo, que ese carmín vino de España, y esa blancura y pulidez del mar océano; la vista nos fuerza a encontrar a la dama más linda y apetitosa contra todo viso de razón, pues todos esos atractivos son postizos:

> Nos seduce la apariencia; los defectos se ocultan con el oro y las piedras preciosas; lo que menos importa en una doncella es la doncella misma. Con frecuencia ocurre preguntar viendo tan extraordinario artificio dónde está el objeto amado; el amor nos deslumbra vistiéndose con galas espléndidas.[165]

¡Cuánto conceden al empuje de los sentidos los poetas que representan a Narciso perdido de amor por su sombra,

> Se embelesa en la contemplación de su bella figura y su insensatez le lleva hasta apasionarse por sí mismo; a echarse requiebros y a solicitar sus propios favores, a abrazarse en las llamas que él mismo se inspira;[166]

y el cerebro de Pigmalión, tan trastornado se vio por la impresión de la vista de su estatua de marfil que le inspiró deseos, al suponerla animada por el soplo de la vida!

> La besa y cree que la estatua le devuelve los besos; se acerca más, y la abraza, y se imagina que sus dedos se hunden cual si tocaran un cuerpo vivo, no se atreve a estrecharla por temor de ahogarla entre sus brazos.[167]

Se puede colocar a un filósofo en una jaula de alambres delgados, y puestos a distancia, suspendida en lo alto de las torres de Nuestra Señora de París: nuestro hombre verá evidentemente que la caída es imposible; mas sin embargo no podrá evitar (caso de no estar habituado al oficio de pizarrero) que la contemplación de altura tan extraordinaria no le espante y atemorice; de resistencia sobrada damos muestras con mantenernos seguros en las galerías de los campanarios, cuando estos tienen aberturas y antepechos; hay personas que no resisten ni siquiera que les pase por la cabeza la idea de encontrarse a una altura tan considerable. Se puede colocar una viga entre dos torres del mismo templo[168] de un grosor y anchura suficientes a que podamos andar sobre ella; no hay prudencia filosófica, por firme que sea, que nos aliente a recorrerla como la recorreríamos si estuviera en el suelo. Con frecuencia he experimentado, mientras me hallaba en las alturas de las montañas que están más allá de mi

país (soy, sin embargo, de los que se espantan poco de tales cosas), que no podía resistir la vista de la profundidad infinita que divisaba sin horror y temblor de corvas y muslos, eso que no me aproximé demasiado, ni tampoco la caída hubiera sido posible de no haberme arrojado voluntariamente. He advertido también que cualquiera que sea la elevación del precipicio ante el cual estemos colocados, siempre y cuando que en la pendiente haya un árbol o una roca para detener algún tanto nuestra vista y compartir su atención, semejante circunstancia nos alivia, y tranquiliza, cual si fuera cosa de que en la caída pudiésemos recibir socorro; pero los abismos cortados, sin prominencias, ni siquiera podemos mirarlos sin que el vértigo nos gane instantáneamente, lo cual es una evidente impostura de la vista: «No es posible asomarse a ellos sin que el vértigo se apodere de todo nuestro ser».[169] Por eso el gran Demócrito se saltó los ojos para descargar su alma de los desórdenes que con ellos recibía, y poder así filosofar con mayor libertad. Mas siguiendo iguales miras debió también ponerse estopa en los oídos, los cuales según Teofrasto constituyen el instrumento más peligroso de que disponemos para recibir impresiones violentas, que nos trastornan y modifican; y debió privarse de todos los demás sentidos, o lo que es lo mismo, de su ser y de su vida, pues en todos ellos reside el poderío de avasallar nuestra razón y nuestra alma. «Sucede también que el espíritu se siente impresionado con más viveza unas veces por ciertos espectáculos, otras por la vibración de una voz extraña o por la melodía de ciertas canciones; otras, en fin, por la inquietud o por el temor.»[170] Aseguran los médicos que ciertos temperamentos se agitan hasta el furor oyendo determinados sonidos musicales. He visto alguien que no podía sentir que royeran un hueso bajo su mesa sin perder al punto la paciencia, y apenas hay hombre que no se estremezca ante el ruido áspero e intenso que produce la lima al aplicarla contra el hierro; al oír mascar de cerca; el escuchar a alguien que tenga en la garganta o en la nariz algún obstáculo, muchos se incomodan hasta la cólera o el odio. El flautista templador de Graco, que ablandaba, vigorizaba y acomodaba el diapasón requerido por la voz de su amo cuando este arengaba en Roma, ¿qué servicio prestaba si el movimiento e índole del sonido no era capaz de conmover ni alterar el juicio de los oyentes? ¡En verdad hay motivo para enorgullecerse de la

seguridad de nuestros lindos órganos, que se modifican y cambian merced a un viento tan sutil y ligero!

Idéntica ilusión que los sentidos llevan al entendimiento la reciben ellos a su vez; frecuentemente nuestra alma se desquita de igual modo. Se diría que los unos y la otra se engañan a competencia. Lo que vemos y oímos cuando estamos agitados por la cólera no lo vemos ni lo oímos tal como es en realidad:

> Entonces se ven (*como aconteció a Penteo*) dos soles y dos Tebas:[171]

aquello que amamos nos parece más hermoso de lo que en el fondo es:

> No es raro ver la maldad y la bajeza atraerse todas las voluntades y reinar con imperio absoluto en los corazones;[172]

y más feo lo que nos disgusta; para un hombre desesperado y afligido, la claridad del día es oscura y tenebrosa. Nuestros sentidos no solo se ven trastornados, sino también entorpecidos por completo a causa de las pasiones del alma; ¿cuántas cosas ven nuestros ojos que nuestro espíritu no admite cuando otras cosas le preocupan?

> Aun las cosas que tienes delante de los ojos, si no fijas en ellas la atención, serán para ti tan desconocidas como aquellas otras que siempre estuvieron ocultas y colocadas a inmensa distancia.[173]

Se diría que el alma, recogida interiormente, se siente preocupada por las representaciones de los sentidos. De todo esto podemos concluir que el hombre, así interior como exteriormente, se halla repleto de debilidad y mentira.

Los que compararon nuestra existencia a un sueño quizá tuvieron más razón de lo que pensaron. Cuando soñamos, nuestra alma vive, obra y ejercita todas sus facultades, ni más ni menos que cuando velamos; y si bien lo hace de una manera más blanda y borrosa, no es hasta el extremo que la diferencia sea como la que va de la noche a una claridad viva, sino más bien como la que existe entre la noche y la sombra. Cuando soñamos, el alma duerme; cuando estamos despiertos, dormita; más o menos intensas, en las tinieblas se encuentra siempre, en las tinieblas cimerianas. Velamos dormidos, y velando dormimos. Yo no veo con tanta claridad en el sueño;

mas por lo que toca al velar, jamás lo contemplo puro y sin nubes. El sueño en su profundidad adormece a veces los sueños mismos, pero nuestro velar no es nunca tan despierto que disipe y purgue los ensueños, que son los sueños de los que velan, o peor aún. Reconociendo nuestra razón y nuestra alma las quimeras e ideas que engendramos en el sueño, acertándolas lo mismo que los actos que realizamos cuando estamos despiertos, ¿por qué no ponemos en duda si nuestro pensar y nuestro obrar son otro sueño, y nuestro velar alguna manera de dormir?

Si los sentidos son nuestros primeros jueces, no son sin embargo los que exclusivamente debemos llamar a consejo, pues en tal facultad los animales tienen tanto o más derecho que nosotros. Es evidente que algunos tienen el oído más agudo que el hombre, otros la vista, otros la sensibilidad, y otros el tacto o el gusto. Demócrito decía que los dioses y las bestias estaban dotados de facultades sensitivas mucho más perfectas que el hombre. Ahora bien, entre los efectos de los sentidos de aquellas y los nuestros la diferencia es extrema; nuestra saliva limpia y seca nuestras llagas, pero mata a la serpiente:

> La diversidad y aun la oposición en este punto es tal, que a veces lo que para unos sirve de alimento obra en los otros como activa ponzoña; la serpiente, por ejemplo, al contacto de la saliva del hombre muere destrozándose ella misma:[174]

¿cuál será, pues, la cualidad que aplicaremos a la saliva? ¿Según las propiedades que en nosotros produce, o conforme al resultado en la serpiente? ¿Por cuál de los dos casos fijaremos la verdadera esencia que buscamos? Plinio afirma que en las Indias hay ciertas liebres marinas cuya carne es para el hombre venenosa, y el hombre es a su vez veneno para ellas, pues con el solo contacto las mata; ¿quién será en este caso el verdadero veneno, el hombre o el pez?, ¿a quién habremos de dar crédito de eficacia destructora, al pez, que es veneno para hombre, o al hombre, que es veneno para pez? Ciertos miasmas dañan al hombre pero no perjudican al buey; otros dañan al buey y dejan libre al hombre; ¿cuál de los dos miasmas será de naturaleza pestilente? Los que padecen de ictericia ven todas las cosas amarillentas y más pálidas que los que no sufren esta enfermedad:

> Los enfermos de ictericia todo lo ven pajizo.[175]

Los que tienen el mal que los médicos llaman *hyposphagma*, que consiste en el esparcimiento de la sangre bajo la piel, ven todas las cosas rojas y sangrientas. Estos humores que así cambian las propiedades de nuestra vista, ¿qué sabemos si predominan en los animales y les son normales? Porque, en efecto, vemos unos que tienen los ojos amarillos, como nuestros enfermos de ictericia; otros que los tienen encarnados y sangrientos. Es verosímil que para ambos el color de los objetos difiera de como nosotros los vemos; ¿cuál será, por tanto, el verdadero? Porque no está palmariamente demostrado que la esencia de las cosas se manifieste exclusivamente al hombre: la dureza, blancura, profundidad, acidez y demás cualidades de las mismas tocan al servicio y conocimiento de los animales, de la propia forma que a los nuestros; la naturaleza les dio la facultad de advertirlas como a nosotros. Cuando estiramos hacia bajo el párpado inferior, los objetos que se muestran a nuestra vista los vemos alargados y extendidos; algunos animales tienen los ojos así conformados. ¡Quién sabe si este alargamiento es la verdadera forma de los cuerpos, no la ordinaria con que ante nuestra vista se muestran! Si levantamos el mismo párpado inferior, los objetos nos aparecen dobles:

> Nos parece ver en una lámpara dos focos de luz y en un hombre dos rostros y dos cuerpos.[176]

Si tenemos alguna dificultad en los oídos u obstruido el conducto de ellos, advertimos los sonidos de manera distinta a la ordinaria; por lo mismo los animales que tienen las orejas peludas, o cuyo conducto auditivo es muy pequeño, no oyen como nosotros y acogen el sonido de distinto modo. En las fiestas y en los teatros vemos que colocando ante la luz de las antorchas un cristal de un color cualquiera, todo cuanto recibe la luz del mismo nos aparece verde, amarillo o violeta:

> Este mismo efecto producen los toldos amarillos, rojos y grises que para cubrir los grandes circos es costumbre colocar entre travesaños de madera, formando como un techo flotante: hay que fijarse en que cuanto queda debajo, las figuras que aparecen en escena, hombres, mujeres y dioses, todo cambia de aspecto y parece teñido del color mismo de la tela.[177]

Verosímil es que los ojos de los animales, que reconocemos ser de color diferente a los nuestros, les hagan ver los cuerpos del color que aquellos.

Para darnos cuenta exacta de la operación que nuestros sentidos ejecutan, sería pues menester primeramente que estuviéramos de acuerdo con los animales y luego con nosotros mismos, lo cual está muy lejos de suceder, pues debatimos constantemente lo que otro dice, ve o gusta; e igualmente que sobre todo lo demás, de la diversidad de imágenes que por medio de los sentidos formamos. Por virtud de la regla ordinaria de la naturaleza, oye y ve y gusta de distinto modo un niño que un hombre de treinta años; y este diversamente que un sexagenario: son los sentidos más oscuros y opacos para los unos, y más abiertos y agudos para los otros. Recibimos las cosas distintas según nuestro estado y lo que las mismas se nos antojan; así que, siendo nuestra apreciación tan incierta y controvertible, no es raro que se nos diga que podemos reconocer que la nieve nos aparece blanca, pero que el sentar que por su esencia sea así en realidad sobrepasa nuestros alcances; de manera que, al permanecer sin dilucidar este principio, toda la frágil ciencia humana se la lleva el viento necesariamente. ¿En qué no dejan de contradecirse unos sentidos a otros? Una pintura parece de relieve a la vista, y al tacto sin ninguna prominencia; ¿podremos decir del almizcle que es agradable, o ingrato, puesto que satisface al olfato y disgusta al paladar? Existen hierbas y ungüentos adecuados para una parte del cuerpo que aplicados a otra la hieren; la miel es grata al paladar y desagradable a la vista: en esas sortijas que están escopleadas en forma de plumas, a que llaman *pennes sans fin*, no hay ojo por avizor que sea que pueda discernir la anchura verdadera, ni que acierte a librarse de la ilusión que nos las muestra ensanchándose de un lado y adelgazándose y estrechándose del otro, hasta cuando se las hace dar vueltas alrededor del dedo. Sin embargo, al tacto se nos presentan iguales en anchura por todos lados. Las personas que por aumentar su deleite se servían antiguamente de espejos propios para abultar y agrandar el objeto que ante ellos presentaban, a fin de que los órganos de que se iban a servir las placieran mejor merced a ese abultamiento ocular, ¿a cuál de los dos sentidos complacían, a la vista, que les representaba los órganos gruesos y grandes cuanto querían, o al tacto, que se los mostraba pequeños o insignificantes? El pan que comemos es simplemente, pan, pero nuestro organismo lo transforma en huesos, sangre, carne, pelos y uñas:

> Como el alimento que se distribuye por todas las partes del cuerpo desaparece transformándose en una nueva sustancia;[178]

la sustancia, que chupa la raíz de un árbol, se cambia en tronco, hojas y fruto; y el aire, siendo idéntico, se trueca por la aplicación a una trompeta, diverso en mil clases de sonidos; así que yo me pregunto: ¿son nuestros sentidos los que modifican de igual modo las diversas cualidades de los objetos?, ¿o son estos los que así las tienen? Mayormente, puesto que los accidentes de las enfermedades, de las quimeras o del sueño, nos hacen ver las cosas diferentes de como se muestran a los sanos, a los cuerdos y a los que velan, ¿no es verosímil que nuestra postura y nuestro temperamento naturales tengan también el poder de desfigurar las cosas acomodándolas a su condición, de igual manera que las naturalezas trastornadas? ¿Por qué no ha de comunicar la templanza a los objetos alguna forma peculiar suya y lo propio la cualidad contraria? El paladar del inapetente aumenta la insipidez del vino, el del sano el sabor, el del sediento la exquisitez. Por consiguiente, acomodando nuestro estado las cosas a sí mismo y transformándolas al mismo tenor, desconocemos cómo son en esencia, pues todo llega a nosotros alterado y falsificado por los sentidos. Donde el compás, la escuadra y la regla no son exactos, todas las proporciones que de ellos se deduzcan, todos los edificios que se erijan según la medida de los mismos, serán también necesariamente imperfectos y defectuosos. La incertidumbre de nuestros sentidos trueca en dudoso todo cuanto nos reflejan:

> Si al construir un edificio nos ajustamos a un plano mal trazado y nos servimos de una escuadra irregular que no marca la dirección perpendicular que deben seguir los muros; y de un nivel que tampoco señala tal línea horizontal, toda la construcción será viciosa y por necesidad insegura; todo estará inclinado, torcido y en desorden, desde los cimientos hasta el tejado; algunas partes del edificio parecerá que se están cayendo y otras se derrumbarán a causa de su mala construcción; así el conocimiento de las cosas necesariamente falso, si son falsas las sensaciones que le sirven de fundamento.[179]

Y una vez demostrado esto, ¿quién será apto para aquilatar este error? De la propia manera que al contravertir sobre cosas de religión hemos menester de un hombre que no esté ligado al uno ni al otro bando, que esté libre de toda estima e inclinación, lo cual no acontece entre los cristianos, lo mismo sucede aquí, pues si el juez es viejo, no puede hacerse cargo de la vejez, siendo él mismo parte interesada en el debate; si es joven, acontece

de igual modo; y lo mismo si está sano o enfermo, si duerme o vela. Precisaríamos uno exento de todas esas condiciones, a fin de que libre de prejuicios, juzgara las cosas como si le fueran indiferentes. Un juez cuya existencia es imposible.

Para aquilatar las apariencias fenomenales de las cosas precisaríamos un instrumento que las midiera; para comprobar las operaciones de los instrumentos hemos menester una demostración, y para convencernos de si esta es exacta tendríamos que echar mano de otro instrumento, con lo cual estamos ya en el límite a que pueden llegar nuestras invenciones. Puesto que nuestros sentidos no son capaces de detener nuestra disputa, encontrándose como se encuentran llenos de incertidumbre, menester es que la detenga la razón; ninguna podrá sentarse sin el concurso de otra, y nos vemos de nuevo metidos en un círculo vicioso, que llegaría al infinito. Nuestra fantasía no obra sobre las cosas que le son ajenas, sino que recibe el concurso de los sentidos; estos tampoco alcanzan las cosas que les son extrañas, sino solamente sus pasiones peculiares; de modo que la fantasía es solo apariencia sin ser objeto y solo contiene la pasión de los sentidos; aquella facultad y los objetos son cosa distinta, por lo cual quien se deja llevar por las apariencias, juzga en presencia de cosa distinta. Decir que los sentidos llevan al alma las cualidades de los objetos extraños por semejanza, no es posible, porque ni el alma ni el entendimiento pueden certificarse de tal semejanza, careciendo como carecen de todo comercio con los objetos extraños. De igual modo que quien no conoce a Sócrates no puede decir al ver su retrato si se le asemeja. Así que quien a pesar de todo quisiera juzgar por las apariencias, si quiere hacerse cargo de todas es imposible, pues se presentan en oposición las unas a las otras por sus contrariedades y discrepancias, como la experiencia nos acredita; ¿tendremos motivos para conjeturar que por virtud de algunas podremos colocar otras en su verdadero lugar? Para ello habría que comprobar la elección con otra elección; la segunda por la tercera, y así nunca acabaríamos. Finalmente, ninguna hay que sea constante en nuestro ser ni en los objetos; nosotros, nuestro juicio y todas las cosas mortales van rodando y corriendo sin cesar, de manera que nada cierto puede afirmarse

de lo primero ni de las otras, estando el juez y la cosa juzgada en continuos mutación y movimiento.[180]

Comunicación con el ser no tenemos ninguna porque toda naturaleza humana está constantemente en el punto medio, entre el nacer y el morir; y no da de sí misma sino una apariencia oscura y sombría, y una idea débil e incierta; y si por casualidad fijáis vuestro pensamiento en querer que conozca su ser, haréis lo propio que si pretendierais coger un puñado de agua: a medida que la mano vaya apretando y oprimiendo lo que por naturaleza se escapa por todas partes, más irá perdiendo lo que quiere retener y asir. Así que, en vista de que todas las cosas están sujetas a pasar de un estado a otro, la razón, que en ellas busca una esencia real, se ve chasqueada constantemente, no pudiendo alcanzar nada consistente, porque todo o comienza a recibir forma o principia a morir antes de que sea nacido. Platón decía que los cuerpos jamás tenían existencia, y sí nacimiento, considerando que Homero hizo a Océano padre de los dioses, y a Tetis la madre, por estar en fluxión, transformación y variación perpetuos. Esta idea fue común a todos los filósofos anteriores a aquel, a excepción de Parménides, que consideraba las cosas como privadas de movimiento a la fuerza del cual da suma importancia. Pitágoras afirmaba que toda materia está sujeta a modificación y es caduca; los estoicos, que el tiempo presente no existe, y que lo que llamamos presente no es sino la unión de lo venidero y lo pasado; Heráclito creía que nunca un hombre había entrado dos veces en el mismo río; Epicarmes, que quien pidió dinero prestado no lo debe ya después; y que quien la víspera fue invitado a almorzar al día siguiente ya no está convidado, en atención a que no son las mismas personas; cambiaron ya,[181] «y que una sustancia mortal no podía hallarse dos veces en estado idéntico, pues a causa de la rapidez y ligereza del cambio, ya se disipa, ya se une, viene o va; de manera que lo que comienza a nacer no alcanza nunca la perfección del ser, en atención a que ese mismo nacer nunca acaba y nunca se detiene como habiendo llegado al fin, sino que a partir de la semilla va cambiándose y mudándose constantemente de un estado a otro; como de la semilla humana se hace primero en el vientre de la madre un fruto informe, luego un niño ya formado, luego, fuera del seno, un niño que se cría mamando, después un muchacho, luego un joven, después

un hombre cumplido, más tarde un viejo y al fin un anciano decrépito; de modo que la edad y generación subsiguientes van deshaciendo y estropeando constantemente la que precedió:

> Todo en el universo cambia en la sucesión del tiempo; todas las cosas deben pasar por estados diferentes; nada se conserva perpetuamente idéntico a sí mismo. Todo pasa, todo cambia de constitución, todo está sujeto a metamorfosis.[182]

»Neciamente tememos una sola especie de muerte, puesto que hemos pasado y estamos pasando por tantas otras; pues, no solamente, como Heráclito decía, la muerte del fuego engendra el aire y la del aire engendra el agua, sino que con evidencia mayor podemos ver cosa idéntica en nosotros mismos; la flor de la edad muere y pasa cuando la vejez sobreviene, y la juventud acaba en lo mejor de la edad del hombre hecho; la infancia en la juventud, y la primera edad muere en la infancia, y el día de ayer en el de hoy y el de hoy morirá en el de mañana, y nada hay que permanezca ni que sea siempre uno. Que así suceda, en efecto, lo prueba el que si nos mantuviéramos los mismos y unos no nos regocijaríamos ahora con una cosa y luego con otra. ¿De dónde proviene que estimemos cosas contrarias o las odiemos, que las alabemos o las censuremos? ¿Cómo sentimos afecciones diversas y jamás pensamos de igual modo? Porque no es verosímil que sin mudanza adoptemos pasiones diferentes; y aquello que experimenta cambio no permanece uno mismo, y no siendo uno mismo cambia nuestra esencia pasando de un estado a otro. Por consiguiente nuestros sentidos se engañan y mienten, tomando aquello que les aparece por lo que es en realidad a falta de bien conocer lo que realmente es. Considerado todo ello, ¿qué podremos decir que sea la verdad? Aquello que es eterno, es decir, lo que jamás tuvo nacimiento ni tendrá tampoco fin; aquello a que el tiempo no procura ninguna mutación, pues es el tiempo cosa movible y que aparece como en sombra con la materia que se agita y flota constantemente, sin permanecer nunca estable ni permanente, aquello a que pertenecen estas palabras: antes y después, ha sido y será; las cuales desde luego muestran evidentemente que no es nada que exista, pues sería solemne torpeza y falsedad palmaria decir que subsiste lo que aún está por nacer o que ya dejó de subsistir. Y en cuanto a estas palabras: presente, instante, ahora, por las cuales parece que sostenemos y fundamentamos la

inteligencia del tiempo, al descubrirlo la razón lo destruye instantáneamente, pues lo disuelve al momento, y el futuro y el pasado, como queriendo verlos necesariamente divididos en dos. Lo propio acontece a la naturaleza, que es medida como al tiempo que la mide, pues nada hay tampoco en ella que permanezca ni subsista, sino que todas las cosas o son nacidas o nacientes, o se encuentran ya en el acabar. Por todo lo cual sería pecado decir de Dios, que es lo único que existe, que fue o que será,[183] pues estos términos son declinaciones, vicisitudes o transformaciones de aquello que no puede durar ni permanecer en su ser, por donde precisa concluir que Dios solo existe, y no conforme a ninguna medida del tiempo, sino según una eternidad inmutable o inmóvil, no medida por tiempo ni sujeta a declinación alguna; ante el cual nada existe, ni existirá después, ni será más nuevo o más reciente; sino que es un Ser naturalmente existente que por un solo ahora llena la eternidad, y nada hay que sea verdaderamente más que él solo, sin que pueda decirse ha sido o será; que no tiene principio ni tendrá fin».

A esta tan religiosa conclusión de un hombre pagano quiero añadir solamente las palabras siguientes de otro de igual condición,[184] para cerrar este largo y engorroso discurso, que me procuraría materia sin culto: «Cosa abyecta y desdicha es el hombre —dice—, si no eleva su espíritu por encima de la humanidad». Concepto hermoso y deseo laudable, mas tan absurdo como lo uno y lo otro; pues pretender hacer el puñado más grande que el puño, la brazada mayor que los brazos, y esperar dar una zancada mayor de lo que permite la longitud de nuestras piernas es imposible y monstruoso; y lo mismo que el hombre se coloque por encima de sí mismo y de la humanidad, pues no puede ver más que con sus ojos ni coger más que con sus manos. Se elevaría si milagrosamente Dios le tiende las suyas, renunciando y abandonando sus propios medios, dejándose alzar y realzar por los que son puramente celestes. Incumbe solo a nuestra fe cristiana y no a nuestra resistencia estoica el aspirar a esa divina y milagrosa metamorfosis.

CAPÍTULO XIII

DEL JUZGAR DE LA MUERTE AJENA

Cuando consideramos la firmeza que alguien mostró en la hora de su muerte, que es sin duda la más notable acción de la vida humana, es preciso tener en cuenta que difícilmente creemos encontrarnos en tan supremo momento. Pocas personas mueren convencidas de que en verdad llegó su última hora, y no hay ocasión en que más nos engañe la halagadora esperanza, que no cesa de trompetear en nuestros oídos: «Otros estuvieron más enfermos sin que por ello muriesen; la cosa no es tan desesperada como parece, y mayores milagros hizo Dios». Pasan por nuestra fantasía todas estas ideas, porque damos demasiada importancia a nuestra persona; se diría que la universalidad de las cosas creadas sufre de algún modo a causa de nuestra desaparición, y que se apiada de nuestro estado; porque nuestra vista trastornada se representa las imágenes de las cosas de un modo engañoso: creemos que estas se van a medida que nosotros desaparecemos. Algo parecido le acontece a los que viajan por mar, para quienes montañas, campiñas y ciudades, cielo y tierra marchan en sentido inverso a su camino:

> Al salir del puerto nos parece que la tierra y la ciudad son las que se alejan.[185]

¿Quién vio nunca vejez que no alabara el tiempo pasado y no censurara el presente descargando sobre el mundo y las costumbres de los hombres las miserias de su tristeza?

> Ya comienza a quejarse el campesino viendo la vejez cercana… y al comparar los tiempos presentes con los que pasaron, no cesa de ponderar la ventura de sus padres y ni de celebrar la piedad de los antiguos.[186]

Todo lo arrastramos con nosotros, de donde resulta que consideramos nuestra muerte como un magno suceso que no se realiza sin aparato ni sin consultarlo de manera solemne a los astros; «Tantos dioses agitándose en torno de mi persona»;[187] y tanto más lo pensamos cuanto más importantes nos creemos y más aferrados estamos a la vida. ¿Cómo? ¿Tanta ciencia, tan irreparable pérdida tendrá lugar sin que en ella intervenga para nada la diosa del destino? ¿Es posible que un alma tan singular, tan ejemplar y tan rara no cueste a la muerte más que otra vulgar e inútil? Esta vida que ampara tantas otras, de la cual tantas dependen, a que tantos honores rodean, que emplea a tanta gente a su servicio, ¿desaparece ni más ni menos que si estuviese ligada a un simple nudo? Nadie piensa que no es más que un solo hombre; de aquí aquellas palabras que dijo César a su piloto, más hinchadas que el mar que le amenazaba:

> Si desconfías del auxilio del cielo, acude al mío; la causa única de tu temor está en que no sabes a quién conduces; desafía, pues, las olas sin reparo, que yo te aseguro mi protección;[188]

y estas otras:

> Al fin creyó César verse rodeado de peligros dignos de su persona. ¿Tan ardua empresa es la de aniquilarme, dijo, que contra la frágil barquilla en que me siento se agita tan furiosa tempestad?,[189]

y la pública superstición de que el sol ostentó en su frente durante todo un año el duelo por su muerte:

> También el sol, muerto César, se asoció al duelo de Roma, cubriendo de espeso velo su claro disco:[190]

y mil expresiones semejantes por las cuales el mundo se deja engañar tan fácilmente, creyendo que nuestros intereses trastornan al cielo mismo y que su infinidad se cura de nuestros actos más insignificantes.

> No es tan grande la relación entre los hombres y el cielo que por nuestra muerte pueda modificarse el brillo de los astros.[191]

No es razonable suponer resolución y firmeza en quien no cree encontrarse todavía en el momento del peligro, aunque realmente esté ya dentro de él; tampoco basta que un hombre muera con entereza si de

antemano no se preparó para desplegarla, pues acontece a muchos que violentan su organismo y sus palabras para con ello alcanzar la reputación que esperan gozar todavía en vida. He visto algunos a quienes la casualidad procuró una situación digna para morir, y no el designio preconcebido. Entre los antiguos mismos muchos hubo que se dieron la muerte, y habría que examinar si fue repentina o les llegó por sus pasos calculados. Aquel cruel emperador romano[192] confesaba que quería hacérsela saborear a sus prisioneros; y cuando alguno se suicidaba en la prisión decía: «Este se me escapó». Quería prolongar la muerte y hacerla sentir por el tormento paulatinamente:

> Y aquel cuerpo tan cruelmente lacerado no acababa de recibir el golpe de gracia, sino que con crueldad infame se le procuraba alargar la vida para prolongar más el martirio.[193]

No es cosa meritoria el decidir, gozando de salud y calma, darse muerte; es más bien fácil fanfarronear antes del momento supremo, de tal modo que el hombre más afeminado del mundo, Heliogábalo, en medio de sus más cobardes placeres proyectó matarse como un sibarita cuando las circunstancias le obligaran. Con el fin de que su final no desmintiera su vida pasada, mandó construir una torre suntuosa, cuya base estaba cubierta de oro y pedrería, para precipitarse desde lo alto; ordenó también hacer cuerdas de oro y seda carmesí con que estrangularse, y forjar una espada de oro para atravesarse con ella. Asimismo, puso veneno en vasos de esmeralda y topacio para envenenarse, según el género de muerte que quisiera elegir:

> Animoso por las circunstancias.[194]

El afeminamiento de tales medidas hace presumir que de haberle llegado la ocasión de aplicar uno de esos medios, le hubiera acometido un síncope. Aun entre los que con mayor vigor se resolvieron a la ejecución, preciso es considerar si se valieron de un medio que no dejara tiempo para experimentar los efectos: pues al ver deslizarse la vida poco a poco, al juntarse el dolor del cuerpo con el sentimiento del alma, como hay lugar de volverse atrás no puede saberse si la firmeza y la obstinación se mantuvieron hasta los últimos momentos.

Lucio Domicio, que fue hecho prisionero en el Abruzo por Julio César, bebió una pócima para envenenarse, pero se arrepintió al instante. Sucede a veces que un hombre resuelve morir, y no logrando asestarse con la fuerza suficiente el primer golpe, como el dolor detiene su brazo, se hiere dos o tres veces de nuevo, pero jamás consigue darse el golpe definitivo. Mientras se seguía el proceso de Plautio Silvano, Urgulania, su abuela, hizo llegar a sus manos un puñal, y al no acertar a darse muerte con él hizo que le cortasen las venas. Albucilla, en tiempos de Tiberio, al pretender darse muerte se hirió con demasiada blandura, lo cual procuró a sus enemigos ocasión para aprisionarla y matarla como pretendían. Lo mismo le ocurrió al capitán Demóstenes después de su derrota en Sicilia, y a C. Fimbria, que al herirse de manera ineficiente, le rogó a su criado que acabara de rematarle. Ostorio, por el contrario, no pudiendo servirse de su brazo, tampoco quiso emplear el de su criado para otra cosa sino para que le mantuviera derecho y firme, y tomando carrera puso su garganta en el acero, y se la atravesó. En verdad es esta carne la que debe tragar sin mascar quien no tenga el paladar de consistencia férrea. Sin embargo, el emperador Adriano ordenó a su médico que le marcara en una tetilla el lugar preciso donde debía herirle la persona que había de matarle. Por eso cuando se le preguntaba a César qué género de muerte prefería, contestaba que la menos premeditada y la más corta. Y si tal decía César, no es cobardía el que yo lo crea. Plinio decía: «Una muerte corta es el soberano bien de la vida humana». No pueden reconocerla todos con vista serena. Tampoco puede considerarse con la resolución necesaria para sufrirla quien tiene miedo de hacerle frente y mirarla con los ojos bien abiertos. Los que en los suplicios vemos correr a su fin y apresurar y empujar su ejecución, no lo hacen por valentía, sino porque quieren quitarse de encima la idea de su fin cercano. Lo que les atormenta no es la muerte, es morir.

> Morir no quiero, mas estar muerto ya no me importa.[195]

Por experiencia sé que podré alcanzar este grado de firmeza, como aquellos que se lanzan en los peligros, cual en el océano, con los ojos cerrados.

En la vida de Sócrates nada hay a mi ver más relevante ni preclaro que los treinta días enteros durante los cuales rumió la sentencia de su muerte, y el haberla digerido por espacio de tanto tiempo, estando seguro de su fin, sin conmoverse ni alterarse, realizando todas sus acciones y profiriendo todas sus palabras con tono de negligencia, más bien que con rigidez, por el peso que pudiera ocasionarle una meditación para todos cruel y aterradora.

Pomponio Ático, tan conocido por su correspondencia con Cicerón, al encontrarse enfermo, hizo llamar a Agripa, su yerno, y a dos o tres amigos más, y les dijo que como estuviera convencido de que nada ganaba queriendo curarse, y que cuanto hacía para prolongar su vida prolongaba también y aumentaba su dolor, había resuelto poner fin al uno y a la otra, rogándoles que aprobaran su deliberación, o cuando menos que no perdieran el tiempo oponiéndose a ella. Pero como determinara acabar dejándose morir de hambre, en vez de perecer, sanó súbita y casualmente: el remedio del que echó mano para destruirse le mejoró la salud. Se felicitaron por tan fausto desenlace los médicos y sus amigos, y festejaron un acontecimiento tan dichoso, pero se engañaron de verdad, porque no les fue posible hacerle cambiar la decisión. Para mantenerse firme en ella alegaba Pomponio que un día u otro había de dar el mismo paso, y que puesto que ya estaba empezado quería evitarse el trabajo de comenzar nuevamente en otra ocasión. Este personaje vio de cerca la muerte, y no solo no temió lanzarse en sus brazos, sino que se encarnizó por ganar su compañía. Como le complacía la causa que le movió a entrar en la liza, la bravura le impulsó a experimentar el fin: lejos de tener miedo al morir, quiso tocarlo y saborearlo.

El ejemplo del filósofo Cleantes es muy parecido al de Pomponio. Sus encías se habían inflamado y podrido, y los médicos le aconsejaron una abstinencia completa. Dos días de ayuno le produjeron tan buen efecto que los médicos dieron su curación por terminada, consintiéndole volver a su régimen ordinario. Cleantes se hizo el sordo, y como hubiera comenzado a gustar la dulzura del desfallecimiento en que yacía, no quiso retroceder, trasponiendo el camino en el que tanto había progresado.

El joven romano Tulio Marcelino, queriendo anticipar la hora de su fin para liberarse de una enfermedad que le ocasionaba mayores sufrimientos

de los que quería soportar, llamó a sus amigos con objeto de deliberar sobre su muerte, aun cuando los médicos le habían prometido un seguro restablecimiento, si bien no inmediato. Unos, dice Séneca, le daban el consejo que por flaqueza hubieran practicado ellos, y otros, por servilismo, el que suponían que debía serle más grato. Pero tropezó con un estoico que le habló así: «No te inquietes, Marcelino, cual si de un asunto importante deliberaras; vivir no es cosa que valga la pena; viven tus criados, y los animales viven también; lo importante es permanecer en el mundo con dignidad, constancia y prudencia. Considera el tiempo que hace que vives haciendo lo mismo: comer, beber, dormir; beber, dormir y comer: ni un instante dejamos de rodar alrededor de este círculo. No solo las desgracias y los males insoportables nos hacen desear la muerte, sino también la saciedad misma de vivir». Marcelino no necesitaba consejero. Necesitaba solo quien le ayudara a realizar su propósito, y como sus criados temieran prestarle auxilio, el filósofo les dijo que los servidores son sospechosos solamente cuando hay duda de que la muerte del amo no fue voluntaria, y que no ayudarle sería lo mismo que matarle, porque, como dice Horacio:

> Salvar a quien no lo desea es lo mismo que matarle.[196]

Luego el estoico advirtió a Marcelino cuán procedente sería que, así como en las comidas se sirve el postre a los asistentes al final, así, una vez acabada su vida, debía distribuir alguna cosa entre los que le habían rodeado. Como Marcelino era hombre animoso y liberal, mandó repartir algunas cantidades entre sus servidores, y los consoló al mismo tiempo. Por lo demás no hubo necesidad de acero ni tampoco de derramar sangre; quiso salir de la vida, no huir de ella. No escapar a la muerte, sino experimentarla, y con el fin de procurarse un medio de examinarla bien de cerca, permaneció tres días sin comer ni beber, y al cuarto ordenó que le dieran un baño de agua tibia. Luego fue poco a poco desfalleciendo, no sin sentir algún placer voluptuoso, según declaró.

Y, en efecto, los que sufrieron esos desfallecimientos físicos que provienen de la debilidad, dicen que ningún dolor les ocasionan, sino más bien un placer, como si se encaminaran al sueño y al reposo. Esta clase de muertes son estas estudiadas y digeridas.

Cual si solo a Catón fuera dado mostrar en todo ejemplos de fortaleza quiso su bien que tuviera mala la mano con que se asestó la herida. Así pudo tener la oportunidad de afrontar la muerte y atraparla por el pescuezo, reforzando su vigor ante el peligro en vez de debilitarlo. Si hubiera tenido yo que representarle en su actitud más soberbia, habría escogido el momento en que todo ensangrentado desgarraba sus entrañas, mejor que empuñando la espada, como lo hicieron los escultores de su tiempo, pues aquel segundo suicidio sobrepasó con mucho la furia del primero.

CAPÍTULO XVI

DE LA GLORIA

Existen el nombre y la cosa. El primero es una palabra que distingue y significa la cosa, no es una parte de la cosa misma ni de su sustancia. Es un fragmento extraño junto a la cosa y aparte de ella.

Dios, que es en sí mismo cúmulo y plenitud de toda perfección, no puede aumentarse ni crecer interiormente; mas su nombre puede aumentar y prosperar por la bendición y alabanza que aplicamos a sus obras exteriores. Como no se nos permite incorporar en la esencia divina nuestras alabanzas, tanto más cuanto que no puede existir la comunicación del bien, la atribuimos a su nombre, que fuera de él es la parte más cercana a nosotros; por eso solo a Dios le pertenecen la gloria y el honor, y nada hay que más se aparte de la razón que el mendigarla para aplicarla a nosotros; pues siendo interiormente indigentes y miserables, imperfectos en esencia, y teniendo constantemente necesidad de mejorar, a ello deben ir encaminados nuestros pasos. Estamos hueros y vacíos, y no es precisamente de viento y de palabras de lo que debemos llenarnos; precisamos de una sustancia más sólida para nuestra reparación. Un hambriento sería bien simplote si prefiriera un hermoso vestido a una comida suculenta: hay que acudir a lo más urgente. Como dicen nuestras oraciones diarias:

> Gloria a Dios en las alturas y paz a los hombres en la tierra.[197]

Nos encontramos exhaustos de belleza, salud, prudencia, virtud y otras cualidades esenciales; los adornos exteriores se buscarán después de atender las cosas necesarias. En la teología se tratan amplia y adecuadamente estas materias; yo casi desconozco por completo esta ciencia.

Crisipo y Diógenes fueron los primeros y los que con mayor firmeza menospreciaron la gloria; y entre todos los goces aseguraban que no existía ninguno más peligroso ni que más debiéramos huir que el que nos procura la aprobación ajena. Efectivamente, la experiencia nos hace sentir que nacen de ella traiciones de las más ruinosas. No hay cosa que envenene tanto a los príncipes como la adulación, ni nada tampoco mediante la cual los perversos ganen crédito con facilidad mayor; ni rufianería tan propia y ordinaria para corromper la castidad de las mujeres como regalarles y dirigirles piropos y alabanzas. El primer encantamiento que las sirenas emplearon para engañar a Ulises fue de esta naturaleza:

> Ven hacia acá, Ulises laudabilísimo, el honor más relevante que en la Grecia florezca. **[198]**

Decían aquellos filósofos que toda la gloria del mundo ni siquiera merecía que un hombre sensato extendiese un dedo para alcanzarla:

> ¿Qué será la gloria mayor si es solamente gloria?**[199]**

Y al expresarme así solo hablo de la gloria a secas, pues la hay de una clase que acompaña a virtudes que pueden hacerla deseable: ella nos procura la amabilidad ajena; nos hace menos propensos a ser injuriados y ofendidos, y nos suministra otras ventajas semejantes. El desdén de la gloria era una de las principales reglas de la filosofía epicúrea, pues el precepto de esta escuela que dice OCULTA TU VIDA, y que prohíbe a los hombres embarazarse con la carga de los negocios públicos, presupone necesariamente el menosprecio de la gloria. Quien nos ordena escondernos y no cuidar sino de nosotros mismos; quien no consiente que seamos amigos de los demás, pretende todavía menos que seamos honrados y glorificados; por eso Epicuro aconseja a Idomeneo que de ningún modo gobierne sus acciones conforme a la opinión o fama de las gentes, como no sea para evitar las molestias accidentales que el menosprecio de los hombres puede acarrearle.

Estas reflexiones son absolutamente verdaderas; a mi entender, están completamente de acuerdo con la razón; mas acontece que nosotros somos, no sé por qué causa, dobles en nuestra naturaleza, lo cual da margen a que

aquello que creemos no lo creamos realmente y que no podamos desechar lo que condenamos. Veamos las últimas palabras que Epicuro profiere al morir; en verdad son grandes y dignas de tal filósofo; pero en ellas hay algo que está en contradicción con las ideas que encierra su doctrina. He aquí la carta que dictó antes de exhalar el último suspiro:

> Epicuro saluda a Hermaco.
>
> En tanto que transcurre el feliz y postrero día de mi vida, escribo esto, con un dolor, sin embargo, en la vejiga y en los intestinos que ya no pueden ser más intensos; pero el mal va compensado con el placer que procura a mi alma el recuerdo de mis ideas y reflexiones. Tú, como exige el afecto que desde la infancia me profesaste, a mí y a la filosofía, favorece y hazte cargo de los hijos de Metrodoro.

Tal es la carta. Lo que me hace imaginar que el placer que Epicuro experimenta en su alma merced a sus ideas reconoce parte de la gloria que esperaba alcanzar después de su muerte, está en las disposiciones de su testamento, según el cual:

> Aminomaco y Timócrates, sus herederos, proveen para la celebración del día de su natalicio, todos los años en el mes de enero, a los gastos que Hermaco había de ordenar, lo mismo que a los dispendios que se habían de hacer el veinteno día de cada luna en provecho de los filósofos sus familiares, que se congregarían para honrar la memoria de Epicuro y Metrodoro.

Carneades predicó la doctrina contraria, y sostuvo que la gloria era por sí misma deseable, de igual suerte que abrazamos a nuestros difuntos por su propio valor, sin placer alguno. Esta opinión ha sido la más comúnmente seguida, como suelen serlo las que se acomodan mejor a nuestras inclinaciones. Aristóteles concede a la gloria el primer rango entre los bienes externos, y recomienda que se eviten, como dos extremos viciosos: la inmoderación en el buscarla y el exceso en rehuirla. Yo creo que si hubieran llegado a nosotros los tratados que Cicerón dejó escritos sobre este asunto tendríamos ocasión de conocer cosas singulares, pues este hombre fue de un temperamento tan furibundo en busca de la gloria, que acaso hubiese caído en el exceso profesado por otros, según los cuales la virtud misma no era apetecible ni deseable sino por el honor glorioso que la acompaña siempre:

> La virtud oculta difiere poco de la mortal inercia:[200]

una idea tan errónea, que me entristece que haya nunca podido albergarse en entendimiento de hombre que tuviera el honor de ser llamado filósofo.

Si tal principio fuera cierto, no habría que ser virtuoso sino en público; y las operaciones del alma, donde reside el asiento verdadero de la virtud, sería inútil mantenerlas ordenadas y arregladas en tanto que los demás no tuvieran conocimiento de ello. La clave estaría en cometer delitos fina y sutilmente. Dice Carneades:

> Si sabes que una serpiente permanece oculta donde va a sentarse alguien que encontrará la muerte, y de la cual esperas recibir beneficio, haces mal en no advertírselo, tanto más cuanto que el acto que realizas solo vas a saberlo tú mismo.

Si en nosotros mismos no encontramos la ley del bien obrar, si a nuestros ojos la impunidad es justicia, ¿a cuántas suertes de maldades no nos abandonaremos todos los días? La acción que Sexto Peduceo practica devolviendo religiosamente las riquezas que C. Plotio le había encomendado (nadie más que ellos dos lo sabían, yo hice algo parecido con frecuencia) no la tengo por tan laudable, como encontraría digno de execración el que no se cumpliera tal deber. Creo bueno y útil recordar en nuestros días el ejemplo de P. Sextilio Rufo, a quien Cicerón acusa de haber recibido una herencia contra su conciencia, no contra las leyes, sino ayudado por ellas. M. Craso y E. Hortensio, que merced a su autoridad y poder fueron llamados por un extranjero a la sucesión de un testamento falso, a fin de recoger por este medio su parte, se conformaron con no ser cómplices de la falsedad, pero no rechazaron sacar provecho, considerándose a cubierto con mantenerse al abrigo de las acusaciones de los testigos y de las leyes:

> Es necesario recordar que tenemos a Dios por testigo, y este testigo, a mi ver, es nuestra propia conciencia.[201]

Es la virtud una cosa bien vana y frívola cuando la ejercemos por amor a la gloria. Inútilmente nos obstinaríamos en aislarla y desunirla, porque, ¿qué cosa hay más casual que la fama?

> Todo lo domina la fortuna con su imperio; mientras a unos los lleva al pináculo deja a otros en la oscuridad; la mueve menos el mérito que el capricho.[202]

El procurar que nuestras acciones sean conocidas es por entero entregarse a las circunstancias; es la suerte la que nos suministra la gloria, conforme a su inestabilidad. Muchas veces la vi marchar delante del mérito y otras sobrepasarlo con demasiada generosidad. Quien encontró primero semejanza entre la gloria y la sombra fue más perspicaz de lo que esperaba; cosas son ambas de una vanidad perfecta: también la sombra precede al cuerpo que la proyecta, o le excede con mucho en longitud. Los que enseñan a la nobleza a no buscar en ella nada que difiera del honor, «como si una acción no fuera virtuosa más que cuando ha sido celebrada»,[203] ¿qué pretenden con ello sino amaestrarla en no echarse en brazos del azar cuando sus acciones son invisibles, y hacer que paren mientes en si hay testigos que puedan dar noticia de sus proezas, allí mismo donde se presentan ocasiones mil de obrar bien sin que haya posibilidad de que la acción pueda ser advertida? ¡Cuántas hermosas proezas individuales quedan enterradas en medio de la confusión de una batalla! Quien se entretiene en considerar a los demás durante el combate no se beneficia demasiado a sí mismo:

> En los actos virtuosos y no en la gloria fundamenta su honor el alma verdaderamente grande. El honor es el fin principal de la naturaleza humana.[204]

Toda la gloria que yo pretendo alcanzar de mi existencia consiste en haberla vivido tranquila; tranquila, no según Metrodoro, Arcesilao o Aristipo, sino según mi propia idea de felicidad. Puesto que la filosofía no supo encontrar ningún camino que condujera a la calma de la vida, y que fuera aplicable a todos, que cada cual lo busque por sus propios medios.

¿A quién deben César y Alejandro esa grandeza infinita de su fama sino a la casualidad? ¿Cuántas vidas extinguió el destino en el comienzo de sus progresos, de los cuales no tenemos conocimiento alguno, y que estuvieron dotadas de la misma entereza que aquellos, y que hubieran llevado a cabo iguales portentos si la desdicha de su suerte no las hubiese detenido de pronto en el germinar mismo de sus empresas? A través de tantos y tan extremos peligros, no tengo noticia de que César fuera jamás herido; miles y miles de hombres murieron al enfrentarse a un riesgo menor que el más ligero de los peligros a los que él sobrevivió. Infinitas acciones hermosas

deben desvanecerse, sin que haya medio que pueda testimoniarlas, antes de que una sola venga a nuestro conocimiento. No siempre se permanece en lo alto de una brecha, o a la cabeza de un ejército, o a la vista del general, como sobre un andamio: se es sorprendido entre los setos y el foso; precisa tentar fortuna contra un gallinero; es indispensable atrapar a cuatro mezquinos arcabuceros, que anidaron en una granja; es menester apartarse de las tropas y atacar solo, conforme las circunstancias lo exijan. Y cuando se consideran las cosas detenidamente advertimos a mi entender lo que la experiencia nos enseña: que las ocasiones menos brillantes son las más peligrosas, y que en las guerras que han tenido lugar en nuestro tiempo se perdieron más hombres valerosos en circunstancias mezquinas, en el disputarse de una bicoca, que en ocasiones dignas y honrosas.

Quien considera su muerte como mal empleada de no alcanzarla en un momento señalado, en lugar de ilustrarla oscurece su vida dejando escapar mientras tanto muchas ocasiones meritorias de arriesgarse. Todas aquellas vidas que son justas, ya son suficientemente notables; la conciencia de cada uno trompetea de sobra sus hazañas.

> Nuestra gloria es el testimonio de nuestra conciencia.[205]

Quién no es un hombre valeroso sino para que los demás lo reconozcan y así le estimen más, quien no ejecuta las buenas obras sino a condición de que su virtud vaya derecha al conocimiento de los hombres, ese no es persona de quien pueda sacarse gran provecho.

> Yo creo que en lo restante de aquel invierno hizo Rolando cosas muy dignas de memoria; mas hasta ahora se guardaron todas tan secretas que ninguna culpa me cabe al no relatarlas, pues mi héroe estuvo siempre más presto a realizar acciones hermosas que a divulgarlas; y nunca sus empresas fueron pregonadas sino cuando tuvo testigos que las presenciasen.[206]

Es necesario ir a la guerra para cumplir con nuestro deber, y aguardar la recompensa que no puede faltar a todas las acciones hermosas, por ocultas que sean, ni siquiera a los pensamientos virtuosos: tal es el único contentamiento que una conciencia bien ordenada recibe por el bien obrar. Es necesario ser valiente por sí mismo y por las ventajas que acarrea el

tener el ánimo colocado en firme asiento y seguridad, contra los asaltos de la fortuna:

> La virtud, libre de flaquezas, resplandece con luz inextinguible empuñando su cetro con mano firme, sin escuchar las voces de la plebe.[207]

No porque los demás lo vean y lo sepan debe nuestra alma desempeñar su papel, sino para nosotros, interiormente, donde no lleguen otros ojos que los nuestros. Allí el alma nos resguarda del temor de la muerte, de los dolores y de la deshonra misma; allí nos procura la calma cuando perdemos a nuestros hijos, a nuestros amigos o nuestros bienes; y cuando las circunstancias lo exigen nos conduce a los peligros de la guerra: «no por interés, sino por rendir homenaje a la virtud».[208] Este provecho es mucho más grande y más digno de ser apetecido y esperado que el honor y la gloria, los cuales no son otra cosa que un juicio favorable que de nosotros se hace.

Precisa elegir de entre toda una nación una docena de hombres para juzgar de una aranzada de tierra, y en cambio el juicio de nuestras inclinaciones y de nuestros actos, que es lo más complicado e importante entre todas las cosas existentes, lo encomendamos a la voz común, a la turbamulta, madre de toda ignorancia, de toda injusticia y de toda inconstancia. ¿Es razonable hacer depender la vida de un hombre cuerdo del juicio de los locos?

> ¿Hay mayor necedad que creer que juntos son algo los que uno a uno nos inspiran menosprecio?[209]

Quien endereza sus miras a complacerlos jamás hizo nada señalado; es un blanco intangible y que carece de forma.

> Nada menos estimable que los juicios de la multitud.[210]

Demetrio decía con gracia de la voz del pueblo que no era más meritoria la que le salía por arriba que la que le salía por abajo. Cicerón va más allá todavía:

> Cuando el vulgo alaba una cosa, aun suponiendo que no sea mala, a mí comienza a parecérmelo.[211]

Ningún arte, ninguna flexibilidad de espíritu sería capaz de dirigir nuestros pasos tras un guía tan extraviado e imprevisible: en esta confusión, que solo el viento gobierna, compuesta de tantos ruidos y opiniones vulgares, no puede fijarse ningún camino aceptable. Desechemos un fin tan flotante y volandero; vayamos constantemente en pos de la razón; que la aprobación pública nos siga por virtud de ese principio, si es que quiere seguirnos. Como esta depende por entero de las circunstancias no hay para qué seguir tal o cual dirección. Aunque por su derechura no siguiera yo el camino recto, lo intentaría porque la experiencia me enseñó que a fin de cuentas es el más dichoso y el más ventajoso:

> La providencia nos ha otorgado el don valioso de que lo honesto sea lo que más nos favorece.[212]

Aquel marinero de la antigüedad decía así a Neptuno, en medio de una gran tormenta:

> Oh dios, tú me salvarás si lo tienes a bien, y, si no, me perderás; pero yo mantendré siempre derecho mi timón.

He conocido mil hombres hábiles, astutos y ambiguos, a quienes todo el mundo consideraba como más prudentes que yo en el manejo de las cosas del mundo, y que se fueron a pique en ocasiones en que yo logré salvarme:

> Reí de que el éxito pudiera ser contrario al dolo.[213]

Cuando Paulo Emilio se dirigió a su gloriosa expedición de Macedonia advirtió sobre todo al pueblo romano

> que contuviera la lengua concentrada en hablar de sus hazañas durante su ausencia.

La licencia en el juicio acarrea una gran perturbación en el gobierno de los negocios importantes, pues no todos están dotados de la firmeza de Fabio para rechazar la voz del pueblo adversa e injuriosa, pues él prefirió que se desmembrara su autoridad entre las vanas ideas de los hombres, y así cumplir mejor su misión, no haciendo ningún caso de la reputación favorable ni del consentimiento popular.

Existe yo no sé qué dulzura natural en ser alabado, pero nosotros incrementamos de manera exagerada su valor:

> No me disgusta que me alaben, porque mi complexión es falsa, pero rechazo la idea de que el fin y última mira de nuestras acciones sea conseguir que nos digan: ¡Oh, qué bella es tu obra![214]

Yo no me cuido tanto de lo que soy para otro como me desvelo de lo que soy para mí mismo. Quiero ser rico con mis propios bienes, no con los prestados. Los extraños no ven más que los acontecimientos y las apariencias externas; cada cual puede poner cara de pascua por fuera, aunque por dentro le consuman la calentura y el espanto; los que me rodean no ven mi corazón, no ven más que mi apariencia. Con razón se censura la hipocresía que se ve en la guerra, pues nada hay más sencillo para un hombre experto que escapar del peligro y simular el esfuerzo, mientras el ánimo flaquea o cae deshecho por los suelos. Hay tantos medios de evitar individualmente las ocasiones de exponerse, que podemos engañar mil veces al mundo antes de poner el pie en un lugar donde el peligro nos amenace; y aun entonces, al encontrarnos entre la espada y la pared, sabremos ocultar las emociones de nuestro rostro, expresándonos con palabra serena, aunque nuestra alma vacile interiormente. No hay duda de que quien pudiera echar mano del anillo platónico, que tenía la virtud de hacer invisible al que lo llevaba, se ocultaría donde se precisa hacerse más visible, y se arrepentiría de verse colocado en lugar tan honroso, allí donde la necesidad le fuerza a ser valiente.

> ¿A quién halaga el honor falso, y a quién asusta la calumnia infundada sino al que es indigno y falaz?[215]

He aquí cómo todos esos juicios que se formulan a la vista de las apariencias externas son extraordinariamente inciertos y dudosos. Ningún testimonio existe más seguro que el que cada uno encuentra dentro de su espíritu. ¿Cuántos galopines no vemos que merced a aquellas artimañas son tenidos por héroes? Quien se mantiene firme en una trinchera descubierta ¿en qué supera a cincuenta pobres cavadores que se encuentran junto a él, y que le abren el paso y le cubren con su cuerpo por cinco sueldos de jornal?

> No aceptes las decisiones de la veleidosa Roma, ni gastes en contrariarlas tus ímprobos esfuerzos. No debes buscar fuera de ti tu propio juicio.[216]

Llamamos engrandecer nuestro nombre a esparcirlo y sembrarlo de boca en boca; queremos que sea recibido en buena parte y que tal crecimiento le sirva de provecho; esto es lo más excusable que pueda presentarse en el designio de perseguir la gloria. Pero el exceso de esta enfermedad llega hasta tal punto que muchos buscan que se hable de ellos sea cual se su fortuna. Trogo Pompeyo dice de Erostrato, y Tito Livio de Manlio Capitolino, que ambos desearon antes una gran reputación que una buena reputación. Lo cual es un vicio corriente. Estamos más impacientes de que se hable de nosotros que de que se haga en buen o en mal sentido. Nos basta con que nuestro nombre corra en boca de las personas, sin importar el sentido de la fama que podemos alcanzar. Yo permanezco encerrado dentro de mí mismo, y esa otra vida que habita en el conocimiento de mis amigos, si la considero al desnudo y simplemente en ella misma, bien se me alcanza que no saco fruto ni goce sino por la vanidad de una opinión quimérica; y cuando yo muera influirá sobre mí mucho menos, pues entonces perderé por entero el beneficio de la verdadera utilidad que accidentalmente suele seguirla a veces. No tendré por dónde coger la reputación ni por dónde pueda tocarme ni llegar a mí, pues de aguardar que recaiga en mi nombre, en primer lugar no tengo uno que sea suficientemente mío; de los dos que llevo, el uno es común a todos mis ascendientes y también a otros que no lo son. Una familia hay en París y otra en Montpellier que se llaman Montaigne; y otras dos en Bretaña y en Saintonge, llamadas de la Montaña; la modificación de una sola sílaba unirá de tal suerte nuestras acciones que a mí me cabrá parte en sus glorias y a ellos quizá en mi deshonra. Si los míos se nombraron antaño Eyquem, este apellido corresponde todavía a una conocida casa de Inglaterra. Por lo que toca a mi nombre, pertenece a quien quiera tomarlo, de manera que puede ir a dar en manos de cualquier ganapán. Además, aun cuando yo tuviera un distintivo particular para mí solo, ¿qué puede significar cuando yo no exista? ¿Acaso puede designar y favorecer a la nada?

> No me será más leve la tierra porque la posteridad me alabe,
> ni por ello ha de cubrirse de violetas mi sepulcro;[217]

pero de esto hablé ya en otra parte. Por lo demás, en una batalla en que diez mil hombres acaban destrozados o muertos, ni siquiera hay quince de quienes se hable. Es preciso que se trate de alguna grandeza suprema o de algún hecho de consecuencia trascendental que las circunstancias procuren para que pueda destacar una acción individual, y no hablo de un arcabucero sino que también un capitán necesita de esta fortuna para sobresalir. Porque matar a un hombre, o dos, o diez; presentarse valerosamente ante la muerte, si bien es para todos asunto importante, pues la vida es lo que más se estima, para el mundo es cosa ordinaria y corriente que se ve todos los días; y son necesarias tantas para llegar a producir un hecho señalado, que de ello no podemos aguardar ninguna particular recomendación.

> Un suceso que a muchos ocurrió ya, uno de esos casos que el azar origina diariamente. **[218]**

De tantas millaradas de hombres valientes que murieron en Francia de mil quinientos años acá con las armas en la mano, no hay ni ciento que hayan llegado a nuestra memoria. No ya solo el nombre de los jefes, sino el de las batallas y victorias quedó enterrado en el olvido. Las hazañas de más de la mitad del mundo, a falta de quien las anote, se borran sin dejar ninguna huella. Si en mi posesión tuviera los acontecimientos desconocidos, creo que sería facilísimo oscurecer con ellos los conocidos y celebrados en toda suerte de ejemplos. Entre los mismos romanos y los griegos, entre tantos escritores y testimonios, a través de tan nobles y raras empresas, ¡cuán pocos son los que llegaron a nosotros!

> La voz de la fama, perceptible apenas, apenas nos transmitió su nombre.**[219]**

Milagro será si de aquí a cien años se recuerda a bulto que en nuestra época hubo en Francia guerras civiles. Los lacedemonios hacían sacrificios a las Musas al entrar en batalla, a fin de que sus gestas fueran bien y dignamente relatadas, considerando como favor divino y no común el que las acciones brillantes encontraran testigos que supieran imprimirles vida y memoria. ¿Pensamos quizá que para cada arcabuzazo que nos hiere y para cada inminente peligro que corremos hay un cronista que los registre? Cien cronistas podrían consignarlos en sus comentarios sin que por ello duraran

más que tres días, sin llegar a la vista de nadie. Ni siquiera hemos alcanzado la milésima parte de los escritos de los antiguos; el azar es lo que les dio vida más corta o más dilatada, según su capricho; y de lo que disfrutamos, lícito no es dudar si es lo peor, puesto que no hemos visto lo demás. No se traman historias con tan poca cosa; es necesario haber sido cabeza en la conquista de un imperio o de un reino; es preciso haber ganado cincuenta y dos batallas campales, haber sido constantemente más débil en número, como César; diez mil soldados y muchos capitales murieron hallándose a sus órdenes, valiente y valerosamente, de quienes el nombre se desvaneció con la muerte de sus mujeres e hijos:

> A los que la fama dejó en la oscuridad.[220]

De entre aquellos a quienes vemos realizar actos grandes, tres años o tres meses después de cesar en el desempeño de sus cargos ya nadie se acuerda de ellos; ocurre lo mismo que si no hubieran existido. Quien considere con proporción y justa medida de qué gentes y de qué hechos la gloria guarda memoria en los libros, hallará que en nuestro siglo hay muy contadas acciones y personas que puedan tener legítimo derecho a la gloria. ¿Cuántos hombres notables no hemos visto sobrevivir a su propia reputación, que vieron extinguirse en su propia presencia el galardón que justamente adquirieron en sus años jóvenes? ¡Y por tres de esa vida quimérica e imaginaria vamos perdiendo nuestra existencia esencial y transportándonos a una perpetua muerte! Los filósofos encaminan su vida hacia un fin más hermoso y más justo que esa empresa de importancia tan capital: «La recompensa de una buena acción es haberla practicado». «El beneficio de un favor es el favor mismo».[221] Sería quizá disculpable que un pintor u otro artista semejante, y también un retórico o un gramático, se afanasen por adquirir renombre merced a sus obras, mas las acciones de la virtud son por sí mismas demasiado nobles para buscar otra recompensa que su valor particular, y mucho menos en la vanidad de los juicios humanos.

Si al menos esta falsa opinión sirve para que los hombres se mantengan dentro de su deber; si con ella el pueblo despierta a la virtud; si los soberanos se conmueven al ver que el mundo bendice la memoria de

Trajano y abomina la de Nerón; si los afecta el ver el nombre de este gran bribón en su tiempo causar horror y ser hoy maldecido y ultrajado a voz en grito por el primer colegial que conoce su vida, que la gloria se alimente entre nosotros cuanto sea posible. Platón, al emplear todos los medios que su espíritu le sugería para convertir a la virtud a sus ciudadanos, llegó a aconsejarles que no menospreciasen la buena reputación y la estima de los pueblos; y añade que merced a una inspiración divina acontece que hasta los malos mismos, así de palabra como ideológicamente, saben equitativamente distinguir a los buenos de entre los perversos. Este filósofo y su pedagogo[222] son ingeniosos y atrevidos para hacer intervenir la revelación y las leyes divinas donde quiera que faltan las fuerzas humanas; «como los poetas trágicos recurren a los dioses cuando no aciertan con el desenlace de sus obras»[223] por eso con designio injurioso le llamaba Timón gran forjador de milagros. Puesto que los hombres, a causa de su incapacidad, no pueden pagarse en buena moneda, hay que apelar también a la falsa. Este medio ha sido practicado por todos los legisladores, y no hay república en que deje de encontrarse alguna mezcla, ya de vanidad ceremoniosa, ya de opinión mentirosa, que sirve de freno para sujetar a los pueblos en la obediencia. Por eso la mayor parte de ellos muestran los comienzos fabulosos, enriquecidos de misterios sobrenaturales; esto es lo que dio crédito a las religiones bastardas e hizo que las gentes de entendimiento no las miraran con malos ojos. Por eso Numa y Sertorio, para convertir en creyentes a sus huestes, las apacentaban con esta simpleza: el uno que la ninfa Egeria y el otro que su cierva blanca les aconsejaban de parte de los dioses las determinaciones que tomaban. La autoridad que Numa dio a sus leyes bajo la advocación y patronato de esa diosa; Zoroastro, el legislador de los bactrianos y de los persas, la dio a las suyas bajo el patronato del dios Oromazis; Trimegisto, legislador de los egipcios, se sirvió de Mercurio; Zamolxis, el de los escitas, de Vesta; Carondas, el de los cálcidas, de Saturno; Minos, el de los candiotas, de Júpiter; Licurgo, el de los lacedemonios, de Apolo; Dracón y Solón, legisladores del pueblo ateniense, de Minerva. Todo gobierno, en suma, tiene un dios a su cabeza; falsos todos los demás, verdadero el que Moisés levantó al pueblo de Judea, salido de Egipto. La religión de los beduinos,

como dice Joinville, predicaba entre otras cosas que el alma del que moría por su príncipe se iba a otro cuerpo más dichoso, más hermoso y más fuerte que el primero que había ocupado. Empujados por esta creencia, exponían la vida de mejor gana.

> Con las armas en la mano el valor se exalta y los ánimos se sienten capaces de morir, pues sería necio querer salvar una vida que aunque se pierda renace luego.[224]

Fe saludable, aunque vana. Cada pueblo guarda ejemplos semejantes en sus costumbres, pero este es un asunto que merecería un capítulo aparte.

Y por añadir aún unas palabras sobre lo primero de que hablé en este capítulo, diré que tampoco aconsejo a las damas que llamen honor a lo que no es más que su deber; «de suerte que en el lenguaje corriente se llama honrado lo que juzga glorioso la voz de la fama»;[225] este es el jugo, aquel solo la corteza. Tampoco les aconsejo que nos pongan por pantalla el honor como pretexto de su oposición, pues supongo que sus intenciones, deseos y voluntad, cosas que nada tienen que ver con el honor, como que nada de ello aparece al exterior, están en ellas mejor ordenados que los efectos exteriores:

> La que por no ser lícita una cosa deja de hacerla obra lo mismo que si la hiciera;[226]

la ofensa a Dios y a la propia conciencia será tan grande al desearlo como al efectuarlo; y además esas son por sí mismas acciones tapadas y ocultas. Sería fácil que ocultaran alguna al conocimiento de los demás, de la cual el honor dependiese, si no tuvieran otro respeto al deber y a la afección, distinto del que tienen a la castidad por sí misma. Toda persona de honor prefiere perder este antes que la conciencia.

CAPÍTULO XVII

DE LA PRESUNCIÓN

Hay otra clase de gloria que consiste en la opinión demasiado ventajosa que nos formamos de nuestro valor. Es una inclinación inmoderada, merced a la cual nos idolatramos, y que nos representa a nuestros propios ojos distintos de lo que realmente somos, así como la pasión del amor presta gracias y bellezas al objeto amado, dando margen a que los enamorados hallen, por tener el juicio turbio y trastornado, lo que aman diferente y más perfecto de lo que es en realidad.

Sin embargo, no quiero que por temor de pecar por este lado el hombre se desconozca, ni tampoco que piense valer menos de lo que vale. Debe el juicio en todo mantener sus derechos, y es muy razonable que examine en este caso, como en todos los demás, aquello que la verdad le muestra; por eso vemos que César se puede considerar resueltamente como el primer capitán del mundo. No somos más que ceremonia; la ceremonia nos arrastra, y prescindimos de la esencia de las cosas; permanecemos en las ramas y abandonamos el tronco y el cuerpo del árbol. Hemos enseñado a las damas a enrojecer con solo oír nombrar lo que en modo alguno temen practicar; no osamos nombrar a derechas nuestros miembros, pero no tememos emplearlos en toda clase de concupiscencias. Los miramientos nos vedan el expresar con palabras las cosas lícitas y naturales, y acatamos los miramientos; la razón nos prohíbe cometer actos ilícitos, y nadie obedece a la razón. Y aquí me encuentro yo atascado y trabado por las leyes ceremoniosas, que no consienten ni que se hable bien de sí mismo ni tampoco que se hable mal. Por esta vez las dejaremos a un lado.

Aquellos a quienes la fortuna (llámese buena o mala) hizo pasar la vida en una posición social señalada pueden por sus acciones públicas dar testimonio de lo que son; pero a los que vivieron envueltos en la multitud, y de quienes nadie hablará si ellos mismos no hablan, debe excusárseles el atrevimiento de exteriorizarse en beneficio de los que tienen interés en conocerlos, como Lucilio hizo,

> Se mostraba en sus memorias cual si hablara a un fidelísimo confidente, sin omitir jamás nada de lo bueno ni de lo malo que pudiera sucederle, con lo cual consiguió que toda su vida apareciera allí claramente expuesta, como en unas tablas votivas;[227]

quien confió al papel sus ideas y sus actos, pintándose tal cual se creía ser: «ni Rutilio ni Scauro fueron por ello menos creídos ni menos estimados». [228]

Recuerdo, pues, que desde mi más tierna infancia se advirtió en mí yo no sé qué porte y qué ademanes, testimonios de alguna vana y necia altivez. Entiendo que no es extraordinario ni raro el tener propensiones tan peculiares e incorpóreas en nosotros que carezcamos de medios para advertirlas y reconocerlas; y de estas inclinaciones naturales el cuerpo retiene fácilmente algún resabio contra nuestra voluntad y sin que nosotros nos demos cuenta de ello. Una afectación que sentaba bien con su hermosura hacía inclinar a un lado la cabeza de Alejandro; igual circunstancia convertía en blando y pastoso el habla de Alcibíades; Julio César se rascaba con un dedo la cabeza, lo cual significa el estado de un hombre cuyo espíritu está lleno de graves pensamientos; y creo que Cicerón acostumbraba a fruncir un poco la nariz, que es testimonio de un carácter burlón; todos estos movimientos pueden ganarnos imperceptiblemente. Otros hay artificiales, de que no hablo, como las salutaciones y reverencias, con los cuales alcanzamos, las más de las veces inmerecidamente, el honor de que se nos tenga por sencillos y corteses: se puede ser sencillo aparentemente. Yo soy excesivamente pródigo en saludar con el gorro, principalmente en estío, y jamás se me dirige uno sin que lo devuelva, cualquiera que sea la calidad del que saluda, como no sean personas que vivan a mis expensas. Desearía que algunos príncipes que conozco fueran más económicos y justos dispensadores de los mismos, pues así, esparcidos sin discreción, disminuye su valor, y no producen efecto. Entre los talantes

desordenados no olvidemos la gravedad afectada del emperador Constancio, que en público tenía siempre la cabeza derecha, sin volverla ni inclinarla a ningún lado, ni siquiera para mirar a los que le saludaban o se encontraban junto a él; mantenía el cuerpo plantado, inmóvil, sin dejarse llevar por el vaivén de su carruaje; ni osaba tampoco escupir, sonarse las narices ni limpiarse el sudor de la cara ante la gente. Y no sé si los ademanes que advertían en mí eran como los de que hablé primero, o si dependían de alguna propensión oculta a la vanidad y altivez necias, como acaso fuera la verdad. Los movimientos del cuerpo no puedo justificarlos, cuanto a los del alma quiero aquí confesar lo que por virtud de ellos experimento.

Hay en la presunción dos aspectos diferentes, a saber: el valorarse demasiado, y el no valorar suficientemente a los demás. Por lo que toca al primero, me parece que debo tener en cuenta estas consideraciones: yo me siento avasallado por un error del alma, que me atormenta como injusto y más todavía como inoportuno; procuro corregirlo, pero arrancarlo no puedo, y es que atenúo el equitativo valor de las cosas que poseo y lo realzo a medida que me son extrañas, ausentes y ajenas. Tal disposición de espíritu va en mí muy lejos. De la misma manera que la prerrogativa de autoridad hace que los maridos miren a las mujeres propias con equivocado menosprecio, y muchos padres a sus hijos, así me acontece a mí; entre dos obras semejantes iré siempre contra la que me pertenece. Y la razón no es tanto que el deseo de corregir mi obra y perfeccionarla trastorne mi juicio y me imposibilite de toda satisfacción, como el considerar que en mí, por sí misma, la posesión engendra el desdén de aquello que tengo a mi albedrío. El régimen, costumbres y lenguas de países lejanos me encantan; percibo que el latín me engaña por lo majestuoso de su dignidad algo más de lo que sería justo, como a los niños y al vulgo; el gobierno, la casa y el caballo de mi vecino, aun cuando sean iguales, valen más que los míos, precisamente porque no lo son; mi ignorancia es supina; tanto más admiro la seguridad y aplomo que cada cual tiene en sí mismo, y encuentro que casi nada hay que yo crea saber, ni que tenga seguridad de hacer.

Cuando me propongo llevar a cabo tal o cual labor, carezco de nociones exactas acerca de los medios de que podré echar mano para salir airoso, y

de ellos no me informo sino cuando la tarea acabó, pues desconfío de mis fuerzas tanto como de todo lo demás; de donde resulta que si salgo con lucimiento de un trabajo, lo atribuyo antes a la buena fortuna que a mis propias fuerzas, tanto más cuanto que nunca formo designio previo, y adrede lo dejo al azar. Análogamente me sucede que de todas las opiniones que la antigüedad profesó del hombre en general, las que abrazo de mejor gana, y a que me sujeto más, son las que nos menosprecian, envilecen y rebajan en mayor grado; jamás la filosofía me parece tan razonable como cuando combate y reconoce nuestra presunción y vanidad, cuando de buena fe confiesa la irresolución, debilidad e ignorancia humanas. Me parece que el ama de cría de las más falsas ideas públicas y particulares es la opinión demasiado ventajosa que el hombre se forma de sí mismo. Esas personas que cabalgan sobre el epiciclo de Mercurio y ven hasta lo más recóndito del firmamento, me producen el mismo efecto que si me arrancaran las muelas; pues descubriendo en el estudio que yo hago, cuyo asunto es el hombre, una tan extremada diversidad de juicios, un laberinto tan intrincado de dificultades que se amontonan sin cesar las unas sobre las otras, tanta variedad e incertidumbre en la escuela misma de la sabiduría, y no habiendo sido capaces esos hombres de darse cuenta del conocimiento de sí mismos, ni de su peculiar condición, que constantemente tienen ante sus ojos, y que reside en ellos; no sabiendo cómo se agita lo que ellos hacen agitar, ni cómo pintarnos y descifrar los resortes que guardan y manejan ellos mismos, ¿cómo he de creerlos cuando nos explican la causa del crecer y decrecer de las aguas del Nilo? La curiosidad de inquirir por las cosas fue puesta en el espíritu del hombre para su castigo, dice la palabra divina.

Volviendo a mí mismo, diré que es muy difícil, a lo que creo, que nadie se considere menos, y hasta que nadie me considere menos de lo que yo me considero. Me incluyo en la clase más común y ordinaria de los hombres, y lo que me distingue acaso es la confesión sincera que de ello hago. Sobre mí pesan los defectos más comunes y corrientes, pero ni dejo de reconocerlos, ni tampoco de buscarles excusas, y me valoro solo porque conozco lo que valgo.

Si alguna gloria hay en ello, en mí se encuentra infusa superficialmente, por lo traicionero de mi complexión, careciendo de cuerpo para comparecer

ante la vista de mi juicio. Aquella me circunda sin penetrarme, pues a decir verdad, por lo que toca a las cosas del espíritu, de cualquier modo que las considere, nunca emanó de mí nada que me halagara, y la aprobación ajena para nada me satisface. Es mi juicio delicado y difícil de contentar, muy particularmente en las cosas que conmigo se relacionan: constantemente me desapruebo; por doquiera mis sentidos flotan, y la propia debilidad los doblega; nada peculiar poseo que satisfaga a mi entendimiento. Mi vista es bastante clara y ordenada, pero al poner mano a la obra se trastorna. Esto que digo lo experimento en la poesía con mayor evidencia: me gusta infinitamente, y la juzgo de modo aceptable en las obras ajenas; mas, cuando yo intento crearla, soy incapaz de sufrirme. Puede hacerse el tonto en todas las demás cosas, pero no cuando de poesía se trata:

> Ni los dioses, ni los hombres, ni las columnas de los pórticos consienten que un poeta sea mediano.[229]

¡Pluguiera a Dios que esta sentencia se encontrara al frente de todas las oficinas de nuestros impresores para impedir la entrada en ellas a tantos versificadores hueros!

> En verdad, no hay nadie tan seguro de sí como un mal poeta.[230]

¡Lástima que nosotros no poseamos un pueblo semejante al de los antiguos! Nada estimaba tanto como sus poesías Dionisio, el padre: cuando se celebraban los juegos olímpicos, a ellos enviaba poetas y músicos, montados en carros que a todos los otros excedían en magnificencia, para recitar sus versos en tiendas y pabellones dorados y regiamente tapizados. Al declamarlos, la excelencia y el favor que la pronunciación les prestara atraían instantáneamente la atención del pueblo; mas cuando después llegó el autor a medir y pesar la vacuidad de su obra, al punto la menospreció, y montando en ira se lanzó furioso y derribó y desgarró todos sus pabellones, loco a causa del despecho que sentía. El hecho de que sus carros tampoco hicieran nada relevante en la carrera, y que el navío que a sus gentes conducía tampoco pudiese abordar en Sicilia (una tormenta lo lanzó, destrozándolo contra las costas de Tarento), el mismo pueblo tuvo por cierto que fue un efecto de la cólera de los dioses irritados, como Dionisio, contra

aquel poema detestable; y hasta los mismos marineros que escaparon del naufragio iban secundando la idea popular, a la cual el oráculo semejó también asociarse de algún modo, puesto que declaraba «que Dionisio estaría cercano a su fin cuando hubiera vencido a los que valían más que él». Lo cual interpretó de los cartagineses, quienes le superaban en poder, y teniendo que habérselas con ellos torcía con frecuencia la victoria y la templaba a fin de no incurrir en el sentido de esa predicción; pero se engañaba, pues el dios señalaba la época de las ventajas que por injusticia y favor ganó en Atenas sobre los poetas trágicos superiores a él al hacer representar la suya titulada las *Lenianas*. Repentinamente murió después de esta victoria siendo en buena parte la causa el exceso de alegría que experimentó.

Lo que en mí reconozco excusable no lo es porque de suyo ni verdaderamente lo sea, sino comparado con otras cosas peores, a las cuales veo que se otorga crédito. Yo envidio la dicha de los que saben regocijarse y vanagloriarse con su propia obra, por ser este un medio fácil de procurarse placer, en atención a que se alcanza de sí mismo, principalmente habiendo alguna firmeza en la obstinación. Sé de un poeta a quien bajo y fuerte, solo y acompañado, cielo y tierra gritan que ignora lo que tiene entre manos, mas no por ello rebaja un ápice de la medida que se tomó: constantemente de nuevo comienza, de nuevo se consulta y persiste en su idea con fuerza igual a los improperios que oye y con igual rudeza, la cual a él solo incumbe mantener.

Tan lejos están mis obras de sonreírme que cuantas veces en ellas pongo mano, otras tantas me despecho:

> Cuando vuelvo a leer mis escritos me avergüenzo de haberlos compuesto, porque aun yo mismo que soy el autor creo que deberían suprimirse.[231]

Guardo siempre en el alma una idea y cierta imagen indecisa, que me presentan como en sueños una forma mejor que la trabajada, mas no la puedo coger ni elaborar, y aun esa idea misma es de categoría mediana. Lo que con esto quiero señalar es que las producciones de aquellas almas grandes y ricas de los pasados siglos sobrepasan un grado inmenso al extremo límite de mi fantasía y de mi deseo: no solamente sus escritos me

satisfacen y me llenan, sino que también me pasman, dejándome transido de admiración; juzgo su belleza y la veo, si no hasta el fin al menos tan adentro que me es imposible aspirar a ella. Sea cual fuere el escrito que yo emprenda, debe a las Gracias un sacrificio previo, como Plutarco dice de Jenócrates, para alcanzar así su favor:

> Cuanto nos complace y contribuye a dulcificar la vida del hombre, todo se lo debemos a las Gracias.[232]

Constantemente me abandonan y en mí todo es grosero; me faltan belleza y gentileza; soy incapaz de procurar a las cosas su mayor valor; mi manera nada ayuda a la materia, por lo cual necesito que sea sólida, fácil de asir y que luzca por sí misma. Cuando las que manejo son más regocijadas y vulgares, es mi intento el que me sigan por no gustar de una prudencia triste y ceremoniosa como acostumbra el mundo, y para alegrarme, y no por regocijar mi estilo, el cual más bien las apetece severas y graves, si es que puedo llamar estilo al hablar informe y sin reglas, a la jerga popular y al proceder sin definición, división ni conclusión, confuso, a la manera del que empleaban Amafanio y Rabirio. Yo no acierto a gustar, regocijar ni cosquillear; el mejor cuento del mundo se marchita entre mis manos y se deslustra. No sé hablar distintamente si no es cuando con seriedad me expreso, y me encuentro del todo desprovisto de esa facilidad que veo en algunos de mis compañeros, la cual consiste en hablar al primero que les sale al paso, teniendo pendientes a una concurrencia entera, o en divertir sin cansarse el oído de un príncipe, instruyéndole en toda suerte de asuntos. La materia jamás les falta, merced a la gracia que poseen de saber utilizar la primera que encuentran a mano, acomodándola al humor y alcance de aquellos a quienes hablan. Los soberanos apenas gustan de los discursos sólidos, y yo soy torpe para forjar historias. Las razones primeras y más fáciles, que comúnmente son aquellas de las cuales mejor nos apoderamos, no acierto a emplearlas; cual predicador de aldea, sea cual fuere la cosa de que se trate, tocante a ello digo las cosas más lejanas que conozco. Considera Cicerón que en los tratados de filosofía es la parte más difícil el exordio: si así es en realidad, yo me lanzo a las conclusiones prudentemente. Requiere saber aflojar la cuerda en toda suerte de tonos, y

el más agudo es con frecuencia el menos necesario. Hay por lo menos tanta perfección en levantar una cosa vacía como en sostener una pesada; ya precisa superficialmente manejarlas, otras veces profundizarlas. Sé de sobra que casi todos los hombres se mantienen en este bajo nivel, porque conciben aquellas por esta primera apariencia; pero sé también que a los más grandes maestros, Jenofonte y Platón, por ejemplo, a veces se los ve descender a este bajo medio popular de decir y tratar las cosas, sustentándolas con gracias que jamás les faltan.

Por lo demás, mi lenguaje nada tiene de fácil ni pulido; es rudo y desdeñoso, y sus formas son libres y desordenadas. Me place así, si no por raciocinio, por inclinación; pero bien advierto que a veces me dejo llevar por el exceso, y a fuerza de huir del arte y la afectación recaigo en otros inconvenientes no menos graves.

> Me esfuerzo por ser conciso y caigo en la oscuridad.[233]

Dice Platón que ni lo conciso ni lo amplio son propiedades que procuran o quitan valor al lenguaje. Aun cuando yo me propusiera ese otro estilo homogéneo, ordenado y unido, no acertaría a lograrlo; y a pesar de que los recortes y cadencias de Salustio se acomodan a mi humor, no por ello dejo de encontrar a César más grande y también más difícil de representar; y si mi inclinación me lleva mejor a la imitación del habla de Séneca, tampoco dejo de estimar más el de Plutarco. Como en el hacer, también en el decir sigo simplemente mi manera natural, lo cual acaso sea la causa de mi mayor fortaleza en el hablar que en el escribir. El movimiento y la acción ayudan a las palabras, sobre todo en aquellos que, como yo, se agitan bruscamente, acalorándose: el porte, el semblante, la voz, el vestido y la situación pueden comunicar algún valor a las cosas que por sí mismas de él carecen, como la charla. Mesala se queja en Tácito de algunos trajes muy ceñidos usados en su tiempo y de la forma de los bancos en que los oradores hablaban, los cuales debilitaban la elocuencia.

Mi francés está adulterado lo mismo en la pronunciación que en otros aspectos, por la barbarie de mi terruño: nunca vi hombre nacido y educado en las regiones de por acá que con evidencia cabal no denunciara su charloteo, y que no lastimara los puros oídos franceses. Y sin embargo no

es porque yo sea muy competente en mi perigordano, pues tanto como el alemán lo desconozco, y no me apena. Es este un dialecto lánguido (como los que en torno de mi vivienda se hablan, a uno y otro lado, el poatevino, xantongés, angumosino, lemosín y alverñés), disgregado y suelto; por encima de nosotros, hacia las montañas, hay un gascón que me parece singularmente hermoso, seco, conciso, significativo; lenguaje en verdad varonil y militar, cual ninguno que yo entienda, tan nervioso, poderoso y pertinente como es el francés agraciado, delicado y rico.

En cuanto al latín, que como lengua maternal se me suministró, perdí por falta de costumbre la prontitud para poder servirme de él en el hablar y también en el escribir. Y antaño, por mi idoneidad me llamaban maestro en ella. Ved, pues, cuán poco valgo por este lado.

La belleza es una cualidad de recomendación primordial en el comercio de los humanos y el primer medio de conciliación entre unos y otros. Ningún hombre, por montaraz y bárbaro que sea, deja de sentirse de algún modo herido por su dulzura. Tiene el cuerpo una parte principalísima en nuestro ser y en él ocupa un rango señalado, por donde su estructura y composición merecen justamente considerarse. Los que quieren desprender nuestros dos componentes principales y secuestrar el uno del otro yerran grandemente: se requiere, por el contrario, reacoplarlos y juntarlos; es menester ordenar al alma, no el echarse a un lado; satisfacer aparte, menospreciar y abandonar el cuerpo (tampoco sería capaz de realizarlo si no es sirviéndose de cualquier contrahecho remedio), sino aliarse con él, abrazarlo, acariciarlo, asistirlo, fiscalizarlo, aconsejarlo, enderezarlo, llevándolo por buen camino cuando se extravía, casarse con él en suma, de suerte que le sirva de marido, para que de este modo los efectos no parezcan diversos y contrarios, sino concordantes y uniformes. Los cristianos tienen particular instrucción de este enlace, pues saben que la justicia divina comprende esta sociedad y juntura del cuerpo y del alma hasta procurarle capacidad para las eternas recompensas; e informados están también de que Dios mira las obras de todo el hombre, deseando que en su totalidad reciba el castigo o el premio según sus méritos o deméritos. La secta peripatética, que es de todas la más sociable, atribuye a la sabiduría el cuidado exclusivo de proveer y procurar en común el bien de esas dos partes asociadas; y las

demás sectas, por no haberse sujetado suficientemente a la consideración de la mezcla, muestran su parcialidad abiertamente: una para con el cuerpo y otra para con el alma, cayendo siempre en error semejante. Echaron a un lado el objeto, que es el hombre, y su guía, que generalmente confiesan que es la naturaleza. La distinción primera que haya existido entre las criaturas, y la consideración primera que procuró la preeminencia de una sobre otras, es verosímil que se debiese a las ventajas de la belleza:

> Dividieron y repartieron las tierras según la belleza, la fuerza y el ingenio de cada cual; la hermosura del rostro valía mucho e imperaba la fuerza.[234]

Mi estatura está algo por bajo de la media: este defecto no es solamente feo, sino incómodo, principalmente para los que tienen mando o ejercen cargos, pues la autoridad que procura la presencia hermosa y la corporal majestad les faltan. C. Mario no acogía de buena gana a los soldados que no medían seis pies de altura. Tiene razón *El cortesano* al querer que el gentilhombre por él dirigido tenga una talla ordinaria, prefiriéndola a cualquiera otra, y al desechar en el hombre que a la corte se destina toda singularidad que dé margen a que le señalen con el dedo. Mas no siendo de esa estatura común, tirando más bien a pequeño que a grande, yo le quitaría de la cabeza el que un hombre así fuese militar. Los hombres pequeños, dice Aristóteles, son bonitos, convenido, pero no hermosos; y el grandor envuelve la grandeza del alma, como la belleza un cuerpo grande y alto. Los etíopes y los indios, dice el filósofo, al elegir a sus reyes y a sus magistrados tenían muy en cuenta la hermosura y elevada estatura de las personas en quienes ambos cargos recaían. Razón tenían, pues implica respeto para los que los siguen e impone al enemigo miedo al ver marchar a la cabeza de un ejército a un jefe cuya talla es espléndida y hermosa.

> Entre los primeros, por su estatura imponente, marcha Turno con las armas en la mano; su cabeza sobresale por encima de todos cuantos le rodean.[235]

Nuestro gran rey divino y celeste, de quien las cualidades todas deben cuidadosa, reverente y religiosamente considerarse, tampoco menospreció la corporal recomendación, «eres el más hermoso entre los hijos de los hombres»;[236] y Platón, con la templanza y la fortaleza, desea también la belleza a los conservadores de su república. Es tremendamente

desconsolador el que hallándoos en medio de las gentes se dirijan a vosotros para preguntaros «¿Dónde está el señor?», y el que solamente os quede el resto del saludo con el gorro que se propina a vuestro barbero o a vuestro secretario, como aconteció al pobre Filopómeno, el cual habiendo llegado antes que sus acompañantes al alojamiento donde le aguardaban, su hostelera, quien no le conocía, viéndole con cara de poca cosa, le ocupó en ayudar a sus criadas a sacar agua y a atizar la lumbre, para el servicio de Filopómeno; llegados los gentileshombres de su comitiva, como le vieran, sorprendidos, atareado en tan hermosa ocupación, pues no había dejado de prestar obediencia a las órdenes que había recibido, le preguntaron lo qué hacía. «Pago —les respondió— el castigo de mi fealdad.» Las demás bellezas son para las mujeres adecuadas: la de la estatura es la única propia de los hombres. Donde la pequeñez domina, ni la amplitud y redondez de la frente, ni la dulce blancura de los ojos, ni la forma regular de la nariz, ni las orejas pequeñas y la boca, ni el buen orden y blancura de los dientes, ni el espesor bien unido de una barba morena tirando al color castaño, ni el cabello echado atrás, ni la justa redondez de la cabeza, ni la frescura del color, ni el aspecto agradable del semblante, ni un cuerpo sin olor, ni la legítima proporción de los miembros, pueden en nada contribuir a procurar belleza en un hombre.

Por lo demás, mi talla es robusta y rechoncha; mi semblante no grueso, sino lleno; la complexión entre jovial y melancólica, entre sanguínea y cálida:

> Con el pecho y las piernas cubiertos de vello;[237]

la salud, resistente y alegre hasta bien entrado en años, por las enfermedades rara vez perturbada. Así era yo, pues nada me considero ya en los momentos actuales, en que penetré en las avenidas de la vejez, habiendo cumplido hace ya tiempo los cuarenta años:

> Poco a poco las fuerzas y el vigor juvenil se pierden y comenzamos el penoso descenso de nuestra vida:[238]

lo que seré de hoy en adelante, ya no será sino medio ser; ya no seré yo; todos los días me escabullo, y a mí mismo me saqueo:

Los años, al pasar, nos van robando parte de nuestro ser.[239]

Habilidad y disposición corporales no he tenido ningunas, y sin embargo soy hijo de un padre muy dispuesto y de una viveza que le duró hasta la vejez más caduca. Apenas encontró ningún hombre de su condición que se igualara a él en toda suerte de ejercicios corporales; por el contrario, yo apenas hallé ninguno que no me sobrepasara, salvo en la carrera, en que fui de los medianos. En la música y el canto, no pude dar un paso ni tampoco supe jamás tocar ningún instrumento. En la danza, en el juego de pelota, en la lucha, no he podido adquirir sino una muy ligera y común capacidad; en el nadar y en el esgrimir, en el voltear y en el saltar, mi habilidad es del todo nula. Mis manos son tan torpes que no aciertan a escribir como Dios manda, ni siquiera para mi uso personal, de tal manera que lo que emborrono prefiero volver a escribirlo antes que tomarme el trabajo de descifrarlo. En la lectura no soy más aventajado: enseguida percibo la fatiga de los que me escuchan. En lo que a otros particulares toca, no sé cerrar a derechas una carta; ni supe nunca cortar la pluma, ni trinchar en la mesa, ni equipar un caballo con su arnés; ni llevar en la mano un halcón y soltarlo luego con acierto, ni hablar a los perros, a los caballos y a las aves. En suma, mis disposiciones corporales corren parejas con las de mi alma; nada hay en ellas de vivaz; capaces son solo de un vigor cabal y firme; resisto bien la fatiga, pero necesariamente tengo que estar de buen temple para lograrlo, y a ella me lanzo cuando el deseo me lleva,

Suavemente, con la distracción del estudio se cubre la aspereza de nuestros trabajos.[240]

Si sucede de otro modo, si el aliciente de algún placer no me acompaña, si me conduce otro guía que no sea mi voluntad pura y libre, soy hombre al agua; pues mi condición es tal que, salvo la salud y la vida, nada hay por lo que yo me determine a romperme los cascos, ni nada que quiera alcanzar a cambio del tormento del espíritu ni del esfuerzo.

No aceptaría yo a ese precio todas las arenas del Tajo con el oro que llevan hacia el mar. [241]

Extremadamente ocioso, extremadamente libre por inclinación y ex profeso, para mí sería lo mismo sacrificarme a los cuidados que derramar la

sangre de mis venas. Es mi alma toda propia, a sí misma se pertenece por entero y está acostumbrada a obrar a su modo: como que hasta hoy nunca tuve quien me mandara, ni quien me impusiera obligaciones forzosas, caminé siempre como quise y al paso que me apeteció; todo lo cual debilitó mi resistencia, me hizo inútil para el servicio ajeno y solo apto para el propio.

Y para mí no hubo necesidad de forzar este natural pesado, perezoso y holgazán, pues habiéndome encontrado desde mi nacimiento en una situación de fortuna en que he podido detenerme (la cual quizá mil otros de mi conocimiento hubieran tomado por pretexto para meterse en investigaciones, agitaciones e inquietudes) y en tal grado de sensibilidad que, aun habiendo tenido ocasión de ello, nada he solicitado ni tomado:

> No van impulsadas nuestras velas por el favorable Aquilón ni tampoco las combate el austro adverso: por nuestras fuerzas, ingenio, figura, virtud, condición y fortuna somos de los últimos entre los primeros, mas de los primeros entre los últimos.[242]

No he tenido otra necesidad que la capacidad de contentarme a mí mismo, la cual es, sin embargo, bien considerada, igualmente difícil en cualquier condición, y generalmente vemos que se encuentra todavía más fácilmente en la escasez que en la abundancia; y la razón quizá sea que conforme al desarrollo de las otra pasiones, el hambre de riquezas se ve más aguzada por el disfrute de las mismas que en la escasez, y porque la virtud de la moderación es más rara que la de la paciencia: yo no he tenido necesidad distinta a la de gozar dulcemente de los bienes que Dios por su liberalidad puso entre mis manos. Ni he gustado ninguna suerte de trabajo ingrato; apenas he manejado otros negocios que los míos, o si los manejé fue con la condición de emplearme en ellos cuando quise y como quise, encargado por personas que se fiaban en mí, que no me metían prisa y que me conocían; los peritos logran provecho para servirse hasta de un caballo indócil e indómito.

Mi misma infancia fue gobernada de una manera blanda y libre, exenta de toda sujeción rigurosa; todo lo cual me formó de una complexión delicada e incapaz de cuidados, a tal extremo que yo gusto de que se oculten mis pérdidas y los desórdenes que me incumben. En el capítulo de

mis gastos incluyo el coste de mis descuidos para saber lo que me cuesta el alimentarlos:

> Hay que contar con lo que al señor se le va de las manos para caer en las de los pícaros que le rodean;[243]

prefiero no saber la cuenta de lo que poseo para lamentar menos mis perjuicios, y ruego a los que en mi compañía viven que cuando no sientan afecto lo simulen para pagarme con buenas apariencias. Como carezco de firmeza suficiente para sufrir la importunidad de los accidentes a los que todos estamos sujetos; como no puedo mantener mi espíritu en la tensión de arreglar y ordenar los negocios, permanezco cuando puedo en la postura del que se abandona por completo a la casualidad; «tomo todas las cosas por el lado peor, lo cual me inclina a soportarlas dulce y pacientemente». Este es el único objetivo de mis vigilias y el fin único a que encamino todas mis reflexiones. Abocado a un peligro, no me preocupo tanto del modo de rehuirlo como de lo poco que importa el que lo rehúya: aunque me lo propusiera, ¿qué conseguiría? No pudiendo reglamentar los acontecimientos, me reglamento yo mismo, y me aplico a ellos si ellos no se aplican a mí. Carezco de arte para torcer lo imprevisto y para escapar de ello o forzarlo, como también para acomodar y conducir con prudencia las cosas a mi modo de ser. Menor aún es mi facilidad para soportar el cuidado, rudo y penoso, que para esto es necesario: considero como la más horrible de todas las situaciones el estar suspenso de las cosas que exigen premura, y agitado entre el temor y la esperanza.

Hasta en los negocios menos importantes el deliberar me importuna, y siento mi espíritu más torpe para sufrir el movimiento y las sacudidas diversas de la duda y la consulta que para calmarse y resolverse a tomar cualquier partido, una vez que la fortuna está jugada. Pocas pasiones han turbado mi sueño, mas, entre las deliberaciones, la más insignificante lo trastorna. De igual suerte que en los caminos evito de buen grado los lugares que son pendientes y resbaladizos y me lanzo en lo más trillado, en lo más fangoso, en lo menos resistente, donde no pueda hallar ya mayores obstáculos y me vea precisado a buscar seguridad, así gusto de los males absolutamente puros, de los que no me afanan, ya pasada la incertidumbre

de que la calma vuelva, de los que del primer envite me lanzan derecho al dolor:

> Lo dudoso atormenta más que lo malo.[244]

Me comporto virilmente en las desdichas; en el trayecto que a ellas nos lleva, infantilmente. El horror de la caída me da más fiebre que el golpe. El aparato no corresponde a la fiesta: el avaricioso se atormenta más que el pobre, y el celoso más que el cornudo. El último peldaño es el más resistente: es el lugar de la constancia: en él ya no precisa el auxilio ajeno; la constancia se fundamenta allí y se apoya por entero en sí misma. Aquel proceder de un hidalgo a quien muchos conocieron, ¿no da idea de cierto sentido filosófico? Se casó ya bien entrado en años después de haberla corrido en su juventud y era gran decidor y amigo de francachelas. Recordando cuánta materia le procuraran las conversaciones de cornamenta y lo mucho que se había burlado del prójimo, para ponerse a cubierto de iguales befas se casó con una mujer que encontró en el lugar donde cada cual las encuentra por su dinero, y la solicitó de esta manera como esposa: «Buenos días, puta». «Buenos días, cornudo». Tras el enlace, de nada habló más a gusto y sin ningún género de ambages a los que le frecuentaban que del designio que realizara, por donde sujetaba las ocultas habladurías y hacía que se embotaran los dardos epigramáticos que se le dirigían.

Por lo que toca a la ambición, cualidad vecina de la presunción, o más bien hija suya, hubiera precisado para que me empujara que la fortuna me tomase de la mano; pues el procurarme molestias alentado por una esperanza de resultados inciertos, y someterme a todas las dificultades que acompañan a los que buscan acreditarse en los comienzos de sus empresas no hubiera sabido hacerlo:

> Yo no compro la esperanza con dinero:[245]

yo me atengo a lo que veo y poseo, y apenas me alejo del puerto:

> Hay que remar con un remo en el agua y el otro en las arenas de la orilla;[246]

aparte de que difícilmente se llega a situaciones prósperas de fortuna sin exponer primeramente lo que se posee; y yo soy del parecer que si se tiene

bastante con mantener la condición en que se nació y se fue educado, es una locura soltar la presa movido por la incertidumbre de aumentarlo. Aquel a quien la suerte niega hasta el lugar necesario para poner en tierra las plantas de sus pies y para alcanzar la tranquilidad y el reposo, es perdonable si lanza al azar lo que posee, porque la necesidad le coloca en el camino del riesgo:

> En la mala fortuna seamos audaces para elegir un nuevo camino:[247]

y yo excuso más bien a un menor el que coloque su legítima a merced de todos los vientos, que no que lo haga el que tiene a su cargo el honor de la casa, a quien no puede tolerarse el que se vea necesitado por su propia culpa. Llegué a la conclusión de que era bueno el camino más corto y más cómodo, de acuerdo con mis buenos amigos del tiempo viejo; me despojé de aquel deseo y me mantuve quieto:

> Sea su dulce destino alcanzar la palma de la victoria sin recurrir al estruendo de la lucha.[248]

Juzgué también con prudencia mis fuerzas, que no eran capaces de grandes cosas, y me acordé de estas palabras del difunto canciller Ollivier, el cual decía «que los franceses se parecen a los monos, que van trepando por los árboles de rama en rama, hasta tocar la más alta, desde la cual enseñan el culo cuando a ella llegaron».

> Es vergonzoso echarnos encima un peso superior a nuestras fuerzas para caer de rodillas antes de dar un paso.[249]

Las cualidades que poseo y que no son censurables reconozco que son inútiles en el siglo en que vivimos: la dulzura de mis costumbres se hubiera calificado de flojedad y debilidad; la conciencia y la fe se hubieran considerado como escrupulosas y supersticiosas; la franqueza y libertad, como importunas, temerarias y desconsideradas. Sin embargo, para algo sirve la depravación: bueno es nacer en una época de perversión, pues, comparado con el prójimo, es uno considerado como varón virtuoso a poca costa; quien en nuestros días no es más que parricida y sacrílego es juzgado como hombre de bien y de honor:

> En nuestro tiempo si un amigo no os niega el depósito que le confiasteis, si os devuelve la vieja bolsa con las monedas cubiertas de herrumbre, hay que proclamar su rasgo admirable de honradez, inscribirlo en mármoles y bronces e inmolar una oveja en celebración de tan glorioso suceso:[250]

y ningún tiempo ni lugar hubo jamás en que mejor se premiaran la bondad y la justicia de los príncipes. El primero a quien se le ocurra conquistar el favor y el crédito por ese camino, me engañaría mucho si fácilmente no lleva la delantera a sus compañeros: la fuerza y la violencia pueden algo sin duda, pero no lo pueden siempre todo. A los comerciantes, jueces de aldea y artesanos los vemos marchar a la par con la nobleza en valor y ciencia militar; libran horrorosos combates públicos y privados, derrotan, defienden ciudades en nuestras guerras presentes: un príncipe ahoga su recomendación en medio de este tumulto. Que resplandezca por su humanidad, veracidad, lealtad y templanza, y sobre todo por su justicia; distintivos singulares, desconocidos y desterrados. Es lo que puede convenir y conformarse con el deseo de los pueblos: ninguna otra cualidad distinta es tan adecuada para que el soberano conquiste la voluntad de sus súbditos como aquellas, en atención a que son las más útiles: «nada es tan popular como la bondad».[251]

Según la comparación de mis cualidades y costumbres con las del tiempo en que vivimos, me hubiera reconocido a mí mismo como un hombre singular y raro: como me reconozco pigmeo y bajuno a tenor de los varones de algunos siglos pasados, en los cuales era cosa indigna de consideración, si no concurrían otros méritos más recomendables, el que una persona fuera moderada en sus rencores, blanda en el sentimiento de las ofensas, religiosa en la observancia de su palabra, sin flexibilidad ni doblez, sin acomodar su fe a la voluntad ajena ni conforme a lo que exigen las ocasiones; antes consentiría que los negocios se quebraran en mil pedazos que consentir en que mi fe se torciera en provecho de ellos. Pues por lo que toca a esa nueva virtud de aparentar y disimular, que goza de tantísimo crédito en los momentos actuales, yo la odio a muerte, y entre todos los vicios no encuentro ninguno que dé testimonio de tanta cobardía y bajeza de alma. Propio es de una naturaleza villana y servil ir disfrazándose y ocultándose bajo una máscara y no osar mostrarse al natural: con esta costumbre se habitúan los hombres a la perfidia; hechos a proferir palabras

falsas, la conciencia les importa un ardite. Un corazón generoso no debe jamás desmentir sus pensamientos; debe dejarse ver hasta lo más hondo; bueno es todo cuanto aparece en él, o al menos todo es humano. Aristóteles considera como prenda de magnanimidad el odiar y el amar al descubierto, el juzgar y el amar con cabal franqueza, y cuando se trata de emitir la verdad no hacer caso de la aprobación o reprobación ajenas. Decía Apolonio «que el mentir era oficio de los siervos, y de los hombres libres el decir verdad»; esta es la primera y la más fundamental de las virtudes; es necesario amarla por ella misma. Quien dice la verdad por obligarle a ello razones ajenas, o porque el decirla le es útil, y no teme decir una mentira cuando con ella a nadie perjudica, no es un hombre suficientemente verídico. Mi alma, por complexión interna, rechaza la mentira y detesta hasta el pensar en ella; yo siento una vergüenza recóndita y un vivo remordimiento si alguna vez se me escapa un embuste, como a veces me sucede, por sorprenderme y agitarme las ocasiones para ello de manera impremeditada. No es preciso decirlo todo constantemente, pues esto sería torpeza, pero lo que se dice es preciso que se diga tal y como se piensa; obrar de otro modo es maldad. Yo no sé qué ventaja esperan los mentirosos al fingir y mostrarse sin cesar distintos de lo que son si no es la de no ser creídos ni aun en el instante mismo en que dicen la verdad; esta conducta puede engañar una vez o dos a los hombres, pero mantenerse ex profeso constantemente embozado, como hicieron algunos de nuestros príncipes, que «arrojarían la camisa al fuego si fuera partícipe de sus intenciones verdaderas», las cuales son palabras del viejo Metelo Macedónico; y hacer público que «quien no sabe fingir no sabe reinar»,[252] es advertir de antemano a los que frecuentan de que no oirán nunca sino trapacerías y embustes, «cuanto más grandes son la habilidad y la destreza de un hombre, es mayor el odio y la sospecha que le siguen al perder su fama de probidad».[253] Simplicidad solemne sería dejarse llevar por el rostro ni por las palabras de quien hace profesión de ser siempre diferente por fuera que por dentro, como acostumbraba Tiberio. No sé qué parte pueden tener esas gentes en el comercio humano al no exteriorizar nada que pueda considerarse como cierto: quien es desleal para con la verdad lo es también para con la mentira.

Aquellos que en nuestro tiempo consideraron y sostuvieron que el deber del príncipe no se extendía más allá de sus propias ventajas personales, las cuales antepusieron al cuidado de su fe y conciencia, hablarían con algún viso de razón al soberano cuyos negocios el azar hubiera llevado a fundamentarse para siempre con faltar una sola vez a su palabra, pero las cosas no suceden así; con semejante proceder se da pronto el batacazo; un príncipe concierta más de una paz y más de un tratado durante el transcurso de su existencia. La ventaja que los convida a realizar la primera deslealtad, y rara vez deja de presentarse alguna, como también se ofrecen las de practicar otras maldades, sacrilegios, asesinatos, rebeliones y traiciones, se emprenden por cualquier especie de provecho, mas al que después acompañan prejuicios innumerables que lanzan al príncipe fuera de todo comercio y de todo medio de negociación, a causa de su infidelidad. Solimán, príncipe de raza otomana, la cual se cura poco de la observancia de promesas y pactos, cuando en mi infancia hizo bajar su ejército a Otranto, tras haber tenido noticia de que Mercurino de Gattinara y los habitantes de Castro quedaban prisioneros después de haber hecho entrega de la plaza, en contra de lo que con aquel capitularan, mandó que fueran puestos en libertad, considerando que al tener entre manos otras grandes empresas en la misma región, tamaña deslealtad, aun cuando mostrara alguna apariencia de utilidad presente, podría acarrearle en el futuro el descrédito y la desconfianza, madres de perjuicios sin cuento.

En cuanto a mí, antes prefiero ser importuno e indiscreto que adulador y disimulado. Reconozco que bien puede ir mezclada una poca altivez y testarudez en mantenerse así entero y abierto como yo soy, sin tener presente ninguna consideración ajena. Me parece que me convierto en algo más libre, allí donde precisaría menos serlo, y que el respeto forzado me contraría; puede ocurrir también que, a falta de arte, la naturaleza me domine. Al mostrar a los grandes esta misma libertad de lenguaje y de maneras que empleo en mi casa, percibo cuánto declino hacia la indiscreción e incivilidad; pero, a más de que así es mi modo de ser genuino, no tengo el espíritu bastante flexible para poder torcerlo en un momento dado, ni para escapar por algún rodeo, ni para fingir una verdad, ni suficiente memoria para retenerla así fingida, ni tampoco aplomo

bastante para mantenerla; de suerte que por pura debilidad me las doy de valiente. Por todo lo cual me abandono a la ingenuidad y a decir siempre lo que pienso, por temperamento y por designio, dejando al azar el cuidado de atender a lo que suceda. Aristipo decía «que el principal fruto que de la filosofía había sacado era el hablar libre y abiertamente a todo el mundo».

La memoria es un instrumento que nos presta servicios maravillosos, sin el cual el juicio apenas puede desempeñar sus funciones, y del que yo carezco por completo. Lo que se me quiere referir es necesario que se me cuente por partes, pues responder a un asunto en que hubiera varias ideas principales no forma parte de mis limitadas fuerzas. Yo no podría encargarme de comisión alguna sin anotar sus pormenores; y cuando tengo entre manos alguna cosa de importancia, si es de mucha extensión, me veo reducido a la necesidad vil y miserable de aprender de memoria, palabra por palabra, lo que tengo que decir; de otro modo no podría dar un paso, ni tendría seguridad alguna, temiendo que mi memoria me jugara una mala pasada. Pero este procedimiento no me resulta menos difícil: para aprender tres versos, necesito tres horas, y además, tratándose de una obra propia, la libertad y autoridad de modificar el orden, de cambiar una palabra, variando constantemente la materia, la convierte en difícil de fijar en la memoria del que la escribe. En suma, cuanto más desconfío de mi facultad retentiva, más se trastorna esta; mejor me ayuda por casualidad: es necesario que yo la solicite sin gran interés, pues, si le meto prisa, se aturde, y luego que comenzó a titubear, cuanto más la sondeo, más se traba y embaraza. Me sirve cuando lo tiene por conveniente, no cuando yo la llamo.

Esto que siento en lo tocante a la memoria lo experimento también en varios otros aspectos: yo huyo el mundo, la obligación y las cosas forzadas. Aquello que hago fácil y naturalmente, si me propongo realizarlo por expresa y prescrita ordenanza, ya no soy capaz de hacerlo. En el cuerpo mismo, los miembros que poseen alguna libertad y jurisdicción más particulares sobre sí mismos me niegan a veces su obediencia, cuando yo pretendo destinarlos y sujetarlos en un momento determinado al servicio necesario. Esta preordenanza obligatoria y tiránica los entibia; el despecho o el espanto los acoquinan y se quedan como yertos.

Encontrándome antaño en un lugar en que se considera como descortesía bárbara el no corresponder a los que os convidan a beber, aun cuando en la circunstancia fuera yo tratado con libertad completa, intenté dármelas de hombre alegre, capaz y fuerte por ser grato a la gentileza de las damas, que eran de la partida, según la costumbre seguida en el país; mas el caso fue gracioso, pues la amenaza de que había de esforzarme en beber más de lo que uso, acostumbro y puedo soportar, me obstruyó de tal manera la garganta que no supe tragar ni una sola gota, y me vi privado de beber hasta lo que ordinariamente bebo en mis comidas. Me sentía harto y ahíto por tanto líquido como a mi imaginación había preocupado. Este efecto es más bien propio de los que poseen una fantasía vehemente y avasalladora; es de todas suertes natural, y nadie hay que de él no se resienta en algún modo. Se ofreció a un excelente arquero, condenado a muerte, salvarle la vida si consentía en dar alguna prueba notable de su habilidad en el arte que ejercía, y se opuso a intentarlo temiendo que la extremada contención de su voluntad hiciera temblar su mano, y que en lugar de liberarse de la muerte perdiera la reputación que había adquirido como famoso tirador. Un hombre cuya imaginación está distraída no dejará, pulgada más o menos, de hacer siempre el mismo número de pasos y de dimensión idéntica en el lugar por donde se pasea; pero si emplea su atención en medirlos y contarlos, hallará que lo que ejecutaba por casualidad no lo hará a propósito con exactitud igual.

Mi biblioteca, que es de las selectas para estar en un pueblo retirado, está colocada en un rincón de mi refugio: si me pasa por las mientes algo que quiera estampar sobre el papel, temiendo que se me escape al atravesar el patio, es preciso que se lo encomiende a otro. Cuando al hablar me enardezco, y lo pierdo irremisiblemente, por eso me constriño en mis razonamientos y me mantengo recogido. A las gentes que me sirven es preciso que las llame por el nombre de sus cargos, o por el del país en que nacieron, pues me es muy difícil retener sus nombres; puedo decir de estos, por ejemplo, que tienen tres sílabas, que su sonido es rudo, que comienzan o acaban con tal letra; y si yo viviera dilatados años no creo que dejara de olvidar mi propio nombre, como les ha ocurrido a algunos. Mesala Corvino estuvo dos años sin ninguna huella de memoria, y otro tanto se cuenta de

Jorge de Trebisonda. Por interés propio rumio yo con frecuencia qué vida pudiera ser la suya, y considero si en la cabal ausencia de la memoria podría sostenerme con alguna facilidad. Mirándolo bien, temo que tamaña falta, si es radical, pierda todas las funciones del alma:

> Estoy tan lleno de grietas que por todas partes me salgo.[254]

Más de una vez me ha sucedido no recordar la consigna que tres horas antes había yo dado o recibido, y olvidarme del sitio donde había escondido mi bolsa, aunque Cicerón no crea posible el caso: pierdo con facilidad mayor lo que con más interés procuro conservar. «La memoria contiene en sí no solo la filosofía, sino también el conocimiento práctico de la vida y el de las artes todas.»[255] La memoria es el receptáculo y el estuche de la ciencia; siendo la mía tan endeble que no tengo motivo para quejarme si mi ciencia es tan escasa. Conozco el nombre de las artes en general, la materia de que tratan, pero nada que exceda a esto. Hojeo los libros, no los estudio; lo que se me pega es cosa que ya no reconozco como ajena, es solo aquello de lo que mi juicio sacó provecho, los razonamientos y fantasías con que el mismo se impregnó. El autor, el libro, las palabras y otras circunstancias se borran instantáneamente de mi memoria, y soy tan excelente olvidador que lo que yo escribo y compongo se me disipa con idéntica facilidad. Constantemente se me citan cosas mías de las que yo no me acordaba. Quien quisiera conocer de dónde salieron los versos y ejemplos que tengo aquí amontonados me pondría en un duro aprieto si tratara de decírselo: no los mendigué sino en puertas conocidas y famosas, ni me contenté con que fueran ricos, fue además necesario que vinieran de mano espléndida y magnífica: en ellos se hermana la autoridad con la razón. No es maravilla grande si mi libro sigue la fortuna de los demás, y si mi memoria olvida lo que escribo como lo que leo, lo que doy como lo que recibo.

Además de la falta de recordación adolezco de otras que contribuyen en grado sumo a mi ignorancia: mi espíritu es tardío y embotado; la nubecilla más ligera lo detiene, de tal modo, que jamás le propuse ningún problema, por sencillo que fuera, que supiese resolver. Ni hay tampoco vana sutileza que no me embarace; en los juegos en que el espíritu toma parte: el ajedrez, las damas, la baraja y otros análogos, no se me alcanzan sino los detalles

más groseros. Mi comprensión es lenta y embrollada, pero lo que llega a penetrar lo dilucida bien y logra abrazarlo universal, estrecha y profundamente, durante el tiempo que lo retiene. Mi vista es dilatada, sana y cabal, pero el trabajo la fatiga enseguida y la recarga. Por eso no puedo mantener largo comercio con los libros si no es con el auxilio ajeno. Plinio el joven enseñará a quien lo desconozca las consecuencias graves de esta tardanza, muy perjudiciales para los que se consagran a la tarea de leer.

No hay alma por mezquina y torpe que sea en la cual no reluzca alguna facultad particular; ninguna existe tan negada que no brille por algún aspecto. Y de cómo acontezca que un espíritu ciego y adormecido ante todas las demás cosas se encuentre vivo, despejado y lúcido en cierto particular aspecto, preciso es buscar la razón en los maestros. Pero las almas hermosas son las universales, abiertas y prestas a todo, si no instruidas, al menos capaces de instrucción, lo cual escribo para acusar la mía, pues, sea debilidad o dejadez (y menospreciar lo que está a nuestros pies, lo que tenemos entre las manos, lo que se relaciona más de cerca con la práctica de la vida, cosa es esta muy lejana de mi designio), ninguna existe tan inepta e ignorante como la mía de muchas cosas vulgares que es vergonzoso desconocer. Enumeraré algunos ejemplos que lo acreditan.

Yo nací y me crié en el campo, en medio de las labores rurales; tengo entre manos los negocios y el gobierno de mi casa desde el día en que mis antecesores, que disfrutaron los bienes de los que gozo, me dejaron en su puesto; pues bien, no sé contar ni con fichas ni con la pluma; desconozco la mayor parte de nuestras monedas; ignoro la diferencia que existe entre las diversas semillas, así en la planta como en el granero, si la distinción no salta a la vista; apenas distingo las coles de las lechugas de mi huerto; ni siquiera conozco los nombres de los útiles más indispensables de la labranza, como tampoco los más elementales principios de la agricultura, que hasta los niños saben; mayor todavía es mi ignorancia en las artes mecánicas y en el tráfico, y en el conocimiento de las mercancías, diversidad y naturaleza de los frutos, vinos y carnes; no sé cuidar a un pájaro, ni medicinar a un caballo o a un perro. Y puesto que es preciso que me muestre sin vestiduras a la opinión pública, diré que no hace todavía un mes que se me sorprendió ignorante de que la levadura sirviera para hacer

el pan, y de qué cosa fuese fermentar el mosto. En Atenas antiguamente se calibraba la aptitud para las matemáticas en aquel a quien se veía ordenar diestramente y hacer manojos una carga de sarmientos: en verdad podría deducirse de mí una conclusión bien contraria, pues, aunque me dejaran en mano todos los utensilios de una cocina, experimentaría fuertes apetitos. Por estos detalles de mi confesión pueden deducirse otros que me favorecerán muy poco. De cualquier modo que me dé a conocer, siempre y cuando lo cumpla tal cual soy, llevo a cabo mi propósito. Y si no se me excusa el atreverme a poner por escrito cosas tan insignificantes y frívolas como las transcritas, diré que la bajeza del asunto me obliga a ello: si se quiere puede criticarse mi proyecto, pero no el cumplimiento del mismo. Sin la advertencia ajena veo bastante lo poco que todo esto vale y pesa, y la locura de mi designio; basta con que mi juicio no se aturulle; de él los ensayos son estos borrones.

> Aguza la nariz cuando quieras; sé tan narigón que no pueda cargar contigo el mismo Atlas; llegarás a hacer reír al propio Latino, pero no conseguirás decir de mis flaquezas más de lo que yo mismo he dicho. ¿Qué adelantaría un diente mordiendo en otro diente? Más justo es morder en carne. No pierdas el tiempo: fustiga a los vanidosos, poseídos de sus personas. En cuanto a mí, sé de sobra que todo es pura farándula.[256]

No estoy obligado a callar las torpezas con tal de que no me engañe al conocerlas: incurrir en ellas a sabiendas es en mí cosa tan ordinaria que apenas si llevo a cabo otra labor; casi nunca incurro en falta de una manera fortuita. No vale la pena el achacar a lo temerario de mi complexión las acciones inhábiles, puesto que yo no puedo librarme de atribuirles ordinariamente las viciosas.

Un día vi en Bar-le-Duc que para honrar la memoria de Renato, rey de Sicilia, presentaban a Francisco II un retrato que el primero había hecho de sí mismo: ¿por qué no ha de ser lícito pintarse a cada cual con la pluma como aquel lo hizo con la lápiz? No quiero, pues, olvidar tampoco una cicatriz harto inadecuada para mostrar en público: la irresolución, que es un defecto muy perjudicial en la negociación de los asuntos mundanos. En las empresas dudosas no soy capaz de tomar partido:

> El corazón no me dice ni sí, ni no.[257]

Sé sostener una opinión, pero no elegirla. Porque en las cosas humanas, a cualquier bando que uno se incline, presentándose numerosas apariencias que nos confirman en ellas (el filósofo Crisipo decía que no deseaba aprender de Zenón y Cleantes, sus maestros, sino simplemente los dogmas, y que en cuanto a las pruebas y razones en sí mismo hallaría bastantes), sea cual fuere el lado hacia el que me vuelva, me proveo siempre de causas y verosimilitudes para mantenerme; así que detengo dentro de mí la duda y la libertad de escoger hasta que la ocasión no me obliga; y entonces, para confesar la verdad, lanzo, las más de las veces, la pluma al viento, como comúnmente se dice, y me echo en brazos del azar; la inclinación y circunstancias más ligeras influyen sobre mí y salen victoriosas:

> Cuando el espíritu está en la duda, muy poco esfuerzo basta para impulsarlo en las más opuestas direcciones.[258]

La incertidumbre de mi juicio se encuentra tan en el fiel de la balanza en la mayor parte de los sucesos que me ocurren, que encomendaría de buena gana su decisión al juego de los dados; y advierto, considerando con ello nuestra debilidad humana, los ejemplos que la historia sagrada nos ha dejado de la costumbre de encomendar a la suerte o al azar la determinación en la elección de las cosas dudosas: «la suerte cupo a Matías».[259] La razón del hombre es una peligrosa cuchilla de doble filo; ¡aun en la mano misma de Sócrates, su más íntimo y familiar amigo, ved cuántos extremos tiene ese báculo! De manera que yo no soy apto sino para seguir, y me dejo llevar fácilmente hacia la multitud; no confío suficientemente en mis fuerzas para intentar dirigir ni guiar; me siento muy a gusto viendo mis pasos trazados por los demás. Si precisa correr la aventura de una elección incierta, prefiero que sea bajo las órdenes de alguien que esté más seguro de sus opiniones y las adopte, más de lo que yo adopto y tengo seguridad en las mías, de las cuales encuentro el plan y fundamento resbaladizos.

Y sin embargo yo no soy ningún veleta, tanto menos cuanto que advierto en las opiniones contrarias una debilidad semejante; «la costumbre de prestar asentimiento parece engendrar muchos errores y peligros»;[260] principalmente en los asuntos políticos hay abierto un amplio campo a toda modificación y controversia:

> Como cuando se consigue que la balanza esté en el fiel, que ni un brazo descienda ni el otro se levante;[261]

Los discursos de Maquiavelo, por ejemplo, eran bastante sólidos por el asunto; sin embargo, ha habido una gran facilidad para combatirlos, y los que lo han hecho no han dejado facilidad menor para combatir los propios. Sea cual fuere el argumento que se plantee, nunca faltarán otros con que hacer objeciones, dúplices, réplicas, tríplices, cuádruples, como tampoco la intrincada contextura de los debates jurídicos que nuestro eterno cuestionar ha dilatado tanto, que va pesando ya poco en favor de los procesos:

> Somos derrotados, pero causando poco daño al enemigo,[262]

puesto que las razones apenas tienen otro fundamento que la experiencia, y la diversidad de los acontecimientos humanos nos presenta infinidad de ejemplos que revisten toda suerte de formas. Un personaje docto de nuestra época dice que donde nuestros almanaques anuncian el calor cualquiera podría poner el frío: en lugar de tiempo seco, húmedo, y colocar siempre lo contrario de lo que pronostican; de tener que apostar por la llegada de una u otra modificación atmosférica, añadía que no pondría reparo en el partido a que se inclinara, salvo en lo que no puede haber incertidumbre, como en prometer para Navidad calores, o fríos rigurosos hacia San Juan. Lo mismo opino yo de nuestros razonamientos políticos; cualquiera que sea el rango en que se os coloque, estáis en tan buen camino como vuestro compañero, con tal de que no vayáis a chocar contra los principios que son evidentes a ciegas; por lo cual, a mi modo de ver, en los públicos negocios no hay gobierno por detestable que sea, siempre que haya tenido vida y duración, que no aventaje al cambio y a la variación. Nuestras costumbres están extremadamente corrompidas y se inclinan de una manera admirable hacia el empeoramiento; entre nuestras leyes y costumbres hay muchas bárbaras y monstruosas: sin embargo, a causa de la dificultad que supone el colocarnos en mejor situación y del peligro del derrumbamiento, si yo pudiera plantar una cuña en nuestra rueda y detenerla en el punto en que se encuentra, lo haría de buena gana:

> Por grandes que sean los vicios y los crímenes que nos son conocidos, quedan aún otros peores por conocer.[263]

Lo peor que yo veo en nuestro Estado es la inestabilidad, y el que nuestras leyes y nuestros trajes no puedan adoptar ninguna forma definitiva. Es muy fácil acusar de imperfección el régimen de gobierno establecido, pues todas las cosas mortales están llenas de imperfecciones; es muy fácil engendrar en el pueblo el menosprecio de sus antiguas observancias. Jamás ningún hombre emprendió ese designio sin que se saliera con la suya, pero restablecer una situación más ventajosa en el lugar de la que se echó por tierra ha consumido sin resultado las fuerzas de muchos que lo intentaron. En mi gobierno personal tiene mi prudencia una escasa participación; de buen grado me dejo llevar por el orden general de todo el mundo. ¡Dichoso el pueblo que practica lo que le ordenan mejor que los que le reglamentan, sin atormentarse por los móviles a que las leyes obedecen; el que consiente en rodar blandamente conforme al movimiento de los cuerpos celestes! Jamás la obediencia puede ser pura ni sosegada en el que razona y litiga.

En conclusión, para volver a mí mismo, en lo que yo me considero algún tanto es aquello en que jamás hombre alguno se juzgó deleznable. Mi recomendación es vulgar, común, y está al alcance del pueblo; porque, ¿quién se curó nunca de estar falto de sentido? Esta sería una proposición que implicaría contradicción con ella misma. Es una enfermedad que no reside nunca donde se ve; es bien tenaz y resistente, a pesar de lo cual el primer vislumbre de la vista del enfermo la disipa, como la mirada del sol una niebla opaca: acusarse sería excusarse en este punto, y condenarse absolverse. No se vio nunca ganapán ni mujerzuela que no creyeran estar dotados de suficiente sentido para su provisión. Reconocemos fácilmente en los demás la superioridad en el valor, con la fuerza corporal, en la experiencia, en la disposición, en la belleza, pero la superioridad del juicio a nadie se la concedemos, y las razones que emanan del simple discurso natural del prójimo nos parece que no dependió sino de no mirar hacia ese lado el que nosotros dejáramos de encontrarlas. La ciencia, el estilo y otras prendas semejantes que vemos en las obras ajenas, fácilmente penetramos ni sobrepasan aquellas de las que somos nosotros capaces; mas en las simples producciones del entendimiento cada cual cree que de él solo depende el poseerlas análogas. Difícilmente se advierte el peso y la dificultad si no es a una extrema e incomparable distancia. Quien penetrara

bien a las claras la grandeza del juicio de los demás lo alcanzaría y llevaría a él el propio. Así que es el mío un ejercicio del cual debo esperar escasa recomendación y alabanza. Además, ¿para quién se escribe? Los sabios, a quienes toca de cerca la jurisdicción de los libros, no conceden el premio sino a la doctrina, ni aprueban otro ejercicio de nuestros espíritus que no sea el de la erudición y el arte. Si confundisteis los Escipiones el uno con el otro, ¿qué diréis ya que valga la pena? Según ellos, quien desconoce a Aristóteles se ignora al propio tiempo a sí mismo: las almas comunes y vulgares no aciertan a ver la delicadeza ni la profundidad de un discurso elevado o sutil. Esas dos especies son las que llenan el mundo. La tercera, en la cual creéis estar incluidos, y a la que pertenecen los espíritus normalizados y fuertes por sí mismos, es tan rara que carece de nombre y categoría entre nosotros. Aspirar y esforzarse en obtener su beneplácito es malgastar la mitad del tiempo.

Se suele decir que la más justa repartición que la naturaleza haya hecho de sus dones es la del juicio; pues nadie hay que no se conforme con el que le tocó en la distribución. ¿No constituye esta circunstancia una razón fundamental? Quien viera más allá del suyo vería más lejos de lo que su vista alcanza. Yo creo que mis ideas son buenas y sanas, mas ¿quién no juzga lo mismo de las suyas? Una de las mejores pruebas que para entenderlo así me asiste es la poca estima que hago de mí mismo, pues de no haber estado bien aseguradas fácilmente se habrían dejado engañar por el afecto que me profeso, singular como quien conduce casi todas las cosas a sí mismo y apenas las esparce fuera de él. Todo lo que los demás distribuyen a una multitud infinita de amigos y conocidos en pro de su gloria y grandeza, lo aplico yo al reposo de mi espíritu y a mi persona; aquello que toma otra ruta es porque no depende de modo cabal de la jurisdicción de mi raciocinio:

> Vivir y gozar de buena salud, esta es para mí la ciencia.[264]

Ahora bien, yo reconozco que mis ideas son atrevidas en extremo y constantes en condenar mi insuficiencia. Asunto es este en el cual ejerzo mi raciocinio tanto como en cualquier otro. El mundo mira siempre frente a frente; yo repliego mi vista hacia dentro, y allí la fijo y la distraigo. Todos

miran delante de sí, yo dentro de mí; con nada tengo que ver: me cuestiono constantemente, me fiscalizo y experimento. Los demás van siempre a otra parte si piensan bien en ello; siempre hacia delante se encaminan:

> Nadie quiere desmerecer para consigo mismo:[265]

yo me recojo en el interior de mí mismo. Esta capacidad de conducir la verdad, cualquiera que sea, hacia mí, y esta manera de ser libre por virtud de la cual dejo de otorgar fácilmente mi fe, la debo principalmente a mis exclusivas fuerzas; pues las ideas generales y firmes que yo tengo son, por decirlo así, las que nacieron conmigo; estas son naturales y completamente mías. Yo las exterioricé cruda y sencillamente, de una forma arrojada y segura, pero algo desordenada e imperfecta; luego las he fundamentado y fortificado con el auxilio de la autoridad ajena, ayudado por los sanos ejemplos de los antiguos, con los cuales me sentí de acuerdo en el juzgar; ellos me aseguraron la presa, y me otorgaron el goce y la posesión con mayor claridad. El galardón a que todos aspiran por la vivacidad y prontitud de espíritu, yo lo busco en el buen orden entre una acción brillante y señalada, o alguna particular capacidad, yo prefiero el orden, correspondencia y tranquilidad de opiniones y costumbres: «si en algo consiste propiamente el honor, es más que nada en la ecuanimidad de toda nuestra vida, no como en la rectitud de cada uno de nuestros actos; y esto no lo conseguirá nunca quien olvidándose de sí mismo viva imitando la conducta de los demás».[266]

He aquí pues señalado el punto hasta donde me reconozco culpable en lo tocante al vicio de presunción. En cuanto al otro del que hablé, que consiste en no considerar suficientemente a los demás, no sé si podré excusarme con la misma facilidad, pues por cuesta arriba que se me haga delibero consignar siempre la verdad. Acaso el continuo comercio que mantengo con el espíritu de los antiguos y la idea de aquellas hermosas almas de los pasados siglos me haga encontrar repugnancia en los demás y en mí mismo; o también puede ser la causa lo que en realidad acontece: que vivimos en un tiempo que no produce sino cosas bien mediocres, de tal suerte que yo no conozco nada que sea digno de gran admiración. Tampoco tengo tan estrecha relación como se requerirá para juzgar a los claros

varones que existen, y aquellos a quienes mi condición me une más ordinariamente son por lo común personas que cuidan poco de la cultura del alma, de las cuales no se reclama otra beatitud que la hidalguía, ni otra perfección distinta del valor.

Lo que de hermoso veo en los demás lo alabo y aprecio bien de mi grado; a veces hasta realzo lo que sobre ello pienso, y me permito mentir hasta este punto, pues soy incapaz de inventar nada ficticio. Elogio a mis amigos en lo que de alabanza son dignos, y un palmo de valor lo convierto de buena gana en palmo y medio; pero prestarles méritos de que carecen, no puedo, ni tampoco defenderlos abiertamente de las imperfecciones que los acompañan. Hasta a mis enemigos concedo equitativamente aquello a que su honor es acreedor: mi afecto se modifica, mi criterio no, y nunca confundo mi querella con otras circunstancias que le son ajenas. Tan celoso soy de la libertad de mi juicio que difícilmente la puedo dejar a un lado, sea cual fuere la pasión que me domine. Mayor es la injuria que al mentir me infiero que la que podría inferir a la persona de quien mintiera. Los persas tenían la costumbre laudable y generosa de hablar de sus enemigos, a quienes hacían la guerra sin cuartel, de una manera digna y equitativa, adecuada al mérito de su virtud.

Conozco bastantes hombres a quienes adornan algunas prendas dignas de alabanza: quién tiene un espíritu lúcido, quién un corazón generoso, quién está dotado de habilidad, otro de conciencia sana, en otro es el lenguaje lo más estimable, en algunos el dominio de una ciencia y en otros el de otra; mas hombre grande en todo, que posea juntas tan hermosas prendas, o una en tal grado de excelencia que merezca ser admirado o comparado con los que del tiempo pasado honramos, la fortuna no me ha hecho ver ninguno. El más grande que haya conocido en vida, hablo de las prendas naturales que le adornaban, el mejor nacido, fue Étienne de La Boétie. Era este, a no dudarlo, un alma cabal, que mostraba un semblante hermoso invariablemente, un alma a la vieja usanza que hubiera realizado grandes empresas si el destino lo hubiese consentido permitiéndole adicionar a su rico natural con el aditamento de la ciencia y el estudio.

Yo no sé cómo acontece, pero acontece sin duda, que en los que se consagran a las letras y a los cargos que de los libros dependen, se

encuentra tanta vanidad y debilidad de entendimiento como en cualquier otra clase de personas; quizá sea la causa porque se exige y espera más de ellos, y porque no se les excusan los defectos comunes a todo el mundo, o acaso porque la conciencia del propio saber les comunica arrojo mayor para producirse y descubrirse demasiado hacia delante, por donde, denunciándose, se pierden. Del mismo modo que un artífice pone en mayor evidencia su torpeza cuando tiene entre manos una materia rica si la acomoda y maneja neciamente, contra las reglas de su arte, que al trabajar en un objeto ínfimo; y por lo mismo que se afean más los defectos de una estatua de oro que los de otra de yeso, así sucede a los escritores cuando tratan de cosas que por sí mismas y en su lugar serían buenas; mas al servirse de ellas sin discreción, honran la memoria a expensas del entendimiento y enaltecen a Cicerón, a Galeno, a Ulpiano y a san Jerónimo, para ponerse ellos en ridículo.

Vuelvo de nuevo y de buen grado a hablar de la inutilidad de nuestra educación; tiene esta por fin el hacernos no cuerdos y buenos, sino enseñarnos cosas inútiles, y lo consigue. No nos enseña a seguir ni a abrazar la virtud y la prudencia, sino que imprime en nosotros la derivación y etimología de esas ideas. Sabemos declinar la palabra «virtud» si no acertamos a amarla. Si no conocemos lo que es la prudencia por efecto y experiencia, tenemos de ello noticia por terminología y de una manera mnemotécnica. No nos conformamos con saber de nuestros vecinos la raza a que pertenecen, sus parentescos y alianzas, queremos tenerlos por amigos y formar con ellos unión e inteligencia. Sin embargo, la educación nos enseñó las definiciones, divisiones y particiones de la virtud como los sobrenombres y ramas de una genealogía, sin cuidar para nada de fijar entre ella y nosotros ninguna familiaridad ni parentesco. La enseñanza eligió para nuestro aprendizaje no los libros cuyas ideas son más sanas y verdaderas, sino los que se expresan mejor en griego y en latín, y entre las mejores sentencias nos metió en el espíritu los más vanos humores de la antigüedad.

Una educación recta modifica el criterio y las costumbres, como le sucedió a Polemón, aquel joven griego licencioso que un día, al ir por casualidad a oír una lección de Jenócrates, no se fijó en la elocuencia y capacidad del filósofo, y no se llevó consigo el conocimiento de una

hermosa disertación, sino un provecho más evidente y más sólido, que fue el repentino cambio y enmienda de su primera vida. ¿Quién sintió nunca tal efecto en nuestra disciplina?

> ¿No serás capaz de ejecutar lo que hizo en otro tiempo Polemón? Arrojar de ti tantos adornos ridículos y afeminados como él hizo, de quien se cuenta que se quitó a escondidas las gargantillas que llevaba, luego que oyó, avergonzado, la palabra austera del maestro.[267]

Las personas menos dignas de menosprecio entiendo que son aquellas que por su sencillez ocupan el último rango y nos muestran un comercio más moderado. Las costumbres y conversaciones de los labriegos las encuentro comúnmente más ordenadas, conforme a las prescripciones de la verdadera filosofía, que las de los filósofos: «El vulgo es más prudente porque lo es solo cuanto precisa serlo».[268]

Los hombres más notables que yo haya juzgado por las apariencias exteriores (para juzgarlos por las internas y a mi modo sería preciso mirar más de cerca) fueron, en lo tocante a la guerra y capacidad militar, el duque de Guisa, que murió en Orleans, y el difunto mariscal Strozzi. Entre las personas superiores y de ejemplar virtud, Olivier y L'Hôpital, cancilleres de Francia. Me parece también que la poesía ha gozado de buen renombre en nuestro siglo; hemos tenido numerosos y buenos artífices en ese arte, entre otros Aurat, Bèze, Buchanan, L'Hôpital, Mont-Doré y Turnèbe. Creo que la poesía francesa ha subido al grado más preeminente a que jamás llegará; y en los géneros en que Ronsard y Du Bellay sobresalen, entiendo que apenas se apartan de la perfección antigua. Adrien Turnèbe sabía más y sabía mejor lo que sabía que ningún hombre de su siglo ni de los tres o cuatro anteriores a este. Las vidas del duque de Alba, que murió no hace mucho, y del condestable de Montmorency, estuvieron llenas de nobleza y guardan varias singulares semejanzas en sus respectivas fortunas, mas la hermosura y la gloria de la muerte del segundo a la vista de París y de su rey, para servicio de este y de la patria, contra sus conciudadanos a la cabeza de un ejército victorioso por su propio esfuerzo, en su vejez extrema, se me antoja digna de ser colocada entre los acontecimientos notables de mi tiempo, como asimismo la bondad constante, dulzura de costumbres y benignidad de conciencia del señor de La Noue en medio de una injusticia de partidos

armados, verdadera escuela de traición, inhumanidad y bandidaje, donde siempre se mostró un gran hombre de guerra, de experiencia consumada.

He experimentado placer sumo haciendo públicas en circunstancias diversas las esperanzas que me inspira Marie de Gournay Le Jars, mi hija adoptiva, a quien profeso un afecto más que paternal, envuelta en mi soledad y retiro como una de las mejores prendas de mi propio ser. Nadie más que ella existe para mí en el mundo. Si la adolescencia puede presagiar los destinos del porvenir, esta alma será algún día capaz de las cosas más hermosas, y entre otras de la perfección de esta santísima amistad en la cual su sexo no tiene participación alguna. La sinceridad y solidez de sus costumbres alcanzan ya la perfección. Su estima hacia mí en nada puede aumentarse; es cabal y entera y nada deja que desear, si no es que el temor que mi fin le inspira por la avanzada edad de cincuenta y cinco años en que me ha conocido la torturara menos cruelmente. El juicio que se formó de los primeros *Ensayos*, siendo mujer y viviendo en este siglo; tan joven y por propia iniciativa; la vehemencia famosa con que me profesó afecto y el largo tiempo que deseó mi trato por virtud de la sola estima que la inclinara hacia mí, son otras tantas particularidades muy dignas de tenerse en cuenta.

Las demás virtudes son harto poco frecuentes en los tiempos en que vivimos, pero el valor se hizo común a causa de nuestras guerras civiles. En este particular hay entre nosotros almas fuertes, rayanas en la perfección, y en número tan grande que sería imposible escogerlas.

He aquí cuanto hasta el presente he conocido, por lo que respecta a grandeza extraordinaria y no común.

CAPÍTULO XXX

DE UNA CRIATURA MONSTRUOSA

Este capítulo va sin comentarios, pues dejo a los médicos la tarea de discurrir sobre el caso. Anteayer vi a una criatura, a quien llevaban dos hombres y una mujer que le servía de nodriza, los cuales dijeron ser su padre, su tío y su tía. La mostraban, por su rareza, para ganarse la vida, y era en todo aparentemente ordinaria (a diferencia de lo que diré luego): se sostenía sobre ambos pies, andaba y hacía gorgoritos casi como las demás criaturas de su edad. No se había nutrido aún de otro alimento que la leche de su nodriza, y lo que le pusieron en la boca en mi presencia lo mascó un poco y lo arrojó, sin tragarlo; sus gritos parecían tener algo de característico, y su edad era de catorce meses justos. Por debajo de las tetillas estaba cogida y pegada a otro muchacho sin cabeza, que tenía cerrado el conducto trasero; el resto del cuerpo era perfecto, pues si bien un brazo lo tenía más corto que el otro, la causa fue que se le había roto por accidente cuando nació. Los dos estaban unidos frente a frente, como si un niño pequeño quisiera abrazar a otro un poco más grandecito. El espacio y juntura por donde se sostenían era solo de cuatro dedos aproximadamente, de suerte que, levantando la criatura imperfecta, se hubiera visto el ombligo de la otra; la soldadura acababa en las tetillas. El ombligo del imperfecto no se podía ver, pero sí todo el resto de su vientre. Lo que no estaba pegado, como los brazos, los muslos, el trasero y las piernas, pendía y colgaba del otro y le llegaba como a media pierna. La nodriza nos dijo que orinaba por los dos conductos, de modo que los miembros de la criatura imperfecta se nutrían y vivían lo mismo que los de la otra, salvo que eran algo más pequeños y menudos. Este cuerpo doble y estos miembros diversos

relacionados con una sola cabeza podrían procurar al rey un pronóstico favorable para mantener bajo la unión de sus leyes las diversas partes de nuestro Estado; pero temiendo lo que pudiera sobrevenir, vale más no parar mientes en él, pues no hay posibilidad de adivinar sino en circunstancias ya consumadas, «para que cuando los hechos tengan lugar puedan armonizarse con la profecía, mediante la interpretación que mejor convenga»;[269] como se dice en Epiménides, que adivinaba las cosas pasadas.

En Médoc acabo de ver a un pastor de unos treinta años, que no presenta ninguna huella de órganos genitales: tiene solo tres agujeros por donde segrega la orina continuamente; es bien barbado, siente deseo y busca el contacto femenino.

Lo que nosotros llamamos monstruos no lo son a los ojos de Dios, quien ve en la inmensidad de su obra la infinidad de formas que comprendió en ella. Es de presumir que esta figura que nos sorprende se relacione y fundamente en alguna otra del mismo género desconocida para el hombre. De la infinita sabiduría divina nada emana que no sea bueno, natural y conforme al orden, pero nosotros no vemos la correspondencia y relación.

> Lo que vemos a diario no nos admira aun cuando ignoremos por qué acontece; lo que nunca se ha visto, cuando por primera vez ocurre, parece maravilloso.[270]

Llamamos contra natura lo que va contra la costumbre; nada subiste si está en armonía con lo natural, sea lo que sea. Que esta universal y natural razón desaloje de nosotros el error y la sorpresa que la novedad nos procura.

CAPÍTULO XXXVII

DE LA SEMEJANZA ENTRE PADRES E HIJOS

En este hacinamiento de tantas piezas diversas solo pongo mano cuando un vagar demasiado ocioso me empuja, y nunca en otro lugar que no sea mi propia casa; por eso fue formándose en ocasiones distintas y con largos intervalos, por haberme ausentado de mi vivienda a veces durante meses enteros. Tampoco enmiendo mis primeras fantasías con las segundas; si alguna vez me ocurre cambiar alguna palabra, lo hago para modificar, no para suprimir. Quiero representar el camino de mis humores para que cada parcela sea vista en el instante de su nacimiento, y me sería muy grato hoy haber comenzado más temprano la labor para así reconocer la marcha de mis mutaciones. Un criado que me servía a escribirlas bajo mi dictado creyó procurarse un rico botín sustrayéndome algunas que escogió a su gusto, pero me consuela que no hallará más ganancia que pérdida yo he experimentado. Desde que comencé he envejecido siete u ocho primaveras, lo cual no aconteció sin que yo ganara alguna adquisición nueva: la liberalidad de los años me hizo experimentar el cólico; que el comercio de ellos y su conversación dilatada nunca transcurren sin algún fruto semejante. Hubiera querido que entre los varios presentes que procuran a los que durante largo tiempo los frecuentan eligieran alguno para mí más aceptable, pues ni adrede hubiesen acertado a ofrecerme otro que desde mi infancia me infundiera mayor horror; era de todos los accidentes de la vejez precisamente el que yo más temía. Muchas veces pensé conmigo mismo que iba metiéndome demasiado adentro, y que al recorrer un tan dilatado camino no dejaría de hallar a mi paso algún desagradable obstáculo; sentía que la hora de partir había llegado y que precisaba cortar en lo vivo y en lo

no dañado, siguiendo la regla de los cirujanos cuando tienen que amputar algún miembro; y que a aquel que no devuelve a tiempo la vida, la naturaleza acostumbra a hacerle pagar su usura bien cara. Pero tan lejos me hallaba entonces de encontrarme dispuesto a entregarla, que después de dieciocho meses, o poco menos, que me veo en esta ingrata situación, aprendí ya a acomodarme a ella; me encuentro bien con este vivir colicoso y doy con qué consolarme y esperar. ¡Tan acoquinados están los hombres con su ser miserable que no hay condición, por ruda que sea, que no acepten para conservarse! Oíd a Mecenas:

> Dejadme cojo y manco y desdentado; bien está si me queda la vida:[271]

y Tamerlán encubría con visos de torpe humanidad la crueldad increíble que ejerciera contra los leprosos haciendo matar a cuantos venían a su conocimiento para de este modo, «liberarlos de la existencia penosa en que vivían»: pero todos ellos hubieran preferido ser tres veces leprosos que dejar de ser; y Antístenes el estoico, hallándose enfermo de gravedad, exclamaba: «¿Quién me librará de estos males?». Diógenes, que había ido a verle, le dijo presentándole un cuchillo: «Este, si tú quieres, y en un instante». Y el enfermo le replicó: «No digo de la vida sino de los dolores». Los sufrimientos que el alma padece me afligen mucho menos que a la mayor parte de los hombres, ya por reflexión, pues el mundo juzga horribles algunas cosas, o evitables a expensas de la vida, que para mí son casi indiferentes, merced a una manera de ser estúpida e insensible con respecto a los accidentes que me acometen, la cual considero como uno de los mejores componentes de mi natural; mas los quebrantos verdaderamente esenciales y corporales los experimento con harta viveza. Por eso, como antaño los preveía con vista débil, delicada y blanda, a causa de haber gozado de la prolongada salud y el reposo que Dios me prestara durante la mejor parte de mis años, mi mente los había concebido tan insoportables, que, a decir verdad, más miedo albergaba con la idea que mal experimenté con la realidad; y cada día creo con más firmeza que la mayor parte de las facultades de nuestra alma, conforme nosotros las ejercitamos, trastornan más que contribuyen al reposo de la vida.

Yo me encuentro en lucha con la peor de las enfermedades, la más repentina, la más dolorosa, la más mortal y la más irremediable; me ha hecho ya experimentar cinco o seis dilatadísimos y penosos accesos, mas sin embargo, o yo me vanaglorio o entiendo que aun en ese estado es posible sustraerse de la desesperación si se tiene el espíritu aligerado del temor de la muerte y descargado de las amenazas, conclusiones y consecuencias con que la medicina nos llena la cabeza; ni siquiera al efecto mismo del dolor circunda una acidez tan áspera y prepotente para que un hombre tranquilo se encolerice y desespere. Este provecho he sacado del cólico que no había logrado alcanzar solo con mis fuerzas: que me reconcilia del todo con la muerte y me arrima a ella, pues cuanto más me oprima e importune, tanto menos el sucumbir me será temible. Había ya ganado el no amar la vida sino por la vida misma; aquel dolor servirá aún para desatar esta inteligencia; ¡y quiera Dios que al fin (si la rudeza del acabar viene a exceder mis fuerzas) el mal no me lance al extremo opuesto, no menos vicioso, de amar y desear morir!

No temas ni desees el fin de tu vida:[272]

son dos pasiones igualmente merecedoras de temor; mas el remedio de la una se alcanza con mayor presteza que el de la otra.

Por lo demás, siempre consideré como cosa digna de ceremonia el precepto que tan rigurosa y exactamente ordena el mantener buen semblante junto con un ademán desdeñoso ante el sufrimiento de los males. ¿Por qué la filosofía, cuya misión mira solamente a lo vivo y a los efectos, se detiene en estas apariencias externas? Que abandone ese cuidado a los farsantes y a los maestros de retórica, quienes con tantos aspavientos encarecen nuestros gestos; que conceda valientemente al dolor la flojedad de la voz, siempre y cuando esta no sea ni cordial ni emane del pecho, y preste de buen grado esas quejas al género de suspiros, sollozos, palpitaciones y palideces que la naturaleza puso por encima de nuestro poder: mientras el ánimo se mantenga libre del horror y las palabras surjan sin desesperación, que la filosofía se dé por satisfecha; ¿qué importa que retorzamos nuestros brazos mientras no hagamos lo propio con nuestros pensamientos? Debe enderezarnos para nosotros, no para los demás; para

ser, no para parecer; que la filosofía se detenga a gobernar nuestro entendimiento, que es la misión que se impuso; que en medio de los esfuerzos del cólico mantenga el alma capaz de reconocerse, de seguir su camino acostumbrado, combatiendo el dolor y haciéndole frente, no arrojándose vergonzosamente a sus pies; conmovida y ardorosa por el combate, no abatida y derribada; capaz de comercio, susceptible de conversar y de otra ocupación cualquiera, hasta llegar a cierto límite. En accidentes tan extremos es una crueldad que se requiera de nosotros una compostura tan ordenada; si con ello experimentamos mejoría, poco importa que adoptemos mal semblante; si el cuerpo se alivia con los lamentos, que los exhale; si la agitación le place, que se eche a rodar de un lado a otro como mejor cuadre a su albedrío; si le parece que el mal se evapora de algún modo (algunos médicos dicen que esto ayuda a parir a las mujeres preñadas) expulsando la voz afuera con gran violencia, y si así entretiene su tormento, que grite hasta desgañitarse. No ordenemos a esa voz que camine, dejémosla marchar. Epicuro no solamente perdona a sus discípulos el gritar ante los tormentos, sino que se lo aconseja: «También los gladiadores cuando van a herir, al agitar sus cestos, lanzan gemidos, porque al escuchar este clamor todo el cuerpo se distiende y así nace el arranque más vehemente».[273] Bastante trabajo nos procura el mal sin que vayamos a sobrecargarnos con esas reglas superfluas.

Todo lo cual se dice para excusar a los que ordinariamente vemos armar estrépito ante los asaltos y sacudidas de esta enfermedad, pues por lo que a mí toca hasta la hora actual la he pasado con sosiego, y me conformo con gemir sin bramar; y no porque me violente a fin de mantener esta decencia exterior, pues no doy importancia alguna a semejante ventaja (en este aspecto otorgo al mal rienda suelta), sino porque mis dolores o no son tan excesivos o muestro ante sus acometidas firmeza mayor que el común de las gentes. Yo me quejo y me despecho cuando las agrias punzadas me oprimen, pero no llego a la desesperación como aquel,

> Haciendo resonar sus lamentos, súplicas, gemidos y sollozos, con apagadas voces expresa su dolor cruento:[274]

me sondeo en lo más duro del dolor, y siempre me he reconocido capaz de decir, pensar y responder tan sanamente como en cualquier otra hora, mas no con igual firmeza, merced al mal, perturbador y desquiciador. Cuando más me aterra y los que me rodean no escatiman ninguna suerte de cuidados, ensayo yo muchas veces mis fuerzas hablándoles de las cosas más ajenas a mi estado. Todo me es factible a cambio de un repentino esfuerzo, mas la duración es brevísima. ¡Que no dispusiera yo de la facultad de aquel soñador de Cicerón, que soñando gozar una muchacha se encontró con que se había aligerado de su piedra en medio de las sábanas! Los míos me descargan extrañamente. En los intervalos de este dolor excesivo, cuando mi uretra languidece sin mortificarme, me encamino de pronto a mi estado ordinario con tanta mayor facilidad cuanto que mi alma no estaba ganada anteriormente por otra alarma distinta de la sensible y corporal, de lo cual soy deudor al cuidado que siempre tuve de prepararme con la reflexión para semejantes accidentes:

> De entre los sufrimientos ya ningún nuevo aspecto me sorprenderá inopinadamente; todo lo previ y a todo adiestré mi ánimo:[275]

Por eso estoy habituado con bastante resistencia para un aprendiz a los cambios repentinos y rudos, habiendo ido a dar de pronto de una dichosísima y muy dulce condición de vida a la más lamentable y penosa que pueda imaginarse; pues además de ser la mía una enfermedad por sí misma muy de temer, arrancó en sus comienzos en mí con mucha mayor aspereza y dificultad de lo que tiene por costumbre: los accesos se apoderan de mí con tanta frecuencia, que casi nunca me siento en cabal salud. De todas suertes hasta el presente me mantengo en tal situación que si a ella puedo llevar la constancia, me reconozco en mejor situación que mil otros desprovistos de fiebre ni enfermedad diferentes de las que se procuran a sí mismos por un defecto de raciocinio.

Existe cierta manera de humildad sutil que emana de la presunción, como la que hace que reconozcamos nuestra ignorancia en muchas cosas y seamos tan corteses que declaremos la existencia en las obras de la naturaleza de algunas cualidades y condiciones que nos son imperceptibles, y de las cuales nuestra insuficiencia no alcanza a decir los medios y las

causas. Con esta honrada declaración de conciencia esperamos ganar la ventaja de que se nos crea igualmente en aquello que decimos comprender. Inútil es que vayamos escogiendo milagros y casos singulares y extraños; me parece que entre las cosas que ordinariamente vemos hay singularidades incomprensibles que superan en dificultad a los milagros. ¿Qué cosa más estupenda que esa gota de semilla, de la cual somos producto, incluya en ella las impresiones no ya solo de la forma corporal, sino de los pensamientos e inclinaciones de nuestros padres? Esa gota de agua, ¿dónde acomoda un número tan infinito de formas, y cómo incluye las semejanzas por virtud de un progreso tan temerario y desordenado que el biznieto responderá a su bisabuelo, y el sobrino al tío? En la familia de Lépido, en Roma, hubo tres individuos que nacieron (no los unos a continuación de los otros, sino por intervalos) con el ojo del mismo lado cubierto con un cartílago. En Tebas había una familia cuyos miembros llevaban estampado desde el vientre de la madre la forma de un hierro de lanza, y quien no lo tenía era considerado como ilegítimo. Aristóteles dice que, en cierta nación en que las mujeres eran comunes, los hijos se asignaban por la semejanza a sus padres respectivos.

Puede creerse que yo debo al mío mi mal de piedra, pues murió afligidísimo por una muy gruesa que tenía en la vejiga, y solo advirtió su mal a los sesenta y siete años de edad; antes nunca sintió amenaza o resentimiento en los riñones, ni en los costados, ni en ningún otro lugar, y había vivido hasta entonces con una salud excelente, muy poco sujeto a enfermedades. Siete años duró después de que se le diagnosticase el mal, arrastrando un muy doloroso fin de vida. Yo nací veinticinco años, o más temprano, antes de su enfermedad, cuando se deslizaba su existencia en el mejor estado, y fui el tercero de sus hijos en el orden de nacimiento. ¿Dónde se incubó por espacio de tanto tiempo la propensión a este mal? Y cuando mi padre estaba tan lejos de él, esa ligerísima sustancia con que me edificó, ¿cómo fue capaz de producir una impresión tan grande?, ¿y cómo permaneció luego tan encubierta que únicamente cuarenta y cinco años después he comenzado a resentirme, y yo solo hasta el presente entre tantos hermanos y hermanas nacidos todos de la misma madre? A quien me aclare este problema, creeré cuantos milagros quiera, siempre y cuando (como

suele hacerse) no me muestre en pago de mi curiosidad una doctrina mucho más difícil y abstrusa que el propio problema.

Que los médicos excusen algún tanto mi libertad si digo que merced a esa misma infusión e insinuación fatales he asentado en mi alma el menosprecio y el odio hacia sus doctrinas. Esta antipatía que yo profeso al arte de sanar es en mí hereditaria. Mi padre vivió setenta y cuatro años; mi abuelo sesenta y nueve, y mi bisabuelo cerca de ochenta, sin que llegaran a probar ninguna clase de medicina; y entre todos ellos, cuanto no pertenecía al uso ordinario de la vida era considerado como droga. La medicina se fundamenta en los ejemplos y en la experiencia; así también se engendran mis opiniones. ¿No es el que ofrecen mis abuelos un caso peregrino, prueba de experiencia y de los más ventajosos? Ignoro si los médicos acertarían a señalarme consignado en sus registros otro parecido de personas nacidas, educadas y muertas en el mismo hogar, bajo el mismo techo, que hayan pasado por la tierra bajo un régimen de vida hijo del propio dictamen. Es necesario que confiesen en este punto que si no la razón, al menos la fortuna recae en mi provecho, y téngase en cuenta que entre los médicos acaso vale tanto la fortuna como la razón. Que en los momentos presentes no me tomen como argumento de sus miras, y que no me amenacen, aterrado como me encuentro, que esto sería cosa de superchería. De suerte que, a decir verdad, yo he ganado bastante sobre los médicos con los ejemplos de mi casa. Las cosas humanas no muestran tanta constancia: doscientos años hace (ocho solamente faltan para que se cumplan) que aquel largo vivir nos dura, pues el primero nació en 1402; así que razón es ya que la experiencia comience a escaparnos. Que no me echen en cara nuestros galenos los males que en la hora presente me tienen agarrado por el pescuezo, pues haber vivido libre de ellos cuarenta y siete años, ¿no es ya suficiente? Aunque estos sean el fin de mi carrera, la considero ya como de las más dilatadas.

Mis antepasados tenían tirria a la medicina a causa de una inclinación oculta y natural; hasta la sola visión de las drogas horrorizaba a mi padre. El señor de Gaviac, mi tío paterno, hombre de iglesia, enfermo desde su nacimiento, y que sin embargo hizo durar su débil vida hasta los sesenta y siete años, al enfermar de una fuerte y vehemente fiebre crónica, los

médicos le advirtieron que si no se le medicaba con eficacia (socorro llaman a lo que casi siempre es impedimento), moriría infaliblemente. Asustado como estaba con tan terrible sentencia, respondió: «Pues entonces me doy por muerto». Mas Dios trocó semejante pronóstico. El último de sus hermanos (eran cuatro), el señor de Bussaguet, que era el más joven, fue el único en someterse al arte médico, acaso por el comercio, así lo creo yo al menos, que sostenía con las otras artes, pues era consejero en la Cámara del Parlamento, y le fue tan mal que, siendo en apariencia de complexión más resistente, murió, sin embargo, mucho antes que los otros hermanos, a excepción de uno de ellos, el señor de Saint-Michel.

Es posible que yo haya heredado de ellos esta aversión natural a la medicina, pero si no tuviera en mi favor otras consideraciones, hubiese intentado vencer aquella, por cuanto todas las convicciones que nacen en nosotros son viciosas y constituyen una especie de enfermedad que es preciso combatir. Pudo, como digo, ocurrir que yo me inclinara a semejante propensión, pero lo que sí es seguro es que la apoyé y fortalecí con el raciocinio, el cual arraigó en mí la opinión que profeso, pues yo odio también la consideración que rechaza la medicina por el amargor de su sabor. No sería este mi sentir, si solo se tratase de ello rescataría la salud a toda costa por penosos que fuesen los procesos y tratamientos que presuponga. Y siguiendo a Epicuro, me parece que deben evitarse los goces si traen luego como consecuencia dolores más grandes, y buscarse los quebrantos que acarrean goces mayores.

La salud es algo precioso, y merecedora de que se empleen en su cuidado no ya el tiempo solamente, los sudores, los dolores y los bienes, sino hasta la misma vida, tanto más cuanto que sin ella la existencia nos resulta una carga penosa y horrenda. Sin ella los goces, la prudencia, la ciencia y la virtud se empañan y desvanecen, y a los más firmes y rígidos discursos que la filosofía quiera imprimirnos en prueba de lo contrario, no tenemos sino que oponer la imagen de Platón, herido de enfermedad aguda o por el mal apoplético, y admitida ya presuposición semejante, desafiarle a que llamara en su socorro las espléndidas facultades de su alma. Todo camino que nos conduzca a la salud no puede en mi sentir considerarse como áspero ni costoso. Mas yo albergo otras razones que me hacen

desconfiar extrañamente de esta mercancía. Y no digo que no pueda haber algún arte, ni que no existan entre tantas producciones de la naturaleza algunas cosas propias a la conservación de nuestra salud; esto es evidente. Yo sé bien que hay sustancias que humedecen y otras que secan; por experiencia conozco que los rábanos ocasionan flatos, y que las hojas de sen libertan el vientre; estos remedios me son familiares como igualmente que el carnero me sirve de alimento y que el vino me caldea; y decía Solón que el comer era, como las otras drogas, una medicina contra la enfermedad del hambre. No desapruebo el uso que del mundo sacamos, ni pongo en duda la fecundidad y el poder de la naturaleza y su aplicación a nuestras necesidades; bien advierto que los sollos y las golondrinas se encuentran con ella bien. Yo desconfío de las invenciones de nuestro espíritu, de nuestra ciencia y de nuestro arte, en favor del cual abandonamos aquella sabia maestra y sus preceptos, y gobernados por él no acertamos a mantenernos en la moderación ni en el justo límite. Como llamamos justicia a la modelación de las primeras leyes que caen bajo nuestra mano, a su aplicación y práctica inepta y frecuentemente demasiado escandalosa; y como aquellos que de ella se burlan y la acusan no saben sin embargo injuriar virtud tan noble, sino exclusivamente condenar el abuso y profanación de tan sagrado título, así en la medicina yo venero su glorioso epíteto, su proposición y sus promesas, de utilidad indudable para el género humano; mas lo que entre nosotros designa, ni lo honro ni lo estimo.

En primer lugar, la experiencia me la hace temer, pues allí donde mis conocimientos alcanzan no veo ninguna clase de gentes que más enferme ni que más tarde en curar que la que vive bajo la jurisdicción de la medicina; la salud de aquellas se adultera y corrompe con la sujeción del régimen.

Los médicos no se contentan con controlar la enfermedad, sino que además truecan la salud en mal para asegurar en toda ocasión el ejercicio de su autoridad; y efectivamente, de una salud constante y plena ¿no sacan como consecuencia una enfermedad futura? Yo he estado enfermo con sobrada frecuencia, y sin socorro ajeno hallé mis males (y los experimenté de toda suertes) tan dulces de soportar y tan cortos cual ninguna otra persona, sin recurrir a la amargura de sus prescripciones. Mi salud es libre y cabal sin más regla ni disciplina que mi costumbre y mi deleite; cualquier

lugar me resulta adecuado para fijarme, pues no necesito comodidades distintas en la enfermedad a las que he menester estando bueno. Carecer de facultativo no me intranquiliza ni tampoco de farmacia y otros auxilios cuya privación aflige a la mayor parte de las personas más que el mal mismo. ¡Cómo! ¿Acaso ellos nos muestran con su vida bienandante y duradera que podamos abrigar en su ciencia alguna seguridad racional?

No hay nación que no haya vivido muchos siglos sin medicina, entre ellas las primeras, es decir, las mejores y las más dichosas; y en todo el mundo, la décima parte no se sirve de ella ni aun en nuestros días. Infinitos pueblos la desconocen, en los cuales se vive más sana y dilatadamente que entre nosotros. En nuestro país el vulgo prescinde de ella felizmente; entre los romanos transcurrieron seiscientos años antes de recibirla, y después de haberla puesto a prueba la expulsó de su ciudad por mediación de Catón el censor, el cual mostró con cuánta facilidad se subsistía sin ella, habiendo vivido ochenta y cinco años y hecho durar a su mujer hasta la vejez más extrema, no precisamente sin medicina, sino sin médico, pues todo lo saludable para nuestra vida puede llamarse medicina. Catón mantenía, así lo dice Plutarco, a su familia en salud cabal sustentándola con liebre; como los árcades, dice Plinio, curaban todas las enfermedades con leche de vaca; y los libios, según Herodoto, gozaban popularmente de singular salud gracias a la costumbre que adoptaron: cuando los muchachos habían cumplido cuatro años los cauterizaban y quemaban las venas de la cabeza y de las sienes, por donde para toda la vida cortaban el camino de la fluxión y el constipado; los aldeanos de ese pueblo, en todas las vicisitudes que les sobrevenían, no empleaban sino el vino más fuerte que tenían, mezclado con azafrán y especias, y siempre con buena fortuna.

Y a decir verdad, entre toda esa diversidad y confusión de ordenanzas, ¿qué otro efecto se persigue sino vaciar el vientre? Lo cual pueden ejecutar mil simples domésticos; y no sé yo si la operación es tan útil como dicen, y si nuestra naturaleza no tiene necesidad de guardar sus excrementos hasta cierta medida, como el vino ha menester de las heces para su conservación; frecuentemente vemos a personas sanas acometidas por los vómitos o por los flujos de vientre; por algún accidente extraño se procuran una limpia

general sin necesidad alguna precedente ni utilidad consiguiente, y a veces hasta con empeoramiento y menoscabo.

Antaño aprendí en el gran Platón que de las tres clases de movimientos que nos son inherentes, el último y el peor de todos es el de la purgación; y que ningún hombre, como no esté loco de remate, debe echar mano de ella si no se reconoce empujado por la necesidad más extrema. Con ella se va revolviendo y despertando el mal por oposiciones contrarias; se requiere que sea la manera de vivir lo que dulcemente ponga en vías de languidecimiento y reconduzca a su fin; los violentos encontronazos entre la droga que se aplica y el mal que se combate redundan siempre en nuestro daño, puesto que la querella se dilucida dentro de nosotros y la medicina es un socorro de poco fiar, enemigo por naturaleza de nuestra salud, y que en nuestra economía no encuentra acceso sino merced al trastorno. Dejemos marchar las cosas sin violentarlas; el orden que auxilia a las pulgas y a los topos ayuda también a los hombres que tienen paciencia semejante en el dejarse gobernar a la de los topos y las pulgas; inútil es que gritemos; con esto no haremos más que enronquecernos sin avanzar un paso, puesto que nos las habemos con un orden indomable y soberbio. Nuestro temor y nuestra desesperación le contrarían, retrasando nuestro alivio en vez de convidarlo; al mal debe su curso como a la salud: dejarse corromper en provecho del uno y perjudicando los derechos de la otra, el orden no lo consentirá sin lanzarse derecho al desorden. ¡Sigámosle por lo más santo! Vayamos con él de la mano: él conduce a los que le acompañan, y a los que le abandonan los arrastra y trueca en hidrófobos y a su medicina con ellos. Purgad mejor vuestro cerebro; así ganaréis más que purgando vuestro vientre.

Cuando le preguntaron a un lacedemonio por la causa de su larga y saludable vida respondió que obedecía a «la ignorancia de la medicina»; y el emperador Adriano, ya moribundo, gritaba sin cesar «que la tiranía de los médicos le había matado». Un luchador detestable se hizo médico, y Diógenes le dijo: «Ánimo, amigo, hiciste bien, ahora echarás por tierra a los que antaño te derribaron». Pero los galenos, según Nicocles, tienen la buena estrella «de que el sol alumbra sus bienandanzas y la tierra oculta sus delitos». Y además han encontrado una manera muy ventajosa de que

recaigan en su provecho los acontecimientos, pues aquello que, merced a las circunstancias, a la naturaleza o a cualquiera otra causa extraña (y todas consideradas al detalle son infinitas), ocasiona en nosotros un efecto saludable y bueno, lo achacan a privilegio de la medicina y a ella se lo atribuyen. Todos los resultados felices que llegan al paciente que permanece bajo su régimen, de la medicina los alcanza. Las ocasiones en que yo me vi curado y en que mil otros se vieron sanados sin recurrir a los médicos ni a sus socorros las usurpan estos en su provecho; y en cuanto a los desdichados accidentes, ¿rechazan la responsabilidad por completo echando la culpa al paciente con un arrimo de razones tan vanas que jamás dejan de encontrar un buen número, como esta: «Sacó los brazos de la cama; oyó el ruido de un coche;

> El tránsito de las carretas detenidas en las sinuosidades de las calles estrechas y tortuosas;[276]

entreabrieron la ventana, se acostó del lado izquierdo, o sin duda pasó por su cabeza alguna penosa idea». (En suma, una palabra, una soñación, una ojeada les bastan como excusa para descargar sus culpas.) O si les viene en gana, se sirven del empeoramiento para salir ilesos por otro procedimiento que jamás les falla, y es el convencernos, cuando la enfermedad se agrava por los remedios que aplican, de la seguridad de que nuestro estado sería aún más desastroso sin sus remedios: aquel a quien lanzaron del escalofrío a las tercianas hubiera, según ellos, padecido la fiebre crónica. En verdad obran con cordura al requerir del enfermo una creencia que les sea enteramente favorable; preciso es que sea de esa índole, y bien elástica además, para aplicarla a especies tan difíciles de tragar. Platón decía, con razón sobrada, que solo a los médicos pertenecía el mentir con libertad completa, puesto que nuestra salud depende de la vanidad y falsedad de sus promesas. Esopo, autor de excelencia rarísima, de quien pocas gentes descubren todas las gracias, nos representa ingeniosamente la autoridad tiránica que los médicos ejercen sobre esas pobres almas débiles y abatidas por el temor y el mal, pues refiere que un enfermo, interrogado por el que le asistía acerca del efecto que experimentaba con los medicamentos que le había suministrado, contestó: «He sudado mucho». «Eso es bueno», repuso

el médico. Otra vez le preguntó cómo le había ido después: «He sentido un frío intenso —respondió el paciente—, y he rehilado mucho». «Eso es bueno», añadió el médico. Y como uno de sus sirvientes se interesara por su situación: «En verdad, amigo, a fuerza de bienestar me voy muriendo».

En Egipto había una ley equitativa según la cual el facultativo tomaba al paciente a su cargo durante los tres días primeros del mal a riesgo y fortuna del segundo, mas pasado ese tiempo la cosa corría a cargo del médico; y en verdad que el proceder era justo, pues ¿qué razón hay para que Esculapio, patrón de nuestros hombres, fuera castigado por haber convertido a Hipólito de la muerte a la vida:

> Indignado Júpiter porque un mortal, huyendo de las tinieblas infernales, reapareció en la mansión de la luz, fulminó uno de sus rayos contra el inventor de este arte audaz y precipitó en las aguas del Estigio al hijo de Apolo;[277]

y sus sucesores sean absueltos enviando a tantas almas de la vida a la muerte? Un médico alababa a Nicocles el arte que ejercía con tanta autoridad preeminente. Nicocles le repuso: «En verdad opino como tú, puesto que con impunidad completa puede matar a tantas personas».

Por lo demás, si yo hubiera pertenecido a esa camada habría convertido mi disciplina en más sagrada y misteriosa; si bien empezaron de maravilla, no siguieron luego el mismo camino. Excelente principio fue convertir a dioses y demonios en los patrones de su ciencia, y el haber adoptado un lenguaje y una escritura propia, a pesar de que la filosofía declara locura el adoctrinar a un hombre para su provecho mediante una manera ininteligible.

> Como si un médico recetara a un enfermo que tomara «un hijo de la tierra arrastrándose por el césped, desposeído de huesos y de sangre, con la casa a cuestas».[278]

Buen precepto de la ciencia sanadora es el que acompaña a todas las artes fantásticas, vanas y sobrenaturales; reza esta la necesidad de que la fe del paciente aguarde con esperanza dichosa y seguridad cabal el efecto de la operación. Esta regla la llevan a tal extremo, que para ellos el médico más ignorante y grosero es el más adecuado para quien confía en él que el más experimentado y diestro. La elección misma de sus drogas es de algún modo misteriosa y casi divina; ya prescriben la pata izquierda de una tortuga, la orina del lagarto, el excremento del elefante o el hígado de un

topo; ya la sangre extraída del ala derecha de un pichón blanco; y a los que propendemos al cólico (hasta tal punto abusan en menosprecio de nuestra miseria) nos recetan las cagarrutas de ratón pulverizadas y otras ridiculeces, que más parecen cosas de magia y encantamiento que de ciencia sólida. Dejo a un lado el número impar de sus píldoras; el señalamiento de ciertos días y fiestas del año; la distinción de horas para recoger las hierbas de sus ingredientes, y ese gesto de tacañería y prudencia que revisten en porte y continente, el cual ya Plinio ridiculiza. Pero, como dije, no continuaron este hermoso comienzo al no convertir en más religiosas y secretas sus asambleas y consultas: ningún profano debía tener acceso, como no está permitido asistir a las reservadas ceremonias de Esculapio; porque acontece con tamaña falta que la irresolución médica, la debilidad de sus argumentos, adivinaciones y fundamentos, la rudeza de sus discusiones impregnadas de odio, envidia y egoísmo, fueron descubiertas por todo el mundo, de manera que es preciso ser ciego de remate para no reconocerse en peligro entre sus manos. ¿Quién vio nunca a un médico servirse de la receta de su compañero sin añadir o quitar alguna cosa? Con esto denuncian de sobra su arte, haciéndonos ver que atienden más a la propia reputación, y por consiguiente a su provecho, que al interés de sus pacientes. Aquel de sus doctores fue más prudente que en lo antiguo les prescribiera que tan solo uno se las hubiese con un enfermo; pues en este caso, de no hacer nada de provecho, la acusación al arte de la medicina no podrá ser muy grande por la culpa de un hombre solo; por el contrario, la gloria será mayor si la bienandanza corona la obra; mientras que siendo muchos desacreditan constantemente la profesión, con tanta más razón cuanto que mayor es la frecuencia con que practican el mal que con la que ejecutan el bien. Deberían resignarse con el perpetuo desacuerdo que se descubre en las opiniones de los principales maestros y autores antiguos que trataron de esta ciencia, que solo es conocido por los hombres versados en los libros, guardándose de poner en conocimiento del vulgo las controversias y veleidades de juicio que perpetuamente encienden y alimentan entre ellos.

¿Queremos mostrar un ejemplo del debate ancestral de la medicina? Herófilo coloca en los humores la causa generadora de las enfermedades, Erasístrato en la sangre de las arterias, Asclepiades en los átomos invisibles

que penetran en nuestros poros, Alamón en la exuberancia o defecto de fuerzas corporales, Diocles en el desequilibrio de los elementos del cuerpo y en la calidad del aire que respiramos, Estrato en la abundancia, crudeza y corrupción del alimento que nos sustenta, e Hipócrates supone que los espíritus son la causa de los males. Hay uno de sus colegas, a quien los médicos conocen mejor que yo, que clama a propósito de tamaña disparidad: «La ciencia más importante que existe para nuestro provecho, o sea aquella cuya misión es nuestra conservación y salud, es por desdicha la más incierta, la más turbia y la agitada por mayores cambios». No corremos un grave riesgo al engañarnos sobre la altura del sol, o en echar una fracción de más o de menos en las medidas astronómicas; pero aquí donde todo nuestro ser se pone en juego no es prudente que nos abandonemos a merced de la agitación de tantos vientos contrarios.

Antes de la guerra del Peloponeso no hubo grandes novedades en esta ciencia. Hipócrates la acreditó, y, cuantos principios este había sentado, vino Crisipo y los derribó; luego, Erasístrato, nieto de Aristóteles, desmenuzó cuanto Crisipo había escrito; después de ellos sobrevinieron los empíricos, quienes siguieron un camino enteramente opuesto al seguido por los antiguos en el cultivo de este arte; y cuando el crédito de estos últimos empezó a envejecer, Herófilo puso de moda otra clase de medicina que Asclepiades combatió y aniquiló a su vez. En su época alcanzaron autoridad las opiniones de Temison, y después las de Musa, y posteriormente las de Victio Valens, médico famoso por el trato íntimo que mantuvo con Mesalina. El cetro de la medicina fue a parar durante un tiempo del gobierno de Nerón a manos de Tesalo, el cual abolió y condenó cuanto había estado vigente hasta entonces; la doctrina de este fue abatida por Crinas de Marsella, quien nos trajo como novedades el establecer todas las operaciones médicas conforme a las efemérides y movimientos de los astros; comer, beber y dormir a la hora que pluguiera a la luna y a Mercurio. Su autoridad fue muy poco tiempo después suplantada por Carino, médico de la misma ciudad de Marsella, quien combatió no solo la antigua medicina, sino también el uso público de los baños calientes, cuya costumbre se remontaba a tantos siglos atrás. Este galeno hacía bañar a los hombres en agua fría hasta en invierno, y zambullía a los enfermos en la

corriente de los arroyos. Hasta la época de Plinio ningún romano se había dignado ejercer la medicina; la practicaban los griegos y los extranjeros; pues, como dice un médico competentísimo, no aceptamos de buen grado el remedio que entendemos, como tampoco la droga que cogemos con nuestras manos. Si los países que nos procuran el guayacán, la zarzaparrilla y el árbol de la quina tienen sus médicos correspondientes, merced al crédito que entre estos goza lo peregrino y lo extraño, lo singular y lo caro, ¿cuánto no encomiarán nuestras coles y nuestro perejil? En efecto, ¿quién osará menospreciar las cosas buscadas tan lejos, a través de los azares de una peregrinación tan dilatada y peligrosa? Después de estas antiguas mutaciones de la medicina, hubo infinitas otras hasta nuestros días, y ordinariamente transformaciones completas y universales, como son las acontecidas en nuestro tiempo con Paracelso, Fioravanti y Argenterio; pues no solamente cambian un principio, sino que, según me informan, vuelven del revés todo el contexto y ensambladura de la medicina, acusando de ignorancia y engaño a los que la ejercieron antes que ellos. Con lo cual puede formarse una idea de la suerte que corre el desdichado paciente.

Si al menos estuviéramos seguros de que al engañarse no perdemos sino que salimos gananciosos, obtendríamos con ello una compensación muy razonable exponiéndonos a alcanzar el bien sin abocarnos a las pérdidas. Esopo relata el cuento siguiente de un individuo que compró un esclavo: como supusiera que el color le había sobrevenido por accidente y perversos tratamientos de su primer amo, le hizo tomar muchos baños y brebajes, con exquisito esmero, y aconteció que el esclavo no cambió en modo alguno su color oscuro, perdiendo por completo la salud de que antes disfrutara. ¿Cuántas veces no nos ocurre ver a los médicos achacarse los unos a los otros la muerte de sus pacientes? Me acuerdo ahora de una enfermedad epidémica que reinó en los pueblos de mi vecindad hace algunos años, mortal y peligrosísima; una vez pasó la avalancha (había arrastrado tras sí infinito número de vidas), uno de los médicos más renombrados de la localidad publicó un libro sobre la materia, en el cual se consignaba que para combatir el mal se había empleado la sangría, y que esto había sido una de las causas principales del daño sobrevenido. Con fundamento mayor los autores sostienen que no hay medicina que no tenga alguna parte

dañosa; y si aun esas mismas que nos benefician nos perjudican de algún modo, ¿qué no harán las que se nos aplican por entero fuera de propósito? Por mi parte, considero que para aquellos que detestan el sabor de las drogas debe constituir un esfuerzo peligroso y perjudicial el tragarlas a una hora tan incómoda y con tanta repugnancia; y creo que esto expone inminentemente al enfermo en los momentos en que tanta necesidad tiene de reposo; de considerar además las ocasiones en que ordinariamente fundan las causas de nuestras dolencias, se ve que aquellas son tan ligeras y delicadas que puede argumentarse que un error baladí en la suministración de sus potingues puede acarrearnos un mal incalculable.

Ahora bien, si el error del médico es dañoso, nos irá rematadamente mal, pues es muy difícil que no caiga en él de nuevo frecuentemente. Tiene necesidad de desmontar demasiadas piezas, consideraciones y circunstancias para marcar justamente sus designios; precisa conocer la constitución del enfermo, su temperatura, sus humores e inclinaciones, sus actos, sus pensamientos y fantasías; es necesario, además, que sepa darse cuenta de las circunstancias externas, de la naturaleza del lugar, la condición del aire y del tiempo, la posición de los planetas y su influencia; que conozca, en la enfermedad que tiene entre manos, las causas, signos, afecciones y días críticos; de la droga: el peso, la fuerza, el país de donde procede, la forma, el tiempo y la manera de suministrarla. Es menester que todos estos aspectos sepa relacionarlos los unos con los otros, para de este modo engendrar una cabal simetría; si entre tantos resortes uno solo se desvía, basta y sobra para perdernos. Dios sabe de cuánta dificultad sea la penetración de casi todas estas partes, pues, por ejemplo, ¿cómo advertirá la señal propia de la enfermedad siendo tan grande el número de síntomas? ¿Cuántos debates y dudas no sostienen y albergan los médicos solo en la interpretación de la orina? Si no fuera así, ¿cuál sería el origen de ese continuo altercado que vemos entre ellos sobre el conocimiento del mal? ¿Cómo excusaríamos ese error en que caen con tanta frecuencia, de confundir la marta con el zorro? En los males que yo he sufrido, por pequeña que haya sido su complicación, nunca encontré tres que estuvieran de acuerdo, y señalo más particularmente los ejemplos que me incumben. En París, recientemente un caballero sufrió la operación de la talla

aconsejado por los médicos, pero no se encontró ninguna piedra ni en la vejiga ni en la mano: en París también un obispo, a quien yo tenía por gran amigo, fue solicitado por la mayor parte de los médicos, a quienes pidió consejo para que se prestase a la misma operación; yo también, por impulso ajeno, ayudé a ello con mis persuasiones, y cuando murió y le abrieron encontraron que su mal residía en los riñones. Menos disculpables son al engañarse en esta enfermedad, puesto que es palpable hasta cierto punto. La cirugía me parece más certeza, ya que maneja y ve lo que ejecuta; hay en ella menos que conjeturar y menos que adivinar: en la medicina, los médicos carecen de *speculum matricis* que les descubra nuestro cerebro, nuestro pulmón y nuestro hígado.

Las promesas mismas de la medicina son increíbles, pues al vérselas con accidentes diversos y contrarios, que frecuentemente nos acosan juntos y que guardan una relación casi necesaria, como el calor del hígado y la frialdad del estómago, los médicos tratan de persuadirnos de que con sus mejunjes uno calentará el estómago, mientras el otro refrescará el hígado; uno tiene a su cargo ir derecho a los riñones, o a la vejiga, sin extenderse por otra parte, y conservando su fuerza y su virtud en este largo camino lleno de sinuosidades hasta el lugar a cuyo servicio se destina, en virtud de sus propiedades ocultas; el otro secará el cerebro, este humedecerá el pulmón. De todo este montón se elabora una mixtura y un brebaje, ¿no es una especie de ensueño el confiar que estas virtudes vayan dividiéndose y seleccionándose en medio de semejante confusión y mezcla para responder a funciones tan diversas? Yo temería infinitamente que perdieran o cambiaran sus direcciones, y que alborotaran el barrio. ¿Y por qué no imaginar, en medio de tal confusión de elementos, que las propiedades de estos no se corrompan, confundan y alteren los unos a los otros? ¿Y qué decir si la ejecución de esta ordenanza depende de otro encargado, a cuya fe y merced abandonamos una vez más nuestra vida?

Así como tenemos sirvientes para vestirnos, y somos tanto mejor servidos cuanto que cada cual se ocupa solamente de su oficio, y su ciencia es más restringida y limitada que la del sastre, que abraza todas las prendas; y así como en materia de alimentos los grandes para mayor comodidad tienen despensas, y en unas ponen las verduras y los asados en otras, de los

cuales un cocinero que se ocupara de todo no podría delicadamente salir del paso, así los egipcios en lo que se refiere al arte de curar tuvieron razón al desechar el oficio general de médico y al cortar esta profesión: a cada enfermedad, a cada parte del cuerpo asignaron su obrero correspondiente, pues así cada una de ellas se veía más propia y menos confusamente tratada por no considerarse sino ella sola especialmente. Los nuestros ven que quien pretende proveer a todos no provee a nadie. Y que la total organización de este mundo les es indigesta. Por temor de detener el curso de una disentería, a causa de la fiebre que hubiera sobrevenido, me mataron a un amigo que valía más que todos juntos, tantos como son. Amontonan sus adivinaciones en oposición con los males presentes, y por no curar el cerebro a expensas del estómago perjudican el estómago y empeoran el cerebro con sus drogas contradictorias.

En cuanto a la variedad y debilidad de las razones de este arte, las de ningún otro son más palmarias; veamos, si no, una muestra. Las cosas aperitivas son útiles a un hombre sujeto al cólico porque abren los conductos y los dilatan, y encaminan la materia viscosa de que se forman la grava y la piedra conduciendo hacia abajo lo que comienza a amasarse y a endurecerse en los riñones; las cosas aperitivas son nocivas para un hombre sujeto al cólico, porque abriendo los conductos y dilatándolos encaminan hacia los riñones las materias propias a formar la piedra, las cuales al juntarse fácilmente, pues se sienten inclinadas a ello, es difícil que no se amontonen; si por casualidad se encuentra algún cuerpo algo más grueso de lo necesario para atravesar todos los estrechos que quedan por franquear antes de salir al exterior, este cuerpo puesto en movimiento por las sustancias aperitivas y lanzado en conductos estrechos, si llega a taparlos encaminará al enfermo a una muerte dolorosísima. Es conveniente hacer aguas con frecuencia, puesto que la experiencia nos muestra que dejándolas estancadas les procuramos el tiempo preciso para que se descarguen de la parte sólida disuelta y demás sedimentos que servirán de materiales para formar la piedra en la vejiga: es bueno no hacer aguas con frecuencia, porque los pesados sedimentos que estas arrastran consigo no lo harán si no hay violencia en la operación, como la experiencia nos enseña: así un torrente que rueda con impetuosidad barre con mayor limpieza el lugar por

donde pasa que no el curso de un arroyuelo blando y perezoso. De manera análoga, es bueno tener comercio frecuente con mujeres, porque así se abren los conductos, dejando salir la grava y la arena; es también nocivo, porque irrita los riñones, los cansa y debilita. Es bueno bañarse en agua caliente, porque así se aflojan y reblandecen los lugares en que se estancan la arena y la piedra; malo también es, porque esta aplicación del calor externo cuece los riñones, endureciendo y fortificando la materia, que para ello interiormente está dispuesta. A los que están en balnearios es saludable comer poco por la noche a fin de que el brebaje de las aguas que tienen que tomar al día siguiente por la mañana haga mejor su función al encontrar el estómago vacío y no imposibilitado; por el contrario, es mejor comer poco a mediodía a fin de no trastornar los efectos del agua, que no llegaron todavía a ser perfectos, no cargando el estómago tan de repente con otra labor que efectuar, y dejando así la tarea de digerir para la noche, que la practica mejor que no de día, en que el cuerpo y el espíritu están en perpetuo movimiento y acción. He aquí cómo van burlándose y divirtiéndose a nuestras expensas en todos sus discursos, y no acertarían a presentarme una proposición que yo no rebatiera con otra contraria de fuerza parecida. Que no se alboroten, pues, en medio de barahúnda semejante contra los que mansamente se dejan guiar por el propio instinto y consejo de la naturaleza, echándose en brazos de la común fortuna.

Con ocasión de mis viajes he visitado casi todos los balnearios famosos de la cristiandad, y hace algunos años comencé a servirme de ellos, pues en general considero el remojarse como saludable, y creo que corremos incomodidades no ligeras en nuestra salud por haber perdido esta costumbre, que fue generalmente observada en los tiempos pasados en casi todas las naciones, y lo es todavía en muchas, de lavarse el cuerpo todos los días; no puedo yo imaginar que no valgamos mucho menos teniendo así nuestros miembros como los crustáceos, y nuestros poros cubiertos de grasa. Por lo que toca a tomar las aguas, la casualidad hizo que esto no fuera en modo alguno enemigo de mi gusto; en segundo lugar es cosa sencilla y natural, que al menos no perjudica si no ocasiona buenos resultados, de lo cual es prueba la multitud de pueblos de todas clases y complexiones que en los baños se congregan; y aunque yo no haya

advertido con el agua ningún efecto extraordinario y milagroso, informándome con mayor atención de la que comúnmente se pone en estas cosas, he reconocido como mal fundados y falsos todos los rumores de tales operaciones como se esparcen por estos lugares y a que se da crédito (así el mundo va engañándose fácilmente con lo que desea), apenas si he visto a nadie a quien las aguas hayan empeorado, y sin malicia no puede negarse que despiertan el apetito, facilitan la digestión y nos prestan algún nuevo contentamiento, si a ellas no se va con las fuerzas demasiado abatidas, lo cual yo no aconsejo a nadie; las aguas son impotentes para enderezar una pesada ruina; sí pueden servir de apoyo a una inclinación ligera o remediar la amenaza de algún trastorno. Quien no tenga suficientes ánimos para poder gozar el placer de las compañías que allí se encuentran y de los paseos y ejercicios a que nos convida la hermosura de los lugares en que comúnmente están situadas, pierde sin duda la mejor parte y la más segura del efecto de las mismas. Por esta causa yo procuré hasta hoy detenerme y servirme de aquellas en que la amenidad del lugar es mayor, la comodidad de alojamiento, la diversidad de víveres y la excelencia de la compañía, como son en Francia los baños de Bagnères, en la frontera de Alemania, y de Lorena los de Plombières, en Suiza los de Baden, en la Toscana los de Lucca, especialmente los llamados *della Villa*, que son los que yo he visitado con mayor frecuencia en diversas épocas.

Cada nación profesa opiniones particulares respecto a su uso y tiene modos y formas de servirse de ellos completamente diversos; por lo que yo sé, los efectos son casi idénticos: el beber no es en manera alguna recibido en Alemania; allí se bañan para curar todas las enfermedades y permanecen en el agua como las ranas, de sol a sol; en Italia, cuando beben nueve días se remojan treinta por lo menos, y comúnmente toman el agua mezclada con otras drogas para que ayuden mejor a la operación. En unos sitios se nos ordena el paseo para dirigirla, en otros el permanecer en el lecho donde la tomamos hasta desalojarla, teniendo bien abrigados el vientre y los pies. Como los alemanes tienen por costumbre peculiar el aplicarse ventosas en el baño, así los italianos usan las *doccie*, que son ciertas goteras de agua caliente conducida por caños, y se riegan una hora por la mañana y otro tanto a mediodía, por espacio de un mes, el pecho, la cabeza o la parte del

cuerpo que de ello tenga menester. En cada localidad hay multitud de particularidades en la manera de servirse del agua, o mejor dicho, casi ninguna semejanza existe de unos a otros lugares. He aquí cómo esta parte de la medicina, la única con que haya yo transigido, aun cuando sea la menos artificial, incluye también una parte no pequeña de la incertidumbre y confusión que por todas partes se ven en el arte de curar.

Los poetas expresan cuanto les pasa por las mientes con gracia y énfasis mayores que los demás mortales; valga como ejemplo este epigrama:

> El médico Alcón tocó ayer la estatua de Júpiter, y esta, a pesar de ser de mármol, experimentó el influjo consiguiente: hoy le sacan de su antiguo templo (dios y piedra como es), para enterrarle:[279]

y este otro:

> Ayer Andrágoras se bañó con nosotros; cenó alegremente, y le encontraron muerto esta mañana. ¿Quieres saber, Faustino, cuál fue la causa de una defunción tan súbita? Había visto en sueños al médico Hermócrates:[280]

a propósito de los cuales quiero relatar aquí dos cuentos.

El barón de Caupenne de Chalosse y yo tenemos en común el derecho de patronato sobre un beneficio de gran extensión, al pie de nuestras montañas, que se llama Lahontan. Ocurrió con los habitantes de este rincón lo que se dice de los del valle de Angrougne: llevaban una vida aparte; sus maneras, vestidos y costumbres les eran peculiares; vivían regidos y gobernados por ciertas leyes y reglamentos particulares, recibidos de padres a hijos, a los cuales se sometían sin más sujeción que la reverencia emanada del uso. Este pequeño Estado vivió una existencia tan dichosa desde tiempos remotísimos que ningún juez vecino había tenido jamás la necesidad de inmiscuirse en sus negocios; ningún abogado se empleó en iluminarlos con sus consejos, ningún extranjero fue llamado para extinguir sus querellas, y tampoco se vio vecino que para subsistir tuviera que pedir limosna: huían de la alianza y comercio con el resto del mundo, a fin de no adulterar la pureza de su gobierno, hasta que un día aconteció, como explican por el testimonio de sus padres, que uno de ellos al sentirse con el alma espoleada por una noble ambición, ideó para que su nombre alcanzara reputación y crédito hacer de uno de sus hijos el señor Jean o el señor

Pierre; y como le enviara para que se instruyese y aprendiera a escribir a una ciudad vecina, le convirtió al fin en un cumplido notario de aldea. Este joven, llegado a su mayoría de edad, comenzó a menospreciar los antiguos usos y costumbres de su pueblo y a insuflar en la cabeza de sus vecinos la pompa reinante en las regiones de por acá; al primero de sus compadres a quien descornaran una cabra, le aconsejó pedir razón del desmán a los jueces reales de las afueras, y así empezó a adulterarse todo. Como consecuencia de tamaña corrupción, cuentan que al punto sobrevino otra de peores consecuencias, ocasionada por un médico, a quien se le ocurrió la idea de casarse con una joven del lugar y avecindarse en él. Este físico comenzó por enseñarles el nombre de las diversas fiebres, el de los reumas y el de las apostemas; la situación del corazón, la del hígado y la de los intestinos, que era una ciencia hasta entonces desconocida para ellos; y en lugar de los ajos, con los que sabían expulsar toda suerte de males, por extremos y rudos que fueran, les acostumbró, para frenar una tos o un constipado, a tomar mixturas extrañas, empezando con esto a traficar no solo con la salud de sus vecinos, sino también con la suya propia. Juran estos que solo desde entonces advierten que el sereno les ataca a la cabeza; que el beber acalorados es nocivo; que los vientos de otoño son más perjudiciales que los de primavera; que después del empleo de la medicina se encuentran molestos por una legión de males desacostumbrados, y que advierten un decaimiento general de su antiguo vigor, al tiempo que sus vidas se redujeron a la mitad de duración. Tal es el primero de mis cuentos.

He aquí el otro. Antes de mi sujeción al mal de piedra, como llegara a mi conocimiento por intermedio de muchas personas que la sangre del cabrón era un remedio infalible y como celestial que se nos enviara en estos últimos siglos para la tutela y conservación de la vida humana, y como escuché hablar en este sentido a personas de mucho seso que la consideraban una droga admirable de milagrosos resultados, yo que siempre tuve fija en mi mente la exposición de todos los accidentes a que cualquier hombre puede estar abocado, tuve gusto en plena salud de procurarme este milagro, y ordené que en mi casa nutrieran un macho cabrío conforme a un régimen particular, pues es preciso recoger el animal en los meses más calurosos del estío y no darle de comer sino hierbas apetitosas y de beber

solo vino blanco. Por casualidad me dirigí a mi casa el día en que el animal debía ser sacrificado, y me vinieron a decir que el cocinero encontró en la panza de aquel dos o tres bolas gruesas que se entrechocaban unas con otras en el condumio; por curiosidad hice que trajeran todo el bandullo a mi presencia y mandé que abrieran la piel del animal, gruesa y ancha, del interior de la cual salieron tres abultados cuerpos, ligeros como esponjas, de tal forma que parecían huecos, duros, sin embargo, en la superficie eran resistentes y abigarrados, de varios colores poco intensos; uno de ellos, de redondez perfecta, tenía el tamaño de una bola pequeña; los otros dos, un poco más chicos, eran de redondez imperfecta, pero semejaban ir camino de ella. Al informarme a través de personas acostumbradas a destripar estos animales, tuve noticia de que se trataba de un caso inusitado y singular, y es muy verosímil que esas piedras fueran hermanas de las que en nosotros se forman. En caso de que en efecto sea así, considérese la vanidad de la esperanza de los sujetos al mal de piedra al pretender alcanzar la curación con la sangre de esos animales no menos sujetos a concluir de un modo parecido, pues sostener que la sangre no participa del contagio y que no se adultera su virtud es de todo punto inverosímil; más bien debemos creer que no se engendra nada en un cuerpo sino por la conspiración y comunicación de todas las partes: obra la masa toda entera aun cuando una parte contribuya más que otra según la diversidad de las operaciones, de manera que parece bastante verosímil que en todas las partes de ese cabrón existiese alguna cualidad petrificante. Tenía yo interés en esta experiencia no solo por mi salud presente y futura, sino porque ordinariamente ocurre en mi casa y en muchas otras que las mujeres amontonan drogas para socorrer al pueblo, empleando remedios que ellas no adoptan para sí; y que, sin embargo, suelen a veces obtener buenos resultados.

Por lo demás, yo honro a los médicos, no conforme al sentir común, o sea por la necesidad (pues a este pasaje se opone otro del profeta que reprende al rey Asa por haberse puesto en manos de un médico), sino por el amor que les profeso en atención a que entre ellos conocí muchos dignos varones merecedores de ser amados. Ellos no me inspiran mala voluntad, sino su arte; y no los censuro demasiado porque conviertan en provecho nuestra torpeza, pues casi todo el mundo hace lo mismo; muchas

profesiones menores y otras más dignas que la de ellos no tienen otro fundamento ni apoyo que los públicos abusos. Cuando estoy enfermo los llamo a mi compañía; si los encuentro cerca de mí les hablo de mis males, y pago sus servicios como hace el resto. Les autorizo a que me ordenen abrigarme continuamente, si así lo deseo; pueden también escoger entre los puerros y las lechugas para preparar el caldo que haya de tomar, u ordenarme el vino blanco o el clarete; y así por el estilo entre todas las demás cosas que son indiferentes a mi apetito y hábitos. Bien se me alcanza que esas concesiones nada significan para ellos, puesto que la aspereza y la extrañeza son los accidentes que constituyen la esencia de la medicina. ¿Por qué Licurgo ordenaba el vino a los espartanos enfermos? Porque detestaban beberlo cuando estaban sanos. Hacía lo mismo que un gentilhombre, vecino mío, el cual se sirve del vino para remedio de sus fiebres como si se tratase de una droga muy saludable, porque su naturaleza odia mortalmente sentirla en su paladar. ¿Cuantísimos médicos no vemos de humor idéntico al mío, que menosprecian la medicina para su servicio y adoptan una forma libre de vida, contraria en todo a la que recomiendan a los demás? ¿Y qué significa esto si no es un escandaloso abuso de nuestra simplicidad? Pues no profesan a su vida y salud menos aprecio que los demás mortales, y acomodarían los efectos a su doctrina si ellos mismos no conocieran su falsedad.

El temor de la muerte y del dolor, la impaciencia con que este se soporta y la sed indiscreta de curación son las cosas que así nos ciegan; en suma, la cobardía es lo que convierte nuestra creencia en algo demasiado blando y maleable. La mayor parte de los enfermos, sin embargo, no creen tanto como sufren y se ponen a la merced del médico, pues yo los oigo lamentarse y hablar como nosotros, y a la postre, sin poder contenerse, exclaman: «¿Qué haré yo?». Como si la impaciencia fuera un remedio mejor que la paciencia. ¿Hay alguno entre los que se entregan a esta miserable esclavitud que no se rinda igualmente ante toda clase de imposturas y no se ponga a la merced de cualquiera que tenga el descaro de prometerle una curación segura? Los babilonios llevaban sus enfermos a la plaza pública; el médico era el pueblo: todos los que pasaban por la calle, por humanidad y civilidad, se informaban del estado de aquellos enfermos,

y según la experiencia de cada uno les daban un consejo. Apenas si nosotros hacemos cosa distinta, pues no hay mujerzuela de quien no empleemos su charla y sigamos sus ordenanzas, y, a mi modo de ver, si yo hubiera de aceptar algunas, de mejor grado acogería esta medicina que ninguna otra, puesto que al menos con ella no hay ningún mal que temer. Lo que Homero y Platón decían de los egipcios, o sea que entre ellos todos eran médicos, debe decirse igualmente de todos los pueblos: no hay persona que no se ufane de poseer alguna receta y que no la experimente en su vecino, si este quiere creerla. Hallándome días pasados en una reunión donde no sé quién llevó la noticia de una suerte de píldoras elaboradas con la friolera de ciento y tantos ingredientes, panacea maravillosa, la cosa dio lugar a una fiesta y consolación singulares, pues en verdad, ¿qué parapeto bastaría para sostener el esfuerzo de una batería tan nutrida? Después oí de quienes la probaron que ni la más insignificante piedrecilla se dignó moverse de su sitio.

No puedo desprenderme de este papel sin escribir todavía una palabra de lo que los médicos nos dan como seguridad en la certeza de sus drogas, que es la experiencia de una gran cantidad de hombres; yo creo que más de las dos terceras partes de las virtudes medicinales radican en la quintaesencia o propiedad oculta de los simples, de la cual no podemos alcanzar instrucción distinta a la que el uso nos procura, pues quintaesencia no es otra cosa que una cualidad, de la cual no podemos encontrar la causa mediante nuestra razón. En semejantes pruebas, cuando se me dice que han sido adquiridas por inspiración de algún espíritu las acojo con alegría (pues, en cuanto a los milagros se refiere, ni a tocarlos siquiera me determino jamás); e igualmente las que se sacan de las cosas que por consideraciones de otro orden caen frecuentemente en nuestro uso, como si en la lana con que nos protegemos del frío se encontró por casualidad alguna oculta propiedad desecativa que curara los sabañones de los pies, o si en el rábano picante que comemos se halló algún efecto aperitivo. Cuenta Galeno que un leproso recobró la salud mediante el vino que bebió, porque el azar hizo que una culebra se deslizara en la vasija. En este ejemplo encontramos el medio de un procedimiento adecuado a aquella experiencia, como también en aquellos otros a que los médicos dicen haber sido encaminados por la

observación de algunos animales; mas casi todas las otras a que la suerte los condujo, y en que confiesan no haber tenido otro guía que el azar, encuentro inaceptable semejante procedimiento. Yo imagino al hombre mirando a su alrededor el número infinito de las cosas creadas: animales, plantas y metales, y no sé por dónde hacerle comenzar a experimentar; y en caso de que su inclinación inicial le lance sobre el cuerno de ciervo,[281] para lo cual es necesario presuponer una credulidad del todo dócil, se encuentra aún imposibilitado en su segunda operación; tantas enfermedades acometen al hombre, y tantas circunstancias precisan para la acertada aplicación de los remedios que, antes de que el médico llegue a una conclusión indiscutible, el juicio humano habrá perdido los estribos: antes de que haya descubierto entre la infinidad de cosas lo que es un cuerno, y entre la variedad de enfermedades, complexiones, naciones, edades, mutaciones celestes y partes de nuestro organismo, si no está guiado por argumentaciones ni conjeturas, ni por inspiración divina, sino exclusivamente por el azar, cuando precisaría que fuese una operación perfectamente medida, ordenada y metódica. Además, aun cuando se diese la curación en estas circunstancias, ¿cómo puede asegurar el médico que la causa no fue debida a que el mal ya estaba cerca de sanarse, o también a un efecto del azar, o al efecto de alguna otra cosa que el enfermo hubiera comido o bebido, o tocado el día de su medicación, o al fruto de los rezos de la abuela? A mayor abundamiento, aun suponiendo que esa prueba haya sido perfectamente demostrada, ¿cuántas veces se ve repetida? Y esa larga hilera de casualidades y casos, ¿es suficiente para dejar sentada una regla general? Y aun cuando por la regla alcanzase una conclusión, ¿quién es el que la fundamenta? Entre tantos y tantos millones, solo hay tres hombres que se ocupen de registrar sus experiencias: ¿acaso la suerte habrá hecho que se encuentre precisamente uno de ellos? Pero ¿y si otro y cien más llevaron a cabo experiencias opuestas? Acaso alcanzaríamos a ver alguna luz si nos fuesen conocidos todos los juicios y razonamientos de los hombres; pero eso de que tres testigos y tres doctores regenten el género humano, es locura singular; precisaría para ello que el universo mundo los hubiera elegido, y que fueran declarados nuestros síndicos por poder expreso.

ENSAYOS

LIBRO TERCERO

Capítulo II

DEL ARREPENTIMIENTO

Los demás forman al hombre: yo lo recito como representante de uno particular, con tanta imperfección formado que si tuviera que modelarle de nuevo le trocaría en bien distinto de lo que es: pero lo cuento tal y como es en el presente. Los trazos de mi pintura no se contradicen, aun cuando cambien y se diversifiquen. El mundo no es más que un balanceo perenne; todo en él se agita sin cesar, así las rocas del Cáucaso como las pirámides de Egipto, con el movimiento general y con el suyo propio; el reposo mismo no es sino un movimiento más lánguido. Yo puedo asegurar que mi objeto va alterándose y haciendo eses merced a su natural claridad; lo tomo en este punto, conforme es en el instante en que converso con él. Yo no pinto el ser, pinto solamente lo transitorio; y no lo transitorio de una edad a otra, o como el pueblo dice, cada siete años, sino de día en día, de minuto en minuto: precisa que acomode mi historia a la hora misma en que la refiero, pues podría cambiar un momento después; y no solo por las circunstancias, también intencionadamente. Es la mía una fiscalización de diversos accidentes cambiantes, de fantasías irresueltas y contradictorias. Bien porque me convierta en otro yo mismo, bien porque acoja los objetos en virtud de otras circunstancias y consideraciones, el hecho es que me contradigo fácilmente, pero la verdad, como decía Demades, jamás la adultero. Si mi alma pudiera tomar pie, no solo me sentaría, sino que descansaría todo el tiempo que me fuese posible; mas constantemente se mantiene en prueba y aprendizaje.

Yo propongo una vida baja y sin brillo, mas para el caso es indiferente que fuera relevante. Igualmente se aplica toda la filosofía moral a una

existencia ordinaria y privada que a una vida de contextura más rica; cada cual arrastra consigo la fórmula de la condición humana. Los autores se comunican con el mundo merced a un distintivo especial y extraño; yo, principalmente, merced a mi ser general, como Michel de Montaigne, no como gramático, poeta o jurisconsulto. Si el mundo se queja porque yo hablé de mí demasiado, yo me quejo porque él ni siquiera piensa en sí mismo. Pero ¿es razonable que siendo yo un individuo tan particular, pretenda mostrarme al conocimiento público? ¿Es razonable que se muestre en sociedad, donde las maneras y artificios gozan de tanto crédito, los efectos de la naturaleza, crudos y mondos, sobre un individuo que, además, es enteco? ¿No es constituir una muralla sin piedra, o cosa semejante, el fabricar libros sin ciencia ni arte? Las fantasías de la música el arte las acomoda, las mías las acomoda la circunstancia. Pero al menos me someto a una disciplina: jamás ningún hombre trató asunto que mejor conociera ni entendiera que yo entiendo y conozco el que he emprendido; en este aspecto soy el hombre más sabio que puede existir; en segundo lugar, ningún mortal penetró nunca en su tema más adentro, ni examinó los miembros y consecuencias con más detalle, ni llegó con más exactitud y plenitud al fin que se propuso para su tarea. Expuse la verdad, no hasta el hartazgo, sino hasta el límite en que me atrevo a exteriorizarla, y me atrevo algo más a medida que envejezco, pues parece que la costumbre concede a esta edad mayor libertad de charla, y mayor indiscreción en el hablar de sí mismo. Aquí no puede acontecer lo que veo que sucede frecuentemente, o sea que el artesano y su labor se contradicen: ¿cómo un hombre, oímos, de tan sabrosa conversación ha podido componer un libro tan insulso? O al revés: ¿cómo escritos tan relevantes han emanado de un espíritu cuyo hablar es tan flojo? Quien conversa vulgarmente y escribe de modo diestro declara que su capacidad reside en el lugar de donde la toma, no en él mismo. Un personaje sabio no lo es en todas las cosas; mas la suficiencia en todo se basta, hasta en el ignorar: aquí vamos conformes y en igual sentido, mi libro y yo. Acullá puede recomendarse o acusarse la obra independientemente del obrero; aquí no; pues quien se las ha con el uno se las ha igualmente con el otro. Quien le juzgue sin conocerle se perjudicará más de lo que a mí me perjudique; quien le haya conocido me procura

satisfacción cabal. Por contento me daré y por encima de mis merecimientos me consideraré, si logro solamente alcanzar de la aprobación pública el hacer sentir a las gentes de entendimiento que he sido capaz de convertir la ciencia en mi provecho, caso de que la haya tenido, y que merecía que la memoria me prestara mayor ayuda.

Pasemos aquí por alto lo que acostumbro a decir frecuentemente, o sea que yo me arrepiento rara vez, y que mi conciencia se satisface consigo misma; no como la de un ángel o como la de un caballo, sino como la de un hombre, añadiendo constantemente este refrán, y no ceremoniosamente sino con una sumisión absoluta: «que yo hablo como quien ignora e investiga, remitiéndome para la resolución pura y simplemente a las creencias comunes y legítimas». Yo no enseño ni adoctrino, lo que hago es relatar.

No hay vicio que esencialmente lo sea que no ofenda y que un juicio cabal no acuse, pues muestran todos una fealdad e incomodidad tan palmarias que acaso tengan razón los que los suponen emanados de la torpeza y la ignorancia: es difícil imaginar que se los conozca sin odiarlos. La malicia absorbe la mayor parte de su propio veneno y se envenena igualmente. El vicio deja como una úlcera en la carne y un arrepentimiento en el alma que constantemente la araña y ensangrienta, pues la razón borra las demás tristezas y dolores engendrando el del arrepentimiento, que es más duro, como nacido interiormente, de la misma manera que el frío y el calor de las fiebres emanados del interior son más persistentes que los que vienen de fuera. Yo considero como vicios (mas cada cual según su medida) no solo aquellos que la razón y la naturaleza condenan, sino también los que las ideas de los hombres, por falsas que sean, consideran como tales, siempre y cuando que el uso y las leyes las autoricen.

Por el contrario, no hay bondad que no regocije a una naturaleza bien nacida. Existe en verdad yo no sé qué congratulación en el obrar bien que nos alegra interiormente, y una altivez generosa que acompaña a las conciencias sanas. Un alma valerosamente viciosa puede acaso revestirse de seguridad, mas de complacencia y satisfacción no puede proveerse. No es un plan baladí el sentirse preservado del contagio en un siglo tan dañado, y el poder decirse respecto a uno mismo: «Ni siquiera me encontraría culpable quien viese hasta el fondo de mi alma, de la aflicción y ruina de

nadie, ni de venganza o envidia, ni de ofensa pública a las leyes, ni de novelerías y trastornos, ni de falta al cumplimiento de mi palabra; y aun cuando la licencia del tiempo en que vivimos a todos se lo consienta y se lo enseñe, no puse yo jamás la mano en los bienes ni en la bolsa de ningún hombre de mi nación, ni viví sino a expensas de la mía, así en la guerra como en la paz, ni tampoco me serví del trabajo de nadie sin recompensarlo». Placen estos testimonios de la propia conciencia, y nos procura saludable beneficio esta alegría natural: la recompensa que nunca debe faltarnos.

Fundamentar la recompensa de las acciones virtuosas en la aprobación ajena es aceptar un turbio e incierto fundamento, sobre todo en un siglo corrompido e ignorante como este; la buena estima del pueblo es injuriosa. ¿A quién confiáis reconocer lo que es laudable? ¡Dios me guarde de ser hombre cumplido conforme a la descripción que para dignificarse oigo hacer todos los días a cada cual de sí mismo! «Los vicios de antaño son las virtudes de hogaño.»[282] Tales de entre mis amigos me censuraron y me reprocharon abiertamente, ya movidos por su propia voluntad, ya instigados por mí, cosa que para cualquier alma bien nacida sobrepasa no ya solo en utilidad sino también en dulzura los oficios todos de la amistad; yo acogí siempre sus catilinarias con los brazos abiertos, cortésmente; mas, hablando ahora en conciencia, encontré a veces en reproches y alabanzas tanta escasez de medida, que más bien hubiera incurrido en falta que bien obrado dejándome llevar por sus consejos. Somos nosotros mismos, que vivimos una existencia privada, solo visible a nuestra conciencia, quienes debemos fijar un patrón interior para acomodar a él todas nuestras acciones, y según el cual acariciarnos unas veces y castigarnos otras. Yo tengo mis leyes y mi corte para juzgar sobre mí mismo, y a él me dirijo antes que a cualquier otro; yo restrinjo mis acciones con arreglo a los demás, pero no las entiendo sino conforme a mí. Solo vosotros mismos podéis saber si sois cobardes y crueles, o leales y devotos en exceso; los demás no os ven, os adivinan mediante conjeturas inciertas; no tanto contemplan vuestra naturaleza como vuestro arte, motivos más que suficientes para no ateneros a su sentencia, sino a la vuestra: «Poned a contribución vuestro propio juicio… El testimonio interno que la virtud y el vicio se procuran es cosa de gran peso:

prescindid de esta conciencia, y todo cae por tierra».[283] Suele decirse que el arrepentimiento sigue de cerca al mal obrar, pero a mí me parece más bien que no puede aplicarse al pecado que llegó ya a su límite más alto, al que dentro de nosotros habita como en su propio domicilio; podemos desaprobar y desdecirnos de los vicios que nos sorprenden y hacia los cuales las pasiones nos arrastran, pero aquellos que por dilatado hábito permanecen anclados y arraigados en una voluntad fuerte y vigorosa no están ya sujetos a contradicción. El arrepentimiento no es más que el desdecir de nuestra voluntad y la oposición de nuestras fantasías, que nos llevan en todas direcciones haciendo desaprobar a algunos hasta su virtud y continencia pasadas:

> ¡Ay! ¡Que no pensara yo antaño como actualmente! ¡O que no dispusiera yo hoy incólume del lustre con que mi juventud brillaba![284]

Es una vida relevante la que se mantiene dentro del orden, incluso en su actuación y sentir privados. Cada cual puede tomar parte en la mundanal turbamulta y representar en la escena el papel de un hombre honrado; mas interiormente y en su pecho, donde todo nos es factible y donde todo permanece oculto, es más difícil, y es la verdadera meta. El cercano grado de esta bienandanza es practicarla en la propia casa, en las acciones ordinarias, de las cuales a nadie tenemos que dar cuenta, y donde no hay estudio ni artificio; por eso Bías, pintando un estado perfecto en la familia, dijo que «el jefe de ella debe ser en su interior y para él como lo es afuera por el temor de la ley y el decir de los hombres». Y Julio Druso respondió dignamente a los obreros que mediante tres mil escudos le ofrecían disponer su casa de tal manera que sus vecinos no vieran nada de lo que pasara en ella, cuando dijo: «Os daré seis mil si hacéis que todo el mundo pueda mirar por todas partes». Advierten en honor de Agesilao que tenía la costumbre de elegir en sus viajes los templos por vivienda, a fin de que así tanto el pueblo como los dioses mismos pudieran contemplarle en sus acciones privadas. Fue para el mundo un hombre prodigioso aquel que ni su mujer ni su lacayo ni siquiera vieron nada de notable; pocos hombres fueron admirados por sus sirvientes; nadie fue profeta no ya solo en su casa, sino tampoco en su país, según nos cuentan las historias que nos han llegado; lo

mismo sucede en las cosas insignificantes, y en este bajo ejemplo se ve la imagen de las grandes. En mi terruño de Gascuña consideran como un suceso extraordinario el verme en letras de molde, en la misma proporción que el conocimiento de mí se aleja de mi vivienda, y así valgo más a los ojos de mis paisanos; en Guyena compro libros impresos, y en otros lugares soy yo el comprado. En esta particularidad se escudan los que se esconden vivos y presentes para acreditarse muertos y ausentes. Yo mejor prefiero gozar menos honores; me lanzo al mundo simplemente por la parte que de ellos alcanzo, y llegado a este punto los abandono. El pueblo acompaña a un hombre hasta su puerta deslumbrado por el ruido de un acto público, y el favorecido con su vestidura abandona el papel que desempeñara, cayendo tanto más hondo cuanto más alto había subido, y dentro de su alojamiento todo es tumultuario y vil. Aun cuando en él el orden presidiera, todavía precisa hallarse provisto de un juicio vivo y señalado para advertirlo en las propias acciones privadas y ordinarias. Conducir una embajada, gobernar un pueblo, son acciones de relumbrón; amonestar, reír, vender, pagar, amar, odiar y conversar con los suyos y consigo mismo, de manera dulce y equitativa, no incurrir en debilidades y mantener cabal su carácter, es cosa más rara, más difícil y menos aparatosa. Las existencias retiradas cumplen, se diga lo que se quiera, deberes tan austeros y rudos como las otras; y las privadas, dice Aristóteles, sirven a la virtud venciendo dificultades mayores y de modo más relevante que las públicas. En las ocasiones más eminentes nos preparamos más para lograr la gloria que obrar bien según la conciencia. El camino más rápido hacia la gloria sería desvelarnos tanto por tener buena conciencia como nos desvelamos por la gloria. La virtud de Alejandro me parece que representa mucho menos vigor en su teatro que la de Sócrates en su ejercicio ordinario y oscuro. Concibo fácilmente al filósofo en el lugar de Alejandro; a Alejandro en el de Sócrates no lo imagino. Quien preguntara a aquel qué sabía hacer obtendría por respuesta: «Subyugar el mundo»; quien interrogara a este, oiría: «Conducir la vida humana conforme a su condición natural», que es una ciencia más universal, legítima y penosa.

El valor del alma no consiste en encaramarse a las alturas, sino en marchar ordenadamente; su grandeza no se ejercita en la ostentación, sino

en la mediocridad. Como aquellos que nos juzgan y por dentro nos sondean, reparan poco en el resplandor de nuestras acciones públicas, viendo que estas no son más que hilillos finísimos y chispillas de agua surgidos de un fondo cenagoso, así los que nos consideran por la arrogante apariencia del exterior concluyen lo mismo de nuestra constitución interna; y no pueden acoplar las facultades vulgares, iguales a las propias, con las otras que los pasman y alejan de su perspectiva. Por eso suponemos que los demonios se parecen a los salvajes. ¿Y quién no imaginará a Tamerlán con el entrecejo erguido, dilatadas las ventanas de la nariz, el rostro horrendo y la estatura desmesurada, como lo sería la fantasía que lo concibiera gracias al estruendo de sus acciones? Si antaño me hubieran presentado a Erasmo, habría sido difícil que yo no hubiese tomado por apotegmas y aforismos cuanto hubiera dicho a su criado y a su hostelera. Imaginamos con facilidad mayor a un artesano haciendo sus menesteres o encima de su mujer, que en la misma disposición a un presidente, venerable por su apostura y capacidad; nos parece que estos, desde los sitiales preeminentes que ocupan, no descienden a las modestas labores de la vida. Como las almas viciosas son frecuentemente incitadas al bien obrar movidas por algún extraño impulso, así acontece a las virtuosas en la práctica del mal; es preciso que las juzguemos cuando están tranquilas, cuando son dueñas de sí mismas, si es que alguna vez lo son, o al menos cuando más con el reposo están avecinadas en su situación ingenua.

Las inclinaciones naturales se ayudan y fortalecen con la ayuda de la educación; mas apenas se modifican ni se vencen: mil naturalezas de mi tiempo se precipitaron hacia la virtud o hacia el vicio a través de disciplinas opuestas,

> Así cuando las fieras en su prisión sombría olvidan las selvas, parecen haberse dulcificado; despojándose de su orgullo, se diría que aprendieron a soportar el dominio del hombre; mas si por acaso una poca sangre acierta a tocar sus inflamadas fauces, su rabia se despierta, su garganta se hincha, sedienta del líquido cuyo gusto viene a excitar su sed: arden en deseos de saciarse de él, y su crueldad se abstiene apenas de devorar al amo, que tiembla de terror:[285]

las cualidades originales no se extirpan, se cubren y ocultan. La lengua latina es para mí como natural e ingénita (mejor la entiendo que la francesa); sin embargo, hace cuarenta años que no me he servido de ella

para hablarla y apenas para escribirla, a pesar de lo cual, en dos extremas y repentinas emociones en que vine a dar dos o tres veces en mi vida, una de ellas viendo a mi padre en perfecto estado de salud caer sobre mí desfallecido, lancé siempre del fondo de mis entrañas las primeras palabras en latín; mi naturaleza se exhaló y expresó fatalmente en oposición de un uso tan dilatado. Este ejemplo podría corroborarse con muchos otros.

Los que en mi tiempo intentaron corregir las costumbres públicas con el apoyo de nuevas opiniones, reformaron solo los vicios aparentes, los esenciales los dejaron igual si es que no los aumentaron, y este aumento es muy de temer en aquella labor. Se reposa fácilmente de todo otro bien hacer con estas enmiendas externas, arbitrarias, de menor coste y de mayor mérito, satisfaciéndose así con poco gasto los otros vicios naturales, consustanciales e intestinos. Deteneos un poco a considerar lo que sucede dentro de vosotros: no hay persona, si se escucha, que no descubra una manera de ser que domina contra todas las otras, que lucha contra la educación y contra la tempestad de las pasiones. Por lo que a mí respecta, apenas me siento agitado por ninguna sacudida; me encuentro casi siempre con mi lugar natural, como los cuerpos pesados y macizos; si no soy siempre yo mismo, estoy muy cerca de serlo. Mis desórdenes no me arrastran muy lejos; nada hay en mí de extremo ni de extraño, y sin embargo vuelvo sobre mis acuerdos por modo sano y vigoroso.

La verdadera condenación, que arrastra a la mayoría de los hombres, consiste en que el retiro mismo está preñado de corrupción y encenagado; la idea de su enmienda emporcada, la penitencia enferma y empecatada, tanto aproximadamente como la culpa. Algunos, o por estar unidos al vicio por la inclinación natural de su hábito, o por hábito dilatado, no reconocen su fealdad; para otros (entre los cuales me encuentro), el vicio pesa, pero lo contrabalancean con el placer o cualquier otra circunstancia, y lo sufren y a él se prestan, a cierto coste, también de manera viciosa y cobarde. Sin embargo, acaso pudiera imaginarse una desproporción tan lejana, en que el vicio fuera ligero y grande el placer que recabara, por donde justamente el pecado podría excusarse, como decimos de lo útil; y no solo hablo aquí de los placeres accidentales de los que no se goza sino después del pecado cometido, como los que el latrocinio procura, sino del ejercicio mismo del

placer, como el que experimentamos con las mujeres, en que la incitación es violenta, y dicen que a veces invencible. Me hallaba días pasados en las tierras que uno de mis parientes posee en Armaignac, conocí a un campesino a quien todos sus vecinos llaman el Ladrón, el cual relataba su vida así: como había nacido mendigo y cayera en la cuenta de que con el trabajo de sus manos no llegaría jamás a fortificarse contra la indigencia, determinó hacerse ladrón, y en este oficio empleó toda su juventud, con seguridad cabal, merced a sus fuerzas robustas, pues recolectaba y vendimiaba las tierras ajenas con tanto acierto que parecía inimaginable que un hombre hubiera acarreado en una noche tal cantidad sobre sus costillas; cuidaba además de igualar y dispersar los perjuicios ocasionados, de manera que las pérdidas importaran menos a cada particular. Actualmente, disfruta de una vejez que para un hombre de su condición puede considerarse rico, gracias a ese tráfico que confiesa abiertamente; y para acomodarse con Dios, a pesar de sus adquisiciones, dice que todos los días remunera a los sucesores de los robados, y añade que si no acaba con su tarea (pues no es posible devolverles todo lo robado), encargará de ello a sus herederos, en razón a la ciencia, que él solo posee, del mal que a cada uno ocasionara. Conforme a esta descripción, verdadera o falsa, este hombre considera el latrocinio como una acción deshonrosa, y lo detesta, si bien menos que la indigencia; su arrepentimiento no deja lugar a duda; mas considerando el robo, según su escuela, contrabalanceado y compensado, no se arrepiente en modo alguno. Este proceder no constituye la costumbre que nos incorpora al vicio y con él conforma nuestro entendimiento mismo, ni es tampoco ese viento impetuoso que va enturbiando y cegando a sacudidas nuestra alma y nos precipita, como asimismo a nuestro juicio, en las garras del vicio.

Ordinariamente realizo yo por entero mis acciones y camino como un cuerpo de una sola pieza; apenas tengo movimiento que se oculte y aleje de mi corazón y que no se conduzca por consentimiento de todas mis facultades, sin división ni sedición intestinas: mi juicio posee íntegras la culpa o la alabanza, y si de aquella me di cuenta una vez, en lo sucesivo me sucedió lo mismo, pues casi desde que vine al mundo me siento con idéntica inclinación, con igual orientación y fuerza; y en cuanto a las

opiniones universales, desde mi infancia me coloqué en el lugar donde había de mantenerme en lo sucesivo. Hay pecados impetuosos, súbitos (dejémoslos a un lado), mas en esos de reincidencia, deliberados y consultados, pecados de complexión o de profesión y oficio, no puedo concebir que permanezcan plantados tan dilatado tiempo en un mismo ánimo sin que la razón y la conciencia de quien los posee los quiera constantemente y lo mismo el entendimiento; y el arrepentimiento de que el pecador empedernido se vanagloria hallarse dominado en cierto instante prescrito, es para mí algo duro de imaginar y de representar. Yo no sigo la secta de Pitágoras, quien decía que «los hombres toman un alma nueva cuando se acercan a los simulacros de los dioses para recoger sus oráculos», a menos que con esto no quisiera significar la necesidad de que sea extraña, nueva y prestada para el caso, puesto que la nuestra tan pocos signos ofrece de purificación que se correspondan con ese oficio.

Hacen los pecadores todo lo contrario de lo que pregonan los preceptos estoicos, los cuales nos ordenan corregir las imperfecciones y los vicios que reconocemos en nosotros, pero nos prohíben alterar el reposo de nuestra alma. Aquellos nos hacen creer que sienten disgusto y remordimiento internos, pero no dan ningún paso para enmendarse ni para corregirse. La curación no existe si la carga del mal no se echa a un lado; si el arrepentimiento pesara sobre el platillo de la balanza, arrastraría consigo la culpa. No conozco ninguna cosa tan fácil de simular como la devoción, si con ella no se conforman las costumbres y la vida; su esencia es abstrusa y oculta, fáciles y engañadoras sus apariencias.

Por lo que a mí incumbe, puedo en general ser distinto de como soy; puedo condenar mi forma universal y disgustarme por ella; suplicar a Dios por mi cabal enmienda y por el perdón de mi flaqueza natural, pero entiendo que a esto no debo llamarlo arrepentimiento, como tampoco a la contrariedad de no ser arcángel ni Catón. Mis acciones son conformes a lo que soy y a mi condición; yo no puedo conducirme mejor, y el arrepentimiento no reza con las cosas que superan nuestras fuerzas, solo el sentimiento. Yo imagino un número infinito de naturalezas elevadas y mejor gobernadas que la mía, y sin embargo no enmiendo mis facultades, pues tampoco mi brazo ni mi espíritu alcanzaron vigor mayor para concebir otra

naturaleza que los posea. Si la imaginación y el deseo de un obrar más noble que el nuestro acarreara el arrepentimiento de nuestras culpas, tendríamos que arrepentirnos hasta de las acciones más inocentes, a tenor de la excelencia que encontráramos en las naturalezas más dignas y perfectas, y querríamos hacer otro tanto. Cuando reflexiono, hoy que ya soy viejo, sobre la manera como me conduje de joven, reconozco que ordinariamente fue de un modo ordenado, según la medida de las fuerzas que el cielo me otorgó; es todo cuanto mi resistencia alcanza. Yo no me alabo ni me dignifico; en circunstancias semejantes sería siempre el mismo: la mía no es una mancha, es más bien una tintura general que me ennegrece. No conozco el arrepentimiento superficial, mediano y de ceremonia; es preciso que me sacuda universalmente para que así lo nombre; que pellizque mis entrañas y las aflija hasta lo más recóndito cuanto sea necesario para comparecer ante el Dios que me ve íntegramente.

Por lo que a los negocios respecta, dejé escapar muchas ocasiones excelentes a falta de dirección adecuada; mis apreciaciones, sin embargo, fueron bien encaminadas, según el cariz que presentaron los acontecimientos; lo mejor de todo es tomar siempre el partido más fácil y seguro. Reconozco que en mis deliberaciones pasadas, conforme a mi regla procedí cuerdamente, según lo que se me proponía, y haría lo mismo de aquí a mil años en ocasiones semejantes. Yo no miro en este particular el estado actual de las cosas, sino el que mostraban estas cuando deliberaba sobre ellas: la fuerza de toda determinación radica en el tiempo; las ocasiones y los negocios ruedan y se modifican sin cesar. Yo incurrí en algunos groseros y trascendentales errores durante el transcurso de mi vida, no por falta de buen juicio, sino por escasez de suerte. Existen lados secretos en los objetos que traemos entre manos, y que no pueden adivinarse, principalmente en la naturaleza de los hombres; condiciones mudas y que por ningún punto se muestran, a veces desconocidas para el mismo que las posee, que se producen y despiertan cuando las ocasiones sobrevienen; si mi prudencia no las pudo penetrar ni profetizar, no por ello quiero mal a mi prudencia; la misión de esta se mantiene dentro de sus límites: si el acontecimiento me derrota, si favorece el partido que había yo

rechazado, el suceso es irremediable, no me culpo a mí, culpo a mi mala fortuna y no a mi obra. Esto no se llama arrepentimiento.

Foción dio a los atenienses cierto consejo que no fue puesto en práctica, y como la cuestión que lo motivara aconteciese de manera muy distinta a como lo auguró, alguien le dijo: «Que tal, Foción, ¿estás contento de que los sucesos vayan tan de maravilla?». «Contentísimo estoy —contestó— de que haya ocurrido lo que hemos visto, pero no me arrepiento de mi consejo.» Cuando mis amigos se dirigen a mí para que les aconseje, les hablo libre y claramente, sin detenerme, como casi todo el mundo suele hacer, puesto que siendo la cosa aventurada puede ocurrir lo contrario de mis previsiones, por donde aquellos puedan censurar mis luces. Lo cual no me importa, pues errarán si tal camino siguen, de manera que yo no debí negarles el servicio que me pedían.

Yo no achaco mis descalabros e infortunios a otro, sino a mí mismo, pues rara vez me sirvo del consejo ajeno si no es por ceremonia y bien parecer, salvo en el caso en que me sean necesarios ciencia, instrucción o conocimiento de la cuestión. Mas en aquellas en que solo mi buen o mal entender precisa, las razones extrañas pueden servirme de apoyo, pero trato de no desviarme de mi camino: todas las oigo favorable y decorosamente, pero que yo recuerde no he creído hasta hoy más que las mías. A mi juicio, no son estas sino moscas y átomos que pasean mi voluntad. Poco mérito hago yo de mis apreciaciones, mas tampoco estimo demasiado las ajenas. Las circunstancias me pagan dignamente, pues si no recibo consejos, doy tan pocos como recibo. Si bien soy muy poco requerido, todavía soy menos creído, y no tengo noticias de ninguna empresa pública o privada que mi parecer haya dirigido y encaminado. Aun aquellos mismos a quienes la casualidad se había dirigido de algún modo, se dejaron con mejor gana gobernar por otro cerebro con preferencia al mío. Como quien es tan celoso de los derechos de su tranquilidad como de los de su autoridad, así lo prefiero. Al obrar así, se procede conforme a mi albedrío, que consiste en establecerme y contenerme dentro de mí mismo. Me es agradable mantenerme desinteresado en los negocios ajenos y desligado de su salvaguarda.

En toda clase de negocios, cuando ya son pasados, de cualquier modo que hayan acontecido, tengo poco pesar, pues la consideración de que así debieron suceder aparta de mí el resentimiento. Ya forman parte del torrente del universo, en el encadenamiento de las causas según las doctrinas estoicas; vuestra fantasía no puede por deseo o imaginación remover un punto sin que todo el orden de las cosas se derribe, así el pasado como el futuro.

Detesto también el accidental arrepentimiento a que la edad nos encamina. Aquel que en lo antiguo decía estar obligado a los años porque le habían despojado de los placeres voluptuosos, profesaba opiniones diferentes de las mías. Jamás le agradeceré nada a la debilidad, por mucha calma que me procure: «Jamás la Providencia será tan enemiga de su obra para consentir que la debilidad sea colocada en el rango de las cosas mejores».[286] Los apetitos son raros en la vejez; una saciedad intensa se apodera de nosotros cuando en ella ponemos nuestra planta, en la cual nada veo en que la conciencia tenga que ver: el dolor moral y la debilidad física nos imprimen una virtud cobarde y catarral. No debemos tanto y tan por completo dejarnos llevar por las alteraciones naturales que aplastemos nuestro juicio. El placer y la juventud no hicieron antaño que yo desconociera el semblante del vicio en la voluptuosidad, ni en el momento actual el hastío con que los años me obsequiaron hace que desconozca el de la voluptuosidad en el vicio: ahora que ya no estoy en mis verdes años, me es dable juzgar como si lo estuviera. Yo que la sacudo viva y atentamente encuentro que mi razón es la misma que gozaba en la edad más licenciosa de mi vida, si es que con la vejez no se ha debilitado y empeorado; y reconozco que oponerse a internarme en ese placer por interés de mi salud corporal, no lo hará, como antaño no lo hizo por el cuidado de la salud espiritual. Por verla fuera de combate no la juzgo más valerosa: mis tentaciones son tan derrengadas y mortecinas, que no vale la pena que las combata la razón; con extender las manos las conjuro. Que se la coloque frente a la concupiscencia antigua y creo que tendrá menos fuerza que antaño para rechazarla de las que entonces desplegaba. No veo que mi discernimiento juzgue a la voluptuosidad de forma diferente de como antaño juzgaba; tampoco encuentro en ella ninguna claridad nueva, por

donde caigo en la cuenta de que si hay convalecencia, es una convalecencia maleada. ¡Miserable suerte de remedio el de deber la salud a la enfermedad! No incumbe a nuestra desdicha cumplir este oficio, sino a la bienandanza de nuestro juicio. Nada se me obliga a hacer por las ofensas y las aflicciones si no es maldecirlas; estas solo mueven a las gentes que no se despiertan sino a latigazos. Mi razón caminó más libremente en la prosperidad, a la vez que está mucho más distraída y ocupada en digerir los males que los bienes: yo veo con mayor claridad en tiempos serenos; la salud me gobierna más alegre y útilmente que la enfermedad. Avancé cuanto pude hacia mi reparación y reglamento cuando de ellos tenía que gozar: me avergonzaría el que la miseria e infortunio de mi vejez hubiera de ser preferida a mis buenos años, sanos, despiertos y vigorosos, y que hubiera de estimárseme no por lo que fui, sino por lo que dejé de ser.

A mi entender es el «vivir dichosamente», y no como Antístenes decía «el morir dichosamente», lo que constituye la felicidad humana. Yo no aguardé a sujetar monstruosamente la cola de un filósofo a la cabeza de un hombre ya perdido, ni quise tampoco que este raquítico fin hubiera de desaprobar y desmentir la más hermosa, cabal y dilatada parte de mi vida: quiero presentarme y dejarme ver en todo uniformemente. Si tuviera que recorrer lo andado, viviría como hasta ahora he vivido; ni lamento el pasado, ni temo lo venidero, y, si no me engaño, mi existir anduvo por dentro como por fuera. Uno de los primordiales beneficios que yo deba a mi buena estrella, consiste en que en el curso de mi estado corporal cada cosa haya acontecido en su tiempo: vi las hojas, las flores y el fruto, y ahora tengo la sequía delante de mis ojos, dichosamente, puesto que es natural que así suceda. Soporto los males con dulzura, porque en la época vivo de sufrirlos, y además porque traen halagüeñamente a mi memoria el recuerdo de mi larga y dichosa vida pasada. Análogamente, mi cordura puede muy bien haber sido de la misma índole en el tiempo pasado y en el presente, pero entonces era más fuerte, y mostraba un aspecto más gracioso, fresco, alegre e ingenuo; ahora la veo baldada, gruñona y trabajosa. Renuncio, por consiguiente, a estas enmiendas casuales y dolorosas. Necesario es que Dios toque nuestro ánimo; preciso es que nuestra conciencia se enmiende por sí misma, mediante el refuerzo de nuestra razón y no con la ayuda de la

debilidad de nuestros apetitos: la voluptuosidad no es en esencia pálida ni descolorida porque la adviertan ojos legañosos y turbios.

La templanza debe amarse por ella misma y por respeto al Dios que nos la ordenó, como asimismo la castidad; la que los catarros nos prestan, y que yo debo al beneficio de mi cólico, ni es castidad ni templanza. No puede vanagloriarse de menospreciar y combatir el goce voluptuoso quien no lo ve, quien lo ignora, quien desconoce sus gracias y sus ímpetus y sus bellezas más imantadas; yo que conozco uno y otro puedo decirlo con fundamento. Pero me parece que en la vejez nuestras almas están sujetas a imperfecciones más importunas que en la juventud; así lo decía yo cuando mozo, y entonces mi apreciación no era entendida a causa de mis pocos años; y lo repito ahora que mis cabellos grises me otorgan crédito. Llamamos cordura a la dificultad de nuestros humores, a la repugnancia que las cosas presentes nos ocasionan; mas en verdad sucede que no abandonamos tanto los vicios cuanto por otros los cambiamos, a mi entender de peor catadura: además de una altivez torpe y caduca, un charlar congojoso, los humores espinosos e insociables, la superstición y un cuidado ridículo en atesorar riquezas cuando no tenemos en qué emplearlas, descubro yo más envidia, injusticia y malignidad; los años proporcionan más arrugas al espíritu que al semblante y apenas se ven almas, o por lo menos raramente, que al envejecer dejen de mostrar aridez y olor a moho. El hombre camina íntegramente hacia su crecimiento lo mismo que hacia su decrecimiento. En presencia de la sabiduría de Sócrates, considerando algunas circunstancias de su condena, osaría yo creer que a ella se prestó hasta cierto punto por prevaricación y de propio intento, tocando tan de cerca, a los sesenta años que ya contaba, el embotamiento de las ricas prendas de su espíritu y el oscurecer de su acostumbrada clarividencia. ¡Qué metamorfosis veo yo hacer a diario en muchas de mis relaciones! Es una enfermedad vigorosa que se desliza natural e imperceptiblemente; provisión grande de estudio y precaución no menor son necesarias para evitar las imperfecciones que nos acarrea, o al menos para debilitar el progreso de las mismas. Yo siento que a pesar de todos mis esfuerzos va ganando en mí terreno palmo a palmo; me sostengo todo lo que puedo, pero

ignoro dónde me llevará. De todas formas, me congratula que se sepa el lugar de donde caeré.

Capítulo III

DE TRES COMERCIOS

No es cosa cuerda abonarse indeleblemente a los peculiares humores y complexiones: nuestra capacidad principal consiste en saber aplicarlos a diversos usos. Y no vivir atado o por necesidad obligado en una sola dirección. Las más hermosas almas son aquellas en que se encuentran variedad y flexibilidad mayores. He aquí un honroso testimonio relativo a Catón el antiguo: «Tan flexible era su espíritu y tan apto para todo: sea cual fuere la labor que emprendiese, para ella semejaba nacido».[287]

Si de mí dependiera formarme a mi albedrío, creo que no hallaría ningún modo de ser, por óptimo que fuera, en el cual me resignara a fijarme para no poder desprenderme; la vida es un movimiento desigual, irregular y multiforme. No es ser amigo de sí mismo y menos todavía dueño, es ser esclavo de la propia individualidad el seguir incesantemente y estar domado por las inclinaciones, que no podamos rehuirlas ni torcerlas. Yo lo declaro en este punto por no poder liberarme con facilidad de la importunidad de mi alma, que comúnmente no acierta a solazarse sino allí donde encuentra impedimentos, ni a emplearse más que en tensión e íntegramente. Por insignificante cosa que se le procure, la abulta y alarga fácilmente hasta un punto en que halla labor para todas sus fuerzas; por esta causa la ociosidad del alma es para mí una ocupación penosa que quebranta mi salud. La mayor parte de los espíritus han menester de materia extraña para desadormecerse y ejercitarse, el mío siente igual necesidad para calmarse y detenerse: «El trabajo nos libra de los vicios que a la ociosidad acompañan»,[288] pues su más laborioso y principal quehacer es conocerse a sí mismo. Los libros pertenecen para él al género de ocupaciones que le

apartan de su estudio; ante los primeros pensamientos que le asaltan, se agita y da muestras de su vigor en todos los sentidos, ejercitando sus facultades ya hacia el orden y la gracia, ya encontrando su natural asiento, moderándose y fortificándose. Tiene por sí mismo recursos con que despertar sus facultades, pues la naturaleza le otorgó, como a todos, suficientes medios para decidir en los asuntos propios y para inventar y discernir.

Meditar es un estudio poderoso y pleno para quien sabe tantearse y emplearse vigorosamente: yo prefiero forjar mi alma que amueblarla. Ninguna ocupación existe ni más débil ni más fuerte que la de conversar con las propias fantasías, según sea el temple de espíritu que se posee, y con ello hacen su oficio las mayores: «Para los cuales vivir es pensar»;[289] por eso la naturaleza la favoreció con este privilegio, consistente en que nada hay que podamos hacer tan continuamente ni acción a la que podemos consagrarnos de manera más ordinaria y fácilmente. Es la labor de los dioses, dice Aristóteles, de la cual germinan su beatitud y la nuestra.

La lectura me sirve particularmente para despertar mi razón por diversos objetivos, y contribuye a atarear mi discernimiento, no mi memoria. Pocas son, pues, las conversaciones que me detienen sin vigor ni esfuerzo. Verdad es que la belleza y la gentileza ocupan y llenan otro tanto mi espíritu, acaso más que la profundidad; y lo mismo que en otra ocupación me adormezco, no prestándole sino la corteza de mi atención, me sucede frecuentemente en las conversaciones alicaídas y deshilvanadas, de puro formulismo, emitir y responder ensueños y torpezas ridículos e indignos de una criatura, o bien mantenerme silencioso con verdadera obstinación, inhábil e incivilmente. Mi manera natural de ser es soñadora y contribuye a que dentro de mí mismo me recoja; también me caracteriza la ignorancia supina de algunas cosas de las más pueriles. A estas dos cualidades debo el que a mis expensas se hayan forjado con fundamento cinco o seis cuentos, tan simples los unos como los otros.

Siguiendo con mis razonamientos, diré que esta manera de ser mía dificultosa hace que sea yo delicado en el momento de frecuentar y relacionarme con los hombres y que precise escogerlos del montón, convirtiéndome en inhábil para las cosas comunes. Nosotros vivimos con el

pueblo y con el pueblo negociamos; si su conversación nos importuna, si menospreciamos el aplicarnos a las almas ínfimas y vulgares (que a veces son tan ordenadas como las más desenvueltas, y es insípida toda sapiencia que a la insapiencia común no se acomoda), no tenemos para qué entrometernos ni siquiera en nuestros propios negocios ni tampoco en los ajenos. Así los privados como los públicos se resuelven con la mediación de aquellas gentes. Las menos violentas y más naturales disposiciones de nuestra alma son las más hermosas; las ocupaciones preferibles, las menos esforzadas. ¡Qué oficio tan relevante presta la cordura a aquellos cuyos deseos acomoda al poder de su fuerza! Esta es la ciencia más útil entre las útiles. «Según tus fuerzas», era el refrán y la frase favorita de Sócrates; principio enormemente sustancial. Es preciso encaminar y detener nuestros deseos en las cosas más fáciles y cercanas. ¿No es un humor lleno de torpeza el discrepar con mil personas a quienes mi fortuna me une y de quienes no puedo prescindir para detenerme en una o dos alejadas de mi comercio, o más bien en un deseo ilusorio de algo que no puedo alcanzar? Mis costumbres blandas, enemigas de toda acritud y rudeza, pueden haberme despojado fácilmente de envidias y enemistades; amado, no digo que lo sea, mas para no ser odiado ningún hombre dio nunca mayores motivos. La frialdad de mi conversación me robó, y con razón, la benevolencia de algunos, les podemos excusar por ello.

Yo soy muy capaz de conquistar y mantener amistades raras y exquisitas. Cuando me adhiero con voraz deseo a las relaciones que se acomodan a mi manera de ser, con igual avidez me produzco y me lanzo, y es difícil que deje de ganar e impresionar allí donde me dirijo; de ello hice experiencia frecuente y dichosa. En las amistades comunes soy un tanto estéril y frío, pues mi caminar no es natural cuando no va a toda vela; y tras haberme la fortuna habituado y hecho exigente desde mi juventud, merced a una amistad exclusiva y perfecta, en cierto modo me hastió de las otras imprimiendo en mi espíritu la idea de que es animal de compañía y no de séquito, como decía aquel antiguo.[290] Yo experimento un quebranto natural al comunicarme a medias y con subterfugios; y soy enemigo de la servil y sospechosa prudencia que se nos dirige en la conversación de esta caterva de amistades numerosas e imperfectas. Más que nunca

principalmente se nos aconseja hoy en que no es posible hablar del mundo si no es perjudicial o falsamente.

Por eso veo bien que quien como yo tiene como objetivo las comodidades de la existencia (hablo de las esenciales) debe huir como de la peste de esas dificultades y delicadezas de humor. Yo alabo las excelencias de un alma de compartimentos diversos, que sea capaz de tenderse y desmontarse; que se encuentre bien hallada allí donde la fortuna la transporte, que pueda departir con el vecino de su fábrica, de sus cazas y querellas, y conversar placenteramente con el carpintero y el jardinero. Yo envidio a los que saben habituarse al ser más ínfimo de su comitiva y entablar conversación con él en su peculiar espíritu. Enemigo soy del consejo de Platón, quien recomendaba hablar siempre en lenguaje magistral a los servidores, desprovisto de familiaridad y gracia, lo mismo a los varones que a las hembras, pues además de los motivos alegados, es injusto e inhumano prevalerse de tal o cual prerrogativa de la fortuna; y las sociedades en que hay menor disparidad entre los criados y los amos, me parecen las más equitativas. Los demás se cuidan de mantener su espíritu erguido; yo pongo todo mi esfuerzo en mitigarlo y reducirlo: el mío solo es vicioso en extensión.

> Nos referís las andanzas de la familia de Eaco, y los combates librados al pie de los sagrados muros de Ilión: mas omitís decirnos cuánto nos costará el vino de Chio, quién templará el agua de nuestro baño y en qué casa y a qué hora desafiaremos el frío de las montañas del Abruzo.[291]

Así como el valor lacedemonio había menester de moderación y de los dulces y graciosos sones de las flautas para que lo acariciasen en la guerra, por temor de que se lanzara en la temeridad y en la furia, y como todas las demás naciones ordinariamente emplean sonidos y voces agudos y fuertes que sacudan y abrasen hasta el último límite el vigor de los soldados, me parece, contra la opinión común, que en las operaciones de nuestro espíritu tenemos en general más necesidad de plomo que de alas; más necesitamos frialdad y reposo que agitación y ardor. Sobre todo, a mi juicio, es hacer el tonto dárselas de entendido entre los que no lo son; hablar siempre con rigidez, *favellar in punta di forchetta*.[292] Es preciso acomodarse al nivel de las personas que nos rodean y a veces simular ignorancia; colocad a un lado

la fuerza y la sutileza en las conversaciones comunes de la vida; basta con que pongáis orden; arrastraos por tierra, si los que están junto a vosotros lo quieren así.

Los sabios tocan fácilmente con este obstáculo; constantemente hacen alarde de su magisterio, y en todos los lugares de sus libros esparcen de él la semilla. Han vertido en el tiempo en que vivimos tal cantidad en los gabinetes y en los oídos de las damas, que si estas no retuvieron la sustancia, al menos aparentaron retenerla; en toda clase de conversaciones, por ínfimas y vulgares que sean, echan mano de un modo de hablar y escribir archiculto e inusitado:

> El temor, la cólera, la alegría, el odio, la contrariedad, todo, hasta sus más íntimas pasiones lo expresan en este estilo. ¿Qué más? Tan solo doctoralmente se regodean;[293]

y alegan el testimonio de Platón y el de santo Tomás para cosas en que el primero que les viniera a las mientes les prestaría igual servicio; la doctrina que no pudo llegar a sus almas se detuvo en la lengua. Si las más distinguidas quieren seguir mi consejo, que se contenten con hacer valer sus propias y naturales riquezas, pues entiendo que esconden y cubren con los ajenos los atractivos propios. Torpeza superlativa la de ahogar la claridad innata para lucir con resplandor prestado; nuestras damas se entierran bajo el arte, «como un frasquito de perfume».[294] Si tan estrafalario proceder siguen, es porque no se conocen bastante; el mundo nada tiene más hermoso; a ellas les incumbe procurar honor a las artes y acicalar lo acicalado. ¿Qué precisan sino vivir honradas y dignificadas? Les sobra ciencia para lograrlo y solo han menester despertar y animar las facultades que en ellas yacen. Cuando yo las veo pegadas a la retórica, a la judiciaria, a la lógica y a otras drogas semejantes, vanas e inútiles para sus necesidades, se me ocurre pensar que los hombres que se las aconsejaron lo hicieron para tener ocasión de gobernarlas con esas enseñanzas, ¿pues qué otra explicación puedo hallar? Basta y sobra con que puedan, sin nuestro concurso, acomodar a la alegría la gracia de sus ojos, a la severidad y a la dulzura; sazonar un no de desapego, duda o favor, y no que busquen intérprete a las razones que se alegan en su alabanza. Con esa ciencia mandan a baquetazos y gobiernan a los regentes más doctos. Si a pesar de

todo les molesta que en alguna cosa las aventajemos y quieren por curiosidad de espíritu tomar su ración de letras, la poesía es una distracción adecuada a sus menesteres, un arte sutil y juguetón, artificial, del que se puede hablar generosamente, y ese es todo el placer y el aparato que ellas necesitan; podrán alcanzar también ventajas varias de la historia; en cuanto a la filosofía, de la parte que puede adaptarse a la vida, tomarán los discursos que las habitúen a juzgar sobre nuestras condiciones y humores, a defenderse contra nuestra traiciones, a moderar el avasallamiento de sus propios deseos y su propia libertad, a dilatar los placeres de la vida y a soportar humanamente la inconstancia de un sirviente, la rudeza de un marido, la importunidad y los destrozos de los años y otras cosas semejantes. Esta es la parte principal que yo les asignaría en cuanto a la ciencia.

Existen naturales particulares, retirados e internos; mi carácter esencial se inclina a la comunicación y a la exteriorización; yo me vierto fuera y me pongo en evidencia, como nacido para la sociedad y la amistad. La soledad que amo y predico consiste principalmente en acarrear hacia mi interior mis afectos y pensamientos; consiste en abreviar y concertar, no mis pasos, sino mis deseos y cuidados, rechazando la solicitud extraña y rehuyendo mortalmente toda obligación y servidumbre, y no tanto la multitud de hombres como la de los negocios. A decir verdad, la soledad local más bien me extiende y amplifica al exterior; yo me lanzo a los negocios de Estado y al universo entero con mayor facilidad cuando me encuentro solo; en el Louvre y en el tropel de la sociedad cortesana, me reconcentro y me contraigo en mi pellejo; la multitud me empuja hacia dentro, y jamás converso conmigo mismo tan loca, licenciosa y particularmente como cuando me hallo en los lugares de respeto y de prudencia ceremoniosa: no son nuestras locuras las que a risa me provocan, sino nuestras sapiencias. No soy por carácter enemigo de la agitación cortesana; en ella he pasado una parte de mi vida y habituado estoy a conducirme desenvueltamente en las selectas compañías, mas ha de ser por intervalos y cuando a ello me sienta predispuesto. Pero acontece que la blandura de juicio de que voy hablando, forzosamente me sujeta a la soledad. Hasta en mi casa, que es de las más frecuentadas, en medio de una familia numerosa y donde tengo

ocasión de ver toda clase de personas, rara vez tropiezo con aquellos que gustaría comunicarme, y eso que en ella es mi norma, para mí y para los demás, el disfrute de una libertad inusitada; allí a toda ceremonia se da tregua: a las asistencias, acompañamientos y tales otros preceptos de nuestra cortesanía, cuyo uso es por lo demás servil e importuno. Cada cual se gobierna a su manera y a quien le place sus fantasías comunica: yo me mantengo mudo, soñador y cerrado con cuatro llaves, sin ofensa de mis huéspedes.

Los hombres cuya sociedad y familiaridad ansío son aquellos que se comportan con fuerza y habilidad; la imagen de estos hace que los otros no me plazcan. La índole de ellos es entre todas la más rara, y reconoce la naturaleza principalmente por causa. Es el fin de este comercio preferentemente el trato y la conversación particular, el ejercitamiento de las almas, sin otro ajeno fruto ni provecho. En nuestras conversaciones, todos los asuntos son para mí iguales; poco me importa que en ellas haya o no haya profundidad ni solidez; la pertinencia y la gracia resplandecen constantemente; todo en ellas va impregnado de un juicio maduro y permanente, justo, entreverado de bondad, franqueza, alegría y amistad. No es solamente en las cuestiones de resolución complicada, ni en los negocios de los soberanos donde nuestro espíritu muestra su fuerza y su hermosura; las manifiesta igualmente en los discursos familiares. En el silencio mismo y en las sonrisas conozco yo a mis gentes, y a veces descubro mejor sus interiores cualidades en la mesa que en el consejo. Hipómaco decía bien cuando aseguraba distinguir a los buenos atletas con verlos simplemente andar por la calle. Si a la doctrina place inmiscuirse en nuestro departir, no será rechazada, mas tampoco magistral, imperiosa ni importuna como se acostumbra a decir, sino dócil por sí misma. Pasar el tiempo es nuestro objetivo; cuando suene la hora de la instrucción y la predicación, iremos a buscarla en su trono; que lo sentencioso y lo doctrinal se coloquen por esta vez a nuestro nivel, si les place, pues, tan útiles y deseables como son, creo yo que en última instancia sin ellos podemos salir adelante. Un alma fuerte, práctica y ejercitada en el comercio humano, por sí misma se muestra grata: el arte no es otra cosa que la fiscalización y el registro de las producciones de tales almas.

Es también para mí un comercio ameno el de las mujeres bellas y de gran gentileza: «Porque nuestros ojos también conocen ese asunto».[295] Si el alma no encuentra en él tanto deleite como en el primero, los sentidos corporales, que tienen en este participación más grande, la conducen a una proporción semejante del otro, aunque a mi juicio no sea igual. Mas es un comercio en que el dominio de sí mismo es indispensable, sobre todo para aquellos en los que, como yo, la sangre es muy pudiente. Yo con él me ponía ardoroso en mi infancia y experimentaba toda la rabia que los poetas dicen sobrevenir a los que se dejan llevar sin orden ni discernimiento. Verdad es que estos latigazos me sirvieron luego de instrucción prudente.

> Quien en medio de las rocas de Cafarca salvó su vida, aleja siempre sus bajeles del pérfido mar de Eubea.[296]

Es una locura amarrar a él todos nuestros pensamientos zambulléndose con afección furiosa e inmoderada. Mas, por otra parte, cultivarlo sin amor, con una afección huérfana de voluntad, al modo de los comediantes para representar un papel conforme a la edad y a la costumbre, y no poner de uno mismo más que las palabras, es sin duda proveer a su seguridad, pero cobardemente, como quien abandonara su honor, su provecho o su placer por temor al peligro, pues es seguro que los que tal conducta siguen están incapacitados para alcanzar ningún fruto que toque o satisfaga a un alma de buen temple. De buena fe es preciso haber deseado lo que se quiere poseer, y de buena fe hallar placer en el disfrute, aun cuando injustamente la fortuna favorezca el semblante de las damas, lo cual sucede con frecuencia, a causa de que ninguna hay, por desdichada que sea, que no entienda ser amabilísima, o que no se recomiende por su edad, o por su cabellera o por sus andares (a decir verdad, feas del todo no las hay, como tampoco hermosas en igual medida, y las hijas de los bracmanes, incapaces de mostrar recomendación más ventajosa, se encaminan a la plaza hallándose en ella el pueblo congregado por pregón, mostrando sus partes matrimoniales para ver si así al menos pueden lograr marido), por consiguiente no hay una siquiera que no se deje persuadir ante el primer juramento que sus ojos ven y que sus oídos oyen. Ahora bien, de esta traición común y ordinaria a los hombres de hoy, preciso es que sobrevenga

lo que nos muestra la experiencia, o sea que las mujeres se unen, y entre ellas buscan arrimo para rechazarnos; o bien con el ejemplo que les ofrecemos se conforman, representando su papel en la farsa y prestándose a esta negociación, desnudas de cuidados, pasiones y amor, «no dominándose por la propia pasión ni tampoco por la ajena»;[297] estimando, según los principios que declara Lisias en Platón, que más ventajosa y útilmente pueden entregársenos cuanto menor sea para con ellas nuestro amor; a la postre, ocurrirá lo que en las comedias, en las cuales el disfrute del pueblo es igual o mayor que el de los comediantes. Como no concibo a Venus sin Cupido, tampoco imagino la maternidad sin progenitura; ambas son cosas que se deben y prestan la una a la otra en sus esencias respectivas. De manera que esa especie de engaño va de rechazo contra quien lo ejecutó, y, si bien nada le cuesta practicarlo, tampoco con él adquiere nada que valga la pena. Los que de Venus hicieron una diosa, consideraron que su principal encanto era espiritual e incorpóreo, mas el que aquellas gentes buscan no solo no es humano, ni siquiera es animal. Los animales no apetecen belleza tan pesada y terrestre, y vemos que la fantasía y el deseo frecuentemente los impulsan y solicitan, antes de ser arrastrados por el cuerpo; ocasión tenemos de advertir que al hallarse juntos machos y hembras, eligen y seleccionan en sus afectos, al tiempo que mantienen largas uniones en perfecta armonía. Cuando la vejez acaba con su fuerza corporal, algunos se estremecen de amor, relinchan y se agitan. Los vemos antes del acto amoroso repletos de esperanza y de ardor, y cuando ya el cuerpo hizo su juego, relamerse todavía por la dulzura del recuerdo; otros hay que se inflan de altivez luego que su necesidad satisfacen, entonando cánticos de fiesta y de triunfo, cansados ya y hartos. Quien no busca sino descargar el cuerpo de una necesidad natural, tampoco tiene para qué intrigar al prójimo por medio de interesantes aprestos; la carne que busca no es adecuada para un hambre tan ordinaria y grosera.

Como el que no quiere que le tengan por mejor de lo que es, apuntaré aquí los errores de mi juventud. No solamente por la conservación de la salud (sin embargo no acerté a proceder con tanta cordura que no dejara de experimentar dos rasguños, aunque fueron ligeros y sin consecuencias), sino también por menosprecio, nunca me arrastraron los venales y públicos

juntamientos; quise aguzar este placer por medio de la dificultad, el deseo y el amor propio, gustando la manera del emperador Tiberio, el cual se prendaba en sus amores lo mismo de la modestia y de la nobleza que de otros méritos distintos; y la de Flora la cortesana, que no se prestaba a menos que el beneficiado no fuera dictador, censor o cónsul, alcanzando la mayor suma de agrado de la dignidad de sus amadores. En verdad, las perlas y el brocado contribuyen a aquel, como los títulos y el aparato. Por otra parte, concedía yo una gran importancia al espíritu, con tal de que el cuerpo le hiciera compañía, pues hablando de conciencia, si la una o la otra de las dos bellezas había de faltar, necesariamente hubiera prescindido mejor de la espiritual, que tiene más digno empleo en mejores cosas; mas en cuanto al amor, el cual mira principalmente a la vista y al tacto, algo puede hacerse sin las gracias corporales. Es la belleza la ventaja verdadera de las damas; tan propia les es que la nuestra, aunque exige rasgos algo distintos, no es con la suya confundida sino en la infancia desbarbada. Se cuenta que en la casa del Gran Señor, los que le sirven a título de belleza, que son en número infinito, son, cuando más tarde, despedidos a los veintidós años. La razón, la prudencia y los oficios de amistad se avienen mejor con los hombres, por lo cual gobiernan estos los negocios del mundo.

Estos dos comercios son fortuitos y dependientes del prójimo: el uno por su rareza es difícil de procurar; el otro se marchita con los años; de manera que solos no hubieran bastado para proveer las necesidades de mi vida. El de los libros, que es el tercero, nos ofrece mayor seguridad; es más nuestro, y si bien cede a los primeros en algunas ventajas, los supera en la constancia y facilidad de su servicio. Este es el que costea todo el curso de mi vida y el que me asiste en todo momento; consuela mi vejez y mi soledad, me descarga del peso de una ociosidad pesada, me libera a toda hora de las compañías que me fastidian, y debilita las acometidas del dolor cuando no es extremo y no me domina por entero. Para distraerme de una fantasía importuna, no hallo medio comparable al de echar mano de los libros, que me sumergen fácilmente en ellos y me la arrebatan; y no se me insubordinan por ver que solo de ellos me sirvo cuando las otras comodidades me faltan, las cuales son más reales, naturales y vivas; me acogen siempre con igual semblante. Se dice que bien camina «quien

conduce el caballo de la brida»; y nuestro Jaime, rey de Nápoles y de Sicilia, que hermoso, joven y sano hacía que le llevaran en parihuelas, tendido en un mal colchoncillo de plumas, vestido con un traje de paño gris y cubierta la cabeza con un gorro de lo mismo, iba seguido, sin embargo, con pompa majestuosa de literas, caballos a mano de todas clases, gentilhombres y oficiales, representando a pesar del séquito una austeridad ligera e insegura: el enfermo cuya curación está a su alcance no merece que se le tenga lástima. En la experiencia y uso de esta sentencia, que es veracísima, consiste todo el fruto que yo saco de los libros; de ellos me sirvo, en efecto, casi como aquellos que los desconocen; disfruto como los avaros de un tesoro, para estar seguro de que gozaré cuando me plazca; mi alma halla el contento y la calma con ese derecho de posesión. Ni en tiempo de paz, ni en épocas de guerra dejan los libros de acompañarme, a pesar de lo cual se pasarán muchos días y hasta meses sin que yo eche mano de ellos; los leeré dentro de un momento, me digo, o mañana, o cuando se me antoje: mientras tanto el tiempo corre y se va sin serme oneroso, pues es indecible cuánto me tranquilizo y apaciguo considerando que están junto a mí para procurarme placer cuando lo quiera y reconociendo cuán grande es el alivio que proporcionan a mi vida. Son la mejor munición que haya yo encontrado en este humano viaje, y compadezco extremadamente a los hombres de entendimiento que no la echan de menos. Mejor que este acojo cualquier otro entretenimiento, por ligero que sea, en razón a que el de los libros no puede faltarme nunca.

En mi vivienda me refugio con mayor frecuencia en mi biblioteca, donde, teniéndolo todo al alcance, doy órdenes a mis gentes. Me coloco a la entrada y veo mi jardín, el patio, el corral, así como a la mayor parte de las personas de mi casa. Allí hojeo unas veces un libro, otras otro, sin orden ni designio, al desgaire: unas veces fantaseo, otras registro y otras dicto paseándome los ensueños que aquí veis. Está instalada en el piso tercero de una torre: el primero es mi capilla; el segundo, un dormitorio con sus accesorios, donde me acuesto con frecuencia para encontrarme solo, que tiene por encima un espacioso guardarropa; antaño era el lugar más inútil de mi casa. Allí paso la mayor parte de los días de mi vida y casi todas las horas del día, pero nunca por la noche permanezco. Contiguo al dormitorio

hay un pulido gabinete, donde en invierno puede encenderse fuego, con pintorescas vistas. Si yo no temiera más que los gastos los cuidados que todo trabajo acarrea, podría fácilmente instalar a cada lado una galería de cien pasos de largo y doce de ancho, a nivel, haciendo encontrado todos los muros, montados para otro uso, a la altura que me precisa. Todo lugar retirado requiere un paseo; mis pensamientos duermen cuando los siento; mi espíritu no va solo como al ser agitado por las piernas: todos los que sin libros estudian experimentan una impresión idéntica. La forma de mi biblioteca es circular, y la pared no tiene de plano sino el lugar preciso para la mesa y el sitial; al ondularse, me ofrece de una ojeada todos mis libros, colocados en estantes de cinco peldaños, todo alrededor. Tiene tres vistas que de frente se extienden a lo lejos, y hasta dieciséis pasos de diámetro completamente libres. En invierno me instalo en ella más raramente, pues mi casa está colgada en un cerro, como su nombre reza, y ninguna habitación más que esta está expuesta a los elementos; y me place por eso para mantenerme apartado, tanto por el provecho que a la ejercitación acompaña, como para alejar de mí a las gentes. Allí está mi residencia; allí intento convertirme a mi propia dominación y sustraerme en ese único rincón de la comunidad conyugal, filial y civil; en todo otro aposento mi autoridad es solo verbal, confusa y teórica. ¡Miserable a mi ver quien en su agujero no tiene donde meterse; donde hacer particularmente su corte, donde ocultarse! La ambición recompensa bien a sus esclavos teniéndolos constantemente a la vista de los espectadores, como la estatua de una plaza: «Una fortuna grande es una gran servidumbre»:[298] ni siquiera su recogimiento tienen por retiro. Nada he juzgado tan rudo en la austeridad de la vida de nuestros religiosos como lo que veo en las órdenes que tienen por regla la perpetua sociedad y compañía y la numerosa asistencia entre ellos, sea cual fuere la acción que ejecuten. En cierto modo encuentro más soportable estar siempre solo que no poder estarlo jamás.

Si alguien me dice que es envilecer las musas servirse solamente de ellas como de juguete y pasatiempo, es porque no sabe como yo cuánto valen el placer, el juego y la distracción; casi me atrevería a decir que todo otro fin es ridículo. Yo vivo al día, y, con respeto sea dicho, no vivo sino para mí: mis designios todos en ello finalizan. Cuando era joven, estudié

para la ostentación; luego, un poco para templar mi juicio, ahora para distraerme, y jamás para el material provecho. Un humor vano y dispendioso que antaño me encaminara a mi biblioteca, no solo para proveer a las necesidades de mi espíritu, sino para algo que se le acerca, para tapizarlo y adornarlo, hace ya tiempo que lo abandoné.

Muestran los libros muchas gratas cualidades a los que los saben elegir; mas ningún goce sin dolor: son un placer que, como los otros, no es nítido ni puro; tiene sus incomodidades, que son bien pesadas; el alma con ellos se ejercita, pero el cuerpo, cuyo cuidado nunca olvidé, permanece mientras tanto sin acción, cae por tierra y se entristece. Ningún exceso conozco para mí más perjudicial ni que al declinar la edad más deba evitarse.

Estas son mis tres ocupaciones favoritas y particulares, sin hablar de las que soy deudor por obligación civil al mundo.

CAPÍTULO VI

DE LOS VEHÍCULOS

Bien fácil es el verificar que los grandes autores, al escribir sobre las causas de las cosas, no solamente se sirven de las que juzgan verdaderas, sino también de aquellas otras de cuyo fundamento dudan, siempre y cuando tengan algo de lucidas: hablan con verdad y utilidad bastantes, expresándose ingeniosamente. Nosotros somos incapaces de asegurarnos de la causa primordial, y amontonamos muchas para ver si por casualidad aquella figura entre ellas,

> No basta señalar una sola causa, se precisa la indicación de varias, aun cuando no haya más de una verdadera.[299]

¿Me preguntáis de dónde proviene esa costumbre de bendecir a los que estornudan? Nosotros producimos tres suertes de vientos: el que sale por abajo es demasiado puerco; el que exhala nuestra boca lleva consigo algún reproche de glotonería; el tercero es el estornudo; y porque viene de la cabeza y no es acreedor de censura, le tributamos un honroso acogimiento. No os burléis de esta sutileza, de la cual, según se dice, Aristóteles es el padre.

Me parece haber visto en Plutarco (que es entre todos los autores que conozco el que mezcló mejor el arte y la naturaleza, y la sensatez con la ciencia), explicando la causa del levantamiento del estómago que experimentan los que viajan por mar, que la cosa les sucede por temor, luego de haber encontrado algún viso de razón mediante el cual demuestra que el temor puede ocasionar semejante efecto. Yo, que soy muy propenso a este accidente, sé muy bien que esta causa no obra en mí para nada, y lo sé, no por argumentos, sino por experiencia necesaria. Sin alegar lo que he oído

asegurar, o sea que sucede lo mismo a los animales, particularmente al puerco, que desconocen el peligro por completo, ni lo que un sujeto de mi conocimiento me testimonió de sí mismo, el cual, estando a él fuertemente sujeto, las ganas se le habían pasado en dos o tres ocasiones al hallarse oprimido por el terror en una tormenta, como a aquel antiguo, «estaba sobrado grave para pensar en el peligro»;[300] nunca tuve miedo en el agua, como tampoco en lugar alguno (y sin embargo, bastantes veces se me ofrecieron causas justamente temibles, si es que la muerte puede serlo) me trastorné ni deslumbré. Nace a veces el temor por la falta de discernimiento, y por escasez de ánimo otras. Todos los peligros que he visto los presencié con los ojos abiertos y la mirada serena, cabal y entera: hasta para temer precisa el ánimo. La serenidad me sirvió antaño, a falta de otras mejores prendas, para gobernar mi huida y mantenerla ordenada; para que fuese, si no de temor desnuda sin horror, sin embargo, y sin espasmos: fue una marcha conmovida, mas no aturdida ni perdida. Las almas grandes van más allá, representando huidas no ya solo tranquilas y sanas, sino altivas. Relatemos la que Alcibiades refiere de Sócrates, su compañero de armas: «Lo encontré —dice— después de la derrota de nuestro ejército junto con Láchez, y eran ambos de los últimos fugitivos; le consideré despacio, a mi sabor, ya en seguridad, pues yo iba montado en un buen caballo y él a pie; así habíamos combatido. Advertí primeramente cuánto más avisado y resuelto se mostraba, comparado con Láchez; luego, la altivez de su andadura en nada distinta de la ordinaria; su mirada firme y normal, juzgando y considerando lo que ocurría a su alrededor; contemplando ya a los unos, ya a los otros, amigos y enemigos, de una manera que a los unos animaba y significada a los otros que estaba dispuesto a vender su sangre bien cara, y lo mismo su vida a quien intentara arrancársela, y así se salvaron, pues a estos no se les ataca fácilmente, persiguiéndose a los atemorizados». He aquí el testimonio de ese gran capitán, que nos enseña lo que todos los días aprendemos, o sea que nada nos lanza más en los peligros que el hambre inconsiderada de escapar de ellos: «Ordinariamente, cuando el temor es menor, el peligro lo es también».[301] Nuestro pueblo se engaña al decir: «Ese teme a la muerte», cuando con ello quiere dar a entender que alguien piensa en ella y que la prevé. La previsión conviene igualmente a

cuanto con nosotros se relaciona en bien o en mal: considerar y juzgar el peligro es de algún modo lo contrario de amedrentarse. Y no me siento suficientemente fuerte para resistir el golpe e impetuosidad de esta pasión del miedo ni de otra cualquiera que por su vehemencia se le asemeje: si me sintiera un poco vencido y por tierra, ya no me levantaría jamás enteramente; quien hiciera que mi alma perdiera pie, no la colocaría nunca en su lugar verdadero, derecha y en su asiento, pues se ensaya e investiga con excesiva profundidad y viveza, por lo cual no dejaría resolver y consolidar la herida que la hubiese atravesado. Fortuna ha sido la mía de que ninguna enfermedad me la haya trastornado: a cada recargo que me sorprende hago frente y me opongo con todas mis fuerzas, así que la primera que me solicitara, me dejaría sin recursos. Soy incapaz de resistir por dos lados: cualquiera que sea el lugar por donde el destrozo forzase la calzada que me defiende, me encontraría al descubierto y sin remedio ahogado. Epicuro dice que el sabio no puede pasar de un estado al opuesto; yo soy del parecer contrario a esta sentencia, y creo que quien haya estado una vez bien loco, ninguna otra vez será ya muy cuerdo. Dios me da el frío según la ropa, y procura las pasiones según los medios de que dispongo para resistirlas; la naturaleza, habiéndome descubierto de un lado, me cubrió del otro; como por fuerza me desarmara, me armó de insensibilidad y de una aprehensión ordenada o desaguzada.

Me sucede que no puedo soportar durante mucho tiempo (y menos todavía los soportaba cuando era joven) coche, litera ni barco, y detesto todo otro vehículo distinto del caballo, así en la ciudad como en el campo. Menos todavía transijo con la litera que con el coche, y por la misma razón me acomodo con mayor facilidad a una sacudida fuerte en el agua, de donde el miedo surge, que al movimiento que se experimenta en tiempo apacible. Merced a esa ligera sacudida que los remos producen, desviando de nosotros la sustentación, siento revueltos, sin saber cómo, la cabeza y el estómago, no pudiendo resistir bajo mi planta un lugar que se mueve. Cuando las velas y el curso del agua nos arrastran por igual, o se nos llevan a remolque, semejante agitación unida en manera alguna me impresiona; lo que sí me trastorna es el movimiento interrumpido, y todavía en mayor grado cuando es languidecedor. No podría explicar el efecto de otro modo.

Los médicos me ordenaron que me ciñera y sujetara con una faja la parte inferior del vientre para poner remedio al mal, recomendación que no he puesto en práctica teniendo por costumbre luchar contra las debilidades propias que en mí residen y domarlas con mis propias fuerzas.

Si estuviera mi memoria suficientemente informada, no consideraría aquí como perdido el tiempo necesario para enumerar la variedad infinita que las historias nos presentan en el empleo de los carruajes al servicio de la guerra. Diversos según las naciones y según los siglos, fueron siempre a mi entender de gran efecto y necesidad, y tanto que maravilla que de ella hayamos perdido toda noción. Diré solo aquí que recientemente, en tiempos de nuestros padres, los húngaros los utilizaron muy provechosamente contra los turcos, colocando en cada uno un soldado con rodela, un mosquetero, muchos arcabuces bien colocados, prestos y cargados, todo empavesado a la manera de un galeón. Disponían el frente de la batalla con tres mil de estos vehículos, y en cuanto el cañón había entrado en juego, los hacían marchar y tragar el enemigo antes de lanzar el resto, lo cual no era un ligero avance; o bien lanzaban los carros contra los escuadrones para romperlos y abrirse paso, además del socorro que de ellos alcanzaban para guarnecer en lugar peligroso, las tropas que marchaban al campo, o a tomar una posición a la carrera y fortificarla. En mi tiempo un gentilhombre, que se hallaba en una de nuestras fronteras imposibilitado por su propia persona, y no encontrando caballo capaz de su peso, por haber tenido una disputa, marchaba por los campos en un carruaje idéntico al descrito y se encontraba muy a gusto. Pero dejemos estos carros guerreros.

Cual si su holganza no fuera conocida por más eficaces causas, los últimos reyes de nuestra primera dinastía viajaban en un carro tirado por cuatro bueyes. Marco Antonio fue el primero que se hizo conducir a Roma en unión de una mozuela por varios leones uncidos a un coche. Heliogálabo hizo después lo propio, nombrándose Cibeles, madre de los dioses, y también fue llevado por tigres, parodiando al dios Baco: unció además en ocasiones dos ciervos a su coche, en otra cuatro perros, y en otra cuatro jóvenes desnudas, yendo así en pompa también de ropas aligerado. El emperador Firmus hizo arrastrar su carruaje por dos avestruces de

maravilloso volumen y altura, de manera que mejor que rodar se hubiera dicho que volaba.

La singularidad de estas invenciones trae a mi mente esta otra fantasía: entiendo que constituye una especie de pusilanimidad en los monarcas, y un testimonio de que en verdad no sienten lo que son, el esforzarse en hacer valer y parecer mediante gastos excesivos. Sería esta excusable costumbre en países extranjeros, mas no entre los propios súbditos donde los reyes lo pueden alcanzar todo de su dignidad hasta tocar en el grado de horno más relevante: del mismo modo que me parece superfluo en un gentilhombre el que se vista suntuosamente en su intimidad; su casa, su séquito y su cocina responden por él de sobra. El consejo que daba Isócrates a su rey no me parece irrazonable: «Que sea espléndido en el uso de utensilios y muebles, puesto que estos constituyen un gasto de duración que pasa a sus sucesores, y que huya toda magnificencia que al momento escapara del uso y de la memoria». Cuando yo era menor de edad gustaba de adornarme, a falta de mejor ornamento, y me sentaban bien los perifollos: hay hombres en quienes los trajes hermosos lloran. Cuentos maravillosos nos hablan de la frugalidad de nuestros reyes en derredor de sus personas y en sus dones; fueron reyes grandes en crédito, valor y fortuna. Demóstenes combate hasta la violencia la ley de su ciudad que asignaba los recursos públicos a las pompas de juegos y fiestas; quiere que la grandeza de su país se muestre en profusión de naves bien equipadas y en óptimos ejércitos bien provistos. Se censura con razón a Teofrasto, que en su libro de las riquezas sienta un parecer contrario y sostiene que tal suerte de dispendios es el fruto verdadero de la opulencia: esos son placeres, dice Aristóteles, que solo incumben a la más baja clase y común, que del recuerdo se desvanecen, después del hartazgo, y de los cuales ningún hombre juicioso y grave puede hacer motivo de estima. Los dispendios me parecen mucho más dignos de la realeza como también mucho más útiles, justos y durables empleados en la construcción de puertos, ensenadas, fortificaciones, murallas, suntuosos edificios, hospitales, colegios, mejoramiento de calles y caminos, en todo lo cual el pontífice Gregorio XIII dejará memoria recomendable y duradera, y también nuestra reina Catalina testimoniaría por largos años su natural liberalidad y munificencia si sus medios fueran acordes con su voluntad: el

azar me contrarió grandemente al ver interrumpida la hermosa estructura del nuevo puente de nuestra ciudad populosa y al quitarme la esperanza de verlo antes de morir prestando servicios al público.

Además de estas razones les parece a los súbditos, simples espectadores de los triunfos de los soberanos, que de ese modo se les muestran sus propias riquezas, y que a sus propias expensas se les festeja, pues los pueblos presumen fácilmente de soberanos, como nosotros con las personas que nos sirven, quienes deben poner cuidado en aprestarnos abundantemente cuanto nos precisa, pero en modo alguno coger su parte, por lo cual el emperador Galba, como obtuviera placer oyendo a un músico mientras comía, hizo que le llevaran su caja y entregó con su propia mano al que la tocaba un puñado de escudos, que este cogió, añadiendo estas palabras: «Esto no pertenece al público, sino a mí». Tan cierto es que acontece normalmente que el pueblo tenga razón, y que se regala sus ojos con lo que había de regalar su vientre.

Ni la misma libertad está en su verdadero lugar en mano soberana; los particulares tienen a ella más derecho, pues, cuerdamente considerado, un rey nada tiene que propiamente le pertenezca; su persona misma se debe a los demás: no se entrega la jurisdicción en favor del jurista, sino en favor del jurisdiciado. Se eleva a un superior, más nunca para su provecho, sino para provecho del inferior: a un médico se le llama para que auxilie al enfermo y no a sí mismo. Toda magistratura como todo arte tienen su esfera fuera de ellos, «ningún arte está en sí mismo contenido».[302] por eso los gobernadores de la infancia de los príncipes que se precian de imprimirles esta virtud de largueza, predicándoles que ningún favor rechacen y que nada consideren mejor empleado que los presentes que hagan (instrucción que en mi tiempo he visto muy en crédito), o miran más bien a su provecho que al de su amo o mal comprenden con quien hablan. Es muy fácil inculcar la liberalidad en quien tiene con qué proveer tanto como le plazca a expensas ajenas, y como quiera que la estimación se pondere, no conforme a la medida del presente, sino con arreglo a los medios del que la ejerce, viene a ser nula en manos de los poderosos, quienes antes que liberales se reconocen pródigos. Por eso es de recomendación escasa comparada con otras virtudes de la realeza, y la única como decía Dionisio el tirano que sea

compatible con la tiranía misma. Mejor recitaría yo a un príncipe este proverbio del labrador antiguo: Τῇ χειρὶ δεῖ σπείρειν, ἀλλὰ μὴ ὅλῳ τῷ θυλακῷ, o sea «que a quien pretende sacar provecho precisa sembrar con la mano y no verter con el saco». Es necesario esparcir la semilla, no extenderla: y habiendo que dar, o dicho mejor, que pagar y entregar a tantas personas conforme hayan servido, debe ser el monarca avisado y leal dispensador. Si la liberalidad de un príncipe carece de discreción y medida, lo prefiero mejor avaro.

Parece consistir en la justicia la virtud más propia de la realeza: y de todas las partes de la justicia aquella a que acompaña la liberalidad es la más digna de los monarcas, pues particularmente a su cargo la tienen reservada, ejerciendo como ejercen todas las demás mediante la intervención ajena. La largueza inmoderada es un medio débil de procurarles benevolencia, pues rechaza más gentes que atrae: «Tanto menos puede ejercerse cuando ya se practicó… ¡Qué torpeza la de reducirse a la impotencia de hacer durante largo tiempo lo que se ejecuta gozosamente!». **[303]** Y cuando sin consideración del mérito se emplea, avergüenza al que la recibe y sin reconocimiento alguno se acoge. Hubo tiranos que fueron sacrificados por el odio popular en las mismas manos de quienes injustamente los levantara: esta categoría de hombres, creyendo asegurar la posesión de los bienes indebidamente recibidos, muestran desdeñar y odiar a aquel de quien los recibieron, uniéndose en esta cuestión al parecer y opinión comunes.

Los súbditos de un príncipe excesivo en dones se convierten a su vez en pedigüeños excesivos: se miden conforme al ejemplo, no con arreglo a la razón. En verdad que casi siempre debiéramos avergonzarnos de nuestra imprudencia, pues se nos recompensa injustamente cuando el premio iguala a nuestro servicio, sin considerar que por obligación natural estamos sujetos a nuestros príncipes. Si estos contribuyen a todos nuestros gastos, hacen demasiado, basta con que los ayuden: el exceso se llama beneficio, y no se puede exigir, pues el término mismo de liberalidad suena como el de libertad. Con arreglo a nuestro modo de proceder, el don nunca se nos concede; lo recibido para nada se cuenta, no se gusta más que de la liberalidad futura, por lo cual, cuanto más un príncipe se agota en

recompensas, más de amigos se empobrece. ¿Cómo saciaría los deseos, que crecen a medida que se llenan? Quien su pensamiento tiene puesto en el recibir no se acuerda de lo que recogió: la cualidad primordial de la codicia es la ingratitud.

No dirá mal aquí el ejemplo de Ciro, en provecho de los reyes de nuestra época, tocante a reconocer cómo los dones de estos serán bien o mal empleados, y a hacerles ver cuán dichosamente los distribuía este emperador, comparado con ellos. Por sus desórdenes se ven nuestros soberanos obligados a hacer sus empréstitos en personas desconocidas, y más bien en aquellas con quienes se condujeron mal que con las que procedieron bien; y ninguna ayuda reciben donde la gratitud existe solo de nombre. Creso censuraba a Ciro su largueza, calculando a cuánto se elevaría su tesoro si hubiera tenido las manos más sujetas. Sintió ganas el primero de justificar su liberalidad y despachó de todas partes emisarios hacia los grandes de su Estado a quienes más presentes había hecho, rogando a cada uno que le socorriese con tanto dinero como le fuera posible para subvenir a una necesidad, enviándole la declaración de sus recursos. Cuando todas las minutas le fueron presentadas, sus amigos todos, considerando que no bastaba ofrecerle solamente lo que cada cual había recibido de su munificencia, añadió mucho de su propio peculio, resultando que la suma ascendía a mucho más de la economía que Creso había supuesto. A lo cual añadió Ciro: «Yo no amo las riquezas menos que los otros príncipes, más bien cuido mejor de ellas: ved con cuán escaso esfuerzo adquirí el inestimable tesoro de tantos amigos; cuánto más fieles guardadores de mis caudales me son que los mercenarios sin obligación ni afecto, y mi fortuna así está mejor custodiada que en cofres resistentes que echarían sobre mí el odio, la envidia y el menosprecio de los demás príncipes».

Los emperadores se excusaban de la superfluidad de sus juegos y ostentaciones públicas porque su autoridad dependía de algún modo (en apariencia al menos) de la voluntad del pueblo romano, el cual estaba hecho de antiguo a ser complacido por tales espectáculos y excesos. Pero eran los particulares los que habían mantenido esa costumbre de gratificar a sus conciudadanos y a sus plebeyos a expensas de su peculio, principalmente

por semejante profusión de magnificencia. Cuando fueron los amos los que vinieron a imitarlos, los espectáculos tuvieron otro gusto y carácter distintos: «El don que a los extraños se hace del dinero ajeno, no debe ser considerado como una acción liberal».[304] Porque su hijo intentaba ganar la voluntad de los macedonios valiéndose de presentes, Filipo le amonestó en una carta en estos términos: «¡Cómo! ¿Deseas que tus súbditos te consideren como a su pagador y no como a su rey? ¿Quieres recompensarlos? Benefícialos con los presentes de tu virtud y no con las riquezas de tu cofre».

Era sin embargo algo bello ver transportar y plantar en el circo un gran número de corpulentos árboles, verdes y frondosos, representando una selva umbría, dispuesta con simetría hermosa, y en un día determinado lanzar dentro de ella mil avestruces, mil ciervos, mil jabalíes, mil gamos, abandonándolos para que se arrojasen sobre el pueblo; al día siguiente aporrear en su presencia cien enormes leones, cien leopardos y trescientos osos; y en el tercer día hacer combatir a muerte trescientas parejas de gladiadores, como en tiempos del emperador Probo. Era también hermoso ver estos grandes anfiteatros incrustados por fuera de mármol, labrado en estatuas y ornamentos, y por dentro resplandecientes de enriquecimientos raros,

> He aquí la grada más alta y espaciosa del anfiteatro, adornada de pedrería; he aquí el pórtico, todo resplandeciente de oro:[305]

todos los lados de este gran vacío llenos y rodeados de arriba abajo por sesenta u ochenta rangos de escalones, también de mármol, cubiertos de cojines,

> Que se vaya, dice, si el pudor le embarga; que abandone el lugar destinado a los caballeros, puesto que no paga el censo señalado por la ley,[306]

donde podían acomodarse hasta cien mil hombres sentados a su gusto, y el lugar del fondo, en que los combates se sucedían y los ojos se regocijan, hacer primeramente que por arte se entreabriera y hendiera en forma de cuevas, representando antros, los cuales vomitaban las fieras destinadas al espectáculo, y después inundado de un mar profundo que acarreaba multitud de monstruos marinos, cubierto de navíos armados, verdadero

simulacro de un combate naval; en tercer lugar se veía allanar y secar de nuevo el recinto cuando llegaba el combate de gladiadores, y por último, cubrirlo con bermellón y estoraque en vez de arena para celebrar un festín solemne en honor del pueblo innúmero, que era el último acto de los celebrados en una sola jornada.

> ¡Cuántas veces vimos hundirse una parte de la arena y del entreabierto abismo surgir de pronto feroces alimañas y toda una selva de arbustos de oro con cortezas de azafrán! No solo vi en nuestros anfiteatros los monstruos de las cavernas, sino también focas en medio de combates de osos y el horrible rebaño de caballos marinos.[307]

A veces se hacía nacer una montaña elevada llena de frutales y verdes árboles, en cuya cumbre había un arroyo que surgía cual de la boca de una fuente viva; otras veces se mostraba a la vista de todos un gran navío que por sí se abría y cerraba, y después de arrojar de su vientre cuatrocientas o quinientas fieras de combate se juntaba y desaparecía como por encanto; otras del fondo de la plaza se lanzaban surtidores y chorros de agua que subían a infinita altura, regando y perfumando a la multitud. Para resguardarla de las injurias del tiempo cubrían esta extensión inmensa unas veces con tela purpurina elaborada con la aguja, otras con seda de colores varios, con las cuales cubrían y descubrían en un momento como les placía mejor.

> Aun cuando el sol abrasador calcine el anfiteatro, los toldos se retiran en el momento en que aparece Hermógenes.[308]

«Las redes que resguardaban al pueblo para defenderle de la violencia de las fieras cuando saltaban estaban también tejidas de oro»:

> *Aura quoque torta refulgent*
> *Retia*.[309]

Si hay algo que pueda ser excusable en tales excesos, reside allí donde la inventiva y la novedad promueven la admiración, no en lo que toca al gasto. En estas vanidades mismas descubrimos cómo aquellos siglos pasados eran fértiles en otros espíritus distintos de los nuestros. Con esta clase de fertilidad sucede como con todas las demás producciones de la naturaleza: no puede afirmarse que entonces empleara su esfuerzo último: nosotros no marchamos, más bien rodamos y giramos aquí y allá,

paseándonos sobre nuestros propios pasos; no alcanzamos a ver muy adelante ni muy hacia atrás; nuestros ojos abarcan poco y ven lo mismo: es nuestra vista corta en extensión de tiempo y materia:

> Muchos héroes vivieron antes que Agamenón, pero, enterrados en las sombras, hoy no nos hacen derramar lágrimas.[310]

> Antes de la guerra de Tebas y de la ruina de Troya, muchos poetas cantaron otros acontecimientos;[311]

y la narración de Solón sobre lo que le enseñaran los sacerdotes egipcios acerca de la dilatada vida de su Estado y la manera de aprender y custodiar las historias extranjeras, no me parece contradecir la consideración apuntada. «Si contemplar nos fuera dado la extensión infinita de las regiones y de los siglos, en los cuales nuestro espíritu, sumergiéndose y extendiéndose por todas partes, no encontrará límites donde detener su mirada, descubriríamos una cantidad de formas innumerables en esa inmensidad.»[312] Aun cuando todo lo que se nos refiere de los tiempos pasados fuera cierto y de todos conocido, junto sería menos que nada comparado con lo que ignoramos. Y de esta misma imagen del mundo, que se desliza mientras por él pasamos, ¿cuán mezquino y fragmentario no es el conocimiento de los más curiosos? No solamente de los sucesos particulares, que frecuentemente el azar convierte en ejemplares y señalados; de la situación de las grandes repúblicas y naciones, nos escapa cien veces más de lo que viene a nuestro conocimiento. Consideramos como milagrosa la invención de la artillería y la de nuestra imprenta, y otros hombres en el otro extremo del mundo, en la China, gozaban de ellas hace mil años. Si viéramos tanto mundo como dejamos de ver, advertiríamos sin duda una perpetua mutación y vicisitud de formas. Nada hay único y singular en la naturaleza, mas sí en relación con nuestros medios de conocimiento, que constituyen el miserable fundamento de nuestras reglas y que nos representan fácilmente una imagen falsísima de las cosas. Cual sin fundamento concluimos hoy la declinación y decrepitud del mundo por los argumentos que sacamos de nuestra propia debilidad y decadencia:

> Nuestra edad no goza ya de aquel antiguo vigor, ni la tierra de su fertilidad pasada;[313]

así, sin fundamento también, deducía Lucrecio su nacimiento y juventud por el vigor que veía en los espíritus de su época, copiosos en novedades e invenciones de diversas artes:

> A mi ver, el mundo no es antiguo; apenas acaba de nacer: así vemos que algunas artes van progresando y perfeccionándose, principalmente la navegación, la cual es más próspera de día en día.[314]

Nuestro mundo acaba de encontrar otro (¿y quién nos asegura que es el último de sus hermanos, puesto que los demonios, las sibilas y nosotros habíamos ignorado este hasta el momento actual?) no menos grande, sólido y membrudo que él. Sin embargo, tan nuevo y tan niño que todavía se le enseña el a, b, c: no hace aún cincuenta años que desconocía las letras, los pesos, las medidas, los vestidos, los trigos y las viñas. Estaba todavía completamente desnudo, guarecido en el seno de la naturaleza, y no vivía sino con los medios que esta pródiga madre le procuraba. Si nosotros deducimos nuestro fin, y aquel poeta el de la juventud de su siglo, este otro mundo no hará sino entrar en la luz cuando el nuestro la abandone: el universo caerá en parálisis; un miembro estará tullido y el otro vigoroso. Temo mucho que hayamos apresurado demasiado su declive y ruina merced a nuestro contagio, y que le hayamos vendido a buen precio nuestras opiniones e invenciones. Era un mundo niño, y nosotros no le hemos azotado y sometido a nuestra disciplina por la supremacía de nuestro valor y fuerza naturales; ni lo hemos ganado con nuestra justicia y bondad, ni subyugado con nuestra magnanimidad. La mayor parte de sus respuestas y las negociaciones pactadas con ellos testimonian que nada nos debían en clarividencia de espíritu ni en oportunidad. La espantosa magnificencia de las ciudades de Cuzco y México, y entre otras cosas análogas el jardín de aquel monarca en que todos los árboles, frutos y hierbas, conforme al orden y dimensiones que guardan en un jardín, estaban excelentemente labrados en oro, como en su cámara todos los animales que nacían en su Estado y en sus mares, y la hermosura de sus obras en pedrería, pluma y algodón, así como las pinturas, muestran que tampoco los ganábamos en industria. Mas en cuanto a la devoción, observancia de las leyes, bondad, liberalidad, lealtad y franqueza, buenos servicios nos prestó el no tener tantas como ellos: esa ventaja los perdió, vendiéndolos y traicionándolos.

Por lo que toca al arrojo y al ánimo; en cuanto a firmeza, constancia y resolución contra los dolores, el hambre y la muerte, nada temería en oponer los ejemplos que encontrara entre ellos a los más famosos antiguos de que tengamos memoria en el mundo de por acá. Pues los que acertaron a subyugarlos, que prescindan del engaño y aparato de que se sirvieron para engañarlos y del justo maravillarse que ganaba a esas naciones al ver llegar tan inopinadamente a gentes barbudas, diversas en lenguaje, religión, formas y aspecto, de un lugar del mundo tan lejano donde nunca supieran que hubiese mansión alguna, montados en grandes monstruos ignorados, para quienes no solamente no vieron nunca ningún caballo, sino que tampoco animal alguno concebido para llevar y sostener hombre ni otra carga, guarnecidos de una armadura reluciente y dura, y provistos de un arma resplandeciente y cortante para quienes por el milagro del resplandor de un espejo o del de un cuchillo cambiaban una cuantiosa riqueza en oro y perlas, y que carecían de ciencia y materiales que los hicieran aptos para atravesar nuestro acero. Si se añade a esto los rayos y truenos de nuestras piezas y arcabuces, capaces de trastornar al mismo César (a quien hubieran sorprendido tan inexperimentado como a ellos), contra pueblos desnudos, guarnecidos tan solo de algún tejido de algodón, sin otras armas a lo sumo que arcos, piedras, bastones y escudos de madera; pueblos sorprendidos so pretexto de amistad y buena fe por la curiosidad de ver cosas extrañas y desconocidas; quitad, digo, a los conquistadores esta disparidad, y les arrancaréis de paso la ocasión de tantas victorias. Cuando considero el indomable ardor con que tantos millares de hombres, mujeres y niños, participaron y se lanzaron tantas veces en medio de peligros inevitables en defensa de sus dioses y de su libertad; aquella generosa obstinación que les impulsaba a sufrir hasta el último extremo los mayores horrores y la muerte, de mejor gana que a someterse a la dominación de aquellos que tan vergonzosamente los engañaron, y algunos prefiriendo desfallecer por hambre y ayuno, ya prisioneros, que aceptar la vida en manos de sus enemigos tan vilmente victoriosos, infiero que para quien los hubiera atacado de igual a igual, con iguales armas y experiencia y en el mismo número, habrían sido tanto o más terribles como los de cualquier otra guerra.

¡Qué lástima que no cayera bajo César, o bajo los antiguos griegos y romanos una tan noble conquista, y una mutación y alteración de imperios y pueblos tan grande; en manos que hubieran dulcemente pulimentado y desmalezado lo que en ellos había de salvaje, confortando y removiendo la buena semilla que la naturaleza había producido; mezclando, no solo al cultivo de sus tierras y ornamento de sus ciudades, las artes de por acá, en cuanto estas hubieran sido necesarias, sino también inculcando las virtudes griegas y romanas a los naturales del país! ¡Qué reparación hubiera sido esta, y qué enmienda se hubiera promovido en toda esa máquina, si los primeros ejemplos y conducta nuestra que por allá se mostraron hubiesen llamado a estos pueblos la admiración e imitación de la virtud, preparando entre ellos y nosotros una sociedad e inteligencia fraternales! ¡Cuán fácil hubiera sido sacar provecho de almas tan nuevas, tan hambrientas de aprendizaje, cuya mayor parte habían tenido comienzos naturales tan hermosos! Por el contrario, nosotros nos servimos de su ignorancia e inexperiencia para plegarlos más fácilmente hacia la traición, la lujuria, la avaricia, y hacia toda suerte de inhumanidad y crueldad, a ejemplo y patrón de nuestras costumbres. ¿Quién aceptó jamás a tal precio las ventajas del comercio y del tráfico? ¿Quién vio nunca tantas ciudades arrasadas, tantas naciones exterminadas, tantos millones de pueblos pasados a cuchillo, y la más rica y hermosa parte del universo derrumbada con el simple fin de negociar las perlas y las especias? ¡Mecánicas victorias! Jamás la ambición, jamás las públicas enemistades empujaron a los hombres los unos contra los otros a tan horribles hostilidades y a calamidades tan miserables.

Costeando el mar en busca de sus minas algunos españoles tocaron tierra en una región fértil y pintoresca muy habitada, e hicieron a este pueblo sus amonestaciones habituales: «Que eran gentes pacíficas, originarias de lejanas tierras, enviadas por el rey de Castilla, el príncipe más poderoso de toda la tierra habitada, a quien el Papa representante de Dios aquí bajo, había concedido el principado de todas las Indias. Que si querían ser del soberano tributarios, serían tratados con mucha benignidad». Les pedían víveres para su nutrición y oro para el menester de alguna medicina, haciéndoles, además, presente la creencia en un solo Dios y la verdad de nuestra religión, que les aconsejaban abrazar, añadiendo a ello algunas

amenazas. A lo cual les contestaron «que en cuanto a lo de pacíficos no tenían cara de serlo, si lo eran; que puesto que su rey pedía, debía de ser indigente y menesteroso; y en lo tocante a que se hiciera la distribución de que hablaban, que debía ser hombre amante de disensiones, puesto que concedía a un tercero lo que no era suyo, disputándoselo a sus antiguos poseedores. En cuanto a los víveres, los proveerían de ellos. Oro tenían poco, y lo consideraban como cosa de ningún valor porque era inútil al servicio de la vida, yendo sus miras encaminadas solamente a pasarla dichosa y gratamente; así que podían coger resueltamente cuanto encontraran, excepto el destinado al culto de sus dioses. En lo tocante a que no hubiera más que un solo Dios, el discurso les complació, decían, pero no querían cambiar de religión, habiendo practicado útilmente la suya tan dilatados años; y que además acostumbraban solo a recibir consejos de sus amigos y conocidos. Que en lo de amenazarlos, consideraban como signo de escasez de juicio el ir amedrentando a aquellos de quien la naturaleza y los medios de defensa les eran desconocidos; de manera que lo mejor que podían hacer, era despedirse y desalojar prontamente sus tierras, pues no estaban acostumbrados a tomar en buena parte las bondades y amonestaciones de gentes armadas y extrañas; y que si así no obraban harían con ellos lo que con otros» (y les mostraban las cabezas de algunos hombres ajusticiados en los alrededores de la ciudad). Ved en esta respuesta un ejemplo del balbuceo de esta infancia. De todos modos, ni en este lugar ni en muchos otros en que los españoles no hallaron las mercancías que buscaban se detuvieron ni emprendieron conquistas, aun cuando con otras ventajas el país les brindara; testigos son mis caníbales.[315]

De los dos monarcas más poderosos de este mundo, y acaso también de este, reyes de tantos reyes, los últimos que se vieron arrojados de sus dominios, uno fue el del Perú, el cual resultó prisionero en una batalla y se pidió por él un rescate tan excesivo que sobrepasaba todo lo verosímil, luego de haber sido este fielmente pagado y de haber dado el rey por sus palabras muestra de un valor franco, liberal y constante, al tiempo que de un entendimiento cabal y muy sensato, los vencedores entraron en deseos (después de haber sacado un millón trescientos veinticinco mil pesos de oro, además de la plata y otras cosas, que no ascendían menos, tanto que sus

caballos llevaban herraduras de oro macizo); de ver aún, mediante cualquier deslealtad, por monstruosa que fuese, cuál podía ser todavía lo que quedaba de los tesoros de este rey, y gozar libremente de lo que guardara, se formuló contra él una acusación tan falsa como las pruebas en que se apoyaban sobre el designio de sublevar sus huestes para ganar así la libertad, por lo cual, por hermosas componendas de los mismos que le habían traicionado, se le condenó a ser ahorcado y estrangulado públicamente, librándole del tormento de la hoguera por el sacramento del bautismo que le hicieron recibir con el propio suplicio; horrorosa acción y sin ejemplo que sufrió, sin embargo, sin alterar su expresión ni sus palabras, con actitud y gravedad verdaderamente regias. Luego, para adormecer a los pueblos pasmados y transidos de tan extraño espectáculo, se simuló un gran duelo por su muerte ordenando celebrar funerales suntuosos.

El otro fue el rey de México,[316] quien habiendo defendido largo tiempo su ciudad sitiada, y mostrado cuánto pueden el sufrimiento y la perseverancia (hasta el punto de que jamás acaso pueblo ni príncipe los igualaron), y su desdicha le puso vivo en manos de sus enemigos, conviniéndose en la capitulación que sería tratado como rey, su conducta en la prisión se avino bien con este dictado. Como después de la victoria no encontraran todo el oro que se prometieran, tras haberlo revuelto y registrado todo, se pusieron a buscar minas de este metal, aplicando para ello los más tremendos suplicios que pudieran imaginar a los prisioneros que tenían; y como no sacaran nada en limpio por haber chocado con ánimos más robustos que crueles eran los tormentos que sufrían, fueron a dar en rabia tan enorme, que contra la prometida fe y contra todo derecho de gentes condenaron al suplicio al rey mismo y a uno de los principales señores de su corte, en presencia el uno del otro. Este señor, hallándose atormentado por el dolor, y rodeado de ardientes braseros, en sus últimos momentos volvió lastimosamente la vista hacia su dueño como para pedirle gracia, porque sus fuerzas no alcanzaban a más: el rey, clavando altiva y vigorosamente sus ojos en él, como censura de su cobardía y pusilanimidad, le dijo solamente estas palabras, con voz potente y vigorosa: «¿Por ventura estoy yo colocado en un baño? ¿Estoy más a mi gusto que tú?». El así amonestado sucumbió de repente momentos después, y murió en el lugar

donde se hallaba. El rey, medio asado, fue conducido a otra parte, no tanto por piedad (pues ¿qué piedad movió jamás a tan bárbaras almas que por el dudoso indicio de algún vaso de oro que saquear hacían quemar ante sus ojos no ya a un hombre, sino a un rey tan grande en merecimientos y fortuna?), como porque su firmeza convertía en más vergonzosa la crueldad de sus verdugos. Por último le ahorcaron, no sin que antes intentara, por miedo de las armas, liberarse de una tan dilatada cautividad y sujeción, haciendo su fin digno de un príncipe magnánimo.

Otra vez quemaron vivos, de un golpe en la misma hoguera, a cuatrocientos sesenta hombres: cuatrocientos del pueblo llano y sesenta de los principales señores de una provincia, simples prisioneros de guerra. Ellos mismos nos comunicaron tan horribles narraciones, pues no solamente las confiesan, sino que las encarecen y ensalzan. ¿Acaso como testimonio de su justicia o por el celo que en pro de su religión los animaba? En verdad son estos caminos demasiado opuestos y enemigos de un fin tan santo. Si se hubieran propuesto propagar nuestra fe, habrían considerado que no es poseyendo territorios como se amplifica, sino poseyendo hombres, y se hubieran conformado de sobra con las víctimas que las necesidades de la guerra procuran sin mezclar en ellas indiferentemente una carnicería cual si de animales salvajes se tratara, general, tanto como el hierro y el fuego pudieron procurarla; no habiendo conservado por propio designio sino cuantos hombres trocaron en miserables esclavos para la obra y servicio de las minas, de tal suerte que muchos jefes españoles fueron ejecutados en los lugares mismos de la conquista por orden de los reyes de Castilla, justamente escandalizados por el horror de sus empresas, siendo además casi todos ellos despreciados y odiados. Dios consintió meritoriamente que estos grandes saqueos fueran absorbidos por el mar al transportarlos, o por las guerras intestinas con que entre ellos se devoraron; y la mayor parte se enterraron en aquellos lejanos lugares, sin alcanzar ningún fruto de su victoria.

En cuanto a lo de que estos tesoros vayan a dar en manos de un príncipe frugal y prudente, responden las riquezas tan poco a las esperanzas que sus predecesores acariciaron y a la abundancia primitiva que se encontró al pisar esas nuevas tierras (pues aun cuando se saque mucho, vemos que esto

no es nada, comparado con lo que podía esperarse); el uso de la moneda era completamente desconocido, y el oro, por consiguiente, se hallaba todo junto, no sirviendo sino como artículo de aparato y ostentación, como un mueble reservado de padres a hijos, mediante los poderosos reyes que agotaban sus minas para elaborar aquel gran montón de vasos y estatuas, y que sirviera de ornamento a sus palacios y a sus templos. Nosotros empleamos nuestro oro en el tráfico y comercio; lo trabajamos y lo modificamos en mil formas, lo esparcimos y dispersamos. Imaginemos que nuestros reyes amontonaran así todo el que pudieran encontrar durante varios siglos y lo guardaran inmóvil.

Los del reino de México eran algo más civilizados y más artistas que los otros pueblos de aquellas tierras. Así que juzgaron como nosotros que el universo estaba próximo a su fin, fundamentándose en la desolación que nosotros allí llevamos. Creían que el ser del mundo se divide en cinco edades y en la vida de cinco soles consecutivos, de los cuales cuatro habían ya cumplido su tiempo y que el que los alumbraba era el quinto. El primero pereció con todas las otras criaturas por universal inundación de las aguas; el segundo, por el derrumbamiento del cielo sobre los mortales, que ahogó toda cosa viviente; en esta edad colocan la existencia de los gigantes, y mostraron a los españoles osamentas según las cuales la estatura de los hombres medía hasta veinte palmos de altura; el tercero acabó por el fuego, que todo lo abrasó y consumió; el cuarto, por una conmoción de aire y viento, que abatió hasta las montañas más altas: los hombres no murieron, pero fueron cambiados en monos. ¡Considerad las impresiones que experimenta la flojedad de la creencia humana! Después de la muerte de este cuarto sol, el mundo permaneció veinticinco años sumergido en tinieblas densas; en el quinto, fueron creados un hombre y una mujer que rehicieron la raza humana; diez años después, en cierto día, el sol apareció nuevamente creado, y por él comenzaron su cómputo: al tercero de su creación murieron los dioses antiguos, y los nuevos nacieron luego de la noche a la mañana. Sobre lo que opinan de la manera como este sol desaparecerá, nada sabe mi autor, mas el número de esta cuarta modificación concuerda con aquella gran conjunción de los astros que

produjo, según los astrólogos juzgan, hace ochocientos y pico de años, tantas alteraciones y novedades en el mundo.

En cuanto a magnificencia y pompa, que fue por donde comencé mi discurso, ni Grecia, ni Roma, ni Egipto pueden, ya sea en utilidad, ya en dificultad o nobleza, comparar ninguno de sus portentos al camino que se ve en Perú, construido por los reyes del país, que va desde la ciudad de Quito hasta la del Cuzco (mide trescientas leguas). Recto, unido, ancho de veinticinco pasos, empedrado, revestido a ambos lados de murallas elevadas y hermosas, por cuya parte superior corren arroyos perennes bordeados por robustos árboles, que llaman «molli» los naturales del país. Donde había montañas y rocas, las cortaron y allanaron llenando los huecos de piedra y cal. En el límite de cada jornada hay palacios soberbios provistos de víveres, vestidos y armas, así para los viajeros como para los ejércitos que los transitan. En la consideración de esta obra me fijé solo en la dificultad de realizarla, que es particularísima en aquellas regiones. No labraban piedras menores de diez pies cuadrados, ni tenían otro medio de arrancarlas que la fuerza de sus brazos, arrastrando la carga; tampoco conocían el arte de andamiar, así que no se les ocurrió otra fineza que la de ir yuxtaponiendo tierra sobre los muros a medida que los iban levantando para permanecer junto a la construcción.

Pero volvamos a nuestros coches. En lugar de estos o de cualquier otro vehículo se hacían conducir por porteadores y en hombros. Aquel último rey del Perú, el día que fue cogido, era llevado en unas andas de oro, sentado en una silla también de oro, en medio de la batalla. Cuantos porteadores mataban para hacerle dar en tierra (pues querían cogerle vivo), otros tantos en competencia ocupaban el lugar de los muertos, de manera que no lograron abatirle por muchas víctimas que hicieran entre estas gentes, hasta que un jinete se apoderó de su cuerpo y lo derribó en tierra.

CAPÍTULO VIII

DEL ARTE DE CONVERSAR

Es una costumbre de nuestra justicia el condenar a los unos para advertencia de los otros. Condenarlos simplemente porque incurrieron en delito, sería una torpeza, como reconoce Platón, pues contra lo que ya está hecho no hay poder humano que lo deshaga. A fin de que no se incurra en falta análoga, o de que cunda el mal ejemplo, la justicia se ejerce: no se corrige al que se ahorca, sino a los demás por el ahorcado. Igual es el ejemplo que yo sigo: mis errores son naturales e incorregibles, y como los hombres de bien aleccionan al mundo propiciando su ejemplo, quizá pueda yo servir de provecho haciendo que mi conducta se evite:

> ¿No veis que el hijo de Albio vive mal y que Barro se ve reducido a la miseria? Estos ejemplos nos enseñan a no disipar nuestro patrimonio;[317]

publicando y acusando mis imperfecciones alguien aprenderá a temerlas. Las prendas que más estimo en mí alcanzan mayor honor recriminándome que recomendándome; por eso recaigo en ellas y me detengo más frecuentemente. Y en conjunto nunca hablo de mí mismo sin recriminarme: las propias condenaciones son siempre acrecentadas, y las alabanzas descreídas. Puede haber algún hombre de mi complexión: mi naturaleza es tal que mejor me instruyo por oposición que por semejanza, y por huida que por continuación. A este género de disciplina se refería el viejo Catón cuando decía que «los cuerdos tienen más que aprender de los locos, que no los locos de los cuerdos»; y aquel antiguo tañedor de lira, que, según Pausanias, tenía por costumbre obligar a sus discípulos a oír a un mal tocador, que vivía frente a su casa, para que aprendieran a odiar sus desafinaciones y falsas medidas: el horror de la crueldad me lanza más

adentro de la clemencia que ningún patrón de esta virtud; no endereza tanto mi continente a caballo un buen jinete como un procurador o un veneciano, caballeros. Un lenguaje torcido corrige mejor el mío que no el derecho. A diario el torpe continente de un tercero me advierte y aconseja mejor que aquel que place; lo que contraría toca y despierta más que lo que gusta. Este tiempo en que vivimos es adecuado para enmendarnos a reculones, por inconveniencia mejor que por conveniencia; mejor por diferencia que por acuerdo. Estando poco adoctrinado por los buenos ejemplos, me sirvo de los malos, de los cuales la lección es frecuente y ordinaria. Me he esforzado por convertirme en una persona agradable, cuantas más cosas reprobables he visto; en una persona firme, cuanto más inconstantes eran los que me rodeaban; en tan dulce, como rudos eran los que trataba; en tan bueno, como malos contemplaba: mas con ello me proponía una tarea inacabable.

El más fructífero y natural ejercicio de nuestro espíritu es a mi modo de ver la conversación: encuentro su práctica más dulce que ninguna otra acción de nuestra vida, por lo cual si yo ahora me viera en la disyuntiva de elegir, preferiría perder la vista que el oído o el habla. Los atenienses, y aun los romanos, tenían en gran honor este ejercicio en sus academias. En nuestra época los italianos conservan algunos vestigios, y con visible provecho, como puede verse comparando nuestros entendimientos con los suyos. El estudio de los libros es un movimiento lánguido y débil, que apenas vigoriza: la conversación enseña y ejercita al mismo tiempo. Si yo converso con un alma fuerte, con un probado luchador, este me oprime los ijares, me excita a derecha e izquierda; sus ideas hacen surgir las mías: el celo, la gloria, el calor vehemente de la disputa, me empujan y realzan por encima de mí mismo; la conformidad es cualidad completamente monótona en la conversación. Mas de la misma manera que nuestro espíritu se fortifica con la comunicación de los que son vigorosos y ordenados, es imposible el calcular cuánto pierde y se abastarda con el continuo comercio y frecuentación que practicamos con los espíritus bajos y enfermizos. No hay contagio que se propague tanto como este: por experiencia sobrada sé lo que vale la vara. Gusto yo de argumentar y discurrir, pero con pocos hombres y para mi particular usanza, pues ser gracioso ante los grandes, y

mostrar en competencia el ingenio y la charla, reconozco que es un oficio que sienta mal a un hombre de honor.

Es la torpeza una cualidad detestable, pero el no poder soportarla, el despecharse y consumirse ante ella, como a mí me ocurre, constituye otra clase de enfermedad que en nada cede en inconveniencia a aquella. Este vicio quiero ahora acusarlo en mí. Yo entro en la conversación y en la discusión con libertad y facilidad grandes, tanto más cuanto que mi manera de ser encuentra en mí el terreno mal apropiado para penetrar y ahondar en los arranques: ninguna proposición me pasma, ni ninguna creencia me hiere, por contrarias que sean a las mías. No hay fantasía, por extravagante y frívola que sea, que deje de parecerme natural, emanando del espíritu humano. Los pirronianos, que privamos a nuestro espíritu del derecho de emitir decretos, consideramos blandamente la diversidad de opiniones, y si a ellas no prestamos nuestro juicio, no tenemos inconveniente en cederles nuestro oído. Allí donde uno de los platillos de la balanza está completamente vacío, dejo yo oscilar el otro hasta con las soñaciones de una vieja visionaria; y me parece excusable si acepto más bien el número impar, y antepongo el jueves al viernes; si prefiero la docena o el número catorce al trece en la mesa; y de mejor gana una liebre costeando que atravesando un camino, cuando viajo, y el dar de preferencia el pie derecho que el izquierdo cuando me calzo. Todas estas quimeras que gozan de crédito en torno a nosotros merecen al menos ser oídas. De mí arrastran solo la inanidad, pero al fin algo arrastran. Las opiniones vulgares y casuales son cosa distinta de la nada en la naturaleza, y quien así no las considera cae acaso en el vicio de la testarudez por evitar el de la superstición.

Así pues, las contradicciones en el juzgar ni me ofenden ni me alteran; me despiertan solo y ejercitan. Huimos de la contradicción, en vez de acogerla y mostrarnos con ella de buen grado, principalmente cuando viene del conversar y no del imponer. En las oposiciones a nuestras miras no consideramos si aquellas son justas, sino que a tuertas o a derechas buscamos la manera de refutarlas: en lugar de tender los brazos afilamos las uñas. Yo soportaría el ser duramente contradicho por mis amigos; el oír, por ejemplo: «Eres un tonto; estás soñando». Gusto, entre los hombres bien

educados, de que cada cual se exprese valientemente, de que las palabras vayan donde va el pensamiento: nos precisa fortificar el oído y endurecerlo contra esa blandura que se inclina ante el ceremonioso son de las palabras. Me complacen la sociedad y familiaridad viriles y robustas, una amistad que se alaba del vigor y rudeza de su comercio, como el amor de las mordeduras y sangrientos arañazos. No es ya suficientemente vigorosa y generosa cuando la querella está ausente, cuando dominan la civilidad y la exquisitez, cuando se teme el choque, y sus maneras no son espontáneas: «Porque no hay discusión sin contradicción».[318] Cuando se me contraría, mi atención despierta, no mi cólera; yo me adelanto hacia quien me contradice, siempre y cuando me instruya. La causa de la verdad debiera ser común a uno y otro contrincante. ¿Qué contestará el objetado? La pasión de la cólera oscureció ya su juicio: el desorden se apoderó de él antes que la razón. Sería conveniente que se hicieran apuestas sobre el triunfo en nuestras disputas; que hubiera una marca material de nuestras pérdidas, a fin de que las recordáramos, y de que por ejemplo mi criado pudiera decirme: «El año pasado os costó cien escudos en veinte ocasiones distintas el haber sido ignorante y porfiado». Yo festejo y acaricio la verdad cualquiera que sea la mano en que la divise. Y en tanto que con arrogante tono conmigo no se procede, o de modo imperioso y magistral, me regocija ser reprendido y me acomodo a los que me acusan, más bien por motivos de cortesía que de enmienda, y me gusta gratificar y alimentar la libertad de las advertencias con la facilidad de ceder, aun a mis propias expensas.

Difícil es, sin embargo, atraer a esta costumbre a los hombres de mi tiempo, quienes no tienen el valor de corregir, porque carecen de fuerzas suficientes para sufrir el ser ellos corregidos a su vez; y hablan además con disimulo en presencia los unos de los otros. Experimento yo placer tan intenso al ser juzgado y conocido, que llega a parecerme como indiferente la manera como lo sea. Mi fantasía se contradice a sí misma con tanta frecuencia, que me es igual que cualquier otro la corrija, principalmente porque no doy a su reprensión sino la autoridad que quiero: pero me incomodo con quien se mantiene tan poco transigente, como alguno que conozco, que lamenta su advertencia cuando no es creído, y toma a injuria el no ser obedecido. Lo de que Sócrates acogiera siempre sonriendo las

contradicciones que se presentaban a sus propios razonamientos puede decirse que de su propia fuerza dependía, pues habiendo de caer la ventaja de su lado las aceptaba como materia de nueva victoria. Mas nosotros vemos, por el contrario, que nada hay que trueque en suspicaz nuestro sentimiento como la idea de preeminencia y el desdén del adversario. La razón nos dice que más bien al débil corresponde el aceptar de buena gana las oposiciones que le enderezan y mejoran. De mejor grado busco yo la frecuentación de los que me amonestan que la de los que me temen. Es un placer insípido y perjudicial el tener que habérnoslas con gentes que nos admiran. Antístenes ordenó a sus hijos «que no agradecieran nunca las alabanzas de ningún hombre». Yo me siento mucho más orgulloso de la victoria que sobre mí mismo alcanzo cuando en el ardor del combate me inclino bajo la fuerza del raciocinio de mi adversario, que de la victoria ganada sobre él por su flojedad. En fin, yo recibo y apruebo toda clase de toques cuando vienen derechos, por débiles que sean, pero no puedo soportar los que se suministran a expensas de la buena crianza. Poco me importa la materia sobre la que se discute, y todas las opiniones las admito: la idea victoriosa también me es casi indiferente. Durante todo un día cuestionaré yo sosegadamente si la dirección del debate se mantiene ordenada. No es tanto la sutileza ni la fuerza lo que solicito como el orden; el orden que se ve todos los días en los altercados de los gañanes y de los mancebos de comercio, y jamás entre nosotros. Si se apartan del camino derecho, es por falta de modales, achaque en que nosotros no incurrimos, mas el tumulto y la impaciencia no les desvían de su tema, el cual sigue su curso. Si se previenen unos a otros, si no se esperan, se entienden al menos. Para mí se contesta siempre bien si se responde a lo que digo; mas cuando la disputa se trastorna y alborota, abandono las cosas y me sujeto solo a la forma con indiscreción y con despecho, lanzándome en una manera de debatir testaruda, maliciosa e imperiosa, de la cual luego me avergüenzo. Es imposible tratar de buena fe con un tonto; no es solamente mi discernimiento lo que se corrompe en la mano de un dueño tan impetuoso, también mi conciencia le acompaña.

Nuestros altercados debieran prohibirse y castigarse como cualesquiera otros crímenes verbales: ¿qué vicio no despiertan y no amontonan,

constantemente regidos y gobernados por la cólera? Entramos en enemistad primeramente contra las razones y luego contra los hombres. No aprendemos a disputar sino para contradecir, y cada cual contradiciéndose y al verse contradicho, acontece que el fruto del cuestionar no es otro que la pérdida y aniquilamiento de la verdad. Así Platón en su *República* prohíbe este ejercicio a los espíritus ineptos y mal nacidos. ¿A qué viene colocaros en camino de buscar lo que es con quien no adopta paso ni continente adecuados para ello? No se infiere daño alguno a la materia que se discute cuando se la abandona para ver el medio como ha de tratarse, y no digo de una manera escolástica y con ayuda del arte, sino con los medios naturales que procura un entendimiento sano. ¿Cuál será el fin a que se llegue, yendo el uno hacia el oriente y hacia el occidente el otro? Pierden así la perspectiva principal y la ponen de lado con el barullo de los incidentes: al cabo de una hora de tormenta, no saben lo que buscan; el uno está bajo, el otro alto y el otro de lado. Quién choca con una palabra o con un símil; quién no se hace cargo de las razones que se le oponen, tan impelido se ve por la carrera que tomó, y piensa en continuarla, no en seguiros a vosotros; otros, reconociéndose flojos de ijares, lo temen todo, todo lo rechazan, mezclan desde los comienzos y lo confunden todo, o bien en lo más recio del debate se incomodan y se callan por ignorancia despechada, afectando un menosprecio orgulloso, o una torpe modestia: siempre que su actitud produzca efecto, nada le importa lo demás; otros cuentan sus palabras y las pesan como razones; hay quien no se sirve sino de la resistencia ventajosa de su voz y sus pulmones, otro concluye contra los principios que sentara; quién os ensordece con digresiones e inútiles prolegómenos; quién se arma de puras injurias, buscando una querella propia de un alemán para librarse de la conversación y compañía de un espíritu que asedia el suyo. Este último nada ve en la razón, pero os pone cerco, ayudado por la cerrazón dialéctica de sus cláusulas y con el apoyo de las fórmulas de su arte.

Ahora bien, ¿quién no desconfía de las ciencias, y quién no duda si de ellas puede sacarse algún fruto sólido para las necesidades de la vida, considerando el empleo que hacemos del saber? «De esas letras que ningún mal curan.»[319] ¿Quién alcanzó entendimiento con la lógica? ¿Dónde van a parar tantas hermosas promesas? «No enseña ni a vivir mejor ni a razonar

ventajosamente.»[320] ¿Acaso se ve mayor baturrillo en la charla de las sardineras que en las disputas públicas de los hombres que las ciencias profesan? Mejor preferiría que mi hijo aprendiera a hablar en las tabernas que en las escuelas de la charlatanería. Procuraos un pedagogo y conversad con él; ¿cuánto no os hace sentir su excelencia artificial, y cuánto no encanta a las mujeres y a los ignorantes, como nosotros somos, por virtud de la admiración y firmeza de sus razones, y de la hermosura y el orden? ¿Hasta qué punto no nos persuade y domina como le viene en gana? Un hombre que de tantas ventajas disfruta con las ideas y en el modo de manejarlas, ¿por qué mezcla con su esgrima las injurias, la indiscreción y la rabia? Que se despoje de su caperuza, de sus vestiduras y de su latín; que no atormente nuestros oídos con Aristóteles puro y crudo, y le tomaréis por uno de entre nosotros, o peor aún. Juzgo yo de esta complicación y entrelazamiento del lenguaje que para asediarnos emplean, como de los jugadores de cartas. Su flexibilidad fuerza y combate nuestros sentidos, pero no conmueve en lo más mínimo nuestras opiniones: aparte del escamoteo, nada ejecutan que no sea común y vil: por ser más sabihondos no son menos ineptos. Venero y honro el saber tanto como los que lo poseen, el cual, empleado en su recto y verdadero uso, es la más noble y poderosa adquisición de los hombres. Mas en los individuos de los que hablo (y los hay en número infinito de categorías), que establecen su fundamental suficiencia y saber, que recurren a su memoria, en lugar de apelar a su entendimiento, «envolviéndose en la sombra ajena»,[321] y que de nada son capaces sin los libros, lo detesto (si así me atrevo a decirlo) más que la torpeza escueta. En mi país y en mi tiempo la doctrina mejora bastante las faltriqueras, de ninguna manera las almas: si aquellas las encuentra embotadas, las empeora y las ahoga como masa cruda e indigesta; si agudas, el saber fácilmente las purifica, clarifica y sutiliza hasta la vaporización. Cosa es la doctrina de cualidad sobre poco más o menos indiferente; utilísimo accesorio para un alma bien nacida; perniciosa y dañina para las demás, o más bien objeto de uso preciosísimo, que no se deja poseer a vil precio: en unas manos es un cetro, y en otras un muñeco.

Mas prosigamos. ¿Qué victoria mayor pretendéis alcanzar sobre vuestro adversario que la de mostrarle la imposibilidad de combatiros? Cuando

ganáis la ventaja de vuestra proposición, es la verdad la que sale ventajosa; cuando os procuráis la supremacía que otorgan el orden y la dirección acertados de los argumentos, sois vosotros los que salís ganando. Entiendo yo que en Platón y en Jenofonte Sócrates discute más bien en beneficio de los litigantes que en favor de la disputa, y con el fin de instruir a Eutidemo y a Protágoras en el conocimiento de su impertinencia mutua, más bien que en el de la impertinencia de su arte: se apodera de la primera materia como quien alberga un fin más útil que el de esclarecerla; los espíritus es lo que se propone manejar y ejercitar. La agitación y el perseguimiento pertenecen a nuestra peculiar cosecha: en modo alguno somos excusables de guiarlos mal e impertinentemente; el tocar a la meta es cosa distinta, pues vinimos al mundo para investigar diligentemente la verdad: a una mayor potencia que la nuestra pertenece esta. No está la verdad, como Demócrito decía, escondida en el fondo de los abismos sino más bien elevada en altitud infinita, en el conocimiento divino. El mundo no es más que la escuela del inquirir; no se trata de meterse dentro, sino de hacer las carreras más lucidas. Lo mismo puede hacer el tonto quien dice la verdad que quien miente, pues se trata de la manera, no de la materia del decir. Mi tendencia es considerar igualmente la forma que la sustancia, lo mismo al abogado que a la causa, como Alcibíades ordenaba que se hiciera, y todos los días me distraigo en leer diversos autores sin percatarme de su ciencia, buscando en ellos exclusivamente su manera, no el asunto de que tratan, del mismo modo que persigo la comunicación de algún espíritu famoso, no con el fin de que me adoctrine, sino para conocerlo, y una vez conocido imitarlo si vale la pena. Al alcance de todos está el decir la verdad, mas el enunciarla ordenada, prudente y suficientemente pocos pueden hacerlo; así que no me contraría el error cuando deriva de la ignorancia; lo que me subleva es la necedad. Rompí varios comercios que me eran provechosos a causa de la impertinencia del cuestionar con quienes los mantenía. Ni siquiera me molestan una vez al año las culpas de quienes están bajo mi férula, mas en cuanto a la torpeza y testarudez de sus alegaciones, excusas y defensas asnales y brutales, andamos todos los días tirándonos los trastos a la cabeza: ni penetran lo que se dice, ni el porqué, y responden por idéntico tenor; ocasionan motivos bastantes para desesperar a un santo. Mi cabeza no

choca rudamente sino con el encuentro de otra; mejor transijo con los vicios de mis gentes que con sus temeridades, importunidades y torpezas: que hagan menos, siempre y cuando que de hacer sean capaces; vivís con la esperanza de alentar su voluntad, pero de un cepo no hay nada que esperar ni que disfrutar que valga la pena.

Ahora bien, ¿qué decir si yo tomo las cosas diferentemente de lo que son en realidad? Muy bien puede suceder, y por eso acuso mi impaciencia, considerándola igualmente viciosa en quien tiene razón como en quien no la tiene, pues nunca deja de constituir una acritud tiránica el no poder resistir un pensar diverso al propio. Además, en verdad sea dicho, no hay simpleza más grande ni más constante tampoco ni más estrambótica que la de conmoverse e irritarse por las insulseces del mundo, pues nos formaliza principalmente contra nosotros. Y a aquel filósofo del tiempo pasado[322] nunca mientras se consideró estuvo falto de motivos de lágrimas. Misón, uno de los siete sabios, cuyos humores eran timonianos y democricianos, interrogado sobre la causa de sus risas cuando se hallaba solo, respondió: «Río por lo mismo, por deshacerme en carcajadas sin tener ninguna compañía». ¿Cuántas tonterías no digo yo y respondo a diario, según mi dictamen y naturalmente, por consiguiente, mucho más frecuentes al entender de los demás? ¿Qué no harán los otros si yo me muerdo los labios? En conclusión, es necesario vivir entre los vivos y dejar el agua que corra bajo el puente sin nuestro cuidado, o por lo menos con tranquilidad cabal de nuestra parte. Y si no, ¿por qué tropezamos sin inmutarnos con alguien cuyo cuerpo es torcido y contrahecho y no podemos soportar la presencia de un espíritu desordenado sin montar en cólera? Esta dureza viciosa deriva más bien de la apreciación que del defecto. Tengamos constantemente en los labios aquellas palabras de Platón: «Lo que yo juzgo malsano ¿no será por encontrarme yo en ese estado? Yo mismo, ¿no incurro también en culpa? Mi advertimiento, ¿no puede volverse contra mí?». Sentencias sabias y divinas que azotan al más universal y común error de los hombres. No ya solo las censuras que nos propinamos los unos a los otros, sino nuestras razones también, nuestros argumentos y materias de controversia pueden ordinariamente volverse contra nosotros: elaboramos hierro con nuestras

armas, de lo cual la antigüedad me dejó hartos graves ejemplos. Ingeniosamente se expresó, y de manera adecuada, aquel que dijo:

> Cada cual gusta el olor de su estercolero.[323]

Nada tras ellos ven nuestros ojos: cien veces al día nos burlamos de nosotros al burlarnos de nuestro vecino; y detestamos en nuestro prójimo los defectos que residen en nosotros más palmariamente, y de ellos nos pasmamos con inadvertencia y cinismo maravillosos. Ayer, sin ir más lejos, tuve ocasión de ver a un hombre sensato, persona grata, que se burlaba tan ingeniosa como justamente de las torpes maneras de otro, quien a todo el mundo rompe la cabeza con el metódico registro de sus genealogías y uniones, más de la mitad imaginarias (aquellos se lanzan de mejor grado en estas disquisiciones cuyos títulos son más dudosos y menos seguros), y sin embargo, él, de haber parado mientes en sí mismo, se hubiera reconocido no menos intemperante y fastidioso en el sembrar y hacer valer la prerrogativa de la estirpe de su esposa. ¡Importuna presunción, de la cual la mujer se ve armada por las manos de su propio marido! Si supiera este latín, podría decirle con el poeta:

> ¡Ánimo! Si no está bastante loca, irrita más su locura.[324]

No se me alcanza que nadie acuse no hallándose limpio de toda mancha, pues nadie censuraría, ni siquiera estando como un crisol, en la misma clase de mancha; mas entiendo yo que nuestro juicio, al arremeter contra otro del cual se trata por el momento, deja de librarnos de una severa jurisdicción interna. Oficio propio de la caridad es que quien no puede arrancar un vicio de sí mismo procure, no obstante, apartarlo en otro donde la semilla sea menos maligna y rebelde. Tampoco me parece adecuada respuesta a quien no advierte mi culpa decirle que en él reside igualmente. Nada tiene que ver eso, pues siempre el advertimiento es verdadero y útil. Si tuviéramos buen olfato, nuestra basura debiera apestarnos más, por lo mismo que es nuestra; y Sócrates es del parecer que aquel que se reconociera culpable, y a su hijo, y a un extraño, de alguna violencia e injuria, debería comenzar por sí mismo a presentarse a la condenación de la justicia e implorar para purgarse el socorro de la mano del verdugo; en segundo lugar a su hijo, y por último

al extraño: si este precepto es de un tono elevado en exceso, al menos quien se reconozca culpable debe presentarse el primero al castigo de su propia conciencia.

Los sentidos son nuestros peculiares y primeros jueces, los cuales no advierten las cosas sino por los accidentes externos, y no es maravilla si en todos los componentes que constituyen nuestra sociedad se ve una tan perpetua y general promiscuidad de ceremonias y superficiales apariencias, de tal manera que la parte mejor y más efectiva de los policías consiste en eso. Constantemente nos las hemos con el hombre, cuya condición es maravillosamente corporal. Que los que quisieron edificar para nuestro uso en los pasados años un ejercicio de religión tan contemplativo e inmaterial no se pasmen porque se encuentre alguien que crea que se escapó y deshizo entre los dedos, si es que ya no se mantuvo entre nosotros como marca, título e instrumento de división y de partido más que por ella misma. Del mismo modo acontece en la conversación: la gravedad, el vestido y la fortuna de quien habla, frecuentemente procuran crédito a palabras vanas y estúpidas; no es de presumir que una persona cuyos pareceres son tan compartidos, tan temida, deje de albergar en sus adentros alguna capacidad distinta de la ordinaria; ni que un hombre a quien se encomiendan tantos cargos y comisiones, tan desdeñoso y ceñudo, no sea más hábil que aquel otro que le saluda de tan lejos y cuyos servicios nadie quiere. No ya solo las palabras, también los gestos de estas gentes se toman en consideración, se pesan y se miden: cada cual se esfuerza en darles alguna hermosa y sólida interpretación. Cuando al hablar llano descienden y no se les muestra otra cosa que aprobación y reverencia, os aturden con la autoridad de su experiencia: oyeron, vieron, hicieron, os consumen con sus ejemplos. De buena gana les diría que el provecho de la experiencia de un cirujano no reside en la historia de sus operaciones, recordando que curó a cuatro apestados y tres enfermos de gota, si no sabe de ellas sacar partido para formar su juicio, y si no acierta a hacernos sentir que su vista es más certera en el ejercicio de su arte; como en un concierto instrumental no se oye un laúd, un clavicordio y una flauta, sino una armonía general, reunión y fruto de todos los instrumentos musicales. Si los viajes y los cargos los enmendaron, no dejen de mostrarlo con las producciones de su

entendimiento. No basta contar las experiencias, es preciso además pesarlas y acomodarlas; hay que haberlas digerido y alambicado para sacar de ellas las razones y conclusiones que encierran. Jamás hubo tantos historiadores; siempre es bueno y útil oírlos, pues nos proveen a manos llenas de hermosas y laudables instrucciones sacadas del almacén de su memoria, que es a la verdad un instrumento necesario para el socorro de la vida; pero no se trata de esto ahora, se trata de saber si esos recitadores y recogedores son dignos de alabanza por sí mismos.

Yo detesto toda clase de tiranía, lo mismo la verbal que la efectiva; me sublevo fácilmente contra esas vanas circunstancias que engañan nuestro juicio por la mediación de los sentidos, y, manteniéndome ojo avizor en lo tocante a grandezas extraordinarias, encontré que estas se componen en su mayor parte de hombres como todos los demás:

> En efecto, el sentido común es raro en tan alto grado.[325]

Acaso se los considera y advierte más pequeños de lo que realmente son, por cuanto ellos emprenden más y se ponen más en evidencia: no responden a la carga que sobre sus hombros echaron. Es necesario que haya resistencia y poder mayores en el llevar que en el echarse a cuestas; quien no llenó por completo su fuerza os deja adivinar si le queda todavía resistencia pasado ese límite, y si fue probado hasta el último término. Quien sucumbe ante la carga descubre su medida y la debilidad de sus hombros; por eso se ven tantas torpes almas entre los hombres de estudio, más que entre los otros hombres; de aquellos se hubieran alcanzado varones excelentes, como padres de familia, buenos comerciantes, cumplidos artesanos: su vigor natural no medía mayor número de codos. La ciencia es cosa que pesa enormemente: ellos se doblegan bajo su peso. Para ostentar y distribuir esta materia rica y poderosa, para emplearla y ayudarse, su espíritu carece de vigor y pericia; solo dispone de poderío sobre una naturaleza robusta. Ahora bien, las de esta índole son bien raras, y las débiles, dice Sócrates, corrompen la dignidad de la filosofía al traerla entre manos; semeja esta inútil y viciosa cuando está mal guardada. Así los hombres se estropean y a sí mismos se enloquecen:

> Tal ese mono remedador del hombre a quien un niño cubre riendo con vistosa tela de seda: pero le deja el trasero al descubierto regocijando así a los invitados.[326]

Análogamente, a aquellos que nos rigen y gobiernan, los que tienen el mundo es sus manos, no les basta poseer un entendimiento ordinario, ni poder lo que nosotros podemos; están muy por debajo de nuestro nivel cuando no se encuentran muy por encima: de la misma manera que más prometen, deben también cumplir más.

Por eso les sirve el silencio, no ya solo como continente de respeto y gravedad, sino también como instrumento de provecho y buen gobierno, pues Megabizo, como visitara a Apeles en su obrador, permaneció largo tiempo sin decir palabra, y luego comenzó a discurrir sobre lo que veía, cuyos discursos le valieron esta dura reprimenda: «Mientras te callaste, parecías algo grande a causa de las cadenas que te adornan y de tu pomposa figura; pero ahora que se te ha oído hablar, te menosprecian hasta mis criados». Esos adornos magníficos, la resplandeciente profesión que desempeñaba, no le consentían permanecer ignorante como el vulgo y le empujaron a hablar impertinentemente de lo que no entendía: debió mantener muda esa externa y presuntuosa capacidad. ¡A cuántas almas torpes, en mi tiempo, prestó servicios relevantísimos el adoptar un semblante estirado y taciturno, sirviéndoles como título de prudencia y capacidad!

Las dignidades y los cargos se otorgan necesariamente más por fortuna que por mérito; y muchas veces se incurre en grave error al culpar de ello a los monarcas: por el contrario, maravilla que la fortuna los acompañe casi siempre desplegando para ello tan poco acierto:

> La mayor virtud de un príncipe es el perfecto conocimiento de sus súbditos:[327]

pues la naturaleza no los favoreció con una mirada tan vasta que pudieran extenderla a tantos pueblos como rigen, para discernir la principalidad de ellos, y penetrar luego nuestros pechos, donde se albergan nuestra voluntad y el valor más precioso. Preciso es, por consiguiente, que nos escojan por conjeturas y a tientas, movidos por la familia a que pertenecemos, por nuestras riquezas, por nuestras doctrinas y por la voz del pueblo, que son argumentos debilísimos. Quien pudiera encontrar el modo de que

justamente se nos conociera y de elegir los hombres por razones fundamentales, establecería de golpe y porrazo una perfecta forma de gobierno.

«Dígase lo que se quiera, acertó a resolver este importante negocio.» Algo es algo, sin duda, pero eso no es bastante, pues esta sentencia es justamente recibida: «Que no hay que juzgar de los dictámenes en presencia de los acontecimientos que resultan». Castigaban los cartagineses torcidos pareceres de sus capitanes aun cuando fueran enmendados por un desenlace dichoso; y el pueblo romano rechazó muchas veces el triunfo a victorias provechosas y grandes, porque la dirección del jefe no anduvo a la par con su buena estrella. Ordinariamente se advierte en las acciones mundanas que la fortuna para mostrarnos su poderío sobre todas las cosas y cómo se gozó en echar por tierra nuestra presunción, no habiendo podido trocar a los necios en avisados, los convierte en dichosos, en oposición con todo sano principio, favoreciendo las ejecuciones cuya trama es puramente suya. Por donde vemos a diario que los más sencillos de entre nosotros consiguen dar cima a empresas magnas privadas y públicas; y como el persa Siramnes respondió a los que se admiraban de que sus negocios anduvieran tan perversamente, en vista de que sus propósitos estaban impregnados de prudencia: «Que él tan solo era dueño de sus iniciativas, mientras que del éxito de sus negocios lo era la fortuna»; las gentes de que hablo pueden responder por idéntico tenor, aunque por razones contrarias. La mayor parte de las cosas de este mundo se hacen por sí mismas;

> Los destinos se abren camino;[328]

el desenlace a veces denuncia una conducta estúpida: nuestra intermisión apenas sobrepasa la rutina, y comúnmente obedece más a la consideración del uso y al ejemplo que a la razón. Maravillado por la grandeza de una hazaña, supe antaño por los mismos que la realizaron los motivos del acierto. En ellos no encontré sino ideas vulgares; y las más ordinarias y usuales son también acaso las más seguras y las más cómodas en la práctica, si no son las que al exterior aparecen. ¿Qué decir, si las más ínfimas razones son las mejor asentadas, y si las más bajas y las más flojas y las más asendereadas son las que mejor se adaptan a la solución de los

negocios? Para conservar su autoridad en los consejos de los reyes hay que evitar que participen en ellos los profanos y que no vean más allá de la primera barrera: debe reverenciarse, merced al ajeno crédito y en conjunto, quien pretende seguir alimentando su reputación. La consulta mía, personal, bosqueja algún tanto la materia, considerándola ligeramente por sus primeros aspectos: el fuerte y principal fin de la tarea acostumbra a resignarlo al cielo:

> Encomienda lo demás a los dioses.[329]

La dicha y la desdicha son, a mi entender, dos potencias soberanas. Es imprudente considerar que la previsión humana pueda desempeñar el papel de la fortuna, y vana es la empresa de quien presume abarcar las causas y consecuencias, y conducir por la mano el desarrollo de su obra: vana sobre todo en las deliberaciones de la guerra. Jamás hubo mayor circunspección y prudencia militar de las que se ven a veces entre nosotros; ¿será la causa que se tema extraviarse en el camino, reservándose para la catástrofe de ese juego? Diré más: nuestra prudencia misma y nuestra consulta siguen casi siempre la dirección de lo imprevisto: mi voluntad y mi discurso se remueven ya de un lado ya de otro, y hay muchos de estos movimientos que se gobiernan sin mi ayuda; mi razón experimenta impulsos y agitaciones diarias y casuales:

> La disposición del alma cambia constantemente; cuando una pasión la agita, la mutación del viento hará que otra la arrastre.[330]

Se puede considerar quiénes son los más pudientes en las ciudades, y quiénes los que mejor cumplen con su misión; se verá ordinariamente que son los menos hábiles. Sucedió a las mujerzuelas, a las criaturas y a los tontos el mandar grandes Estados al igual de los príncipes más capaces; y acierta mejor (dice Tucídides) la gente ordinaria que la sutil. Los efectos del buen sino los achacamos a la prudencia;

> Si os eleváis por el favor de la fortuna, todos alabarán vuestra habilidad:[331]

de donde hablo cuerdamente al decir que en todas las cosas los acontecimientos son testimonios flacos de nuestro valor y capacidad.

Decía, pues, que no basta ver a un hombre en un lugar relevante: aun cuando tres días antes le hayamos conocido como sujeto de poca monta, por nuestras apreciaciones se desliza luego una imagen de grandeza y consumada habilidad; y nos persuadimos de que al medrar en posición y en crédito, por hombre de mérito se le tiene. Juzgamos de él no conforme a su valor, sino a la manera como consideramos las fichas, según la prerrogativa de su rango. Mas que la fortuna cambie, que caiga y vaya a mezclarse con las masas, y entonces todos se preguntan, pasmados, por la causa que le había izado a semejante altura. «¿Es el mismo? —se dice—. ¿No era antes más aventajado? ¿Los príncipes se conforman con tan poco? ¡A la verdad, estábamos en buenas manos!» Cosas son estas que yo he visto en mi tiempo con frecuencia. Hasta los personajes notables de las comedias nos impresionan de algún modo, y nos engañan. Aquello que yo mismo adoro en los monarcas es la multitud de sus adoradores: toda inclinación y sumisión les es debida, salvo la del entendimiento; mi razón no está hecha para doblegarse, son mis rodillas las que se humillan. Solicitado el parecer de Melancio sobre la tragedia de Dionisio, contestó: «No la he visto, tan alborotado es su lenguaje». De la misma manera, casi todos los que juzgan las conversaciones de los grandes debieran decir: «Yo no he oído lo que dijo, tan impregnado estaba de gravedad, de grandeza y majestad». Antístenes persuadió a los atenienses para que ordenaran que sus borricos fueran empleados, lo mismo que sus caballos, en el trabajo de la tierra, a lo cual se le repuso que esos animales no habían nacido para tal servicio: «Es lo mismo —replicó el filósofo—; la cosa no ha menester sino de vuestra ordenanza, pues los hombres más incapaces a quienes encomendáis la dirección de vuestras guerras no dejan de trocarse al punto en dignísimos porque en ello los empleáis»; a lo cual mira la costumbre de tantos pueblos que canonizan al de entre ellos elegido, y no se contentan con honrarle, sino que además le adoran. Los de México, luego de terminadas las ceremonias de la proclamación, no se atreven ya a mirar a la cara de su soberano, cual si le hubieran deificado por su realeza; entre los juramentos que le hacen proferir, a fin de que mantenga la religión, leyes y libertades, y de que sea valiente, justo y bondadoso, jura también que hará al sol seguir su curso con su claridad acostumbrada, que las nubes se descargarán en tiempo oportuno,

que los ríos seguirán su curso y que la tierra producirá todas las cosas necesarias a su pueblo.

Yo soy por naturaleza opuesto a esta manera común de ser; y más desconfío de la capacidad cuando la veo acompañada de grandeza, de fortuna y recomendación popular: es preciso que consideremos de cuánta ventaja sea el hablar a su hora, el escoger el verdadero punto de vista, el interrumpir la conversación o cambiarla con autoridad magistral, el defenderse contra la oposición ajena con un movimiento de cabeza, con una sonrisa, con el silencio, ante un concurso que se estremece de puro respeto y reverencia. Un hombre de monstruosa fortuna que interponía su parecer en una conversación ligera llevada al desgaire en su mesa, comenzaba de este modo sus reparos: «Quien en contrario se exprese no puede ser más que un embustero o un ignorante…». Seguid tan puntiaguda filosofía con un puñal en la mano.

He aquí otra advertencia de la que obtengo yo gran provecho: en las disputas y conversaciones todas las palabras que nos parecen buenas no deben ser aceptadas al instante. La mayor parte de los hombres son ricos en capacidad extraña, puede muy bien acontecer a tal individuo proferir un rasgo feliz, una buena respuesta o una recta sentencia, y llevarlas adelante desconociendo su fuerza. Que no se es poseedor de todo lo que prestado se recibe podré quizá comprobarlo con mis propios recursos. No hay que ceder al punto por verdad o belleza que la proposición encierre; hay que combatirla de intento o echarse atrás, so pretexto de no entenderla, para tantear por todas partes de qué suerte habita en el que la emite; y aun así y todo, puede ocurrir que nos aferremos, ayudando al adversario más allá de sus alcances, y que le demos luz. Antaño empleé yo la réplica movido por la necesidad y aprieto del combate, que fueron más allá de mi intención y de mi esperanza: las suministraba en número y las acogía en ponderación. Del mismo modo que cuando yo debato contra un hombre vigoroso me complazco en anticipar sus conclusiones y le allano la tarea de interpretarse, procurando prevenir su imaginación, naciente e imperfecta aún (el orden y la pertinencia de su entendimiento me advierten y amenazan de lejos), con aquellos otros, inconscientes, hago todo lo contrario: nada hay que entender sino lo que materialmente nos dicen, ni nada hay que presuponer. Si juzgan

en términos generales, diciendo: «Esto es bueno; aquello no lo es», porque los encuentran a mano, ved si es la casualidad la que los encontró en vez de ellos: que circunscriban y restrinjan un poco su sentencia explicando el porqué o el cómo. Esos juicios universales, que tan ordinariamente se emplean, nada dicen; son propios de gustos que saludan a todo un pueblo en masa y al barullo los que de él tienen conocimiento verdadero le saludan y advierten en número y especificando, mas esto es una empresa arriesgada: por donde yo he visto, con mayor frecuencia que a diario, acontecer que los espíritus débilmente constituidos, queriendo alardear de ingeniosos en el juicio que les sugiere la lectura de alguna obra, procurando señalar la belleza culminante de la misma, detienen su admiración con tan desdichado tino, que en lugar de enseñarnos la excelencia del autor nos muestran su propia ignorancia. Esta exclamación es de efecto seguro: «Eso es hermoso», habiendo oído una página entera de Virgilio. Por ahí se salvan los diestros; mas la empresa de seguirle por lo menudo y en detalle, con juicio expreso y escogido; el querer señalar en dónde un buen autor sobresale, pesando las palabras, las frases, las invenciones y sus diversos méritos, uno después de otro, ¡que si quieres! «No basta oír lo que todos dicen, hay que examinar además lo que piensa cada cual y por qué lo piensa.»**[332]** Diariamente oigo proferir a los tontos palabras que no lo son; dicen una cosa buena: sepamos hasta dónde la penetran: veamos por qué lado la agarraron. Nosotros los ayudamos a emplear esa bella expresión y esa razón hermosa, que no poseen sino que simplemente almacenan: acaso las produjeron por casualidad y a tientas: nosotros se las acreditamos y valoramos; les prestamos nuestra mano, ¿y para qué? Nada os lo agradecen, y con vuestra ayuda se truecan en más ineptos: no los secundéis; dejadlos que caminen solos; manejarán el principio que soltaron cual gentes que tienen miedo de escaldarse; no se atreven a cambiarlo de lugar, ni a presentarlo bajo distinto aspecto ni a profundizarlo: removedlo por poco que sea, y les escapa; lo abandonarán fuerte y hermoso como es: son armas hermosas, pero torpemente empuñadas. ¡Cuántas veces he visto de ello la experiencia! En conclusión, si llegáis a iluminarlos y a confirmarlos, al instante atrapan y hurtan la ventaja de vuestra interpretación: «Eso es lo que yo quise decir: he ahí cabalmente cuál era mi concepción; si yo no la expresé así, fue por

culpa de mi lengua». Soplad, y veréis lo que queda. Es necesario echar mano hasta de la malicia misma para corregir esa torpe altivez. El principio de Hegesías, según el cual «no hay que odiar ni acusar, sino instruir», es razonable en otros aspectos: aquí es injusto e inhumano el socorrer y enderezar a quien nada puede hacer con semejantes beneficios y a quien con ellos vale menos. Yo me complazco en dejarlos encenagarse y atascarse más todavía de lo que ya lo están, y tan adentro, si es posible, que al fin lleguen a reconocerse.

La torpeza y el trastorno de los sentidos no son cosas que se curan con simples advertencias; podemos en verdad decir de esta enmienda lo que Ciro respondió a quien le impulsaba para que alentase a su ejército en el comienzo de una batalla, o sea: «que los hombres no se truecan en valerosos y beligerantes instantáneamente, por los efectos de una buena arenga, como tampoco convierte a nadie en músico el oír una buena canción». Es necesario el aprendizaje previo alimentado por una educación dilatada y constante. Este cuidado lo debemos los nuestros, y lo mismo la asiduidad en la corrección e instrucción, mas ir a sermonear al primer transeúnte, o regentar la ignorancia o ineptitud del primero con quien topamos es costumbre que yo detesto. Rara vez procedo yo de ese modo, ni siquiera en las conversaciones en que tomo parte; prefiero abandonarlo todo por completo a venir a dar en esas instrucciones atrasadas y magistrales; mi humor tampoco se acomoda a hablar ni a escribir para uso de los principiantes. En las cosas que se dicen en común o entre extraños, por falsas y absurdas que yo las juzgue, jamás me pongo por medio como enderezador, ni de palabra ni con ningún signo.

Por lo demás, nada me despecha tanto en la torpeza como el verla complacerse más de lo que ninguna razón es capaz de hacerlo sensatamente. Es desdicha que la prudencia os impida satisfaceros y contentaros de vosotros mismos, y que os rechace siempre disgustado y temeroso, donde la testarudez y temeridad hinchen a sus propios huéspedes de seguridad y regocijo. Corresponde a los más necios el mirar a los demás hombres por encima del hombro retornando siempre del combate hinchados de gloria y satisfacción; y casi siempre la temeridad de lenguaje y la alegría del semblante los hace salir gananciosos para con la asistencia, que es

comúnmente débil e incapaz de bien juzgar y discernir las ventajas verdaderas. La obstinación y el ardor de la opinión son las más seguras muestras de estupidez: ¿hay nada tan resuelto, desdeñoso, contemplativo, grave y serio como el asno?

¿Por qué no mezclar en nuestras conversaciones y comunicaciones los rasgos puntiagudos y entrecortados que la alegría y la privanza introducen entre amigos, bromeando, y burlándose grata y vivamente los unos de los otros? Ejercicio al cual mi alegría natural me hace bastante apto; y si no es tan tendido y serio como el otro del que acabo de hablar, no es menos agudo ni ingenioso, ni tampoco menos provechoso, como Licurgo opinaba. Por lo que a mí toca, yo llevo a los coloquios mayor libertad que gracia, y me auxilia más bien el azar que la invención; en el soportar soy cumplido, pues resisto el desquite, no solamente rudo, sino también indiscreto, sin molestarme para nada; y a la carga que se me viene encima, si no tengo con qué reponer en el acto bruscamente, tampoco voy entreteniéndome en reponer de un modo pesado y enfadoso, rayano en la testarudez; la dejo pasar, y agachando alegremente las orejas remito el hallar a mano mi razón para una hora más propicia: no es buen comerciante quien siempre sale ganando. La mayor parte de los hombres cambian de semblante y de voz en el punto y hora en que la fuerza les falta; y a causa de la cólera importuna, en lugar de vengarse, acusan su debilidad a la vez que su impaciencia. En estos desahogos pellizcamos a veces las secretas cuerdas de nuestras imperfecciones, las cuales aun permaneciendo en calma no podemos tocar sin consecuencias, y así entreadvertimos útilmente al prójimo de nuestras imperfecciones.

Hay otros juegos de manos, rudos e indiscretos, a la francesa, que yo odio mortalmente; mi epidermis es sensible y delicada. Durante el transcurso de mis días vi enterrar a causa de ellos a dos príncipes de nuestra sangre real. Es de pésimo gusto pelearse cuando se está en medio de la diversión.

Por lo demás, cuando yo quiero juzgar a alguien le pregunto cuánto de sí mismo se contenta: hasta dónde su hablar o su espíritu le placen. Quiero evitar esas hermosas excusas que dicen: «Lo hice distrayéndome:

Esta obra, todavía imperfecta, ha sido retirada del telar.[333]

»No me costó una hora siquiera; después no volví a ocuparme de ello». Así que yo digo: dejemos todas esas fórmulas; otorgadme una que os represente por entero, por la cual os plazca ser medidos, y luego ¿cuál es lo mejor que reconocéis en vuestra obra? ¿Es esta parte o la otra? ¿La gracia, el asunto, la invención, el juicio o la ciencia? Pues ordinariamente advierto que tanto se yerra al juzgar la propia labor como al aquilatar la ajena, no solo por la pasión que en el juicio va mezclada, sino también por carencia de capacidad, conocimiento y costumbre de discernir: la obra por su propia virtud y fortuna puede secundar al obrero y llevarle más allá de su invención y conocimientos. En cuanto a mí, no juzgo del valor de otra tarea con menos precisión que de la mía, y coloco los *Ensayos*, ya bajos ya altos, de manera dudosa e inconstante. Hay algunos libros útiles en razón de las cosas de que tratan, de los cuales el autor no alcanza recomendación ninguna; y hay buenos libros, como igualmente buenas obras, de que el obrero tiene que avergonzarse. Si yo discurriera sobre la naturaleza de nuestros banquetes y de nuestros vestidos (y escribiese malamente); si publicase los edictos de mi tiempo y las cartas de los príncipes que llegan a manos del público; si hiciera compendio de un buen libro (y toda abreviación de un libro bueno es un compendio torpe) el cual se hubiere perdido, o alguna cosa semejante, la posteridad alcanzaría singular provecho de tales composiciones; pero yo ¿qué otro honor tendría sino el de mi buena fortuna? Buena parte de los libros famosos son de esta condición.

Cuando leí a Philippe de Commines hace algunos años (autor excelente en verdad), advertí esta frase, considerándola como nada vulgar: «Que precisa guardarse de prestar a su dueño un servicio tan grande el cual le imposibilite de encontrar la debida recompensa», debí encomiar la invención, no a quien la escribió, pues la encontré en Tácito hace poco: «Los beneficios son gratos mientras puedan ser remunerados, mas si sobrepasan nuestros medios de reconocimiento, nos parecen odiosos»;**[334]** y en Séneca: «Porque quien como vergonzoso considera el no devolver, quisiera que nadie hubiera a quien estar obligado»;**[335]** y Cicerón con consistencia menor: «Quien cree haber pagado vuestras obligaciones no podrá ser vuestro amigo».**[336]** El asunto, supuesta su naturaleza, puede hacer a un hombre erudito y de feliz memoria; mas para juzgar en él las

partes que mejor le pertenecen, que son a la vez las más dignas (la fuerza y la belleza de su alma), necesario es saber lo que es suyo y lo que no lo es, y en esto último cuánto se le debe en lo tocante a la elección, disposición, ornamento y lenguaje que proveyó. ¡Qué decir si tomó prestada la materia y estropeó la forma, como sucede con frecuencia! Nosotros que mantuvimos escaso comercio con los libros nos encontramos con este impedimento: cuando vemos alguna invención hermosa en un nuevo poeta, o algún argumento poderoso en un predicador, no nos atrevemos, sin embargo, a alabarlos por ello antes de que hayamos sido instruidos por algún erudito de si ambas cosas les fueron propias o extrañas; hasta saberlo, yo me mantengo siempre en guardia.

He recorrido de cabo a rabo las historias de Tácito, cosa que me acontece rara vez. Hace veinte años que apenas retengo libro en mis manos una hora seguida. No conozco autor que sepa mezclar a un «registro público» de las cosas tantas consideraciones de costumbres e inclinaciones particulares, y entiendo lo contrario de lo que él imaginaba, o sea que, habiendo de seguir especialmente las vidas de los emperadores de su tiempo, tan extremas y diversas en toda clase de formas, tantas notables acciones como principalmente la crueldad de aquellos ocasionaba en sus súbditos, tenía a su disposición un asunto más fuerte y atrayente que considerar y narrar, que si fueran batallas o revueltas lo que historiase; de tal modo que a veces le encuentro muy conciso, corriendo por encima de hermosas muertes cual si temiera cansarnos con su multiplicación constante y dilatada. Esta manera de historiar es con mucho la más útil: las agitaciones públicas dependen más del azar, las privadas de nosotros. Hay en Tácito más discernimiento que deducción histórica, y más preceptos que narraciones; mejor que un libro para leer, es un libro para estudiar y aprender. Tan lleno está de sentencias que por todas partes se encuentra henchido de ellas: es un semillero de discursos morales y políticos para ornamento y provisión de aquellos que ocupan algún rango en el manejo del mundo. Aboga siempre con razones sólidas y vigorosas, de manera sutil y puntiaguda, según el estilo afectado de su siglo. Gustaban tanto los autores inflarse por aquel tiempo, que donde hallaban las cosas desprovistas de sutileza, se la procuraban por medio de las palabras. Su manera de escribir

se asemeja no poco a la de Séneca: Tácito me parece más sustancioso; Séneca más agudo. Sus escritos son más apropiados para un pueblo revuelto y enfermo, como el nuestro al presente: frecuentemente se diría que nos pinta y que nos pellizca.

Los que dudan de su buena fe acusan de sobra su malquerencia. Sus opiniones son sanas y se coloca del lado del buen partido en los negocios romanos. Un poco me contraría, sin embargo, el que haya juzgado a Pompeyo con severidad mayor de la que envuelve el parecer de las gentes honradas que le trataron y vivieron con él: el que le estimara en todo semejante a Mario y Sila, aparte del carácter, que consideraba menos abierto. Sus intenciones no le eximieron de la ambición que le animaba en el gobierno de los negocios, ni tampoco de la venganza; y hasta sus propios amigos temieron que la victoria le hubiera arrastrado más allá de los límites de la razón, pero no hasta una medida tan desenfrenada: nada hay en su vida que nos haya amenazado de una tan expresada crueldad y tiranía. No hay que contrapesar la sospecha con la evidencia, de modo que yo no participo de esa creencia. Que las narraciones de Tácito sean ingenuas y rectas podrá quizá ponerse en tela de juicio, pues no se aplican siempre con exactitud a las conclusiones de los suyos, los cuales sigue conforme a la pendiente que tomara, a veces más allá de la materia que nos muestra, la cual no presenta bajo un solo aspecto. No tiene necesidad de excusa por haber aprobado la religión de su época, según las leyes que le mandaban, e ignorado la verdadera: esto es su desdicha, mas no su defecto.

He considerado principalmente su juicio, y en todo él no estoy muy al cabo, como tampoco comprendo estas palabras de la carta que Tiberio, viejo y enfermo, enviaba a los senadores: «¿Qué os escribiré yo, señores, o cómo os escribiré, o qué no os escribiré en este tiempo? Los dioses y las diosas me pierden peor que si yo me sintiera todos los días perecer, sin embargo yo no lo sé»; no advierto por qué las aplica con tanta certeza a un pujante remordimiento que atormentaba la conciencia del emperador; al menos cuando tenía su libro en la mano no lo percibí.

También me pareció algo cobarde que necesitando decir que había ejercido cierto honroso cargo en Roma, vaya excusándose de que no es por vana ostentación como lo dice; este rasgo se me figura de baja estofa para

un alma de su temple, pues el no atreverse a hablar en redondo de sí mismo acusa alguna falta de ánimo: un juicio rígido y altivo, que discierne sana y seguramente, usa a manos llenas de sus propios ejemplos personales como de los extraños, y testimonia francamente de sí mismo como de un tercero. Preciso es pasar por encima de estos preceptos vulgares de civilidad en beneficio de la libertad y la verdad. Yo me atrevo no solamente a hablar de mí mismo, sino a hablar de mí mismo solamente: me extravío cuando hablo de otra cosa, apartándome de mi asunto. No me estimo de manera tan indiscreta, ni estoy tan atado y mezclado a mí mismo que no pueda distinguirme y considerarme a un lado como a un vecino o como a un árbol: lo mismo se incurre en defecto no viendo hasta dónde se vale, que diciendo más de lo que se ve. Mayor amor debemos a Dios que a nosotros mismos y lo conocemos menos, a pesar de lo cual hablamos de él a nuestra voluntad.

Si los escritos de Tácito nos muestran algún tanto su condición, debemos creer que era un grave personaje, animoso y lleno de rectitud; no de una virtud supersticiosa, sino filosófica y generosa. Podrá encontrársele arriesgado en sus testimonios, como cuando asegura que llevando un soldado un haz de leña, sus manos se pusieron rígidas de frío y quedaron pegadas y muertas, separándose de sus brazos. Acostumbro en tales asertos a inclinarme bajo la autoridad de tan respetables testimonios.

Lo que cuenta de que Vespasiano por merced del dios Serapis curó en Alejandría a una mujer ciega untándole los ojos con su saliva, y no recuerdo qué otro milagro, lo hace como ejemplo y deber de todos los buenos historiadores, quienes registran los acontecimientos de importancia: entre los sucedidos públicos figuran también los rumores y opiniones populares. Es su papel relatar las creencias comunes, no el enderezarlas: esta parte toca a los teólogos y a los filósofos, directores de las conciencias. Por eso prudentísimamente este su compañero, grande como él, dijo: «En verdad digo más de lo que creo, mas si no pretendo afirmar las cosas de que dudo, tampoco suprimo aquellas de que estoy muy cierto»;[337] y este otro: «No debemos inquietarnos por afirmar o negar estas cosas; remitámonos a lo que la fama declara».[338] Escribiendo en un siglo en que la creencia en los prodigios comenzaba a declinar, dice, sin embargo, que no quiere dejar de insertarla en sus anales, ni menospreciar una cosa recibida por tantas

personas de bien y con reverencia tan grande vista de la antigüedad: muy bien dicho. Que los historiadores nos suministren la historia, más según la reciben que como la consideran. Yo que soy soberano de la materia que trato y que a nadie debo dar cuentas, no me creo por ello en todos los respectos: arriesgo a veces caprichos de mi espíritu, de los cuales desconfío, y ciertas finezas verbales que me hacen sacudir las orejas; pero las dejo correr al azar. Yo veo que algunos se dignifican con tales cosas: no me incumbe solo el juzgarlos. Me presento en pie y tendido; de frente y de espaldas, a derecha e izquierda, y en todas mis actitudes naturales. Los espíritus, hasta aquellos mismos que son iguales en consistencia, no lo son siempre en aplicación y gusto.

Esto es cuanto la memoria me sugiere en conjunto y de un modo bastante incierto; todos los juicios generales son descosidos e imperfectos.

CAPÍTULO XII

DE LA FISONOMÍA

Casi todas nuestras opiniones las adoptamos por autoridad y al fiado: en ello no hay ningún mal, pues no podríamos escoger peor camino que el de dilucidar por nuestra propia cuenta en un siglo tan enteco. La imagen de los discursos de Sócrates, que sus amigos nos dejaron, la acogemos a causa de la reverente aprobación pública, no en virtud de nuestro conocimiento; las razones socráticas se apartan de nuestro uso. Si viniera hoy al mundo algo parecido, habría pocos hombres que lo apreciasen. Solo advertimos las gracias del espíritu cuando son puntiagudas, o están hinchadas o infladas de artificio: las que corren bajo la ingenuidad o la sencillez escapan fácilmente a una vista grosera como la nuestra, por poseer una belleza delicada y oculta: se precisa una mirada límpida y bien purgada para descubrir ese secreto resplandor. ¿No es la ingenuidad, a nuestro entender, hermana de la simpleza y una cualidad censurable? Sócrates agita su alma con movimiento natural y común; así se expresa un campesino, así habla una mujer; jamás de su boca salen otros nombres que los de cocheros, carpinteros, remendones y albañiles: todos sus símiles e inducciones están sacados de las más vulgares y conocidas acciones de los hombres; todos le entienden. Bajo una forma vil, nunca hubiéramos entresacado las noblezas y esplendor de sus admirables concepciones, nosotros que consideramos chabacanas y bajas todas aquellas que la doctrina no encarama, y que no advertimos la riqueza sino cuando la rodean la pompa y el aparato. A la ostentación sola está habituado nuestro mundo: de viento solo se inflan los hombres y a saltos se manejan, como las pelotas de goma huecas. Sócrates no encaminó sus miras hacia las fantasías vanas; su fin fue proveernos de

preceptos y máximas, que real y conjuntamente sirviesen para el gobierno de nuestra vida;

Observar una regla de conducta, perseverar hacia un fin, seguir la naturaleza.[339]

Fue también siempre uno e idéntico, y se elevó no por arranques y arrebatos, sino por peculiar complexión al postrer extremo de fortaleza; o, mejor dicho, no se elevó nada, hizo más bien descender, conduciéndolas a su punto original y natural, las asperezas y dificultades, y las sometió su vigor; pues en Catón se ve bien a las claras una actitud rígida, muy por encima de las ordinarias. En las valientes empresas de su vida y en su muerte, siempre se le ve montado en zancos. Sócrates toca la tierra, y con paso común y blando trata los más útiles discursos, conduciéndose, así en la hora de su fin como en las más espinosas dificultades que puedan imaginarse, con el andar propio de la vida humana.

Sucedió, por fortuna, que el hombre más digno de ser conocido y de ser presentado al mundo como ejemplo es aquel de quien tengamos conocimiento más cierto: su existencia fue aclarada por los hombres más clarividentes que jamás hayan sido, y los testimonios que de él llegaron a nosotros son admirables tanto en fidelidad como en capacidad. Admirable cosa es, en efecto, haber podido comunicar tal orden a las puras fantasías de un niño, de manera que, sin alterarlas ni agrandarlas, hayan reproducido los más hermosos efectos de nuestra alma; no la representa elevada ni rica; la muestra solo sana, mas de una cabal y alegrísima salud. Merced a estos resortes naturales y vulgares, y a estas fantasías ordinarias y comunes, sin conmoverse ni violentarse, enderezó no solamente las más ordenadas, sino las más elevadas y vigorosas acciones y costumbres que jamás hayan existido. Él es quien nos trajo del cielo, donde nada tenía que hacer, la sabiduría humana, para devolvérsela al hombre, de quien constituye la tarea más justa y laboriosa. Vedle defenderse ante sus jueces; ved con qué razones despierta su vigor en los azares de la guerra; qué argumentos fortifican su paciencia contra la calumnia, la tiranía, la muerte, y contra la mala cabeza de su mujer, nada hay en todo ello a que las artes y la ciencia contribuyeran: los más sencillos reconocen en ello sus fuerzas y sus medios;

es imposible marchar de un modo más humilde. Soberano favor prestó a la naturaleza humana, mostrándole cuánto puede conseguir por sí misma.

Cada uno de nosotros es más rico de lo que piensa, pero se nos habitúa al préstamo y a la mendicidad; se nos acostumbra a servirnos de lo ajeno más que de lo nuestro. En nada acierta el hombre detenerse en el preciso punto de su necesidad: en goces, riqueza y poderío abraza más de lo que puede estrechar; su avidez es incapaz de moderación. Yo creo que en la curiosidad que nos impulsa al saber ocurre lo mismo: el hombre se prepara mucho mayor trabajo del que puede realizar, y mucho más de lo que tiene que hacer, ampliando la utilidad del saber otro tanto que su materia: todas las cosas, aun en las referentes a las letras, trabajamos inmoderadamente. **[340]** Tácito alaba, con razón, a la madre de Agrícola, por haber reprimido en su hijo el excesivo ardoroso apetito de ciencia.

Y bien mirado es un bien que, como todos los otros bienes de los hombres, encierra mucha vanidad y debilidad, propios y naturales, y además de caro coste. Su adquisición es mucho más arriesgada que la de toda otra comida o bebida, pues en todas las demás cosas lo que compramos lo llevamos a nuestra casa en alguna vasija, y luego podemos examinar su valor, cuándo y a qué hora lo tomaremos; mas las ciencias no podemos, en los comienzos, colocarlas en otro recipiente que nuestra alma; las absorbemos al comprarlas, y salimos de la compra infectados o enmendados: las hay que no hacen sino empeorarnos y recargarnos, en lugar de sustentarnos; y otras que, so pretexto de curarnos, nos envenenan. Me complace que algunos hombres, por devoción, hagan voto de ignorancia, como de castidad, pobreza y penitencia, pues también castrar desordenados apetitos, enervar el ansia que nos empuja al estudio de los libros y privar al alma de esta voluptuosa complacencia que nos cosquillea, mediante la idea de la ciencia. Y es cumplir espléndidamente voto de pobreza el añadir a ella la del espíritu. Apenas si necesitamos una cantidad exigua de doctrina para vivir satisfechos; Sócrates nos enseña que reside en nosotros, lo mismo que la manera de encontrarla y de ayudarse con ella. Toda la capacidad nuestra que va más allá de la natural es, o poco menos, vana y superflua, y mucho hemos conseguido si no nos recarga y trastorna, más bien que nos sirve: «Obra es de pocas letras el tener buen juicio». **[341]**

Estos son excesos febriles de nuestro espíritu, instrumento travieso e inquieto. Recogeos, y hallaréis en vosotros los argumentos verdaderos de la naturaleza contra la muerte, y los más propios a serviros en caso necesario: estos son los que hacen morir a un campesino y a pueblos enteros, con igual firmeza que un filósofo. ¿Moriría yo con menos tranquilidad antes de haber leído las *Tusculanas*? Creo que no; y cuando me supongo en el caso, veo que mi lengua se enriqueció, pero mi vigor muy poco; este persiste, tal como la naturaleza me lo forjó, y se escuda cuando el conflicto llega con marca original y común: los libros me sirvieron no tanto de instrucción como de ejercicio. ¿Y qué decir si la ciencia intentando armarnos con defensas nuevas contra los inconvenientes naturales, imprimió más bien en nuestra fantasía su grandeza y su peso que no las razones y utilidades para resguardarnos? Son las suyas delicadezas, con las cuales nos despierta frecuentemente con inutilidad cabal; hasta los autores mismos más sólidos y prudentes, ved cómo alrededor de un buen argumento van sembrando otros ligeros y, examinados bien de cerca, sin cuerpo y vacíos de sentido; argucias verbales que nos engañan, mas en atención a que pueden emplearse útilmente, no quiero desecharlos con todo rigor; en mi libro los hay de esta condición y en lugares diversos, que penetraron en forma de imitación o préstamo. Así que ha de cuidarse de no nombrar fuerza lo que no es sino agradable, y sólido a lo que no es más que agudo, o bueno a lo que no es más que hermoso: «Cosas que agradan más gustadas que bebidas».[342] Todo lo que complace no es provechoso, «Cuando no se trata del ingenio, sino del alma».[343]

Viendo los esfuerzos que Séneca lleva a cabo para prepararse para la muerte; viéndole sudar de quebranto para enderezarse, asegurarse y debatirse tan dilatado tiempo en este suplicio, hubiera yo modificado la idea de su reputación si muriendo no la hubiese mantenido valientemente. Su agitación tan ardorosa y frecuente muestra su estado impetuoso e hirviente («un alma elevada se expresa con mayor calma y seguridad, pues el carácter del talento del hombre no es distinto de su alma»,[344] a sus propias expensas precisa convencerle); y da testimonio de algún modo de encontrarse oprimido por su adversario. La manera de Plutarco, más desdeñosa y menos rígida, es a mi ver tanto más viril y persuasiva.

Fácilmente creería yo que los movimientos de su alma eran más fijos y ordenados. El uno, más agudo, nos impresiona y lanza sobresaltados y se dirige más a nuestro espíritu; el otro, más sólido, nos forma, asienta y conforta constantemente, y toca más al entendimiento; aquel arrebata nuestro juicio, este le gana. Análogamente, he visto otros escritos, todavía más reverenciados, que en la pintura del combate que sostienen contra los aguijones de la carne, representan estos tan hirvientes, tan poderosos y tan invencibles, que nosotros mismos, gentes de la hez popular, encontramos tanto que admirar en la singularidad y vigor desconocido de la tentación como en la resistencia de ella.

¿A qué fin vamos armándonos merced a estos esfuerzos de la ciencia? Miremos al suelo: a las pobres gentes que por él vemos esparcidas, con la cabeza inclinada por la labor, que desconocen a Aristóteles y a Catón y que carecen de ejemplos y preceptos. De estos saca naturaleza todos los días efectos de firmeza y de paciencia más puros y más rígidos que los que tan curiosamente estudiamos en las escuelas filosóficas. ¡Cuántos de entre ellos veo yo diariamente que menosprecian la pobreza, cuántos que desean la muerte, o que la soportan sin alarma ni aflicción! Ese que cava mi huerto enterró esta mañana a su padre o a su hijo. Los mismos términos con que designan las enfermedades dulcifican y ablandan la rudeza de las mismas: la tisis es para ellos la tos; la disentería, desviación de estómago; la pleuresía es un resfriado: y conforme las nombran dulcemente, así también las soportan. Preciso es que sean bien dolorosas para que interrumpan su trabajo ordinario, no guardan cama sino para morir. «Aquella resuelta y clara virtud fue convertida en ciencia oscura y complicada.»[345]

Escribía yo esto hacia la época en que una recia carga de nuestros trastornos se desencadenó con todo su peso directa sobre mí, teniendo de una parte los enemigos a mis puertas, y de otra los partidarios, enemigos aún peores, «no con armas, sino con vicios se combate»[346] y experimentaba toda suerte de injurias militares a la vez:

> El enemigo es temible por una y otra parte; uno y otro lado amenazan con un mal cercano.[347]

¡Guerra monstruosa! Las otras ocasionan lejos sus efectos; esta contra sí misma se roe y despedaza, mediante su propio veneno. Es de naturaleza tan maligna y ruinosa que se destruye a sí misma, junto con todo lo demás, y de rabia se desgarra y despedaza. Con mayor frecuencia la vemos disolverse por sí misma que por carencia de alguna cosa necesaria o por la fuerza enemiga. Toda disciplina le es ajena: viene a curar la sedición, y de sedición está repleta; quiere castigar la desobediencia, y de ella muestra el ejemplo; dedicada a la defensa de las leyes, se rebela contra las suyas propias. ¿Dónde nos encontramos? ¡Nuestra medicina encierra la infección!

> Nuestro mal se envenena con el remedio que se le procura.[348]
>
> Aumenta y se hace más agudo con la medicación.[349]
>
> Mezcladas por nuestro criminal furor todas las cosas justas e injustas, desviaron de nosotros la mente justiciera de los dioses.[350]

En estas enfermedades populares pueden distinguirse en los comienzos los sanos de los enfermos; mas cuando llegan a persistir, como ocurre con la nuestra, todo el cuerpo social se resiente, la cabeza lo mismo que los talones: ninguna parte está exenta de corrupción, pues no hay aire que se aspire tan vorazmente ni que tanto se extienda y penetre como la licencia. Nuestros ejércitos no se ligan ni sostienen sino por extraño concurso: con los franceses no puede ya constituirse un cuerpo de armas ordenado y resistente. ¡Vergüenza enorme! No hay más disciplina que la que nos muestran los soldados mercenarios. En cuanto a nosotros, nos conducimos a nuestra discreción y no a la del jefe, cada cual según la suya; cuesta mayores desvelos hacer obedecer a los soldados que derrotar a los enemigos: al que manda corresponde seguir, cortejar y condescender, a él solo obedecer; todos los demás son libres y disolutos. Me complace ver cuánta cobardía y pusilanimidad hay en la ambición, en medio de cuánta abyección y servidumbre precisa para llegar a su fin, pero me desconsuela el considerar a las naturalezas honradas y capaces de justicia corrompiéndose a diario en el manejo y mando de esta confusión. El dilatado sufrimiento engendra la costumbre, y esta el consentimiento e imitación. Tenemos sobradas almas salvadas sin que inutilicemos las buenas y generosas, y si por este camino continuamos, difícilmente quedará nadie a

quien confiar la salud de este Estado, en el caso de que la fortuna nos la procure algún día:

> No impidáis ahora que este joven ponga orden en esta honda perturbación que por doquiera reina.[351]

¿Qué se hizo de aquel antiguo precepto, según el cual los soldados más han de temer a su jefe que al enemigo? ¿Y aquel maravilloso ejemplo del que nos hablan las historias? Tras encontrarse un manzano encerrado en el recinto del campo del ejército de Roma, las tropas abandonaron el lugar, dejando al poseedor el número cabal de sus manzanas, maduras y deliciosas. Bien quisiera yo que nuestra juventud en lugar del tiempo que emplea en peregrinaciones menos útiles y en aprendizajes menos honrosos, invirtiera la mitad en ver la guerra por mar bajo las órdenes de algún buen capitán, comendador de Rodas, y la otra mitad en reconocer la disciplina de los soldados turcos, pues esta ofrece muchas diferencias y posee muchas ventajas sobre la nuestra: nuestros soldados se convierten en más licenciosos en las expediciones, allí en más retenidos y temerosos, pues las ofensas y latrocinios ocasionados al pueblo llano, que se castigan a palos en la paz, se enmiendan en la guerra con la pena capital; por el hurto de un huevo se suministran a cuenta fija cincuenta estacazos, y por cualquier otra cosa, por ligera que sea, innecesaria para la manutención, se los empala o decapita en el acto. Me admiró en la historia de Selim, el conquistador más cruel que haya jamás existido, ver que cuando subyugó Egipto, los hermosos jardines que circundan la ciudad de Damas, abiertos como estaban de par en par en tierra conquistada, puesto que su ejército campaba en el lugar mismo, salieran vírgenes de entre las manos de los soldados, porque no habían recibido orden de saquearlos.

Pero ¿hay algo en nación alguna que valga ser combatido con una droga tan mortal? No, decía Favonio, ni siquiera la usurpación de la posesión tiránica de una república. Platón, del mismo modo, no consiente que se violente el reposo de su país para curarlo, ni acepta la enmienda que todo lo trastorna y pone en riesgo, y que cuesta la sangre y la ruina de los ciudadanos. El oficio de todo hombre de bien en estos casos ordena dejarlo todo como está; solamente hay que rogar a Dios para que acuda con su

mano poderosa. Este filósofo parece condenar a Dión, su gran amigo, por haberse apartado algo de tales vías. Y si Platón debe ser puramente rechazado de nuestro cristiano consorcio, él, que por la sinceridad de su conciencia mereció para con el favor divino penetrar tan adentro en la cristiana luz, a través de las tinieblas públicas del mundo de su tiempo (no creo que procedamos bien dejándonos instruir por un pagano), cuánta impiedad no supondrá el no aguardar de Dios ningún socorro simplemente suyo y sin nuestra cooperación. Con frecuencia dudo si entre tantas gentes como se mezclan en el tumulto, se encontró ninguno de entendimiento tan débil a quien a sabiendas se le haya persuadido de que caminaba a la reforma por la última de las deformaciones; que tiraba hacia su salvación por las más expresadas causas que poseamos de condenación infalible; que derribando el gobierno, el magistrado y las leyes, bajo cuya tutela Dios le colocó, desmembrando a su madre y arrojando los pedazos para que los roan a sus antiguos enemigos, llenando de odios parricidas los esfuerzos fraternales, llamando en su ayuda a los demonios y a las furias, pudiera procurar socorro a la sacrosanta dulzura y justicia de la ley divina. La ambición, la avaricia, la crueldad, la venganza, carecen de impetuosidad tan propia y natural; las cebamos y las atizamos con el glorioso dictado de justicia y devoción. Ningún estado de cosas más detestable puede imaginarse que aquel en que la maldad viene a ser legítima, y a adoptar con el consentimiento del magistrado el aspecto de la virtud: «Nada hay de apariencia tan falaz como la falsa religión, en la cual se justifican los crímenes con el respeto a la divinidad»:[352] el extremo género de injusticia, según Platón, es que lo injusto sea considerado como justo.

Con ello el pueblo sufre profundamente, y no solo los males presentes,

> Hasta tal punto reina el trastorno en todos nuestros campos,[353]

sino también los venideros: los vivos con ello padecieron, y también los que aún no habían nacido; se le saqueó, y a mí por consiguiente, hasta la esperanza, arrebatándole cuanto poseía para aprestarse a la vida por dilatados años:

> Aniquilan lo que consigo no pueden conducir, y la turba criminal incendia hasta las cabañas más humildes.

> Dentro de los muros no hay ninguna seguridad, y en los campos, las gentes perecen de hambre.[354]

Además de esta sacudida, estos desastres ocasionaron en mí otros: corrí los peligros que la moderación acarrea en enfermedades tales: fui despojado por todas las manos; para el gibelino era yo güelfo, y para el güelfo gibelino: alguno de entre nuestros poetas explica bien este fenómeno, pero no recuerdo dónde. La situación de mi casa y el contacto con los hombres de mi vecindad me mostraban de un partido; mi vida y mis acciones de otro. No se me presentaban acusaciones concretas, porque no había dónde morder. Nunca esquivo yo las leyes, y quien hubiera intentado el examen de mi conducta, me habría debido el resto: todo eran sospechas mudas, que corrían bajo cuerda, a las cuales nunca falta apariencia en medio de un tan confuso baturrillo; como tampoco se echan de menos espíritus ineptos o envidiosos. Ordinariamente ayudo yo a las presunciones injuriosas que la fortuna siembra contra mí, por la costumbre, que de antiguo practico siempre, de huir el justificarme, excusarme o explicar mis actos. Considerando que es comprometer mi conciencia defenderla; «la claridad o lucidez se dificultan con la disputa»,[355] y cual si todos vieran en mí tan claro como yo veo, en lugar de lanzarme fuera de la acusación, me meto dentro, haciéndola subir más de punto por una acusación irónica y burlona, si no callo redondamente, como de cosa indigna de respuesta. Mas los que interpretan mi conducta considerándola como muy altiva, apenas me quieren menos mal que los que la toman por debilidad de una causa indefendible; principalmente los grandes, para quienes la falta de sumisión figura entre las extremas, opuestos a toda justicia conocida, que se sienta no sometida, humilde y suplicante; frecuentemente choqué con este pilar. De tal manera procedí como digo, que por lo que entonces me aconteció, cualquier ambicioso se hubiera ahorcado y lo mismo cualquier avaricioso. Yo no me cuido para nada de adquirir;

> Tenga yo lo que ahora tengo o menos aún, y viva para mí lo que me resta de vida, si los dioses quieren otorgármelo,[356]

mas las pérdidas que me sobrevienen por injuria ajena, ya consistan en latrocinio o violencia, me ocasionan casi igual duelo que a un hombre

enfermo y atormentado por la avaricia. La ofensa, sin ponderación, es más amarga que la pérdida. Mil diversas clases de desdichas se desencadenaron sobre mí, unas tras otras: yo las hubiera soportado más gallardamente en torbellino.

Y pensé ya, de entre mis amigos, a quién encomendaría una vejez indigente y caída: después de haber paseado mis ojos por todas partes, me encontré en camisa. Para dejarse caer a plomo y de tan alto, preciso es que sea entre los brazos de una afección sólida, vigorosa, con recursos de fortuna, y así son raras, si es que las hay. En fin, comprendí que lo más seguro era fiar a mí mismo de mí y de mi necesidad, y si me sucedía caer fríamente en la gracia de la fortuna, recomendarme más fuertemente a la mía, sujetarme y mirar más de cerca a mí mismo. En todas las cosas se lanzan los hombres en los extraños apoyos para economizar los propios, solos ciertos y poderosos para quien sabe armarse de ellos: cada cual corre a otra parte y a lo venidero, tanto más cuanto que ninguno llegó a sí mismo. Y me convencí de que todos aquellos eran inconvenientes provechosos, puesto que, en primer lugar, a los malos discípulos hay que amonestarlos a latigazos cuando la razón no basta para enderezarlos, como por el fuego y la violencia de los recodos conducimos a su derechura una tabla torcida. Yo que me predico hace tanto tiempo el mantenerme en mí y separarme de las cosas extrañas, sin embargo, todavía vuelvo los ojos de lado; la inclinación, una palabra favorable de un grande, un semblante grato me tientan. ¡Dios sabe si de estas cosas hay alta carestía y el sentido que encierran! Resuenan aún en mis oídos, sin que yo frunza el entrecejo, los sobornos que se me hacen para sacarme del mercado público, y de ellos me defiendo tan blandamente que parece como si se sufriera de mejor grado ser vencido. Ahora bien, un espíritu tan indócil precisa el palo; y es necesario remachar y juntar a recios mazazos esta barca que se desprende y descose, que se escapa y desvía de sí misma. En segundo lugar, consideraba que este accidente me serviría de ejercitación para prepararme para cosas peores, si yo, que por el beneficio de la fortuna y por la condición de mis costumbres aguardaba ser de los últimos, llegaba a ser de los primeros, atrapado por esta tormenta, instruyéndome temprano a moderar mi vida y a ordenarla para un nuevo estado. La libertad verdadera es poderlo todo sobre sí mismo:

«El más poderoso es aquel que a sí mismo se tiene bajo su poder».[357] En una época tranquila y moderada, fácilmente se prepara uno para los acontecimientos comunes y moderados; mas en esta confusión en que vivimos desde hace treinta años, todo hombre francés, en particular y en general, se ve a cada momento abocado a la entera destrucción de su fortuna; otro tanto precisa mantener su vigor, ayudado de provisiones más fuertes y vigorosas. Agradezcamos al destino el habernos hecho vivir en un siglo no blando, lánguido ni ocioso: aunque no lo hubiera sido por ningún otro medio, se trocará en famoso por sus desdichas. Como apenas leo en las historias estas mismas confusiones en los otros Estados sin que lamente el no haber podido considerarlas presente, mi curiosidad hace ahora que yo vea gustoso, hasta cierto punto, este notable espectáculo de nuestra muerte pública, sus síntomas y peripecias; y puesto que no me es posible retardarla, me siento contento de verme destinado a asistir a ella para mi instrucción. Así, con igual avidez, buscamos hasta simulados en las fábulas teatrales, una muestra de los juegos trágicos de la fortuna humana, los cuales no contemplamos sin duelo de lo que oímos, pero nos complacemos en despertar nuestro disgusto por la singularidad de estos lamentables acontecimientos. Nada cosquillea sin que pellizque, y los buenos historiadores huyen como un agua adormecida y un mar extinto las sosegadas narraciones, para ganar las sediciones y las guerras, a las cuales son llamados por nosotros.

Dudo si puedo honradamente confesar a cuán vil precio del reposo y tranquilidad de mi vida pasé más de la mitad en la ruina de mi país. Me revisto fácilmente de paciencia en los accidentes que no recaen directamente sobre mí, y para lamentarme de estos, considero no tanto lo que se me quita como lo que me fue posible salvar, dentro y fuera. Existe cierta consolidación en esquivar ya unos, ya otros, de entre los males que nos acechan constantemente y ocasionan víctimas a nuestro alrededor; así en materia de intereses públicos, a medida que mi atención está más universalmente extendida, va debilitándose; además es a medias verdad aquello de «tanto sentimos los males públicos, cuando afectan a nuestros intereses particulares»,[358] y que la salud de donde partimos era tal que disminuye nuestro sentimiento. Salud era, sí, mas solo comparada con la

enfermedad que la siguió; apenas caímos de tan alto: la corrupción y el bandidaje, dignamente profesados, me parecen menos soportables; menos injustamente se nos roba en un camino que en un lugar seguro. Era la nuestra una juntura universal, de partes particularmente corrompidas, en competencia las unas con las otras, y la mayor parte de úlceras envejecidas, incapaces de curación y que tampoco la pedían.

Así pues, este derrumbamiento me animó más que me aterró, auxiliado por mi conciencia, que se condujo no ya solo sosegadamente, sino con altivez, y no encontraba motivo de lamentarme de mí mismo. Como Dios nunca envía los males ni los bienes absolutamente puros a los hombres, mi salud se condujo de maravilla en aquel tiempo, muy por encima de lo ordinario, y así como sin ella de todo soy incapaz, pocas son las cosas que con ella no están a mi alcance. Me procuró medio de despertar todas mis provisiones y de llevar la mano al socorro de la herida que se hubiera complicado sin el pronto remedio. Con estos recursos caí en la cuenta de que todavía era capaz de algún empuje contra la adversidad y de que para hacerme perder el equilibrio era necesario un fuerte choque. Y no lo digo por irritarla para que me sacuda una carga más vigorosa; soy su servidor, le tiendo mis manos y pido a Dios que se conforme con su obra realizada. ¿Que si siento yo sus asaltos? ¡Ya lo creo! Como aquellos a quienes la tristeza confunde y posee se dejan sin embargo acariciar por algún placer y una sonrisa se les escapa, así yo tengo bastantes fuerzas sobre mí para convertir mi estado ordinario en tranquilo, descargándolo de fantasías dolorosas; pero me dejo, no obstante, sorprender de cuando en cuando por las mordeduras de sus pensamientos ingratos que me avasallan, mientras me armo para expulsarlos o para luchar con ellos.

He aquí otro empeoramiento de los males que me acosó después de los otros: fuera y dentro de mi casa fui acogido por una epidemia vehemente, como cualquier otra mortífera, pues así como los cuerpos sanos están expuestos a enfermedades, tanto más graves cuanto que solo por ellas pueden ser avasallados, así mi aspecto saludabilísimo en que ninguna memoria de contagio (bien que a veces estuviera cercano) había logrado arraigar, llegando a envenenarse, produjo en mí extraños efectos,

> Con confusión se amontonan los restos de los jóvenes como los de los viejos: ninguna cabeza escapa ante la cruel Proserpina:[359]

hube de sufrir la graciosa condición de que hasta la vista de mi propia casa me ocasionara espanto; todo cuanto en ella había sin custodia estaba y a merced de los que lo codiciaban. Yo, que soy tan hospitalario, me vi en la dolorosísima situación de buscar un retiro para mi familia; una familia extraviada que amedrentaba a sus amigos y a sí misma se metía miedo y horror, donde quiera que pensaba establecerse: habiendo de mudar de residencia, tan pronto como uno del séquito empieza a sentir dolor en la yema de un dedo, todas las enfermedades son consideradas como la peste; se carece de la necesaria tranquilidad de espíritu para reconocerlas. Y lo bueno del caso es que, según los preceptos de la medicina, ante todo peligro que se nos acerca hay que permanecer cuarenta días abocado al mal: la fantasía ejerce entonces su papel y febriliza vuestra salud misma. Todo esto me hubiera afectado mucho menos si no hubiese tenido que lamentarme del dolor ajeno, pues durante seis meses tuve que servir de guía miserablemente a la caravana. Mis protectores personales, que siempre me acompañan, son la resolución y el sufrimiento. La aprensión apenas me oprime, y es lo que más se teme en este mal; y si encontrándome solo a él me hubiera resignado, habría ejecutado una huida más gallarda y más apartada: muerte es esta que no me parece de las peores, comúnmente corta, de atolondramiento, exenta de dolor, por la condición pública consolada, sin ceremonias, duelos ni tumultos. En cuanto a las pobres gentes de los contornos, la centésima parte se vio imposibilitada de salvación:

> Vieras desiertos los reinos de los pastores y vacíos los bosques en extensiones inmensas.[360]

En este lugar la parte de mis rentas es anual; la tierra que cien hombres trabajaban para mí quedó por largo tiempo sin cultivo.

¿Qué ejemplos de resolución no vimos por entonces en la sencillez de todo aquel pueblo? Generalmente cada cual renunciaba al cuidado de la vida: las vides permanecían intactas en los campos, cargadas de su fruto, que es la principal riqueza del país; todos, indistintamente, preparaban y aguardaban la muerte para la noche o el día siguiente, con semblante y voz

tan libres de miedo que se habría dicho que todos estaban comprometidos a esta necesidad, y que la condenación era universal e inevitable. Y siempre es así; ¡pero de cuán poca cosa depende la firmeza en el sucumbir! La distancia y diferencia de algunas horas, la sola consideración de la compañía, nos convierten en diverso su sentimiento. Ved aquí unos cuantos: porque sucumben en el mismo mes niños, jóvenes y viejos, nada ya acierta a transirlos, las lágrimas se agotaron en sus ojos. Algunos vi que temían quedarse atrás, como en una soledad horrible, solo por las sepulturas se inquietaban, porque les contrariaba el ver los cuerpos en medio de los campos, a merced de las bestias que al instante los poblaron. ¡Cuán las fantasías humanas son encontradas! Los neoritas, pueblo que Alejandro subyugó, arrojaban los cadáveres en lo más intrincado de sus bosques para que fueran devorados: era el solo sepulcro que entre ellos fuera dignamente considerado. Tal individuo que se encontraba sano cavaba ya su huesa; otros se tendían en ella vivos aún, y uno de mis jornaleros con sus manos y sus pies acercó a sí la tierra en la agonía. ¿No era esto abrigarse para dormir más a gusto, con arrojo en altitud parecido al de los soldados romanos a quienes se encontró después de la jornada de Canas con la cabeza metida en agujeros que ellos mismos habían hecho, y colmado con sus manos para ahogarse? En conclusión, todo un pueblo se lanzó de repente por costumbre en un trance que nada cede en rigidez a ninguna resolución estudiada y meditada.

Casi todas las instrucciones que la ciencia posee para vigorizarnos son más aparatosas que efectivas, y sirven más de ornamento que de fruto. Abandonamos la naturaleza y queremos enseñarle la lección, siendo así que nos conducía tan segura y felizmente; y sin embargo, las huellas de su instrucción y lo escaso que merced a la ignorancia queda de su imagen sellado en la vida de esa turba rústica de hombres toscos, la ciencia misma se ve obligada todos los días a pedírselo prestado para fabricar con ello un patrón al uso de sus discípulos, de constancia, tranquilidad e inocencia. Es hermoso de ver que los urbanos, repletos de tan lindos conocimientos, tengan que imitar esa torpe simplicidad, e imitarla en las acciones más elementales de la fortaleza; y que nuestra sabiduría aprenda de los animales mismos las más útiles enseñanzas aplicables a las más grandes y necesarias

partes de nuestra vida: a la manera de vivir y morir, cuidar de nuestros bienes, amar y educar a nuestros hijos y ejercer la justicia: singular testimonio de la enfermedad humana; y que esta razón que ese maneja a nuestro albedrío encontrando siempre alguna diversidad y novedad no deje en nosotros rasgo visible de la naturaleza; de ella hicieron los hombres como los perfumistas del aceite: la sofisticaron con tantas argumentaciones y discursos traídos de fuera, que se trocó en variable y particular a cada cual, y perdió su carácter propio, constante y universal, siéndonos preciso así buscar el testimonio de los brutos, no sujeto a favor ni a corrupción, ni tampoco a diversidad de opiniones; pues es bien cierto que ellos mismos no siguen invariablemente la senda de la naturaleza; pero la parte donde se desvían es tan pequeña, que siempre advertiréis la traza: de la misma manera que los caballos que se conducen a mano, si bien pegan botes y van de aquí para allá, siempre se mantienen sujetos por la brida y siguen constantemente el paso de quien los guía, y como el halcón toma vuelo, pero sujeto por su fiador. «Medita en los destierros, tormentos, guerras, enfermedades y naufragios para que ningún mal te coja de nuevas.»[361] ¿Para qué nos sirve esa curiosidad de prever todos los accidentes de la naturaleza humana y el repararnos con dolor tanto contra aquellos mismos que acaso no han de llegarnos? «Igual es el dolor sufrido que el que se teme sufrir.»[362] No solamente el golpe, también el viento y el ruido nos hieren; o como a los más calenturientos, pues en verdad es fiebre el ir desde ahora a que os propinen una tunda de azotes, porque puede ocurrir que el destino os los haga sufrir un día, y vestir vuestro traje forrado desde San Juan porque de él habréis menester en Navidad. Lanzaos en la experiencia de todos los males que pueden llegar, principalmente en la de los más extremos; experimentaos en ellos, se nos dice, y aseguraos allí. Por el contrario, lo más fácil y natural será descargarnos hasta de pensamiento: no vendrán nunca bastante temprano; verdadero ser no nos dura gran cosa; es preciso que nuestro espíritu los extienda y dilate, que de antemano los incorpore en sí mismo y se familiarice con ellos, cual si razonablemente no pesaran a nuestros sentidos. «De sobra pesarán cuando los alberguemos —dice uno de los maestros y no de una dulce secta, sino de la más dura—: mientras tanto auxíliate, cree lo que gustes mejor; ¿de qué te sirve ir recogiendo y

previniendo tu infortunio, y perder el presente por el temor de lo futuro, y ser al instante miserable porque lo debas ser con el tiempo?» Son sus palabras. La ciencia nos procura de buen grado un buen servicio instruyéndonos puntualmente en las dimensiones de los males,

> Avivando el seso del hombre con sus advertencias,[363]

sería una lástima el que una parte de su magnitud escapase a nuestro sentimiento y conocimiento.

Verdad es que a casi todos la preparación para la muerte no procurará mayor tormento que el sufrirla. Con verdad fue dicho en lo antiguo, y por un autor muy juicioso: «Menos daña el sufrimiento que el pensamiento». [364] El sentimiento de la muerte presente por sí mismo nos impulsa a veces con una pronta resolución a no evitar lo que es de todo punto inevitable: algunos gladiadores se vieron en Roma, que después de haber combatido cobardemente, tragaron la muerte ofreciendo su garganta al acero del enemigo y convidándole. La vista de la muerte venidera requiere de una firmeza lenta, y por consiguiente difícil de encontrar. Si no sabéis morir, nada os importe, la naturaleza os informará al instante suficiente y plenamente, y cumplirá con exactitud esta tarea por vosotros: no os atormentéis por vuestra ignorancia:

> En vano investigáis, mortales, la hora de la muerte, y por qué camino ha de veniros.
>
> Menor sufrimiento es llegar súbitamente al término inevitable que penar largo tiempo en la dolorosa incertidumbre.[365]

Con el cuidado de la muerte trastornamos la vida: esta nos enoja, aquella nos asusta. Y no es la muerte contra lo que nos preparamos; esta es cosa de sobras momentánea; un cuarto de hora de padecimiento, sin consecuencia y sin daño, no merece preceptos particulares: a decir verdad, nos preparamos contra los preparativos de la muerte. La filosofía nos ordena tener aquella constantemente ante nuestros ojos, preverla y considerarla antes de tiempo, y nos suministra además las reglas y precauciones para proveer a lo que esta previsión y este pensamiento nos hieren: así proceden los médicos, que nos lanzan en las enfermedades a fin de procurar empleo a sus drogas y a su arte. Si no supimos vivir, es injusto

enseñarnos a morir, deformando así la unidad de nuestra existencia: si supimos vivir con tranquilidad y constancia, sabremos morir lo mismo. Pueden alabarse cuanto quieran, «la vida entera de los filósofos es una explicación o comentario de la muerte»;[366] mas yo entiendo que si bien es el extremo, no es, sin embargo, el fin de la vida; es su acabamiento, su extremidad, pero no es su objeto; ella debe ser para sí misma su objetivo, su designio: su recto estudio es ordenarse, gobernarse, sufrirse. En el número de los varios otros deberes que comprende el general y principal capítulo del saber está incluido este artículo del saber morir, y es de los más ligeros, si nuestro temor no le da paso.

Juzgadas por su utilidad y por su verdad ingenua, las lecciones de la sencillez apenas ceden a las que la doctrina de vivir nos pregona; por el contrario. Los hombres difieren en sentimientos y en fuerzas, necesitan por tanto ser conducidos al bien, según ellos, por caminos diversos.

> Allí donde me llevó la tempestad, allí me considero huésped.[367]

Nunca vi a los campesinos de mi vecindad entrar en meditación sobre el ánimo y la firmeza con que soportarían esta hora postrera: la naturaleza les enseña a no pensar en la muerte si no es cuando dejan de existir, y entonces adoptan mejor postura que Aristóteles, para el cual es doble suplicio el acabar, primero por esto mismo, y luego por la premeditación; por eso César pensaba que la muerte menos prevista era la más dichosa y la más ligera: «Más sufre de lo que es necesario quien se aflige de antemano».[368] La aspereza de este pensamiento nace de nuestra curiosidad: así nos embarazamos siempre, queriendo adelantar y regentar las cosas naturales. Solo a los doctores incumbe el comer de mala gana hallándose sanos, y el hacer pucheritos ante la imagen de la muerte: el común de las gentes no tiene necesidad de remedio ni de consuelo sino cuando llegan el choque y el golpe, y lo consideran únicamente cuando lo sufren. ¿No es esto palmaria prueba de lo que decimos, o sea que la estupidez y falta de aprensión del vulgo le procuran la paciencia para los males presentes y la despreocupación intenta de los siniestros accidentes venideros? ¿Que su alma por ser más crasa y obtusa es menos penetrable y agitable? ¡Dios nos valga! Si así es en efecto, pongamos desde ahora escuela de torpeza: es el

extremo fruto que las ciencias nos prometen, al cual aquella tan dulcemente conduce a sus discípulos. No nos faltan regentes eximios, intérpretes de la natural sencillez; Sócrates será uno de ellos, pues según recuerdo habla sobre poco más o menos en este sentido a los jueces que deliberan sobre su vida: «Temo, señores, si os ruego que no me hagáis morir, caer en la delación de mis acusadores, la cual se fundará en que yo alardeo de más entendido que los otros, como poseedor de alguna noción más oculta de las cosas que están por encima y por debajo de nosotros. Yo sé que no he frecuentado ni reconocido la muerte, ni a nadie vi tampoco que experimentara sus cualidades para instruirme. Los que la temen presuponen conocerla: en cuanto a mí, no sé ni lo que es, ni cuál sea su obra en el otro mundo. Quizá sea la muerte cosa indiferente, quizá deseable. Hay motivo para creer, sin embargo, en el caso de que sea una transmigración de un lugar a otro, que se encuentra mejora yendo a vivir con tan grandes personajes muertos, y hallándose libre de tener que ver con jueces injustos y corrompidos: si es un aniquilamiento de nuestro ser, todavía es mejor el entrar en una noche dilatada y apacible; nada sentimos tan dulce en la vida como un reposo y un sueño tranquilos y profundos, sin soñaciones. Las cosas que yo reconozco malas, como el ofender al prójimo y el desobedecer a un superior, sea Dios, sea hombre, las evito cuidadosamente: aquellas que desconozco, si son buenas o malas, no me sería posible temerlas. Si yo muero y os dejo en vida, solo los dioses verán quien de entre vosotros y yo anduviera mejor. De modo que, por lo que a mí toca, ordenaréis lo que os plazca. Mas conforme a mi manera de aconsejar las cosas justas y útiles, hago bien al insinuar que en provecho de vuestra conciencia procederéis mejor concediéndome la libertad, si no veis con mayor claridad que yo en mi causa; y juzgando en vista de mis acciones pasadas, privadas y públicas, conforme a mis intenciones y según el fruto que alcanzan todos los días de mi conversación tantos ciudadanos jóvenes y viejos, y el beneficio que a todos os hago, no podéis, obrando en justicia, desentenderos de mis merecimientos, sino ordenando que sea sostenido en razón de mi pobreza en el Pritaneo, a expensas del erario público, lo cual he visto con motivos menores que habéis concedido a otros. No achaquéis a testarudez o menosprecio el que, según la costumbre, yo no vaya suplicándoos y

moviéndoos a conmiseración. No habiendo sido engendrado, como dice Homero,[369] de madera ni de piedra, como tampoco lo fueron los demás, tengo amigos y parientes capaces de presentarse llorosos y de duelo llenos, y tres hijos desolados con que despertar vuestra piedad; pero avergonzaría a nuestra ciudad, a mis años y a la reputación de prudente que alcanzara echando mano de tan cobardes arbitrios. ¿Qué se diría de los demás atenienses? Yo aconsejé siempre a los que me oyeron hablar que no rescataran su vida con ninguna acción deshonrosa; y en las guerras de mi país, en Anipolis, Potidea, Delia y en otros lugares donde me hallé, acredité con los hechos cuán lejos estuve de amparar mi seguridad con mi vergüenza. Mayormente me alejaría de torcer vuestro deber ni de convidaros a la comisión de feas acciones, pues no corresponde a mis súplicas el persuadiros, sino a las razones puras y sólidas de la justicia. Así habéis jurado manteneros ante los dioses: se diría que yo sospechaba de vosotros que no los hubiera y que por ello os recriminara; yo mismo testimoniaría contra mí no creer en ellos, como debo, desconfiando de su conducta y no poniendo puramente en sus manos mi proceso. En absoluto confío, y tengo por seguro que obrarán en esto conforme sea más conveniente para vosotros y para mí. Las gentes de bien ni vivas ni muertas tienen nada que temer de la divinidad».

¿No es esta una defensa infantil, de una elevación inimaginable, verdadera, franca y justa por encima de todo encomio, y empleada en un duro trance? En verdad fue razón que la prefiriese a la que aquel gran orador Lisias había escrito para él, excelentemente modelada al estilo judicial, pero indigna de un criminal tan noble. ¿Cómo era posible que de la boca de Sócrates hubieran surgido palabras de súplica? ¿Aquella virtud soberbia había de rebajarse en lo más recio de su expansión? Su naturaleza rica y poderosa ¿hubiera podido encomendar al arte su defensa, y en la más suprema experiencia renunciando a la verdad y a la ingenuidad, ornamentos de su hablar, para engalanarse con el artificio de las figuras simuladas de una oración aprendida? Obró prudentísimamente y según él al no corromper un tenor de vida incorruptible y una tan santa imagen de la forma humana para dilatar un año más su decrepitud traicionando la inmortal memoria de un fin glorioso. Debía su vida no a sí mismo, sino al ejemplo del mundo:

¿no sería lastimoso que hubiera acabado de manera ociosa y oscura? Por cierto, una tan descuidada y blanda consideración de su fin merecía que la posteridad la retuviera como tanto más meritoria para él; y así lo hizo, nada hay en la justicia tan justo como lo que el azar ordenó para su recomendación, pues los atenienses abominaron de tal modo a los responsables de la muerte del filósofo, que se huía de ellos cual de gentes excomulgadas; se tenía por infestado cuanto habían tocado; nadie se bañaba con ellos, ninguno los saludaba ni se les acercaba, hasta que al fin, no pudiendo soportar este odio público más tiempo, todos se ahorcaron voluntariamente.

Si alguien estima que entre tantos otros ejemplos como hubiera podido escoger en los dichos de Sócrates para el servicio de mis palabras, hice mal en elegir al citado, juzgando que este discurso se eleva por encima de las opiniones comunes, sepa que lo hice a sabiendas, pues yo juzgo de distinto modo, y tengo por cierto que es una oración en ingenuidad y en rango muy atrás y muy por debajo de las ideas ordinarias. Representa un arrojo limpio de todo artificio; la seguridad propia de la infancia; la impresión primitiva y pura; creíble es que naturalmente temamos el dolor; mas no la muerte a causa de ella misma: es una parte de nuestro ser no menos esencial que la vida. ¿A qué fin la naturaleza había de engendrar en nosotros el odio y el horror del sucumbir, puesto que nuestra desaparición le es de utilidad grandísima, para alimentar la sucesión de vicisitud de sus obras, y puesto que en esta república universal sirve la muerte más de nacimiento y propagación que de pérdida y de ruina?

Sic rerum summa novatur.[370]

Así todas las cosas se renuevan;[371]

«el acabamiento de la vida es el tránsito de mil otras existencias». La naturaleza imprimió en los brutos el cuidado de ellos y de su conservación: llegan a temer su empeoramiento, el tropezar, el herirse, ser atados y sujetos, que nosotros los encabestramos e inoculamos, accidentes sujetos a sus instintos y sentidos; pero que los matemos no pueden temerlo, ni tampoco poseen la facultad de representarse la muerte; de tal modo que, al decir de algunos, se les ve no solo sufrirla alegremente (casi todos los

caballos relinchan al morir, los cisnes cantan), sino además buscarla cuando la apetecen, como acreditan muchos ejemplos entre los elefantes.

Además de lo dicho, la manera de argumentar que en este caso emplea Sócrates ¿no es igualmente admirable en sencillez y en vehemencia? En verdad es mucho más fácil el hablar como Aristóteles y el vivir como César, que no el vivir y el hablar como Sócrates: aquí tiene su asiento el último grado de perfección y dificultad; el arte no puede alcanzarlo. Ahora bien, nuestras facultades no están así enderezadas, nosotros no las experimentamos ni las conocemos; nos investimos con las ajenas y dejamos reposar las nuestras; igual que alguien podría decir de mí que amontoné aquí una profusión de extrañas flores, no proveyendo de mi caudal sino el hilo que las sujeta.

Y, en efecto, ya concedí a la opinión pública que estos adornos prestados me acompañan, mas entiendo que ni me cubren ni me tapan: muestran lo contrario de mi designio, que no quiere enseñar sino lo propio, lo que por naturaleza me pertenece; de seguir mi primera voluntad, en toda ocasión habría hablado solo, pura y llanamente. Todos los días me cargo con nuevas flores, apartándome de mi idea primera, siguiendo los hábitos de la época, y entreteniendo mis ocios. Si esto a mí me sienta mal, como así lo creo, nada importa; a alguien puede serle útil. Tal alega Platón y Homero, que jamás los vio, ni por el forro, y yo he tomado bastantes versos y prosas en lugar distinto de las fuentes. Sin fatiga ni capacidad, teniendo mil volúmenes a mi alrededor, en este lugar donde escribo, cogería ahora mismo, si me viniera en gana, una docena de tales zurcidos, gentes que apenas hojeo, con que esmaltar el tratado de la fisonomía. No precisaba sino la epístola preliminar de un alemán para rellenarme de alegaciones. ¡Y con esto vamos mendigando una gloria golosa con que engañar al mundo necio! Estas empanadas de lugares comunes con que tantas personas economizan su estudio, apenas sirven para asuntos comunes, y solo para mostrarnos, no para conducirnos: fruto ridículo de la ciencia, que Sócrates censura tan graciosamente en Eutidemo. Yo he visto fabricar libros de cosas jamás estudiadas ni entendidas; el autor encomienda a varios de sus amigos eruditos la investigación de esta o la otra materia para edificarlo, y se contenta por su parte con haber concebido el designio y ligado con su

destreza el haz de provisiones desconocidas: por lo menos el papel y la tinta le pertenecen. Esto se llama, en conciencia, comprar o pedir prestado un volumen, no hacerlo; es enseñar a las gentes, no que se sabe hacer un libro, sino lo que acaso pudieran dudar: que no se sabe hacer. Un presidente se alababa, yo le oí, de haber amontonado doscientos y tantos argumentos ajenos en una de sus sentencias presidenciales: al predicarlo borraba la gloria que se le tributaba: ¡pusilánime y absurda vanidad, a mi modo de ver, tratándose de un tal asunto y de una tal persona! Yo hago todo lo contrario, y entre tantas cosas prestadas, es muy de mi gusto poder disfrazar alguna, deformándola, para convertirla a un servicio nuevo: exponiéndome a que pueda decirse que fue por error de su sentido natural, le imprimo alguno particular, modelando con mi mano, a fin de que sea menos puramente extraño. Aquellos hacen ostentación de sus latrocinios, por eso les son perdonados más que a mí; nosotros, hijos de la naturaleza, estimamos que haya incomparable preferencia entre el honor de la invención y el de la alegación.

Si hubiera querido dármelas de científico, habría hablado más temprano; habría escrito en tiempo más cercano al de mis estudios, cuando disfrutaba viveza mayor de espíritu y memoria, confiando más en el vigor de esta edad que en el actual, de querer ejercer profesión literaria. ¿Y qué decir si este gentil favor que el azar me procuró antaño, ofrecido por mediación de esta obra, hubiera acertado a salir a mi encuentro en aquel tiempo de mis verdes años, en lugar del actual, en que es igualmente deseable de poseer que presto a perder? Dos de mis conocimientos, grandes hombres en esta facultad, perdieron a mi entender la mitad, por haberse opuesto a salir a la luz a los cuarenta años para aguardar a los sesenta. La madurez tiene sus inconvenientes, como el verdor, y aun peores; la vejez es tan inhábil a esta clase de trabajo como a cualquier otra: quienquiera que en su decrepitud se violenta, comete una locura si aguarda a expresar con ella humores que no denuncien la desdicha, el ensueño y la modorra; nuestro espíritu se constriñe y embota envejeciendo. Yo declaro pomposa y opulentamente la ignorancia, y la ciencia de manera flaca y lastimosa; esta, accesoria y accidentalmente; aquella, de modo expreso y principal; y de nada trato concretamente si no es de la nada, ni de ninguna ciencia, si no es

de la carencia de ella. Escogí el tiempo en que mi vida, que retrato, la tengo toda ante mí; la que me queda es más bien muerte que vida: y de mi muerte, como si algún hablador la encontrara, la comunicaría también a las gentes, desalojándola.

Sócrates fue un ejemplar perfecto en toda suerte de grandes cualidades. Me desconsuela que su figura y su semblante fueran tan ingratos como dicen y con tan poca armonía con la hermosura de su alma. Con un hombre tan enamoradamente loco de la belleza, la naturaleza no fue justa. Nada hay tan verosímil como la conformidad y relación entre el cuerpo y el espíritu. «A las mismas almas afecta en gran modo el cuerpo en que están alojadas, pues en el cuerpo existen muchas cosas que avivan el entendimiento, y otras que lo entorpecen.»[372] Cicerón habla de una falsedad de miembros desnaturalizada y deformada, pero nosotros llamamos también fealdad a la que nos es desagradable al primer golpe de vista, a la que reside principalmente en el semblante y que nos repugna por bien ligeras causas; por el tinte, por una mancha, por un brusco continente, por alguna cosa, en fin, a veces inexplicable, siendo lo demás, sin embargo, cabal y bien acomodado. La fealdad que revestía en Étienne de La Boétie un alma hermosa era de esta naturaleza. Esta fealdad superficial, que es, no obstante, la más imperiosa, ocasiona menor perjuicio al estado del espíritu, y su certeza no es grande en la opinión de los hombres. La otra, que con nombre más adecuado se llama deformidad, más sustancial, influye hasta en el interior: no solamente todo zapato de cuero bien lustroso, sino todo zapato bien conformado muestra la forma interior del pie que guarda: como Sócrates decía de su rostro, que denunciaba otro tanto de su alma, si por educación no hubiera esta enmendado. Pero el hablar así creo que era pura burla, según su costumbre; jamás un alma tan excelente acertó a sí misma a modelarse.

No acertaría nunca a repetir de sobra cuánto idolatro la belleza, calidad suprema y poderosa. Sócrates la llamaba «breve tiranía»; y Platón, «privilegio de la naturaleza». Nada hay en la vida que en predicamento lo sobrepase: en el comercio de los hombres ocupa el primer rango; se muestra antes que todo, seduce y preocupa nuestro juicio con poderoso imperio e impresión maravillosa. Friné perdía su proceso, que estaba en manos de un

abogado excelente, si abriendo su túnica no hubiera corrompido a sus jueces con el resplandor de su hermosura; y yo creo que Ciro, Alejandro y César, aquellos tres soberanos del mundo, no la echaron en el olvido en sus grandes empresas, como tampoco el primer Escipión. Una misma palabra abraza en griego lo bello y lo bueno; y el Espíritu Santo llama a veces buenos a los que quiere nombrar hermosos. Yo colocaría de buen grado el rango de los bienes conforme el cantar, que Platón dice haber oído al pueblo, tomado de algún antiguo poeta: «La salud, la hermosura y la riqueza». Aristóteles escribe que a los buenos pertenece el derecho de demandar, y que cuando hay alguno cuya belleza toca en los confines de lo celeste, la veneración le es en igual grado debida: a quien le interrogaba por qué se frecuentaba más y más dilatadamente a los hermosos, le decía: «Esa pregunta no debe hacerla sino un ciego». La mayor parte de los filósofos y los grandes pagaron su aprendizaje y adquirieron la sabiduría por mediación y favor de su belleza. No solo en las gentes que me sirven, sino en los animales también, la considero a dos dedos de la bondad.

Me parece, sin embargo, que ese sello y conformidad del semblante, y esos trazos físicos por los cuales se argumentan algunas complexiones internas, como también nuestra fortuna venidera, es cosa que no se aviene muy directa y naturalmente con el capítulo de la belleza o la fealdad, como tampoco todo buen olor y tranquilidad de aspecto prometen la salud, ni toda pesantez y pestilencia, la infección en tiempo de epidemias. Los que acusan a las damas de contradecir con sus costumbres su belleza, no siempre están en lo cierto, pues en una faz cuyo conjunto no inspira cabal confianza, puede haber algún rasgo de probidad y crédito; y al contrario, a veces leí yo entre dos hermosos ojos las amenazas de una naturaleza maligna y peligrosa. Hay fisonomías que inspiran confianza; así, en medio de una multitud de enemigos victoriosos, elegiréis al punto entre hombres desconocidos uno más bien que otro a quien entregaros y confiar vuestra vida, y no precisamente por la consideración de su belleza.

La cara es débil prueba de bondad, pero merece, sin embargo, alguna consideración: y si yo tuviera que azotarlos, sería más cruel con los malos, los cuales desmienten y traicionan las promesas que la naturaleza plantara en su frente; castigaría más rudamente la malicia encubierta con apariencias

de bondad. Se diría que hay algunos semblantes dichosos y otros desdichados; yo entiendo que puede haber algún arte para distinguir las fisonomías bondadosas de las simples, las severas de las duras, las maliciosas de las malhumoradas, las desdeñosas de las melancólicas, y semejantes cualidades vecinas. Bellezas hay no solo altivas, sino ingratas; otras, dulces, y otras insípidas, de puro azucaradas: en cuanto a lo de averiguar lo venidero por el semblante cosa es que dejo indecisa.

Yo adopté, como dije en otra parte, en su simplicidad y crueldad, por lo que a mi persona se refiere, el principio antiguo que dice: «Jamás podremos engañarnos de seguir la senda de la naturaleza»; y que el soberano precepto es: «Conforme con ella». No corregí, como Sócrates, con la fuerza de mi razón mis complexiones naturales, y en manera alguna por arte alteré mi inclinación: yo me dejo llevar tal y conforme vine; nada combato; las partes que me componen viven por sí mismas en sosiego y buena armonía; pero la leche de mi nodriza fue, a Dios gracias, medianamente sana y atemperada. ¿Osaré decirlo de paso? Que veo tener en mayor estima de lo que realmente vale (y casi solo entre nosotros se ve esta usanza) cierta imagen escolástica de hombría de bien, sierva de los preceptos, agarrotada entre la esperanza y el temor. Yo la amo, no como las religiones la hacen, sino como la completan y autorizan; que se sienta con fuerzas para sostenerse sin ayuda; en nosotros engendrada por la semilla de la razón universal, sellada en todo hombre no desnaturalizado. Esa razón que libera a Sócrates de su vicioso resabio, lo convierte en obediente a los hombres y a los dioses que gobernaban su ciudad, vigorizándole en la muerte, no porque su alma es inmortal, sino porque él es inmortal. ¡Instrucción ruinosa para todo régimen político, y mucho más perjudicial que ingeniosa y sutil la que persuade a los pueblos de que las creencias religiosas bastan por sí solas, sin el apoyo de las costumbres, para contentar a la justicia divina! La costumbre nos hace ver una distinción enorme entre la devoción y la conciencia.

Yo muestro un aspecto favorable, lo mismo en apariencia que en interpretación;

> ¿Cómo dije *tengo*, en lugar de *he tenido*, Crema?[373]
>
> ¡Ay!, solo verás los huesos de mi cuerpo descarnado,[374]

lo cual produce un efecto contrario al que Sócrates experimentaba. Con frecuencia me ocurrió que por la sola recomendación de mi presencia y de mi aspecto, personas que de mí no tenían noticia alguna, confiaron luego enormemente, sea en sus propios negocios, o bien en algo que con los míos se relacionara; y en los países extranjeros alcancé de esta circunstancia ventajosa servicios raros y singulares. Pero estas dos experiencias valen la pena, a mi ver, que las relate particularmente. Un hombre deliberó en una ocasión sorprender mi casa y a la vez sorprenderme; el arte que para ello empleó, consistió en llegar solo a mi puerta con alguna premura de franquearla. Yo le conocía de nombre, y había tenido ocasión de fiarme de él como de mi vecino, y en algún modo como de mi aliado, e hice que le abrieran, como a todo el mundo. Muy asustado, con su caballo desalentado y fatigadísimo, me suelta esta fábula: que acababa de tropezar a una media legua de la casa con un enemigo, a quien yo también conocía, habiendo oído también hablar de la querella que los separaba, el cual le había hecho huir a uña de caballo; y que como fuera sorprendido más débil en número, se había lanzado a mi puerta para salvarse; añadió que la situación de sus gentes le ocasionaba gran duelo, y que si no estaban muertos habrían caído prisioneros. Intenté ingenuamente reconfortarle, darle confianza y calmarle; mas pasado un momento, he aquí que comparecen cuatro o cinco de sus soldados con igual continente y tanto susto, que pretendían entrar, y luego otros, y todavía otros, bien equipados y armados, hasta veinticinco o treinta, fingiendo tener al enemigo en los talones. Semejante misterio empezaba ya a despertar mis sospechas: yo no ignoraba el siglo en que vivía, y cuánto podía ser codiciada mi casa; muchos ejemplos podía recordar, además, de otras personas de mi conocimiento a quienes desventura semejante había sucedido: de tal suerte que comprendiendo que no había solución posible, si yo no acababa, y no pudiendo deshacerme de ellos sin violencia, me dejé llevar al partido más natural y sencillo, como hago siempre, ordenando que entraran. A la verdad yo soy, por naturaleza, poco desconfiado y menos inclinado a la sospecha; me inclino fácilmente hacia la excusa e interpretación más dulces; juzgo de los hombres según el común orden, y no creo en esas propensiones perversas y desnaturalizadas, si a ello no me veo forzado por un flagrante ejemplo, como tampoco creo en los monstruos

y prodigios: soy hombre, además, que me encomiendo de buen grado a la fortuna y a cuerpo perdido me lanzo en sus brazos, con lo cual, hasta hoy, menos motivos he tenido de llorar que de regocijarme, encontrándola, como la encontré, más avisada y amiga de mis asuntos de lo que yo mismo pudiera ser. Algunas acciones hay en mi vida cuya conducta, hablando en justicia, fue difícil, o por lo menos prudente: hasta de estas mismas suponed que la tercera parte sean hijas de mi buen tino; pues bien, las otras dos terceras ricamente las desempeñó el azar. Incurrimos en falta, así lo entiendo yo al menos, por no confiar al cielo nuestras cosas, y pretendemos de nuestra conducta más de lo que debiéramos; por eso naufragan tan fácilmente nuestros designios: se muestra el cielo envidioso de los derechos que atribuimos a la prudencia humana en perjuicio de los suyos, acortándolos a medida que tratamos de amplificarlos. Los individuos de que hablaba se mantuvieron a caballo en el patio, mientras el jefe permanecía conmigo en la sala, y no había querido que llevaran al establo su caballo, so pretexto de retirarse en cuanto recibiera noticias de sus hombres. Se vio, pues, completamente dueño de su empresa, y nada le faltaba sino ejecutarla. Pasado el caso, repitió frecuentemente (pues nada temía denunciarse) que mi semblante y mi franqueza le arrancaron la traición de los puños. Volvió a marchar a caballo; sus gentes no le quitaban los ojos de encima para ver lo que les ordenaba, muy admiradas de verlo salir abandonando sus posiciones.

Otra vez, confiado en no sé qué tregua, que acababa de ser publicada por nuestros ejércitos, me puse en camino por tierras singularmente peligrosas. Apenas hube comenzado a caminar, cuando veo tres o cuatro cabalgatas que de lugares diversos salían en mi persecución: una de ellas me dio alcance a la tercera jornada, y fui acometido por quince o veinte gentileshombres enmascarados, seguidos de una banda de mercenarios. Me encontré pues prendido y vendido, retirado en lo más espeso de una selva vecina, desmontado, desvalijado, mis cofres registrados, mi caja robada, los caballos y el equipaje, todo en manos de nuevos dueños. Largo tiempo permanecimos cuestionando en este matorral sobre las condiciones de mi rescate, el cual tasaban tan alto, que bien parecía que yo les era completamente desconocido. Luego se pusieron a disponer de mi vida, y en

verdad que había muchas circunstancias amenazadoras de peligro en la situación en que me hallaba.

> Ahora es cuando hay que tener ánimo, Eneas, ahora firmeza de corazón.[375]

Yo me mantuve siempre alegando el derecho de la tregua, y diciéndoles que les abandonaría solamente la ganancia que con mis despojos lograran, la cual no era de desdeñar, sin promesa de otro rescate. Al cabo de dos o tres horas que allí permanecimos, y luego de haberme hecho montar en un caballo que no había de tomar el trote, encomendado mi conducción particular a veinte arcabuceros, y distribuido mis gentes entre otros soldados, ordenaron que nos llevaran presos por caminos diferentes; yo me encontraba a dos o tres arcabuzazos de allí,

> Ya invocado el favor de Pólux, e implorado el de Cástor:[376]

cuando he aquí que una repentina e inopinada mutación los asalta. Vi venir hacia mí al jefe profiriendo dulces palabras, tomándose el trabajo de buscar en mi compañía mis vestidos y objetos extraviados, haciendo que se me devolvieran, según iban hallándose, hasta mi propia caja. El mejor presente que me hiciera fue, en fin, el de mi libertad: todo lo demás poco me importaba en aquellos días. La verdadera causa de un cambio tan nuevo, y de una mutación sin ninguna causa aparente, y de un arrepentimiento tan milagroso en tan poco tiempo, en una empresa de antemano pensada y deliberada y que hasta llegó a ser justa por los usos mismos de la guerra (pues desde luego confesé abiertamente el partido a que pertenecía, y la dirección que llevaba), por mucho que me devané la cabeza no acerté a adivinarla. El más visible que se desenmascaró y que me declaró su nombre, insistió varias veces en que yo debía mi libertad a mi semblante, a la franqueza y firmeza de mis palabras, las cuales me hacían indigno de semejante desventura, y me pidió igual proceder si semejante ocasión en que yo interviniera se le presentaba. Posible es que la bondad divina se quisiera servir de este vano instrumento en pro de mi conservación: me defendió aún al día siguiente contra otras emboscadas peores, de las cuales estos mismos individuos me advirtieron. El último de ellos vive todavía y puede referir la historia; el primero fue muerto no hace mucho.

Si mi rostro por mí no respondiera; si no se leyera en mis ojos y en mi voz la sencillez de mis intenciones, no hubiera vivido tan largo tiempo sin querella y sin ofensa, con esta indiscreta libertad de decirlo todo a tuertas y a derechas, cuanto a mi fantasía asalta, y el juzgar temerariamente de las cosas. Esta manera de expresarse puede parecer, y con razón, incivil y mal avenida con nuestros usos; pero ultrajosa y maliciosa nadie he visto que la juzgue, ni a quien haya molestado mi libertad si de mis labios la oyó: las palabras que se profieren tienen como otro son y otro sentido. Así que a nadie odio, y soy tan flojo en el ofender, que ni aun por el servicio de la razón misma soy capaz de tomar este partido; y cuando la ocasión a ello me invitó en las condenas criminales, más bien falté al deber de la justicia: «Pues es mayor mi deseo de que no se cometan faltas que mi disposición de ánimo para castigar las que ya se han cometido».[377] Se cuenta que censuraban a Aristóteles por haber sido excesivamente misericordioso para con un hombre perverso: «Es verdad —repuso—, fui misericordioso para el hombre, pero no hacia la maldad». Los juicios ordinarios se exasperan en el castigo en pro del horror del crimen: esto mismo enfría el mío; el espanto del primer asesinato me hace temer el segundo, y lo horrible de la crueldad primera es causa de que deteste toda imitación. A mí que no soy más que un simple escudero puede aplicarse lo que se decía de Carilo, rey de Esparta: «No podrá ser bueno, porque no es malo para con los malos»; o bien de este otro modo, pues Plutarco lo muestra en estos dos términos, como mil otras cosas diversas y contrariamente: «Menester es que sea bueno, puesto que lo es hasta con los malos mismos». De la misma manera que en las acciones legítimas me contraría emplearme cuando se trata de aquellos a quienes las advertencias molestan, así también, a decir la verdad, en las ilegítimas tampoco me empleo muy gustoso, aun cuando se trate de gentes que consienten en ello.

CAPÍTULO XIII

DE LA EXPERIENCIA

Ningún deseo hay más natural que el deseo de conocer. Todos los medios que pueden conducirnos a él los ensayamos, y, cuando la razón nos falta, echamos mano de la experiencia,

> Nace el arte de la experiencia, por varios modos, mostrando el camino con el ejemplo, **[378]**

que es un medio mucho más débil y más vil, pero la verdad es algo tan grande que no debemos desdeñar ninguna senda que nos conduzca a ella. Tantas formas adopta la razón que no sabemos a cuál atenernos: no muestra menos la experiencia; la consecuencia que pretendemos sacar con la comparación de los acontecimientos es insegura, puesto que son siempre desemejantes. Ninguna cualidad hay tan universal en esta imagen de las cosas como la diversidad y variedad. Y los griegos, los latinos y también nosotros, para emplear el más expreso ejemplo de similitud nos servimos del de los huevos: sin embargo, hombres hubo, señaladamente uno en Delfos, que reconocía marcas diferenciales entre ellos, de tal modo que jamás tomaba uno por otro; y como tuviera unas cuantas gallinas sabía discurrir de cuál era el huevo de que se tratara. La disimilitud se ingiere por sí misma en nuestras obras; ningún arte puede llegar a la semejanza; ni Perrozet**[379]** ni ningún otro pueden pulimentar y blanquear el anverso de sus cartas con tanto cuidado que algunos jugadores no las distingan tan solo al verlas escurrirse en las manos ajenas. La semejanza es siempre menos perfecta que la diferencia. Se diría que la naturaleza se impuso al crear el no repetir sus obras, haciéndolas siempre distintas.

Apenas me complace, sin embargo, la opinión de aquel que pensaba por medio de la multiplicidad de las leyes sujetar la autoridad de los jueces cortándoles en trozos la tarea; no advierten los que tal suponen que hay tanta libertad y amplitud en la interpretación de aquellas como en su hechura; y están muy lejos de la seriedad los que creen calmar y detener nuestros debates llevándonos a la palabra expresa de la Biblia; tanto más cuanto que nuestro espíritu no encuentra el campo menos espacioso al fiscalizar el sentido ajeno que al representar el suyo propio; y como si no hubiera menos animosidad y rudeza al glosar que al inventar. Quien aquello afirmaba vemos nosotros claramente cuánto se equivocaba, pues en Francia tenemos más leyes que en todo el resto del universo mundo, y más de las que serían necesarias para gobernar todos los mundos que ideó Epicuro; «como en el pasado por causa de las plagas, pensamos ahora por causa de las leyes».**[380]** Y sin embargo, dejamos tanto que opinar y decidir al albedrío de nuestros jueces, que jamás se vio libertad tan poderosa ni tan licenciosa. ¿Qué salieron ganando nuestros legisladores con elegir cien mil cosas particulares y acomodar a ellas otras tantas leyes? Este número no guarda ninguna proporción con la infinita diversidad de las acciones humanas, y la multiplicación de nuestras invenciones no alcanzará nunca la variación de los ejemplos. Pueden añadirse a estos cien mil más distintos, y sin embargo no sucederá que en los acontecimientos venideros se encuentre ninguno (con todo ese gran número de millares de sucesos escogidos y registrados) con el cual se pueda juntar y aparejar tan exactamente que no quede alguna circunstancia y diversidad que requiera una interpretación distinta del juicio. Escasa es la relación que guardan nuestras acciones, las cuales se mantienen en mutación perpetua con las leyes, fijas y móviles: las más deseables son las más raras, sencillas y generales: y aún me atreveré a decir que sería preferible no tener ninguna que poseerlas en número tan abundante como las tenemos.

La naturaleza las procura siempre más dichosas que las que nosotros elaboramos, como acreditan la pintura de la edad dorada de los poetas y el estado en que vemos vivir a los pueblos que no disponen si no es de las naturales. Gentes son estas que en cuestión de juicio emplean en sus causas al primer pasajero que viaja a lo largo de sus montañas, y que eligen, el día

del mercado, uno de entre ellos que en el acto decide todas sus querellas. ¿Qué daño habría en que los más prudentes resolvieran así las nuestras conforme a las ocurrencias y a la simple vista, sin necesidad de ejemplos ni consecuencias? Cada pie quiere su zapato. El rey Fernando, al enviar colonos a las Indias, ordenó sagazmente que entre ellos no se encontrara ningún escolar de jurisprudencia, temiendo que los procesos infestaran el nuevo mundo, como cosa por su naturaleza generadora de altercados y divisiones, y juzgando con Platón que «es para un país provisión detestable la de jurisconsultos y médicos».

¿Por qué nuestro lenguaje común, tan fácil para cualquier otro uso, se convierte en oscuro e ininteligible en contratos y testamentos? ¿Por qué quien tan claramente se expresa, sea cual fuere lo que diga o escriba, no encuentra en términos jurídicos ninguna manera de exteriorizarse que no esté sujeta a duda y a contradicción? Es la causa que los maestros de este arte, aplicándose con particular atención a escoger palabras solemnes y a formar cláusulas artísticamente hilvanadas, pesaron tanto cada sílaba, desmenuzaron tan hondamente todas las junturas, que se enredaron y embrollaron en la infinidad de figuras y particiones, hasta el extremo de no poder dar con ninguna prescripción ni reglamento que sean de fácil comprensión: «confuso es lo que se divide hasta reducirlo a polvo».[381] Quien vio a los muchachos intentando dividir en cierto número de porciones una masa de mercurio, habrá advertido que cuanto más la oprimen y amasan, ingeniándose en sujetarla a su voluntad, más irritan la libertad de ese generoso metal, que va huyendo ante sus dedos, menudeándose y desparramándose más allá de todo cálculo posible: lo mismo ocurre con las cosas, pues subdividiendo sus sutilezas, se enseña a los hombres a que las dudas crezcan; se nos coloca en vías de extender y diversificar las dificultades, se las alarga y dispersa. Sembrando las cuestiones y recortándolas, se hacen fructificar y cundir en el mundo la incertidumbre y las querellas, como la tierra se fertiliza cuanto más se desmenuza y profundamente se remueve. «La variedad de doctrinas engendra la doctrina y a la vez la confusión.»[382] Dudamos, con el testimonio de Ulpiano,[383] y todavía más con Bartolo y Baldo.[384] Era preciso borrar la huella de esta diversidad innumerable de opiniones y no

adornarse con ellas para quebrar la cabeza a la posteridad. No sé yo qué decir de todo esto, mas por experiencia se sabe que tantas interpretaciones disipan la verdad y la despedazan. Aristóteles escribió para ser comprendido: si no pudo serlo, menos hará que penetren su doctrina otro hombre menos hábil, y un tercero menos que quien sus propias fantasías trata. Nosotros manipulamos la materia y la esparcimos desleyéndola; de un solo asunto hacemos mil, y recaemos, multiplicando y subdividiendo, en la infinidad de los átomos de Epicuro. Nunca hubo dos hombres que juzgaran de igual modo la misma cosa; y es imposible ver dos opiniones exactamente iguales, no solo en distintos hombres, sino en uno mismo a distintas horas. Ordinariamente encuentro qué dudar allí donde el comentario nada señaló; con facilidad mayor me caigo en terreno llano, como ciertos caballos que conozco, los cuales tropiezan más comúnmente en camino unido.

¿Quién no dirá que las glosas aumentan las dudas y la ignorancia, puesto que no se ve ningún libro humano ni divino, con el que el mundo se ataree, cuya interpretación acabe con la dificultad? El centésimo comentario se remite al que le sigue, que luego es más espinoso y escabroso que el primero. Cuando convenimos que un libro tiene bastantes, ¿nada hay ya que decir sobre él? Esto de que voy hablando se ve más patente en el pleiteo: otorgándose autoridad legal a innumerables doctores y decretos, así como a otras tantas interpretaciones; ¿reconocemos, sin embargo, algún fin o necesidad de interpretar? ¿Se advierte con ello algún progreso y adelantamiento hacia la tranquilidad? ¿Necesitamos menos abogados y jueces que cuando este promontorio jurídico permanecía todavía en su primera infancia? Muy por el contrario, oscurecemos y enterramos la inteligencia del mismo; ya no lo descubrimos sino a merced de tantos muros y barreras. Desconocen los hombres la enfermedad natural de su espíritu, el cual solo se ocupaba en bromear y mendigar; va constantemente dando vueltas, edificando y atascándose en su tarea, como los gusanos de seda, para ahogarse; *mus in pice*:[385] se figura advertir de lejos no sé qué apariencia de claridad y de verdad imaginarias, pero mientras a ellas corre, son tantas las dificultades que se atraviesan en su camino, tantos los obstáculos y nuevas requisiciones, que estos acaban por extraviarlo y trastornarlo. No de otro modo sucedió a los perros de Esopo, los cuales al

descubrir en el mar algo que flotaba semejante a un cuerpo muerto, y no pudiendo acercarse a él, decidieron beber el agua para secar el paraje, y se ahogaron. Con lo cual concuerda lo que Crates decía de los escritos de Heráclito, o sea, «que habrían menester un lector que fuera buen nadador», a fin de que la profundidad y el peso de su doctrina no lo tragaran y sofocaran. Solo la debilidad individual es lo que hace que nos contentemos con lo que otros o nosotros mismos encontramos en esta persecución de la verdad; uno más diestro no se conformará, quedando siempre lugar para un tercero, igualmente que para nosotros mismos, y camino por donde quiera. Ningún fin hay en nuestros inquirimientos; el nuestro está en el otro mundo. El que un espíritu se satisfaga, es signo de cortedad o de cansancio. Ninguno que sea generoso se detiene en cuanto emplea su propio esfuerzo; pretende siempre ir más allá, agotando sus fuerzas; posee vuelos que exceden, que sobrepasan los efectos; cuando no adelanta, ni se atormenta ni da en tierra, o no choca ni da vueltas, no es vivo sino a medias; sus persecuciones carecen de término y de forma; su alimento se llama admiración, erradumbre, ambigüedad. Lo cual acreditaba de sobra Apolo hablándonos siempre con doble sentido, oscura y oblicuamente; no saciándonos, sino distrayéndonos y atareándonos. Es nuestro espíritu un movimiento irregular; perpetuo, sin modelo ni objetivo: sus invenciones se exaltan, se siguen y se engendran las unas a las otras:

> Así las aguas de un arroyo se deslizan sin fin, rodando unas tras otras, unidas y de modo constante; un agua sigue a la otra y ambas huyen entre sí. Esta por aquella es empujada, y aquella por la otra adelantada: el agua va siempre al agua, y siempre es el mismo arroyo, y siempre agua diferente.[386]

Da más quehacer interpretar las interpretaciones que dilucidar las cosas; y más libros se compusieron sobre los libros que sobre ningún otro asunto: no hacemos más que entreglosarnos unos a otros. El mundo hormiguea en comentadores; de autores hay gran carestía. El primordial y más famoso saber de nuestros siglos, ¿no consiste en acertar a entender a los sabios?, ¿no es este el fin común y último de todo estudio? Nuestras opiniones se injertan unas sobre otras; la primera sirve de sostén a la segunda, la segunda a la tercera; así, de grado en grado, vamos escalonándolas, de donde acontece que el que ascendió más alto frecuentemente atesora mayor honor

que mérito, pues no ascendió sino en el espesor de un grano de mijo sobre los hombros del penúltimo.

¡Cuán frecuente, y torpemente quizá, amplifiqué yo mi libro hablando de él mismo! Torpemente, aun cuando no fuera más que por la sencilla razón que debiera moverme a acordarme de lo que digo de aquellos que hacen otro tanto, o sea: «que esas ojeadas tan frecuentes a su obra son testimonio de un corazón estremecido de puro amor; y hasta las asperezas del menosprecio con que la combaten, no son sino melindres y afectaciones enconados de un sentimiento material», según Aristóteles, para quien valorarse y menospreciarse nacen a veces de arrogancia semejante. La excusa que yo presento de «que debo disfrutar en aquello mismo libertad mayor que los demás, puesto que escribo de mí y de mis escritos deliberadamente, como de mis demás acciones, y que mis argumentos se rebelen contra mí mismo», ignoro si alguien la tomará en consideración para disculparme.

En Alemania he visto que Lutero ha dejado tantas divisiones y altercaciones sobre la interpretación de sus ideas, y más todavía de las que promovió sobre la Santa Escritura. Nuestro cuestionar es puramente verbal: yo pregunto, por ejemplo, lo que es naturaleza, voluptuosidad, círculo y sustitución; la cosa no depende sino de palabras, y con ellas se paga. Una piedra es un cuerpo: mas quien apurase siguiendo, «y cuerpo ¿qué es?», «Sustancia». «¿Y sustancia?» y así sucesivamente, acorralaría por fin al que respondiera en los confines de su calepino. Una palabra se cambia por otra, a veces más desconocida que la primera; conozco mejor lo que es hombre, que no lo que es animal, mortal o racional. Para aclarar una duda se me propinan tres; es la cabeza de la hidra. Sócrates preguntaba a Memnón: «¿Qué era la virtud?». «Hay —decía Memnón—, virtud de hombre y de mujer; de funcionario y de hombre privado, de niño y de anciano.» «¡Buena es esa! —exclamó Sócrates—, buscábamos una virtud y nos presentas un enjambre.» Comunicamos una cuestión, y se nos facilita una colmena. Al igual que ningún acontecimiento ni ninguna forma se asemejan exactamente a otras, así ocurre que ninguna cosa difiere de otra por completo: ¡ingeniosa mezcolanza de la naturaleza! Si nuestras caras no fueran semejantes, no podría discernirse el hombre de la bestia; si no fueran desemejantes,

tampoco se acertaría a distinguir el hombre del hombre; todas las cosas se ligan mediante alguna similitud; todo ejemplo cojea, y la relación que por la experiencia se alcanza, es siempre floja e imperfecta. De todos modos las comparaciones se juntan por algún cabo, y así también las leyes se adaptan a nuestros negocios a expensas de alguna interpretación apartada, obligada y oblicua.

Puesto que las leyes morales, cuyo objeto es el deber particular de cada uno en sí, son tan difíciles de establecer como por experiencia tocamos, no es sorprendente que las que gobiernan el conjunto lo sean más aún. Considerar la índole de esta justicia que nos rige, la cual es un verdadero testimonio de la debilidad humana: tan grande es la contradicción y el error que alberga. Lo que nosotros creemos favor o rigor en la justicia, y reconocemos tanto que no sé si con el término medio se tropieza con igual frecuencia, no son sino partes enfermizas y miembros injustos del cuerpo mismo y esencia de ella. Unos campesinos acaban de advertirme apresuradamente que han dejado en un bosque de mi pertenencia a un hombre acribillado de heridas, que todavía respira, y que por piedad les ha pedido agua, y socorro para que le levantaran: ellos dicen que ni siquiera osaron acercarse a él, y han huido, temiendo que los hombres de la justicia los atraparan, y que como ocurre cuando se encuentra a alguien junto a un muerto, los obligaran a dar cuenta de lo sucedido para la cabal ruina de todos, puesto que carecen de capacidad y dinero con que defender su inocencia. ¿Que los hubiera yo repuesto? Es ciertísimo que ese deber de humanidad los hubiera colocado en un aprieto.

¿Cuántos inocentes no hemos descubierto que fueron castigados hasta sin culpa por los jueces, y cuántos más que no descubrimos? El hecho siguiente ocurrió en mi tiempo. Algunos fueron condenados a muerte por homicidio; la sentencia si no dictada fue al menos en principio acordada. Así las cosas, ocurre que los jueces son advertidos por los magistrados de un tribunal subalterno vecino, de que guardan algunos prisioneros, quienes confiesan resueltamente el homicidio, llevando al proceso una claridad indudable. Se delibera si, a pesar de ello, se debe interrumpir y diferir la ejecución de la sentencia emitida contra los primeros; se considera la novedad del ejemplo, y su consecuencia, para suspender los juicios; que la

condena fue jurídicamente sentada, y los jueces de arrepentimiento exentos. En suma, aquellos pobres diablos se sacrifican a las fórmulas de la justicia. Filipo (o algún otro) proveyó a un inconveniente parecido de la manera siguiente: había condenado a un hombre a pagar a otro recias multas, por virtud de un juicio bien determinado, y como la verdad se hallara algún tiempo después, se vio que el juicio había sido injusto. De un lado estaba la razón de la causa, del otro la razón de las formas judiciales: el rey satisfizo en cierto modo a ambos, dejando la sentencia en su primitivo estado y recompensado de su bolsillo los perjuicios del lesionado. Pero este accidente era reparable; los individuos de los que hablo fueron irreparablemente ahorcados. ¡Cuántas condenas he visto más criminales que el crimen mismo!

Esto trae a mi memoria aquellas opiniones antiguas: «Que es fuerza ejecutar males particulares a quien quiere obrar bien en conjunto; e injusticias en las cosas pequeñas a quien pretende hacer justicia en las grandes; que la justicia humana se formó o modeló con la medicina, según la cual, todo cuanto es útil, es a la vez justo y honrado: y me recuerda también lo que dicen los estoicos, o sea que la naturaleza misma procede contra la justicia en la mayor parte de sus obras; y lo que pregonan los cirenaicos: que nada hay justo por sí mismo, y que las costumbres y las leyes son las que forman la justicia; y lo que afirman los teodoricianos, quienes para el filósofo encuentran justo el latrocinio, el sacrilegio y toda suerte de lujuria, siempre y cuando que le sean provechosos». La cosa es irremediable: yo me planto en el dicho de Alcibíades, y jamás me presentaré, en cuanto de mí dependa, ante ningún hombre que decida de mi cabeza, donde mi honor y mi vida penden del cuidado y habilidad de mi procurador, más que de mi inocencia. Me arriesgaría a semejante justicia quien considerara el bien obrar y también el malo; donde me cupiera tanta esperanza como temor: la indemnización no es recompensa suficiente para un hombre cuya conducta supera al no incurrir en falta. No nos muestra nuestra justicia más que una de sus manos, y esta ni siquiera es la derecha: quien con ella se las tiene, pierde seguramente.

En China, donde las leyes y las artes, sin mantener comercio ni tener conocimiento de las nuestras, sobrepasan nuestros ejemplos en muchas

partes de excelencia, y cuya historia me enseña cuánto más amplio es el mundo y más diverso de lo que los antiguos y nosotros penetramos, los oficiales comisionados por el príncipe, para estudiar la situación de sus provincias, al igual que castigan a los malversadores del erario, también remuneran con liberalidad cabal a los que se condujeron por encima de lo ordinario y excedieron el deber que su cargo les imponía: ante aquellos se comparece no solo para responder de la misión encomendada, sino para adquirir con ella, ni simplemente para ser remunerado, sino para ser gratificado.

A Dios gracias, hasta ahora ningún juez me habló como tal, ni por negocio mío ni por el de un tercero, ni criminal ni civilmente: ninguna prisión me recibió, ni siquiera para pasearme por ella; la fantasía misma me muestra ingrata la vista de tales recintos. Tan loco estoy de libertad, que si alguien me prohibiera el acceso de algún rincón de las Indias, viviría en algún modo contrariado; y mientras encontrara tierra o aire libres por otras partes, no me estancaría en un lugar donde me fuera necesario ocultarme. Bien sabe Dios que yo soportaría mal la condición en que veo a tantas personas, clavadas en un barrio de estos reinos, privadas de la entrada en las principales ciudades y cortes y de la frecuentación de los caminos públicos, por haber infringido las leyes. Si aquellas a quienes sirvo me amenazaran, siquiera fuera en lo que monta un grano de anís, partiría al instante en busca de otras, donde quiera que fuese. Toda mi insignificante prudencia en estas guerras civiles en que vivimos, va encaminada a que no interrumpan mi libertad de ir y venir.

Ahora bien, estas se mantienen en crédito, no porque sean justas, sino porque son leyes, tal es la piedra de toque de su autoridad; de ninguna otra disponen que las sirva bien. A veces fueron tontos quienes las hicieron, y con mayor frecuencia gentes que por odio de la igualdad, despliegan una falta de equidad; pero siempre fueron hombres, vanos autores e irresueltos. Nada hay tan grave, ni tan ampliamente sujeto a error como en leyes; en ellos caen siempre sin cesar. Quien las obedece porque son juntas, no lo hace precisamente por donde seguirlas debe. Las nuestras, francesas, nos dan la mano de algún modo, merced a su desbarajuste y deformidad para el desorden y corrupción que vemos en su promulgación y ejecución: la

autoridad es tan turbia e inconstante que excusa algún tanto la desobediencia, y el vicio de interpretación en la administración y en la observancia. Cualquiera que sea, pues, el fruto que de la experiencia podamos alcanzar, apenas servirá gran cosa a nuestro régimen el que sacamos de los ejemplos ajenos, si tan mal utilizamos el que de nosotros mismos tenemos, el cual nos es más familiar, y en verdad capaz de instruirnos en lo que nos precisa. Yo me estudio más que ningún otro asunto: soy mi física y mi metafísica.

> Por qué arte sostiene Dios esta morada; por dónde viene la luna al salir, y en qué consiste su falta, puesto que reunidos después ambos cuerpos adquieren su plenitud cada período mensual; de dónde vienen los vientos dominantes en el mar; qué influencia ejerce el soplo del Euro y de dónde procede el agua perenne que hay en las nubes; ha de llegar un día en que los fundamentos del orden han de ser destruidos… Investigad, vosotros a quienes preocupa la obra del universo.[387]

En esta universalidad me dejo ignorante y negligentemente llevar por la ley general del mundo: de sobra la sabré cuando la sienta; mi ciencia no puede hacerla mudar de sendero: no se diversificará por mí; considero que es locura esperarla y más grande aún apenarse por ella, puesto que en todo es necesariamente semejante, pública y común. La bondad y capacidad del gobernador nos debe pura y plenamente descargar del cuidado del gobierno: las inquisiciones y contemplaciones filosóficas solo sirven de alimento a nuestra curiosidad. Con harta razón los filósofos os remiten a los preceptos de la naturaleza, pero estos nada tienen que hacer con un conocimiento tan sublime: ellos lo falsifican, presentándonos disfrazado el semblante de aquellos, subido de color y sofístico en exceso, de donde nacen tantos retratos diversos de un asunto tan uniforme. Como nos proveyó de pies para andar, también nos suministró prudencia para manejarnos en la vida, no tan ingeniosa, robusta, ni pomposa como la que para nuestro uso inventaron, sino fácil, queda y saludable; esta cumple de maravilla lo que la otra ordena en quien sabe emplearla de una manera ingenua y ordenada, es decir, de una manera natural. El más sencillo encomendarse a la naturaleza, es el más prudente entregarse. ¡Oh, cuán dulce almohada, blanda y sana es la ignorancia y falta de curiosidad, para el reposo de una cabeza bien conformada!

Mejor preferiría entenderme bien conmigo mismo que no con Cicerón. Con la experiencia que tengo de mí mismo tengo bastante con que hacerme prudente si fuera un buen escolar: quien ingiere en su memoria el exceso de su cólera pasada y hasta dónde esta fiebre le llevó, ve toda la fealdad de esta pasión mejor que en Aristóteles, y de ella concibe un odio más justo; quien recuerda los males que le atormentaron, lo que le amenazaron, las ligeras sacudidas que le cambiaron de un estado en otro, con ello se prepara para las mutaciones futuras y para el reconocimiento de su condición. La vida de César no es de mejor ejemplo que la nuestra para nosotros mismos; emperadora o popular, siempre es una vida acechada por todos los accidentes humanos. Escuchémonos vivir, esto es todo cuanto tenemos que hacer; nosotros nos decimos todo lo que principalmente necesitamos; quien recuerda haberse engañado tantas y tantas veces merced a su propio juicio, ¿no es un tonto de remate al no desconfiar de él para siempre? Cuando por razones ajenas me convenzo de la evidencia de una falsa opinión, no veo tanto lo que de nuevo se me ha dicho (flaca adquisición sería), como en general pienso en mi debilidad y en la traición de mi entendimiento, de lo cual saco enseñanza para mi corrección en conjunto. Con todos mis demás errores hago igual, y experimento con esta regla una gran utilidad para la vida: no considero la especie ni el individuo como una piedra donde haya tropezado, sino que aprendo a desconfiar en todo de mis medios, deteniéndome a mejorarlos. Los yerros en que mi memoria me hizo caer con tanta frecuencia, hasta cuando estuvo más segura de sí misma, no fueron cabalmente perdidos: inútil es ahora que me jure y perjure afianzarse en lo sucesivo: hago con la cabeza la señal de quien desconfía; el primer reparo que se presenta a su testimonio me deja suspenso, y no osaría fiarme de ella en cosa de alguna monta ni fundamentarla en autoridad ajena. Y si no considerara que en el defecto en que yo incurro por falta de fe, cogería siempre la verdad de boca del prójimo, mejor que de la mía, tratándose de hechos. Si cada cual expiara de cerca los efectos y circunstancias de las pasiones que le dominan como yo hice con aquellas en que caí, las verían venir, procurando hacer un poco más lenta la impetuosidad y la carrera de las mismas: no saltan de una vez a nuestra garganta; se muestran a veces con gradaciones y amenazas:

> Así cuando las olas empiezan a ponerse blanquecinas con las primeras ráfagas de viento, y después poco a poco a agitarse en el mar y a remontar más altas sus ondas, hasta que al fin parece como si tocaran el firmamento.[388]

El juicio ocupa en mí un lugar primordial, o al menos cuidadosamente se esfuerza para ello; deja a mis apetitos amplio campo, así al odio como a la amistad, hasta la que a mí mismo me profeso, sin alterarlo ni corromperlo: si no puede reformar las demás partes según él, por lo menos no se deja deformar por ellas; cumple su misión aislado.

La advertencia común «De conocerse», debe de ser de un importante efecto, puesto que aquel Dios de ciencia y de luz[389] lo hizo plantar al frente de su templo como compendio de cuanto tenía que aconsejarnos: Platón dice también que la prudencia no es otra cosa que la ejecución de esta enseñanza; y Sócrates lo verifica con mucho detalle en Jenofonte. Las dificultades y oscuridades no se descubren en las ciencias sino por aquellos que las penetraron, pues precisa todavía algún grado de inteligencia para percibir la ignorancia; para saber si una puerta está cerrada, menester es empujarla; de donde nace esta sutileza platónica: «Ni los que saben necesitan inquirir, puesto que saben; ni tampoco los que no saben, puesto que para informarse precisa saber en lo que se trata de inquirir». Así en lo tocante a «Conocerse a sí mismo», lo que de todos se muestren tan resueltos y satisfechos, y lo que cada cual crea hallarse suficientemente competente, significa que nadie entiende ni jota, conforme Sócrates enseña a Eutidemo. Yo que de otra cosa no hago profesión, en ello encuentro una profundidad y variedad tan infinitas que en mi aprendizaje no reconozco otro fruto que el de hacerme sentir cuánto me queda por aprender. A mi debilidad, tantas veces reconocida, debo mi inclinación a la modestia, la sujeción a las creencias que me fueron prescritas, la constante frialdad y moderación de opiniones, y el odio de esa arrogancia importuna y querellosa que en sí se cree y todo lo fía, y en sí todo lo confía, capital enemiga de la disciplina y de la verdad. Oíd cómo ejercen de maestros; para las primeras torpezas que anticipan emplean el estilo de un profeta o el de un legislador. «Nada hay más censurable que lanzar el aserto y la aprobación antes del conocimiento y la percepción.»[390] Aristarco decía que antiguamente apenas si se encontraron siete sabios en el mundo, y que en su tiempo apenas se

encontraban siete ignorantes; ¿no tendríamos nosotros mayor motivo de afirmar lo mismo de nuestro tiempo? La afirmación y la testarudez son signos expresos de torpeza. Quien ha caído de bruces en el suelo cien veces en un día, lo veis al instante sustentado sobre sus espolones, tan resuelto y cabal como antes: se diría que al punto le infundieron algún alma y vigor de entendimiento nuevos y que le acontece lo mismo que a aquel antiguo hijo de la tierra,[391] que alcanzaba nueva firmeza y se reforzaba con su caída;

> Cuyos miembros, perdida ya la fuerza, cobran nueva energía al ponerse en contacto con su madre la tierra;[392]

ese indócil porfiado, ¿cree recuperar un nuevo espíritu emprendiendo una nueva disputa? Por experiencia propia acuso la humana ignorancia, que es a mi entender el más seguro partido de la mundanal escuela. Los que en sí mismos no quieren reconocerla, valiéndose de ejemplo tan vano como el mío, o como el suyo propio, que la descubran por Sócrates, el maestro de los maestros; pues Antístenes el filósofo decía a sus discípulos: «Vamos todos a oírle; ante él, seré yo discípulo con vosotros»; y sentado el dogma de su secta estoica, según el cual, «la virtud basta para hacer la vida plenamente dichosa sin necesidad de ningún otro aditamento», añadía: «si no es de la fuerza de Sócrates».

Esta dilatada atención que yo pongo en considerarme me enseña también a juzgar medianamente a los demás; y pocas cosas hay que hable de una manera más dichosa y admisible. Me sucede con frecuencia ver y distinguir más exactamente la condición de mis amigos de lo que ellos la reconocen; a alguno dejé admirado por la pertinencia de mi descripción, y de sí mismo le advertí. Por haberme acostumbrado desde mi infancia a mirar mi vida en la de los otros adquirí una actitud estudiosa en este punto, y cuando en ello me empleo, pocas cosas me escapan a mi alrededor que dejen de ilustrarme: actitudes, humores, razonamientos. Todo lo estudio, lo que me precisa huir como lo que he menester seguir. Así en mis amigos descubro por el modo cómo se producen sus inclinaciones internas; y no para ordenar tan infinita variedad de acciones, tan diversas y tan recortadas, en ciertos géneros y capítulos, y distribuir distintamente mis pareceres y divisiones en clases y regiones conocidas;

Pues son innumerables las especies, y los nombres de cada una.[393]

Los doctos hablan, y denotan sus fantasías más específicamente y con todo detalle: yo que no veo en ellas sino lo que el uso me informa, sin regla alguna, presento las mías generalmente a tientas, como aquí formulo mi sentencia mediante artículos descosidos, como cosa que no se puede decir en conjunto ni en montón: la relación y conformidad no se encuentran en almas como las nuestras, bajas y comunes. Es la prudencia un edificio sólido y entero en el cual cada pieza ocupa su rango y lleva su marca correspondiente: «Solo la sabiduría se contiene toda dentro de sí misma».[394] Yo dejo a los artífices (y no estoy muy seguro de si logran su empeño en cosa tan complicada, menuda y fortuita) el ordenar en categorías esta variedad innumerable de aspectos, detener nuestra inconstancia y disponerla en orden. No solamente considero difícil el ligar nuestras acciones las unas a las otras, también aisladas juzgo muy complicado el designarlas propiamente, por alguna cualidad principal: tan dobles son todas ellas y abigarradas, según el cristal con que se miran. Lo que por raro se advierte en Perseo, rey de Macedonia, o sea: «que su espíritu a ninguna condición se sujetaba, sino que iba errando por todos los géneros de vida y representando costumbres tan libres en su vuelo y tan vagabundas que ni él mismo ni los demás conocían qué clase de hombre fuera», me parece aproximadamente convenir a todo el mundo, y por cima de todos he visto algún otro de su medida a quien esta conclusión podría aplicarse todavía más propiamente, a mi modo de ver.[395] Ninguna posición media; yendo a dar del uno al otro extremo por causas inadivinables; ninguna clase de rumbo, sin experimentar contrariedad portentosa; ninguna facultad completamente buena ni enteramente mal, de tal manera que lo más verosímilmente que algún día pueda representársele será diciendo que gustaba y estudiaba el darse a conocer por ser desconocido. Hay que tener oídos bien resistentes para escuchar el juicio franco de sí mismo; y porque son pocos los que pueden sufrirlo sin mordedura, los que se determinan a emprenderlo de nosotros nos muestran una amistad singular, pues es querer raramente el tomar a su cargo el ofender y el herir para buscar provecho. Duro es a mi entender el juzgar a aquel cuyas malas condiciones sobrepasan a las buenas:

Platón recomienda tres cualidades a quien pretende examinar el alma ajena: ciencia, benevolencia y resolución.

Alguna vez se me ha preguntado para qué me hubiese reconocido yo apto en el caso de que a alguien se le hubiera ocurrido servirse de mí cuando de ello estaba en edad;

> Cuando me daba fuerzas una sangre mejor, cuando la vejez envidiosa no me había cubierto con su manto blanco.[396]

«A nada», contestaba yo: y me excuso de buen grado de no saber hacer cosa que a otro me esclavice. Pero habría dicho las verdades a mi maestro, y hubiera fiscalizado sus costumbres si él lo hubiese deseado: no en conjunto, por medio de lecciones escolásticas, que ignoro por completo (y ninguna enmienda veo nacer en los que las conocen), sino observándolas paso a paso, con toda oportunidad, y juzgando a la vista, parte por parte, de manera sencilla y natural; haciéndole ver quién es conforme a la opinión común, oponiéndome a sus cortesanos. Ninguno hay de entre nosotros que no valiera menos que los reyes si fuera así, continuamente corrompido, como ellos lo son, por esa canalla de gentes: ¿y cómo si hasta Alejandro, aquel gran monarca y filósofo, no pudo liberarse de ellos? Yo hubiera poseído fidelidad bastante y también resolución de juicio para expresarme con desahogo. Sería un cargo sin razón de ser en la casa de un príncipe si así no se desempeñara, no respondiendo al efecto para que se instituye, y es un papel que no todos pueden indistintamente desempeñar, puesto que hasta la verdad misma carece del privilegio de ser empleada a cada instante, y en todas las cosas; tan noble como es su causa, tiene sus circunscripciones y sus límites. Con frecuencia ocurre, siendo el mundo como es, que se desliza en el oído de un monarca, no solamente sin provecho, sino también perjudicial e injustamente; y nadie podrá hacerme creer que un santo advertimiento no pueda a veces ser viciosamente aplicado, ni que el interés de la sustancia no tenga que inclinarse en ocasiones al de la fórmula.

Quisiera yo, para este oficio, un hombre contento de su fortuna,

> Lo que es quisiera ser, y no anhela cosa distinta,[397]

y nacido en situación mediana; con tanta más razón cuanto que de una parte no temería tocar viva y profundamente el corazón de su señor para no desviarse con esta conducta del curso de su carrera; por otro lado, siendo de aquella condición tendría más fácil comunicación con toda clase de gentes. Quisiera también un solo hombre, pues extender a varios el privilegio de esta libertad y privanza engendraría una perjudicial irreverencia; exigiría, sobre todo, en el hombre del que hablo la fidelidad y la reserva.

Un soberano no es de creer cuando se alaba de su firmeza en aguardar el encuentro del enemigo para su gloria, si para su provecho y mejoramiento no es capaz de soportar la libertad de las palabras amigables, cuyo fin no es otro que el de pellizcarle el oído (el complemento efectivo está en su mano). Ahora bien, no hay ninguna condición humana que más haya menester que los reyes de verdaderas y libres advertencias: pública es su vida, y han de ser gratos a la opinión de tantos espectadores, mas como se acostumbra a callarlos cuanto puede apartarlos de la resolución que formaran, cuando menos lo piensan se muestran sin sentirlo entregados al odio y execración de sus pueblos por circunstancias que acaso hubieran podido evitar sin detrimento de sus placeres, de haber sido avisados y, desde luego, bien encaminados. Comúnmente los favoritos miran por sí mismos más que por el soberano, y así no les va mal, pues, a la verdad, casi todos los deberes de la amistad verdadera se colocan cuando en aquel se emplean en una prueba ruda y peligrosa. De modo que precisa para con ellos no solamente mucha estima y franqueza, sino también la entereza y el ánimo.

En fin, toda esta mezcolanza que yo emborrono aquí, no es más que un registro de las experiencias de mi vida, la cual, por lo que a la salud interna toca, es bastante ejemplar, no como un modelo que imitar, sino que evitar; mas por lo que respecta a la salud corporal, nadie mejor que yo puede proveer de experiencias más útiles, ni presentarla pura, de ningún modo corrompida ni adulterada, por arte ni opinión preconcebidos. En las cosas tocantes a la medicina, todo lo puede la experiencia, aun cuando impere la razón. Decía Tiberio que quien había vivido veinte años debía estar bien al cabo de las cosas que le eran perjudiciales o favorables, y saber manejarse libre de medicinas; lo cual acaso aprendiera en Sócrates, quien

cuidadosamente aconsejaba a sus discípulos como un estudio principal el estudio de su salud, añadiendo que era difícil para un hombre de entendimiento que pusiera reparo en sus ejercicios, en comer y en beber, el no discernir mejor que cualquier médico lo que le era bueno o malo. Así la medicina hace siempre gala de mostrar constantemente la experiencia como piedra de toque de sus operaciones, y así Platón decía bien al asegurar que para ser médico verdadero sería necesario haber pasado por todas las enfermedades que han de curarse y por todas las circunstancias y accidentes de que un facultativo debe juzgar. Es razón que padezcan el mal venéreo si pretenden saber curarlo. En las manos de uno así aceptaría yo encomendarme, pues los otros nos guían a la manera de aquel artista que pintara los mares, los escollos y los puertos, tranquilamente sentado en su gabinete, e hiciera pasear la figura de un navío con seguridad cabal: lanzadle a la realidad, y no sabrá por dónde se anda. Hacen igual descripción de nuestros males que el pregonero de la ciudad, cuando grita la pérdida de un caballo o la de un perro de tal color, alzada u oreja, a quien, cuando el animal es presentado, lo desconoce por completo sabiendo sus señas puntuales. ¡Pluguiera a Dios que la medicina me procurase algún día en evidente y buen socorro; entonces gritaría de buena fe sus milagros,

> ¡Al fin doy una mano con ciencia eficaz![398]

Las artes que nos prometen mantener el cuerpo en salud y lo mismo el alma, mucho es lo que nos prometen, así no hay ningunas otras que más desencanten ni desilusionen. Y en nuestro tiempo, los que entre nosotros las ejercen, muestran menos los efectos que todos los demás hombres; puede decirse de ellos, a lo sumo, que venden drogas medicinales, mas que sean médicos no puede asegurarse. Yo he vivido bastante tiempo para poder tener en cuenta el régimen que tan largo me condujo: para quien quiera gustarlo me presento como escanciador. He aquí algunos ejemplos tal como el recuerdo me los muestra: ninguno de mis humores ha dejado de cambiar a medida de los accidentes; registro solo los más ordinarios, los que me dominaron hasta el momento actual.

Mi manera de vivir es la misma cuando estoy sano que cuando estoy enfermo: reposo en el mismo lecho y a horas idénticas, tomo los mismos

alimentos e igual bebida, y la única diferencia consiste en la moderación del más o del menos, según mis fuerzas y apetito. Consiste mi salud en mantener sin trastorno mi estado natural. Yo veo que la enfermedad me deja libre de un lado, y si otorgo crédito a los médicos me desvían del otro, de suerte que, por azar y por arte, me encuentro fuera de mi camino. Nada más que esto creo con mayor certeza: que en manera alguna podrán ocasionarme quebranto las cosas con que me familiaricé de tan antiguo. La costumbre imprime norma a nuestra vida, tal cual le place, y todo lo puede en este punto; es el brebaje de Cirque, que diversificara a su antojo nuestra naturaleza. ¡Cuántas naciones, hasta las situadas a cuatro pasos de nosotros, consideran ridículo el temor a la humedad de la noche, que nos hiere tan sensiblemente! Un alemán enferma acostándose sobre un colchón, un italiano sobre la pluma blanda, y un francés sin cortinaje ni fuego. El estómago de un español no soporta nuestra manera de comer, ni el nuestro el beber a la suiza. Me agradaron las palabras de un alemán en Augsburgo, el cual censuraba las molestias de nuestros hogares con iguales argumentos a los de ordinario por nosotros empleados para condenar sus estufas, pues a la verdad ese calor estadizo, junto con el olor de la sustancia que las compone, recalentada, aturde a casi todos los no habituados; a mí no me hace mella, pero por lo demás, aun siendo el calor igual, constante y general, sin llama ni humo, y sin el viento que la abertura de nuestras chimeneas nos procura, tiene por qué ser comparado con el nuestro. ¿Por qué no imitamos la arquitectura romana? Se dice que en lo antiguo el fuego no se encendía en las casas sino en el exterior, y al fin de ellas, de donde el calor se extendía al interior por medio de tubos practicados en el recio de los muros, los cuales iban a dar a los lugares que debían ser calentados, cosa que he visto claramente manifiesta en Séneca, no recuerdo en qué pasaje. Como mi alemán me oyera ponderar las comodidades y hermosura de su ciudad (y eran justas mis alabanzas), empezó a compadecerme porque tenía que alejarme, y entre las molestias primeras con que me brindó, figuraba la pesadez de cabeza que me procurarían las chimeneas en otras partes. De este mal había oído quejarse a alguien, y me lo colgaba a mí, privado como estaba por la costumbre de advertirlo en su país. Todo calor proveniente del fuego me debilita y amodorra; Eveno decía, sin embargo,

que el mejor condimento de la vida era el fuego: yo prefiero mejor cualquier otro modo de escapar del frío.

Tememos nosotros el vino cuando en los toneles queda poco, los portugueses elaboran con él sus delicias, y es entre ellos el brebaje de los príncipes. En conclusión, cada pueblo tiene algunos usos y costumbres que son no solamente desconocidos para los demás, sino también milagrosos y repulsivos. ¿Qué hacer de un pueblo que solo acoge los testimonios impresos, que no cree a los hombres sino a los libros, ni lo verdadero cuando su edad no es competente? Dignificamos nuestras torpezas al meterlas en el molde: para el común de las gentes es de mayor peso decir: «Lo he leído» que si decís: «Lo he oído decir». Pero yo que creo lo mismo en la boca que en la mano de los hombres; que sé que se escribe tan indiscretamente como se habla, y que juzgo este signo de la misma manera que cualesquiera otros de los que pasaron, o igual traigo a cuento a un amigo que a Macrobio o Aulo Gelio, y lo que vi como lo que estos escribieron. Y del propio modo que la virtud no es más grande por ser más añeja, creo que la verdad por ser más vieja no es más prudente. A veces me digo que es torpeza pura lo que nos hace correr tras los ejemplos extraños y escolásticos: la fertilidad de estos es igual en los momentos en que vivimos que en los tiempos de Homero y Platón. ¿Mas no es cierto que buscamos más bien el honor de la alegación que la verdad del razonamiento? Como si no fuera lo mismo extraer nuestras pruebas de las oficinas de Vascosan o Plantino que carecemos de espíritu para escudriñar y hacer valer lo que pasa ante nosotros, y juzgarlo vivamente para convertirlo en ejemplo; pues si decimos que la autoridad nos falta para dar fe de nuestro testimonio, nos expresamos torcidamente, tanto más cuanto que a mi entender de las más ordinarias cosas comunes y conocidas, si supiéramos sacarlas a la luz, podrían formarse los prodigios más grandes de la naturaleza y los ejemplos más maravillosos, principalmente en lo tocante a las acciones humanas.

Ahora bien, para volver a mi asunto, y dejando a un lado los ejemplos antiguos que sé por los libros y lo que Aristóteles refiere de Andrón el argiano, sobre que atravesaba sin catar el agua los áridos desiertos de Libia, diré que un gentilhombre, el cual desempeñó dignamente algunos cargos, aseguraba en mi presencia haber hecho el viaje de Madrid a Lisboa en pleno

estío sin beber ni una gota; para los años que cuenta, goza de una salud vigorosa, y nada de extraordinario ofrece su estilo de vida, sino el permanecer dos o tres meses, y a veces hasta un año, sin probar el agua. Siente sed, pero la deja pasar, considerando que es un apetito que fácilmente por sí mismo languidece, y bebe más bien por capricho que por necesidad o por placer.

He aquí otro caso. No hace mucho tiempo que encontré yo a uno de los hombres más sabios de Francia, y de los que gozan de fortuna no mediocre, estudiando en el rincón de una sala, al abrigo de un espeso cortinaje; a su alrededor los criados promovían un estrépito lleno de licencia, y me dijo (Séneca casi decía otro tanto de sí mismo) que alcanzaba su provecho de la barahúnda, cual si derrotado su espíritu por el ruido se recogiera y encerrara más en sí mismo para la contemplación, añadiendo que la tempestad de las voces hacía repercutir sus pensamientos en su interior. Siendo este señor escolar en Padua tuvo su estudio instalado durante tanto tiempo en un cuarto que daba a la plaza, donde nunca tenía fin el tumulto ni el estruendo de los carruajes, y así se había hecho no solo a menospreciar, sino a apetecer el ruido para el provecho de sus estudios. Sócrates contestó a Alcibíades, quien se maravillaba de que pudiera soportar el continuo machaqueo de la mala cabeza de su mujer: «Como los que se familiarizan con el ruido ordinario de las norias», repuso el filósofo. Mi manera de ser no es así; mi espíritu es blando, y fácilmente toma vuelo, mas cuando algún impedimento lo tropieza con él, hasta el zumbido de una mosca lo asesina.

Séneca, siendo joven, como abrazara ardientemente el ejemplo de Sextio, quien no comía ninguna cosa a que se hubiera dado muerte, se mantuvo así durante un año, y muy a gusto, según dice, abandonando solamente tal costumbre para que no creyeran que seguía los preceptos de algunas religiones nuevas que lo sembraban. Al mismo tiempo siguió el ejemplo de Atalo, de no acostarse muellemente en colchones de los que se hunden con el peso del cuerpo, usando hasta la vejez los que no ceden al tenderse. Lo que el uso de su tiempo considera como rudo, el del nuestro lo convierte en voluptuoso.

Pensad en la diferencia que existe entre el vivir de mis braceros y el mío; los escitas y los indios nada tienen que más se aleje de mi fuerza y de

mi forma de vida. Me ocurrió a veces arrancar a algunas criaturas de la limosna para que me sirvieran, y bien pronto me dejaron, y mi cocina y mi librea, solo por convertirse a su existir primero; uno encontré luego recogiendo almejas en medio del arroyo para su comida, a quien ni con ruegos ni amenazas supe distraer de lo sabroso y dulce que encontraba en la indigencia. Tienen los pordioseros sus magnificencias y voluptuosidades, como los ricos, y se dice que también cuentan con sus dignidades y órdenes políticas. Estos son efectos de la costumbre; la cual puede habituarnos no solo a tal o cual forma que plazca (por eso dicen los filósofos que debemos plantarnos en la mejor, pues al punto nos facilitará el camino), sino también al cambio y a la variación, que es el más noble y útil de sus aprendizajes. La mejor de mis complexiones corporales consiste en ser flexible y escasamente porfiado; algunas de mis inclinaciones me son más propias y ordinarias y también más agradables que otras, pero a costa de poco esfuerzo las sacudo y me deslizo fácilmente a la manera contraria. Para despertar su vigor debe un joven trastornar sus reglas, evitando al tiempo así que aquel se enmohezca y apoltrone; ningún género de vida tan tonto ni tan flojo como el de conducirse por prescripción y disciplina;

> Cuando desea ser conducido a la primera piedra, consulta la hora en su libro de astrología; si le pica el párpado interior, busca el colirio, luego de haber examinado un libro sobre la materia:[399]

se lanza con frecuencia hasta los excesos mismos, si me cree; de otro modo el menor desorden ocasionará su ruina; en la conversación se trueca en desagradable e incómodo. La cualidad más opuesta a la esencia del hombre cumplido es la delicadeza y sujeción a cierto hábito particular, y es particular cuando no es plegable y flexible. Es vergonzoso dejar de hacer algo por impotencia o por no atreverse a practicar lo que se ve hacer a los compañeros: que gentes tales permanezcan en su cocina, junto al fuego. Indecoroso es en todos, pero en un guerrero es vicioso además e insoportable. Este, como decía Filopómeno, debe acostumbrarse a todas las vidas, por desiguales y diversas que sean.

Aun cuando yo haya sido enderezado, tanto como fue posible, a la libertad e indeferencia, como por incuria al envejecer me detuve en ciertos hábitos (mi edad está ya libre de toda educación, y nada tiene que

considerar si no es la persistencia), la costumbre, sin darme cuenta de ello, imprimió tan maravillosamente en mí su carácter en ciertas cosas, que llamo excesos al desviarme; y sin efecto sensible no puedo dormir durante el día; ni tomar nada entre las comidas, ni desayunar, ni acostarme sino pasado un largo intervalo, como de tres horas largas, después de cenar; ni procrear sino antes del sueño, ni de pie; ni soportar sudor, ni beber agua pura o vino puro, ni permanecer largo tiempo con la cabeza descubierta, ni resistir que me afeiten después de comer; tan difícilmente prescindiría de mis guantes como de mi camisa; de lavarme al acabar de comer y al levantarme de la cama y del dosel y cortinas de mi lecho, como de las cosas más necesarias. No pondría ningún reparo en comer sin mantel, pero a la alemana, sin servilleta blanca, lo haría con excesiva incomodidad; más que ellos y que los italianos las ensucio, ayudándome poco de tenedor y cuchara. Siento que no se haya seguido una costumbre que yo he visto iniciada, a ejemplo de los reyes, o sea que nos cambiaran de servilleta según los manjares, como de plato. De Mario, aquel soldado rudo, sabemos que con la vejez se trocó delicado en el beber, y que solo lo hacía en una copa que llevaba consigo: lo mismo me dejo yo cautivar por cierta forma de vasos, y no bebo de buena gana en los de vidrio común; todo metal me disgusta comparado con una sustancia clara y transparente; quiero que mis ojos prueben las cosas en la medida de lo posible. Algunos de entre tales regalos me los procuró la costumbre. La naturaleza también me favoreció con los suyos, como el no poder soportar ya dos comidas fuertes en un mismo día sin recargar mi estómago, ni la abstinencia cabal de una de las comidas sin llenarme de vientos, tener la boca seca y perturbar mi apetito. Estar a la intemperie mucho tiempo me hace daño, pues de algunos años acá, en los quebrantos de la guerra, cuando toda la noche se va de un lado a otro, como acontece comúnmente, pasadas cinco o seis horas, mi estómago empieza a removerse, procurándome un fuerte dolor de cabeza, y el día no llega sin que haya vomitado. Como los demás van a tomar el desayuno, yo me voy a dormir, y después del sueño me encuentro muy a gusto y bien dispuesto. He considerado siempre que el sereno no se extendía sino con el nacimiento de la noche, pero al frecuentar familiarmente en estos últimos años durante largo tiempo a un señor imbuido en la creencia de que es más

rudo y perjudicial al declinar del sol, una o dos horas antes de ponerse (el cual evita cuidadosamente menospreciando el de la noche), me faltó poco para que imprimiera en mí, más que su razonamiento, su propia sensación. ¿Qué decir de nosotros, puesto que la duda misma y la investigación hieren nuestra fantasía modificándonos? Los que instantáneamente se inclinan ante esas pendientes, atraen hacia sí la completa ruina. Yo compadezco a muchos gentileshombres a quienes la torpeza de sus médicos hizo languidecer, encerrándose en sus hogares en plena juventud y con las fuerzas cabales: mejor sería sufrir un catarro que perder para siempre por desacostumbrarse el comercio de la vida común. ¡Desdichada ciencia, que nos avinagra las horas más dulces de la jornada! Dilatemos nuestro dominio echando mano hasta de los últimos medios: comúnmente nos endurecemos al resistir al mal, corrigiendo así la propia complexión, como César con el epiléptico, a fuerza de menospreciarlo y descuidarlo. Deben ponerse en práctica los mejores preceptos, mas no a ellos esclavizarse, si no es a aquellos (si los hay) cuya obligación y servidumbre sean cabalmente provechosos.

Defecan los monarcas y los filósofos, y también las damas: a ceremonia se deben la reputación que envuelve las vidas públicas; la mía, privada y oscura, goza de toda dispensa natural; soldado y gascón son también cualidades algo apartadas de lo discreto, por lo cual diré lo siguiente de ese acto: que es preciso dejarlo para cierta hora determinada de la noche, obligarse por costumbre y sujetarse, como yo hago; mas no dejarse avasallar, como hice al envejecer, por el cuidado de la comodidad particular de lugar y sitio para esta operación, convirtiéndola en molesta por dilatación y molicie. Sin embargo, hasta en los más sucios quehaceres, ¿no es en algún modo excusable exigir algo de miramiento y limpieza? «Por su naturaleza es también el hombre un animal delicado y armónico.»**[400]** De todas las acciones naturales es esta la que peor de mi grado soporto el ser interrumpido. Conocí muchas gentes de guerra molestadas por el desorden de su vientre: el mío y yo nunca fallamos a nuestro señalamiento, que es al saltar de la cama, si alguna apremiante ocupación o enfermedad no nos perturban.

Juzgo, pues, como decía hace poco, que allí donde los enfermos no puedan mejor ponerse al abrigo de accidentes los mantengamos quietos,

conforme al género de vida ordinario, en el lugar donde se engendraron y prosperaron: el cambio, cualquiera que sea, perturba y hiere. Resignaos a creer que las castañas dañan a un perigordano o a un luqués, y la leche o el queso a los que habitan en la montaña. Va ordenándoseles, no solamente una nueva, sino contraria forma de vida, modificación que ni siquiera un hombre sano soportaría. Aconsejad el agua a un bretón de setenta años; encerrad en una estufa a un marino, prohibid el pasearse a un lacayo vasco: así agarrotan a los enfermos, quitándoles por fin aire y luz.

> ¿Tanto vale la vida? Somos inducidos a privarnos de las cosas acostumbradas, de suerte que para vivir dejamos de vivir. Y en efecto, ¿podrán incluirse en el número de los vivos, aquellos para quienes se truecan en incómodos el aire que respiran y la luz que los alumbra?**[401]**

Y si no realizan otra buena obra, al menos logran la de preparar a los pacientes tempranamente para la muerte, minándoles poco a poco y cercenándoles el uso de la vida.

Lo mismo sano que enfermo, me dejé llevar fácilmente por los apetitos que me asaltaron. Yo otorgo gran autoridad a mis deseos y propensiones: no gusto de curar el mal por el mal mismo, y detesto los remedios que son más importunos que la enfermedad. Encontrarme sujeto al cólico e imposibilitado del placer de comer ostras, es caer en dos males por evitar uno solo: el dolor nos pellizca por un lado, el precepto por otro. Puesto que al riesgo de engañarnos estamos abocados, expongámonos más bien en seguimiento del placer. El mundo hace lo contrario y nada cree útil que no sea doloroso; la facilidad es para él sospechosísima. Mi apetito en algunas cosas se acomodó bastante felizmente por sí mismo, e inclinó a la salud de mi estómago; la acrimonia y el picante de las salsas me agradaron cuando era joven, mi estómago se hastió después, el paladar le siguió enseguida: el vino perjudica a los enfermos; es lo primero con que mi boca se encontraría con invencible contrariedad. Todo lo desagradable me hace daño, y nada me ocasiona dolor de lo que tomo con apetito y contento. Nunca me ocasionó perjuicio la acción que me fue muy grata, de manera que hice ceder siempre ampliamente en pro de mi placer toda conclusión medicinal; y en mi juventud

> Ante quien dando rápidas vueltas de acá para allá, aparecía el resplandeciente Cupido envuelto en brillante túnica,[402]

me presté tan licenciosa e inconsiderablemente como cualquier otro al deseo que me amarraba:

> Y he militado no sin gloria;[403]

más, sin embargo, que por arranques fuertes, por continuidad y duración:

> Me acuerdo de haber alcanzado seis veces el triunfo.[404]

En verdad, es desdichado a la vez que sorprendente, el confesar la edad débil en que caí en esta sujeción. El hecho fue casual, pues tuvo lugar mucho antes de los años en que rige la razón: mis recuerdos no se remontan a tales lejanías, y mi fortuna, en este punto, puede hermanarse con la de Cuartilla,[405] quien de su doncellez no guardaba memoria:

> Los pelos me salieron con celeridad, quedándose admirada mi madre al verme la barba.[406]

Ordinariamente pliegan los médicos con provecho sus preceptos yendo contra la violación de los apetitos rudos que asaltan a los enfermos; esos grandes deseos no pueden considerarse tan extraños ni viciosos que la naturaleza deje de tener en ellos alguna parte. Además, ¿cuán avasalladora no es el ansia de aplacar la fantasía? A mi entender esta facultad todo lo arrastra, o por lo menos, predomina sobre todas las otras. Los más dañinos y ordinarios males son aquellos que la mente nos acarrea: este dicho español me place por muchos motivos, «Defiéndame Dios de mí».[407] Lamento, cuando estoy enfermo, el no sentir algún deseo que me procure la satisfacción de saciarlo; apenas si la medicina de ello me apartaría. Hago lo mismo en cabal salud; yo no descubro cosa alguna sino el esperar y el querer. Es lastimoso languidecer y debilitarse hasta el apetecer.

El arte médico no es tan evidente que a nosotros nos deje desposeídos de toda autoridad, sea lo que fuere lo que hagamos: se modifica según los climas y según las lunas; según Fernel o Escalígero.[408] Si vuestro doctor no encuentra provechoso que durmáis ni que uséis del vino o cualquier manjar, nada os importe; otro os encontraré que de su parecer no participe:

la diversidad de los argumentos y opiniones medicinales abarca toda clase de formas. Yo vi retorcerse y reventar de sed a un pobre enfermo para curarse; otro facultativo que le visitó después condenó tal régimen como dañino: ¿valió la pena su tormento? Recientemente murió del mal de piedra un hombre de ese oficio, el cual se había servido de la extrema abstinencia para combatir su enfermedad: sus colegas afirman que debió seguir un régimen contrario, porque el ayuno, decían, secó y coció la arena en sus riñones.

He advertido que en las heridas, y también en las enfermedades, el hablar me perjudica y conmociona lo mismo que el mayor descuido en que pudiera incurrir. La voz me cuesta esfuerzo y fatiga, pues la tengo aguda y resistente; de tal modo que, cuando hablé a los grandes al oído de negocios importantes, tuvieron necesidad de que la moderase.

Este cuento merece que me detenga. Alguien[409] en cierta escuela griega hablaba como yo, en voz alta; el maestro de ceremonias le ordenó que bajara el tono: «Que me haga saber —repuso el amonestado— el diapasón en que quiere que me exprese», y aquel replicó: «Que adopte el tono del oído que le escucha». La observación era acertada, siempre y cuando se entienda: «Hablad con arreglo a lo que tratéis con vuestro oyente»; pues en el caso que quisiera decir: «Basta con que os oiga, u ordenaos por él», no me parece razonable. El tono y el movimiento de la voz guardan alguna expresión y significación de mi sentido; a mí me incumbe el conducirlo para representarme: hay una voz para instruir, otra para alabar o censurar. Yo quiero que la mía no solamente llegue a quien me escucha, sino también acaso que le hiera y atraviese. Cuando yo regaño a mi lacayo con tono agrio y duro, sería bueno que me dijera: «¡Mi amo, hablad con mayor dulzura, que os oigo bien! Hay cierto metal de voz que se acomoda mejor al oído, no por su fuerza, sino por su timbre».[410] La palabra pertenece a medias a quien habla y a quien escucha; este debe prepararse para recibirla, según el movimiento que ella adopta: como en el juego de pelota el que recula y avanza lo efectúa según los movimientos del contrario, y con arreglo a la dirección que este imprime a aquella.

La experiencia me ha enseñado además esta verdad: que la impaciencia nos pierde. Tienen los males su vida y sus límites, su salud y su

enfermedad. La constitución de las dolencias está formada conforme al patrón constitutivo de los animales; tienen su carrera y sus días limitados desde la hora en que nacen: quien imperiosamente intenta abreviarlas por la fuerza, a través de su curso, las alarga y multiplica, y las atormenta en lugar de apaciguarlas. Mi parecer es el de Crantor, o sea: «que no hay que oponerse obstinadamente a los males de manera desordenada, sin sucumbir ante ellos blandamente, sino que precisa cederles el paso según su condición y la nuestra». Debe dejarse libre entrada a las enfermedades, y creo que en mí se detienen menos porque les consiento obrar: me despojé de aquellas que se consideran como más persistentes y tenaces, por su propia decadencia, sin ayuda ni parte contra los preceptos que las combaten. Dejemos trabajar un poco a la naturaleza: ella entiende mejor que nosotros sus negocios. «Pero —se me repondrá— fulano así murió.» Vosotros haréis lo mismo, si no es de este mal, de otro: ¿y cuántos no dejaron de morir teniendo tres médicos en sus asentaderas? Es el ejemplo un espejo vago, general y aplicable en todos los sentidos. Si se trata de una medicina deleitosa, aceptadla, puesto que en ello hay un bien inmediato: yo no me detendré en el nombre ni en el color; si es grato y apetecible, el placer es de las principales especies de provecho. Yo he dejado envejecer en mí, de muerte natural, catarros, fluxiones gotosas, relajaciones, palpitaciones de corazón, dolores de cabeza y otros accidentes, que perdí cuando a medias iba ya acostumbrándome a soportarlos: mejor se los conjura por cortesía que por altanería. Es preciso sufrir con dulzura las leyes de nuestra condición: existimos para envejecer, para debilitarnos y para enfermar, a despecho de toda medicina. Es la lección primera que los mexicanos suministran a sus hijos cuando al salir del vientre de las madres los saludan así: «Hijo, viniste al mundo para pasar trabajos: resiste, sufre y calla». Es injusto dolerse porque haya acontecido a alguien lo que puede suceder a todos: «Indígnate si algo injusto se decide contra ti solo».[411]

Ved al anciano que pide a Dios que le conserve su salud cabal y vigorosa, es decir, que de nuevo le devuelve la juventud:

> ¿A qué esos votos pueriles, que son completamente en balde?,[412]

¿no es estar loco de remate? Su condición se opone a tal floreciente estado. La gota, el mal de piedra y la indigestión son síntomas de largos años, como de largos viajes es propio el soportar el calor, las lluvias y los vientos. Platón no cree que Esculapio se molestara en proveer el empleo de regímenes diversos a la duración de la vida en un cuerpo estropeado y débil, inútil a su país, inútil a su profesión y a procrear hijos sanos y robustos; tampoco cree este cuidado en armonía con la justicia y prudencia divinas, que debe trocar en útiles todas las cosas. ¡Buen hombre!, no hay remedio: es ya imposible de nuevo enderezaros; se os revocará cuando más y apuntalará un poco, alargando así en alguna hora vuestra miseria:

> Así el que no está seguro de sus fuerzas, deseando contener la ruina inminente, opone puntales en diversos sitios de fábrica; hasta que cierto día, deshecha toda la armazón, todo da en tierra con el edificio mismo.[413]

Es necesario aprender a sufrir lo que no se puede evitar: nuestra vida está compuesta, como la armonía del mundo, de cosas contrarias, y también de diversos tonos, dulces y ásperos, agudos y llanos, blandos y graves: el músico que no gustara más que de una clase de diapasón, ¿qué podría hacer de bueno? Es preciso que sepa servirse en común y que acierte a continuarlos; así debemos hacer nosotros con los bienes y los males consustanciales con nuestra vida: nuestro ser no puede subsistir sin esta mezcla, y una de las dos categorías no es menos necesaria que la otra. Intentar revolverse contra la necesidad natural es representar a lo vivo la locura de Ctesifonte, que quería luchar a puntapiés con su mula.

Yo me consulto rara vez las alteraciones que experimente, pues aquellas gentes[414] tienen mucho terreno ganado cuando dependemos de su misericordia: os aturden siempre los oídos con sus pronósticos; como me sorprendieran antaño debilitado por el mal me maltrataron injuriosamente con sus dogmas y continente magistrales; tan pronto me amenazaron con grandes dolores, como de muerte próxima. Sus palabras ni me abatieron ni tampoco me sacaron de quicio, pero me chocaron y empujaron: si mi juicio no se modificó ni alteró, se imposibilitó por lo menos, lo cual supone agitación y combate.

Trato yo a mi fantasía con la mayor dulzura que me es posible, y la descargaría, si pudiera, de toda pena y alteración; precisa socorrerla y

acariciarla, y engañarla cuando se pueda: mi espíritu es apto para este oficio, y no me faltan recursos en nada; si cual predica persuadiera dichosamente, dichosamente me socorrería. ¿Queréis ver un ejemplo? Dice así: «Que por mi bien padezco el mal de piedra: que las construcciones de mi edad es natural que tengan alguna gotera; tiempo es ya de que principien a resquebrajarse y a venirse abajo: cosa es esta perteneciente a la común necesidad, y no había de realizarse para mí un nuevo milagro; con ello pago las costas ocasionadas por la vejez, y no podría obtener economía mayor. Que la compañía debe consolarme, habiendo caído en el accidente más ordinario a los hombres de mis años. Por todas partes veo afligidos del mismo mal, y es honrosa para mí su compañía, puesto que ordinariamente se pega a los grandes; su esencia es noble y digna. Que entre los hombres que son víctimas de esta dolencia pocos hay libres de molestias menores; cargan ellos con las fatigas de someterse a un desagradable régimen, y con la toma desastrosa y cotidiana de abundantes drogas medicinales, mientras que yo debo el mío puramente a mi buena estrella, pues con algunos conocimientos de cardo corredor y hierba de turco, que dos o tres veces bebí en obsequio de las damas (quienes más graciosamente que mi mal no es agrio, me ofrecieron la mitad del suyo), me parecieron igualmente fáciles de tomar que de eficacia inútil: tienen que hacer efectivas mil promesas a Esculapio y otros tantos escudos a su médico por el deslizarse de la arena que yo con frecuencia logro por puro beneficio de la naturaleza: la decencia misma de mi parte, cuando estoy en sociedad, ni siquiera es alterada, y retengo mis aguas diez horas y por tan largo tiempo como un hombre sano. El temor de este mal, dice mi espíritu, te horrorizaba antaño, cuando lo desconocías; los gritos y el desesperarse de quienes lo agrían con su impaciencia, engendraban en ti el espanto. Al fin, es un mal que te sacude por donde más pecaste. Tú eres hombre de conciencia,

> El sufrimiento quo nos alcanza sin razón es el que al llegar debe dolernos más:[415]

»considera este castigo, y verás que comparado con otros es dulcísimo y paternalmente favorable. Considera cuánto es tardío; no ocupa ni trastorna sino la época de tu vida que de todas formas es ya en lo sucesivo acabada y estéril, habiendo dejando lugar, como por compensación, para la licencia y

los placeres de tu juventud. El temor y la compasión que al pueblo inspira este mal, son para ti motivo de gloria; cosa de que si tu juicio está purgado y tu razón curada, tus amigos, sin embargo, encuentran algún tinte en tu complexión. Se experimenta placer oyendo decir de sí mismo: eso es mantenerse fuerte y resignado. Se te ve sudar la gota gorda, palidecer, enrojecer, temblar, vomitar hasta echar sangre, sufrir contracciones y convulsiones extrañas, derramar a veces gruesas lágrimas, verter orines espesos, negros y espantosos, o tenerlos detenidos por alguna piedra espinosa y erizada que te punza y te desuella cruelmente el cuello de la vejiga; y mientras tanto, hablar con los circunstantes con la actitud habitual, bromeando a intervalos con los tuyos, expresándote con rígidos razonamientos, excusando de palabras tu dolor y rebajando tu sufrimiento. ¿Te acuerdas de aquellas gentes de los pasados siglos que buscaban hambrientas los males a fin de mantener su virtud vigorosa, ejercitándola constantemente? Pues imagínate el caso de que la naturaleza te empujó a esa gloriosa escuela, en la cual tú no hubieras ingresado nunca por tu gusto. Si me dices que es un mal peligroso y mortal, considera que ninguno hay que no lo sea, pues es una trampa medicinal el exceptuar algunos de que los médicos dicen que no conducen derecho a la muerte; pero ¿qué importa si a ella llevan de modo casual o si se deslizan y tuercen fácilmente hacia el lado que a ella nos lleva? Mas tú no mueres porque estás enfermo, mueres porque estás vivo: la muerte te mata admirablemente sin el socorro de la enfermedad, y a algunos los males alargaron la vida alejándoles de la muerte, porque les parecía ir muriéndose. Piensa además que, como las heridas, hay enfermedades medicinales y saludables. El cólico es a veces no menos duradero que nosotros: hombres se ven en quienes habiendo comenzado en la infancia, continuó luego hasta la vejez más caduca: y si no se hubieran negado a mantenerse en su compañía, les habría asistido aún más allá: le matáis más bien que no él a vosotros. Aun cuando la imagen de la muerte se te presentara cercana, ¿no es cosa excelente para un hombre de tus años el ser llevado al pensamiento de su fin? Más aún, tú no tienes para qué buscar el medio de curarte. Así como así, el día más inopinado la común necesidad te llama. Considera cuán magistral y dulcemente te hastía de la vida el acabar, desprendiéndote del mundo; no forzándote con

sujeción tiránica como tantos otros males que ves en los ancianos, a quienes mantienen constantemente imposibilitados, sin tregua ni descanso, con debilidades y dolores, sino por advertimientos e instrucciones iniciados a intervalos: entreverando largas pausas de reposo, como para darte ocasión de meditar y repetir su lección a tu gusto. Para procurarte manera de juzgar sanamente, y para que te determines cual hombre animoso, te muestra el estado de tu condición cabal, así en lo bueno como en lo malo, y en el mismo día ya una vida llena de alegría, ya otra insoportable. Si tú no abrazas la muerte, por lo menos la tocas en la palma de la mano una vez al mes: de donde puedes esperar que un día te atrapará sin amenazas; y viéndote conducido hasta el puerto con tanta frecuencia, fiándote de permanecer todavía dentro de los límites acostumbrados, a ti y a tu confianza os habrán hecho pasar el agua una mañana inopinadamente. No debemos quejarnos de las enfermedades que lealmente comparten el tiempo con la salud».

Obligado estoy a la fortuna de la frecuencia con que me asalta con el mismo linaje de armas: por costumbre me acomoda, me endereza por el uso y me endurece por hábito: ahora sé ya, sobre poco más o menos, lo que costará mi rescate. A falta de memoria natural, con el papel la forjo, y cuando algún nuevo síntoma sobreviene a mi mal, lo escribo; por donde acontece que ahora, habiendo casi pasado por situaciones de todas clases, si algún espanto me amenaza, hojeando estas anotaciones descosidas, cual sibilinas hojas, nunca dejo de encontrar consuelo con algún pronóstico favorable sacado de mi experiencia pasada. Me ayuda también la costumbre de esperar mejoría en el futuro, pues el conducto de este vaciadero, como ha continuado tantos años, de creer es que la naturaleza no interrumpirá su curso, y no acontecerá otro accidente peor del que ya experimento. Además, la condición de esta enfermedad no se aviene mal con mi complexión, repentina y pronta: cuando me asalta blandamente, me amedrenta, porque dura largo tiempo; mas cuando naturalmente se permite excesos vigorosos y robustos, me sacude hasta el límite, durante un día o dos. Mis riñones han subsistido toda una edad sin alteración; pronto hará otra que cambiaron de estado; los males tienen su período, como los bienes; acaso este accidente esté ya tocando a su fin. Los años debilitan el calor de mi estómago, y su

digestión, al ser menos perfecta, envía esta materia cruda a mis riñones: ¿por qué no había de suceder, gracias a alguna revolución, que se debilitara igualmente el calor de mis riñones de manera que no pudieran ya petrificar mi flema y la naturaleza adoptara alguna otra vía de purgación? Los años, indudablemente, me agotaron algunos catarros, ¿por qué no hicieron lo mismo con estos excrementos que proveen de materia a la piedra? Pero ¿hay algo tan dulce como esa repentina mutación, cuando de un dolor extremo vengo, por la expulsión de mi piedra a recobrar, con la rapidez del relámpago, la hermosa luz de la salud, tan libre y tan plena, como al escapar a los más repentinos y rudos cólicos? ¿Hay algo en este dolor sufrido que pueda contraponerse con el placer de un alivio tan repentino? ¡Cuánto más hermosa me parece la salud después de la enfermedad, tan vecina y tan contigua que puedo reconocerlas en presencia una de otra y en el grado más preeminente; cuando se ponen en competencia como para hacerse frente y oposición!

Así como los estoicos dicen que los vicios existen útilmente, para valorar y apoyar a la virtud, podemos nosotros decir con fundamento mayor y menos atrevida conjetura, que la naturaleza nos procuró el dolor para honor y servicio de la voluptuosidad y la indolencia. Cuando Sócrates, después que le hubieron descargado de los hierros que le atormentaban, experimentó el regalo de la picazón que su pesantez había ocasionado en sus tobillos, se regocijó al reflexionar en la estrecha alianza del dolor y el placer, y al ver cómo están asociados con necesario enlace, de tal manera que sucesivamente se siguen y engendran el uno al otro, pensando que el buen Esopo debiera haberlo reparado para idear con ello una hermosa fábula.

Lo peor que veo yo en las demás enfermedades es que no son tan graves en sus efectos como en su desenlace: un año entero transcurre para recobrarse, siempre lleno de debilidad y temor. Hay tanto riesgo y tangos grados para de nuevo ponerse a salvo, que nunca llegamos al término apetecido: antes de que nos hayan libertado de una venda y luego de un gorro; antes de que se os haya devuelto el disfrute del aire, el del vino, el de vuestra mujer y el de los melones, cosa milagrosa es si no habéis recaído en alguna nueva miseria. Tiene esta el privilegio de abandonarnos sin dejar

ninguna huella, mientras que las demás depositan siempre alguna alteración o trastorno, convirtiendo el cuerpo en susceptible de un mal nuevo, y haciendo que estos se den la mano unos a otros. Entre los males son tolerables los que se conforman con su dominio sobre nosotros, sin extender ni introducir su séquito. Mas son amables y corteses aquellos cuyo tránsito nos procura alguna consecuencia provechosa. Desde que padezco el cólico me encuentro descargado de otros accidentes y, a mi parecer, más que antes de padecerlo: nunca la calentura me asaltó conjuntamente. Yo entiendo que me purgan los vómitos extremos y frecuentes a que estoy sujeto, de un lado, y de otro mis ascos y los dilatados ayunos que atravieso, los cuales destruyen mis malos humores; también vacía en sus piedras lo que tiene de dañino y superfluo. Y no se me replique que esa es una medicina dolorosamente comprada: ¿qué decir entonces de tantos pestíferos brebajes, cauterios, incisiones, sudoríficos, sedales, dietas y tantos otros remedios, que nos procuran a veces la muerte por ser incapaces de resistir su importunidad y violencia? De esta manera, cuando el mal me ataca, como medicina considero, y cuando me deja de su mano, me considero absolutamente liberado.

He aquí otro singular favor particular de mi dolencia. Sobre poco más o menos hace su juego aparte, dejándome hacer el mío; o si tal cosa no sucede es por escasez de ánimo; aun en sus más rudos empujes lo mantuve diez horas a caballo. Si os limitáis a sufrir os veréis imposibilitados de hacer cosa distinta; jugad, comed, corred, haced esto o aquello, si podéis: vuestros desórdenes os procurarán menos quebranto que provecho: y otro tanto puede decirse a un galicoso, a un gotoso o a un hernioso. Los otros males exigen más universales obligaciones, contrarían mucho más nuestras acciones, trastornan por completo nuestros hábitos y comprometen la vida entera: este no hace sino pellizcarnos la epidermis, dejándonos dueños de entendimiento y voluntad, lengua, pies y manos: más bien os despierta que os amodorra. El alma está herida de calenturiento ardor, aterrada por una epilepsia, dislocada por un rudo dolor de cabeza, atolondrada, en fin, por todas las enfermedades que lastiman la materia juntamente con las otras más nobles partes: aquí ni siquiera se la ataca; si le va mal, suya es la culpa; es que a sí misma se traiciona, abandona y descompone. Solo los locos se

dejan convencer de que esta materia dura y maciza que se cuece en nuestros riñones puede disolverse con brebajes, de donde una vez que se puso en movimiento no hay sino que dejarle paso, tan pronto como se absorbió. Advierto aún esta particular comodidad: es una enfermedad en la cual poco es lo que nos queda por adivinar: dispensados somos en ella del trastorno en que las demás nos lanzan por la incertidumbre de sus causas, progresos y condición, que es un desorden infinitamente penoso: aquí de nada nos sirven las consultas e interpretaciones doctorales; los sentidos nos muestran lo que nos duele y dónde nos duele.

Con tales argumentos, resistentes unos y endebles otros, trata Cicerón de dulcificar los males de su vejez; yo con ellos procuro adormecer y divertir mi imaginación, y suavizar mis llagas. Si empeoran, mañana proveeremos con otras escapatorias. Que así sea la verdad puedo probarlo fácilmente: he aquí que de nuevo los movimientos más leves exprimen sangre fuera de mis riñones, ¿qué hacer en tal estado? Yo no dejo de proceder como si tal cosa ni de caminar con juvenil ardor audaz, reconociendo dominar un tan importante accidente, el cual no me cuesta sino una sorda pesantez y alguna alteración en la parte dolorida: es, quizá, una gruesa piedra que estruja y consume la sustancia de mis riñones, y mi vida juntamente, que voy desalojando poco a poco, no sin cierta dulzura natural, como una deyección en adelante molesta y superflua. ¿Siento en mí algo que se derruye? Pues no esperéis que vaya entreteniéndome en examinar mi pulso y mis orines para tomar alguna disposición fatigosa: tiempo de sobra me queda para soportar el mal sin necesidad de dilatarlo con el miedo. Quien teme sufrir, sufre ya de lo que teme. Además, la ignorancia y dudas de los que se mezclan en explicar los resortes de la naturaleza y sus progresos internos, suministrándonos tantos pronósticos auxiliados por el arte que ejercen, deben persuadirnos de que las obras de aquella son infinitamente desconocidas: hay gran incertidumbre, variedad y oscuridad en lo que nos prometen o amenazan. Salvo la vejez, que es indudable signo de la proximidad de las cercanías de la muerte, en todos los demás accidentes, contadas señales veo de lo venidero, en las cuales podamos fundamentar nuestra adivinación. Yo no me juzgo sino por experimentación verdadera en esta cuestión, nunca por raciocinio: ¿y para

qué me serviría, puesto que no despliego sino paciencia y espera? ¿Queréis saber las ventajas que mi proceder me procura? Mirad a los que obran de distinto modo, a los que dependen de tan diversas persuasiones y consejos; ¡cuántas veces la fantasía los oprime sin que el cuerpo sufra en absoluto! Me procuró placer en muchas ocasiones, hallándome seguro y libre de esos accidentes peligrosos, el anunciárselos a los médicos como nacientes en el momento en que los hablaba, y soportaba la sentencia de sus horribles conclusiones muy a mi gusto, permaneciendo reconocido a Dios por su divina gracia, mejor instruido de la vanidad de ese arte.

Nada hay que deba recomendarse tanto a la juventud como la actividad y la vigilancia: nuestra vida no es sino acción y movimiento. Yo me muevo difícilmente, y en todas las cosas soy tardío; en el levantarme, en el acostarme y en mis comidas: a las siete de la mañana para mí aún no amaneció, y allí donde yo gobierno no se almuerza antes de las once, ni se cena hasta después de las seis. Antaño atribuí la causa de las calenturas y enfermedades en que he caído a la pesadez y amodorramiento que el dilatado sueño me procurara, y siempre me arrepentí de entregarme a él al despertar por la mañana. Platón prefiere el exceso en el beber al exceso en el dormir. Yo gusto de acostarme en cama dura, solo (ni siquiera con mujer), a la real usanza, y mejor bien que mal cubierto. Mi lecho nunca lo calientan, mas la vejez hizo que algunas veces me pusieran tibias las sábanas para templar mis pies y mi estómago. Se censuraba de dormilón a Escipión el Grande, a mi ver simplemente porque a todos contrariaba el que nada tuviera que mereciese vituperio. Si alguna delicadeza exige mi cuidado, es más bien al acostarme que en ninguna otra ocasión; mas, en general, cedo y me acomodo a la necesidad como cualquier otro. El dormir ocupó buena parte de mi vida, y continúa todavía ocupándola en esta edad en que vivo durante ocho o nueve horas seguidas. Voy abandonando con provecho esta perezosa propensión, y con ello evidentemente valgo más; algo, sin embargo, percibo el cambio; pero al cabo de tres días ya me encuentro habituado. Apenas veo quien con menos se conforme, cuando llega el caso, ni tampoco quien constantemente resista, ni a quien los quebrantos pesen menos. Mi cuerpo es capaz de una agitación resistente, mas no vehemente y repentina. Huyo ya de los ejercicios violentos que me

llevan al sudor; mis miembros se rinden antes de templarse. Me mantengo en pie durante todo un día y el pasearme no me cansa, mas no por el empedrado; desde mi primera edad gusté de montar a caballo: a pie me embadurno hasta la cintura; y las gentes pequeñas como yo están abocadas, yendo por esas calles de Dios, a empujones y codazos por falta de apariencia. Cuando descanso, ya esté acostado o sentado, pongo las piernas tanto o más altas que el asiento.

Ninguna profesión tan grata como la militar, noble en su ejercicio (pues la más elevada, generosa y soberbia de todas las virtudes es el valor), y noble en su causa, porque no hay ninguna utilidad más justa ni general que la custodia del reposo y la grandeza de vuestro país. Os complace la compañía de tantos hombres nobles, jóvenes, activos; la vista ordinaria de tantos espectáculos trágicos; la libertad de esa conversación de arte despojada; la manera de vivir, varonil y sin ceremonia; la variedad de mil acciones diversas; esa armonía vigorosa de la música de guerra, que regocija vuestro oído y pone alientos en vuestra alma; el honor del servicio que prestáis; su rudeza misma y dificultad, de Platón tan poco consideradas, que en su *República* hace que de ella participen las mujeres y los niños; os convidáis a los azares y particulares riesgos conforme juzgáis del brillo e importancia de ellos, cual soldado voluntario. Ved cómo se emplea la vida en ello exclusivamente,

> Bello morir el que llega en el combate.[416]

El temer los peligros comunes peculiares a una tan gran multitud; el no osar a lo que tantas clases de hombres se determinan, y también todo un pueblo, propio es de un corazón blando y en exceso rastrero: la compañía pone ánimo hasta en las criaturas. Si en ciencia otros os sobrepasan, y en gracia, fuerza y fortuna, podéis alegar alguna causa disculpable: si cedéis a los demás en firmeza de alma, solo vosotros sois culpables. La muerte es más abyecta, lánguida y dolorosa en el lecho que en el combate: las calenturas y los catarros tan crueles y mortales como un arcabuzazo. Quien se encuentre habituado a soportar valerosamente los ordinarios accidentes de la vida común, no ha menester de engordar su ánimo para convertirse en soldado. «Vivir, Lucilio amigo, es guerrear.»[417]

No recuerdo haberme visto nunca sarnoso; sin embargo, el rascarse es uno de los más dulces placeres naturales y está siempre al alcance de nuestra mano; pero, en cambio, la penitencia le sigue con importunidad vecina. Más bien lo ejerzo en los oídos, que me pican interiormente de cuando en cuando.

Yo nací con todos mis sentidos cabales casi hasta la perfección. Mi estómago es cómodamente bueno, como mi cabeza, y ordinariamente se mantienen firmes en medio de mis calenturas, lo mismo que mi respiración. Franqueé ya la edad que algunas naciones, no sin visos de razón, prescribieran para el justo fin de la vida, la cual no consentían sobrepasar. Sin embargo, experimento a veces reposiciones, aunque inconstantes y poco duraderas, tan íntegras y cabales que lindan con la salud y ausencia de males de mi juventud. Y no hablo de alegría y vigor, que razonablemente no trasponen sus linderos naturales;

> Ya no puedo permanecer con paciencia en los umbrales, ni soportar el agua cuando llueve.[418]

Mi semblante y mis ojos al instante me denuncian; todas mis transformaciones comienzan por ellos; algo más fuertes de lo que son en realidad. A veces inspiro lástima a mis amigos antes de experimentar dolor. El mirarme al espejo no me asusta, pues hasta en la juventud misma me sucedió más de una vez tener un color de mal augurio sin experimentar gran malestar; de modo que los médicos, al no encontrar una causa interior que respondiera de la alteración externa, la atribuían al espíritu y a alguna pasión secreta que interiormente me royera, equivocándose. Si el cuerpo se gobernara tan a mi albedrío como el alma, caminaríamos algo más a nuestro gusto: en mis verdes años la tenía, no ya exenta de trastornos, sino henchida de satisfacción y fiesta, las cuales emanan, ordinariamente, mitad de su complexión y por designio la otra mitad:

> Ni el organismo se vio contagiado por los males de la mente enferma.[419]

Creo yo que este temple suyo levantó muchas veces el cuerpo de sus caídas: se ve abatido tantas veces, que si el alma no está regocijada, se mantiene, por lo menos, tranquila y en reposo. Durante cuatro o cinco

meses padecí cuartanas; mi semblante se desencajó, mas el espíritu anduvo siempre no solo sosegado, sino también alegre. Si el dolor reside fuera de mí, la flojedad y languidez apenas me contristan: muchas debilidades corporales veo, cuyo solo nombre pone espanto, las cuales temería yo menos que mil ordinarias pasiones y agitaciones del espíritu. Me determino a no correr (hago de sobra arrastrándome), y no me quejo de la decadencia natural que me tiene asido;

> ¿Quién se admira de ver en los Alpes elevaciones de terreno?,[420]

como tampoco me lamento de que mi duración no sea tan dilatada y resistente cual la del roble.

No tengo por qué quejarme de mi fantasía: durante el transcurso de mi vida, pocos pensamientos me asaltaron que perturbaran ni siquiera el curso de mi sueño, si no es algunos de deseo, que me despertaron sin afligirme. Sueño rara vez, y cuando tal me sucede es con cosas quiméricas y fantásticas, emanadas comúnmente de pensamientos gratos, más bien ridículos que tristes. Tengo por verdadero que los sueños son intérpretes leales de nuestras inclinaciones, pero por cosa de artificio el interpretarlos y el descifrarlos:

> Las cosas que llenan la vida de los hombres, aquellas en que piensan, por las que se interesan, las que ven y ejecutan durante la vigilia, las que de inquietud los llenan, todas, en suma, de ningún modo debe administrarnos que soñando se nos muestren.[421]

Platón va más allá, diciendo que es deber de la prudencia el deducir de ellos adivinadoras instrucciones para lo venidero: nada de esto se me alcanza, si no es las maravillosas experiencias que Sócrates, Jenofonte y Aristóteles, personajes todos de autoridad irreprochable, nos refieren en este particular. Cuentan las historias que los atlantes no sueñan nunca, y que tampoco comen nada que haya la muerte recibido, lo cual apunto aquí por ser acaso la razón de que dejen de soñar, pues sabemos que Pitágoras designaba alimentos determinados para tener sueños ex profeso. Los míos son blandos, y no me procuran ninguna agitación corporal, ni me hacen hablar en voz alta. Algunos vi a quienes maravillosamente agitaban: Teón, el filósofo, se paseaba soñando, y al criado de Pericles le hacían encaramar los sueños por los tejados y lo más prominente de la casa.

En la mesa apenas elijo, cayendo sobre la primera cosa más cercana, y paso difícilmente de un gusto a otro. La abundancia de platos y servicios me disgusta tanto como cualquier otro exceso: sencillamente me conformo con pocos; aborrezco la opinión de Favorino, según el cual es preciso que en los festines os quiten los que os apetecen, sustituyéndolos constantemente con otros nuevos, considerando mezquina la cena en que no se hartó a los asistentes con rabadillas de diversas aves, y que tan solo el papafigo merece comerse entero. Como ordinariamente las carnes saladas; pero el pan me gusta más sin sal; mi panadero, en mi casa, no lo elabora distinto para mi mesa, contra los usos del país. En mi infancia tuvo principalmente que corregirse el disgusto con que veía las cosas que comúnmente mejor apetece esa edad, como pasteles, confituras y cosas azucaradas. Mi preceptor combatía este odio de manjares delicados como un exceso melindroso, de modo que aquel disgusto no es sino dificultad de paladar, sea cual fuere lo que no acepte. Quien aparta de las criaturas cierta particular y obstinada propensión al pan moreno, al tocino o al ajo, la priva de una golosina. Hay quien alardea de paciente y delicado, hasta el punto de echar de menos el buey y el jamón entre las perdices: estos hacen un papel lucido, incurriendo en la delicadeza de las delicadezas; muestran el gusto de una blanda fortuna, que se cansa de las cosas ordinarias y acostumbradas; «por las que la vida regalona inspira el hastío de las riquezas».[422] No considerar que una comida es buena porque otro como tal la considere; desplegar un cuidado extremo en el régimen, constituyen la esencia de este vicio:

> Si temes cenar un pobre plato de hierbajos.[423]

Con la diferencia de que vale más sujetar el propio deseo a las cosas fáciles de procurar; pero es siempre vicio el obligarse; antaño llamaba yo delicado a un pariente mío que en los viajes por mar había olvidado el servirse de nuestras camas y el quitarse la ropa para dormir.

Si yo tuviera hijos varones, de buen grado les deseara mi condición. El buen padre que Dios me dio, de quien en mí no me alberga sino el gallardo reconocimiento de su bondad, me envió desde la cuna, para que me criara, a un pobre lugar de los suyos, y allí me dejó mientras estuve con nodriza y

aun después, acostumbrándome a la manera de vivir más baja y común: «Gran parte de la libertad es un vientre bien acostumbrado».[424] No os encarguéis nunca, y encargad todavía menos a vuestras mujeres el criar a vuestros hijos, dejad que el azar los forme; bajo leyes populares y naturales, dejad que la costumbre los enderece en la frugalidad y austeridad: que más bien tengan que descender de la rudeza que no subir hacia ella. Sus miras iban además encaminadas a otro fin; quería unirme con el pueblo y con la condición humana que necesita de nuestro apoyo, y consideraba que más bien debía mirar hacia quien me tiende los brazos que no a quien me vuelve la espalda; también por eso en la pila bautismal me puso en manos de personas de la más abyecta fortuna para que a ellas me sujetara y obligara.

Su designio produjo un excelente fruto: me entregó de buen grado a los humildes, ya porque en ello hay mérito mayor, ya por compasión natural, que todo lo puede en mí. El partido que en nuestras guerras condenaré, lo condenaré más rudamente floreciente y próspero: con él me reconciliaré de algún modo cuando lo vea por tierra y desquiciado. ¡Con cuánto regocijo considero yo el hermoso rasgo de Quelonis, hija y esposa de reyes de Esparta! Mientras en los desórdenes de su ciudad Cleómbroto, su marido, iba ganando a Leónidas, su padre, cumplió como buena hija, acompañando al autor de sus días en un destierro y en su miseria, y oponiéndose al victorioso. Cuando la fortuna cambió de parecer, ella no quiso seguirla, colocándose valerosamente al lado de su marido, a quien siguió donde quiera que sus desdichas le llevaron, sin otro móvil en su conducta, a mi entender, que el de lanzarse al partido donde su presencia era necesaria, y donde mejor mostrara su piedad. Más naturalmente me dejo llevar por el ejemplo de Flaminio, quien se prestaba a los que de él habían menester mejor que a quienes podían prestarle ayuda, que no por el de Pirro, dispuesto solo a humillarse ante los grandes y a enorgullecerse ante los humildes.

Las mesas prolongadas me cansan y perjudican, pues ya sea por haberme acostumbrado desde niño, ya por otra causa cualquiera, no ceso de comer mientras permanezco sentado. Por eso en mi casa, aun cuando las comidas sean breves, me instalo después de los demás, a la manera de Augusto, bien que no le imite en lo de retirarse antes que los otros; por el

contrario, me gusta prolongar la sobremesa y el oír contar, siempre y cuando que no sea yo el que relate, pues me molesta y trastorna el hablar con el estómago lleno, tanto como me agrada gritar y cuestionar antes de la comida, como ejercicio muy saludable y grato.

Los antiguos griegos y romanos procedían mejor que nosotros al fijar para las comidas (que constituyen una de las acciones principales de nuestra existencia) varias horas y la mejor parte de la noche, si algún quehacer extraordinario no los llamaba a otras ocupaciones. Comían y bebían menos atropelladamente que nosotros, que ejecutamos a la carrera todas nuestras necesidades, y dilataban este gusto natural más placentera y habitualmente entreverándolo con diversas conversaciones útiles y agradables.

Los que cuidan de mi persona podrían fácilmente apartar de mis ojos lo que consideran como perjudicial, pues en tales cosas jamás deseo nada, ni echo de menos lo que no veo: mas por lo que toca a aquellas que tengo a mi alcance, pierden su tiempo pregonándome la abstinencia, de tal modo que cuando quiero ayunar me es preciso comer aparte, y que me presenten exactamente lo necesario para una colación en regla; puesto en la mesa olvido mi resolución. Cuando ordeno que algún plato de carne se condimente de distinto modo, mis gentes saben que con ello quiero significar la languidez de mi apetito y que ni siquiera lo probaré.

En todas las carnes que lo soportan las prefiero ligeramente cocidas y me gustan tiernas hasta la desaparición del olor en algunas; solo la dureza generalmente me contraría (todos los demás defectos los soporto y paso por alto como el más pintado), de tal modo que, contra el parecer común, hasta los pescados me sucede encontrarlos excesivamente frescos y resistentes, y no a causa de mis dientes, que siempre se mantuvieron buenos hasta la excelencia, y que la edad solo ahora comienza a amenazar; desde mi infancia aprendí a frotarlos con la toalla por la mañana y con la servilleta al retirarme de la mesa. Congracia Dios a aquel a quienes sustrae la vida por lo insignificante: es el único beneficio de la vejez; la última muerte será tanto menos plena y dolorosa, pues no matará sino medio o un cuarto de hombre. Aquí tengo un diente que se me acaba de caer sin dolor, sin esfuerzo de mi parte; era el término natural de su duración: este fragmento de mi ser y algunos más están ya muertos, y medio muertos otros, de los

más activos, que ocuparon un rango esencial durante mi edad vigorosa. Así voy disolviéndome y escapando a mí mismo. ¿No sería torpeza de mi entendimiento lamentar el salto de esta caída, tan avanzada ya, cual si estuviera entera? No creo yo que así suceda. En verdad experimento un consuelo esencial ante la idea de la muerte, considerando que la mía será de las justas y naturales, y pensando que en lo sucesivo no puedo en este punto exigir ni esperar del destino sino un favor extraordinario. Los hombres creen que en el pasado tuvieron, como la estatura, la vida más dilatada, pero se engañan: Solón, que pertenece al tiempo remoto, calcula, sin embargo, la duración más extrema en unos sesenta años. Yo que tanto adoré esa ριστν μτρν[425] de las viejas edades, y que como tan perfecta tuve la mediana medida, ¿aspiraré a una vejez desmesurada y prodigiosa? Todo cuanto va contra el curso normal de la naturaleza, puede ser perjudicial, mas lo que de ella procede ha de ser siempre grato: «Todas las cosas hechas conforme a la naturaleza son causa segura de bienes»:[426] así Platón declara violenta la muerte que las heridas o las enfermedades procuran, mas aquella a que la vejez nos lleva, es entre todas la más ligera y de algún modo deliciosa. «La fuerza arrebata la vida a los jóvenes; la madurez a los viejos.»[427] La muerte va en nuestra existencia con todo mezclada y confundida: el declinar de nuestras facultades anticipa el momento en que debe llegar, y va ingiriéndose en el curso de nuestro progreso mismo. Conservo mis retratos de los veinticinco años y de los treinta y cinco, y cuando con el actual los comparo, ¡cuántas veces reconozco no ser el mismo, y cuántas mi imagen se muestra más alejada de aquellos que de la muerte! Es excesivo abusar de la naturaleza, el machacarla y zarandearla tan dilatadamente que se vea precisada a abandonarnos, y encomendar nuestra conducta, nuestros ojos, nuestros dientes, nuestras piernas y todo lo demás a merced de un socorro extraño y mendigado, resignándonos por completo en las manos del arte, ya cansada aquella de seguirnos.

No me muestro extremadamente deseoso de frutas ni de ensaladas, algo sí de los melones: mi padre odiaba toda clase de salsas, y a mí todas me gustan. El comer mucho me molesta; mas por su calidad, no tengo aún noticia cierta de que ninguna carne me siente mal, como tampoco advierto diferencia entre la luna llena y la menguante, o entre el otoño y la

primavera. Hay en nosotros movimientos inconstantes y desconocidos, pues los rábanos picantes, por ejemplo, primeramente me gustaron, luego me disgustaron, y ahora, de pronto, vuelven a saberme bien. En algunas cosas advierto que mi estómago y mi apetito van así diversificándose: del vino blanco pasé al clarete y del clarete volví al blanco.

En cuanto a pescados, soy goloso; mis días de vigilia los convierto en días de carne y los de carne en días de vigilia, creo yo (y así hay quien lo dice) que el pescado es de digestión más fácil que la carne. Del mismo modo que considero como un caso de conciencia el comerla en día de pescado, así también me ocurre lo mismo en lo de mezclar el pescado con la carne; tal diversidad me parece algo remota.

Desde mi juventud prescindí a veces de alguna comida, bien para aguzar mi apetito al día siguiente (pues así como Epicuro ayunaba y comía escasamente a fin de acostumbrar la voluptuosidad a evitar la abundancia, yo persigo el objetivo contrario, o sea enderezar el placer para su provecho, haciendo que encuentre regocijo en lo copioso), bien por mantener entero mi vigor para el desempeño de alguna acción corporal o espiritual, pues unas y otras se amodorran en mí cruelmente con la hartura. Detesto sobre todo el acoplamiento torpe de una diosa tan sana y alegre con este dios diminuto, indigesto y eructador, todo hinchado con los vapores del mosto. También ayuno para curar mi estómago enfermo, o por carecer de adecuada compañía, pues yo me digo, como Epicuro, que no hay que mirar tanto lo que se come como aquel con quien se come; y alabo el proceder de Quilón, el cual no quiso prometer su compañía en el festín de Periandro, antes de que le informaran de los demás invitados. Para mí no hay más dulce apresto ni salsa más apetitosa que aquella que la sociedad procura. Tengo por más sano el comer en buena compañía y en cantidad menor y comer más a menudo, pero no experimentaría ningún placer con arrastrar medicinalmente al día tres o cuatro mezquinas comidas, así tasadas. ¿Quién me asegurará que el apetito de la mañana volveré a encontrarlo por la noche? Aprovechemos, los viejos principalmente, la primera ocasión oportuna que se nos brinda: dejemos a los hacedores de almanaques las esperanzas y pronósticos. La voluptuosidad es el fruto extremo de mi salud: lancémonos tras la primera, presente y conocida. Yo evito la constancia en

estas leyes del ayuno; quien quiere que una sola fórmula le sirva de tasa, huya de continuarla: así nosotros nos aguerrimos y nuestras fuerzas se adormecen: seis meses después de seguir tal régimen, os veréis con el estómago tan bien acoquinado que vuestro fruto consistirá en haber perdido la libertad del proceder sin daño distintamente.

Igual abrigo cubre mis muslos y mis pantorrillas en invierno que en verano; con unas medias de seda tengo bastante. Para el socorro de mis catarros consentí en mantener la cabeza más caliente, y el vientre para el de mis cólicos: mis males luego a ello se habituaron, menospreciando mis precauciones usuales; del casquete pasé al gorro y del gorro a encasquetarme un sombrero bien forrado. La borra de mi coleto no me sirve si no es para el garbo, y tengo que añadir una piel de liebre o el plumón de un buitre, y un solideo a mi cabeza. Seguid esta gradación y marcharéis a buen paso: de buena gana me apartaría de la conducta que observé si lo osara. ¿Caéis en algún nuevo accidente? Pues ya los remedios para nada os sirven, os habéis acostumbrado a ellos, buscad otros nuevos. Así se arruinan los que se dejan acogotar por regímenes despóticos, sujetándose a ellos supersticiosamente: los precisan luego, después y siempre. Detenerse es imposible.

Para nuestras ocupaciones y placeres es mucho más ventajoso aplazar la cena, como los antiguos hacían, dejándola para la hora de recogerse, sin interrumpir el orden del día: así lo hice yo antaño. Mas por lo que a la salud toca, por experiencia reconocí después lo contrario: preferible es cenar; la digestión se hace mejor velando. Soy poco propenso a la sed, lo mismo sano que enfermo; en este estado fácilmente se me pone seca la boca, pero no experimento sed, generalmente no me impulsa a beber sino el deseo que comiendo me asalta, y ya bien entrada la comida. Para un hombre que no se distingue por esta cualidad, bebo bastante bien: en verano, tratándose de comidas apetitosas, ni siquiera excedo los límites de Augusto, quien solo bebía tres veces, con toda puntualidad; más por aquello de no ir contra el precepto de Demócrito, el cual prohibía detenerse en el número cuatro considerándolo de mal agüero, en caso necesario voy hasta el cinco: me basta, aproximadamente, con tres medios cuartillos; los vasos pequeños son mis favoritos, y me place variarlos, lo cual algunos evitan como cosa

censurable. Templo mi vino casi siempre con la mitad de agua, a veces con un tercio, y cuando estoy en mi casa, conforme a una vieja usanza que su médico ordenaba a mi padre y a sí mismo, se mezcla el que necesito en la despensa, dos o tres horas antes de servir la mesa. Cuentan que Cranao, rey de los atenienses, fue el inventor de esta costumbre de rebajar el vino con agua: sobre su utilidad o inconveniencia no falta quien lo cuestione. Juzgo más decoroso, y también más sano, que los niños no beban hasta los dieciséis y dieciocho años cumplidos. La manera de vivir más corriente y común es la más hermosa: toda particularidad y capricho me parecen dignos de evitarse, y odiaría tanto a un alemán que bautizara el vino, como a un francés que lo bebiera puro. Las costumbres públicas legitiman tales cosas.

Temo el ambiente cargado y huyo el humo moralmente: los primeros inconvenientes que remedié en mi hogar fueron el de las chimeneas y el de los excusados, defectos tan insoportables como frecuentes en las casas viejas. Entre las dificultades de la guerra, incluyo las espesas polvaredas que en lo más recio del calor nos circundan y nos entierran durante todo un día. Mi respiración es libre y fácil, y mis resfriados pasan ordinariamente sin atacar el pulmón ni ocasionar tos alguna. La rudeza del verano es para mí más enemiga que la del invierno, pues aparte de que la incomodidad del calor es menos remediable que la del frío, y además de que los rayos solares trastornan mi cabeza, a mis ojos ofusca toda luz resplandeciente: yo no sería capaz, a la edad que tengo, de comer frente a un fuego ardiente y luminoso.

Para amortiguar la blancura del papel, en los tiempos en que la lectura me fue más grata, acostumbraba a poner un vidrio sobre las páginas, y así mi vista encontraba alivio. Desconozco hasta el presente el uso de los anteojos, veo tan de lejos como cuando más, y tanto como cualquier otro: verdad es que al declinar el día, mis ojos comienzan a turbarse y que la lectura los debilita; este ejercicio fue para mí siempre sensible, de noche sobre todo. He aquí, un paso atrás, perceptible apenas: así retrocederé de otro, y pasaré del segundo al tercero y del tercero al cuarto, tan silenciosamente que necesitaré verme ciego por completo antes de advertir la decadencia y vetustez de mis ojos: ¡con tanto artificio van las parcas deshilando nuestra vida! Y, no obstante, aun ignoro si mi oído va perdiendo su fineza; y veréis que lo habré perdido a medias, culpando a la voz de los

que me hablan: necesario es sujetar el alma para hacerla sentir cómo va deslizándose.

Mi andar es rápido y seguro, e ignoro cuál, de entre el cuerpo y el espíritu, acerté a detener con dificultad mayor en un momento dado. Buen predicador es aquel de mis amigos que retiene mi atención durante toda una conversación. En los lugares ceremoniosos, donde cada cual adopta tan violentada actitud, donde vi a las damas mantener los ojos tan inmóviles, jamás logré cabalmente dominarme: aun cuando sentado permanezca, no acierto a estar de asiento. Como la sirviente del filósofo Crisipo decía de su amo que solo por las piernas se emborrachaba, pues tenía la costumbre de moverlas en cualquier posición que se encontrase (y lo decía, cuando el vino trastornando a sus compañeros, él permanecía impávido), de mí pudo decirse desde la infancia que mis pies estaban locos, o que tenía en ellos mercurio, tanta es mi veleidad e inconstancia natural, sea cual fuere el sitio donde los ponga.

Esta falta de decoro perjudica a la salud, y aun al placer de comer vorazmente, como yo acostumbro: a veces me muerdo la lengua y otras los dedos por la premura. Como Diógenes viera a un niño que comía así, dio una bofetada a su preceptor. En Roma había hombres que adiestraban en el mascar delicadamente, como en el andar y en otras operaciones. Yo prescindo de la distracción que el hablar procura (siendo en las mesas una salsa tan gustosa), siempre y cuando que oiga cosas agradables y ligeras.

Entre nuestros placeres hay celos y envidias; chocan unos con otros, embarazándose: Alcibíades, hombre competentísimo en la ciencia del bien tratarse, echaba a un lado hasta la música de los banquetes, a fin de no trastornar en ellos la dulzura de los coloquios, por las razones que Platón le atribuye. Decía «que es propio de hombres comunes el recurrir en los festines a los tocadores de instrumentos musicales y a los cantores a falta de buenos discursos y diálogos agradables, con los cuales las gentes de entendimiento saben entretenerse». Varrón exige los requisitos siguientes en una mesa: «Que sean los congregados personas de presencia grata y de amena conversación, ni mudos ni habladores; nitidez y delicadeza en los manjares, y el lugar y el tiempo despejados». No exige poco arte ni voluptuosidad escasa el buen trato de las mesas: ni los eximios filósofos ni

los guerreros de memoria inmarcesible menospreciaron el uso y ciencia de las mismas. Mi fantasía dio a guardar tres a mi recuerdo, que la buena fortuna hizo para mí de dulzura soberana, en diversas épocas de mi edad florida. Me aparta de tales fiestas mi situación actual, pues cada uno para sí provee la gracia principal y el sabor, según el buen temple de cuerpo y de espíritu en que a la sazón se encuentra. Yo que camino siempre pedestremente, detesto esa sabiduría inhumana que tiende a convertirnos en menospreciadores enemigos del cultivo de nuestro cuerpo: tan injusto considero el que los goces naturales contraríen, como el buscarlos sin medida. Jerjes era un fatuo, porque encontrándose envuelto en todas las humanas voluptuosidades, iba proponiendo un premio a quien se las descubriera nuevas; pero no es menos torpe quien prescinde de aquellas con que la naturaleza le brindara. Si bien no hay que seguirlas, tampoco se debe huirlas, basta solo recogerlas. Yo las recibo con alguna mayor amplitud y delicadeza, y de mejor grado me dejo llevar hacia la pendiente natural. No tenemos para qué exagerar la vanidad de los placeres; de sobra se nos muestra y aparece a cada paso, gracias a nuestro enfermizo espíritu, extinguidor de alegrías, que nos las hace repugnar como también a sí mismo. Trata este todo cuanto recibe como a sí mismo se trata, unas veces más allá y otras más acá, conforme a su ser insaciable, versátil y vagabundo:

> Si el vaso no está limpio, cuanto en él vertéis se aceda.[428]

Yo, que me precio de abrazar tan atenta y particularmente las comodidades todas de la vida, en ellas no descubro sino viento cuando las miro con intensidad; pero el viento, más prudente que nosotros, se complace con el ruido y la agitación, conformándose con sus oficios peculiares, sin desear estabilidad ni solidez, cualidades que en modo alguno le pertenecen.

Dicen algunos que los placeres puros de la fantasía y lo mismo los dolores, son los más intensos, como mostraba la balanza de Critolao.[429] Lo cual no es de maravillar, pues aquella facultad los elabora a su albedrío, teniendo para ello copiosa tela donde cortar: a diario veo de esta verdad ejemplos insignes, y deseables acaso. Mas yo, hombre de condición mixta y

ordinaria, soy incapaz de morder tan por completo a ese sencillo objeto sin que pesadamente me deje llevar por los placeres presentes de la ley humana y general, intelectualmente sensibles, sensiblemente intelectuales. Quieren los filósofos cirenaicos que, como los dolores, también los placeres corporales sean más poderosos, como dobles y como de índole más justa. Hay personas, Aristóteles así lo dice, que con estupidez altiva por ello se contrarían; otros conozco yo que por ambición hacen lo mismo. ¿Por qué no renuncian también al respirar? ¿Por qué de lo propio no viven?, y ¿por qué no rechazan también la luz, en atención a que es gratuita, no costándoles invención ni esfuerzo? Que para ver los sustenten Marte, Palas o Mercurio, en lugar de Venus, Ceres y Baco. ¿Buscarán, acaso, la cuadratura del círculo tendidos encima de sus mujeres? Yo detesto el que se nos ordene mantener el espíritu en las nubes, mientras sentados a la mesa permanecemos: no quiero que el espíritu remonte a regiones sobrenaturales, ni que se arrastre por el lodo, anhelo solamente que a sí mismo se aplique y que en sí mismo se recolecte, no que en sí se tienda. Aristipo no se ocupaba sino del cuerpo, como si no tuviéramos alma; Zenón no comprendía sino el alma, cual si de cuerpo careciéramos: ambos aconsejaban viciosamente. Cuentan que Pitágoras practicó una filosofía puramente contemplativa; la de Sócrates consistió en costumbres y en acciones, en toda su integridad: Platón halló un término medio entre las dos. Mas no lo dicen sino por hablar. El temperamento verdadero en Sócrates se reconoce: Platón es mucho más socrático que pitagórico, y le sienta mejor. Cuando yo bailo, bailo, y cuando duermo, duermo; hasta cuando me paseo solitariamente por un vergel ameno, si durante algún espacio de tiempo mis pensamientos llenaron ocurrencias extrañas, durante otro los vuelvo al paseo, al vergel, a la dulzura solitaria, y a mí, en fin.

Cuidó maternalmente la naturaleza de que las acciones que para nuestras necesidades nos impuso, nos fueran también placenteras; a ellas nos convida, no solamente por razón, sino también por apetito: es injusto corromper sus reglas. Cuando veo a César y a Alejandro en lo más rudo de sus labores gozar tan plenamente de los placeres humanos y corporales, no digo que aflojan su alma, sino que a la rigidez la encaminan, sometiendo por vigor de ánimo a las cosas de la vida ordinaria aquellas violentas

ocupaciones y laboriosos pensamientos: prudentes si hubieran creído que esta era su ordinaria ocupación y aquella la extraordinaria. ¡Todos somos locos de remate! «Ha pasado su vida en la ociosidad», decimos: «Hoy nada hice». ¡Pues qué!, ¿no habéis vivido? Esta no es solamente la fundamental, sino la más relevante de vuestras labores. «Si se me hubiera adiestrado en el manejo de las empresas magnas, dicen habría puesto de relieve de cuánto era capaz.» ¿Habéis sabido meditar y gobernar vuestra vida?, pues realizasteis de entre todas la mayor de las obras humanas; para que la naturaleza se muestre y ejecute, el azar en nada tiene que intervenir; igualmente aparece aquella en todos los estados sociales, y así tras el telón como sin él. ¿Supisteis elaborar vuestras costumbres?, pues hicisteis más que quien libros elaboró; ¿fuisteis diestros en el descansar?, pues realizasteis mayores hazañas que quien se apoderó de imperios y ciudades.

La más eximia y gloriosa labor del hombre consiste en vivir a propósito como Dios manda; todas las demás cosas: reinar, atesorar, edificar y otras mil, no son sino apéndices y adminículos, cuando más. Me complace el ver a un caudillo al pie de la brecha, que al punto va a atacar, prestarse luego, íntegramente, a sus necesidades ordinarias, al comer y al conversar entre sus amigos; y a Bruto, conspirando contra él la tierra toda y juntamente contra la libertad romana, reservar a sus revistas nocturnas algunas horas para leer y compendiar a Polibio con tranquilidad cabal. A las almas pequeñas, aniquiladas por el peso de los negocios, corresponde el ignorar diestramente desenvolverse, y el no saber echarlos a un lado para luego volver a la carga:

> Bravas gentes que conmigo habéis atravesado frecuentes y duros trances, ahogad las penas en el vino: mañana nos lanzaremos de nuevo en el inmenso mar.[430]

Ya sea broma o realidad lo de que el vino teologal y sorbónico se haya trocado en proverbio, y lo mismo los festines sorbónicos y teologales, considero yo razonable que de él almuercen con tanta mayor comodidad y regocijo cuanto más seria y útilmente ocuparon la mañana en los ejercicios propios de su escuela: la conciencia de haber empleado bien las demás horas constituye un sabroso y justo condimento de las mesas. Así vivieron los filósofos: y aquella virtud ardorosa que en uno y otro Catón nos admira,

aquel carácter severo hasta la importunidad, se sometió blandamente, y se complació a las leyes de la condición humana, a Venus y a Baco, conforme a los preceptos de la secta a que pertenecían, que soliciten la perfección prudente, tan experta y entendida en el ejercicio de los placeres naturales como en todos los demás deberes de la vida: «Al que el entendimiento le sabe bien, bien le sabe igualmente el paladar».[431]

La facilidad y el abandono sientan mejor, al tiempo que honran de maravilla, a las almas fuertes y generosas: no creía Epaminondas que destruyera el honor de sus gloriosas victorias ni las perfectas costumbres que le gobernaban el mezclarse en las danzas de los muchachos de su ciudad, cantando y tocando con ejemplar esmero. Entre tantas señaladas acciones como llenaron la vida del primer Escipión, personaje digno de ser considerado como de estirpe celestial, ninguna le muestra con mayor encanto que el verle al desgaire e infantilmente divertirse, cogiendo y escogiendo conchas y jugar al recoveco con Lelio, a lo largo de la playa; y cuando el tiempo no era grato, entretenido y divertido con la representación por escrito para el teatro de las acciones humanas más vulgares y bajas: llena estaba mientras tanto su cabeza con aquellas empresas grandiosas de Aníbal y de África, a la vez que visitaba las escuelas de Sicilia y frecuentaba las lecciones de la filosofía hasta armar los dientes de la ciega envidia de sus enemigos romanos. Admirable es en la vida de Sócrates el que siendo ya viejo, encontrara razón de que le instruyeran en las danzas y en el toque de instrumentos musicales, considerando su tiempo como bien empleado. A este filósofo se le vio extasiado, de pie durante todo un día y una noche, frente al ejército griego, sorprendido y encantado por algún profundo pensamiento: entre tantos hombres valerosos como entre aquellos hombres había, fue el primero en lanzarse al socorro de Alcibíades, abrumado de enemigos, resguardándole con su cuerpo y arrancándole del tumulto a mano armada; en la batalla deliena se le vio levantar y salvar a Jenofonte, lanzado de su caballo; y en medio del pueblo ateniense, ultrajado como él de un tan indigno espectáculo, socorrer el primero a Terameno, a quien los treinta tiranos conducían a la muerte mediante sus escoltas, no desistiendo de esta arrojada empresa sino por la oposición de Teramento mismo, aun cuando él no fuera acompañado apenas más que de dos

personas: se le vio, asediado por una belleza de quien estaba enamorado, mantenerse severamente abstinente; se le vio lanzado constantemente en los peligros de la guerra, hollando el hielo con los pies desnudos; llevar el mismo vestido en invierno que en verano; exceder a todos sus compañeros en las fatigas del trabajo; comer con frugalidad idéntica en el más suntuoso banquete que en la humilde mesa de su casa; permanecer veintisiete años con invariable semblante, soportando el hambre, la pobreza, la indocilidad de sus hijos, las garras de su mujer y, por último, la calumnia, la tiranía, la prisión, los grillos y el veneno. Mas si a este mismo hombre invitaban a beber copiosamente, por deber de civilidad era también de entre los de la compañía quien a todos sobrepasaba; ni rechazaba tampoco el jugar a las tabas con dos muchachos, ni el corretear con ellos sobre un palo a guisa de caballo con gracioso continente; pues todas las acciones, dice la filosofía, sientan igualmente bien y honran al filósofo. Es justo y equitativo el que jamás deje de presentársenos la imagen de este personaje en todos los modelos y formas de perfección. Entre las vidas humanas hay pocos ejemplos tan plenos y tan puros, y a nuestra instrucción se daña proponiéndonos a diario los débiles y raquíticos, buenos apenas para una sola enmienda, los cuales nos echan hacia atrás, y son corruptores más bien que correctores. El mundo vive engañado: con facilidad mayor se camina por los bordes, donde la extremidad sirve de límite, parada y guía, que por la senda de en medio, amplia y abierta; es más cómodo proceder conforme al arte que según la naturaleza, pero también es menos noble y menos recomendable.

La grandeza del alma no consiste tanto en tirar hacia lo alto o en pugnar hacia delante como en saber acomodarse y circunscribirse; como grande considera todo cuanto es suficiente, y muestra su elevación amando más bien las cosas medianas que las eminentes. Nada es tan hermoso ni tan legítimo que desempeñar bien y debidamente el papel del hombre, ni hay ciencia tan ardua como el vivir esta vida de manera perfecta y natural. De nuestras enfermedades, la más salvaje es el menosprecio de nuestro ser.

Quien pretenda echar a un lado su alma, que lo haga resueltamente, si le es posible, cuando tenga el cuerpo enfermo, a fin de descargarla del contagio. Mas si esto no acontece, proceda contrariamente, asistiéndola y

favoreciéndola, y no le niegue la participación de sus placeres naturales, complaciéndose con aquel conyugalmente; obre con moderación si es moderada, por el natural temor de que los goces no se truequen en dolores. La destemplanza es peste de la voluntad, y la templanza no es su castigo, es su condimento: Eudoxo, que en el goce extremo hacía consistir el soberano bien, y sus compañeros, que le imprimieron tan gran valía, lo saborearon en su dulzura más grata, mediante la medida, que en ellos fue ejemplar y singular.

Yo ordeno a mi alma que contemple el dolor y el placer con mirada igualmente moderada, «pues es un mal análogo la efusión del alma por la alegría que su contracción por el dolor»,[432] y con firmeza idéntica; mas alegremente la una y severa la otra y en tanto que aquella lo pueda procurar, tan cuidadosa de aminorar el uno como de agrandar el otro. El ver sanamente los bienes acarrea el ver los males del mismo modo; el dolor tiene algo de inevitable en su blanco comenzar, y la voluptuosidad algo de evitable en su fin excesivo. Platón los acopla, y quiere que sea el fin común de la fortaleza combatir el par contra el dolor y contra las encantadoras blanduras de los goces: dos fuentes son en las cuales quien se aprovisiona cuando, como y cuanto precisa, ya sea ciudad, hombre o bruto, es cabalmente dichoso. Hay que tomar el primero como medicina y como cosa necesaria; pero en cantidad muy nimia; el segundo como quien la sed aplaca, pero no hasta la embriaguez. El dolor, el placer, el amor y el odio son las acometidas primeras que siente un niño: si la razón naciente se aplica a gobernarlos, la virtud se engendra.

Para mi uso particularísimo, tengo un diccionario: cuando el tiempo es malo e incómodo, me limito a pasarlo; cuando es bueno, no hago lo mismo, sino que lo gusto y en él me detengo: es preciso correr por lo malo y asentarse en lo bueno. Estos dichos familiares, «pasatiempo» y «pasar el tiempo», significan la costumbre de esas gentes prudentes que no piensan dar a la vida mejor empleo que el de deslizarla, huirla y trasponerla, apartándose de su camino, y cuanto de sus fuerzas depende ignorarla, huyendo de ella como cosa de índole enojosa y menospreciable; mas yo la conozco distinta, y la encuentro cómoda y digna de recibo, hasta en su último decurso, en el cual me encuentro; la naturaleza la puso en nuestra

mano, provista de circunstancias tales y tan favorables, que solamente de nosotros tenemos que quejarnos si nos mete prisa, escapándosenos inútilmente; «la vida del necio es ingrata y agitada, toda pendiente del porvenir».[433] Yo me preparo, sin embargo, para perderla sin pesadumbre, mas como cosa de condición perdible, y no como algo pesado e inoportuno; por eso no sienta bien el condolerse de morir sino a aquellos que en el vivir se complacieron. Hay moderación en el gozarla, y yo la disfruto el doble que los demás, pues la medida del disfrute depende del más o el menos en la aplicación que le procuramos. Ahora, principalmente, que advierto la mía de duración tan breve, quiero amplificarla en peso, quiero detener la rapidez de su huida con la prontitud en el atraparla y, mediante el vigor del empleo, compensar el apresuramiento de su pérdida: a medida que la posesión del vivir es más corta, me resulta necesario convertirla en más profunda y más plena.

Otros experimentan las dulzuras de la prosperidad y del contentamiento: yo las siento como ellos, pero no de pasada y deslizándome: es menester estudiarlas, saborearlas y rumiarlas para gratificar dignamente a quien nos las otorga. Gozan los demás placeres, como el del sueño, sin conocerlos. Con este fin, de que ni aun el dormir siquiera me escapase así torpemente, encontré bueno antaño que me lo turbaran, a fin de entreverlo. Contento conmigo mismo, lo medito; no lo desfloro, lo profundizo, y a mi razón, mal humorada ya y asqueada, lo pliego para que lo recoja. ¿Me encuentro en situación reposada?, ¿algún deleite interior me cosquillea? Pues no consiento que los sentidos lo usurpen, y a mi estado asocio mi alma, no para a él obligarla, sino para que con él se regocije; no para que allí se pierda, sino para que allí se encuentre; y por su parte la invito a que se contemple en tan alto sitial y de él pese y estime la dicha, amplificándola: así mide cuánto debe a Dios, por hallarse en paz con su conciencia y con otras pasiones intestinas; por tener el cuerpo en su disposición natural, gozando ordenada y competentemente de las funciones blandas y halagadoras, por las cuales le place compensar con su gracia los dolores con que su justicia nos castiga a su vez. El alma mide cuanto le vale el estar alojada en tal punto que donde quiera que dirija su mirada, a su alrededor el cielo permanece en calma; ningún deseo, ningún temor ni duda que puedan

perturbarla; ninguna dificultad pasada, presente ni futura por encima de la cual su fantasía no pase sin peligro. Esta consideración se realza con el parangón de condiciones diversas: así yo me propongo bajo mil aspectos, cuantos el azar y el propio error humano agitan e incluyen; y también estos de mí más cercanos, que acogen su buena dicha con flojedad tanta exenta de curiosidad: gentes son que, en verdad, pasan su tiempo, sobrepasan el presente y cuanto está en su mano por servir la esperanza, merced a las sombras y vanas imágenes que la fantasía coloca ante sus ojos,

> Como esos espectros que, según la voz común, ruedan en torno de los sepultureros, o como los ensueños que perturban nuestros sentidos cuando dormimos:[434]

las cuales apresuran y alargan su huida al igual que se las sigue: y el futuro y última mira de esta persecución es simplemente perseguir, como Alejandro decía que el fin de su tarea era de nuevo atarearse:

> Creyendo que nada hay hecho mientras queda algo por hacer.[435]

Así pues, yo amo la vida, y la cultivo tal como Dios quiso otorgármela. No voy lamentando el experimentar la necesidad de comer o de beber, y me parecería errar de un modo no menos inexcusable, apeteciendo sentirla doble; «el sabio, investigador infatigable de las riquezas naturales».[436] Ni el que nos alimentáramos metiendo simplemente en la boca un poco de aquella droga con la cual Epiménides se privaba de apetito, sustentándose; ni que estúpidamente se procrearan hijos por medio de los dedos o los talones, sino hablando con reverencia, que más bien se los produjera voluptuosamente con los talones y los dedos. Ni de que al cuerpo asalten deseos y cosquilleos: son todas estas quejas ingratas e injustas. Yo acojo de buen grado y con reconocimiento cuanto la naturaleza hizo por mí; con ello me congratulo y de ello me alabo. Inferimos agravio a aquel grande y Todopoderoso Donador, rechazando su presente, anulándolo y desfigurándolo: como es todo bondad, óptima es toda su obra: «estimable es todo lo que de acuerdo con la naturaleza practicamos».[437]

Entre las opiniones de la filosofía, abrazo de mejor grado las más sólidas, es decir, las más humanas y nuestras; mi discurso concuerda con mis costumbres, bajas y humildes: y, a mi ver, aquella hace una colosal

niñería cuando se pone a gallear, predicándonos que es una feroz alianza la de casar lo divino con lo terreno, lo razonable con lo irracional, lo honesto con lo deshonesto. Que la voluptuosidad es cosa de índole brutal e indigna de ser por el filósofo gustada. Que el único placer que este alcanza con el goce de una esposa hermosa y joven, es el mismo que su conciencia le procura al realizar una acción conforme al orden, como la de calzarse los botines para comprender una provechosa correría. ¡Así los que tal filosofía predican no tuvieran más derecho, ni más nervios, ni más jugo en el desdoncellar de sus mujeres que en los principios que sientan!

No es esa la doctrina de Sócrates, su preceptor y el nuestro, el cual toma, como debe, la voluptuosidad corporal, pero prefiriendo la del espíritu como más fuerte, constante, fácil y digna. Esta, en modo alguno, camina aislada según él (pues no es tan visionario), es únicamente la primera; para él la templanza es moderadora y no enemiga de los goces. Dulce guía es la naturaleza, pero no más dulce que prudente y justa: «Hay que penetrar en lo íntimo de las cosas y observar pacientemente lo que su naturaleza exige». **[438]** Yo sigo en todo sus huellas: nosotros las confundimos con rasgos artificiales, y ese soberano bien académico y peripatético, que consiste en vivir «según ella», por esa razón se convierte en difícil de limitar y explicar; y asimismo el de los estoicos, vecino de aquel, que consiste en «transigir con la naturaleza». ¿No es error el considerar algunas acciones menos dignas porque sean necesarias? No me quitarán de la cabeza que no sea una convenientísima unión la del placer y la necesidad: con la cual, dice un antiguo, los dioses conspiran siempre. ¿Con qué mira desmembramos, a modo de divorcio, un edificio cuya contextura y correspondencia permanecen juntas y fraternales? Por el contrario, vamos a anudarle mediante oficios mutuos: hagamos que el espíritu despierte y vivifique la pesantez del cuerpo, y que el cuerpo detenga y fije la ligereza del espíritu. «El que como un bien sumo alaba la naturaleza del alma y como un mal menosprecia la naturaleza de la carne, ciertamente se aficiona carnalmente al alma y carnalmente se aparta de la carne; porque esto lo concibe con vanidad humana, no como una verdad divina.»**[439]** Ningún fragmento indigno de nuestra solicitud en este presente que Dios nos hizo: de él debemos cuenta estrictísima, hasta de un cabello, y no es un quehacer de

cumplido para el hombre el gobernar al hombre según su condición; es expreso, ingenuo y principalísimo, y el Creador nos lo confió seria y severamente. La autoridad puede solo contra los entendimientos comunes, y pesa más cuando va envuelta en lenguaje extranjero. Ahondemos en la idea con este pasaje: «¿Quién no dirá ser cosa de locura el hacer con reserva hipócrita lo que naturalmente se ha de hacer; impulsar en un sentido al cuerpo y en otro al alma, y andar solicitado por tan diversos movimientos?».[440] Ahora bien, para experimentarlo, haceos predicar las fantasías y divertimientos que aquel ingiere en su cabeza, mediante los cuales aparta su mente de una buena comida y lamenta la hora que emplea en reparar sus fuerzas, y encontraréis así que nada hay tan insípido en todos los platos de vuestra mesa, cual esa hermosa plática de su alma (mejor nos valdría, las más de las veces, dormir por completo que velar por las cosas que velamos); reconoceréis que sus opiniones y razones son hasta indignas de reprimenda. Aun cuando se trata de los enajenamientos de Arquímedes, ¿qué valen ni qué significan? Yo no toco aquí, ni tampoco mezclo sino a la garrulería humana que nosotros formamos; la vanidad de deseos y pensamientos que nos extravían. De sobra considero como estudio privilegiado el de esas almas venerables, elevadas por ardor de devoción y de religión a la meditación constante y concienzuda de las cosas divinas, preocupadas por el esfuerzo de una esperanza vehemente y viva, a fin de encaminarse al sustento eterno, última mira y estación postrera de los anhelos cristianos, único placer constante e incorruptible, menospreciando el detenerse en nuestras comodidades miserables, fluidas y ambiguas, liberando fácilmente el cuerpo de la postura temporal y usual. Entre nosotros, las opiniones supercelestiales y las costumbres subterrenales son cosas que siempre vi singularmente armonizadas.

Esopo, aquel gran hombre, viendo un día que su amo orinaba paseándose, dijo: «¡Cómo!, ¿habremos de hacer lo otro corriendo?». Empleemos bien el tiempo, y todavía nos quedará mucho ocioso y desocupado: acaso a nuestro espíritu no satisfagan otras horas para llenar sus menesteres sin desasociarse del cuerpo en lo poco que para su necesidad precisa. Quieren colocarse fuera de sí y escapar al hombre; locura insigne, pues, en vez de convertirse en ángeles, en brutos se convierten; en vez de

elevarse, se rebajan. Estos humores preeminentes me atemorizan como los lugares elevados e inaccesibles; y en la vida de Sócrates nada para mí es tan difícil de digerir como sus éxtasis y demonierías; ni en Platón se me antoja nada más humano que las razones por las cuales se le llama divino; y entre nuestras ciencias, aquellas me parecen más terrenales y bajas que a mayor altura se remontan; y nada encuentro tan humilde ni tan mortal en la vida de Alejandro, como sus fantasías en torno a de su deificación. Filotas le mordió diestramente con su respuesta, pues al haberse congratulado ante él por escrito de que el oráculo de Júpiter, Ammón, le había colocado entre los dioses, le dijo: «Por lo que a ti respecta, recibo mucho contento; pero hay por qué compadecer a los hombres que tengan que vivir con un hombre y obedecerle, el cual sobrepasa y no se contenta con el nivel humano»:

> Poniéndote bajo el poder de los dioses, dominarás.[441]

La gentil inscripción con que los atenienses honraron la llegada de Pompeyo a su ciudad, se conforma con mi sentido: «En tanto eres dios cuanto como hombre te reconoces».

Es una perfección absoluta, y como divina «la de saber disfrutar lealmente de su ser». Buscamos otras condiciones por no comprender el empleo de las nuestras, y salimos fuera de nosotros, por ignorar lo que pasa dentro. Inútil es que caminemos en zancos, pues así y todo, tenemos que servirnos de nuestras piernas; y aun puestos en el más elevado trono de este mundo, es menester que nos sentemos sobre nuestro trasero. Las vidas más hermosas son, a mi modo de ver, aquellas que mejor se acomodan al modelo común y humano, ordenadamente, sin milagro ni extravagancia. Ahora bien, la vejez requiere aún de alguna mayor dulzura. Hemos de encomendarla, pues, a ese dios de salud y de prudencia, para que además de prudente y sana, nos la otorgue regocijada y sociable:

> Concédeme, hijo de Latona, este es mi ruego, el gozar de mis trabajos en buena salud y con sano juicio, sin afligirme con una vejez ajena al dulce canto de las musas.[442]

DIARIO DEL VIAJE A ITALIA

SEGUNDA PARTE

Texto redactado por Montaigne en francés

Habiendo despedido a aquel de mis acompañantes que llevaba a cabo esta hermosa tarea, al verla tan avanzada, aunque me resulte incómodo, he de ser yo mismo[443] quien la continúe.

El 16 de febrero, volviendo de hacer una estación, encontré en una capillita a un sacerdote revestido ocupado en curar a un *spiritato*. Este era un hombre melancólico y como en trance. Lo tenían de rodillas delante del altar, con una especie de paño al cuello con el que lo tenían atado. El sacerdote leía en su presencia muchas oraciones y exorcismos, mandando al diablo dejar ese cuerpo, y las leía en su breviario. Después se dirigía al paciente, hablándole directamente a él, o hablando al diablo en su persona y entonces injuriándole, dándole grandes puñetazos, escupiéndole a la cara. El paciente respondía a sus peticiones con respuestas torpes: tanto por sí mismo, diciendo cuánto sentía los movimientos de su mal; o bien por el diablo, cuánto temía a Dios y cómo estos exorcismos tenían efecto contra él. Después de esto, que duró mucho tiempo, el sacerdote, en un último esfuerzo, se retiró al altar y rezó con la custodia en la mano izquierda donde estaba el *Corpus Domini* y en la otra una vela encendida, boca abajo, con lo que la hacía fundir y consumirse, pronunciando mientras tanto oraciones y al final de las palabras de amenaza y de rigor contra el diablo, con una voz lo más alta y dominadora que podía. Como la primera candela vino a derretírsele en los dedos, tomó otra, después una segunda y luego una tercera. Hecho esto volvió a colocar la custodia, es decir el recipiente transparente donde estaba el *Corpus Domini*, y se reunió de nuevo con el paciente, hablándole entonces como a un hombre, le hizo desatar y le devolvió a los suyos para que le llevaran a casa. Nos dijo que ese diablo era

de la peor especie, testarudo, y que costaría mucho expulsarlo. Y a los diez o doce gentileshombres que estábamos allí, nos contó varios relatos acerca de este tema y de los casos que le solían ocurrir: y sobre todo que el día antes había liberado a una mujer de un gran diablo, que, al salir, hizo que la mujer echara por la boca clavos, espinas y una mata de su pelo. Y como se le respondiera que no estaba aún del todo recuperada, dijo que era otra especie de espíritu más ligero y menos maligno que el que se había presentado esa mañana; pero que este género (pues sabe sus nombres, sus divisiones y distinciones más particulares) era fácil de conjurar. Yo no vi más que esto: mi hombre no hacía otra cosa sino chirriar los dientes y torcer la boca cuando se le presentaba el *Corpus Domini*, y mascullaba a veces estas palabras: *Si fata volent*, pues era notario y sabía un poco de latín.

El primer día de marzo fui a hacer estación en San Sixto. El sacerdote que decía la misa estaba del otro lado del altar mayor, mirando hacia la gente: no había nadie detrás de él. El Papa llegó allí ese mismo día, pues había mandado, unos días antes, expulsar de esta iglesia a los monjes que en ella estaban para lograr mayor retiro, y había hecho acomodar allí a todos los pobres que mendigaban en la ciudad convenientemente ordenados. Los cardenales dieron cada uno veinte escudos para realizar esta obra, y otros particulares dieron también grandes limosnas. El Papa dotó a este hospital con quinientos escudos mensuales.

Hay en Roma muchas cofradías y devociones particulares, lo que se ve por los grandes testimonios de piedad. Por lo común me parecen menos devotos que las buenas ciudades de Francia, pero más ceremoniosos: en eso son extremados. Yo escribo aquí con libertad de conciencia: véanse dos ejemplos. Estando un hombre con una cortesana, acostado en el lecho y en medio de la libertad de esta práctica, de repente sonaron las veinticuatro horas y el *Ave María*: ella se lanzó repentinamente de la cama al suelo y se puso de rodillas para hacer su oración. Estando con otra, he aquí que la madre (pues las jóvenes tienen viejas gobernantas a las que consideran madres o tías) llegó a golpear la puerta, y llena de cólera y de furia le arranca del cuello a la joven un lacito que llevaba del que pendía una imagen pequeña de Nuestra Señora, para no contaminarla con la basura de

su pecado: la joven sintió una contrición extrema por haber olvidado quitarse el collar, como tenía por costumbre.

El embajador moscovita vino también ese día a esta estación, vestido con un manto escarlata, con una sotana de tela de oro, con un sombrero parecido a un gorro de noche de tela recamada de oro, por debajo una esclavina de tela de plata. Es el segundo embajador de Moscovia destacado ante el Papa. El otro vino en tiempos del papa Pablo III. Se decía que su cometido era influir en el Papa para que se interpusiese en la guerra que el rey de Polonia hacía a su señor, alegando que le correspondía a él enfrentarse a la primera invasión del turco; y, si su vecino se debilitaba, quedaría incapacitado para otra guerra y que sería una gran ventana abierta al turco para llegar hasta nosotros; ofreciendo incluso reducir las pequeñas diferencias de religión que había con la Iglesia de Roma. Fue alojado en casa del Castellano, como lo había sido el otro en los tiempos del papa Pablo, y alimentado a expensas del Papa. Se empeñó en no besar los pies del Papa, sino solamente su mano derecha, y no quiso plegarse a esta ceremonia salvo cuando le fue atestiguado que el emperador mismo estaba sujeto a ella: pues el ejemplo de los reyes no le parecía suficiente. No sabía hablar ninguna lengua salvo la suya y había venido sin traductor. No tenía más que tres o cuatro hombres de comitiva y decía que había pasado con gran peligro, disfrazado, a través de Polonia. Su nación ignora tanto las cosas de aquí que llevó a Venecia cartas de su señor dirigidas al Gran Gobernador de la Señoría de Venecia. Preguntado sobre el sentido de esta fórmula, [respondió] que pensaban que Venecia era de la jurisdicción del Papa y que este enviaba gobernadores como en Bolonia y en otras partes. Dios sabe con qué gusto estos magníficos recibieron esta prueba de ignorancia. Le regaló al Papa cibelinas y zorros negros, que es una piel aún más rara y lujosa.

El 6 de marzo fui a ver la biblioteca del Vaticano que tiene cinco o seis salas todas seguidas. Hay un gran número de libros atados sobre diversas hileras de pupitres; los hay también en baúles que me fueron todos abiertos; hay muchos libros manuscritos y sobre todo un Séneca y dos *Opúsculos* de Plutarco. Allí vi, destacables, la estatua del buen Arístides con una hermosa cabeza calva, con la barba espesa, una gran frente, la mirada llena de

dulzura y majestad: su nombre está escrito en su base, que es muy antigua; vi un libro de China, con letra salvaje, con las hojas de un material mucho más ligero y traslúcido que nuestro papel; como no soporta la tintura de la tinta, no está escrito más que por una cara, las hojas son dobles y plegadas por el borde exterior, en el que se sostienen. Dicen que está hecho de la membrana de algún árbol. Vi también un montón de antiguos papiros con caracteres desconocidos: son de corteza de árbol. Vi el breviario de san Gregorio escrito a mano: no lleva el año, pero sostienen que ha llegado de mano en mano, directamente de él. Es un misal más o menos como el nuestro y fue llevado al último Concilio de Trento para servir de testimonio en nuestras ceremonias. Vi un libro de santo Tomás de Aquino donde hay correcciones de la mano del propio autor, que escribía mal, con una letra pequeñita peor que la mía. También una Biblia impresa en pergamino, de las que Plantin[444] acaba de hacer en cuatro lenguas, la cual fue enviada por el rey Felipe al Papa, como dice en la inscripción de la cubierta; el original del libro que el rey de Inglaterra compuso contra Lutero, y que envió hace aproximadamente cincuenta años al papa León X, dedicado de su propia mano, con el bello dístico latino también escrito por él:

Anglorum Rex Henricus, Leo decime, mittit
Hoc opus, et fidei testem et amicitiae.

Leí los prefacios, uno dedicado al Papa, otro al lector: pide disculpas por sus ocupaciones guerreras y su falta de capacidad, es un buen latín para un escolástico.

Vi la biblioteca sin ninguna dificultad, así la ve todo el mundo y puede sacar lo que quiere; está abierta casi todas las mañanas; un gentilhombre me guió por doquier y me invitó a utilizarla cuando quisiera. El señor nuestro embajador se iba de allí en ese momento sin haberla visto, y se quejaba de que quisieran, a tal efecto, que hiciese la corte al cardenal Charlet, director de esta biblioteca; decía que nunca había podido encontrar el modo de ver el manuscrito de Séneca, cosa que deseaba infinitamente. Me acompañó la suerte, aunque yo, a la vista de este testimonio, daba la cosa por perdida. Todo es fácil en un cierto sentido e inaccesible en otros. La ocasión y la oportunidad tienen sus privilegios y ofrecen a menudo al pueblo lo que

rehúsan a los reyes. La curiosidad se pone pegas a sí misma muchas veces, como también lo hace la grandeza y la potencia.

Vi también un Virgilio escrito a mano, con una letra enormemente grande y con estos caracteres largos y estrechos que vemos aquí en las inscripciones del tiempo de los emperadores, aproximadamente del siglo de Constantino, que tienen algo de gótico y han perdido la proporción cuadrada que poseen siempre las viejas escrituras latinas. Este Virgilio me confirmó lo que siempre había pensado, que los cuatro primeros versos que se ponen en la *Eneida* están tomados de otra parte: este libro no los tiene. También están los Hechos de los Apóstoles escritos con una bellísima letra de oro griega, tan viva y reciente como si fuera de hoy mismo. Esta letra es maciza y tiene un cuerpo sólido que sobresale del papel, de manera que si uno pasa la mano por encima se siente el grosor. Creo que hemos perdido el uso de esta escritura.

El 13 de marzo, un viejo patriarca de Antioquía, árabe, muy versado en cinco o seis lenguas de aquella parte, pero que no tenía ningún conocimiento del griego y de otras lenguas nuestras, con el cual llegué a tener mucha familiaridad, me regaló una mixtura para alivio de mi piedra y me prescribió su uso por escrito. Me la guardó en un recipiente pequeño de barro y me dijo que podía conservarla diez e incluso veinte años; y esperaba tal provecho de la primera toma que inmediatamente estaría completamente curado de mi mal. Para, si perdía su escrito, encontrarlo aquí: hay que tomar esta droga al acostarse, tras una cena ligera, en una cantidad equivalente al tamaño de dos guisantes, mezclarla con agua tibia y, tras deshacerla con los dedos, dejando de cada dos días uno de descanso, tomarla cinco veces.

Comiendo un día en Roma con nuestro embajador, donde estaban Muret[445] y otros sabios, me puse a hablar del tema de la traducción francesa de Plutarco, y, contra los que la apreciaban menos que yo, mantenía al menos esto: que donde el traductor no da el verdadero sentido de Plutarco lo ha sustituido por otro verosímil, combinándolo bien con lo que sigue y lo anterior. Para mostrarme que en este punto yo le concedía demasiado, presentaron dos pasajes, uno de los cuales atribuyen a la animadversión al hijo de M. Mangot, abogado de París que acababa de partir de Roma. En la *Vida de Solón*, aproximadamente hacia la mitad,

donde dice que Solón se vanagloriaba de haber liberado el Ática y haber quitado los límites que marcaban las separaciones de las herencias. Ha sido necesario verlo, pues la palabra griega significa ciertas marcas que se ponían en las tierras que estaban comprometidas y obligadas, de tal manera que los compradores quedaran al corriente de esta hipoteca. Lo que él ha puesto en su lugar, *limites*, no tiene sentido equivalente, pues sería hacer las tierras no libres sino comunes. El latín de Estienne se ha aproximado mucho más a lo verdadero. El segundo hacia el final del *Tratado de la alimentación de los niños*: «Observar —dice él— estas reglas será más deseable que aconsejar». El griego, dicen, canta lo siguiente: «Esto es más deseable que esperable»; y es una forma de proverbio que se encuentra en otras partes. En lugar de este sentido claro y fácil, el del traductor lo ha sustituido por otro más blando y extraño, por lo cual, recibiendo sus presuposiciones sobre el sentido propio de la lengua, aceptaba de buen grado su conclusión.

Las iglesias de Roma son menos bellas que en la mayoría de las buenas ciudades de Italia y, en general, que en Italia y Alemania, e incluso, por lo común, menos bellas que en Francia. En San Pedro, se ve a la entrada de la nueva iglesia enseñas colgadas como trofeos; su leyenda dice que son enseñas ganadas por el rey a los hugonotes; no especifica dónde ni cuándo. Cerca de la capilla Gregoriana, en la que se ve un número infinito de exvotos colgados de la muralla, hay, entre otras cosas, un pequeño cuadro rectangular bastante burdo y mal pintado de la batalla de Moncontour. Y en la sala que está delante de la capilla de San Sixto hay, en la pared, muchas pinturas con accidentes memorables relativos al Santo Sitio, como la batalla naval de Juan de Austria. Está representado este Papa pisando la cabeza del emperador que llegaba ante él para pedirle perdón y besar sus pies: pero no están las palabras dichas, según la historia, por uno y por otro. Hay también dos lugares donde está pintada la herida del almirante de Chatillon, así como su muerte, de manera muy auténtica.

El 15 de marzo, el señor de Monluc vino a buscarme al despuntar el día para poner en práctica el proyecto que habíamos hecho el día anterior, que era ir a ver Ostia. Pasamos el Tíber por el puente de Nuestra Señora y salimos por la puerta del Porto, que antiguamente llamaban Portuensis:

desde allí, recorrimos un camino desigual y medianamente fértil de vinos y trigales; y, al cabo de unas ocho millas, volvimos a ver el Tíber, bajamos a una gran llanura de prados y pastos, en cuya punta estaba plantada una gran ciudad desde la que se ven las ruinas mayores y más bellas que rodean el lago de Trajano, que es un repliegue del mar Tirreno en el que venían a recalar las naves; pero la mar no entra más que un poco y aún menos en otro lago que está algo más arriba, que se llamaba el Arco de Claudius. Podíamos comer allí con el cardenal de Perugia que estaba en este lugar y que, a decir verdad, no es tan cortés como los señores y sus servidores. Me mandó dicho señor cardenal por uno de los míos, que se acercó allí un momento, el recado de que tenía quejas contra mí. Este mismo criado fue invitado a beber en la bodega de dicho cardenal, que ni era amigo ni me conocía, y en esto se limitó a una forma de hospitalidad ordinaria para con cualquier extranjero, pero yo temía que no nos llegase el tiempo para dar la vuelta que quería hacer, puesto que yo había alargado mucho mi camino para ver las dos orillas del Tíber. De allí pasamos en barco un pequeño ramal del Tíber y entramos en la Isla Sagrada, que tiene un tamaño aproximado de una legua grande de Gascuña, llena de pastos. Hay ruinas y columnas de mármol, de las que abundan en este lugar de Porto, donde estaba esta antigua ciudad de Trajano. De hecho, el Papa hace desenterrarlos diariamente y llevarlos a Roma. Cuando hubimos atravesado esta isla, nos dimos cuenta de que teníamos que volver a pasar el Tíber, cosa que no resultaba nada fácil para los caballos, y cuando estábamos a punto de volver sobre nuestros pasos, nos encontramos, por suerte, de repente con los señores du Bellay, barón de Chasai, de Marivaut y otros, que venían de la otra orilla. Por eso atravesé el agua y fui a hacer un trueque con estos gentileshombres: ellos tomaron nuestros caballos y nosotros los suyos. De este modo ellos volvieron a Roma por el camino nuestro y nosotros por el suyo que iba directo a Ostia.

OSTIA, a quince millas, está asentada a lo largo del antiguo canal del Tíber; pues está un poco cambiado y se aleja todos los días. Almorzamos sobre la marcha en una pequeña taberna. De allí vimos la Rocca, que es una pequeña plaza fuerte, donde no hay ninguna guarnición. Los papas, especialmente este actual, han hecho erigir en esta costa marítima grandes

torres o puestos de vigilancia, cada mil pasos más o menos, para prevenir las razias que los turcos hacían incluso en tiempo de vendimias, en las que se llevaban tanto el ganado como hombres. Estas torres, que están a un tiro de cañón, se avistan unas a otras con tal celeridad que la alarma llega volando a Roma. Alrededor de Ostia están las salinas de las que se proveen todas las tierras de la Iglesia; se trata de una gran llanura de marismas bañada por el mar.

Este camino de Ostia a Roma, que es la Via Ostiensis, está lleno de marcas importantes de su antigua belleza, muchos baluartes, ruinas de acueductos, casi todo el camino sembrado de ruinas grandes y más de dos tercios del camino están aún pavimentados con la baldosa negra, con las que recubrían los caminos. A la vista del río Tíber, fácilmente da uno crédito a la opinión de que por una y por otra parte todo estaba poblado de casas, de Roma hasta Ostia. Entre otras ruinas encontramos, aproximadamente a mitad de camino, a nuestra izquierda, una preciosa sepultura de un pretor romano, cuya inscripción se ve casi entera. Las ruinas de Roma en su mayoría no se distinguen más que por la masa y el tamaño de la edificación. Hacían grandes murallas de ladrillo y después incrustaban láminas de mármol o de otra piedra blanca, y las recubrían de cemento o de baldosas grandes. Este revestimiento está, casi todo él, arruinado por los años, y en él estaban las inscripciones; por eso hemos perdido casi del todo el conocimiento de estas cosas. La inscripción es visible allí donde la edificación estaba hecha a base de muro de cantería ancho y macizo.

Las cañadas de Roma presentan un aspecto, casi todas, sin cultivar y estériles, ya sea por defecto del terreno o, cosa a mi parecer más verosímil, porque esta ciudad casi no tiene trabajadores que vivan del trabajo de sus manos. De camino encontré, al venir, muchos grupos de hombres de los pueblos procedentes de los Grisones y de Saboya a ganar algo en la estación del laboreo de viñas y jardines; y me dijeron que esa era su renta para el año. Se trata de una villa toda corte y nobleza; todo el mundo participa en el ocio eclesiástico. No hay ninguna calle comercial, o menos que en una ciudad pequeña; no hay sino palacios y jardines. No se ve ninguna calle de la Harpe o de Saint-Denis; me parece siempre estar en la calle Sena o en el

muelle de los Agustinos en París. La ciudad apenas cambia su aspecto en un día laborable o en uno festivo. Toda la cuaresma se hacen estaciones; y no hay más gente en un día de trabajo que en otro que no lo sea, no hay más que carruajes, prelados y damas todo el tiempo. Volvimos a dormir a

ROMA, a quince millas. El 16 de marzo me entraron ganas de ir a probar los baños de Roma y fui a los de San Marcos, considerados los más nobles. Me trataron de manera regular, con el mayor respeto de que son capaces. Quien quiere suele llevar amigas, que también reciben masajes, como uno mismo, a cargo de los muchachos que allí están. Allí me enteré de que con cal viva y oropimente mezclados con lejía, dos partes de cal y un tercio de oropimente, se hace la droga y ungüento con el que se puede depilar, después de haberlo aplicado medio cuartito de hora.

El 17, tuve un cólico durante cinco o seis horas, soportable, y expulsé poco después una piedra del tamaño y la forma de un piñón grande.

En Roma teníamos rosas y alcachofas; pero yo no notaba ningún calor extraordinario, estaba vestido y cubierto como en mi casa. Hay menos pescado que en Francia; sus lucios, sobre todo, no valen nada y los dejan para consumo de la gente corriente. Tienen muy pocos lenguados y truchas; los barbos son muy buenos y mucho más grandes que en Burdeos, pero caros. Las doradas son muy apreciadas y los mújoles son más grandes que los nuestros y un poco más duros. El aceite es tan excelente que este picor que me deja en la garganta en Francia, cuando he comido mucho, aquí no lo tengo en absoluto. Se comen uvas frescas todo el año; e incluso ahora las hay muy buenas colgadas de las parras. Su cordero no vale nada, y casi no lo aprecian.

El 18, el embajador de Portugal rindió pleitesía del Reino de Portugal al Papa de parte del rey Felipe: este mismo embajador que estaba aquí enviado por el rey y a la vez por los Estados contrarios al rey Felipe. Junto a San Pedro me encontré con un hombre que amablemente me avisó de dos cosas: que los portugueses manifestaban su obediencia la semana de Pasión y también que ese mismo día la estación se hacía en San Juan Porta Latina, iglesia en la que algunos portugueses, años antes, habían formado una extraña cofradía. Se casaban varón con varón en la misa, con ceremonias idénticas a nuestras bodas, celebraban la Pascua, leían el mismo Evangelio

de las nupcias, y después se acostaban y vivían juntos. En Roma opinaban que, como en la otra unión, de macho y hembra, lo único que la legitimaba era el matrimonio, le había parecido a esta gente refinada que esta otra acción resultaría igualmente justa, autorizada como estaría por ceremonias y misterios de la Iglesia. Fueron quemados ocho o nueve portugueses de esta curiosa secta.

Yo vi la pompa española. Hicieron una salva de cañones en el castillo de Sant'Angelo y en palacio, adonde fue el embajador conducido por las trompetas, tambores y arqueros del Papa. Yo no entré para ver la arenga y la ceremonia. El embajador moscovita, que estaba en una ventana preparada para ver esta pompa, dijo que había sido invitado a ver una gran asamblea; pero que en su nación, cuando se habla de tropas a caballo, siempre son veinticinco o treinta mil; por eso se mofó de todo este aparato, según me dijo el mismo al que le habían encargado que le hiciera de intérprete.

El domingo de Ramos encontré, a la hora de vísperas, en una iglesia, un niño sentado al lado del altar en una silla, vestido con un ropón nuevo de tafetán azul, con la cabeza descubierta, coronado de ramas de olivo, y que llevaba en la mano una antorcha de cera blanca encendida. Era un muchacho de unos quince años, que, por orden del Papa, había sido ese día liberado de la cárcel, que había matado a otro muchacho.

Se ve en San Juan de Letrán mármol transparente.

Al día siguiente el Papa hizo las siete iglesias. Tenía botas de piel vuelta y en cada pie una cruz de cuero más blanca. Siempre lleva un caballo español, una hacanea y un mulo, y una silla gestatoria, todos enjaezados por igual. Ese día el caballo despertaba comentarios. Su mozo de mulas llevaba dos o tres pares de espuelas doradas en la mano y esperaba en la parte baja de la escalinata de San Pedro; él las rechazó y pidió su litera, en la que había dos sombreros rojos casi iguales, colgados en clavos.

Este día por la tarde me fueron devueltos mis *Ensayos*, castigados según la opinión de los monjes doctores. El maestro del Sacro Palazzo no los había podido juzgar sino por la relación que le hizo un *frater* francés, puesto que no entendía en absoluto nuestra lengua; y se daba tan por contento con las excusas que yo daba sobre cada artículo criticable que le había pasado este francés, que dejaba a mi conciencia corregir lo que yo

mismo viera que era de mal gusto. Yo, como respuesta, le supliqué que siguiese la opinión de aquel que lo había juzgado, confesándome de algunas cosas, como de haber utilizado la palabra «fortuna», haber nombrado poetas heréticos, haber excusado a Juliano y la crítica de que quien rezaba debía estar exento de viciosa inclinación al tiempo; *item*, de considerar crueldad lo que va más allá de la mera pena de muerte; *item*, que a un niño había que enseñarle a hacer de todo, y cosas de ese tipo; que esto era opinión mía, y que eran cosas que había puesto pensando que no eran errores; a otros les respondí diciendo que el corrector no había entendido mi concepción. El llamado Maestro, que es un hombre hábil, me excusaba mucho y me quería hacer sentir que no era muy de la opinión de esta corrección y salía en mi defensa, de manera muy ingeniosa, en mi presencia contra otro que me combatía, también italiano. Me retuvieron el libro de las *Historias de los suizos*, traducido al francés, por el hecho de que el traductor es herético, aunque no se da el nombre de él, pero es una maravilla qué bien conocen a los hombres de nuestras regiones; y *Sebon*, que me dijeron que su prefacio estaba condenado.

Ese mismo día, en la iglesia de San Juan de Letrán, en lugar de las penitencias ordinarias que se ven hacer en este oficio en la mayoría de las iglesias, el señor cardenal de San Sixto estaba sentado en una esquina y daba en la cabeza con una varita larga que tenía en la mano a los que pasaban, y también a las damas, pero con un semblante sonriente y más cortés, según su rango y belleza.

El miércoles de la Semana Santa hice yo las siete iglesias con el señor de Foix, antes de comer, y echamos en ello unas cinco horas. No sé por qué algunos se escandalizan al ver libremente acusar el vicio de algún prelado particular, cuando es conocido y público; pues ese día, y en San Juan de Letrán, y en la iglesia de Santa Cruz en Jerusalén, vi la historia, escrita a lo largo en un lugar muy visible, del papa Silvestre II, que es la historia más injuriosa que uno pueda imaginar.

La vuelta a la ciudad, que yo he dado muchas veces por tierra, desde la puerta del Popolo hasta la puerta San Paulo, se puede hacer en unas buenas tres horas o cuatro si uno va a caballo al paso; la parte que está más allá del río se hace en una hora y media a lo sumo.

Entre otros placeres que Roma me proporcionaba en Cuaresma estaban los sermones. Había excelentes predicadores, como este rabino [renegado] que predica a los judíos el sábado después de comer en la Trinidad. Siempre hay sesenta judíos que están obligados a estar allí. Este era un famosísimo doctor entre ellos; y con sus argumentos mismos, sus rabinos y el texto de la Biblia, combate su creencia. En esta ciencia, y en las lenguas auxiliares, es admirable. Había también otro predicador que predicaba al Papa y a los cardenales, llamado padre Toledo [en profundidad de saber, pertinencia y preparación, es un hombre fuera de lo común]; otro muy elocuente y popular que predicaba a los jesuitas que no carecía de suficiencia en la excelencia de lenguaje; los dos últimos son jesuitas.

Maravilla el prestigio que esta orden tiene en la cristiandad; no creo que haya habido nunca cofradía y cuerpo entre nosotros que tenga tal rango, ni que produzca tales efectos como los que estos lograrán si sus empeños continúan. Se extienden por toda la cristiandad. Es un grupo de grandes hombres en todo tipo de cualidades. Es de nuestros miembros el que más amenaza a los herejes de nuestro tiempo.

La expresión de un predicador fue que convertíamos nuestros carruajes en astrolabios. La actividad más corriente de los romanos es pasearse por las calles; y, de ordinario, la empresa de salir de casa se hace únicamente para ir de calle en calle, sin tener donde pararse; y hay calles más particularmente destinadas a este menester. A decir verdad, el mayor fruto que se saca de esto es ver a las damas a las ventanas y, sobre todo, a las cortesanas que se muestran en sus celosías, con un arte tan pícaro que a menudo me admira cómo provocan nuestra mirada; y a veces, tras apearme del caballo en un sitio y pedir que se me abriese, admiraba esto mismo: cómo se muestran más bellas de lo que son. Saben presentarse con lo que tienen de más agradable; pueden descubrir para uno la parte superior de la cara, o la inferior o un lado, se cubren o se muestran de tal manera que no se ve ni una sola fea en la ventana. Todos se plantan allí para hacer saludos con el gorro e inclinaciones profundas, y para recibir cualquier ojeada al pasar.**[446]** La consecuencia de haberse acostado allí de noche por un escudo o hasta por cuatro, es hacerles también al día siguiente la corte en público. Se ven también algunas damas de categoría, pero con otro aspecto y

modales fáciles de discernir. A caballo se ve mejor; pero es cosa de los modestos como yo o de los chicos jóvenes, que montan en caballos de alquiler. Las personas de rango no van más que en carruaje, y los más licenciosos, para tener mejor vista desde abajo, llevan la parte superior del coche entreabierta; eso es lo que quería decir el predicador con lo de los astrolabios.

El Jueves Santo por la mañana, el Papa de pontifical se sitúa sobre el primer pórtico de San Pedro, en el segundo piso, asistido por los cardenales y llevando él mismo una antorcha en la mano. Al lado hay un canónigo de San Pedro que lee en voz alta una bula latina en la que son excomulgados un grupo infinito de personas, entre otros los hugonotes, llamado así mismo, y también cuantos príncipes detentan alguna cosa en tierras de la Iglesia; en este artículo los cardenales de Médicis y Caraffa, que estaban junto al Papa, se reían bien fuerte. Esta lectura dura una buena hora y media; pues cada artículo que el canónigo lee en latín, al lado opuesto, el cardenal Gonzaga, también descubierto, lo lee en italiano. Después de esto, el Papa arrojó abajo la antorcha iluminada adonde está la gente y, como por juego, el cardenal Gonzaga otra, pues había tres encendidas. Caen entre la gente y se prepara abajo la mayor algarabía del mundo por ver quién coge un trocito de antorcha, incluso se pelean muy rudamente a puñetazos y bastonazos. Durante la lectura de esta condenación, hay también una gran colgadura de tafetán negro en la barandilla de dicho pórtico, delante del Papa. Una vez hecha la excomunión, se recoge este tapiz negro y se descubre uno de otro color; el Papa da entonces sus bendiciones públicas.

Esos días se muestra la Verónica, que es un rostro sombrío de color cetrino y oscuro, en un bastidor como un gran espejo; y se muestra con gran ceremonia desde lo alto de un pupitre que tiene cinco o seis pasos de ancho. El sacerdote que lo sujeta tiene las manos revestidas con guantes rojos, y hay otros dos o tres sacerdotes que le sostienen. Nada se ve con tanta reverencia, el pueblo prosternado en tierra, la mayoría con lágrimas en los ojos y dando gritos de conmiseración. Una mujer, que decían que estaba *spiritata*, se agitaba viendo esta figura, gritaba, estiraba y retorcía los brazos. Los sacerdotes, paseando alrededor del pupitre, la van presentando al pueblo aquí y allá; y a cada movimiento, aquellos a los que se la presenta

gritan. Se muestra también a la vez y en la misma ceremonia el hierro de la lanza en un recipiente de cristal. En este día se muestra muchas veces, con una asamblea de gente tan infinita que hasta muy lejos y fuera de la iglesia, hasta donde es visible este pupitre, se divisa una enorme cantidad de hombres y de mujeres. Es una verdadera corte papal: la pompa de Roma y su principal grandeza es en apariencia devota. Es hermoso ver el ardor religioso de un pueblo tan infinito en esas fechas. Tienen cien cofradías y más, y casi no hay hombre de categoría que no se haya apuntado a alguna; las hay también para los extranjeros. Nuestros reyes son de las del Gonfalón. Estas sociedades tienen diversos actos de comunicación religiosa que se celebran principalmente durante la Cuaresma; pero este día se pasean en grupos vestidos de tela; cada compañía tiene su vestimenta, unos blanca, otros roja, azul, verde, negra, la mayoría con los rostros cubiertos.

La cosa más noble y magnífica que yo haya visto, aquí o en parte alguna, fue el increíble número de gente diseminada ese día por la ciudad, dedicada a las devociones, sobre todo en estas cofradías; pues además del abundante personal que de día había venido hasta San Pedro, en cuanto se hizo de noche la ciudad parecía toda de fuego; estas cofradías desfilan con orden hacia San Pedro, llevando cada cual una antorcha, casi todas de cera blanca. Creo que pasaron delante de mí unas doce mil antorchas por lo menos; pues desde las ocho de la tarde hasta medianoche, la calle estuvo siempre llena de esta pompa, dirigida con tan buen orden y mesura que, aunque había grupos y gente de distintos sitios, no se vieron brechas o interrupciones; cada cuerpo tenía un gran coro de música que iba cantando todo el tiempo al caminar y, en medio de las filas, una hilera de penitentes que se fustigan con cuerdas; había quinientos por lo menos, con la piel de la espalda completamente despellejada y ensangrentada con un aspecto lamentable.

Es un enigma que no entiendo bien todavía; pero van todos castigados y cruelmente heridos y se atormentan y golpean sin cesar. La cosa es que, al ver su continencia, lo seguro de su paso, la firmeza de sus palabras (pues oí a muchos hablar), y su rostro (pues muchos iban descubiertos por la calle), no parecía que estuviesen solo en una tarea penosa, ni seria siquiera, incluso había jóvenes de doce o trece años. Justo a mi lado, había uno muy joven de

rostro agradable; una muchacha lloraba al verle herirse así. Él se volvió hacia nosotros y le dijo riendo: «Basta, que hago esto por sus pecados, no por los míos». No solo no demuestran malestar o esfuerzo alguno en esta tarea, sino que la hacen con alegría, o por lo menos con una soltura tal que uno les ve ocuparse en otras cosas, reír, gritar por la calle, correr, saltar, como pasa en una gran muchedumbre en la que las filas se mezclan. Entre ellos van hombres que llevan vino, y se lo dan a beber; algunos toman un trago. Les dan también grageas dulces; y a menudo los que llevan este vino, se lo ponen en la boca y después lo soplan y mojan el extremo de sus látigos que son de cuerda, y se coagulan y se pegan con la sangre, de manera que, para desenredarlos, hay que mojarlos; a algunos les soplan este mismo vino en sus heridas. Al ver sus zapatos y calzas parece que la mayoría son personas de pocos recursos que se venden para este servicio. Me dijeron que engrasaban sus hombros con algo, pero he visto las heridas tan vivas y el castigo tan largo que no hay ningún medicamento que pueda quitar el sufrimiento; y luego los que les contratan, ¿por qué lo hacen si no es más que una pantomima?

Esta pompa tiene otras particularidades. Cuando llegaban a San Pedro no hacían más que enseñarles *el Viso Santo*, luego salían y dejaban sitio a los demás.

Las damas se pasean ese día libremente; pues toda la noche ocupan las calles, y casi todas van a pie. Sin embargo, a decir verdad, parece que la ciudad se haya reformado seriamente, sobre todo en lo tocante al desenfreno. Todas las miradas y las apariencias amorosas cesan.

El sepulcro más hermoso es el de Santa Rotonda, por sus luminarias. Entre otras cosas, hay un gran número de lámparas que giran y ruedan sin cesar de arriba abajo.

La víspera de Pascua vi en San Juan de Letrán las cabezas [de] san Pablo y san Pedro que allí enseñan, que aún conservan el pelo, el color y la barba, como cuando vivían: san Pedro, un rostro blanco, un poco alargado, con el color rojizo tirando a sanguíneo, una barba gris tupida y la cabeza cubierta con una mitra papal; san Pablo, moreno, con el rostro ancho y más grueso, la cabeza más grande, la barba gris espesa. Están en alto en un lugar especial. La manera de mostrarlos consiste en llamar al pueblo al toque de

campanas y se baja, a tirones, una cortina tras la que están estas cabezas, una al lado de otra. Se permite verlos el tiempo de decir un avemaría e inmediatamente después se sube de nuevo la cortina, luego se vuelve a descubrir, hasta tres veces; se hace esta mostración cuatro o cinco veces al día. El sitio tiene una altura de una pica, con gruesos barrotes de hierro a través de los cuales se les ve. Alrededor, por fuera, encienden muchos cirios, pero no es fácil discernir claramente todos los detalles; yo les he visto dos o tres veces. La pulcritud de estos rostros les da un cierto parecido con nuestras máscaras.

El miércoles después de Pascua, el señor Maldonado, que estaba entonces en Roma, me preguntó la opinión que yo tenía de las costumbres de esta ciudad y, sobre todo, de las prácticas religiosas, y coincidimos totalmente: el pueblo llano era, sin comparación, más devoto en Francia que aquí; pero los ricos, los cortesanos sobre todo, un poco menos. Me dijo además que, frente a los que alegaban, sobre todo los españoles que abundan en su orden, que Francia estaba completamente perdida de herejía, él mantenía que solo en la ciudad de París había más hombres realmente religiosos que en toda España.

Los barcos los arrastran con cuerdas, corriente arriba del río Tíber, con ayuda de tres o cuatro pares de búfalos.

Yo no sé cómo encuentran los demás el aire de Roma, yo lo encuentro muy agradable y sano. El señor de Vielart decía que había perdido allí su dependencia de la migraña y que, corroborando la opinión de la gente, padecía mucho de los pies, pero sentía un gran alivio en la cabeza. Para mí no hay cosa más contraria a la salud como el aburrimiento y la ociosidad; allí siempre tenía alguna ocupación, si no tan agradable como hubiera deseado, al menos suficiente para quitarme el aburrimiento: como por ejemplo visitar las antigüedades, las viñas, que son jardines y lugares de recreo de belleza singular, en los que yo aprendí cuánto provecho puede sacar el arte de un lugar montuoso, desigual y con salientes; pues ellos consiguen cosas graciosas inimitables en nuestros lugares planos, y controlan con mucho ingenio esta diversidad. Entre las viñas más bellas están las de los cardenales De Este, en Monte Cavallo; Farnesio, en el Palatino; y también las de Ursino, Sforza y Médicis; la del papa Julio; la de

la Madama; los jardines de Farnesio y los del cardenal Riario en Trastevere; los de Cesio *fuora della porta del Populo*. Son bellezas abiertas a cualquiera que quiera disfrutarlas, y para lo que quiera, sea para dormir en compañía, si los dueños no están, cosa que no les gusta mucho; o para ir a oír sermones, que los hay siempre, o disputas teológicas, o incluso, a veces, a alguna mujer de las públicas, a las que he encontrado la pega de que venden carísima la simple conversación (que era lo que yo buscaba para oírlas expresarse y participar en sus sutilezas), y son en ello tan parcas como en la relación completa. Todas estas diversiones me tenían bastante ocupado; y no he tenido ocasión de caer en la melancolía, que es mi muerte, o en el abatimiento, ni dentro ni fuera de la casa. Se trata, pues, de una grata mansión y por eso puedo colegir, de haber podido disfrutar de Roma de manera más privada, cuánto me habría agradado; pues a decir verdad, aunque haya puesto en ello ingenio y cuidado, no la he conocido más que en su cara pública, la que ofrece al más modesto extranjero.

El último día de marzo tuve un acceso de cólico que me duró toda la noche, bastante soportable; me movió el vientre con retortijones y me dio una acrimonia de orina fuera de lo acostumbrado. Expulsé mucha arena y dos piedras.

El domingo de Quasimodo vi la ceremonia de la limosna de las muchachas. El Papa tiene, además de su pompa ordinaria, veinticinco caballos que los llevan delante de él aderezados y engualdrapados con oro, muy ricamente ataviados, y diez o doce mulos recubiertos de terciopelo carmesí conducidos por sus mozos de a pie; su litera está también cubierta de terciopelo carmesí. Delante de él, cuatro hombres a caballo llevaban en la punta de unos bastones cubiertos de terciopelo rojo y con empuñadura y cabos dorados, cuatro sombreros rojos. Él iba en su mula. Los cardenales que le seguían también iban en sus mulas, revestidos de pontifical, con el extremo de sus capas prendido con una agujita a la testuz de sus mulas. Las chicas eran ciento siete; cada una va acompañada de una vieja de su familia. Después de la misa, salieron ellas de la iglesia e hicieron una larga procesión. Al volver, pasaron una tras otra al coro de la iglesia de la Minerva, que es donde se hace esta ceremonia, y besaban los pies al Papa y este, después de la bendición, le da a cada una, de su mano, una bolsa de

damasco blanco con una cédula. Se entiende que, una vez que han encontrado marido, van a reclamar su limosna, que es de treinta y cinco escudos por cabeza, además del vestido blanco que todas llevan ese día, que vale cinco escudos. Llevan el rostro cubierto con un paño y no va abierto nada más que por donde miran.

Yo decía de las ventajas de Roma, entre otras cosas, que es la ciudad más abierta del mundo, en la que a la extranjería y la diferencia de nacionalidades se le da poca importancia; pues por su misma naturaleza es una ciudad hecha de remiendos de extranjeros; todos están en ella como en su casa. Su príncipe abraza con su autoridad la cristiandad entera; su jurisdicción principal obliga a los extranjeros en sus casas, como aquí; por propia elección y de todos los príncipes y grandes de la corte, la consideración del origen no tiene ningún peso. La libertad del régimen de Venecia y la utilidad del comercio la pueblan de extranjeros; pero están allí como en casa ajena. Aquí están dedicados a sus propios oficios, bienes y cargos; ya que es la sede de las personas eclesiásticas. En Venecia se ven tantos extranjeros o más (pues la afluencia de extranjeros en Francia, en Alemania o en otras partes, no tiene punto de comparación), pero hay muchos menos residentes y domiciliados. La gente menuda tampoco se asusta de nuestra manera de vestir, española o tudesca, ni de la suya propia, y apenas se ve mendigo que no nos pida limosna en nuestra propia lengua.

Yo, sin embargo, buscaba y empleaba mis cinco sentidos naturales en obtener el título de ciudadano romano, aunque nada más fuera por el antiguo honor y la memoria religiosa de su autoridad. Pero encontré dificultades; de todos modos, las superé sin tener que pedir ningún favor, ni siquiera la pericia de algún francés. La autoridad del Papa fue reclamada por mediación de Filippo Musotti, su *maggiordomo*, que me había tomado una amistad singular y se empeñó en ello. Me fueron despachadas cartas *3.º Id. Martii 1581*, que me dieron el 5 de abril, muy auténticas, de la misma manera y favor de palabras como las había tenido el señor Giacomo Boncompagni, duque de Sora, hijo del Papa. Es un título vano; pero debo reconocer que me hizo mucha ilusión haberlo obtenido.

El 3 de abril partí de Roma por la mañana pronto, por la puerta de San Lorenzo, Tiburtina. Recorrí un camino bastante llano y en su mayoría fértil,

con trigo, como casi todos los accesos a Roma, poco habitado. Pasé el río Teverone, que es el antiguo Anio, primero por el puente de Mammolo; en segundo lugar por el puente Lucano, que conserva aún su antiguo nombre. En este puente hay algunas inscripciones antiguas, la principal de ellas completamente legible. Hay dos o tres sepulcros romanos a lo largo del camino, no hay otras trazas de antigüedades y queda poco del gran pavimento antiguo que es la Via Tiburtina. Llegué a comer a

TÍVOLI, a quince millas. Se trata del antiguo Tiburtum, tendido en las raíces de los montes, cuya ciudad se extiende a lo largo de la primera pendiente bastante recta, que le da un emplazamiento y unas vistas preciosas; pues domina una llanura infinita en todas las direcciones y hasta la gran ciudad de Roma. Su perspectiva está orientada hacia el mar y tiene detrás de sí los montes. La baña el Teveron y, cerca de allí, forma un salto maravilloso que va montaña abajo y se oculta en un agujero de roca, unos quinientos o seiscientos pasos, y después sale a la llanura por la que discurre muy accidentadamente y va a desembocar en el Tíber un poco más arriba de la ciudad.

Allí se ve el famoso palacio y jardín del cardenal de Ferrara: es un edificio muy hermoso, pero imperfecto en algunos aspectos y la obra ya no la continúa el cardenal presente. Allí miraba yo todas las cosas con mucha atención; trataré de pintarlo aquí, pero hay libros y retratos públicos sobre este tema. Ya había visto yo el borbollar de infinidad de chorros de agua canalizados y lanzados mediante un resorte que se puede mover desde muy lejos, lo había visto en mi viaje en Florencia y en Augusta, como se ha dicho anteriormente. La música de órgano, que es realmente música de órganos naturales, que toca siempre el mismo tema, la produce el agua que cae con gran violencia en una cavidad redonda, abovedada, y mueve el aire que hay en ella y lo impulsa a salir por los tubos de órganos y a darles viento. Hay otra agua que empuja una rueda dentada y hace batir con orden el teclado de los órganos; también se oye el sonido de trompetas en contracanto. Por lo demás, también se escucha el canto de los pájaros, que son pequeñas flautas de bronce como las de un órgano, y que hacen un sonido parecido a los botijitos de barro llenos de agua que los niños soplan por el pico, y funciona con un dispositivo parecido a los órganos; y después,

mediante otros resortes, hacen que se mueva un búho que aparece en lo alto de la roca y detiene de repente esta armonía, como que los pájaros quedan asustados con su presencia, y luego les deja otra vez cantar: esto funciona con la alternancia que uno quiera. En otra parte, sale como un ruido de cañonazos; en otra, un ruido más fino y menudo, como de arcabuces: esto se hace mediante una cascada repentina que cae en los canales, y el aire tratando al mismo tiempo de salir, genera este ruido. De todas estas invenciones o parecidas, compuestas de elementos naturales, ya he visto ejemplos en otras partes.

Hay estanques y refugios con un borde de piedra alrededor, con muchas columnas de piedra tallada, altas, por encima de la barandilla, con una distancia entre una y otra aproximadamente de cuatro pasos. En la parte alta de estas columnas sale el agua con gran fuerza, no hacia arriba sino hacia el estanque. Las bocas están vueltas hacia dentro, mirando una hacia otra, y arrojan el agua y la difunden en el estanque con tal violencia que los chorros de agua vienen a batirse unos contra otros y a chocar en el aire, y producen en el estanque una lluvia espesa y continua. El sol, al caer sobre ello, produce, tanto en el fondo de este estanque como en el aire, todo alrededor, un arco iris tan natural y tan vistoso que en nada desmerece del que vemos en el cielo. No había visto esto en parte alguna. Bajo el palacio, hay grandes grutas artificiales y respiraderos que despiden un vapor frío que refresca toda la planta baja enormemente; esta parte no está del todo terminada. Vi también muchas estatuas excelentes y, sobre todo, una ninfa dormida, una muerta y una Palas celeste.

El *Adonis* que está en casa del obispo de Aquino; la *Loba* de bronce y el *Niño que se arranca la espina* del Capitolio; el *Laocoonte* y el *Antínoo* de Belvedere; la *Comedia* del Capitolio; el *Sátiro* de la viña del cardenal Sforza; y de nueva factura: el *Moisés* y la sepultura de San Pietro in Vincula; la mujer hermosa que está a los pies del papa Pablo III en la nueva iglesia de San Pedro; estas son las estatuas que más me han agradado en Roma.

Pratolino está hecho justamente como réplica a este lugar. En riqueza y belleza de las grutas, Florencia destaca sobre todas, en abundancia de agua Ferrara; en variedad de juegos y movimientos agradables logrados por el

agua son parecidos, si acaso el florentino tiene algo más de coquetería en la disposición y el orden de todos los elementos del lugar; Ferrara gana en estatuas antiguas y en palacios; Florencia en el asentamiento y en la belleza del paisaje supera infinitamente a Ferrara, y yo diría que en todos los recursos naturales, exceptuando la maldad extrema en todas sus aguas, menos la de la fuente del jardincillo de arriba [y la] que se ve en una de las salas del palacio que no es sino agua del Teveron, del que ha desviado un ramal y lo ha canalizado aparte para su servicio. Si fuera agua clara y buena para beber, en vez de turbia y fea, este lugar sería incomparable, y sobre todo su gran fuente, que es la de más hermosa manufactura y la más bonita de ver, con sus dependencias, que ninguna otra cosa ni de este jardín ni de otros. En Pratellino, por el contrario, el agua que hay viene de una fuente traída de muy lejos. Como el Teveron baja de montañas mucho más altas, los habitantes de este lugar lo aprovechan a placer, y el ejemplo de muchos particulares hace menos maravillosa esta obra del cardenal.

Partí al día siguiente después de comer, y pasé por la gran ruina que hay a la derecha del camino de vuelta, que dicen que abarca seis millas y que es una ciudad, que afirman que es el *praedium* de Adriano el emperador.

En este camino de Tívoli a Roma hay un arroyo de agua sulfurosa que lo corta. Los bordes del canal están todos blanquecinos de azufre; y despide un olor a más de media legua de allí; no sirve para fines medicinales. En este arroyo la espuma del agua forma partículas que se parecen tanto a nuestra bebida azucarada que hay pocos hombres que no la confundan con ella; los habitantes de Tívoli hacen muchas cosas con esta materia, de la que yo compré dos cajas por siete sueldos y seis dineros.

Hay algunas antigüedades en la villa de Tívoli, como dos termas que tienen una forma muy antigua, y los restos de un templo en el que hay aún muchas columnas completas; este templo dicen que era el de la antigua Sibila. Sin embargo, en la cornisa de esta iglesia se ven aún cinco o seis letras grandes discontinuas; pues la continuación del muro está completa todavía. Yo no sé si antes había algo y se ha roto, pero en lo que se ve no hay más que: *Ce… Ellius L. F.* No sé qué puede ser. Nos dirigimos por la tarde a

ROMA, a quince millas; e hice todo el regreso en carruaje sin ningún problema, contra mi costumbre.

Tienen algo digno de mención, que es mucho más curioso que en otros sitios, y es que establecen diferencias entre las calles, los barrios de la ciudad, incluso los departamentos de sus casas, con vistas a la salud, y lo hacen de tal manera que cambian de habitación según las estaciones; incluso entre los que las alquilan, hay quien tiene dos o tres palacios arrendados con gran gasto para mudarse según las estaciones, siguiendo la prescripción de sus médicos.

El 15 de abril fui a despedirme del maestro del Sacro Palazzo y de su compañero, quienes me rogaron que no hiciera uso de la censura de mi libro, en la que otros franceses les habían advertido que había muchas tonterías; que honraban tanto mi intención como mi afecto hacia la Iglesia y mi capacidad, y estimaban tanto mi franqueza y mi conciencia, que remitían a mí mismo cortar en mi libro, cuando lo quisiera reimprimir, lo que yo mismo encontrara demasiado licencioso, entre otras cosas la palabra «fortuna». Me pareció dejarles muy contentos de mí. Para excusarse de lo que habían visto con curiosidad de mi libro y en parte condenado, me aportaron algunos libros del momento, de cardenales y religiosos de muy buena reputación, censurados por algunas imperfecciones de ese tipo, que en nada tocaban a la reputación de su autor ni de la obra en su conjunto; me rogaron ayudar a la Iglesia con mi elocuencia (son sus palabras de cortesía) y pasar con ellos una estancia apacible y alejada del ruido en esta ciudad. Son personas de gran autoridad y cardenalables.

Comimos alcachofas, habas, guisantes, casi a mediados de marzo. En abril ya es de día a las diez de ellos, y creo que los días más largos a las nueve. Por esas fechas trabé conocimiento, entre otros, de un polaco, el amigo personal más grande que tuvo el cardenal Hosius, quien me regaló dos ejemplares del librito que hizo de su muerte, corregidos por su propia mano.

Las delicias de la estancia en esta ciudad se habían incrementado en más de la mitad al recorrerla; no disfruté nunca de aire más templado para mí, ni más adecuado a mi complexión.

El 18 de abril fui a ver el interior del palacio del señor Jan George Cesarin, en el que hay muchísimas antiguallas raras, y, sobre todo, las cabezas verdaderas de Zenón, Posidonius, Eurípides y Carnéades, según dicen sus inscripciones griegas muy antiguas. También están los retratos de las más bellas damas romanas vivas y de la señora Clelia Fascia Farnesio, su mujer, que es si no la más agradable, sin comparación la más amable mujer que había en Roma en el momento, y, que yo sepa, en otras partes. Este dice que es del linaje de los Césares y lleva por derecho el gonfalón de la nobleza romana; es rico y tiene en sus armas la columna con el oso atado a ella y encima de la columna un águila con las alas desplegadas.

Las viñas y los jardines forman la gran belleza de Roma y su sazón se da en verano.

El miércoles 19 de abril partí de Roma después de comer y fuimos conducidos hasta el puerto de Molle por los señores de Marmoutiés de la Trimouille, Du Bellay y otros gentileshombres. Una vez pasado este puente, giramos a la derecha dejando a la izquierda el gran camino de Viterbo por el que habíamos llegado a Roma y, a la derecha, el Tíber y los montes. Continuamos por un camino sin vegetación y desigual, poco fértil y deshabitado; pasamos al lugar que se llama *prima porta*, que es la primera puerta a siete millas de Roma; y dicen algunos que las antiguas murallas de Roma llegaban hasta allí, lo que no me parece en absoluto verosímil. A lo largo de este camino, que es la antigua Via Flaminia, hay algunas antigüedades desconocidas y raras; y llegamos a dormir a

CASTELNOVO, a dieciséis millas, pequeño castillo que es de la casa Colonna, sepultado entre montículos en un sitio que se me parecía mucho a los fértiles accesos de nuestros montes Pirineos en la ruta de Aigues Caudes.

Al día siguiente, 20 de abril, seguimos por este mismo país montañoso pero muy agradable, fértil y muy habitado y llegamos a dar a una hondonada a lo largo del río Tíber a

BOURGUET, pequeño castillo que pertenece al duque Octavio Farnesio.

De allí salimos después de la comida y, tras haber recorrido un vallejo muy agradable entre colinas, cruzamos el Tíber en Corgue, donde aún se ven grandes montones de piedra, reliquias del puente que Augusto había

mandado hacer para unir el país de los Sabinos, que es al que nosotros pasamos, con el de los Faliscos, que está del otro lado. Encontramos después

ORTICOLI, pueblecillo que pertenece al cardenal de Perugia. Delante de esta villa se ve un asentamiento hermoso de grandes e importantes ruinas; el territorio montañoso e infinitamente agradable presenta un panorama de una región completamente accidentada, pero muy fértil toda ella y muy poblada. En este camino se encuentra una escritura en la que el Papa dice haber hecho y ordenado este camino, al que llama *viam Boncompaignon*, según su nombre. Esta costumbre de poner por escrito y dejar testimonio de tales obras, que se ve en Italia y en Alemania, es un buen estímulo; de modo que quien no se preocupe por lo público se verá movido, por la esperanza de adquirir reputación, a hacer alguna cosa buena. En realidad, la mayor parte de este camino estaba impracticable y en la actualidad se lo ha hecho accesible a los carruajes incluso hasta Loreto. Llegamos a dormir a

NARNI, a diez millas, Narnia en latín. Pequeña ciudad de la Iglesia asentada en lo alto de un roquedo, al pie del cual discurre el río Negra, Nar en latín; dicha ciudad mira por un lado hacia una llanura muy agradable por donde dicho río discurre y se enreda de manera extraña. Hay en la plaza una hermosa fuente. Vi la catedral y noté que la tapicería que hay en ella tiene escritos y rimas francesas en nuestra lengua antigua. No supe descifrar de dónde venía esto, aunque me enteré por la gente de que tienen una gran inclinación por nosotros. Dicha tapicería representa la Pasión y está a un lado de la nave. Como Plinio dice que en este lugar hay un tipo de tierra que se reblandece con el calor y se seca con las lluvias, yo pregunté por ello a sus habitantes, que no saben nada del asunto. Tienen, a una milla de allí, aguas frías que hacen el mismo efecto de las nuestras calientes; los enfermos las utilizan, pero no tienen mucha fama. El alojamiento, para lo que se estila en Italia, es de los buenos; aunque no teníamos velas, había en todas partes lámparas de aceite.

El 21, de madrugada, bajamos a un valle muy gracioso por donde corre dicho río Negra, que pasamos por un puente hasta las puertas de

TERNI, que atravesamos, y en la plaza vimos una columna muy antigua que está aún asentada sobre su base. No vi ninguna inscripción en ella, pero

a un lado hay una estatua con un león rampante, por encima de la cual hay en viejas letras una dedicatoria a Neptuno, incluso está dicho Neptunus esculpido en mármol con todo su equipaje. En esta misma plaza hay una inscripción que han destacado en un lugar eminente: a un tal A. Pompeius A. F., los habitantes de esta ciudad (que se llama Interamnia por el río Negra que circula por un lado y otro arroyo por el otro) han erigido una estatua por los servicios que ha prestado a este pueblo. La estatua ya no está allí pero yo juzgué la antigüedad de este escrito por la forma de escribir en diptongo *periculeis* y palabras semejantes. Es una bonita villa y singularmente agradable su asentamiento. En la parte de atrás, de donde veníamos, está la llanada más fértil de este valle, y más allá las laderas de cultivos, habitadas; con tantos olivos, entre otras cosas, que no hay cosa más bonita de ver, teniendo en cuenta que entre estas lomas hay a veces montañas muy altas, labradas hasta la cima y fértiles, con todo tipo de frutales. Tuve un cólico muy fuerte, que me había agarrado durante veinticuatro horas y en ese momento me tenía extenuado hasta el último esfuerzo; sin embargo, no dejé de disfrutar de la belleza de ese lugar.

De allí nos introdujimos un poco más en los Apeninos, y comprobamos que realmente se trata de una reparación muy hermosa, grande y noble este nuevo camino que el Papa ha trazado, con gran gasto y utilidad. El pueblo vecino se ha visto obligado a construirlo, pero no se queja tanto de eso como de que, sin ninguna recompensa, de las tierras laborables, viveros y cosas semejantes no han perdonado nada para hacer esta explanada. Vimos a nuestra derecha la cima de una colina agradable ocupada por un pequeño villorrio. El pueblo la llama Colle Scipoli: dicen que antiguamente era Castrum Scipionis. Las demás montañas son más altas, secas y pedregosas, y entre ellas y la ruta de una torrentera de invierno nos dirigimos a

SPOLETO, a dieciocho millas. Ciudad famosa y cómoda, asentada entre estas montañas en la parte de abajo. Fuimos obligados a mostrar nuestra *bollete*, no por causa de la peste, que no había en ninguna parte de Italia, sino por el temor que tienen de un tal Petrino, conciudadano suyo, que es el más noble bandido ladrón de Italia y al que atribuyen famosas fechorías y del que temen verse sorprendidos, tanto ellos como las villas de alrededor.

Esta comarca está jalonada de numerosas tabernas; y allí donde no hay viviendas, hacen enramadas donde hay mesas cubiertas, huevos cocidos, queso y vino. No tienen mantequilla y lo sirven todo aderezado con aceite.

A partir de allí, ese mismo día después de comer, nos plantamos en el valle de Spoleto, que es la llanura más hermosa entre montañas que uno pueda ver, de una anchura de dos leguas grandes de Gascuña. Descubrimos numerosos lugares habitados en las cumbres vecinas. El camino de esta llanura es como el que antes mencioné del Papa, hecho a cordel, como una carrera trazada a posta. Dejamos a uno y otro lado muchas villas, entre otras, a mano derecha, la villa de Trevi. Servius dice siguiendo a Virgilio que es *Oliviferaeque Mutuscae*, de lo que habla [en el] libro VII. Otros lo niegan y argumentan en contra. En todo caso, se trata de una ciudad practicada en una alta montaña, con una extensión que llega hasta la mitad de la pendiente. Es un emplazamiento muy agradable esta montaña cargada de olivos todo alrededor. Por ese camino nuevo y reordenado hace tres años, que es el más bonito que uno pueda ver, llegamos por la tarde a

FOLIGNO, a doce millas. Bonita ciudad situada en esta llanura que al llegar me recordó la planta de Sainte Foy, aunque esta sea mucho más rica, y como ciudad mucho más bonita y poblada sin comparación. Hay un río pequeño o arroyo que se llama Topino. Esta villa se llamaba antiguamente Fulginium, otros dicen Fulcinia, edificada en el lugar del Forum Flaminium.

Las hospederías de esta ruta, o casi todas, son comparables a las francesas, salvo que los caballos apenas encuentran otra cosa más que heno para comer. Sirven pescado marinado y no tienen apenas pescado fresco. Sirven habas crudas en toda Italia, y guisantes, y almendras verdes, y apenas si cuecen las alcachofas. Estas zonas están pavimentadas con baldosas. A los bueyes los atan por el morro con un hierro atravesado entre las fosas nasales, como a los búfalos. Los mulos de carga, que tienen muchos y muy hermosos, no llevan las pezuñas delanteras herradas a la manera nuestra, sino con un hierro redondo que les recorre el contorno y es más grande que el pie. En varios lugares hay monjes que dan agua bendita a los caminantes, y esperan su limosna, y muchos niños que piden limosna, prometiendo decir la decena de paternóster que cuentan con las manos, por quien les haya hecho la merced. Los vinos apenas son buenos.

Al día siguiente por la mañana, dejando atrás esta hermosa llanura, nos lanzamos por el camino de la montaña, en donde encontramos muy hermosas brañas, tanto en la cima como en el pie del monte. Pero al despuntar la mañana, tuvimos por un momento la bellísima visión de mil colinas diferentes, revestidas por doquier de hermosísimas sombras de todo tipo de frutales, con los mejores trigales imaginables, muchas veces en sitios tan cortados y escarpados que era un milagro que solo los caballos pudieran acceder a ellos; los vallejos más hermosos, un número infinito de arroyos, tantas casas y pueblos por aquí y por allá, que me recordaban las entradas de Florencia, salvo que aquí no hay ningún palacio ni casa lujosa; allí el terreno es en su mayoría seco y estéril, mientras que en estas colinas no hay una pulgada de tierra baldía. Es cierto que la estación de primavera les favorecía. A menudo, muy por encima de nuestras cabezas veíamos un hermoso pueblo y a nuestros pies, como en las antípodas, otro, teniendo cada uno muchas comodidades y muy diversas: no es ningún desdoro el que por entre estas montañas tan fértiles los Apeninos asomen sus cabezas hostiles e inaccesibles, desde las que se ve rodar numerosos torrentes que, una vez perdida su primera furia, llegan poco después a estos valles convertidos en arroyos muy agradables y muy suaves. En medio de estos promontorios se descubren, arriba y abajo, llanuras muy ricas, a veces tan grandes que la vista se pierde en algún repliegue del paisaje. Me parece que ningún cuadro puede representar un paisaje tan rico. De allí, nuestro camino ofrecía un aspecto unas veces de una manera y otras de otra, pero siempre la andadura muy fácil, y llegamos a comer a

LA MUCCIA, a veinte millas, villorrio asentado junto al río Chiento.

De allí seguimos por un camino bajo y cómodo a través de estas montañas; pero como yo le había dado un bofetón a nuestro conductor,[447] lo que es un gran exceso según la costumbre del país, testigo el conductor de quien mató al príncipe de Tresignano, y no viéndome movido a seguir más a dicho conductor, estando así las cosas, aparte de mí, con el tono que empleó en dar las informaciones u otras cosas, me detuve contra mi intención (que era de ir a Tolentino) a cenar en

VALCHIMARA, a ocho millas, pueblecito y posta junto a dicho río Chiento.

El domingo por la mañana seguimos este valle entre montañas cultivadas y fértiles, hasta

TOLENTINO, villorrio a través del que pasamos y vimos después que el paisaje se aplanaba y no teníamos ya a nuestros lados más que pequeños mogotes muy accesibles, recordando esta comarca mucho la del Agenois, donde está lo más bonito de todo el Garona; salvo que, como en Suiza, no se ve ningún castillo o casa de gentileshombres, sino muchos pueblos o villas a los lados. Todo que, siguiendo el Chiento, un camino muy bonito y al final pavimentado con ladrillo, por donde llegamos a comer a

MACERATA. A dieciocho millas. Hermosa ciudad del tamaño de Libourne, asentada sobre una altura prácticamente redonda que se alzaba por todas partes por igual hacia su concavidad. No hay muchos edificios bonitos. Me fijé en un palacio de piedra tallada, labrado por el exterior en punta de diamante cuadrado, como el palacio del cardenal De Este, en Ferrara: esta forma de construcción es agradable a la vista. A la entrada de esta ciudad hay una puerta nueva en la que está escrito: *Porta Boncompaigno*, en letras de oro; es la continuación de los caminos que el Papa ha reordenado. Aquí está la sede del legado para el país de la Marca. En estas rutas dan a probar mosto, cuando ofrecen sus vinos; pues hacen cocer y hervir la mitad hasta los restos para mejorarlo. Notábamos claramente que estábamos en el camino de Loreto pues los caminos estaban llenos de gente que iba y venía; y no solo hombres particulares, sino muchas comitivas de personas ricas que hacían el viaje a pie, vestidos como peregrinos y algunos con una enseña y además un crucifijo que marchaba delante, y ellos vestidos con librea.

Después de comer continuamos por un terreno corriente, atravesando llanuras y ríos y también algunas colinas suaves, en conjunto muy fértil, y el camino en su mayor parte pavimentado de losas colocadas de canto. Pasamos la villa de RECANATI, que es una villa larga asentada en un alto y extendida siguiendo los pliegues y contornos de su colina, y llegamos por la tarde a

LORETO, a quince millas. Es un pueblo pequeño rodeado de murallas y fortificado ante la incursión de los turcos, asentado en un plano un poco elevado que mira hacia una llanura muy hermosa y muy cerca el mar

Adriático o golfo de Venecia; algunos dicen que, cuando hace bueno, descubren más allá del golfo las montañas de Dalmacia; se trata, en fin, de un emplazamiento muy hermoso. No hay casi habitantes, salvo los empleados del culto, muchos de ellos como huéspedes (aunque los alojamientos están bastante sucios) y muchos mercaderes, a saber, vendedores de cera, de imágenes, de paternóster, *Agnus Dei, Salvators* y cosas de ese tipo, con las que forman un gran número de buenas tiendas ricamente abastecidas. Allí dejé, por mi parte, mis buenos cincuenta escudos. Los sacerdotes, gente de iglesia y de la orden de los jesuitas, están todos concentrados en un gran palacio, no antiguo, en donde se alberga también un gobernador, hombre de iglesia a quien hay que dirigirse para todo, bajo la autoridad del legado y del Papa.

El lugar de devoción es una casita pequeña, muy vieja y modesta, construida en ladrillo, más larga que ancha. En su cabecera han hecho una especie de vano que tiene a cada lado una puerta de hierro; en el intradós una reja de hierro, todo ello tosco, viejo y sin ninguna apariencia de riqueza. Esta reja tiene de ancho lo que va de una puerta a la otra, a través de ella se ve hasta el final del recinto; y ese extremo, que es aproximadamente la quinta parte del tamaño de esta sala, que se ha cerrado, es el lugar del culto principal. Allí se ve, en la parte alta del muro, la imagen de Nuestra Señora hecha, dicen ellos, de madera, y todo el resto está tan enormemente recargado de exvotos primorosos de tantos lugares y príncipes, que no hay hasta el suelo ni una pulgada que esté vacía, que no esté cubierta con alguna lámina de oro o de plata. Yo pude encontrar con mucha dificultad un sitio, y con mucho favor, para colocar allí un cuadro en el cual hay cuatro figuras de plata pegadas: la de Nuestra Señora, la mía, la de mi mujer y la de mi hija. Al pie de la mía se ha esculpido en plata: *Michael Montanus, Gallus Vasco, Eques Regii Ordinis*, 1581; y bajo la de mi mujer: *Francisca Cassaniana uxor*; y bajo la de mi hija, *Leonora Montana filia unica*:[448] y están todas en fila de rodillas en este cuadro y la de Nuestra Señora en lo alto, delante.

Hay otra entrada en esta capilla además de las dos puertas de las que ya he hablado, la cual da al exterior. Entrando, pues, allí, en esta capilla, mi cuadro está colocado a mano izquierda contra la puerta que está en este

rincón y lo he dejado atado y clavado con mucho cuidado. Había hecho poner una cadenita y un anillo de plata para que por medio de este se pudiera colgar de un clavo, pero prefirieron atarlo directamente a la pared. En este lugar está la chimenea de esta sala, que se puede ver apartando unos viejos cortinones que la cubren. Está permitido entrar, ver la leyenda de delante de la puerta, que es de metal muy ricamente labrado y además hay una reja de hierro delante de esta puerta. La prohibición radica en que sin la autorización del gobernador nadie puede entrar. Entre otras cosas, por su rareza habían dejado, entre otros presentes lujosos, el cirio que un turco había enviado con toda espontaneidad, habiéndose encomendado a esta Nuestra Señora, por estar en alguna necesidad extrema y queriendo ser ayudado por todo tipo de cuerdas.

La otra parte de esta casita, la más grande, sirve de capilla y no tiene ninguna luz del día y su altar está bajo la reja medianera de la que he hablado. En esta capilla no hay ningún adorno, ni banco, ni reclinatorio, ni pintura, ni tapicería en la pared; pues en sí misma sirve de relicario. No se puede llevar en ella ni espada, ni arma alguna, y no hay ningún orden ni respeto de rango.

Hicimos en esta capilla la misa, cosa que no se permite a todos; pues hay un lugar destinado a tal efecto a causa de la gran muchedumbre de hombres que ordinariamente comulgan allí. Hay tantos que van a todas horas a esta capilla que es necesario ordenar muy pronto el que le hagan a uno sitio. Un jesuita alemán me dijo allí la misa y me dio de comulgar.

Le está prohibido al pueblo arrancar nada de este muro, pues si estuviera autorizado llevarse algo, no habría ni para tres días. Este lugar está lleno de infinidad de milagros, y a los libros me remito; pero hay otros muchos y muy recientes de las desgracias que les han sobrevenido a los que por devoción se han llevado algo de este edificio, incluso con permiso del Papa; hasta un pequeño montón de ladrillos que se había quitado cuando el Concilio de Trento ha sido vuelto a colocar.

Esta casita está recubierta y reforzada en su exterior con losetas de la mejor factura, de lo más trabajadas y del mármol más hermoso que uno pueda ver, pocas piezas se conocen más raras y excelentes. Alrededor, y por encima del embaldosado, hay una bella iglesia grande con muchas capillas

alrededor, tumbas, entre otras la del cardenal de Amboise, que el señor cardenal de Armagnac ha puesto allí. Este pequeño cuadrado es como el coro de las demás iglesias; de todos modos hay un coro, pero está en una esquina. Está todo cubierto de cuadros, pinturas e historias, y vimos muchos ricos ornamentos y me extrañaba que no se vieran aún más, dado el renombre famoso y antiguo de esta iglesia. Me da la impresión de que refunden las cosas antiguas y se sirven de ellas para otros usos. Estiman las limosnas en dinero en una cantidad media de diez mil escudos.

Hay en ella más apariencia de devoción que en ningún otro lugar que yo haya visto. Lo que se pierde (digo del dinero o de otra cosa digna de ser no solo quitada sino incluso arrebatada por la gente de este oficio) quien lo encuentra lo pone en cierto lugar público, destinado a tal efecto; y lo coge de allí cualquiera que lo quiera hacer, sin dar explicaciones. Había, cuando yo estaba, muchas cosas, paternósters, pañuelos, bolsas sin propietario, que eran para el primero que las cogiera. De lo que se compra para servicio de la Iglesia y para dejarlo allí, ningún artesano quiere nada para sí, para, dicen ellos, tener parte en la Gracia; uno no paga sino la plata o la madera como limosna y por generosidad, pero en realidad lo rechazan. Las gentes de iglesia, de lo más cumplidos en todo: por confesar, por dar la comunión o cualquier otra cosa, no aceptan nada. Es frecuente dar a quien uno quiera de entre ellos dinero para que en nombre de uno lo distribuya entre los pobres, una vez que uno haya partido.

Cuando estaba ante el sagrario, resulta que se acerca un hombre que le ofrece al primer sacerdote que encuentra una copa de plata, diciendo que era una promesa; y como había hecho promesa de hacer un gasto de doce escudos y el cáliz valía menos, pagó la diferencia a dicho sacerdote, quien alabó el pago y la moneda como cosa debida con toda exactitud, para ayudar a la perfecta y concienzuda ejecución de su promesa; hecho esto, hizo entrar al hombre junto al sagrario para que ofreciese él mismo el cáliz a Nuestro Señor e hiciese una pequeña oración, y el dinero lo echó en el cepillo común. Estos ejemplos se ven todos los días y son de lo más corriente. Apenas si reciben para dar a quien quiere hacerlo; al menos es un favor el ser aceptado.

Me detuve el lunes allí, y el martes y el miércoles por la mañana; después de la misa salimos.[449] Pero, para decir unas palabras de la experiencia de este lugar, en donde tanto me vi complacido, estaba en ese mismo momento Michel Marteau, señor de La Chapelle, parisino, un joven muy rico y con un gran cortejo. Hice de forma muy particular y curiosa que él y algunos de su comitiva contaran el relato de la curación de una pierna que decía haber logrado en ese lugar; no hay manera mejor ni más exacta de hacerse idea de un milagro. Todos los cirujanos de París y de Italia se habían equivocado al respecto. Había gastado más de tres mil escudos; su rodilla inflamada, inútil, le causaba muchos dolores desde hacía más de tres años, iba cada vez peor, más enrojecida, inflamada e hinchada hasta darle fiebre; en ese mismo instante, llevaba ya varios días que había abandonado todos los demás medicamentos y socorros, y, cuando estaba durmiendo, de repente sueña que está curado y le parece ver un resplandor; se despierta, grita que está curado, llama a sus gentes, se levanta, se pasea, cosa que no había apenas podido hacer después de su enfermedad, su rodilla se desinfla, la piel tumefacta alrededor de la rodilla y como muerta, y él se pone bien sin ningún otro tipo de ayuda. Y cuando estaba en este estado de completa curación había vuelto a Loreto; pues era en otro viaje, un mes o dos antes, cuando se había curado, y había estado, sin embargo, en Roma con nosotros. De su boca y de todos los suyos no se puede dar por cierto sino esto que acabo de nombrar.

El milagro del transporte de esta casita, que consideran que es la misma casa en la que en Nazaret nació Jesucristo, y su conducción primero a Dalmacia y después cerca de aquí y por fin aquí mismo, está representado en grandes cuadros de mármol en la iglesia a lo largo de las columnas, en lenguaje italiano, esclavón, francés, alemán, español. En el coro hay una enseña de nuestros reyes, colgada, pero no hay armas de ningún otro rey. Dicen que ven a menudo a los esclavonios en grandes cortejos venir a este lugar de devoción, dando gritos en cuanto que descubren a lo lejos la iglesia desde el mar, y después en los lugares ven tantos clamores y promesas a Nuestra Señora para volver a ellos, tantas lamentaciones de haber dado ocasión de abandonarlos, que es algo que causa maravilla.

Yo me informé de que de Loreto se puede ir a lo largo de la marina en ocho jornadas cortas hasta Nápoles, viaje que deseo hacer. Hay que pasar por Pescara y la *città* de Chieto, donde hay un *Procaccio* que va todos los domingos a Nápoles.

Ofrecí a varios sacerdotes dinero, la mayor parte de ellos se obstinaron en rechazarlo y los que lo aceptaron lo hicieron con todas las dificultades del mundo.

Tienen allí y guardan su trigo en los sótanos, bajo la calle.

Fue el 25 de abril el día en que yo ofrecí mi voto.

Llegar de Roma a Loreto, camino que hicimos en cuatro días y medio, me costó seis escudos en metálico, que son cincuenta sueldos por caballo, y el que nos alquilaba los caballos los alimentaba, y también a nosotros. Son condiciones duras, pues obligan a acelerar las jornadas por lo caras que son, y además le tratan a uno lo más escasamente que pueden.

El 26 fui a ver el puerto, a tres millas de allí, que es bello y tiene un fuerte que depende de la comunidad *di Recanate*. Don Luca Giovanni, *beneficiale*, y Giovanni Gregario D'Acailli, *custode della Sacrestia*, me dieron sus nombres con el fin de que si necesitaba algo de ellos, para mí o para otro, les escribiese. Me hicieron muchas pleitesías. El primero dirige esta pequeña capilla y no quiso aceptar nada de mí, les estoy obligado por su trato y cortesía que me han hecho de palabra.

Dicho miércoles, después de comer, continué por un terreno fértil descubierto y con una forma mezclada y me llegué a cenar a

ANCONA, a quince millas. Es la ciudad principal de la Marca: la Marca era para los latinos Picenum. Está muy poblada, sobre todo de griegos, turcos y dálmatas. Es una zona muy comercial, bien construida, a los lados tiene dos grandes farallones que se lanzan al mar y en uno de los cuales hay un gran fuerte por el que nosotros llegamos; en el otro, que está muy cerca, hay una iglesia. Entre estos dos promontorios y en las laderas de ambos, tanto de una parte como de otra, está plantada esta villa: pero la parte principal está asentada al fondo del valle y a la vera del mar, donde hay un puerto muy bonito en el que se ve un gran arco en honor del emperador Trajano, de su mujer y de su hermana. Dicen que en ocho, diez o doce horas, se puede hacer el trayecto a Dalmacia. Yo creo que por seis escudos

o poco más habría encontrado una barca que me habría llevado a Venecia. Di treinta y tres pistolets, que son medios escudos de oro de España, por el alquiler de ocho caballos hasta Lucca, que son aproximadamente ocho jornadas. El conductor debía alimentar los caballos y, en el caso de que estuviese cuatro o cinco días más pasando de ocho, yo dispongo de los caballos, sin otra cosa que pagar salvo los gastos de los caballos y de los criados.

Esta comarca está llena de perros de caza excelentes, que por seis escudos se puede encontrar quien los vende. Nunca comí tantas codornices, pero muy delgadas.

Me quedé el 27 hasta después de la comida para ver la belleza y el asentamiento de esta ciudad; en San Ciriaco, que es la iglesia de uno de estos dos promontorios, hay más reliquias con nombre que en ninguna iglesia del mundo y nos las enseñaron.

Nos dimos cuenta de que las codornices pasan más allá de Dalmacia en gran número y que todas las noches tienden redes de una parte a otra, y se las llama imitando su voz desde lo alto del aire cuando van de paso; y dicen que en el mes de septiembre vuelven a pasar el mar de Dalmacia.

Escuché durante la noche un cañonazo de la BROUSSE. En el reino y más allá de Nápoles hay cada legua una torre, la primera que descubre el velamen de un corsario manda una señal de fuego a la segunda torre vigilante y la segunda a la tercera, con tal velocidad que dicen que, en una hora, desde el confín de Italia la señal puede correr hasta Venecia.

Ancona se llamaba así antiguamente en griego por la cuña que el mar hace en este lugar; pues sus dos cuernos avanzan y hacen un pliegue hundido donde está la villa cubierta por su parte delantera con estas dos cabezas y el mar, incluso por detrás hay otro promontorio donde antaño había un fortín. Tiene también una iglesia griega y sobre la puerta, en una vieja piedra, algunas letras que pienso que están en dálmata. Las mujeres son por lo general bellas y hay muchos hombres de aspecto digno y buenos artesanos.

Después de comer seguimos la orilla del mar que es más suave y fácil que la nuestra del océano y está cultivada prácticamente hasta tocar el agua y llegamos a dormir a

SENIGAGLIA, a veinte millas. Es una bonita villa asentada en una llanura muy hermosa pegando al mar; allí han hecho un buen puerto, pues hay un río que desciende de los montes y la baña por un costado; con él han hecho un canal recubierto y revestido de gruesos paneles en una parte y otra, donde los barcos se resguardan y su entrada está cerrada. No vi ninguna cosa antigua; así nos alojamos fuera de la ciudad en una hospedería buena, que es la única del lugar. Se la llamaba antiguamente Senogallia, puesto que nuestros antepasados se refugiaron allí cuando Camillus los derrotó; es de la jurisdicción del duque de Urbino.

No me encontraba muy bien. El día que salí de Roma, el señor D'Ossat iba conmigo de paseo y quise yo saludar a otro gentilhombre: y lo hice con tal imprudencia que con mi propio pulgar derecho me lastimé el borde del ojo derecho de tal manera que la sangre brotó enseguida y tuve durante mucho tiempo una rojez muy marcada; luego se fue curando: *erat tunc dolor ad ungüem sinistrum* (dolía esta uña siniestra).

Olvidaba decir que en Ancona, en la iglesia de San Ciriano, hay una tumba baja de una tal *Antonia Rocamoro patre, matre Valleta, Galla Aquitana, Paciocco Urbinati, Lusitano rupta* (Antoinette de Rochemaure, por el padre; Valleta, por la madre; francesa de Aquitania; casada con Paciocco de Urbino, portugués), que está enterrada desde hace diez o doce años.

Partimos pronto por la mañana y seguimos a través de la marina por un camino muy agradable y, hacia la hora de comer, atravesamos el río Metro, Metaurus, por un gran puente de madera, y comimos en

FANO, a quince millas. Ciudad pequeña en una llanura muy bella y muy fértil, que está pegando al mar, bastante mal construida pero bien cerrada. Allí nos trataron muy bien con pan, vino y pescado; el alojamiento no cuesta casi nada. Tiene por sobre otras villas de esta costa, como Senigaglia, Pesaro y otras, la abundancia de aguas dulces, muchas fuentes públicas y pozos particulares, en tanto que las otras tienen que ir a buscar su agua hasta la montaña. Vimos un gran arco antiguo donde hay una inscripción con el nombre de Augusto, *qui muros dederat*. Se llamaba *Fanum*, y era *Fanum fortunae*.

Casi en toda Italia se tamiza la harina en las calles y tiene un panadero más tarea en una hora que nosotros en cuatro. Hay en casi todas las hospederías rimadores que hacen sobre la marcha rimas adecuadas a los presentes. Hay instrumentos musicales en casi todas las tiendas, incluso en los tenderetes de las encrucijadas de las calles.

Esta villa es famosa sobre todas las de Italia por sus hermosas mujeres: no vimos más que muy feísimas, y un hombre honesto de la ciudad a quien le pregunté por este asunto me dijo que el siglo de las guapas había pasado. Se paga en esta ruta aproximadamente diez sueldos por mesa, veinte sueldos por día y por persona, el caballo, por alojamiento y gastos alrededor de treinta sueldos, son cincuenta sueldos. Esta villa es de la Iglesia.

Dejamos en esta misma vía de la marina sin ver un poco más allá Pesaro, que es una ciudad bonita y digna de ser vista, y después Rimini y también la antigua Ravenna. Sobre todo, en Pesaro hay una hermosa edificación de extraña fábrica que hizo construir el duque de Urbino según me han contado: es camino de Venecia hacia la parte de abajo.

Dejamos la marina y tomamos a mano izquierda, siguiendo una ancha llanura a través de la cual pasa el Metaurus. A una parte y otra se descubren muy hermosas pendientes. No le va a la zaga esta comarca a la llanura de Blaignac en Castillon. En esta llanura, al otro lado del río, tuvo lugar la batalla de Salinator y Claudius Nero contra Asdrúbal, en la que este fue muerto. A la entrada de las montañas que hay en el extremo de esta llanura, en la mismísima entrada se encuentra

FOSSOMBRONE, a quince millas, que pertenece al duque de Urbino: es una villa asentada contra la pendiente de una montaña, que tiene en la parte baja una o dos calles bonitas muy rectas, iguales y bien construidas; sin embargo, dicen que los de Fano son mucho más ricos que ellos. Hay allí en la plaza un gran pedestal de mármol con una enorme inscripción, que es del tiempo de Trajano, en honor de un habitante particular de este lugar, y otra contra el muro que no tiene ninguna indicación de tiempo. Esto era antiguamente Forum Sempronii; pero sostienen que su primera villa avanzaba más hacia la llanura y que las ruinas están allí, aún, con un hermoso trazado. Esta villa tiene un puente de piedra para pasar el Metaurus hacia Roma, *per viam Flaminiam*. Como llegué muy pronto (pues las millas

son pequeñas y nuestras jornadas no eran de menos de siete u ocho horas cabalgando), hablé con muchas personas honradas que me contaron lo que sabían de su ciudad y alrededores. Vimos allí un jardín del cardenal de Urbino y muchas cepas de viña injertadas con otro viñedo. Allí mantuve un encuentro con un buen hombre que hacía libros, llamado Vincentius Castellani, que es natural de allí.

Partí al día siguiente por la mañana y, tras tres millas de camino, me dirigí hacia la izquierda y pasé por un puente, la Cardiana, el río, que se mezcla con el Metaurus, e hice tres millas a lo largo de algunas montañas y rocas salvajes por un camino estrecho y mal acomodado, al cabo del cual vimos un pasaje de aproximadamente cincuenta pasos de largo, que ha sido practicado a través de una de estas altas rocas. Como se trata de un trabajo enorme, Augusto, que puso allí la mano el primero, tenía una inscripción en su nombre que el tiempo ha borrado; y se ve aún otra en el otro extremo en honor de Vespasiano. Alrededor de esa zona se ven grandes obras de construcción del fondo del agua, que es de una extrema profundidad, por debajo del camino; las rocas cortadas y aplanadas de un espesor infinito; y a lo largo de todo este camino, que es la Via Flaminia por donde se va a Roma, hay rastros de sus grandes pavimentos, enterrados en su mayoría. Su camino, que tenía cuarenta pies de ancho, no tiene más que cuatro.

Me desvié para ver esto y volví sobre mis pasos para retomar mi camino, que seguí por la parte baja de algunas montañas accesibles y fértiles. Al fin de nuestro trayecto comenzamos a subir y descender y llegamos a

URBINO a dieciséis millas. Es una villa poco llamativa, en lo alto de una montaña de mediana altura, pero que está inclinada por todas partes según las pendientes del terreno, de manera que no tiene nada de igualado y en todas partes hay que subir y bajar. Había mercado, pues era sábado. Vimos el palacio, que es muy famoso por su belleza, es una gran mole que llega hasta el pie del monte. La vista se extiende a otras mil montañas vecinas y no tiene demasiada gracia; como en toda esta edificación no hay nada demasiado agradable, ni dentro ni fuera, pues no tiene más que un pequeño jardincillo de veinticinco pasos aproximadamente. Dicen que hay tantas habitaciones como días tiene el año, en realidad hay muchas en número,

hechas a la moda de Tívoli y otros palacios de Italia. Uno ve a través de una puerta a menudo veinte puertas distintas que siguen en una dirección y otras tantas en la otra, o más. Había algo antiguo, pero lo principal fue construido [en] 1476 por Federico Maria della Rovere, que tiene allí dentro muchos títulos y grandezas de sus botines de guerra, con los que tiene recargadas las murallas y tiene una inscripción que dice que es la casa más bella del mundo. Es de ladrillo, completamente abovedada, sin ningún artesonado, como la mayoría de los edificios de Italia.

Este es su biznieto. Es un linaje de buenos príncipes que son amados por sus súbditos. De padres a hijos son todos gente de letras y tienen en este palacio una bella biblioteca. No encontraron la llave. Tienen influencia española. Las armas del rey de España se ven en un lugar de honor y la orden de Inglaterra y el Toisón, pero nada de las nuestras. Ellos mismos han representado en pintura al primer duque de Urbino, joven que fue muerto por sus súbditos a causa de su injusticia: no era de este linaje. Este de ahora se ha casado con la hermana del señor de Ferrara, diez años más vieja que él. Están mal, juntos y separados, nada más que por los celos de ella, según dicen. Además, por la edad de ella, que tiene cuarenta y cinco años, tienen pocas esperanzas de tener hijos, lo que llevará a que legue, según dicen, este ducado a la Iglesia; y tienen pena por ello.

Vi la efigie al natural de Pico della Mirandola: un rostro claro muy hermoso, sin barba, representando diecisiete o dieciocho años, la nariz más bien larga, los ojos dulces, el rostro delgado, el cabello rubio que le llega hasta los hombros y una expresión extraña. En muchos lugares de Italia siguen esta misma forma de hacer las escaleras de caracol, incluso muy elevadas y estrechas, de tal manera que a caballo uno puede subir hasta lo alto, las hacen con baldosas puestas de canto. Es un lugar, dicen, frío, y el duque por lo general solamente está en verano. Para acondicionar este lugar, se ve en dos de las habitaciones otras pequeñas enlosadas en una esquina, cerradas por todas partes, salvo un cristal que recibe la luz del día en la habitación; dentro de estos cuartos está la cama del señor. Después de comer me desvié aún cinco millas para ver un lugar que en todas las épocas llama la gente *sepulcro d'Asdrubale*, era una colina muy alta y recta a la que llaman *Monte deci*. Hay cuatro o cinco casuchas y una iglesita, y se ve

también una edificación de ladrillo grueso o cuadrado que tiene un perímetro de veinticinco pasos aproximadamente, y una altura de veinticinco pies. Alrededor hay bancos del mismo ladrillo cada tres pasos. Yo no sé cómo llaman los albañiles a estas piezas que hacen para sostener, que son como picos. Subimos arriba, pues no hay ninguna entrada por la parte de abajo. Allí se encuentra una bóveda y no hay nada dentro, ninguna piedra labrada ni nada escrito. Los habitantes dicen que había un mármol con marcas, pero que en este momento había sido robado. De dónde viene el nombre que le han puesto yo no lo sé, y no creo que sea verdaderamente el que ellos dicen. Es cierto que fue derrotado y muerto bastante cerca de allí.

Seguimos después por un camino muy montañoso que resultó estar cubierto de fango, con solo haber llovido una hora; y volvimos a pasar el Metaurus fácilmente, puesto que no es más que un torrente que no tiene ninguna barca, que habíamos pasado otra vez después de la comida, y nos volvimos al final del día por un camino bajo y fácil a

CASTEL DURANTE, a quince millas, pueblo asentado en la llanura junto al Metaurus, que pertenece al duque de Urbino. El pueblo hacía fuegos de artificio y fiesta por el nacimiento de un hijo varón de la princesa de Besignano, hermana de su duque.

Nuestros conductores desensillan sus caballos a medida que les van quitando las bridas, estén en el estado que estén, y les hacen beber sin ninguna prudencia. Aquí bebimos vino rebajado, como en Urbino, para hacerlo más suave.

El domingo por la mañana recorrimos una llanura bastante fértil rodeada de pendientes, y pasamos en primer lugar por una villa pequeña y hermosa, Sant'Angelo, que pertenece a dicho duque, junto al Metaurus, con caminos anchos muy hermosos. Encontramos en la villa a las pequeñas Reinas de la Mitad de la Cuaresma, porque era la víspera del primer día de mayo. De allí, siguiendo la llanura, atravesamos aún otro pueblecito de la misma jurisdicción llamado Mercatello por un camino que comenzaba ya a oler a la montaña del Apenino y llegamos a comer a

BORGO A PASCI, a diez millas. Pueblecito y alojamiento modesto como para un refrigerio, que está en un repliegue de los montes.

Después de comer, seguimos primero una ruta pequeña, silvestre y pedregosa y continuamos subiendo un alto monte de dos millas de altura y cuatro millas de pendiente; el camino lleno de guijarros y fastidioso, pero no peligroso, puesto que los precipicios no estaban cortados tan rectos como para que la vista no pudiera apoyarse en nada. Seguimos el Metaurus hasta su manantial que está en este monte, con lo que habíamos visto su nacimiento y su fin, puesto que lo habíamos visto desembocar en el mar en Senigaglia. A la bajada del monte se presentaba ante nosotros una hermosísima llanura grande por la que corre el Tíber, que no está allí más que a ocho millas aproximadamente de su nacimiento, y otros montes más allá: perspectiva que se parece bastante a la que se ofrece en la Limaigne de Auvernia a los que descienden del Puy de Dome a Clermont. En lo alto de nuestro monte acaba la jurisdicción del duque de Urbino y comienza la del duque de Florencia y la del Papa a mano izquierda. Llegamos a cenar a

BORGO SANSEPOLCRO, a trece millas. Villa pequeña en esta llanura que no tiene ninguna singularidad, es del duque de Florencia; partimos el primer día de mayo.

A una milla de esta ciudad pasamos por un puente de piedra el río del Tíber, que allí lleva todavía sus aguas claras y bellas, lo que es señal de que el color sucio y rojizo, Flavum Tiberim, que se le ve en Roma, lo adquiere por la mezcla con otro río. Atravesamos esta llanura de cuatro millas y en la primera colina encontramos un pueblecillo en lo alto. Había muchas chicas en el lugar, y a lo largo del camino, que se ponían delante de nosotros y nos cogían las bridas de los caballos y, cantando una canción para la ocasión, pedían algún regalo para la fiesta del día. Desde esta colina nos hundimos en una hendidura muy pedregosa que nos llevó bastante tiempo, a lo largo del canal de un torrente; después tuvimos que subir a una montaña estéril, llena de piedras, de tres millas de subida y de bajada, y luego descubrimos otra gran llanura en la que atravesamos el río Chiasso por un puente de piedra, y después el río Arno por un gran y hermoso puente de piedra, más allá del cual nos alojamos en

PONTE BORIANO, casita pequeña a dieciocho millas. Un mal alojamiento, como los tres anteriores y la mayor parte de esta ruta. Sería una locura enorme traer por aquí buenos caballos pues no hay nada de heno.

Después de comer, seguimos por una larga llanura cortada toda con horribles hendiduras que las aguas forman de extraña manera, y creo que el tiempo es muy feo allí en invierno, pero están también aplicándose a mejorar el camino. Dejamos a la izquierda, inmediatamente después de la comida, la ciudad de Arezzo en esta misma llanura, a dos millas de nosotros aproximadamente. Parece de todas maneras que su asentamiento está un poco elevado. Pasamos por un bonito puente de piedra de gran altura el río Ambra y llegamos a cenar a

LEVANELLA, a diez millas. La hospedería está más allá de dicho pueblo, a una milla aproximadamente, y es muy famosa; la consideran [también] la mejor de la Toscana y tienen razón. Pues a razón de las hospederías de Italia es de las mejores. Se celebran fiestas tan grandes que dicen que la nobleza del país se reúne allí a menudo como en casa del More en París, o de Guillot en Amiens. Sirven en platos de estaño, cosa que es una gran rareza. Es una casa sola muy bien edificada en una llanura que tiene el manantial de una fuente a su disposición.

Salimos de allí por la mañana y seguimos un camino muy bueno, recto en la llanura, y pasamos cuatro pueblos o burgos cerrados, Mantenarca, San Giovanni, Figlini y Anchisa, y llegamos a comer a

PIAN DELLA FONTE, a doce millas. Hospedaje bastante malo, en donde también hay una fuente, un poco por encima de dicho burgo de Anchisa, asentado en el valle del Arno del que habla Petrarca, al que consideran nacido en dicho lugar, Anchisa, al menos en una casa que está a una milla, de la cual no se encuentran sino unas ruinas miserables; de todas maneras, ellos destacan ese lugar. Sembraban en ese tiempo melones, entre otros que ya estaban sembrados, que esperaban recogerlos en agosto.

Esa mañana tuve pesadez de cabeza y la vista borrosa como en mis antiguas migrañas, que no había sentido desde hacía diez años. Este valle que pasamos era antiguamente pantanoso y dice Livio que Aníbal fue obligado a pasarlo sobre un elefante y que, por culpa del mal tiempo, perdió en él un ojo. Realmente es un lugar muy plano y bajo y muy sometido al curso del Arno. Yo no quería comer nada y me arrepentí de ello, pues eso me hubiese ayudado a vomitar, que es la manera más rápida de curarme: de lo contrario, arrastro esta pesadez de cabeza durante un día o dos, como me

ocurrió entonces. Encontramos este camino lleno de gentes del lugar llevando todo tipo de víveres a Florencia. Llegamos a

FLORENCIA, a doce millas, por uno de los cuatro puentes de piedra que están sobre el Arno.

Al día siguiente, después de haber oído misa, nos fuimos de allí; sesgando un poco el camino derecho, llegamos para ver Castello, del que he hablado en otro lugar, pero como las hijas del duque estaban allí y en esta misma hora iban por el jardín a oír misa, se nos rogó que esperásemos, cosa que no quise hacer. Nos encontramos en el camino muchas procesiones: la bandera va delante, las mujeres detrás, la mayor parte muy bellas con sombreros de paja, que los hacen excelentes en esta zona, más que en ningún otro lugar del mundo, bien vestidas para ser mujeres de pueblo, con ropa y escarpines blancos. Tras las mujeres marcha el cura, y detrás de él los varones. Habíamos visto el día anterior una procesión de monjes que tenían casi todos sombreros de paja.

Seguimos a través de una muy bonita llanura, ancha; y, a decir verdad, casi me vi obligado a confesar que ni Orleans, ni Tours, ni el mismo París en sus alrededores están acompañados de un número tan grande de casas y de pueblos y con tanta extensión como Florencia; en cuanto a las bellas mansiones y palacios, la cosa está fuera de toda duda. Por esta ruta llegamos a comer a

PRATO, ciudad pequeña, a diez millas, que pertenece a dicho duque que está asentada junto al río Bisenzio, que atravesamos por un puente de piedra, a la puerta de dicha villa. No hay ninguna región tan bien equipada, con puentes tan bien construidos, e igualmente a lo largo de los caminos se encuentran grandes piedras de cantería sobre las que está escrito lo que cada comarca ha tenido que rehabilitar del camino y hacerse cargo de ello. Allí vimos, en el palacio de dicho lugar, las armas y nombre del legado del Prat, que dicen que es oriundo de allí. Sobre la puerta de este palacio hay una gran estatua coronada, que tiene el mundo en su mano y a sus pies *Rex Robertus*. Dicen que esta ciudad fue nuestra en otro tiempo, hay flores de lis en todas partes: pero la villa de suyo lleva gules sembrado con flores de lis de oro. La catedral es bella y enriquecida con mucho mármol blanco y negro.

A partir de allí, tomamos otra travesía, dando un rodeo de unas buenas cuatro millas para ir a Poggio, casa que festejan mucho que pertenece al duque, que está junto al río Ombrone; la forma de este edificio sigue el modelo de Pratolino. Es una maravilla que en una casa tan pequeña pueda haber cien habitaciones muy bonitas. Vi, entre otras cosas, muchas camas con tejidos muy buenos y baratos: son tejidos abigarrados que no están hechos más que de lana muy fina, que los recubren con tafetán de cuatro hilos del mismo color de la tela. Vimos el gabinete de las destilerías del duque y su obrador del torno y otros instrumentos, pues es un gran mecánico.

Desde allí, por un camino muy recto y por un terreno extremadamente fértil, el camino cuajado de árboles con viñas alrededor, lo que forma una especie de parra, cosa de gran belleza, nos llegamos a cenar a

PISTOIA, a catorce millas. Es una gran villa sobre el río Ombrone; las calles son muy anchas, pavimentadas como en Florencia, Prato, Lucca y otras, con grandes placas de piedra muy anchas.

Olvidaba decir que desde las salas de Poggio se ve Florencia y Prato y Pistoia, desde la mesa; el duque estaba entonces en Pratolino. En dicha ciudad de Pistoia hay muy poca gente, iglesias bonitas y casas más bonitas aún. Pregunté por el precio de los sombreros de paja, que es de quince sueldos. Me parece que valdrían otros tantos francos en Francia.

Junto a esta ciudad y su entorno fue derrotado antiguamente Catilina. En Poggio hay un tapiz que representa todo tipo de cacerías. Compré, entre otras cosas, tela pintada con escenas de caza de avestruces a las que sigue mucha gente a caballo y les lanzan jabalinas.

Los latinos llaman a Pistoia, Pistorum; es del duque de Florencia. Dicen que las escaramuzas antiguas de las casas de Cancellieri y Panciatici, que ocurrieron hace tiempo, la han dejado prácticamente deshabitada, de manera que no tiene más de ocho mil almas, en total; y Lucca, que no es más grande, tiene veinticinco mil habitantes o más.

Messer Taddeo Rospigliosi, que había recibido de Roma una carta de recomendación en favor mío, de Giovanni Franchini, me rogó comer al día siguiente con todos los demás que estábamos en compañía. El palacio estaba muy bien dispuesto, el servicio un poco estirado para encargar las

comidas, poca carne, pocos criados, el vino servido también después de la comida como en Alemania.

Vimos las iglesias: a la elevación, tocaban en la iglesia mayor las trompetas. Había entre los niños del coro sacerdotes revestidos que hacían sonar las tubas. Esta pobre villa se concede la libertad perdida con esta vana imagen de su anterior esplendor. Tienen nueve primeros y un gonfalonier que eligen cada dos meses. Estos están encargados de la policía y están alimentados por el duque como lo eran antiguamente por el público, alojados en el palacio y apenas salen sino todos a la vez, están continuamente encerrados. El gonfalonier marcha delante del *potestà* que el duque envía allí y, dicho *potestà* tiene todo el poder efectivo; dicho gonfalonier no saluda a nadie fingiendo una pequeña realeza imaginaria. Me daba pena verles contentarse con esta payasada y, sin embargo, el Gran Duque ha acrecentado los subsidios en diez partes respecto de los antiguos.

La mayoría de los grandes jardines de Italia cultivan la hierba en las avenidas principales y la siegan también. Alrededor de esta época comenzaban a madurar las cerezas; en el camino de Pistoia a Lucca encontramos gente del pueblo que nos quería vender ramilletes de fresas.

De allí salimos el jueves, día de la Ascensión, después de la comida, y seguimos primeramente un tiempo por esta llanura y después un camino más montañoso y luego una muy hermosa y ancha llanura. Entre los campos de trigo tienen muchos árboles bien alineados, los árboles cubiertos y unidos unos con otros con viñas: estos campos parecen jardines. Las montañas que se ven en esta ruta están muy cubiertas de árboles y principalmente de olivos, castaños y moreras para sus gusanos de seda. En esta llanura se encuentra

LUCCA, a veinte millas, ciudad un tercio más pequeña que Burdeos, libre, salvo que por su debilidad está sometida a la protección del emperador y de la Casa de Austria. Está bien cerrada y flanqueada, los fosos poco llenos, por donde corre un pequeño canal de agua, están cubiertos con hierbas verdes y son llanos y anchos en el fondo. Alrededor del muro, sobre el terraplén de fuera, hay dos o tres hileras de árboles plantados que sirven de sombra y dicen de baluarte si es necesario. Por la parte exterior no se ve más que un bosque que oculta las casas. Hacen

guardia permanente trescientos soldados extranjeros. La villa está muy poblada, sobre todo por artesanos de la seda; las calles son estrechas pero bonitas y en casi todas partes hay hermosas y grandes casas. Pasan a través de un pequeño canal del río Serchio; han construido un palacio de ciento treinta mil escudos de gasto que está muy avanzado. Dicen que tiene ciento veinte mil almas de súbditos, sin contar la ciudad. Y tienen algunos castillos, pero no tienen ninguna villa sometida. Sus gentileshombres y guerreros demuestran tener riqueza: los Buonvisi son los más ricos. Los extranjeros no entran sino por una puerta en la que hay una fuerte guardia.

Es una de las más agradables superficies de villa que jamás he visto, rodeada de dos grandes leguas de llanura bonita por excelencia en la parte más estrecha y luego también tiene bellas montañas y colinas en las que en su mayoría están hechas las casas de campo. Los vinos son de una calidad mediocre; el precio son veinte sueldos por día; las hospederías, a la moda del país, bastante miserables. Recibí muchas cortesías de algunos particulares, así como vinos y frutas y regalos de dinero.

Allí estuve el viernes, sábado y partí el domingo después de comer: no tanto por mí, que estoy haciendo ayuno, sino por los demás. Las colinas cercanas a la ciudad están cubiertas de casas agradables muy apiñadas; la mayor parte del camino se hace por un camino bajo, cómodo, entre montañas casi todas muy umbrías y habitables a lo largo de la ribera del Serchio. Pasamos muchos pueblos y dos grandes burgos, Reci y Borgo y, más allá de dicho río, que dejábamos a mano derecha, sobre un puente de altura inusitada que abarcaba un arco superior de una gran anchura de dicho río y de este tipo de puentes vimos tres o cuatro.

Llegamos a las dos del mediodía a

BAÑOS DELLA VILLA, a dieciséis millas.[450] Es un terreno completamente montañoso. Delante del baño a lo largo del río hay una llanura de trescientos o cuatrocientos pasos por encima de la cual está levantado el baño a lo largo de la pendiente de una montaña mediana y de una altura aproximada a la de la fuente de Bagnères,[451] de donde se puede beber cerca de la ciudad. El sitio donde está el baño tiene algo de llano, en él están treinta o cuarenta casas muy bien preparadas para este servicio: las habitaciones son bonitas, todas privadas, y a disposición de quien las

quiera, con una recámara [cada una], y tienen una entrada para comunicarse con otras y otra para aislarse. Las reconocí casi todas antes de ajustar una y me quedé en la más bonita, sobre todo por el panorama que da (al menos la habitación que yo elegí) a toda esta hondonada, al río de la Lima, y las montañas que cubren todo el fondo, todas ellas bien cultivadas y verdes hasta la cima, pobladas de castaños y de olivos y en otros sitios con viñas que plantan alrededor de las montañas y las bordean en forma de círculos y en bancales. El borde del bancal hacia la parte de fuera está un poco levantado y está cubierto de viña; la parte interior del bancal está con trigo. Desde mi habitación había oído toda la noche muy suavemente el ruido de este río. Entre estas casas hay un lugar para pasearse, abierto por un lado en forma de terraza, por el cual uno ve esta pequeña explanada bajo el paseo de un enramado público y ve uno, a lo largo del río, en esta pequeña explanada de doscientos pasos, bajo uno, un pequeño pueblo que sirve también a estos baños cuando hay mucha gente. La mayoría de las casas son nuevas; hay un bonito camino para ir a ellas y una bonita plaza en dicho pueblo. La mayoría de los habitantes de este lugar están allí en invierno y tienen sus establecimientos, sobre todo de botica; casi todos son boticarios.

Mi hospedero se llama el Capitán Paulini, que efectivamente lo es. Me dio una sala, tres habitaciones, una cocina y otro lugar para nuestra gente, y dentro ocho camas, en dos de las cuales había un cortinaje; nos proporcionó sal, servilletas cada día y cada tres días un mantel limpio, utensilios de hierro para la cocina, candelabros, por once escudos, que son algo más de diez pistolets, por quince días. Las cazuelas, los platos, las bandejas, que son de barro, las compramos, así como los vasos y los cuchillos. De carne se puede disponer de la que se quiera, ya sea ternera o cabrito, apenas tienen otra cosa. En cada alojamiento se ofrecen a haceros la compra, y creo que por veinte sueldos por hombre habría bastante para cada día. Si la quiere hacer uno, se encuentra en cada alojamiento un hombre o mujer capaz de cocinar. El vino no es bueno, pero el que quiere se lo puede hacer traer de Pescia o de Lucca.

Llegué allí el primero, a excepción de dos gentileshombres boloñeses que no tenían una gran comitiva. Por eso pude elegir y, por lo que dicen, en mejores condiciones que en momentos de más gente, que dicen que viene

mucha. Pero su costumbre es no comenzar sino en junio, y prolongar hasta septiembre, pues en octubre dejan el sitio; a menudo hacen reuniones por puro entretenimiento; lo que se hace más tarde, como vimos nosotros que se volvían tras haber estado un mes, es extraordinario.

Hay en este lugar una casa mucho más magnífica que las demás, de los señores de Buonvisi, ciertamente muy bella; la llaman el Palacio. Tiene una fuente hermosa y viva en la sala y muchas otras comodidades. Me la ofrecieron, al menos un apartamento de cuatro habitaciones que quería, por si tuviese necesidad de ellos. Las cuatro habitaciones amuebladas me las habrían dejado por veinte escudos del país los quince días; yo quería dar un escudo por día. Por consideración del tiempo y del precio, que cambia, mi hospedero no está obligado a tenernos más que durante el mes de mayo; habrá que volver otra vez a alquilar si quiero quedarme más tiempo.

Hay aquí qué beber y también con qué bañarse. Un baño cubierto, abovedado y bastante oscuro, ancho como la mitad de mi sala en Montaigne. También hay una especie de chorro que llaman la *Doccia*:[452] son tubos por los cuales uno recibe agua caliente en diversas partes del cuerpo, y sobre todo en la cabeza, mediante canales que caen sobre uno sin cesar y le golpean la parte del cuerpo correspondiente, le calientan, y después el agua cae por un canal de madera, como el de las lavanderías, a lo largo del cual se cuela. Hay otro baño, abovedado igualmente, y oscuro, para las mujeres: tiene una fuente, de la que se bebe, bastante mal colocada en una hendidura a la que hay que descender por algunos peldaños. El lunes 8 de mayo por la mañana tomé con gran dificultad el purgante que mi hospedero me presentó, que no tenía la gracia del de Roma y lo tomé con mis propias manos. Comí dos horas después y no pude acabar mi comida. Su efecto me hizo arrojar lo que había tomado y me hizo vomitar aún después. Hice tres o cuatro deposiciones con gran dolor de vientre, a causa de su ventosidad, que me atormentó cerca de veinticuatro horas; me prometí no volver a tomarlo. Preferiría un acceso de cólico, teniendo el vientre tan movido, el gusto alterado y mi salud perturbada con este purgante: había llegado allí en buen estado, de manera que el domingo, después de cenar, que era la única comida que había hecho, iba yo muy alegre a ver el baño de Corsena, que está a una media milla de allí, que es otra cara de esta misma

montaña, de tal manera que hay que subir y bajar después, casi a la misma altura de los baños que están a este lado.

Este otro baño es más famoso por el baño y la *Doccia*; pues el nuestro no tiene ningún servicio recibido comúnmente ni por los médicos ni por el uso, sino el beber el agua; y se dice que el otro es conocido desde hace más tiempo. Sin embargo, para tener esta vejez, que va hasta los siglos de los romanos, no hay ninguna traza de antigüedad ni en uno ni en otro. Hay tres o cuatro grandes baños abovedados, salvo un agujero en medio de la bóveda, como un respiradero; son oscuros y desagradables. Hay otra fuente caliente a doscientos o trescientos pasos de allí, un poco más alto en este mismo monte, a la que llaman de San Juan, y allí han hecho un habitáculo con tres baños también cubiertos, no hay ninguna casa cerca, pero hay algo para alojarse con un colchón para reposar algunas horas del día. En Corsena no se bebe en absoluto. Por lo demás, diversifican la operación de sus aguas, que refresca o calienta, unos para una enfermedad, otros para otra y hay mil milagros en este asunto; pero en suma no hay ningún tipo de enfermedad que no encuentre su curación. Hay un bonito albergue con muchas habitaciones y una veintena de otras distintas, que no son muy bonitas. No hay comparación en esto, en cuanto a comodidad, con la nuestra, ni la belleza de la vista, aunque tengan nuestro río a sus pies y su vista se extienda más a lo largo del valle y, desde luego, son mucho más caras. Muchos beben aquí y después van a bañarse allí, en este momento Corsena se lleva la fama.

El martes, 9 de mayo de 1581, por la mañana antes de salir el sol, iba a beber del manantial mismo de nuestra fuente caliente. Bebí siete vasos seguidos que contienen tres libras y media: así los miden. Creo que serían doce de nuestro cartón (dos libras). Es un agua moderadamente caliente, como la de Aigues Caudes o Barbotan, tiene menos gusto y sabor que ninguna otra que haya yo jamás bebido. No pude percibir sino su tibieza y un poco de dulzor. En ese día no me hizo ningún efecto si no fue cinco horas después de beber hasta la hora de la comida, y no expulsé ni una sola gota. Algunos dicen que había tomado demasiado poco, pues prescriben un frasco: son dos bocales, que son ocho libras, dieciséis o diecisiete vasos de

los míos. Pienso que me encontró tan vacío, a causa de la purga, que encontró lugar para servirme de alimento.

Ese mismo día fui visitado por un gentilhombre boloñés, coronel de doscientos hombres de a pie bajo las órdenes de esta señoría, que está a cuatro millas de los baños. Me vino a hacer muchos regalos y estuvo conmigo aproximadamente dos horas; encargó a mi hospedero y a los demás del lugar favorecerme con sus recursos. Esta señoría tiene la regla de servirse de oficiales extranjeros y dispone su gente en los pueblos en número y según la comarca, les da un coronel para mandarles: con un cargo mayor o menor. Los coroneles están pagados; los capitanes, que son habitantes del país, no lo están sino en tiempo de guerra y mandan las compañías particulares cuando hay necesidad. Mi coronel tenía dieciséis escudos por mes de soldada y no tenía otro cometido que estar preparado.

Tienen una vida más reglamentada en estos baños que en los nuestros y ayunan mucho, sobre todo en cuanto a la bebida. Me encontré mejor alojado que en ningún otro baño, incluso que en Banières. El terreno del país es tan bonito como Banières, pero no tiene comparación con otros baños; los lugares para bañarse en Baden sobrepasan en magnificencia y comodidad a los demás con mucho; el albergue de Baden es comparable a los demás si hacemos excepción de la perspectiva que se ve desde aquí.

El miércoles de mañana volví a beber esta agua, dándome mucha pena el poco efecto que había sentido el día anterior; pues había hecho una deposición inmediatamente después de haberla tomado, pero atribuía esto a la purga del día anterior, sin haber echado una gota de agua que liberase la del baño. Volví a tomar el miércoles siete vasos medidos en libras, que fue por lo menos el doble [de] lo que había tomado el día anterior, y creo que nunca había bebido tanto de una sola vez. Noté un gran deseo de sudar que no quise seguir de ninguna manera, pues había oído decir muchas veces que este no era el efecto que me convenía; y, como el primer día, me mantuve en mi habitación o paseándome o en reposo. El agua se encaminó más bien por detrás y me hizo hacer algunas deposiciones sueltas y claras sin ninguna dificultad. Me parece que me hizo mal tomar esta purga, pues el agua, encontrando fácil la vía posterior, provocada por la purga, siguió ese itinerario en lugar del delantero, que a causa de mis riñones hubiera yo

deseado más; y soy de la opinión de, para el primer baño que tome, prepararme únicamente con ayuno el día anterior.

También creo que esta agua es demasiado floja y tiene poco efecto y, por consiguiente, es segura y de poco riesgo: los aprendices y las personas delicadas la encontrarán bien. Se la toma para refrescar el hígado y quitar las rojeces del rostro; cosa que señalo expresamente pensando en el servicio que debo a una mujer muy virtuosa de Francia. Del agua de San Juan se sirven mucho para hacer maquillajes, pues es extremadamente aceitosa. Veía que llevaban muchos barriles a países extranjeros, y de la que yo bebía aún más, a fuerza de asnos y de mulos, para Reggio, Módena, la Lombardía, para beberla. Algunos la toman aquí en la cama y la principal indicación es mantener el estómago y los pies calientes y apenas moverse. Los vecinos la hacen llevar a tres o cuatro millas a sus casas. Para mostrar que no es muy apetitosa acostumbran a llevar agua de un baño cerca de Pistoia que tiene el gusto más ácido y es muy caliente en su manantial y la tienen en las boticas de aquí para beber antes de la de aquí un vaso, y sostienen que ayuda a la de aquí al ser activa y como un aperitivo. El segundo día expulsé agua blanca, pero no sin alguna alteración de color, como en otros momentos, y arrojé mucha arena; pero, movido por la purga, había expulsado mucho más el día de esa misma purgación.

Me enteré de un accidente memorable. Un habitante del lugar, un soldado que aún vive, llamado Giuseppe, y tiene mando en una de las galeras de los genoveses como forzado, del que vi muchos parientes próximos, una vez que estaba en la guerra del mar fue apresado por los turcos. Para quedar en libertad se hizo turco (y de esta misma condición hay varios, sobre todo en las montañas vecinas a este lugar, que aún viven), fue circuncidado y se casó allí. Habiendo venido a robar a esta costa, se alejó tanto de su retaguardia que de repente llegó con otros turcos y quedó atrapado por el pueblo que se había sublevado. Inmediatamente dice que había venido conscientemente, que era cristiano y fue puesto en libertad algunos días después, llegó a este lugar a la casa que está enfrente de la que me sirve de alojamiento: entra y encuentra a su madre. Ella le pregunta rudamente quién era, qué quería, pues tenía aún su traje de marinero y era raro verle así. Por fin se da a conocer, pues se había perdido desde hacía

diez o doce años, y abraza a su madre. Ella, dando un grito, cae toda perturbada y hasta el día siguiente no se le reconocía casi vida alguna y estaban los médicos completamente desesperados. Ella volvió en sí finalmente y apenas vivió tiempo después, pensando cada uno que esta conmoción le había acortado la vida. Nuestro Giuseppe fue festejado por todos, recibido en la iglesia para abjurar de su error, recibió el sacramento del obispo de Lucca y muchas otras ceremonias: no eran sino trucos. Era turco en su corazón y para volver se escapa de aquí, va a Venecia, se vuelve a mezclar con los turcos y retoma su viaje. Hele aquí vuelto a caer en nuestras manos y como es un hombre de fuerza inusitada y un soldado fuerte experto en el mar, los genoveses le conservan aún y le mantienen bien atado y encadenado.

Este país tiene muchos soldados que están todos inscritos como habitantes del país para el servicio de la Señoría. Los coroneles no tienen otro cometido que hacerles ejercitarse a menudo, hacerles tirar, combatir y cosas semejantes; son todos del país. No tienen ninguna soldada pero pueden llevar armas, mallas, arcabuces y lo que les plazca; y además no pueden ser juzgados por ninguna deuda y en tiempo de guerra reciben su paga. De entre ellos son los capitanes, enseñas y sargentos. Solamente el coronel es el que debe necesariamente ser extranjero y estar pagado. El coronel del Borgo, el que me había venido a visitar el día anterior, me envió de dicho lugar (que está a cuatro millas del baño) un hombre con dieciséis limones y dieciséis alcachofas.

La suavidad y debilidad de esta agua se argumenta también porque se convierte muy fácilmente en alimento; pues se tiñe y se cuece de repente y no da apenas esos pinchazos de otras, provocando ganas de orinar, como he visto por mi experiencia y experiencia de otros a la vez.

Aunque estaba agradable y cómodamente alojado, como si estuviese en mi albergue de Roma, no tenía ni galería ni chimenea, y menos aún cristales en mi habitación. Esto muestra que no tienen en Italia las tormentas tan frecuentes que nosotros tenemos, pues eso, al no haber otras ventanas sino de madera en casi todas las casas, sería de una incomodidad insoportable; por lo demás, mi cama estaba muy bien. Las camas son unas planchas miserables sobre las cuales arrojan, según la longitud y la anchura, el lecho;

por encima ponen un colchón de paja o una especie de colchoneta y está uno perfectamente alojado a condición de tener una cortina alrededor. Y para que la cama quede bien preparada hay tres remedios: uno, tener cintas igualmente [que] ese cortinón, como yo tenía en Roma; otro, que el cortinaje sea lo suficientemente largo para colgar hasta el suelo y cubrirlo todo, que es lo mejor; tercero, que la manta que se ata en las esquinas con botones caiga hasta el suelo y que sea de una tela ligera como fustán blanco y tenga por debajo otra colcha para dar calor. Por lo menos, yo sé por experiencia que se ahorra esto comúnmente en mi tierra y no se hacen sino malas camas. Así se está muy bien y es una receta contra las chinches.

El mismo día después de comer me bañé, en contra de las normas de esta región, donde se dice que una operación impide la otra; ellos quieren distinguir entre: beber inmediatamente, y después bañarse a continuación (ellos beben durante ocho días y se bañan durante treinta); beber en este baño y bañarse en el otro. El baño es muy agradable y placentero; estuve en él durante media hora y no me provocó más que un poco de sudor: era aproximadamente la hora de cenar. Después me acosté y cené una ensalada de limón azucarado, sin beber; pues ese día no bebí una libra, y creo que fue todo hasta el día siguiente y por eso había podido expulsar aproximadamente el agua que había tomado. Es una costumbre tonta contabilizar lo que se mea. No me encontraba mal, tan alegre como en los demás baños, aunque tenía gran pesar al ver que el agua no la expulsaba, y eso sí me había sucedido en otras partes. Pero aquí hacen de eso un accidente mortal, y desde el primer día si uno tiene que expulsar dos partes al menos, le aconsejan que abandone el beber o tomar medicina. Yo, si juzgo bien acerca de estas aguas, no son para aliviar mucho ni para servirse de ellas: no les pasa nada, salvo su ligereza y debilidad, y me temo que calientan más los riñones que lo que puedan purgarlos; creo que necesito aguas más cálidas y aperitivas.

El jueves por la mañana volví a beber cinco libras temiendo usarlas mal y no vaciarlas. Me provocaron una deposición, orinar muy poco. Y esa misma mañana, al escribir al señor Ossat, caí en el recuerdo tan penoso del señor de La Boétie[453] y me quedé sumido en él durante tanto tiempo sin poder salir que me produjo un gran dolor.

El lecho de esta agua es completamente rojo y enmohecido, y el canal por el que circula: esto, mezclado a su sabor insípido, me hace creer que tiene mucho hierro y que estriñe. No expulsé el jueves, en cinco horas que esperaba la comida, más que la quinta parte de lo que había bebido. ¡Qué cosa vana es la medicina! Yo decía por el contrario que me arrepentía de haberme purgado tanto y que eso hacía que el agua, al encontrarme vacío, me servía de alimento y se quedaba. Acabo de ver la publicación de un médico que habla de estas aguas llamado Donati, que dice que aconseja comer poco y cenar mejor. Como yo continuaba bebiendo al día siguiente creí que mi conjetura le sería favorable: su compañero Franciotti es de opinión contraria, como ocurre en muchas otras cosas. Sentí ese día alguna pesadez de riñón que pensaba que me habían causado las mismas aguas porque se agolpaban allí: pues si se cuenta todo lo que expulsaba en veinticuatro horas llegaba a mi nivel, más o menos, dado lo poco que bebía en las comidas.

El viernes no bebí; en lugar de beber me fui a bañar por la mañana y a lavarme la cabeza, en contra de la opinión común del lugar. Es una costumbre del país ayudar el agua con alguna droga mezclada, como azúcar cande, o un producto que sale del fresno, o una medicina más fuerte aún, que mezclan con el primer vaso de agua, y más generalmente con el agua del Tettuccio, que probé: es salada. Tengo alguna sospecha de que los boticarios, en lugar de enviar a buscarla cerca de Pistoia, de donde dicen que es, arreglan algún agua natural: pues le encontré el sabor extraordinario, además de lo salado. La hacen recalentar y beben al comienzo uno, dos o tres vasos. He visto beber en mi presencia sin ningún efecto. Otros ponen sal en el agua del primero y segundo vaso o más. Consideran que sudar es casi mortal, lo mismo que dormir, una vez que uno ha bebido. Notaba un gran impulso de esta agua hacia el sudor.

TERCERA PARTE

Texto redactado por Montaigne en italiano

Ensayemos[454] un poco esta otra lengua, máxime hallándonos en esta región, donde me parece sentir el hablar más perfecto de la Toscana, particularmente entre los campesinos que no lo han mezclado y alterado con los vecinos.

El sábado por la mañana, a buena hora, fui a tomar el agua de Bernabò. Es esta una fuente entre las de este monte: y es maravilla que haya tantas, calientes y frías. No es demasiado alto. Quizá tenga tres millas de circuito. Solo se bebe de nuestra fuente principal y de aquella otra que se usa desde hace pocos años. Cierto leproso llamado Bernabò,[455] habiendo probado de todas las otras fuentes, se decidió, abandonado, por esta, con la que fue curado. De ahí le viene la fama. No hay casas en los alrededores, y solamente un pequeño cobertizo y asientos de piedra en torno al caño, el cual, siendo de hierro, y puesto ahí hace poco, está en su mayor parte comido por debajo. Se dice que es la fuerza del agua la que lo consume, y es muy verosímil. Es esta agua un poco más templada que la otra y, para la opinión pública,[456] más pesada y violenta. Da algo de olor a azufre, pero poco solamente; y allí donde cae se emblanquece con color de ceniza, como la nuestra, pero no mucho. Dista una milla escasa de mi alojamiento, a la vuelta del pie de la montaña, y su lugar es mucho más bajo que el de las otras caldas y está a la distancia de una lanza o dos del río; solo tomé cinco libras con cierto desagrado, porque no me encontraba demasiado bien esta mañana. El día anterior había hecho un gran ejercicio de casi tres millas al calor tras la comida, y tras la cena sentí el efecto de esta agua un poco más fuertemente: comencé a eliminarla tras una media hora. Di un gran rodeo de unas dos millas para regresar a casa. No sé si este ejercicio extraordinario

me hizo bien, pues los otros días regresaba enseguida a mi habitación para que el aire de la mañana no me enfriase: y no se hallan las casas a treinta pasos de la fuente. La primera agua que arrojé fue natural, con mucha arenilla, luego blanca y cruda. Flatulencias infinitas. Cercana ya la tercera libra que arrojaba, comenzó a tornarse un punto de color rojizo. Había evacuado más de la mitad antes de la cena.

En torno a esta montaña, y en todas las direcciones, se encuentran muchas fuentes de aguas calientes. Y además de esto, dicen los campesinos que en ciertos lugares en invierno la montaña humea, lo que prueba que aún hay más. Me parecen a mí tan calientes, sin olor, sin sabor, sin vapor, en parangón con las nuestras. Vi otro lugar en Corsena, más bajo aún que los baños, donde se encuentran gran número de duchas, más cómodas que las otras. Dicen aquí que hay más manantiales que hacen estos canales, que son ocho o diez; y tienen encima escritos nombres diversos para cada canal, la Sabrosa, la Dulce, la Enamorada, la de la Corona, la Desesperada, etc., indicando sus efectos. En verdad, hay caños más calientes que otros.

Las montañas del entorno son casi todas fértiles de grano y uva. Allí donde hace cincuenta años estaban llenas de bosques y de castaños, se ven algunas montañas peladas con nieve en lo alto, pero bastante distantes. El pueblo come pan de leña; así llaman al pan de castaña que es su principal cosecha, y se hace como el que en Francia se llama *pain d'épice*. Nunca vi tantas ranas y bichas. Y por miedo de estas los niños no se atreven con más frecuencia a coger fresas, de las que hay grandísima abundancia en la montaña, y entre los arbustos.

Algunos toman con cada vaso de agua tres o cuatro granos de coriandro confitado para hacer vientos. El 14 de mayo, Domingo de Pascua, bebí cinco libras del agua de Bernabò, y aún más, pues en mi vaso cabía más de una libra. Llaman Pascua a las cuatro fiestas principales del año.**[457]** Arrojé bastante arenilla la primera vez, y antes de que pasaran dos horas, había evacuado más de dos tercios del agua, según la había tomado con ganas de orinar y con el apetito usual en todos los otros baños. Consigue que vaya bien de vientre y me libera muchísimo en ese aspecto. La libra de Italia solo tiene doce onzas.**[458]**

Se vive aquí muy barato. La libra de carne de ternera, bonísima y tiernísima, cerca de tres sueldos franceses. Hay muchas truchas, pero pequeñas. Hay buenos artesanos que hacen parasoles y estos se llevan por todas partes. El país es montañoso, y existen pocos caminos llanos. Pero aún hay algunos placenteros y casi todos los de la montaña están en gran parte empedrados. Tras la comida hice un baile para los campesinos y bailé también yo para no parecer demasiado reservado. En ciertos lugares de Italia, como en toda la Toscana y en Urbino, las mujeres doblan las rodillas en reverencia a la francesa.

Cerca del canal de esta fuente de la villa hay un cuadrado de mármol, puesto allí hace justo ciento diez años en estas calendas de mayo, donde están escritas las virtudes de esta fuente. La omito, pues se encuentra recogida en muchos libros impresos en los que se habla de los baños de Lucca.[459] En todos los baños se encuentran muchos relojes para el uso común.[460] Tenía siempre dos sobre mi mesa, que me habían sido prestados. Esta tarde solo comí tres pedazos de pan tostado con mantequilla y azúcar, sin beber.

El lunes, juzgando que esta agua había abierto lo suficiente el conducto, volví a tomar la de la fuente ordinaria, y tomé cinco libras. No me movió a sudar, como había solido hacer. La primera vez que eliminé el agua arrojé arenilla que parecía verdaderamente piedra fragmentada. Esta agua me pareció fría, en comparación con la de Bernabò, aunque aquella tiene un calor más moderado que no llegaba de lejos a la de Plombières ni a la ordinaria de Bagnères.[461] Hizo un buen efecto en ambas partes, y así fui venturoso de no creer a los médicos que ordenan abandonar el beber si no produce resultados desde el primer día.

El martes 16 de mayo, como es uso en estas partes (lo que me place), dejé de beber y permanecí en el baño una hora y más bajo el caño, porque el agua me parecía fría en otros lugares. Tenía miedo (sintiendo durar aún este viento en el ventrículo y en el intestino, sin dolor, y un poco en el estómago) de que el agua fuera la causa particular de ello, y por ello la interrumpí. Me plugo mucho el baño, tanto que gustosamente me habría adormilado en él. No me llevó a sudar, aunque sí me movió el vientre; me sequé y permanecí en el lecho un rato.

Todos los meses pasan revista a los soldados de todos los vicariatos. El coronel, nuestro hombre, de quien recibí infinitas cortesías, hizo la suya. [462] Eran doscientos soldados, alabarderos y arcabuceros. Los hizo combatir. Eran muy hábiles para ser campesinos. Pero esta es su principal misión: el tenerlos en orden y enseñarles la disciplina militar. El pueblo todo se encuentra dividido en un partido francés y otro español: y aún se hace cuestión de importancia de esta división. De ella se hace pública demostración. Las mujeres y los hombres de nuestro partido portan ramillos de flores en la oreja derecha, en los sombreros y entre las guedejas y cosas así; los españoles los llevan del otro lado.[463]

Estos campesinos y sus mujeres se visten de gentileshombres. No se ve campesina que no lleve zapatos blancos, bonitas medias de hilo y delantal de ormesí[464] de algún color, y bailan, hacen cabriolas y molinetes muy bien.

Cuando en esta Señoría dicen «Príncipe», se entiende el Consejo de los ciento veinte. El coronel no puede tomar mujer sin licencia del Príncipe, y la obtiene con gran dificultad, pues no quieren que haga amigos ni parientes en esta tierra, ni puede comprar tampoco ninguna posesión. Ningún soldado puede dejar la patria sin licencia, y hay muchos mendigos, por pobreza, en estas montañas, y con lo que sacan compran después sus armas.

El miércoles fui al baño y permanecí más de una hora; sudé un poco, me mojé la cabeza. Se ve aquí que es cómodo el uso alemán de calentar las ropas y todas las cosas en estufas, pues nuestro asistente en el baño, poniendo un poco de carbón en el fogón, y elevándolo un poco con un ladrillo, dejaba así entrar aire para alimentar el fuego, con lo que fácil y rápidamente calentaba las ropas, mucho más cómodamente que en nuestras estufas. El fogón es como una de nuestras jofainas.

Aquí llaman *bambe* a las solteras y jóvenes en edad de merecer y *putti* a los jóvenes hasta que tienen barba.

El jueves fui un poco más solícito, y tomé el baño con más tiempo; sudé un poco en el baño y mojé la cabeza bajo el caño. Sentí las fuerzas un poco debilitadas por el baño, un poco de pesadez en los riñones, arrojando aún arenilla como del beber, y muchas flemas. Así me parecía que hacía el mismo efecto que bebida.

Continué el viernes. Todos los días se vendía gran cantidad de agua de esta fuente, y de la otra de Corsena, para diversas partes de Italia. Me parecía que estos baños me aclaraban el color. Seguía siempre molesto de las flatulencias en el bajo vientre, sin dolor, y por ello arrojaba en la orina mucha espuma y burbujas que tardaban mucho en deshacerse.[465] También a veces pelos negros, pocos. Recuerdo otras veces cuando arrojaba muchos. De ordinario hacía la orina turbia y cargada de materia. Tenía en su superficie una capa de grasa.

Este país no tiene nuestra costumbre de comer mucha carne. Solo se vende carne ordinaria. Casi ni saben su precio. Me vendieron un magnífico lebrato de temporada a la primera palabra, por así decirlo, por seis de nuestros sueldos. Ni se caza ni se comercia, porque nadie lo compra.

El sábado, haciendo un tiempo turbio y un viento tal que se sentía el abrigo de contraventanas y cristales, permanecí quieto, sin baños y sin beber. En esto veía el gran efecto de estas aguas, que mi hermano,[466] que no recordaba haber arrojado nunca arenillas, ni por sí ni por causa de los otros baños donde había bebido conmigo, arrojaba empero infinitas.

El domingo por la mañana me bañé, mas no la cabeza, e hice después del almuerzo un baile con premios públicos, como se usa hacer en estos baños y quise dar principio a la temporada. Anteriormente, con cinco o seis días de adelanto, hice publicar la fiesta por todos los lugares vecinos. El día anterior mandé especial invitación a todos los gentileshombres y señores que se hallaban en uno y otro baño. Les hacía invitar al baile y a la cena posterior.

Mandé a Lucca por los premios. El uso es que se den varios, por no parecer que se favorece a una sola dama entre todas, por evitar celos y sospechas. Siempre hay ocho o diez para las mujeres y dos o tres para los hombres. Muchas me requirieron que no pasara por alto quién a ella, quién a su sobrina, quién a su hija. Los días anteriores Messer Giovanni da Vincenzo Saminiati,[467] muy amigo mío, y según yo le había escrito, me hizo llegar de Lucca un cinturón de cuero y un gorro de paño negro para los hombres. Para las mujeres tenía dos delantales de tafetán, uno verde y otro violeta (pues es necesario advertir que siempre ha de haber algún premio más honorable para favorecer a una o dos que desees); dos delantales de

burato, cuatro cartones de alfileres, cuatro pares de escarpines (pero de estos di uno a una bella joven fuera del baile), un par de zapatillas (al que uní un par de escarpines, haciendo de esos dos un solo premio), tres redecillas de cristales y tres adornos del pelo, que hacían tres premios; cuatro pequeños collares. Fueron diecinueve premios para las mujeres. Vino a ser todo seis escudos, poco más. Tenía también cinco tañedores de pífano, a quienes di de comer todo el día y un escudo al conjunto, lo que fue suerte, pues no lo hacen a este precio. Los premios se cuelgan de un aro muy adornado por todas partes, y se dejan a la vista de todos.

Comenzamos el baile con las vecinas de la plaza, y temía al comienzo que nos quedaríamos solos. Pero en breve se juntó gran compañía desde todas partes, y particularmente muchos gentileshombres de esta Señoría, y damas, a quienes recibí y entretuve como mejor pude. Tanto así, que me parece que quedaron satisfechos. Dado que hacía algo de calor nos mudamos a la sala del palacio de Buonvisi, que era muy adecuada.

Al caer el día, hacia las veintidós horas,[468] me dirigí a las damas de mayor rango y diciéndoles que pues no me llegaban ni el ingenio ni la audacia para juzgar tanta belleza, gracia y gentilezas que apreciaba en estas jóvenes, les rogaba encarecidamente que tomaran sobre sí esa tarea y premiaran a la compañía según sus méritos. Estuvimos algún tiempo de ceremonia, pues rechazaban ese encargo que achacaban a excesiva cortesía. Añadí al final esta condición, que si todavía les placía admitirme en sus deliberaciones, les daría mi opinión. Y en efecto, escogí con la vista bien a esta bien a aquella, para lo que no dejaba de considerar la belleza y el atractivo considerando que la gracia del baile no dependía solo del movimiento de los pies sino también del gesto y de la gracia de toda la presencia, y de si eran agradables y de su garbo. Se distribuyeron los regalos, a unas más y a otras menos, según su mérito; esta señora los ofrecía a las bailarinas en mi nombre y yo, por mi parte, le atribuía a ella toda la obligación. Fue todo de manera ordenada y regular, excepto por una que rechazó el premio. Me mandó el ruego de que, por amor suyo, se lo diese a otra, lo que no pude aceptar, pues no era esa de las más favorecidas. Se las llamó una tras otra desde sus lugares, y venían al encuentro de esta señora y mío, que estábamos sentados uno junto al otro. Yo le daba a la señora el

regalo que me parecía, besándolo, y ella lo tomaba, dándoselo a la joven y diciéndole de buen modo: «He aquí el señor caballero que hace este bello regalo, agradéceselo». «Solo tenéis obligación con Su Señoría, que os ha juzgado digna de premio entre tantas otras. Bien me duele que el regalo no sea más digno de tal virtud», les decía, según fueran. Se les hizo el mismo trato a los hombres. No se incluyeron ni los gentileshombres ni las damas en este negocio, aunque hubieran tomado parte en la danza. En verdad, es bello y raro para nosotros los franceses el ver campesinos con tanto garbo, vestidos de señores, bailar tan bien como lo harían las más escogidas de nuestras damas, aunque con bailar distinto.

Invité a todos a la cena, pues los banquetes en Italia no son más que una comida ligera en Francia. Unas pocas piezas de ternera y unos pares de pollos es todo. Estuvieron en la cena el coronel de este vicariato, el señor Francesco Gambarini, gentilhombre boloñés, como un hermano mío, un gentilhombre francés; ninguno más. Fuera de que hice sentarse a la mesa a Divizia. Es esta una pobre campesina que vive a dos millas de los baños, y que no tienen ni ella ni su marido otro modo de vida que el del trabajo de sus propias manos: fea, de treinta y siete años, el cuello hinchado; no sabe ni escribir ni leer. Pero en sus años mozos, y teniendo en casa de su padre a un tío suyo que siempre leía en su presencia a Ariosto y a otros poetas, encontró su ánimo tan pronto para la poesía que no solo hace versos con la más admirable presteza, sino que también mezcla las fábulas antiguas, los nombres de los dioses, los países, las ciencias, los hombres preclaros, como si hubiera sido educada en los estudios. Me dio muchos versos en mi honor. A decir verdad, no son sino versos y rimas. Su habla es elegante y rapidísima.**[469]**

Toda la compañía en el baile fue de cien forasteros y más, y ello contando con que la estación era incómoda, que ahora se hace la gran y principal cosecha del año, de seda; y en estos días se afanan, sin respeto a fiesta alguna, en coger mañana y tarde las hojas de morera para sus gusanos de seda; y en este trabajo se ocupan todas estas jóvenes.

El lunes de mañana fui al baño un poco más tarde, pues me hice afeitar y tonsurar. Me bañé la cabeza y la duché, por más de un cuarto de hora, bajo el caño grande.

En mi baile estuvo, entre los otros, el señor vicario, que imparte justicia. [470] Se denomina [así] a un magistrado semestral que manda la Señoría a todos los vicariatos para juzgar las causas civiles en primera instancia, y que las decide hasta cierta pequeña cantidad. Existe otro oficial para las causas criminales. Le di a entender al primero que me parecía razonable que la Señoría planteara alguna regla (lo que sería muy fácil: y le dije las maneras de hacerlo que me parecieron más a propósito) por la cual el número infinito de mercaderes que vienen a coger de estas aguas y las llevan por toda Italia, portasen una fe de cuánta cantidad tomaban para impedirles la oportunidad de cometer cualquier fraude.[471] Para lo que le conté una experiencia propia, que era esta: uno de estos muleros había venido a mi hospedero, un particular, y le solicitó le diera un escrito que testimoniase que llevaba veinticuatro cargas de agua, y no llevaba sino cuatro. El hospedero al principio se negó: mas el otro respondió que en cuatro o seis días había de regresar a tomar veinte cargas. Y le decía yo que este mulero no había regresado. Recibió muy bien mi aviso el señor vicario, y se interesó cuanto pudo por cuál era aquel testimonio, y por quién era el mulero, y en qué forma, y con qué caballos. Pero yo no quise decirle ni lo uno ni lo otro, nunca. Le dije también que quería dar comienzo a la costumbre, que se ve en todos los baños famosos de Europa, que personas de todos los rangos dejan sus escudos de armas como prenda de la obligación que tienen hacia estas aguas; lo que me agradeció mucho en nombre de la Señoría.

En estos días se comenzaba a segar el heno en algunos lugares. El martes me quedé en el baño dos horas, y me duché la cabeza poco más de un cuarto de hora.

Llegó a los baños en estos días un mercader cremonés que habita en Roma.[472] Padecía de muchas enfermedades extraordinarias. Todavía hablaba y andaba y, por lo que se veía, estaba contento con la vida. El principal problema lo tenía en la cabeza, por la debilidad de la cual decía haber perdido de tal manera la memoria que cuando comía no recordaba qué le habían puesto en la mesa. Si salía de casa para algún negocio, diez veces necesitaba regresar para preguntar a dónde debía ir. Apenas podía terminar el paternóster: al llegar al final regresaba cien veces al principio,

no apercibiéndose al concluir de haber comenzado, ni al comienzo de haber acabado. Había estado sordo, ciego y sufrido dolor de muelas. Sentía tanto calor en los riñones que necesitaba llevar siempre un pedazo de plomo alrededor de ellos. Vivía bajo la regla de los médicos con una religiosísima observancia desde hacía muchos años. Era divertido ver las diversas prescripciones de los médicos de diversas partes de Italia, tan contrarias, y en concreto en lo que se refiere a estos baños y duchas; tanto que de veinte consultas, no había dos de acuerdo, sino que se condenaban y acusaban mutuamente de homicidio. Sufría este hombre un extraño accidente a causa de sus aires, los cuales le salían con tanta fuerza por los oídos que las más de las veces no le dejaban dormir. Y cuando bostezaba sentía salir de repente grandísimos vientos por los oídos. Decía que el mejor remedio que tenía para aliviar el vientre era meter en la boca por poco tiempo cuatro confites de cilantro algo grandes y habiéndolos mojado y lubricado un poco, introducirlos por abajo, y que hacían un efecto muy claro e inmediato. Le vi a él por vez primera uno de estos sombreros grandes de plumas de pavo real, cubiertos de tafetán ligero, con la copa de un palmo de alta, y grande, y dentro tenía una cofia de ormesí del tamaño de la cabeza, para que el sol no penetrara; y las alas eran de un pie y medio de anchas. Valen como nuestros parasoles que, en verdad, son fastidiosos de llevar a caballo.

Ya que otras veces me he arrepentido de no haber escrito con minuciosidad acerca de los otros baños, y por tomar norma y ejemplo para los siguientes, me quiero extender y alargar esta vez.

El miércoles fui al baño. Sentí un calor en el cuerpo y sudor más del acostumbrado, un poco de debilidad, y sequedad y aspereza en la boca, y no sé qué mareo al salir del baño, como me sucedía en todos los otros a causa de lo caliente del agua: Plombières, Bagnières, Preissac.[473] En el de Barbotan y en este, no, excepto este miércoles. Fuera porque hubiera ido más temprano que los otros días, no habiendo todavía vaciado el cuerpo, fuera porque encontré el agua más caliente que de costumbre. Estuve una hora y media, y me duché la cabeza durante un cuarto de hora.

Hacía muchas cosas contrarias al uso común: ducharme en el baño, porque la costumbre es hacer separadamente primero lo uno y luego lo otro, y el ducharme con esta agua, pues pocos son los que no van a las duchas del

otro baño, donde toman de este caño o del otro, uno del primero, otros del segundo, otros del tercero, según la prescripción del médico; beber, y después bañarse, y después beber, mezclando así los días unos con otros, mientras que otros beben ciertos días y después de un tratamiento se meten en los baños; no observar el lapso de tiempo, pues los otros beben diez días como mucho, y se bañan veinticinco como mínimo sin interrupción; bañarme una sola vez al día, mientras que se bañan siempre dos veces; ducharme por poco tiempo, mientras que se están una hora por lo menos por la mañana, y la tarde lo mismo. Y en cuanto al tonsurarse, que lo hacen todos, poniéndose en ese lugar un pedazo pequeño de raso con una redecilla para sujetarlo a la cabeza, mi cabeza pulida no lo necesita.

Este mismo día, a la mañana, vino a visitarme el señor vicario, de los principales gentileshombres de esta Señoría, que venía a propósito desde los otros baños donde se alojaba. Entre otras cosas me narró una maravillosa historia sobre sí mismo: que la punzada de una alcachafa[474] en la punta de un dedo ciertos años ha le había puesto a tal término que estuvo para morirse de una crudelísima debilidad del ánimo, y cayó de ahí en tanta miseria que estuvo cinco meses en el lecho sin moverse, yaciendo constantemente sobre sus riñones, los cuales habiéndose calentado más allá de medida, le engendraron un cálculo, del cual ha padecido mucho, más de un año, y de cólicos. Por fin su padre, gobernador de Velletri, le mandó cierta piedra verde, que le había llegado a las manos por medio de un fraile que había estado en la India. Con la cual piedra, mientras la tenía adosada a la espalda, no ha sentido ni dolor ni flujo de arenilla. Y en esta condición estaba desde hacía dos años. Y en cuanto a la picadura, le había quedado el dedo y casi toda la mano inútiles, y aun el brazo tan debilitado que todos los años viene a los baños de Corsena para ducharse este brazo y la mano, como ahora estaba haciendo.

La gente común es aquí muy pobre. Comen en este tiempo moras verdes, las cuales cogen de los árboles cuyas hojas recogen para los gusanos de seda.

Como había quedado dudoso el acuerdo sobre el alquiler de la casa para el mes de junio, quise aclararme con el hospedero, el cual viendo cómo era yo solicitado de todos sus vecinos, y particularmente del dueño del palacio

de Bonvisi, y que me había ofrecido el alojamiento por un escudo de oro al día, se resolvió dejármelo a razón de veinticinco escudos de oro al mes por cuanto me pareciese, comenzando el trato el primero de junio, y hasta entonces valiendo el acuerdo anterior.

Este lugar está lleno de envidias entre los habitantes, y de enemistades ocultas mortales, a pesar de ser todos parientes.

Me decía aquí una mujer este refrán:

Quien quiera que su mujer se preñe,
mándela al baño, y no la acompañe.

Entre las otras cosas, de mi casa me era muy grato el que podía venir del baño al lecho por un camino muy llano, y está cercana, a treinta pasos. Me displacía ver estas moreras sin hojas y daba sensación de invierno en el medio del verano. Las arenillas que expulsaba continuamente me parecían mucho más rojas de lo habitual, y me dejaban no sé qué escozor en el pene.

Todos los días se veía que traían de todas partes a este lugar muestras de vinos diversos en pequeñas frascas para que los forasteros que allí estaban y que gustaban del vino lo mandasen a buscar; y había poquísimos buenos vinos, ligeros, ácidos y crudos, blancos, tintos realmente gruesos y ásperos, a no ser que se mandase a Lucca o a Pescia por el vino de Trebbiano blanco,**[475]** fuerte y maduro, pero no por ello demasiado delicado.

El jueves, fiesta del Corpus Christi, tomé el baño una hora y más, templado. Sudé poquísimo y salí sin alteración alguna. Me duché la cabeza medio cuarto de hora y al regresar al lecho me adormilé un poco. Encontraba este bañarme y ducharme más agradable que de otra manera. Sentía ardor en las manos y en otras partes del cuerpo observé también que muchos vecinos tenían costras y que muchos niños sufrían de sarpullidos por la leche. Aquí, como en otras partes, lo que buscamos con tanta dificultad lo tienen en desprecio los naturales, y vi a muchos que nunca habían gustado de estas aguas y las tenían en poco. Con esto, hay muy pocos viejos.

Con las flemas que expulsaba con la orina (lo que me sucede de continuo) se pueden ver arenillas envueltas y en suspensión. Me parecía percibir este efecto en el baño cuando ponía el bajo vientre soto el caño, que

me arrojaba fuera las flatulencias. Y ciertamente he visto claramente cómo, de repente, el testículo derecho se desinfla, si era el caso de hallarse alguna vez hinchado, como muchas veces me sucede. De ello casi puedo concluir que esa hinchazón se hacía por los aires que contenía.

El viernes me bañé como es habitual, y duché la cabeza un poquito más. La cantidad extraordinaria de arenilla que arrojaba continuamente me hacía dudar que pudiera haber estado en los riñones, pues podía haberse comprimido en forma de una pelota grande, y que pudiera más bien ser que el agua la hiciera concebir y poco a poco dar a luz. El sábado me bañé dos horas y duché más de un cuarto.

El domingo estuve quieto, el cual día un gentilhombre boloñés hizo la fiesta de otro baile.

La falta de relojes que hay en este lugar, y en la mayor parte de Italia, me parecía muy incómoda.

En el baño hay una Madonna y estos versos:

> *Haz, Señora, por tu auspicio, que quien se introduzca en este baño,*
> *salga de aquí sano y bien.*[476]

No puede alabarse en exceso, por su belleza y su utilidad, este modo de cultivar los montes hasta su cima, haciéndolo en forma de escalones circulares en todo su alrededor, apoyando la parte superior de estos escalones, bien sobre piedras, bien sobre otros revestimientos, si la tierra no se sostiene por sí sola; la parte plana del escalón, puesto que es más larga y más estrecha, está cubierta de grano, y el extremo del plano que mira hacia el valle, es decir, el contorno y el borde, está franjeado de viñas; y donde (como sucede cerca de la cima) no se puede hallar para hacer un llano, se pone todo de viñas.

En este baile una mujer empezó a bailar llevando sobre la cabeza una olla llena de agua, y, manteniéndola segura y firme, no dejó de realizar muchos movimientos garbosos.

Se maravillan los médicos de ver cómo nuestros franceses beben por la mañana, y luego se bañan el mismo día.

El lunes por la mañana estuve en el baño dos horas. No me duché porque tomé por capricho tres libras de agua, la cual me movió el vientre.

Bañaba los ojos todas las mañanas, metiéndolos abiertos en el agua. No sentí ningún efecto, ni en un sentido ni en el otro. Creo que arrojé en el baño estas tres libras de agua, donde oriné con frecuencia, y luego sudé un poco más de lo habitual, y por la defecación. Sintiendo los días anteriores el cuerpo estreñido fuera de lo común, empleaba los antedichos tres granos de coriandro confitado, los cuales me sacaban mucha ventosidad, de la que estaba llenísimo; de sólido, poco. Con todo y haberme purgado admirablemente los riñones, no dejaba de sentir alguna puntada, y juzgaba que fuesen más ventosidades que otra cosa. El martes estuve dos horas en el baño; me duché media hora, no bebí. El miércoles estuve hora y media en el baño, me duché la cabeza cerca de media hora.

Hasta entonces, y a decir verdad, de la poca práctica y familiaridad que había tenido con esta gente, no había descubierto ese milagro de ingenio y palabra que le da tanta fama. No se les veía ningún talento extraordinario, sino maravillarse y hacer demasiada historia de estas pequeñas fuerzas nuestras.[477] De modo que este día, y yendo ciertos médicos a hacer una consulta importante para un joven caballero, el señor Paulo de Cesi (sobrino del cardenal de Cesi),[478] que se hallaba en estos baños, me vinieron a rogar de su parte si tenía el placer de atender a sus opiniones y controversias, porque él estaba resuelto a atenerse del todo a mi juicio. Me reí para mí mismo. Me sucedieron muchas otras cosas semejantes, aquí y en Roma.

Sentía todavía algún mareo en los ojos cuando me aplicaba o a leer o a fijarlos sobre algún objeto brillante y claro, y me inquietaba mucho el ánimo el sentir que me continuaba este defecto desde el día que me cogieron las migrañas cerca de Florencia: es decir, una pesadez de cabeza en la frente, sin dolor, un cierto nublárseme la vista, que no me la acortaba, pero que, no sé cómo, me la turbaba a veces. Desde entonces la migraña ha regresado dos o tres veces y en estos días duraba más, aunque dejándome, no obstante, libertad de acción. Pero desde que me duchaba la cabeza, me regresaban todos los días, y empecé a tener los ojos húmedos, como antiguamente, sin dolor ni escozor; y este dolor de cabeza no lo había sentido desde hace diez años, hasta esta migraña. Temiendo también que

esta agua me debilitase la cabeza, no me decidí a ducharme el jueves, y me bañé una hora.

El viernes, el sábado y el domingo hice una pausa en toda suerte de cuidados por lo dicho, y porque me encontraba mucho más contento de la vida, arrojando siempre con furia la arenilla, aunque la cabeza permanecía de algún modo sin recuperar su buen estado. En ciertos momentos sentía allí que esta alteración se aumentaba por el trabajo de la fantasía.

El lunes por la mañana bebí trece vasos, seis libras y media, del agua de la fuente ordinaria. Expulsé cerca de tres libras, blanca y cruda, antes de la comida; el resto, poco a poco. Este dolor de cabeza, aunque no es continuo ni muy molesto, me empeoraba mucho la condición. No sentía defecto o debilidad, como antes me sucedía a veces, sino solo peso en los ojos, con un poco de vista nublada.

Este día comenzaron en nuestra llanura a segar el centeno.

El martes de amanecida fui a la fuente de Bernabò y bebí seis libras en seis veces. Llovía un poco. Sudé un poco. Me movió el vientre y lavó ampliamente el intestino. Por eso no pude juzgar cuánto había eliminado. Oriné poco, pero en dos horas había tomado color.

Se puede uno alojar aquí en habitación individual, tan cómoda como se quiera, por seis escudos de oro, poco más, al mes; con un criado, lo mismo. Quien no lo tiene recibirá no obstante, del hospedero, servicio de muchas cosas para comer convenientemente.

Antes del fin del día natural había expulsado toda el agua, y más que no había bebido de toda suerte de líquidos. No bebí sino una sola vez media libra en la comida. Cené poco.

El miércoles, lluvioso, bebí siete libras en siete veces de la ordinaria, y la expulsé, y aquello que había bebido de más.

El jueves tomé nueve libras, primero siete seguidas, y luego, habiendo comenzado a expulsarla, mandé a buscar dos libras más. La expulsé por ambas partes. Bebí poquísimo en la comida.

Viernes y sábado hice lo mismo. El domingo permanecí quieto.

El lunes tomé siete vasos, siete libras. Arrojaba siempre arenilla, pero un poco menos que del baño, este efecto del cual vi también en otros

muchos en los mismos días. Este día sentí un dolor en el bajo vientre, como el del caer de las piedras, y arrojé una pequeña.

El martes, otra. Y puedo decir casi afirmativamente que he percibido que esta agua tiene la fuerza de romperlas, pues sentía el tamaño de algunas al caer, y luego las expulsaba en trozos más pequeños. Este martes bebí ocho libras de ocho veces.

Si Calvino hubiese sabido que los frailes predicadores se llaman aquí ministros, sin duda le hubiera dado otro nombre a los suyos.

Miércoles, tomé ocho libras, ocho vasos. La expulsaba casi siempre, hasta la mitad, cruda y natural en tres horas; después, una media libra de rojiza y oscura; el resto, después de la comida y en la noche.

En esta estación la gente se congregaba en el baño. Y, de los ejemplos que vi, y de la opinión de los médicos, especialmente de Donati, cronistas de estas aguas, no había cometido un grave error al bañarme la cabeza en este baño, pues ahora, estando en el baño, usan ducharse el estómago con una larga caña, sujetándola de un extremo al caño y el otro al estómago dentro del baño; y porque de ordinario tomaban la ducha en la cabeza de esta misma agua, el que la tomaba, se bañaba. Así por haber yo mezclado lo uno y lo otro, no podía haber errado mucho en haber tomado el agua del canal mismo de la fuente en vez de hacerlo de la caña. Y quizá haya fallado en esto de no continuarla. Y, según lo he sentido hasta ahora, puede ser que haya movido los humores, los cuales con el tiempo han salido y se han purgado. Este (médico) permitía que un mismo día se bebiese y se bañase. Y me arrepiento de no haber tenido la firmeza, como hubiera querido, y con alguna razón, de haberla bebido en el baño de la mañana. Alababa mucho la de Bernabò, pero con esas razones y argumentos de médico. El efecto de estas aguas sobre la arenilla, que continuaba en mí todavía, no se veía en otros libres de esta enfermedad. Lo que digo por no convencerme de que las aguas produzcan la arenilla que arrojo fuera.

El jueves de mañana fui al baño una hora sin bañar la cabeza, y antes del amanecer, por conseguir el primer lugar. Por esto, creo, y por haber luego dormido en la cama, me sentí mal: la boca seca y sedienta, y caliente de tal modo que a la tarde, al ir a la cama, bebí dos grandes vasos de agua refrescada. De lo que no sentí cambio alguno.

El viernes descansé. El ministro, fray San Francisco (así llaman al provincial),[479] un hombre valioso, cortés y erudito, que se encontraba en el baño con muchos otros frailes de diversa suerte, me mandó un bello regalo de vino buenísimo, mazapanes y otras cosas de comer.

El sábado no hice la cura y fui a comer a Benabbio,[480] un pueblo bello y grande que está en la cima de una de estas montañas. Llevé pescado y fui recibido en casa de un rico soldado que ha viajado mucho por Francia y por otros lugares, y que tomó mujer e hizo fortuna en Flandes. Se llama Señor Santo. Hay allí infinitos campesinos soldados, una bella iglesia, y pocos que no hubieran viajado mucho, divididos en los partidos de España y Francia. Sin advertirlo, me puse una flor en la oreja izquierda. Los *francesini* lo tomaron a insulto.

Tras la cena subí al fuerte, que es un lugar defendido de grandes muros en la cima justo de la colina, muy escarpada, pero toda cultivadísima. Y allí, entre los riscos, los barrancos y lugares abruptos y colinas escabrosas, no solo se encuentran viñas y grano, sino también prados, y no tienen hierba en la llanura. Descendí luego por otra ladera del monte, derecho.

El domingo por la mañana fui al baño con diversos gentileshombres. Estuve media hora. Me llegó, del señor Ludovico Pinitesi,[481] un bello regalo de un caballo cargado de buenísima fruta, y entre otras, brevas, que no había visto todavía en el baño, y doce frascas de un vino suavísimo. Y al mismo tiempo, el antedicho fraile mandó toda suerte de frutas en gran cantidad, con lo que pude también ejercitar la liberalidad con los habitantes.

Tras la comida fui al baile, donde se juntaron diversas damas bien vestidas, pero de belleza común, y eso con ser de las más bellas de Lucca.

A la tarde el señor Ludovico di Ferrari, cremonés, un gran conocido mío, me mandó un regalo de unas cajas de dulce de membrillo, buenísimo y perfumado, y ciertos limones y unas naranjas de extraordinario tamaño.

En la noche, un poco antes de amanecer, me dio un calambre en la pantorrilla derecha con muchísimo dolor, no continuo sino intermitente. Estuve con esta incomodidad una media hora. No hacía mucho que lo había sentido, pero me pasó en un momento.

El lunes fui al baño, y estuve una hora, el estómago bajo el caño. Me punzaba siempre un poco la vena de la pierna.

Justo ahora comenzamos a sentir el calor, y las cigarras, no más que en Francia; y hasta ahora me ha parecido la estación más fresca que en mi casa.

Las naciones libres no tienen, como las otras, distinciones de rango entre las personas, y hasta los ínfimos tienen un no sé qué de señoril a su modo. Pidiendo limosna, mezclan siempre alguna palabra de autoridad: «Deme limosna, ¿quiere?». «Deme limosna, ¿escucha?» Como decía otro en Roma: «Hágaseme vuestra merced un bien».[482]

El martes estuve en el baño una hora.

El miércoles 21 de junio partí a buena hora de la villa, habiendo recibido de la compañía que allí había, de las damas y los hombres, tras excusar mi ausencia, todas las muestras de atención que podía desear. Por montañas escarpadas, pero placenteras y umbrías, llegué a

PESCIA, doce millas, castillejo sobre el río Pescia, en el Florentino. Bellas casas, calles amplias, el famoso vino de Trebbiano; sita entre espesos olivares; las gentes aficionadísimas a Francia, que por ello dicen que su ciudad porta en las armas un delfín.

Tras la comida encontramos una bella llanura muy poblada de castillos y casas. Por mi distracción olvidé ver Monte Catini, como era mi propósito y resuelto interés, donde están las aguas saladas y calientes del Tettuccio, [483] las cuales dejé a una milla de mi camino, a la derecha, a unas siete millas de Pescia, de lo que no me di cuenta hasta casi llegar a

PISTOIA, once millas. Fui alojado fuera de la ciudad, donde vino a visitarme el hijo de Ruspiglioni.

Quien va por Italia solo con caballos alquilados no sabe bien lo que le conviene. Me parece más cómodo cambiarlos de lugar en lugar que ponerse en las manos de los arrieros en un largo viaje.

De Pistoia a Florencia, que son veinte millas, los caballos cuestan solo cuatro julios.

De allí pasamos por la ciudad de PRATO, y vine a comer a Castello, en una hostería ubicada enfrente del palacio del Gran Duque, donde fuimos, después de comer, a examinar con mayor atención los jardines. Y me sucedió allí como en tantas otras cosas, que la imaginación superaba el efecto. Los había visto en invierno, desnudos y sin hojas. Juzgaba que su

belleza futura en la estación más dulce sería mayor de lo que parecía en realidad.

CASTELLO, diecisiete millas. Después de comer llegué a

FLORENCIA, tres millas. El viernes vi las procesiones públicas y al Gran Duque en su coche. Tras otras pompas se veía un carro con un escenario de teatro, dorado por arriba, donde había cuatro niños, y un fraile vestido en representación de san Francisco, en pie, con las manos como se ve en las pinturas, con una corona sobre la capucha: un fraile, o un hombre disfrazado de tal, con una barba postiza. Había algunos niños de la ciudad armados, entre ellos uno como san Jorge. En la plaza, le embestía un gran dragón, muy torpemente apoyado y llevado por hombres, arrojando fuego por la boca con ruido. El niño le daba con la lanza y con la espada, y le cortaba la cabeza.

Mucho me atendía un tal Gondi,[484] que habita en Lyon, quien me mandó vino buenísimo, es decir, Trebbiano.

Hacía un calor que atontaba a los mismos naturales.

Aquella mañana, al despuntar el día, tuve cólico en el lado derecho. Me afligió por casi tres horas. Comí entonces el primer melón. En Florencia se comen pepinos y almendras desde primeros de junio.

Hacia el 23[485] tiene lugar la carrera de carruajes en una grande y bella plaza rodeada por todos sus costados de buenas casas, cuadrada, más larga que ancha.[486] A cada extremo de lo largo pusieron una aguja de madera cuadrada, y de la una a la otra ataron una larga cuerda, para que no pudiera atravesarse la plaza, y algunos daban en atravesarla por romper la dicha cuerda. Todos los balcones repletos de damas, y en un palacio el Gran Duque, su mujer y su corte. El pueblo a lo largo de la plaza y sobre ciertos palcos, como yo entonces. Corrieron en competición cinco carruajes vacíos. Y de suerte que tomaron todos su lugar a un lado de la pirámide. Y decían algunos que el más alejado tenía ventaja para hacer más cómodamente el recorrido alrededor. Partieron al sonar las trompetas. La tercera vuelta a la pirámide donde comienza la carrera es la que da la victoria. El carruaje del Gran Duque mantuvo la ventaja hasta la tercera vuelta. En esta, el de Strozzi, que había ido el segundo, corriendo más que antes a freno suelto, y poniéndose a la par, puso en duda la victoria. Me apercibí que el pueblo

rompió el silencio cuando vieron aproximarse a Strozzi, y con gritos y con aplausos le dieron todo el favor que se podía a la vista del príncipe.[487] Y después, cuando esta disputa y litigio vino a ser juzgado por ciertos gentileshombres, los partidarios de Strozzi requirieron la opinión del pueblo asistente, del cual se elevó inmediatamente un grito unánime de consentimiento público a Strozzi, el cual al final lo obtuvo, contra la razón a mi parecer. Valía el palio cien escudos. Me agrada este espectáculo más que ningún otro de los que he visto en Italia, por la semejanza con las carreras antiguas.

Puesto que aquel día era la vigilia de San Juan, se hicieron unas pequeñas fogatas en torno a la cúpula del Duomo, en dos o tres pisos, desde donde se lanzaron cohetes al aire. Se dice que en Italia no se usa, como en Francia, hacer fogatas de San Juan.[488]

El sábado, San Juan, es la fiesta mayor de Florencia, y la más celebrada, de manera que hasta las jóvenes se ven en esta fiesta en público, y no vi a muchas de gran belleza. Por la mañana, en la plaza del palacio, el Gran Duque comparece en un palco a lo largo de los muros del palacio (bajo un toldo), ornado de riquísimos tapices, a su lado izquierdo el nuncio del Papa y mucho más allá el embajador de Ferrara. Por allí delante le desfilaban todas sus tierras y castillos, que eran llamados por un heraldo. Y por Siena se presentó un joven vestido de terciopelo blanco y negro, llevando en sus manos cierto gran vaso de plata y una figura de la loba de Siena. De esta manera hizo un ofrecimiento al Gran Duque, y un pequeño discurso.[489] Cuando hubo terminado lo cual, y según eran llamados, se presentaban ciertos niños, mal vestidos y sobre pobrísimos caballos y mulas, llevando uno una copa de plata, otro una bandera rota y arruinada. De estos, gran número desfilaban sin decir una palabra, sin respeto y sin ceremonia, más en forma de burla que de otra cosa, y eran los castillos y lugares particulares dependientes del estado de Siena. Todos los años se repite esto por mera formalidad.

Pasó todavía una carroza, y una pirámide cuadrada de madera, grande, en unas gradas en torno a la cual había unos *putti* vestidos unos de un modo y otros de otro, de ángeles o de santos, y en la cima, que venía a ser de la misma altura que las casas más altas, un san Juan, un hombre vestido de su

guisa, atado a un pedazo de hierro. Seguían a esta carroza los oficiales, y especialmente los de la Ceca.

Marchaba al final otra carroza, sobre la que iban ciertos jóvenes que llevaban tres palios para las diversas carreras, teniendo a su lado los caballos bereberes que habían de correr aquel día, y los jóvenes que los habían de montar con las insignias de sus dueños, que son señores de la nobleza. Los caballos, pequeños y bonitos.

No me parecía que el calor fuera más fuerte que en Francia. No obstante, y para huir de él en estas habitaciones de la hostería, me veía forzado a dormir por las noches sobre la mesa de la sala, poniendo en ella colchón y sábanas. No había conseguido alquilar ningún alojamiento cómodo, pues esta ciudad no es amable con los forasteros; incluso para escapar a las chinches, que tienen las camas infestadísimas.

No hay abundancia de pescado, y no se come trucha y otras variedades sino de fuera y en salazón. Vi que el Gran Duque le mandaba a Giovan Mariano,[490] de Milán, alojado en la misma hostería que yo, un regalo de vino, panes, fruta y peces, pero estos vivos y pequeños dentro de unas botijas de barro.

Tenía todo el día la boca árida y seca, y una alteración no de sed, sino de calentura interna, como la que he sentido otras veces en nuestros calores. No comía sino frutas y ensaladas con azúcar. En resumen, no estaba bien.

Aquellos deportes que en Francia se hacen al fresco tras la cena, se hacen aquí antes. Y en los días más largos se suele cenar de noche. Y el día amanece entre las siete y las ocho.

Después de la comida, se corrió el palio de los caballos bereberes. Lo ganó el caballo del cardenal de Médicis.[491] Vale este palio doscientos escudos. Es cosa poco deleitable, pues en la calle no se ve sino pasar a los caballos con furia.

El domingo vi el palacio Pitti,[492] y entre otras cosas una mula de mármol que representaba a una todavía viva por los largos servicios que ha prestado llevando materiales para esta edificación. Tal lo expresan unos versos latinos.[493] En el palacio vimos aquella quimera a la cual le nace de las espaldas una cabeza (con cuernos y orejas), y el cuerpo en la forma de un león pequeño.[494]

El sábado estaba abierto el palacio del Gran Duque, y lleno de campesinos, para los que se abría todo; y en el gran salón tenían lugar diversos bailes, algunos aquí y otros allá.[495] Creo que este tipo de gente tiene una cierta imagen de una libertad perdida, que se refresca en esta fiesta mayor de la ciudad.

El lunes fui a comer a casa del señor Silvio Piccolomini,[496] un hombre muy conocido por su mérito, y en particular por su habilidad en el arte de la esgrima. Se propusieron muchas razones y había buena compañía de otros gentileshombres. Desprecia totalmente el arte de la esgrima de los maestros italianos, del Veneciano de Bolonia, de Patinostraro, y de otros. Y en esto solo alaba a un criado suyo, que está en Brescia, donde le enseña a ciertos gentileshombres este arte. Dice que no hay ni regla ni arte en la enseñanza ordinaria, y especialmente denuncia la costumbre de tender la espada al frente, dejándola a merced del enemigo; y después, pasada la estocada, de hacer otro ataque y permanecer quieto, pues dice que esto es todo lo contrario de lo que se ve en la experiencia de los combatientes. Estaba a punto de imprimir un libro sobre este tema. En cuanto a la guerra, desprecia mucho a la artillería, lo que me agrada mucho.[497] Alaba el libro de Maquiavelo *Della guerra*, y sigue sus opiniones. Dice que de esta suerte de hombres que proveen a las fortificaciones, el más excelente que hay se encuentra en Florencia al servicio del Gran Duque Serenísimo.[498]

Se acostumbra aquí a poner nieve en los vasos de vino.[499] Yo ponía poco, no estando demasiado bien de la persona, teniendo muchas veces dolor en los costados, y arrojando todavía una cantidad increíble de arenilla; además de esto, no podía recuperar la cabeza y regresarla a su anterior estado. Aturdimiento y no sé qué pesadez sobre los ojos, la frente, los carrillos, los dientes, la nariz y partes delanteras. Se me metió la fantasía de que fuese el vino blanco dulce y cabezón, pues aquella vez que me agarró por vez primera la migraña había bebido gran cantidad de Trebbiano, estando acalorado del viajar y de la estación, y su dulzura no sació la sed.

En fin, confesé que hay razón para llamar a Florencia «la bella».[500]

Aquel día fui solo, por entretenimiento, a ver a las mujeres que se dejan ver por quien quiere. Vi a las más famosas: nada fuera de lo común. Los alojamientos se concentran en una parte especial de la ciudad, y por ello

despreciables, además de pobres, y que no se pueden comparar a los de las prostitutas romanas o venecianas; ni ellas mismas en belleza, gracia o importancia. Si alguna de ellas quiere instalarse fuera de esos límites, hace falta que sea de poca importancia, y que haga cualquier menester para disimular.

Vi las tiendas de los hiladores de seda, con ciertos instrumentos que, girando de mano de una sola mujer, de una única vez hacen girar y torcer quinientos husos.

El martes por la mañana arrojé fuera una pequeña piedra roja.

El miércoles vi la casa de recreo del Gran Duque,[501] y lo que me pareció más importante es una roca en forma de pirámide, compuesta y fabricada de toda suerte de minerales naturales, un pedazo de cada uno, puestos juntos. Brotaba después agua de esta roca, con la cual se veían moverse allí dentro muchos cuerpos, molinos de agua y de aire, campanillas de iglesia, soldados en guardia, animales, caza, y mil cosas así.

El jueves no quise quedarme a ver otra carrera de caballos por un palio. Fui después de comer a Pratolino, que volví a ver muy detenidamente.[502] Y siendo requerido por el encargado del palacio para emitir mi juicio sobre aquellas bellezas, y sobre Tívoli, discurrí no comparando estos lugares en general, sino parte por parte, con diversas consideraciones de uno y de otro, siendo respectivamente vencedor ora el uno, ora el otro.

El viernes, en la tienda de Giunti compré un mazo de comedias, en un número de once, y otros varios opúsculos. Y vi allí el testamento de Boccaccio impreso con ciertos *Discorsi* sobre el *Decamerón*.[503] El testamento muestra la sorprendente pobreza y bajeza de fortuna de este gran hombre. Deja algunas sábanas, y después ciertas partes de unos lechos, a sus parientes y hermanas. Los libros, a cierto fraile al que ordena que los transmita a quienquiera que los solicite. Relaciona hasta los vasos y los muebles más viles. Ordena misas y sepultura. Ha sido impreso tal como fue encontrado en un pergamino muy roto y destrozado.

Así como las prostitutas romanas y venecianas se exhiben en las ventanas para sus amantes, estas otras lo hacen en las puertas de sus casas, donde se ofrecen al público a determinadas horas; y allí se ven, algunas con

poca y otras con mucha compañía, hablando y cantando en la calle, formando círculos.

El domingo 2 de julio dejé Florencia después de comer, y habiendo cruzado el Arno por el puente, lo dejamos a la mano derecha siguiendo, no obstante, su curso. Pasamos por unas bellas y fértiles llanuras, en las cuales están los más famosos melonares de la Toscana. Y no maduran los buenos melones sino hacia el 15 de julio. Y, en concreto, el lugar donde se dan los más excelentes se llama Legnaia, a tres millas de este lado de Florencia.

Seguimos un camino que era en su mayor parte llano y fértil, y por todas partes pobladísimo de casas, castillejos y pueblos pegados unos con otros.

Atravesamos, entre otras, una tierra muy agradable llamada

EMPOLI. El sonido de ese nombre tiene no sé qué de antiguo. El lugar es agradabilísimo. No se reconoce ningún vestigio de antigüedad, excepto un puente en ruinas cercano al camino, que tiene un aire de antiguo.

Aprecié tres cosas: el ver tanta gente de estos lugares trabajando en la fiesta del domingo, algunos batiendo el grano o acomodándolo, otros cosiendo o hilando. La segunda, el ver a estos campesinos con el laúd en la mano, y hasta a las pastoras con Ariosto en los labios; y esto se ve en toda Italia. La tercera, ver cómo dejan en los campos el grano segado, diez y quince días y más, sin miedo del vecino. Hacia el atardecer llegamos a

SCALA, veinte millas, solo un alojamiento, muy bueno. No cené, y dormí poco, molesto por un dolor de muelas en el lado derecho, el cual había sentido muchas veces con mi dolor de cabeza. Me fatigaba más al comer, y no podía tocar nada sin un dolor grandísimo.

Por la mañana del lunes 3 de julio seguimos el camino llano junto al Arno, y hasta el final de una llanura ubérrima de trigo. Llegamos hacia el mediodía a

PISA, veinte millas, ciudad del duque de Florencia, sita en la llanura del Arno, que la atraviesa por medio, y a seis millas de aquí desemboca en el mar, y que lleva a la dicha ciudad diversos tipos de bajeles.

Cerraba, en esta temporada, la escuela, como es habitual en los tres meses de gran calor.

Encontramos aquí a la compañía de los *Disiosi*, unos comediantes, buenísima.[504]

Dado que no me satisfizo la hostería, alquilé una casa con cuatro habitaciones, una sala. El dueño habría de cocinar y poner los muebles. Una buena casa. El total eran ocho escudos al mes. Dado que lo que nos había prometido para el servicio de mesa, manteles y servilletas, era demasiado escaso (atendiendo a que no se suele cambiar la servilleta sino cuando se muda de mantel; y el mantel, dos veces en semana) dejamos que la servidumbre se alojara por sí misma; y nosotros en la hostería, a cuatro julios diarios.

La casa estaba en un muy buen sitio, con una vista agradable, mirando al canal por el que pasa el Arno y atraviesa la campiña. Su lecho es muy ancho, y más de quinientos pasos de largo, inclinado y curvado sobre sí mismo un poco, haciendo una agradable vista, descubriéndose en esa curvatura más fácilmente un extremo y otro del canal, con tres puentes que allí cruzan el Arno, llenos de bajeles y de mercancías. Ambas orillas de este canal, revestidas de buenos muros, con parapetos en su parte superior, como el canal de los Agustinos en París. Y, después, a uno y otro lado, largas calles, y al borde de las mismas, una fila de casas. Allí estaba ubicada la nuestra.

El miércoles 5 de julio vi la catedral, después fui al palacio del emperador Adriano.[505] Hay allí infinitas columnas de diversos mármoles; diversos trabajos y formas; unas bellísimas puertas de metal. Está adornada con diversos despojos de Grecia y de Egipto, y edificada con ruinas antiguas, de manera que se ven inscripciones boca abajo, y otras cortadas a la mitad, y en ciertos lugares caracteres desconocidos, que dicen que son de toscano antiguo.

Vi la torre, inclinada de manera extraordinaria, a la amplitud de siete brazas, como la otra de Bolonia y otras, rodeada de pilastras todo alrededor, y de corredores abiertos.

Vi la vecina iglesia de San Juan, también muy rica en esculturas y pinturas famosas.[506] Entre otras, un púlpito de mármol con muchas figuras abigarradas tan raras que se dice que este Lorenzo, quien mató al duque

Alejandro, se llevó las cabezas de algunas de estas figuras e hizo regalo de ellas a la reina. La forma de la iglesia se asemeja a la Rotonda de Roma.[507]

Vive aquí el hijo natural del dicho duque; y lo vi viejo. Vive cómodamente de la liberalidad del duque, y no se cuida de más. Hay una excelente caza y pesca, y de eso se ocupa.[508]

De santas reliquias, y de raras obras, y de mármoles y piedras de rareza, grandeza y trabajo admirable, no se encuentran tantas en ninguna otra ciudad de Italia.

Me plugo en extremo la construcción del cementerio, que llaman camposanto, de tamaño inusitado, cuadrado, de trescientos pasos de largo y cien de ancho. Un corredor interior a todo lo largo, de cuarenta pasos de ancho, cubierto de plomo, pavimentado de mármol. Los muros cubiertos de pinturas antiguas. Entre otras de Gondi, florentino, fundador de esta casa. [509]

Los nobles de esta ciudad tienen sus sepulcros bajo este corredor cubierto. Hay nombres y armas de las familias, hasta cuatrocientos: de las cuales apenas cuatro permanecen con casas, supervivientes de guerras y ruinas de esta antiquísima ciudad; está igualmente poco habitada por el pueblo, y está tomada por forasteros. De estas familias nobles hay varios marqueses, condes y grandes en otras partes de la cristiandad, a donde se han trasladado.

En el medio de esta edificación hay un lugar descubierto donde de continuo se sepulta. Todos insisten en que los cuerpos que allí se introducen se inflan en ocho horas de tal modo que se ve cómo la tierra se alza; en las siguientes ocho horas disminuye y se allana, y en las últimas ocho horas se consume totalmente de manera que antes de las veinticuatro no quedan sino huesos pelados. Este milagro es similar al de otro cementerio de Roma, en el cual si se entierra el cuerpo de un romano, la tierra lo arroja inmediatamente fuera. Este lugar está pavimentado de mármol por dentro, como el corredor, y se le echa por encima tierra hasta la altura de un brazo o dos. Se dice que esta tierra fue traída de Jerusalén, pues los de Pisa participaron en aquella empresa con un gran ejército.[510] Con la licencia del obispo, cogen un poco de esta tierra y la esparcen en los otros sepulcros, con la opinión de que los cuerpos se habrán de consumir rápidamente.

Parece verosímil, pues en un cementerio de una ciudad como esta se ven poquísimos huesos, y ningún lugar donde se recojan y guarden, como en otras ciudades.

Las montañas vecinas producen bellísimos mármoles, para los cuales tiene esta ciudad muchos nobles artesanos. En aquellos momentos labraban, para el rey de Fez en Berbería,[511] la riquísima obra de un teatro que está diseñada con cincuenta columnas grandísimas de mármol.

Se ven en esta ciudad nuestras armas en infinitos lugares, y en una columna que el rey Carlos VIII le dio a la catedral. Y en una casa en el muro que da a la calle está representado el dicho rey al natural, de rodillas ante la Madonna, la cual parece que le aconseja. Dice la inscripción que cenando el rey en esta casa le vino la idea al ánimo de darles a los pisanos la libertad antigua, venciendo en ello la grandeza de Alejandro. Están aquí los títulos del rey: de Jerusalén, de Sicilia, etc. Las palabras que se refieren a esa parte de la libertad dada han sido dañadas aposta y medio borradas. Otras casas particulares tienen todavía decoración de estas armas por la nobleza que el rey les dio.[512]

No quedan muchos vestigios de edificios antiguos. Hay unas ruinas de ladrillos antiguos, donde estuvo el palacio de Nerón, y que retiene su nombre; y una iglesia de San Miguel, que fue de Marte.[513]

El jueves, que era la fiesta de San Pedro, se decía que antes era costumbre que el obispo fuera en procesión a la iglesia de San Pedro, a cuatro millas fuera de la ciudad, y de allí al mar, donde arrojaba un anillo y esposaba al mar, siendo esta ciudad muy poderosa en su flota. Ahora solo va un maestroescuela. Pero los sacerdotes van en procesión a esta iglesia, donde hay grandes indulgencias. Dice la bula del Papa, de hace casi unos cuatrocientos años (apoyándose en un libro de más de 1200), que san Pedro edificó esta iglesia,[514] y que mientras san Clemente oficiaba sobre una mesa de mármol, cayeron sobre ella tres gotas de sangre de la nariz del santo dicho. Estas gotas se pueden ver, como impresas allí de hace tres días. Los genoveses rompieron esta mesa, y se llevaron una de estas gotas. Por ello, los pisanos se llevaron los restos de la mesa de la dicha iglesia a la ciudad. Pero todos los años vuelve en procesión a su antiguo lugar, en el dicho día de San Pedro. El pueblo va allí en barca, toda la noche.

El viernes 7 de julio fui a primera hora a ver la finca de don Pietro de Médicis,[515] distante dos millas de la ciudad. Tiene allí amplias posesiones que mantiene por sí mismo, metiendo cada cinco años nuevos trabajadores y reteniendo la mitad del fruto. El terreno es abundantísimo de grano. Pastos donde tiene toda suerte de animales. Descabalgué para ver los detalles de la casa. Hay gran número de personas que hacen requesón, mantequilla, queso y diversos instrumentos para esos trabajos.

Desde allí, y siguiendo por la llanura, di en la playa del mar Tirreno, descubriendo, por un lado, Lerici a la mano derecha y del otro Livorno, más cercano, un castillo situado junto al mar. Desde allí se divisaba claramente la isla de Gorgona, y más allá la de Capraia, y más lejos Córcega. Giré hacia la izquierda a lo largo de la orilla hasta que llegamos a la desembocadura del Arno, una entrada mala para los barcos, pues está llena de diversos riachuelos que concurren al Arno llevando cantidad de tierra y fango que cierra y eleva la dicha desembocadura. Compré pescados que mandé después a las damas comediantes. A lo largo del río se ven muchos tarayales.

El sábado compré un barril de seis julios, el cual hice enarcar de plata. El orfebre llevó tres escudos. Compré también una caña de la India, para apoyarme, seis julios. Una pequeña copa y un vaso de nuez de la India, que hace el mismo efecto para la alteración de humores y la arenilla que el taray, ocho julios. El artista, un hombre ingenioso y famoso por hacer bellos instrumentos matemáticos, me enseñó que todos los árboles tienen tantos anillos y círculos cuantos años han durado, y me lo hizo ver en todos los que tenía en su taller, siendo ebanista. Y la parte que da al septentrión es más estrecha que la otra, y allí los anillos están más cerrados y densos. Por ello presume que podrá determinar, por cualquier tronco que se le lleve, cuántos años tenía el árbol y en qué sitio estaba.

Me duraba, en estos días, la fatiga de la cabeza, que me molestaba de alguna manera, con un estreñimiento que no movía el vientre sin artificio y socorro de los confites, débil socorro. De los riñones bien, según.

Esta ciudad ha sido vituperada hace poco por tener malos aires. Pero desde que el duque Cósimo ha desecado las marismas que la rodean, está

bien. Y era tan mala situación que cuando querían confinar a alguien y deshacerse de él, lo confinaban en Pisa, donde a los pocos meses terminaba.

Este lugar no produce perdices, y eso que los príncipes le prestan toda suerte de cuidados.

Me vino a visitar a casa algunas veces Girolamo Borro, un médico, doctor por la Sapienza.[516] Y cuando fui yo a visitarlo en 14 de julio, me hizo el regalo de su libro sobre el flujo y el reflujo del mar, en lengua vulgar, y me dejó ver otro libro en latín que había escrito sobre las enfermedades de los cuerpos.

Aquel mismo día escaparon del arsenal cercano a mi casa veintiún esclavos turcos, habiendo encontrado una fragata con todos sus aparejos, que el señor Alessandro di Piombino había dejado allí, al irse de pesca.

Con la excepción del Arno, y el ser atravesada por el canal de tan magnífica manera, y con la de estas iglesias y vestigios antiguos y obras concretas, Pisa tiene poco de noble y de placentera. Parece un desierto. En esto, en la forma de los edificios y la amplitud y longitud de sus calles, se parece mucho a Pistoia. Tiene el gran defecto de sus malas aguas, que tienen sabor a lodo.

Hombres pobrísimos, y no menos fieros, enemigos y poco corteses con los forasteros, y particularmente con los franceses[517] después de la muerte de un obispo suyo, Pietro Paulo Borbino, que se decía de la familia de nuestros príncipes, y de cuyo linaje hay aquí todavía una casa.

El dicho era tan amante de nuestra nación, y tan liberal, que había dado orden de que no hubiera francés que llegase que no fuese llevado de inmediato a su casa. Ha dejado honorable memoria a los pisanos de su vida buena y de su liberalidad. Hace solo cinco o seis años que murió.

El 17 de julio me metí, con otros veinticinco, a un escudo por cabeza, a jugar a la rifa de algunas pertenencias del Fargnocola, uno de los comediantes. Se echa a suertes antes para ver quién juega el primero, el segundo, y hasta el último. Se sigue este orden. Después, y habiendo varias cosas que jugarse, se hacen dos lotes iguales. Se quedaba con uno quien hacía más puntos, con el otro quien sacara menos. Me tocó jugar el segundo.

El 18 surgió un gran alboroto entre los sacerdotes de la catedral y los frailes en la iglesia de San Francisco.[518] Un gentilhombre de Pisa, que había sido sepultado en la antedicha iglesia el día anterior, quería que los sacerdotes dijeran la misa. Llegaron allá con sus ornamentos y útiles de misar alegando la costumbre antigua y su privilegio. Los frailes, por el contrario, que les tocaba a ellos, y no a los otros, el decir la misa en su iglesia. Quiso un sacerdote, acercándose al altar mayor, agarrar el mármol. Un fraile quiso arrancarlo de ahí, al cual fraile le dio un bofetón el vicario, superior de los sacerdotes. De una cosa en otra, la cosa pasó a puños, bastonazos, candelabros, antorchas y cosas similares: todo fue empleado. Y el fin fue que no se dijo la misa en parte alguna. Esta pelea y tensión crearon un gran escándalo. En cuanto se extendió la noticia fui allá, y todo me fue reseñado.

El 22 al alba arribaron tres bajeles de corsarios turcos a la ribera vecina, y se llevaron quince o veinte prisioneros, pescadores y pastores pobres.

El 25 fui visitar a su casa al Cornacchino, médico famoso y lector en Pisa.[519] Vive el dicho a su manera, muy diversa de las reglas de su arte. Duerme enseguida después de haber cenado, bebe cien veces al día, etc. Me hizo escuchar ciertas rimas suyas, agradables y rústicas. No le hace mucho caso a los baños cercanos a Pisa, pero mucho a los de Bagno-Acqua, distantes dieciséis millas de Pisa.[520] Dice que estos son maravillosos para la enfermedad del hígado (y me narró muchísimos milagros), y también para la piedra y los cólicos; pero aconseja, antes de usarlos, el beber de los Della Villa. Ha resuelto que la medicina, excepto por las sangrías, en nada puede compararse a los baños para quien sabe servirse y valerse de ellos. Dice también que en el lugar de los baños de Bagno-Acqua hay buenos alojamientos, y que se está allí cómodamente y a gusto.

El 26 por la mañana eché la orina turbia y negra, más de lo que hubiese visto hasta ahora, con una piedra pequeña: pero no se acabó con esto el dolor que llevaba sufriendo desde hacía veinte horas bajo el ombligo, y en el miembro, fácil no obstante de soportar sin alteración alguna de los riñones y costados. Un poco después arrojé otra piedra pequeña, y cedió el dolor.

El jueves 27 de julio partimos temprano de Pisa, muy satisfecho yo de las cortesías y amabilidades que había recibido del señor Vintavinti, de Lorenzo Conti, del señor Miniato (en cuya casa habita el señor caballero Camillo Gatani; me ofreció a su hermano para que viniese conmigo a Francia), de Borro y de otros artesanos y mercaderes con quienes me había relacionado. Y tengo por cierto que no me hubiese faltado dinero en absoluto si hubiese tenido necesidad de él, y ello con tenerse a esta ciudad por muy descortés y a los hombres por arrogantes. Pero, sea como sea, quien es cortés hace serlo a otros.

Entre otras cosas, esta ciudad es muy abundante de pichones, nueces y setas.

Anduvimos por la llanura un rato, y al pie de un pequeño monte encontramos los baños que se dicen de Pisa.[521] Hay varios, y una inscripción de mármol que no pude leer bien. Son versos rimados en latín, que dan fe de la virtud de estas aguas, y la escritura data del 1300, por lo que pude adivinar.

El baño más grande y respetable es cuadrado, con un lado por fuera muy bien arreglado: las escaleras son de mármol. Todos los lados tienen treinta pies de largo. En una esquina puede verse el caño de la fuente. Bebí de ella para catarla. Me pareció sin sabor ni olor algunos. Solo sentí un poco de aspereza en la lengua. Calor muy moderado. Muy fácil de beber.

Vi en el caño que en el agua se podían encontrar aquellos pequeños corpúsculos, o átomos blancos, que repudiaba en los baños de Baden, y pensé que serían suciedades y porquerías que venían de fuera. Ahora pienso que sería alguna cualidad de las minas. Y tanto más cuanto que se ven más espesos en el caño y donde nace el agua, allí donde tendría razón de ser más pura y limpia, de lo que tuve una experiencia más clara en Baden. Un lugar desierto: malos alojamientos. Están estas aguas casi abandonadas y quienes se sirven de ellas salen de mañana de Pisa, a cuatro millas, y regresan a casa.

Este baño grande está al descubierto, y es el único que tiene algún signo de antigüedad. Lo llaman el baño de Nerón. Dice el saber popular que aquel emperador llevaba, por medio de acueductos, esta agua a su palacio de Pisa.[522]

Existe otro cubierto, de obra común, del cual se sirve el vulgo: agua clara y purísima. Dicen que va bien al hígado, y a las ronchas que produce su calor. Se usa allí la misma cantidad de agua para beber que en otros baños, y el caminar después de haber bebido, y de seguir la operación de la naturaleza, sea sudando o por otras vías.

Subido que fui al monte, apareció una bellísima vista al contemplar esta gran llanura, mar, islas, Livorno, Pisa. Tras descender, nos encontramos en la llanura de aquí, en la que está situada

LUCCA, diez millas. Aquella mañana arrojé otra piedra mucho más grande, la cual podía haberse desprendido de un cuerpo mayor. ¡Dios sabe! Sea como Él quiera.

Estábamos en la hostería como en Pisa, a cuatro julios por señor y a tres por criado, al día. El 28, y viéndome casi forzado por el muy cortés ofrecimiento del señor Ludovico Pinitesi, tomé en el bajo de su casa un apartamento muy fresco, y muy noblemente amueblado, con cinco cuartos, una sala y cocina.**[523]** Y fui servido de toda suerte de muebles muy honorable y delicadamente, según el uso italiano, el cual en bastantes cosas va no solo parejo, sino que vence al uso francés. Las bóvedas altas, bellas y anchas son, en verdad, un grandísimo ornato de los edificios italianos. Hacen que las entradas de las casas sean agradables y nobles, pues toda la planta baja está edificada de esta dicha estructura, con anchas y altas puertas. En verano, los gentileshombres de Lucca comen bajo estas arcadas a la vista del público que pasa por la calle.

A decir verdad, por todos los lugares en los que he andado en Italia, fuera de Florencia (pues allí no dejé la hostería, a pesar de las incomodidades que allí se sufren, máxime cuando hace calor) y de Venecia (donde estuvimos en una casa demasiado pública y descuidada, y no permanecimos mucho tiempo), he tenido siempre alojamientos no solo buenos, sino incluso agradables. Mi estancia, apartada; no me faltaba nada; sin interrupción o disturbio. Si las cortesías nos sacian e incomodan a veces, poquísimas veces era visitado por los lugareños. Dormía y estudiaba cuando quería; y cuando quería salir encontraba siempre conversación de mujeres o de hombres, con quienes podía encontrar distracción a cualquier hora del

día; y luego, tiendas, iglesias, plazas. Y cambiando constantemente de paisaje, no me faltaba materia para alimentar mi curiosidad.

Entre estas cosas, gozaba de un ánimo tranquilo, en tanto lo permitía mi enfermedad y la vejez,[524] ofreciéndoseme poquísimas ocasiones externas de turbarlo. Solo sentía la ausencia de una compañía que fuera grata, viéndome forzado a gustar de estos bienes solo y sin comunicación.[525]

Los habitantes de Lucca juegan muy bien a la pelota[526] y se ven a menudo bonitos partidos. No es su costumbre que los hombres vayan por las calles a caballo, o raras veces, y menos aún en carruaje. Las damas, sí, en mula, y van con un servidor a pie. Con gran dificultad se encuentran casas para alquiler de los forasteros, habiendo poquísimas, y estando la ciudad muy poblada. Por una casa amueblada, de cuatro cuartos, sala y cocina, se me pidió setenta escudos al mes de renta. No se puede gozar de la compañía de los habitantes[527] pues todos, incluso los niños, se encuentran ocupados continuamente en sus negocios y en hacer dinero con las mercancías. Por eso la ciudad es algo fastidiosa y desagradable para los forasteros.

El 10 de agosto salimos de la ciudad a entretenernos con otros gentileshombres de Lucca, de quienes tomé prestados los caballos. Fui a ver algunas villas muy agradables cerca de la ciudad, a tres o cuatro millas, con pórticos y galerías que les dan gran ornato. Entre otras, una gran galería abovedada, cubierta de ramas y de las viñas que estaban plantadas alrededor y que sostiene sobre unos apoyos: una parra viva y natural.

A veces el dolor de cabeza me abandonaba por cinco, seis y más días: pero no me podía desprender totalmente de él.

Me vino el capricho de aprender, con esfuerzo y método, la lengua florentina, a lo que dedicaba mucho tiempo y atención, pero no hice sino poquísimo progreso.

Se sentía en aquella estación un calor mucho mayor que de lo común.

El 12 fui también a visitar, fuera de Lucca, la villa del señor Benedetto Buonvisi, medianamente agradable.[528] Entre otras cosas vi la forma de ciertos bosquecillos que plantan en lugares elevados. En un radio de cincuenta pasos plantan árboles diversos, que están verdes todo el año. Este lugar lo rodean de pequeños fosos, y hacen dentro ciertos caminos

cubiertos. En el centro, un lugar para el cazador de pájaros, quien con un silbato de plata, y cierto número de tordos tomados como reclamo y atados, y habiendo dispuesto por todas partes trampas con liga, consigue, en cierta estación del año, como hacia noviembre, hacer presa en una mañana de doscientos tordos; y esto no se hace sino en cierta parte en un lado de la ciudad.

El domingo 13 salí de Lucca, habiendo ordenado que se le ofreciese al dicho señor Ludovico Pinitesi quince escudos por su casa, la cual cuenta salía a un escudo al día. De lo que quedó satisfechísimo.

Fuimos aquel día a visitar gran número de villas de los gentileshombres de Lucca, limpias, gentiles y bellas. Tienen muchísima agua, pero artificial, es decir, no viva, natural o continua. Es maravilla ver tanta escasez de fuentes en un lugar tan montañoso. Sacan ciertas aguas de los arroyos, y las arreglan por belleza en forma de fuentes, con jarrones, grutas y otras labores para tal servicio.

Llegamos a cenar aquella tarde a una villa del dicho señor Ludovico, teniendo siempre por compañía al señor Orazio, su hijo.[529] Este nos recibió muy adecuadamente en esta villa, y nos dio una buenísima cena, de noche, bajo un pórtico muy fresco, abierto por todos los costados; y luego nos puso a dormir en buenas habitaciones separadas, con sábanas de lino blanquísimo y limpias, como de las que habíamos disfrutado en Lucca en casa del padre.

Partimos de allá el lunes a buena hora. Y en el camino, sin descabalgar, nos demoramos algo en la visita de la villa del obispo,[530] quien estaba allí (y fuimos muy atendidos de sus hombres, e invitados a que nos quedáramos a cenar), llegamos a cenar a

BAÑOS DELLA VILLA, quince millas. Fueron grandes la acogida y agasajos que obtuve de toda esta gente. En verdad, parecía que hubiese retornado a mi casa. Me volví a alojar en la misma habitación que había tenido antes, al precio de veinte escudos al mes, y en las mismas condiciones.

El martes 15 de agosto fui temprano al baño, y estuve allí poco menos de una hora. Lo encontré más bien frío que lo contrario. No me hizo sudar. Llegué a estos baños no solo sano, sino, si puede decirse, alegre en todos

los sentidos. Después de haberme bañado, hice la orina turbia, y a la tarde, y tras caminar un buen tramo por caminos montaraces y no expeditos, la hice muy sanguinolenta, y sentí en el lecho no se qué alteración de los riñones.

El 16 continué con los baños, y fui al de las damas, donde nunca había estado, para estar apartado y solo. Lo encontré demasiado caliente, bien porque lo estuviese de verdad, o porque el que los poros estuviesen abiertos del baño del día anterior facilitó que entrase en calor. Tanto así, que estuve una hora como mucho, y sudé moderadamente. La orina la hacía natural. De arena, nada. Después del almuerzo, me vino una orina turbia y roja, y al caer el sol, sanguinolenta.

El 17 encontré este mismo baño más templado. Sudé poquísimo. La orina turbia, con un poco de arena. El color, de cierta palidez amarilla.

El 18 estuve en el antedicho baño dos horas. Sentí cierta pesadez de riñones. Mi vientre se movía razonablemente bien. Desde el primer día me sentí lleno de ventosidades, y me hacían ruido las tripas. Creo que este efecto es propio de estas aguas, porque la anterior tanda de baños me dejó muy claro que me causaba esta flatulencia.

El 19 fui al baño un poco más tarde, para darle tiempo a una dama de Lucca que se quería bañar, y que se bañó antes, siendo observada y razonable esta regla, que las damas gocen de su baño a su gusto. Estuve de nuevo dos horas. Me vino un poco de pesadez de cabeza, la cual había estado en excelentes condiciones varios días. La orina siempre turbia, pero de diversa guisa, y llevaba bastante arenilla. Notaba también no sé qué movimiento de riñones. Y si pienso correctamente, estos baños hacen mucho a esta cuestión particular: no solamente dilatan y abren los pasos y conductos, sino que sobre todo empujan la materia, la disipan y la diluyen. Arrojaba arenilla, la cual parecía realmente piedras que hubieran sido rotas y deshechas.

A la noche sentí en el lado izquierdo un principio de cólico bastante violento y punzante, el cual me atormentó un buen rato, pero que no siguió el curso ordinario: no fue hacia el vientre y el bajo vientre, y acabó de forma que me hizo creer que fuera ventosidad.

El 20 fui dos horas al baño. Me dieron todo el día gran incomodidad y problemas las ventosidades en el bajo vientre. Arrojaba continuamente orina muy turbia, roja y espesa, con alguna arenilla. Sentía la cabeza. Andaba del cuerpo más bien más suelto que de lo normal.

No se observan aquí las fiestas con aquella religión con la que las observamos nosotros, sobre todo el domingo. Las mujeres hacen la mayor parte de sus trabajos tras el almuerzo.

El 21 seguí con mis baños. Después de haberme bañado, me dolían bastante los riñones. Orinaba muy turbio. Arrojaba arenilla, pero poca. El dolor que sentí entonces en los riñones, según pensaba, lo causaban las flatulencias, las cuales se movían por todas partes. Dada la turbiedad de la orina, me hacían adivinar la caída de una piedra grande. Adiviné demasiado bien. Tras haber escrito lo anterior esta mañana, me vino después de la comida, de repente, un fuerte dolor de cólico. Y, para que no estuviera demasiado confiado, me atacó también un dolor fuertísimo de muelas en la parte izquierda de la mandíbula, que no había sentido antes. No pudiendo soportar esta incomodidad, me metí en la cama después de dos o tres horas, donde en poco tiempo se me pasó el dolor de la mandíbula.

El otro seguía lacerándome, y juzgando al final que fuera más ventosidad que piedra (por verlo moverse de un lugar a otro, y ocupar diversas partes de la persona), me vi forzado a solicitar una irrigación, la cual me fue administrada a la tarde muy cómodamente, con aceite, manzanilla y anís, nada más, según las solas órdenes del boticario. El Capitán Paulino me sirvió con tal arte que, sintiendo que las ventosidades le venían al encuentro, paraba y se retiraba, y luego seguía poco a poco, hasta que sin fastidio alguno, la tomé por entero. No fue necesario que me recordase que la tenía que retener cuanto pudiera, porque no me dieron ganas algunas de mover el vientre. Hasta tres horas estuve así, y después me ingenié por mí mismo para echarla fuera. Fuera del lecho, tomé un bocado de mazapán con gran disgusto, y cuatro gotas de vino. Regresé al lecho, y tras haber dormido un poco, me vinieron deseos de ir al retrete, y para el final del día, había ido cuatro veces, teniendo siempre parte de la dicha irrigación sin echar.

A la mañana me sentí muy aligerado tras echar ventosidades infinitas. Quedé bastante fatigado, pero sin dolor alguno. Comí poco sin apetito, bebí sin gusto, con todo de sentirme bastante sediento. Después de comer, me volvió a atacar otra vez este trabajo de la parte izquierda de la mandíbula, del cual sufrí muchísimo, desde la hora de comer hasta la de la cena. Teniendo por cierto que estas ventosidades me fueron causadas por el baño, lo dejé estar. Pasé la noche con un buen sueño.

Al despertarme a la mañana siguiente, me encontré cansado y dolorido, la boca seca, con aspereza y mal gusto, y el aliento como si hubiese tenido fiebre. No sentí que me doliese nada, pero seguía mucho este orinar extraordinario y muy turbio, arrastrando arena y arenillas rojas, pero no en mucha cantidad.

El 24 a la mañana eché una piedra, la cual se detuvo en el canal. Estuve sin orinar hasta la hora en que se cena, para que me viniese gran gana. Entonces, no sin incomodidad y sangre, tanto antes como después, la arrojé, grande y larga, como un piñón, pero en un extremo tan grande como una judía, teniendo, a decir verdad, la forma exacta, exacta, de un pene. Fue mi gran suerte el poder echarla fuera. Nunca había arrojado una piedra de este tamaño. Y, demasiado verazmente, había adivinado este suceso por la cualidad de mi orina. Veré qué sigue de esto.

Serían gran apocamiento y cobardía los míos si me aconteciera que hallándome en caso de muerte de esta manera, y acercándoseme a cada hora, no me ingeniase para soportarla con ligereza, antes de que me sorprendiera. Y mientras tanto, es sabio el tomarse alegremente el bien que a Dios le plazca mandarnos. No hay otra medicina, otra regla o ciencia para evitar los males, cuántos sean y cuáles sean los que por todas partes y a todas horas amenazan al hombre, que resolverse humanamente a sufrirlos, o con ánimo y prontitud ponerles fin.**[531]**

El 25 de agosto retomó la orina su color, y yo me encontré de la persona en el estado de antes. Excepto que a veces, de día y de noche, padecía de la mejilla izquierda, pero era un cierto dolor que no duraba mucho. Recuerdo haber sido molestado por este dolor otras veces en mi casa.

El sábado 26 fui al baño una hora por la mañana.

El 27, después de comer, fui cruelmente atacado por un dolor de muelas muy agudo, por el que mandé por el médico, el cual vino, y tras considerar todo, y especialmente el hecho de que el dolor se me fue en su presencia, juzgó que esta fluxión no tenía cuerpo, o solo muy sutil, y que serían ventosidades y flatulencias, las cuales desde el estómago subieron a la cabeza, y mezcladas con algo de humores, me dieron esta incomodidad. Lo cual me parece a mí muy probable, considerando que había padecido accidentes semejantes en otros lugares de mi persona.

El lunes 28 de agosto, al alba, fui a beber a la fuente de Bernabò, y bebí siete libras, cuatro onzas, a doce onzas la libra. Me hizo mover el vientre una vez. Eché poco menos de la mitad antes del almuerzo. Sentí con claridad que me mandaba vapores a la cabeza y la ponían pesada.

El martes 29 bebí de la fuente común nueve vasos, en los cuales cabía una libra menos una onza. Tuve enseguida dolor de cabeza. Para decir en verdad cómo está, la cabeza andaba mal, y nunca se había recuperado del malestar en el que había caído después de la primera tanda de baños. Me dolía con menos frecuencia, y un poco como de otro modo, que un mes antes, pues no se me debilitaba o nublaba la vista. Me dolía más en la parte de atrás, y nunca en la cabeza sin que pasase de seguido el mal a la mejilla izquierda, tocándola toda: las muelas, hasta las de abajo, el oído, parte de la nariz. El dolor breve, pero las más de las veces muy agudo, el cual me asaltaba muy frecuentemente, de día y de noche. Tal era en aquella estación el estado de mi cabeza.

Creo que los vapores de estas aguas, tanto en la bebida como en el baño (aunque más por aquella que por este), son muy nocivos para la cabeza, y se puede decir afirmativamente mucho más en el caso del estómago. Y por eso se usa comúnmente el tomar medicinas para proveer a este hecho.

Arrojé, teniendo en cuenta lo que había bebido en la mesa (lo que era muy poco, y menos de una libra) en todo el día hasta la mañana siguiente, el agua en cantidad de menos de una libra. Después de cenar, y al caer el sol, fui al baño, donde estuve tres cuartos de hora. Sudé un poco.

El miércoles 30 de agosto bebí nueve vasos, ochenta y una onzas. Eché la mitad antes del almuerzo.

El jueves me abstuve de beber y fui por la mañana a caballo a ver Controna, un pueblo muy populoso de estas montañas. Hay muchas llanuras, bellas y fértiles, y pastos en lo alto de esos montes. Tiene el pueblo muchas pequeñas casas en el campo, alojamientos cómodos de piedra. Sus tejados están hechos de piedra. Di un gran rodeo por estos montes antes de regresar a casa.

No me agradaba la forma como expulsaba el agua que había tomado últimamente. Por eso pensé en dejar de beber. Y no me placía porque la cantidad que orinaba no casaba con la que había bebido. Era menester que me hubieran quedado dentro más de tres vasos del agua del baño. Sin contar que me había venido un estreñimiento, y eso considerando mi estado ordinario.

El viernes, 1 de septiembre de 1581, me bañé una hora por la mañana. Sudé un poco en el baño, y arrojé, con la orina, arenilla roja en bastante cantidad. Bebiendo no había arrojado ninguna, o poca. La cabeza estaba siempre de aquel modo, es decir, malo.

Comenzaba a cansarme de estos baños. Y si llegasen noticias de Francia, que esperaba, pues llevaba cuatro meses sin recibirlas, estaba preparado para partir inmediatamente, y para andar presto a terminar la cura de otoño en cualquier otro baño. Camino de Roma, y a poca distancia del camino principal, había encontrado los de Bagno-Acqua, Siena y Viterbo; y camino de Venecia, los de Bolonia, y luego los de Padua.

Me hice hacer el escudo de armas en Pisa, dorado, en bellos y vivos colores, por el precio de un escudo y medio de Francia; y luego, como estaba hecho en tela, lo hice pegar sobre una tabla; y esta tabla la hice clavar muy cuidadosamente en el muro de la cámara donde yo estaba, con la condición que se entendiese dado a la dicha cámara, no al Capitán Paulino, amo de la misma; y que en modo alguno habría de ser movida, fuera lo que fuera lo que le sucediese a la casa de aquí en adelante. Y así me fue prometido y jurado por él.

El domingo 3 de septiembre fui a bañarme, y estuve allí una hora, y un poco más. Sentí muchas flatulencias, pero sin dolor.

Esa noche, y la mañana del lunes 4, fui cruelmente atacado por un dolor de muelas, y continuaba dudando si sería una muela picada. Mastiqué

almáciga por la mañana sin alivio alguno. De la alteración que me producía este agudísimo mal se seguía también el estreñimiento del cuerpo; por lo cual no me atreví a retomar las bebidas del baño, y de esta manera hacía poquísima cura. Hacia la hora de cenar, y tres o cuatro horas después de cenar, me dejó en paz. Hacia las veinte me atacó con tanta furia en la cabeza y en ambas mejillas que no podía permanecer en pie. Lo agudo del dolor me daba ganas de vomitar. Ahora me encontraba todo en sudores, ahora todo frío. Este sentir, que me atacaba por todas las partes, me hacía creer que no era un mal causado del vicio de una muela. Porque aunque el lado izquierdo fuese el más atormentado, no lo eran menos ambas sienes y el mentón, y hasta los hombros y la garganta, en todas partes sentía a veces un grandísimo dolor; y así pasé la noche más cruel que recuerdo haber pasado jamás. Era, verdaderamente, rabia y furor.

Durante la noche mandé por un boticario, el cual me dio aguardiente para que lo pusiera en la parte que me atormentaba. Recibí con ello un socorro maravilloso, pues en el mismo instante en que me lo hube metido en la boca, se me apagó todo el dolor. Pero en cuanto lo había escupido, me retornaba como antes; de modo que tenía continuamente el vaso en la boca. No podía conservarlo en la boca pues la debilidad, que me venía en cuanto me dejaba el dolor, me llevaba a un fuerte sueño; y en viniéndome el sueño, me caía alguna gota de esta agua por la garganta, y así necesitaba escupirla. Al amanecer me pasó el dolor.

El martes por la mañana me vinieron a visitar al lecho todos los gentileshombres que estaban en los baños. Me hice aplicar sobre los pulsos de la sien izquierda un emplasto de almáciga. Aquel día sentí poco dolor. Por la noche me pusieron estopa caliente en la mandíbula y en la parte izquierda de la cabeza. Dormí sin dolor, pero el sueño alterado.

A mediodía sentía aún dolor en la muela y el ojo izquierdo. Con la orina arrojaba arenilla, pero no en aquellas grandes cantidades que expulsaba la primera vez que estuve. Echaba ciertos gránulos sólidos, como de mijo, y rojos.

El jueves 7 de septiembre fui por la mañana una hora al baño grande.

Aquella misma mañana me dieron en mano, por la vía de Roma, cartas del señor de Tausin, escritas en Burdeos el 2 de agosto, por las cuales me

informaba que el día anterior, y por acuerdo público, había sido nombrado gobernador de aquella ciudad, y me apremiaba a aceptar este cargo por amor de aquella patria.[532]

El domingo 10 de septiembre me bañé una hora en el baño de las mujeres, y estando un poco caliente, sudé algo.

Después de cenar, fui solo a caballo a ver ciertos lugares vecinos, y una pequeña villa, que se llama Gragnaiola, y que está en la cima de un monte de los más altos de aquellos parajes. Remontando aquellas cimas, me parecieron las más bellas y fértiles colinas habitadas que pudieran verse.

Hablando con los lugareños, y preguntándole a un hombre muy anciano si usaban de nuestros baños, me respondió que les acontecía lo que a los que eran vecinos de Nuestra Señora de Loreto, que raras veces van allí en peregrinación, y que las operaciones de los baños no se ven sino en favor de los forasteros y de los que vienen de lejos. No obstante, le preocupaba mucho haber percibido tras muchos años que los baños eran más nocivos que beneficiosos a quienes los usaban. Decía que la causa de esto era que, mientras en tiempos pasados solo había en estos lugares un boticario, y era raro ver un médico, ahora acontecía lo contrario; y que los tales, que miraban por su beneficio, habían esparcido la idea de que no solo no le valían los baños a quien no tomase, antes y después, medicinas, sino tampoco a quienes no las mezclasen con el agua del baño, la cual no se dejaba tomar pura. De lo que decía que se seguía el clarísimo efecto de que más gente moría de estos baños que los que se guardaban de ellos. Y tenía por cierto que en poco tiempo habrían de caer en desprecio y desgracia del mundo.

El lunes 11 de septiembre arrojé por la mañana buena cantidad de arenilla, y la mayor parte en forma de mijo, sólida, roja por fuera y por dentro gris.

El 12 de septiembre de 1581 partimos de Baños della Villa de mañana y llegamos a cenar a

LUCCA, catorce millas. Comenzaba en aquellos días la recogida de la uva. La fiesta de la Santa Cruz es de las principales de la ciudad[533] y se dan, en torno a ella, a quien lo desee de los que están huidos por causas de

deudas civiles, ocho días de libertad asegurada para volver a casa y para darles la comodidad de atender a aquella devoción.

No he encontrado en Italia un solo buen barbero para tonsurarme la barba y el pelo.

El miércoles por la tarde fuimos a oír las vísperas en la catedral, donde acudió toda la ciudad, y hubo procesiones. Se veía descubierta la reliquia de la Santa Cruz,[534] que ellos tienen en grandísima veneración, siendo cosa muy antigua y famosa por diversos milagros. En servicio de la cual se edificó la catedral, y la pequeña capilla donde tienen esta reliquia está en el centro de esta gran iglesia, en un lugar indecente y contra todas las reglas de la arquitectura. Cuando hubieron terminado las vísperas, la llevan con toda pompa a otra iglesia, la cual era antiguamente la catedral.

El jueves oí la misa en el coro de la dicha catedral, donde estaban todos los oficiales de la Señoría. Se deleitan mucho en Lucca con la música, y normalmente cantan todos. No obstante, se ve que tienen poquísimas voces buenas. Se cantó esta misa con gran celo, y no fue, a pesar de ello, gran cosa. Habían hecho aposta un gran altar muy alto, de madera y papel, recubierto de imágenes, y grandes candelabros de plata, y unos vasos de plata, puestas de esta guisa: una vasija en el centro, y cuatro platos alrededor; y de esta manera desde lo más bajo hasta arriba, lo que daba un aspecto agradable y bello.

Siempre que el obispo dice la misa, como sucedió aquel día, y cuando dice *Gloria in excelsis*, se le prende fuego a cierta antorcha de estopa, la cual se coloca en una parrilla de hierro que cuelgan de la mitad de la iglesia para este servicio.[535]

Ya estaba la estación muy fría y húmeda en estas partes.

El viernes 15 de septiembre me vino como un flujo de orina, es decir, que orinaba más de dos veces lo que había bebido. Si me había quedado en el cuerpo parte del agua del baño, creo que la arrojé fuera.

El sábado por la mañana arrojé una piedrecilla áspera sin ninguna dificultad. De noche la había sentido un poco en el bajo vientre y en la cabeza de la verga.

El domingo 17[536] de septiembre se hace la ceremonia del cambio del *gonfaloniere* de la ciudad.[537] Fui a verla al palacio. Se trabaja casi sin

respeto al domingo, y hay muchas tiendas abiertas.

El miércoles 20 de septiembre, después de cenar, salí de Lucca, habiendo ordenado embalar dos cajas de diversas cosas para mandar a Francia.

Seguimos un camino expedito y llano. El país estéril, al modo de las Landas de Gascuña.[538] Pasamos, por un puente hecho por el duque Cósimo, un río grande.[539] En aquel lugar hay herrerías, del Gran Duque, y buen alojamiento. Hay tres pesquerías, o lugares separados al modo de pequeños estanques cerrados, con el fondo pavimentado de ladrillos, en los que se conservan un número infinito de anguilas que se ven con mucha facilidad al haber poca agua. Atravesamos después el Arno en Fucecchio, y llegamos al anochecer a

SCALA, veinte millas. De Scala partimos al apuntar el sol. Pasamos por un buen camino, casi llano. El país, montañoso con pequeñas colinas fertilísimas, como las montañas francesas.

Pasamos por el medio de CASTEL-FIORENTINO, pequeña villa amurallada; y luego al pie y cerca de CERTALDO, patria de Boccaccio, buen castillo sobre una colina. Llegamos a comer a

POCCIBONSI, dieciocho millas, una pequeña villa. De ahí a cenar a SIENA, doce millas. Me parece que el cielo es más frío en esta estación que en Francia.

La plaza de Siena es más bella que las que se pueden ver en todas las demás ciudades. La misa se dice allí todos los días en un altar al público, al que miran por todas partes las casas y los talleres, de manera que los artesanos y todo el pueblo, sin abandonar sus negocios ni separarse de sus lugares, pueden oírla. Y cuando se hace la elevación, se toca una trompeta, para que todo el mundo lo advierta.

El 24[540] de septiembre, domingo, después de comer partimos de Siena. Y, siguiendo un camino expedito, aunque algo desigual (siendo aquel país montañoso, con colinas fértiles y montes no abruptos), llegamos a

SAN QUIRICO,[541] veinte millas, un castillejo. Nos alojamos extramuros. Dado que el caballo con el equipaje se había tumbado en un arroyo que pasamos, este se me arruinó, y especialmente los libros, y fue necesario

algún tiempo para secar todo. Montepulciano, Monticello y Castiglioncello[542] quedaban a nuestra izquierda sobre unas colinas cercanas.

El lunes temprano me acerqué a ver un baño distante dos millas, el cual baño se llama Vignone,[543] por el nombre de un castillejo que le está cercano. El baño está puesto en un lugar un poco elevado, al pie del cual pasa el río Urcia. En torno a este lugar hay una docena de casetas desparramadas poco cómodas y desagradables. No parecen sino cosa vil. Un gran estanque, rodeado de muros y escalones, donde se ve bullir en el centro ciertos manantiales de esta agua caliente, la cual, pues no tiene olor a azufre, poco vapor, y con sedimentos rojos, parece ser más ferruginosa que otra cosa. No se bebe. El estanque tiene sesenta pasos de largo y treinta y cinco de ancho. En ciertos lugares en torno al estanque hay ciertos, cuatro o cinco, lugares separados, cubiertos, donde es usual bañarse. Este baño es bastante conocido.

No se bebe de esta agua, pero sí de la de San Cassiano, la cual tiene más fama, cercana al dicho San Quirico, a dieciocho millas hacia Roma, a la izquierda del camino mayor.

Considerando la limpieza de estas vajillas de arcilla, que parecen de porcelana de blancas y pulcras, y a tan buen precio, me parecían verdaderamente más agradables para comer que el estaño de Francia, y más si está sucio, como sucede en las hosterías.

Estos días me resentía un poco de la cabeza, de lo que había pensado que estaba plenamente liberado. Y, como antes, me venían pesadez, debilidad y turbiedades en torno a los ojos y en la frente, y en otras partes delanteras de la cabeza: de lo cual sentía el ánimo muy desasosegado.

El martes llegamos a cenar a

LA PAGLIA, trece millas, a dormir a

SAN LORENZO, dieciséis millas: mal hospedaje. La vendimia comienza en estos lugares.

El miércoles por la mañana se suscitó una disputa entre nuestros hombres y los arrieros de Siena, quienes consideraban que habíamos estado de viaje más de lo ordinario, y tocándoles a ellos hacer los gastos de los caballos, decían que no querían hacer el de aquella tarde. Fue a tanto la cosa

que fue necesario hablarle de ello al gobernador, el cual, tras oírme, me dio la razón y metió en prisión a uno de los arrieros. Yo dije que la caída del caballo en el agua, que había arruinado la mayor parte de mi equipaje, había sido la causa de nuestro retraso.

Cercano al camino mayor, y separado a algunos pasos a mano derecha, a seis millas de Montefiascone, o en aquellos contornos, hay un baño llamado…,[544] puesto en una grandísima llanura. Y a tres millas, o cuatro, del monte más cercano hay un pequeño lago, en un extremo del cual se ve un gran manantial bullir con fuerza, y echar agua hirviendo. Da bastante olor a azufre, y hace espuma, y un sedimento blanco. De ese manantial nace, a un lado, un conducto que lleva el agua a dos baños que están en una casa vecina. La cual casa está aislada, con bastantes cuartos, pero mala. No creo que sea muy frecuentada. Se bebe durante siete días, diez libras cada vez, pero es necesario dejar que el agua se enfríe primero, para quitarle aquel calor, como se hace en el baño de Preissac. Se bañan otro tanto. Este baño, y la casa, son del dominio de cierta iglesia.[545] Se alquila por cincuenta escudos. Pero, aparte de este beneficio a los enfermos que van en primavera, quien la tiene vende cierto fango que se saca del dicho lago, el cual fango les sirve a los cristianos para las ronchas, desliéndolo en aceite caliente; y también para las ovejas con tiña y para los perros, desliéndolo en agua. Este barro, cuando lo vende por cargas, va a dos julios la carga, y cuando es por bolas secas, a siete cuartos cada una. Encontramos muchísimos canes del cardenal Farnesio, que habían sido traídos aquí para bañarlos.

Cerca de tres millas de allí llegamos a

VITERBO, dieciséis millas. Era tal hora que fue necesario hacer una merienda-cena. Estaba yo entonces muy ronco y enfriado, y había dormido sobre una mesa en San Lorenzo, por respeto de las chinches, lo que no me había acontecido sino en Florencia y en ese lugar. En Viterbo comí cierta suerte de bellotas,[546] llamadas azufaifas. Se pueden encontrar en muchísimos lugares de Italia. Son muy gustosas. Hay todavía tantos estorninos que se pueden comprar por un *baiocco*.

El jueves 28 de septiembre, por la mañana, fui a ver otros baños cercanos a aquella villa, puestos en el llano, muy distantes y lejanos del

monte.[547] Se ven, en primer lugar, unos edificios en dos lugares diversos, donde había unos baños no hace mucho tiempo, los cuales se han perdido por falta de cuidado. El terreno exhala todavía una fuerte fetidez. También hay una mala caseta, en la que hay un pequeño manantial de agua caliente que forma un pequeño lago para bañarse. Esta agua no tiene olor. Un gusto insípido. Medianamente caliente. Juzgué que tenía mucho hierro. De esta no se bebe. Más allá hay un palacio, que dicen del Papa, pues se dice que el papa Nicolás lo hizo, o lo rehízo.[548] Al pie de aquel palacio, en un terreno mucho más bajo, hay tres manantiales distintos de agua caliente. Uno de los cuales es para la bebida. Esta agua está templada, y de un calor mediano. Ningún hedor, u olor. El gusto tiene una punta de picor. Creo que tiene mucho nitro. Yo había ido allí con la intención de beberla tres días. Se bebe como en otros lugares, en cuanto a cantidad. Se pasea luego, y se agradece el sudor.

Esta agua tiene una gran reputación, y se transportan cargas de ella por toda Italia; y esta agua es aquella a la que el médico que ha escrito más ampliamente sobre los baños le da ventaja sobre todas las otras aguas de Italia.[549] Especialmente se le atribuye una gran virtud para las cosas de los riñones. Por lo ordinario, se bebe en mayo. Me pareció mal augurio el leer, escrito sobre un muro, de uno que blasfemaba de los médicos por haberlo mandado allá, el cual había empeorado mucho. Y, además, el encargado decía que la estación era demasiado tardía; y me exhortaba fríamente a beber.

Solo hay un alojamiento, pero amplio y decentemente cómodo, distante de Viterbo una milla y media. Fui allí a pie. Hay tres o cuatro baños con diversos efectos, y, además, un lugar para las duchas. Estas aguas hacen una espuma blanquísima, la cual se fija fácilmente y se hace sólida como el hielo, formando una costra dura sobre el agua. Todo el lugar está blanquecino y encostrado de este modo. Meted un paño de lino, y en un momento lo veréis cargado de esta espuma, y sólido como si se hubiese arrecido. Con esta materia se limpian útilmente los dientes, y se exporta y se vende. Masticando este sedimento, no se le percibe otro sabor que el de tierra o arena. Se dice que esta es la materia del mármol. ¡Quién sabe si no se petrificaría también en los riñones! Se dice, no obstante, que el agua que

se transporta en frascas no hace espuma alguna, y se mantiene purísima y clara. Creo que se puede beber a placer, y que recibe algo de gusto de aquella punta que tiene y que la hace fácil de beber.

De allí, al regresar, pasé por esta llanura, que es muy larga y de ocho millas de ancha, para ver el lugar donde los habitantes de Viterbo (entre los cuales no hay ningún gentilhombre, y son todos trabajadores y mercaderes) baten el lino y el cáñamo, de los que hacen gran arte. Este trabajo lo hacen los hombres. No hay mujeres entre ellos. Había gran cantidad de ellos, y de trabajadores alrededor de un cierto lago de agua, que está igualmente caliente e hirviendo en todas las estaciones.[550] Y dicen que este lago no tiene fondo, y de él se sirven otros pequeños lagos tibios, donde se pone a remojo el cáñamo y el lino.

Al regresar a casa, y habiendo hecho este paseo andando a la ida, y a caballo a la vuelta, arrojé una pequeña piedra roja y sólida, del tamaño de un grano grande de trigo, cuyo descenso lo había sentido un poco el día anterior en el bajo vientre. Se cerró el conducto. Por hacer más fácil la salida, es bueno cerrar el paso de la orina, y de apretar un tanto el pene, para que aquella pueda salir luego con más fuerza. Esta receta me la dio el señor de Langon en Arsac.[551]

El sábado, fiesta de San Miguel, después de cenar fui a Nuestra Señora della Quercia,[552] distante una milla de la ciudad. Se va por un camino mayor muy bello, llano y derecho, guarnecido de árboles a ambos lados, mandado hacer con mucho cuidado por el papa Farnesio.[553] La iglesia es bella, llena de mucha religión y de infinitos exvotos. Trae la inscripción latina que hace unos cien años y habiendo sido un hombre asaltado de ladrones y quedando medio muerto, se refugió en un roble, donde estaba esta imagen de Nuestra Señora, a la cual hizo sus plegarias y, por milagro, quedó invisible a los ladrones, y así se escapó a un peligro evidentísimo. De este milagro nace la especial devoción a Nuestra Señora. En torno a aquel roble se edificó esta bellísima iglesia. Ahora se puede ver el tronco del roble cortado por el pie, y la parte donde está la imagen está fijada al muro, y las ramas de alrededor han sido cortadas.

El sábado, último de septiembre, por la mañana salí de Viterbo, y tomé el camino de

BAGNAIA, lugar del cardenal Gambara,[554] de mucho ornato y bien provisto, entre otras cosas, de fuentes. Y en este sentido, no solo empareja sino que vence a Pratolino y a Tívoli. En primer lugar, tiene agua de un manantial abundante, lo que no tiene Tívoli; y es tan abundante (lo que no tiene Pratolino), que con ella basta para muchísimos diseños. El mismo Micer Tomaso da Siena,[555] que ha dirigido las obras de Tívoli, o la principal de ellas, es también director de esta, la cual no está concluida; y así, añadiendo siempre nuevos inventos a los viejos, ha puesto en este su último trabajo mucho más arte, belleza y encanto. Entre mil otros miembros de este maravilloso cuerpo, se ve una pirámide alta, de la que brota agua de muchísimas formas distintas: una sale hacia arriba, otra cae. En torno a esta pirámide están dispuestos cuatro pequeños lagos, claros, limpios, llenos de agua. En el medio de cada uno de ellos, una pequeña nave de piedra con dos arcabuceros de los que también brota el agua y la arrojan contra la pirámide; y hay también un trompetero en cada una, que también echa agua. Y se pasea alrededor de estos lagos y pirámide por bellísimos caminos, con balaustradas de piedra, trabajadas con mucho arte. A otros les agradan más otras partes. El palacio es pequeño, pero bonito y agradable. En verdad, y si yo entiendo de esto, este lugar se lleva con mucho el premio en el uso y el servicio del agua. Él no estaba. Pero, como es francés de corazón, como ellos,[556] nos fueron dadas por los suyos todas las cortesías y amabilidades que pudieran desearse.

De allí, siguiendo el camino derecho, llegamos a CAPRAROLA, un palacio del cardenal Farnesio,[557] que tiene muchísima fama en Italia. No he visto en Italia ninguno que esté a su altura. Tiene un gran foso alrededor excavado en la toba. El edificio se alza en forma de una terraza: no se ven las tejas. La forma, pentagonal, pero que parece verdaderamente a la vista un cuadrado. No obstante, dentro es perfectamente redondo, con largos corredores alrededor, todos abovedados, y con pinturas en todas partes. Las estancias son todas cuadradas. El edificio es muy grande. Salas bellísimas, entre las cuales hay una admirable, en cuyas bóvedas (pues el edificio está todo abovedado) se ve la esfera celeste con todas las figuras. En torno a los muros, el globo terrestre, las regiones y la cosmografía, pintado todo muy ricamente sobre la pared misma. En otros lugares diversos se pueden ver

pintadas las más nobles acciones del papa Pablo III y de la Casa de Farnesio. Las personas retratadas tan al vivo, que donde se ven representados nuestro condestable, o la reina madre, o sus hijos Carlos, Enrique y el duque de Alençon, y la reina de Navarra, enseguida los reconoce quien los conoce. Igualmente, el rey Francisco, Enrique II, Pietro Strozzi, y otros. En los dos extremos de una misma sala pueden verse las efigies del rey Enrique II, en un extremo, en el lugar de más honor; bajo la cual reza una inscripción: «Conservador de la Casa de Farnesio»;[558] y en el otro se ve al rey Felipe, cuya inscripción dice: «Por los muchos bienes de él recibidos». También fuera hay diversas cosas bellas y dignas de admirar. Entre otras, una gruta de la que brota agua hasta un pequeño lago y, con arte, parece a la vista y al oído la caída naturalísima de la lluvia. El lugar es estéril y montañoso. Y es necesario llevar el agua de sus fuentes hasta Viterbo, distante ocho millas.

De allí siguiendo un camino llano, y una gran llanura, llegamos a grandísimos prados, en medio de los cuales había ciertos lugares secos y sin hierba, donde se veía brotar agua fría y limpia, pero con cierto olor a azufre, que de muy lejos se percibía. Llegamos a dormir a

MONTEROSSI, veintitrés millas. El domingo, 1 de octubre, a

ROMA, veintidós millas. Se sentía en aquella estación un frío grandísimo y un viento de tramontana helador. El lunes, y algunos días después, me sentí indigesto del estómago. Y, por tal razón, hice algunas comidas apartado, por comer menos. Estaba muy suelto del vientre, de modo que me sentía muy ligero de la persona, excepto de la cabeza, la cual no se restablecía del todo.

El día que llegué a Roma recibí cartas de los jurados de Burdeos, quienes me escribían muy cortésmente que me habían elegido gobernador de su ciudad, y me rogaban mucho que fuera a su encuentro.

El domingo 8 de octubre de 1581 fui a ver en las termas de Diocleciano, en el Monte Cavallo, a un italiano quien, habiendo sido mucho tiempo esclavo de los turcos, había aprendido mil cosas raras en el arte de cabalgar; como que, corriendo a rienda suelta, se ponía de pie sobre la silla y arrojaba con fuerza una jabalina, y después se dejaba caer de repente sobre su silla de nuevo. Corriendo con furia, y agarrándose con una mano del arzón,

desmontaba y tocaba con el pie derecho en tierra, manteniendo el izquierdo en el estribo; y muchas veces desmontaba y montaba de este modo. Hacía girar el cuerpo varias veces sobre la silla, corriendo siempre. Tiraba con un arco turco, hacia delante y hacia atrás, con gran agilidad. Apoyando la cabeza y el hombro sobre el cuello del caballo, levantaba los pies en el aire y hacía correr al caballo. Teniendo una maza en la mano, la arrojaba al aire y la cogía mientras corría. De pie sobre la silla, con una lanza en la mano derecha, daba en un guante y lo atravesaba, como cuando se corren las anillas. En tierra, hacía girar una pica alrededor del cuello, por delante y por detrás, habiéndole dado un fuerte impulso con la mano.[559]

El 10 de octubre el embajador de Francia[560] me mandó después de cenar un pliego para decirme que, si quería, vendría a recogerme en su coche para llevarme a ver los muebles del cardenal Ursini,[561] que se vendían, pues había muerto ese verano en Nápoles, y había dejado como heredera de sus grandísimos bienes a una sobrina, que era una niña. Entre otras cosas raras había un cobertor de tafetán, forrado de plumas de cisne. De estas pieles de cisne enteras, con las plumas, se ven muchas en Siena, y solo se me pedía un escudo y medio. Son del tamaño de una piel de oveja y bastan pocas para hacer un cobertor de este tipo. Vi también un huevo de avestruz, trabajado alrededor, y todo pintado de bellos dibujos. También una caja cuadrada para guardar joyas, de las que había cierta cantidad; pero, como la caja estaba por todas partes muy artísticamente adornada de espejos, cuando se abría parecía que por todos los lados, por arriba y por abajo, fuera más grande y profunda, y que hubiese diez veces más joyas de las que había, una misma cosa viéndose más veces por el reflejo de los espejos, los cuales difícilmente se podían percibir.

El jueves 12 de octubre, el cardenal de Sens[562] me llevó solo en coche a ver San Juan y San Pablo, iglesia de la que es patrono, y también de los frailes que hacen aguas y perfumes, de los que he hablado más arriba,[563] edificada sobre el Monte Celio. Y parece que aquella elevación haya sido hecha artificialmente, estando toda abovedada por debajo, con grandes corredores y salas subterráneas. Se dice que allí estaba el Foro Hostilio.[564] Los jardines y las viñas de estos frailes están dispuestos con una magnífica

vista que abarca la vieja y la nueva Roma; el lugar, por su escarpada altura, está apartado y es inaccesible por casi todas partes.

Aquel mismo día le di a un mandadero un arca de madera muy llena para llevarla a Milán: en el camino del cual los muleros tardan normalmente veinte días. Pesaba el equipaje ciento cincuenta libras, y se paga cuatro *baiocchi* por libra, lo que viene a ser dos sueldos franceses. Había dentro muchos artículos de valor, y especialmente un collar bellísimo de *Agnus Dei*, que no lo había parejo en Roma, hecho expresamente para el embajador de la emperatriz,[565] el cual, con uno de sus caballeros, lo hizo bendecir por el Papa.[566]

El domingo 15 de octubre, por la mañana, salí de Roma, donde dejé a mi hermano con cuarenta y tres escudos de oro, con los que él se había resuelto a permanecer allá y aprender esgrima por el tiempo de cinco meses. Antes de que yo saliese, había alquilado una habitación pequeña y limpia, por veinte julios al mes. Me hicieron compañía hasta la primera posta los señores d'Estissac, de Montu, barón de Chasai, Morens y otros más.[567] Y dado que yo había partido muy temprano, para evitar la ocasión de darles esta molestia a estos gentileshombres, había muchos otros dispuestos a venir, los cuales habían alquilado ya los caballos, como los señores du Ballay, d'Ambres, d'Alègre y otros.[568] Llegué a dormir a

RONCIGLIONI, treinta millas, habiendo alquilado hasta Lucca los caballos a veinte julios cada uno, el mulero mismo se encargaba del gasto de los dichos caballos.

El lunes por la mañana me asombré de sentir un frío tan agudo, que hasta me parecía no haber sentido nunca una estación tan fría, y de ver que en aquellas partes la vendimia y recogida del vino todavía no había concluido. Llegué a comer a

VITERBO, donde me puse la pelliza, y todos mis atavíos de invierno; y de allí a cenar a

SAN LORENZO, veintinueve millas. De allí a dormir a

SAN QUIRICO, treinta y dos millas. Todos estos caminos han sido reparados este año por orden del duque de Toscana, la cual obra es muy buena y muy útil para el servicio público. Que Dios se lo pague, pues las vías más difíciles han quedado, por este medio, expeditas y cómodas, como

las de una ciudad. Era maravilla oír el número infinito de gente que iba a Roma. Por ello, se veía que los caballos de alquiler para ir a Roma estaban fuera de todo precio, por carestía, y los de regresar desde Roma los dejaban por nada. Cerca de Siena, como en tantos otros lugares, se encuentra un puente doble, es decir, un puente sobre el cual pasa otro canal de agua. Llegamos por la tarde a

SIENA, veinte millas. Aquella noche sentí el cólico durante cerca de dos horas, y me pareció sentir la caída de la piedra.

El jueves a primera hora me vino a ver Guglielmo Felice, un médico hebreo, quien me dio muchas razones acerca del orden de mi vida en lo referente a los riñones y la arenilla. En esa condición salí de Siena, y me volvió el cólico, que me duró tres o cuatro horas. Al fin de las cuales percibí claramente, por un grandísimo dolor en el bajo vientre, en el pene y en el culo, que la piedra había caído. Llegué a cenar a

PONTE A ELSA, veintiocho millas. Allí arrojé una piedra más grande que un grano de mijo, con alguna arenilla roja, sin dolor o dificultad al pasar. Salí de allí el viernes por la mañana y en el camino paré en

ALTO PASCIO, dieciséis millas. Estuve allí una hora para que las bestias tomaran avena, donde sin gran fastidio arrojé, con mucha arena, una piedra larga, en parte sólida y en parte blanda, del tamaño de un grano grande, y más. Encontramos en la carretera a diversos campesinos que recogían las hojas de las vides, las cuales guardan para dárselas en invierno como comida a las bestias; otros recogían helechos para hacer estiércol. Llegamos a dormir a

LUCCA, ocho millas. Fui visitado allí de diversos gentileshombres y artesanos. El sábado 21 de octubre por la mañana me apareció otra piedra, la cual se detuvo un momento en el canal, pero salió casi sin dolor o dificultad. Esta era más bien redonda, dura y sólida, aunque áspera y rugosa, blanca por dentro y roja por fuera, mucho más grande que un grano. Y mientras tanto arrojaba todavía arenilla. De lo que se ve que la naturaleza misma se alivia algunas veces, y uno siente como un flujo de esta materia. Gracias sean dadas a Dios que hubiese salido sin dolor de importancia, y que no disturbara mis acciones.

Después de haber comido unas uvas (pues en este viaje comía poquísimo, o nada, a la mañana), salí de Lucca sin esperar a ciertos caballeros que se estaban preparando para venir a acompañarme. Tomé un buen camino, la mayor parte llano, dejando a la mano derecha unos montecillos cubiertos de muchísimos olivos, y a la izquierda algunas marismas, y el mar enfrente.

En un lugar del Estado de Lucca encontré una máquina medio en ruinas, por el descuido de los dichos señores: y este defecto hace gran daño a los campos de alrededor.**[569]** Esta máquina era para el servicio de desecar las tierras de estas marismas y de hacerlas fértiles. Se había construido un gran foso, a la cabeza del cual tres ruedas, que se movían de continuo por medio de una corriente de agua que venía fluyendo desde la montaña hasta estas ruedas, las cuales ruedas, con ciertos vasos colocadas en ellas, iban echando fuera el agua del dicho foso, por una parte, y por la otra la vertían en otro foso y canal más alto; el cual foso, hecho a propósito y protegido por muros, vertía la dicha agua al mar. Así, se desecaban todos los terrenos de alrededor.

Pasé por medio de PIETRA SANTA, castillo del duque de Florencia, bastante grande y poblado de casas, pero vacío, no obstante, de personas pues, y por lo que se dice, los aires son tan malos que no se puede estar aquí, y mueren la mayor parte o languidecen. Llegamos a cenar a

MASSA DE CARRARA, veintidós millas. Villa que pertenece al príncipe de Massa, de la Casa de Cibo. Se ve un magnífico castillo en la cima de un monte pequeño. Hacia la mitad de la dicha colina, en torno al castillo y por debajo de él, están las calles y las casas, rodeadas de buenas murallas. Y, más abajo, fuera de los dichos muros, hay un pueblo grande en el llano, rodeado de otras murallas nuevas. El lugar es bello, buenas calles, buenas casas y pintadas.

Me vi forzado a beber vino nuevo; y no se bebe de otro en aquellas partes, el cual con cierta madera y clara de huevo se hace tan limpio que no le falta en nada el color de vino viejo, pero tiene no sé qué sabor no natural.

El domingo 22 de octubre seguí primero un camino muy llano, dejando siempre a mano izquierda el mar Tirreno, a la distancia de un tiro de arcabuz. Y en ese camino, entre nosotros y el mar, vimos una ruina muy

grande, la cual dicen los paisanos ser una gran ciudad llamada LUNA.[570] Llegamos después a

SARZANA, de la Señoría de Génova, y se ve su insignia, que es un San Jorge a caballo. Tiene allí una guardia de soldados suizos, habiendo sido la villa en otro tiempo del duque de Florencia. Y si el príncipe de Massa no interviniera entre ellos no hay duda de que Pietra Santa y Sarzana, las ciudades fronterizas de los dos estados, estarían de continuo llegando a las manos.

Después de dejar Sarzana (donde nos vimos forzados a pagar cuatro julios por posta y por caballo, y donde había muchos fuegos de artillería por la visita de don Gianni de Médicis, hermano natural del duque de Florencia, el cual regresaba de Génova de ver a la emperatriz,[571] adonde había ido de parte de su dicho hermano, como diversos otros príncipes de Italia habían también ido allí; y entre los otros tenía fama la suntuosidad del duque de Ferrara, el cual vino a encontrarla en Padua, con cuatrocientas carrozas, habiéndole pedido permiso a la Señoría de Venecia de transitar por sus tierras con seiscientos caballos, a la cual solicitud le habían dado por respuesta que le concedían el venir con un número un tanto menor: y él metió a toda su gente en carrozas, y así llevó a todos, pero disminuyendo el número de caballos. A este príncipe don Gianni lo encontré en el camino, un joven de aspecto muy agradable, acompañado de veinte hombres muy bien ataviados, pero en caballos de alquiler, lo cual no desdice nada en Italia, ni siquiera en un príncipe), y pasado Sarzana, dejamos el camino de Génova a la mano izquierda.

Para ir a Milán no hay diferencia entre ir por Génova o por otro camino, y es lo mismo. Deseaba ver aquella ciudad, y a la emperatriz que allí estaba. Lo que me hizo desistir fue que para ir allá hay dos caminos, uno de tres días desde Sarzana, por una ruta de cuarenta millas muy mala y montañosa, de rocas y de precipicios y malas posadas, y es un camino poco frecuentado; el otro es por Lerici, distante tres millas de Sarzana, donde se toma el barco y se pasa a Génova en doce horas. No soportando yo el agua, por el defecto del estómago, y no tanto sospechando lo desagradable de aquel camino, cuanto por la dificultad de alojamientos dada la cantidad de gente que había en Génova, y además que se decía que el camino de

Génova a Milán no era muy seguro por los ladrones; y no teniendo en la cabeza otra cosa que mi regreso, me resolví a dejar Génova a un lado, y seguí el camino que salía a mano derecha, entre muchas montañas, manteniéndome por el fondo del valle a lo largo del río Magra. Y, teniéndolo a la izquierda, pasamos ahora por el Estado de Génova, luego por el del duque de Florencia, más tarde por el de los señores de la Casa de Malespina.[572] Así, por un camino cómodo y bueno, excepto por algunos pasos difíciles y abruptos, llegamos a dormir a

PONTREMOLI, 30 millas, ciudad muy larga, poblada de antiguos edificios no muy bellos. Hay algunas ruinas, y se dice que los antiguos lo llamaban Appua. Pertenece ahora al Estado de Milán, y últimamente la gobernaban los de la Casa de Fiesca.[573]

En la mesa se me sirvió primero queso, como se hace en torno a Milán y en el distrito cerca de Piacenza. Me fueron dadas, como es uso en Génova, aceitunas sin hueso, aliñadas con aceite y vinagre, en forma de ensalada, buenísimas. La ciudad está sita entre las montañas y a su pie. Nos daban, para lavar las manos, una palangana de agua, puesta sobre una banqueta. Era menester que se lavasen todos las manos en la misma agua.

Partí de allí el lunes 23 por la mañana y, en dejando la casa, subí muy alto por los Apeninos, pero el camino no es difícil ni peligroso. Estuvimos todo el día subiendo y escalando montañas, agrestes la mayor parte, y poco fértiles. Llegamos por la tarde a dormir a

FORNOVO, en el Estado del conde de San Secando, treinta millas.[574] Me agradó verme libre de aquellos rufianes de la montaña, que emplean todo tipo de crueldad que imaginarse pueda con los caminantes, por los costes de la comida y del alquiler de los caballos. Me fue servida diversa suerte de guisos con salsa de mostaza, buenísimos, en diversas maneras. Uno de ellos estaba hecho con membrillos. Se nota en estas partes gran escasez de caballos para alquilar. Estáis en manos de gentes sin regla y sin fe hacia los forasteros. Otros pagaban dos julios por caballo y posta: a mí me pidieron tres, y cuatro y cinco por posta, de modo que cada día me costaba más de un escudo alquilar un caballo, pues, además de esto, contaban dos postas cuando no había más que una.

Estaba distante dos postas de Parma, y de Parma a Piacenza había el mismo camino que a Fornovo, de modo que no se me alargaba el camino más que dos postas. No quise ir allí por no disturbar mi viaje, habiendo descartado todos los otros planes. Este lugar es una pequeña villa de seis o siete casas, sobre un llano, a lo largo del río Taro, que me parece que se llama. Y lo seguimos el martes por la mañana un poco llegando a comer a

BORGO SAN DONNINO,[575] doce millas, un castillejo, el cual el duque de Parma empieza a rodear de buenos muros, y bien defendido en los flancos. Sirven allí en la mesa un guiso de mostaza hecho con miel, y naranjas, cortadas en rodajas, como en forma de carne de membrillo medio cocido.

De allí, y dejando Cremona a la derecha, a la misma distancia que Piacenza, y siguiendo un buenísimo camino llano, y en un país donde, hasta el horizonte, no se ven montañas ni elevaciones; el terreno fertilísimo, cambiando los caballos de posta en posta, y fui al galope en dos postas, por medir la fuerza de mis costados; y no los encontré mal, ni fatiga; la orina, natural.

Cerca de Piacenza hay dos columnas grandes, la una a un lado del camino, y la otra del otro, cerca de cuarenta pasos de distancia entre las dos. Al pie de las columnas está escrito en latín que se prohíbe edificar, plantar árboles o viñas entre ellas. No sé si se quería solo preservar la anchura del camino o, verdaderamente, que desde esas columnas hasta la ciudad, la cual no dista sino media milla, se quería conservar la explanada descubierta, como ahora se ve. Llegamos a dormir a

PIACENZA, veinte millas, ciudad antes muy grande. Habiendo llegado muy pronto, anduve por todas partes durante tres horas. Calles fangosas, no empedradas, casas pequeñas. Y en la plaza, donde está su grandeza, está el Palacio de Justicia,[576] y la prisión y la concurrencia de todos los habitantes del entorno, y está rodeada de tiendas sin ninguna importancia.

Vi el castillo, que está en manos del rey Felipe,[577] el cual tiene en la guardia a trescientos españoles mal pagados, según dijeron ellos mismos.[578] La diana de la mañana y de la tarde se toca con esos instrumentos que nosotros llamamos *Haubois*, y ellos pífanos, y duran una hora. Hay mucha gente allí dentro, y buenas piezas de artillería. El duque de Parma no va nunca allí. Él, por su parte, se aloja en la Ciudadela[579] (en aquel momento

estaba en la ciudad), que es un castillo ubicado en otro lugar, y no va nunca a este castillo que tiene el rey Felipe. En fin, yo no vi nada digno de ser visto, excepto el nuevo edificio de San Agustín,[580] edificado por el rey Felipe a cambio de otra iglesia de San Agustín, de cuyo material se hizo el castillo; que él tiene parte de las rentas de la dicha iglesia. La iglesia está por concluir, y tiene un buen comienzo. Pero las habitaciones de los frailes, que son unos setenta en número, y los claustros dobles, están construidos. Este edificio me pareció, en corredores, dormitorios, almacenes y otras piezas, el más suntuoso y magnífico que había visto en cualquier lugar, si bien recuerdo, en servicio de la Iglesia.

Ponen la sal en la mesa en un bloque, y el queso en una sola pieza, sin plato.

El duque de Parma esperaba en Piacenza la llegada del hijo primogénito del archiduque de Austria, el cual lo había visto yo en Innsbruck, y decían que iba a Roma a ser coronado Rey de los Romanos.[581] Ofrecen el agua, y para mezclarla con el vino una cuchara grande de latón. El queso que allí se come es en todo similar a los *piacentini* que se venden por todas partes. Piacenza está justo a medio camino entre Roma y Lyon. Por ir más derecho a Milán, fui a dormir a

MARIGNANO, treinta millas, y de allí a Milán son diez. Alargué el viaje diez millas por ver Pavía. Salí temprano el miércoles 25 de octubre, siendo un camino bueno, en el cual oriné una piedrecilla blanda, y mucha arena. Pasamos por un castillejo del conde de Santafiore. Hacia el final del camino atravesamos el Po en una balsa puesta sobre dos barcas, con una pequeña cabina, y dirigida por una cuerda que se apoya en diversos sitios sobre unas barquichuelas ordenadas a lo ancho del río. Cerca de allí confluye el Ticino con el Po. Llegamos temprano a

PAVÍA, treinta millas cortas. Enseguida fui a ver las cosas principales de la ciudad:[582] el puente sobre el Ticino, la iglesia catedral, la del Carmen, la de Santo Tomás y la de San Agustín, en la cual está el arca de San Agustín, un rico sepulcro de mármol blanco con muchas estatuas. En cierta plaza de la ciudad se ve una columna de ladrillo, sobre la cual está una esfinge, la cual parece reproducir la de Antonino Pío que está a caballo delante del Capitolio. Esta es más pequeña, y no puede compararse en belleza.[583] Pero

lo que más dudas da es que esta estatua tiene estribos y una silla con arzones delantero y trasero, mientras la otra no tiene eso, y se conforma mejor con la opinión de los doctos de que los estribos y la silla de ese modo se han inventado después. Quizá algún escultor ignorante haya pensado que esas cosas le faltaban. Vi también el principio de una edificación del cardenal Borromeo para el servicio de los estudiantes.[584]

La ciudad es grande y reconocidamente bella, adecuadamente poblada y no le faltan artesanos de todo tipo. Hay pocas casas buenas. Y en la que se alojó recientemente la emperatriz es poca cosa. Vi las armas de Francia, pero las flores de lis habían sido borradas. En resumen, no hay nada fuera de lo común. Se dan, por aquellas partes, los caballos a dos julios por posta. La mejor hostería, o por decir mejor, el mejor albergue donde me alojé desde Roma hasta aquí, fue La Posta de Piacenza: y creo que el mejor de Italia, después de aquel de Verona. El peor de todo este viaje fue El Halcón, de Pavía. Aquí se paga, como en Milán, la leña aparte, y los lechos no tienen colchón.

Salí de Pavía el jueves 26 de octubre. Tomé el camino a mano derecha, a media milla del camino principal, para ver el lugar donde dicen tuvo lugar el fracaso del ejército del rey Francisco,[585] que es un lugar llano, y por ver también la Cartuja, la cual tiene con razón fama de ser una bellísima iglesia.[586] La fachada principal es toda de mármol, con muchos relieves, y una cosa verdaderamente de imponer. Está también el adorno de un altar de marfil, en el cual están esculpidos el Antiguo y el Nuevo Testamento. Y además de esto está el sepulcro de mármol de Gian Galeazzo Visconti, fundador de la iglesia; y también el coro y los adornos del altar mayor y el claustro de una grandeza inusitada, y bellísimo. Estas son las cosas más bellas. La edificación es muy grande en extensión y da la impresión, no solo por la grandeza y cantidad de edificios diversos, sino aún más por el número de gentes, servidores, caballos, coches, trabajadores y artesanos, de ser la corte de un grandísimo príncipe. Se trabaja de continuo con un coste increíble que afrontan los padres de sus ingresos. Está sita en el medio de un prado bellísimo. De allí fuimos a

MILÁN, veinte millas. Esta ciudad es la más poblada de Italia, grande y llena de toda suerte de artesanos y de mercancías: no desmerece mucho de

París, y tiene mucha apariencia de una ciudad francesa. Le faltan los palacios de Roma, Nápoles, Génova, Florencia: pero en tamaño las vence a todas, y de concurrencia de gentes llega a Venecia.

El viernes 27 de octubre[587] fui a ver el castillo por fuera, y lo rodeé casi por entero. Es un edificio grandísimo, y de una fortaleza admirable.[588] Están allí de guardia, al menos, setecientos españoles, muy bien guardado de artillería, y le estaban haciendo incluso algunas reparaciones todo alrededor. Permanecí allí aquel día a causa de la grandísima lluvia que nos sorprendió. Hasta ahora el tiempo y el camino nos habían tratado muy favorablemente.

El sábado 28 de octubre salí de Milán por la mañana. Me metí en un camino llano y bueno, y aunque fuese cosa de que lloviese de continuo, y de que estuviese el camino lleno de agua, no había barro, y eso siendo el país arenoso. Llegué a cenar a

BUFFALORA, dieciocho millas. Pasamos allí el puente del río Naviglio,[589] estrecho, pero hondo de manera que lleva grandes barcas hasta Milán. Y un poco más allá cruzamos en barca el Ticino y llegamos a dormir a

NOVARA, doce millas, pequeña ciudad y poco agradable, sita en un llano. En torno a ella viñas y bosquecillos, y terreno fértil. De ahí salimos de mañana y vinimos, tras parar un poco para dar de comer a las bestias, a

VERCELLI, diez millas, ciudad del duque de Saboya, también en un llano, y a orillas del Sesia, río, el cual atravesamos en barca. El dicho[590] ha hecho edificar en aquel lugar con gran prisa y mucha gente una buena fortaleza, en lo que puede verse desde fuera, y eso ha hecho sospechar a los españoles, que están cercanos a aquellos lugares.[591]

De allí pasamos por medio de San Germano, y después de San Giaco, castillejos. Y siguiendo siempre un buen llano, fértil al extremo de nogales (pues en estas regiones no hay olivares, ni otro aceite que el de las nueces), llegamos a dormir a

LIVORNO,[592] veinte millas, pequeña villa, donde hay bastantes casas. Salimos el lunes temprano, y siguiendo un camino llano, llegamos a cenar a

CHIVASSO, diez millas, y de allí, atravesando muchos arroyos y ríos con barcas y vadeándolos, llegamos a

TURÍN, diez millas. Podíamos haber llegado a cenar facilísimamente. Pequeña ciudad en un lugar de muchas aguas, no muy bien edificado, ni agradable, aunque por medio de las calles corre un arroyuelo para limpiarlas de inmundicias.[593] Di en Turín cinco escudos y medio por caballo, para servirme de ellos hasta Lyon, a seis jornadas, las expensas a cargo suyo. Aquí se habla normalmente francés, y parecen todos muy devotos de Francia. La lengua popular es una lengua que no tiene de italiano sino la pronunciación: el resto son palabras de las nuestras. Salimos de allí el martes, último día de octubre, y llegamos por un camino llano a cenar a

SAN AMBROGIO, dos postas. Desde allí, y siguiendo un llano estrecho entre las montañas, a dormir a

SUSA, dos postas. Castillejo poblado de muchas casas. Sentí allí un gran dolor en la rodilla derecha, el cual dolor me llevaba durando bastantes días, pero parecía ir en aumento. Las hosterías son aquí mejores que en otras partes de Italia, buenos vinos, mal pan, mucho de comer, hospederos corteses, y así por toda Saboya. En la fiesta de Todos los Santos, y tras oír misa, llegué a

NOVALESA, una posta. Contraté allí ocho porteadores para que me llevasen en silla hasta lo alto del Mont Cenis, y que me deslizasen en trineo por el otro lado.

CUARTA PARTE

Texto redactado por Montaigne en francés

Aquí se habla francés; así abandono este lenguaje extraño del cual me sirvo con mucha facilidad pero con poca seguridad; no necesitando, para estar siempre en compañía del francés, hacer ningún aprendizaje que valga. Pasé la cuesta de Mont Cenis, mitad a caballo, mitad sobre una silla llevada por cuatro hombres, y otros cuatro de refresco. Me llevaban sobre sus hombros. La subida dura dos horas, pedregosa y difícil para los caballos que no están acostumbrados a ella, pero por lo demás sin riesgo ni dificultad: pues la montaña se alza continuamente en su espesura y uno no ve ningún precipicio ni otro peligro más que algún tropezón. Al pie de uno, por encima del monte, hay una llanura de dos leguas, muchas casitas, lagos y fuentes y la posta: no hay árboles, sí mucha hierba y prados que sirven en la estación suave. Entonces, todo estaba cubierto de nieve. El descenso es de una legua cortada y recta donde me hice transportar por los mismos porteadores, y por todo su servicio a los ocho les doy dos escudos. Sin embargo, un solo porteador no cuesta más que un testón. Es un paseo agradable, pero sin riesgo alguno y sin excesiva emoción. Comimos en

LANS-LE-BOURG, dos postas, que es un pueblo al pie de la montaña donde está la Saboya; y vinimos a dormir a dos leguas a un pueblo pequeño. En todas partes hay muchas truchas y vinos viejos y nuevos excelentes. De allí llegamos, por un camino montañoso y pedregoso, a comer a

SAINT MICHEL, a cinco leguas, pueblo donde está la posta. De allí llegamos muy tarde y completamente mojados a

LA CHAMBRE, a cinco leguas, pueblo pequeño de donde les viene el título a los marqueses de La Chambre. El viernes 3 de noviembre, llegamos a comer a

AIGUEBELLE, a cuatro leguas, burgo cerrado, y llegamos a descansar a

MONTMELLIAN, que está a cuatro leguas, villa y fortaleza que tiene la parte de arriba con un pequeño promontorio que se levanta en medio de la llanura entre estas montañas; el asentamiento de dicha ciudad está por debajo del mencionado fortín junto al río Isère, que pasa por Grenoble, a siete leguas de este sitio. Allí me di cuenta, evidentemente, de la excelencia de los aceites de Italia, pues los de aquí empezaban a sentarme mal al estómago, mientras que los otros ni siquiera me repetían en la boca. Llegamos a comer a

CHAMBÉRY, a dos leguas, ciudad principal de Saboya, pequeña, bonita y mercantil, plantada entre los montes, pero en un lugar en el que se retiran mucho y forman una gran llanura. De allí llegamos a pasar el Monte del Gato, alto, recto y pedregoso, pero en modo alguno peligroso o incómodo, al pie del cual hay un gran lago y a lo largo de este un castillo llamado Bordeau, donde se hacen espadas muy renombradas; llegamos a descansar a

YENNE, a cuatro leguas, que es un burgo pequeño. El domingo por la mañana atravesamos el Ródano, que teníamos a nuestra mano derecha, después de haber pasado por un pequeño fortín que el duque de Saboya ha construido entre promontorios muy juntos; y a lo largo de uno de estos hay un pequeño camino estrecho al final del cual está dicho fortín, no muy diferente de Chiusa, que los venecianos han plantado en las montañas del Tirol. De allí, continuando siempre por el fondo entre las montañas, llegamos de un tirón a

SAINT RAMBERT, a siete leguas, villorrio que está en dicho vallecillo. La mayoría de las villas de Saboya tienen un arroyo que las baña por su mitad; y los dos lados de dicho arroyo, donde están las calles, están cubiertos de grandes toldos contra el viento, de tal manera que, aunque uno está cubierto y seco todo el tiempo, lo cierto es que las tiendas son más oscuras.

El lunes 6 de noviembre partimos por la mañana de Saint Rambert, y en dicho lugar el señor Francesco Cenami, banquero de Lyon, que estaba allí retirado por causa de la peste, me envió vino del suyo y a su sobrino con muchos cumplidos muy correctos.

Partí de allí el lunes muy pronto y, después de haber dejado completamente atrás las montañas, comencé a entrar en llanuras al estilo

francés. Allí pasé en barco el río de Ain, a la altura del puerto de Chazey, [594] y me llegué de un tirón a

MONTLUEL, que está a seis leguas, ciudad pequeña de gran tráfico, que pertenece al señor de Saboya y es la última de las suyas. El martes, después de comer, cogí la posta y llegué a dormir a

LYON, a dos postas, tres leguas. La villa me agradó mucho verla y el viernes compré a Joseph de la Sone tres caballos de tiro jóvenes, a los que se les corta la cola, por doscientos escudos. El día anterior había comprado a Malezieu[595] un caballo de paseo por cincuenta escudos y otro de tiro por treinta y tres.

El sábado, día de San Martín, tuve por la mañana un gran dolor de estómago y me quedé en la cama hasta después de mediodía, donde me agarró una descomposición de vientre; no comí nada y cené muy poco.

El domingo, 12 de noviembre, el señor Alberto Giachinotti, florentino, quien me hizo muchas otras cortesías, me dio de comer en su casa y se ofreció a prestarme dinero aunque no me conocía de nada hasta entonces.

El miércoles, 15 de noviembre de 1581, salí de Lyon después de comer y, por un camino montañoso, llegué a dormir a

LA BOURDELAIRE, a cinco leguas, pueblo en el que no hay más que dos casas.

De allí, el jueves por la mañana, atravesamos un bonito camino llano y en el medio de este, cerca de FOUR, pueblecito pequeño, pasamos en barco el río Loira y llegamos de un tirón a

L'HÔPITAL, a ocho leguas, pequeña ciudad cerrada. De allí, el viernes por la mañana seguimos por un camino montañoso bajo un tiempo áspero, de nieves y con un viento cruel contra el que caminábamos, y llegamos a

THIERS, a seis leguas, pequeña ciudad en el río Allier, con un buen mercado, bien edificada y poblada. Se dedican principalmente al comercio de papel y son famosos por su trabajo de cuchillería y cartas para jugar. Está a una distancia equivalente de Lyon, de Saint Flour, y de Moulins y de Puy.

Cuanto más me acercaba a mi casa, más difícil se me hacía lo largo del camino. Y, a decir verdad, contando los días, hasta no llegar a Chambéry no había llegado a mitad de camino entre Roma y mi casa. Esta ciudad es de

las tierras de la casa de Borbón y pertenece al señor de Montpensier. Allí fui a ver las cartas a la casa Palmier. Hay tantos trabajadores que se nota que hay mucho trabajo. Las cartas no se venden sino por un sueldo las más corrientes, y las más finas por dos carolos.

El sábado continuamos por la llanura de la Limaigne, y después de haber pasado en barco el Doare y después el Allier, llegamos a dormir a

PONT DU CHASTEAU, a cuatro leguas. La peste ha castigado mucho este lugar y se oyen muchas historias notables a propósito de esto. La casa del señor, que es la casa paterna del vizconde de Canillac, fue quemada para purificarla completamente por el fuego. Dicho señor me envió a uno de los suyos con muchos ofrecimientos verbales y me hizo escribir al señor de Foix para recomendarle a su hijo, a quien acababa de enviar a Roma. El domingo, 19 de noviembre, llegué a comer a

CLERMONT, a dos leguas, y allí me detuve para no fatigar a mis jóvenes caballos.

El lunes 20 partí por la mañana, y en lo alto del Puy de Dome expulsé una piedra bastante grande, de forma ancha y llana, que estaba tratando de salir desde la mañana y la había sentido el día anterior únicamente en el extremo de la verga; y cuando quería caer en la vejiga la sentí también un poco en los riñones. No era ni blanda ni dura.

Pasé por PONGIBAUT, donde fui a saludar de paso a la señora de La Fayette y estuve como una media hora en su sala. Esta casa no tiene tanta hermosura como nombre; su planta es fea, más que otras; el jardín es pequeño, cuadrado, y las avenidas tienen cuatro o cinco pies: hay muchos arriates al fondo, donde hay numerosos frutales y poca hierba; los lados de dichos arriates están así hundidos y recubiertos de piedra tallada. Había tanta nieve y el tiempo era tan áspero, con viento frío, que no se veía nada del paisaje. Llegué a dormir a

PONTAUMUR, a siete leguas, pueblecito del señor y la señora de Lude, que estaban a dos leguas de allí. Al día siguiente llegué a dormir a

PONT SARRAUT, pueblo pequeño que está a seis leguas. Este camino está salpicado de modestas hospederías hasta Limoges, donde sin embargo no faltan los vinos pasables. No andan por el camino sino muleros y mensajeros que corren a Lyon. Mi cabeza no estaba bien; y si es cierto que

las tormentas y los vientos heladores y las lluvias le molestan, le estaba dando realmente su ración en estas rutas, donde dicen que el invierno es más áspero que en lugar alguno de Francia.

El miércoles 22 de noviembre, con un tiempo malísimo, salí de allí y, habiendo pasado a lo largo de Feletin, villa pequeña que parece muy bien construida, situada en una hondonada rodeada por altas laderas, que estaba aún medio desierta por la pasada peste, llegué a dormir a

CHASTEIN, a cinco leguas, un villorrio malo. Allí bebí vino reciente, no depurado, a falta de vino añejo. El jueves 23 mi cabeza seguía en el mismo estado, y el tiempo rudo, y llegué a dormir a

SAUVIAC, a cinco leguas, pueblo pequeño que pertenece al señor de Lausun. De allí llegué a dormir al día siguiente a

LIMOGES, a seis leguas, en donde me detuve todo el sábado; y compré un mulo por noventa escudos-soles; y pagué por la carga del mulo de Lyon hasta allí cinco escudos, aunque me engañaron en cuatro libras; pues todas las demás cargas no costaron más que tres escudos y dos tercios de escudo. De Limoges a Burdeos se paga un escudo por cien libras. El domingo 26 de noviembre salí después de comer de Limoges y vine a dormir a

CARS, a cinco leguas, donde no estaba más que la señora de Cars.[596] El lunes llegué a dormir a

TIVIÉ, a seis leguas. El martes a dormir a

PERIGUS, a cinco leguas. El miércoles a dormir a

MAURIAC, a cinco leguas. El jueves, día de San Andrés, último de noviembre, a dormir a

MONTAIGNE, a siete leguas: de donde yo había partido el 22 de junio de 1580 para ir a La Fère. Por eso había durado mi viaje diecisiete meses y ocho días.[597]

EQUIVALENCIAS MONETARIAS

Monedas alemanas o asimiladas:
el batz = unos 2,5 sueldos,
el florín = unas 2 libras,
el talero = unos 9 sueldos.

Monedas españolas:
la pistola o media pistola = un escudo,
el real = 4 o 5 sueldos.

Monedas francesas:
el carolo = 10 dineros,
la corona o el escudo = unas 3 libras,
el franco = una libra,
el liard = 0,25 sueldos,
la pistola = 10 francos (10 libras),
el testón = unos 14,5 sueldos.

Monedas italianas (no romanas):
el escudo (o corona) = 50 sueldos,
la lira = 8 o 9 sueldos.

Monedas romanas:
el baiocco = 5 cuartos o 6 dineros,
el julio = 10 baiocchi o 5 sueldos,
el cuarto (quattrino) = 1,2 dineros.

A título puramente indicativo y siguiendo el cálculo que Rigolot establece con los francos franceses de 1990 —que el lector español puede multiplicar

por 20 para traducir en pesetas—, se pueden plantear estas equivalencias:

1 escudo (corona) = 300 FF,
1 libra (franco) = 100 FF,
1 sueldo = 5 FF,
1 dinero = 40 céntimos de FF.

CORRESPONDENCIA

I[598]

A Antoine Duprat[599]

Señor, en mi última carta os hablé de los levantamientos que han asolado Angelois y el Périgord, y durante los cuales cayó prisionero nuestro mutuo amigo común: Memy.[600] Después le llevaron a Burdeos para decapitarle. Os escribo hoy para informaros que los de Nerac, después de perder entre cien y ciento veinte hombres, por la imprudencia de un joven oficial de su ciudad durante una escaramuza contra tropas de Monluc, decidieron el día 15 de julio recluir a sus ministros en Bearne,[601] pese al riesgo que esta decisión entraña para sus vidas. Ese mismo día se rindieron en Castel Jalous, y ejecutaron a su ministro. También huyeron los de Marmande, San Macario y Bazás, aunque ni siquiera así evitaron padecer graves pérdidas, pues asaltaron el castillo de Duras en el mismo momento que lo abandonaban, y también conquistaron el de Monségur, donde estaban guarecidos dos enseñas y mucha población que sigue la religión protestante. El primer día de agosto vio cómo se cometían allí numerosos actos de violencia y crueldades de todo género, sin que valiera como atenuante la categoría social, el sexo o la edad. El propio Monluc violó a la hija del ministro, a quien asesinaron junto con otros muchos ciudadanos. Debo informaros con un profundo dolor que durante la matanza pereció vuestra pariente, la esposa de Gaspard Duprat,[602] y dos de sus hijos. Se trataba de una mujer de nobleza extraordinaria, a la que tuve la ocasión de frecuentar siempre que viajaba a su país, y siempre estuve convencido de que en su casa iba a recibir la hospitalidad adecuada. Pero basta por hoy, pues estos informes me provocan una pena muy dolorosa, le ruego a Dios que os mantenga en su santa vigilancia.

De vuestro servidor y buen amigo.

24 de agosto de 1562

II[603]

A Monseñor de Montaigne

… Por lo que se refiere a sus últimas palabras, si alguien puede dar cuenta cabal de ellas, sin duda soy yo. Durante su enfermedad me hablaba con tanto gusto como al que más, y gracias a la singular y fraternal amistad que nos ofrecíamos, estaba al corriente más que ningún otro de los designios, juicios y voluntades que alimentó en vida, tanto como un hombre puede estar imbuido de la vida mental de otro hombre, y sé mejor que nadie que sus pensamientos eran siempre virtuosos, resueltos, y, para qué ocultarlo, admirables. Estaba convencido de que si su enfermedad le permitía expresarse, nada iba a salir de su boca que no fueran palabras importantes, y un vivero de buenos ejemplos. Ese es el motivo por el que puse toda la atención de la que fui capaz en escucharle. No negaré, señor, que como mi memoria es más bien endeble, y, además, estaba alterada por el trastorno que provocaba aquella pérdida tan dura y tan importante para mi vida, es imposible que no haya olvidado muchas cosas, todas ellas dignas de ser transmitidas. Pero os comunicaré todas aquellas de las que me acuerdo, las aproximaré a la verdad tanto como me sea posible, para mostraros cómo se detuvo su orgullo, cómo pasó sus últimos días aquel ánimo invencible en un cuerpo derrotado y consumido por el esfuerzo devastador de la enfermedad que conduce a la muerte. Confieso que el tema agradecería un estilo mejor que el mío. Si mientras estuvo vivo se expresaba con maestría y fluidez, pese a que el asunto escogido fuese hosco o intrincado, debo decir que al verse tan cerca de la muerte parecía que su lengua y sus espíritu competían para ofrecerle el mejor servicio, pues nunca llegué a verle tan elocuente, tan colmado de hermosas ideas fantásticas,

como durante los días que estuvo luchando contra su enfermedad. Por lo demás, mi señor, si después de todo consideráis que tomé nota incluso de las afirmaciones más ordinarias y leves, os daré la razón, pues me parece que dan buen testimonio, en medio de una batalla encarnecida, de un alma colmada de reposo, sosiego y voluntad firme.

En cuanto regresé de la audiencia el lunes 9 de agosto del año 1563 le envié un sirviente para que viniese a almorzar a mi casa. Mandó que me dieran las gracias y que me informasen de que se encontraba mal, y que le causaría un gran placer si accedía a pasar una hora a su lado, antes de ir a Médoc. En cuanto terminé de comer salí hacia su casa: se había acostado vestido, y percibí en su rostro una alteración difícil de precisar. Me dijo que tenía el vientre pesado debido a unos retortijones que le habían sobrevenido la víspera mientras paseaba sin abrigo, solo con una túnica de seda, con el señor Escarts, y que no era la primera vez que el frío le provocaba un efecto parecido. Me pareció bien que cumpliese con su propósito de salir de casa, pero le propuse que aquella noche no recorriese más de dos leguas, y que se quedase pernoctando en Germignan. Se lo recomendé a sabiendas de que se dirigía a una zona vecina de viviendas infestadas, y que tras su regreso de Périgord y de Angenois, donde estaba todo apestado, se había vuelto muy aprensivo. También le dije que para aliviar una molestia parecida me había venido muy bien montar a caballo. Así que partió en compañía de la señorita de La Boétie, su mujer, y del señor de Bouillhonnas, su tío.

Al día siguiente, a primera hora de la mañana, me vino a visitar uno de sus hombres con el recado de la señorita de La Boétie informándome de que había pasado mala noche, por culpa de una fuerte disentería. Envió a buscar a un médico y a un boticario, y me rogó que me estuviese a su lado, y allí me dirigí a mediodía.

Cuando me vio llegar pareció alegrarse de mi presencia. Mi primer impulso fue decirle adiós y retirarme, bajo la promesa de volver a visitarle al día siguiente, pero me rogó con una perseverancia y un énfasis inédito que permaneciese a su lado tanto tiempo como me fuera posible. Me quedé muy conmovido. Pese a todo, ya estaba a punto de irme, cuando la señorita de La Boétie, como si presintiese alguna desgracia, me suplicó con los ojos empapados de lágrimas que no le dejase solo en toda la noche. Decidí

quedarme, y pude palpar su inmensa alegría. Al día siguiente estaba de vuelta, y el jueves volví a verle. Su enfermedad empeoraba, el flujo de sangre y los cólicos, que tanto le debilitaban, incrementaban sus efectos nocivos de hora en hora.

El viernes no pude pasar a verle, y el sábado le sorprendí ya muy abatido. Me dijo en ese momento que su enfermedad era contagiosa, además de incómoda, y que le inclinaba hacia la melancolía. Me dijo que conocía bien mi aprensión natural y me suplicó que no viniese a visitarlo demasiado rato, pero sí con la mayor frecuencia que me fuera posible. No volví a dejarle solo. Hasta el domingo no me habló de lo que pensaba sobre su estado de salud. Habíamos conversado sobre aspectos generales de su dolencia, sobre las cosas que habían dicho los médicos años antes. Tampoco nos referimos a los asuntos públicos, pues me di cuenta de que desde que cayó enfermo le agotaban. El domingo le sobrevino una gran debilidad, y cuando se recobró me dijo que se había sentido en medio de una enorme confusión donde todas las cosas se confundían como cubiertas por una niebla espesa y oscura. Añadió que esta experiencia no le había mellado el ánimo. Le dije que la muerte no iba a suponerle nada peor que eso, y él me respondió que tampoco había nada peor.

Desde que se manifestó su enfermedad apenas había podido conciliar el sueño, y así siguió hasta el desenlace, a pesar de que había tomado ya medicamentos a los que solo se recurre en situaciones extremas. A causa de todo esto empezó a desesperar de llegar a curarse un día, o al menos eso fue lo que me dijo. Ese mismo día, aprovechando que parecía encontrarse mejor de salud, le dije: «No actuaré bien, respetando la amistad que te tengo, si no te recomiendo que, así como cuando disfrutaste de la salud obraste siempre con prudencia y buen tino, obrases igual en este período de convalecencia. Si Dios quiere que empeores, me entristecería enormemente que mi consejo no te hubiese encaminado a ocuparte de los asuntos domésticos y no dejar nada en el aire, para impedir así cualquier perjuicio que pudiese suponerle a tus parientes, y también cualquier rebaja o deshonra de tu buen nombre». Me escuchó con buena disposición, y después de resolver en silencio algunas complicaciones que le mantuvieron ocupado y caviloso, me pidió que convocase a su tío y a su mujer a solas, para comunicarles lo que había

decidido en relación a su testamento. Le repliqué que si obraba así les asustaría, a lo que me respondió: «No, les consolaré, y haré que abriguen mayores esperanzas sobre mi salud que las que yo mismo tengo». Después me preguntó si aquellos desvanecimientos que sufría no los habían alterado demasiado. «No es nada, hermano, son síntomas corrientes de una enfermedad como la tuya», le respondí. Y él me contestó: «En realidad, no habría motivo para preocuparse, hermano, incluso si me sobreviniera lo que todos teméis tanto». Le repliqué: «Igual para vos sería una alegría entrar en la gloria, pero yo sufriría el daño de perder la compañía de un amigo tan seguro, prudente y virtuoso, que estoy convencido de no encontrar jamás otro parecido». «Bien podría ser así, hermano, y puedo aseguraros que el principal motivo del cuidado que pongo en curarme, y no terminar de cruzar el vado que ya he medio franqueado, es la tristeza que me provoca valorar vuestra pérdida, y la de ese pobre hombre y la de esa pobre mujer (se refería a su tío y a su esposa), a quien amo de manera singular, y que se llenarían de inquietud, de eso estoy bien seguro, con la pérdida que iban a sufrir tras mi muerte, y que ciertamente lamentarían tanto como vos. Asimismo considero también el disgusto que le iba a suponer a tantas personas de bien que me quieren y que me han demostrado su estima mientras he permanecido con vida, personas que, lo confieso, si de mí dependiera, todavía no quisiera privarme de su conversación. Si me voy, hermano mío, os ruego a vos, que conocéis bien a estas personas, que les deis testimonio de mi buena disposición hacia ellas, y que las he apreciado hasta el último día de mi vida. Quizá, hermano, no he nacido yo tan inútil como para no haberle procurado en el futuro buenos servicios a los asuntos públicos. Pero que suceda lo que tenga que suceder, estoy dispuesto a partir en cuanto Dios me reclame, con la seguridad de que voy a disfrutar de la serenidad que todos me auguráis. En cuanto a vos, amigo mío, conozco tan bien la prudencia que os es propia que estoy convencido de que os adaptaréis bien a mi ausencia, y a las consecuencias de lo que su Santa Majestad disponga para mí, así que os suplico, como el más entero de los tres, que os cuidéis que mi muerte no empuje a ese buen hombre y a esa buena mujer fuera de los límites de la cordura», añadió. Después me pidió que valorase el estado de su ánimo y le dije que dada la gravedad de su situación era bastante

bueno. Añadió: «Sí, ahora que todavía tienen esperanzas, es un buen momento para recibirlos, si alguna vez las pierden, os costará, amigo, contener su disgusto». Siguiendo esta línea de conducta, se propuso ocultarles mientras le quedase algo de aliento la convicción íntima sobre la cercanía de su muerte. Cuando veía que estaban cerca componía un semblante alegre y los apacentaba con las mejores esperanzas.

Le dejé en ese instante para ir a avisarlos. Pusieron la mejor cara que pudieron, y después de sentarnos alrededor de su cama, los cuatro solos, habló así, con una cadencia serena, como si estuviera colmado de gozo:

«Tío, y querida esposa, puedo aseguraros por mi fe que si he decidido llamaros no se debe a ningún nuevo ataque, ni tampoco a que vea pocas perspectivas favorables a mi curación. Os he llamado con la intención de deciros lo que quiero deciros, pues gracias a Dios me encuentro bien y lleno de esperanza. Pero desde hace muchos años sé, tanto por mi propia experiencia como por un estudio prolongado, qué poca estabilidad y cuánta incertidumbre se avienen con las cosas humanas, y que incluso nuestra vida, aunque la consideremos el centro del universo, apenas es más que humo y nada. Así que teniendo muy presente que estoy enfermo, y que el peligro de morir ha estado más cerca que nunca, he decidido poner algo de orden en mis negocios domésticos, después de haber escuchado primero vuestro parecer».

Después dirigió expresamente sus palabras a su tío: «Querido tío, si tuviera que dar cuenta una por una de todas las cosas que os debo no dispondría de tiempo suficiente. Baste con decir que hasta el día de hoy, en cualquier parte donde he estado y con cualquier persona con la que he hablado, siempre tuve a bien reconocer que habéis hecho por mí todo cuanto hubiese hecho un padre prudente, bueno y de mente libre. Os tomasteis todas las molestias para inculcarme el amor por las letras, me empujasteis a ejercer cargos públicos, de manera que toda mi vida ha estado repleta de deberes importantes, y de amistades recomendables, que solo a vos os debo. Todas mis deudas las reconozco con gusto, sois mi verdadero padre. Como hijo de familia me declaro sin poder para disponer de nada, si no os apetece entregármelo». Mi amigo calló entonces y esperó a que los suspiros y los sollozos de su tío le permitieran emplear la palabra, y cuando

pudo responderle le dijo: «Encontraré siempre excelente todo lo que dispongas». Y así fue como el hombre del que debía ser heredero recibió todos los bienes que le pertenecían.

Después desvió la palabra hacia su mujer: «Mi igual (pues así la llamaba en ocasiones, reviviendo alguna antigua alianza entre ellos), vos os habéis unido a mí por el santo lazo del matrimonio, uno de los más sagrados e inviolables que Dios tuvo a bien entregar a los hombres para conservar la sociedad humana. Debo deciros que os amé, que os quise tiernamente, y que os tuve todo el cariño que me fue posible entregaros, y estoy convencido de que me habéis correspondido con un afecto recíproco, que nunca seré lo bastante capaz de agradeceros. Os ruego que aceptéis la parte de mis bienes que os entrego, y que os contentéis con ellos, aunque no se me escapa que será poco comparado con vuestros méritos».

Después recondujo su voz hacia mí: «Hermano, así quiero referirme al hombre a quien tanto estimo y que escogí entre otros tantos hombres para renovar los votos de amistad, virtuosa y sincera, que se ha ido alejando tanto de nuestros usos sociales a causa de los vicios mundanos, de manera que apenas quedan de ellos algunas huellas viejas en la memoria de la antigüedad. A vos, amigo, os suplico, como muestra del afecto que siento por vos, que os dignéis a ser el heredero de mi biblioteca y de mis libros: se trata de una herencia pequeña, pero inspirada por el corazón, y que se aviene bien con la afición que sentís por las letras, de manera que será un buen recuerdo de vuestro amigo».

Finalmente, nos habló a los tres sin distinción, para alabar a Dios por haberle otorgado la dicha de en una situación tan extrema como la que se encontraba poder estar acompañado de las caras que más quería en este mundo. Le parecía de una belleza especial ver a cuatro personas tan amadas, unidas en armonía por una amistad tan grande. Y después de recomendarnos que nos apoyásemos mutuamente, dijo: «Ahora ya he puesto en orden mis bienes, me toca ahora preocuparme de mi conciencia. Soy cristiano, soy católico. Así es como he vivido, y así es como he decidido acabar mi vida. Traed a un sacerdote, pues no quiero faltar al último deber de un cristiano».

Con estas palabras terminó su discurso. Había hablado con tanta seguridad y convicción, tanto en el gesto como en la voz, que parecía un milagro cómo había logrado recuperarse desde que entré en su aposento para encontrar un cuerpo débil que arrastraba penosamente las palabras, una tras otra, sin brío, y con el pulso abatido por una fiebre lenta, con el rostro mortecino y pálido, como si caminase firme hacia la muerte. Parecía ahora animado por un vigor nuevo, con la piel sonrosada y un pulso tan seguro que le acerqué mi mano para que pudiese compararlos. Fue en este momento cuando se me encogió tanto el corazón que me quedé sin aire. Dos o tres horas después todavía le duraba este ánimo de grandeza, y como siempre he deseado que su gloria y sus méritos llegasen a más testigos, hice llamar a otras personas para que fuesen testigos de su gloria y de su honor. Cuando el aposento se llenó, le confesé, enrojecido de vergüenza, que momentos antes me faltó aire para atender a lo que me decía. A saber: que hasta ese día vivió pensando que Dios no iba a tratarle mejor que a cualquier otro ser humano, pero que en la prueba que estaba pasando, solo podía bendecir a Dios por haber sido tan querido por mí, y haberme querido tanto. Y añadió que la experiencia de vivir a su lado este trance me sería de ayuda cuando me tocase representar el mismo papel.

Me insistió con ruegos en que actuase como él, me conminó a que las palabras que defendemos en vida no basta con llevarlas pegadas a los labios, sino que debemos grabarlas en lo profundo del corazón y del alma, para poder ponerlas en práctica en la primera ocasión que se nos presente. Y añadió que esta era la única gran lección que debemos aprender de la filosofía y de nuestras horas de lectura. Después me cogió de la mano y me dijo: «Hermano mío, amigo, te aseguro que he hecho bastantes cosas en esta vida (al menos según mi juicio) más difíciles y dolorosas que esta. Y para decirlo todo de una vez: hace mucho tiempo que me vengo preparando para este trance, y que me sé de memoria la lección. ¿Haber llegado a la edad en la que me encuentro no supone haber vivido ya bastante? Estaba a punto de entrar en el trigésimo segundo año de vida, los he pasado todos colmado de salud y dichoso. Conozco bien las leyes de la inconstancia que rigen a la humanidad: un estado así no podía durar. Se aproximaba la época de internarse en los negocios y de experimentar mil y una cosas ingratas,

como las incomodidades de la vejez, de la que acabo de librarme. También es inverosímil que hasta el día de hoy haya podido vivir con tanta sencillez y sin apenas malicia, un estado que no sé si hubiese podido conservar si Dios me hubiese dejado vivo hasta llegar a enriquecerme y pasar los días con la cabeza repleta de los asuntos derivados de mis negocios. Ahora, en cambio, estoy seguro de encaminarme hacia la mansión de los bienaventurados para ver a Dios». Al ver en mi rostro la impaciencia que me producía escucharle, me dijo: «¿Cómo, hermano, dudáis? ¿Es que queréis meterme miedo? Id con cuidado, pues si me entrase el pánico, ¿quién iba a quitármelo sino vos?».

Estaba a punto de anochecer cuando se presentó el notario al que había mandado llamar para redactar el testamento. Le preguntó si quería que cuando terminase de dictarlo lo firmase por él. Me respondió que no: «Quiero hacerlo yo mismo, pero sí me gustaría, hermano, que me dieran un poco de sosiego, pues me encuentro extremadamente cansado, y estoy tan débil que podría derrumbarme». Traté de cambiar de conversación, pero él la reanudó allí donde la habíamos dejado, para decirme que para morir tampoco necesitaba de tanta tranquilidad, y me pidió que le preguntase al notario si tenía la mano rápida, pues no iba a detenerse demasiado en el momento de dictar. El notario entró y él dictó su testamento a tal velocidad que se tuvo que hacer un gran esfuerzo para seguirle el ritmo. Cuando terminó de dictar me rogó que se lo leyera, y añadió: «¡Este sí es un cuidado valioso! ¡El cuidado de nuestras riquezas! ¡Esto es lo que los hombres llaman bienes!». Y una vez que el contrato quedó firmado, al ver que el aposento se nos llenaba de personas, me preguntó si podía ser perjudicial hablar en voz alta. Le dije que no, siempre que hablase despacio.

En ese momento mandó llamar a la señorita de San Quintín, su sobrina, y le dijo: «Sobrina y amiga mía, desde el momento en que te conocí me pareció ver brillar en tu semblante los rasgos de una naturaleza excelente. Pero ahora, ante las molestias que te tomas con tan buen ánimo y diligencia ante mi precaria situación, me quedo en deuda contigo y te doy mis más sinceras gracias. En descargo mío, te recomiendo que seas ante todo devota de Dios, pues esa es la tarea más importante de nuestro paso por el mundo, y si la desatendemos ninguna otra acción podrá considerarse buena ni bella,

pero si cumplimos con ella estaremos bien encaminados para cumplir con todo el resto de las virtudes. Después de Dios debes amar y honrar a tu padre y a tu madre, y también a esta, mi hermana, a quien considero como una de las mejores y más prudentes mujeres del mundo. Y te ruego que imites de ella su vida ejemplar. No te dejes dominar por los placeres. Huye como de la peste de esas confianzas locas que en ocasiones las mujeres se permiten con los hombres, quizá en un primer momento no tengan nada de reprobables, pero después van, poco a poco, corrompiendo el espíritu, os conducen a la ociosidad, y terminan en el horrible cenagal del vicio. Créeme: la manera más segura de salvaguardar la castidad es comportarse de manera austera. Te ruego y deseo que te acuerdes de mí para que tengas siempre presente el cariño que me inspiraste, no quiero que te quejes y te lamentes de mi pérdida, pues eso voy a prohibírselo a todos mis amigos en la medida que pueda, porque si actúan así parecerá que están envidiosos del estado de bienestar que gracias a mi muerte no tardaré en disfrutar. Y te aseguro, hija mía, que si Dios me permitiera escoger en este momento entre volver de nuevo a la vida o acabar con este viaje me pondría en una situación bien embarazosa. Adiós, sobrina mía, mi amiga».

Después hizo llamar a la señorita de Arsat, su hijastra, para decirle: «Hija mía, no tienes demasiada necesidad de mis consejos pues disfrutarás de una madre que siempre se distinguió por su prudencia, que vivió tan de acuerdo con mis deseos y mi voluntad que jamás cometió ningún error. Recibirás una excelente instrucción de una maestra tan buena. No consideres algo demasiado extraño si yo, que no tengo ningún parentesco contigo, me preocupo por tus asuntos y me mezclo en tus preocupaciones, pues al fin y al cabo al ser la hija de una persona que me es tan cercana, no puedo evitar que me incumba a mí también aquello que te concierne. Ese es el motivo por el que me desvelé por los asuntos de tu hermano, el señor de Arsat, como si fuesen los míos propios, y quizá tu porvenir se vea favorecido por haber sido mi hijastra. De tu parte tienes la riqueza y la belleza que se exigen para tener fortuna, eres una señorita de buena casa, solo debes añadir a estos beneficios el adorno de un buen espíritu, y te pido que lo adquieras. No te prohíbo los vicios que tan detestables son en las mujeres, sencillamente porque no concibo que a tu puro entendimiento le

puedan tentar esas ideas. Incluso pienso que el propio nombre del vicio basta para despertar tu horror. Adiós, hija mía».

Todo el aposento se llenó de sollozos y de lágrimas, pero estas muestras de afecto no interrumpieron el camino de sus pensamientos, que se prolongaron en el tiempo. Después ordenó que saliera del aposento todo el mundo, menos su «guarnición», como llamaba a las criadas que le servían. Después llamó a mi hermano De Beauregard y le dijo: «Señor de Beauregard, os doy las gracias más sentidas por las molestias que os habéis tomado por mí. ¿Queréis que se descubra algo que mi corazón me alienta a manifestaros?». En cuanto mi hermano le dio su permiso, dijo: «Os juro que entre todos los que pusieron sus manos a favor de la reforma de la Iglesia jamás llegué a pensar que hubiese uno que emprendiese la tarea con mayor celo, y de manera más cabal, sincera y humilde que vos. Y creedme cuando os digo que solo a los vicios de nuestros prelados, que sin duda merecen ser castigados y corregidos, además de algunas imperfecciones propias del desgaste del tiempo, os lanzaron al bando que elegisteis. No pretendo conmoveros en esta situación, pues a nadie le pediría nunca que diese un solo paso en contra de sus convicciones, pero quiero advertiros que inspirado en la buena reputación que ha adquirido la casa a la que servís, gracias a su esfuerzo ininterrumpido a favor de la concordia, y a la que quiero tanto como a ninguna otra en el mundo (¡Dios bendiga esta mansión, de la que jamás salió un hombre que no fuese de bien!), y con el respeto que le debo a la voluntad de vuestro padre, aquel buen padre a quien tanto debéis, a vuestro buen tío, y a vuestros hermanos, os ruego que no seáis demasiado colérico en adelante, que huyáis de los extremos, que os acomodéis en la mesura, que no forméis un bando propio y aparte, que os mantengáis en el seno de vuestra casa en armonía. Habéis sido testigo de cuántas ruinas han ocasionado en este reino tales disputas. Y os aseguro que todavía pueden sobrevenir desastres mayores. En la medida que vos sois un hombre prudente y bueno, os ruego que evitéis trastornar el seno de vuestra familia, que no contribuyáis a que pierda la gloria y la fortuna de la que ha gozado hasta el presente. Tomad buena nota, en la medida de lo posible, de cuanto os digo, señor de Beauregard, y consideradlo un testimonio de la amistad que os tengo, pues esa es la razón por la que he esperado al

momento presente para deciros lo que ahora os digo, y decirlo en el estado en que me encontráis, para dar a mis palabras más peso y autoridad». Mi hermano se lo agradeció emocionado.

El lunes por la mañana se encontraba tan mal que había perdido cualquier esperanza de seguir con vida. De manera que, en el mismo momento en el que me vio, me llamó con una voz lastimera y me dijo: «Querido hermano, ¿es que ya no os inspiran compasión los muchos tormentos que estoy sufriendo? ¿No os dais cuenta de que todas las ayudas que me ofrecéis ya no sirven más que para prolongar mi dolor?». Un segundo después de decir esto perdió el sentido, nos faltó poco para darlo por muerto, pero conseguimos reanimarlo con vinagre y vino. Aun así, no conseguimos que volviera a estar en sus cabales hasta que pasó un tiempo. Entonces, como nos oía gritar a su alrededor, nos reprendió: «¡Dios mío! ¿Quién me atormenta tanto? ¿Por qué me arrancan del profundo y grato sosiego en el que me encuentro? Dejadme en paz, os lo ruego». Y, poco después, al reconocer mi voz me dijo: «¿Y vos tampoco, hermano mío, queréis que sane? ¿Cuánta tranquilidad me estáis haciendo perder?». Después, como si hubiese pasado ya lo peor de la crisis, pidió un poco de vino, y al sentirse mejor, me dijo que era el mejor licor del mundo. Le llevé la contraria para que siguiese hablando: «No estoy de acuerdo, para mí el agua es el mejor licor». «Cierto», esa fue su réplica. Tenía ya las extremidades y el rostro bañados de frío, con un sudor mortífero que le corría por todo el cuerpo, y era prácticamente imposible encontrarle el pulso.

A la mañana siguiente se confesó ante su sacerdote, pero este no pudo oficiar la misa pues no había traído lo indispensable. El martes de buena mañana el señor de La Boétie lo mandó llamar para que le ayudase con su último deber cristiano. Oyó la misa, confesó y comulgó, y cuando el sacerdote se despedía ya de él le dijo: «Padre mío espiritual, os suplico con humildad a vos y a los que de vos dependen, que le roguéis a Dios por mí. Si está escrito en los secretos designios de Dios que acabe mi vida ahora, que tenga piedad de mi alma, y que me perdone los pecados, que son infinitos, como no podía ser de otra manera, tratándose de una criatura baja y vil como yo, incapaz de interpretar bien los mandamientos de un señor tan

inmenso y poderoso. Pero si le parece que todavía he de vivir, y prefiere reservar mi fin para otra honra, suplicadme que no tarden en terminar estos suplicios y angustias que padezco, y que en lo que ha de venir me conceda la gracia de guiar mis pasos en la senda de su voluntad, para que pueda llegar así a ser una persona mejor de lo que he sido hasta hoy». Al terminar la frase se detuvo un segundo para cobrar aliento, y al ver que el sacerdote volvía a irse le dijo: «Me queda alguna palabra por decir en vuestra presencia: doy testimonio de que quiero morir como fui bautizado y viví, bajo la fe y la religión que implantó Moisés en Egipto, que los santos padres recibieron después en Judea, y que de mano en mano, a través de los siglos, llegó hasta Francia». Al mirarle pensé que de haber sido capaz hubiese querido hablar más tiempo, pero terminó con un ruego personal para su tío y para mí: que encomendáramos a Dios su alma: «Porque son estos los mejores servicios que los cristianos pueden hacerse los unos a los otros». Mientras hablaba se le descubrió un hombro y le rogó a su tío que le cubriese, pese a que tenía un criado a su lado. Después me miró y pronunció estas palabras: «Lo propio de un corazón generoso es deber más todavía a quien mucho debe ya».[604]

El señor de Belot vino a verle por la tarde y le dijo tras estrecharle la mano: «Señor, mi buen amigo, aquí estaba yo, en buena disposición de pagar mi deuda, pero tropecé con un acreedor que no quiso aplazar el pago». Poco después se despertó sobresaltado: «Bueno, bueno, que venga cuando quiera, la espero sereno, a pie firme». Estas palabras las repitió dos o tres veces durante su enfermedad. Cuando empezaron a tener que entreabrirle la boca para que tragase, se preguntó: «¿Vale tanto la vida?». Y siempre que hablaba así se dirigía al señor Belot.

Cuando cayó la tarde empezaron a imprimirse en su rostro las huellas de la muerte. Me mandó llamar mientras estaba cenando. Ya no era más que la sombra de un hombre, y con grandes esfuerzos apenas consiguió articular estas palabras: «¡Hermano mío! ¡Ojala a Dios le pareciese bien que yo llegase a experimentar las consecuencias de las fantasías que acabo de tener!». Dejé pasar unos minutos, y al ver que no añadía nada más, entregado a unas exhalaciones breves, como si la lengua empezase a renegar de ofrecerle sus servicios, le pregunté cuáles eran esas fantasías.

«Grandes, grandes», me respondió. Le recordé que nunca me había privado del honor de compartir conmigo cuantas fantasías le venían al entendimiento, y le pregunté si ahora quería privarme de este placer. «Quiero que disfrutéis de ella, hermano, pero no puedo expresarlas, son admirables, infinitas, indecibles.» No pudimos seguir con la conversación porque se le agotaron las fuerzas. Tal era su estado que un poco antes, trató de hablar con su esposa, con el rostro lleno de felicidad, pues tenía algo que contarle. Pero solo consiguió violentarse sin expresar ningún sonido, ante aquel desfallecimiento de sus fuerzas pidió un poco de vino para reanimarse, pero todo fue en vano, terminó por desmayarse, y estuvo mucho tiempo así, sin abrir los ojos.

Se encontraba ya cerca de la muerte cuando oyó el llanto de la señorita de La Boétie. La hizo llamar y le dijo: «Compañera mía, os atormentáis antes de hora: ¿no vais a tener piedad de mí? Endurece tu pecho. Si os soy sincero, más de la mitad de mi dolor, nace de veros sufrir tanto, mucho más que el que mana de mi propio dolor. Hay un buen motivo para sentir así: los padecimientos que experimentamos en nuestra propia piel no nos pertenecen a nosotros, sino a los sentidos que Dios puso en nuestro cuerpo. Pero lo que sentimos a través de los demás, nos llega a causa de ejercer nuestro juicio, y por efecto de la razón. Pero ya es hora de que me vaya». Y esto último lo dijo porque sentía que le faltaba el aliento. Pero temeroso de haber asustado a su mujer, se corrigió y dijo: «Me voy a dormir, esposa mía, buenas noches, y dejadme solo». Esas fueron las últimas palabras que le dirigió a ella.

Cuando su esposa se fue me dijo: «Hermano mío, permaneced a mi lado si así tenéis a bien». Y después, quizá porque sentía más vivas e intensas las punzadas de la muerte, o quizá a causa de un medicamento caliente que le habían obligado a tragar, su voz resonó más fuerte, más penetrante, mientras su cuerpo se agitaba con violencia sobre la cama. A causa de aquella brega los presentes albergaron por un momento alguna esperanza, porque era su extrema debilidad lo que en ese momento más temíamos. Justo en ese instante empezó a rogarme y a suplicarme con una solicitud extrema que le dejase sitio. Me asusté al pensar que su mente podía estar dañada irremediablemente. Le regañé con dulzura, le señalé que sus

palabras no eran adecuadas para un convaleciente que debía estar sereno, y le pedí que no se dejase arrastrar por su dolencia. Pero no me atendió, y en lugar de resignarse, redobló sus ruegos: «¡Hermano! ¡Hermano! Así que me negáis un sitio». Siguió insistiendo hasta que me obligó a recordarle que puesto que tenía un cuerpo y que todavía respiraba ya ocupaba un sitio. Me respondió: «Es cierto, es cierto, pero no es el que necesito, y, en cualquier caso, yo ya no tengo ser». Le respondí que Dios iba a darle uno mucho mejor. Y él me replicó: «Ojalá estuviese ya con él, hace tres días que peleo por marcharme». En este triste estado de ánimo me llamaba con frecuencia para cerciorarse de que seguía a su lado. Tardó mucho en serenarse y poder reposar de nuevo, cuando lo logró lo tomamos por otra esperanza de recuperación. Tanto es así que al salir del aposento nos felicitamos de su estado con la señorita de La Boétie. Una hora después como mucho le escuché cómo me llamaba una o dos veces, y después exhaló en un profundo suspiro su alma a Dios. Eran las tres de la mañana del miércoles 18 de agosto del año 1563, había vivido treinta y dos años, nueve meses y siete días.

III[605]

A Monseñor de Montaigne

Monseñor, en cumplimiento de la orden que me disteis en vuestro castillo de Montaigne el año pasado, he cortado y arreglado con mi propia mano un vestido a la francesa para Raimundo Sabunde, el gran teólogo y filósofo español. Creo haberle despojado en la medida de lo posible del estilo basto y de la pomposidad con la que expresaba sus pensamientos que le afeasteis en vuestra primera lectura. Tal y como yo lo veo, ahora disfruta de unos modales muy agradables, lo bastante elegantes para presentarlo como una buena compañía a cualquiera, sea cual sea su linaje. No descarto que algunas personas melindrosas y demasiado delicadas adviertan en mis operaciones algún resabio de Gascuña, pero así se avergonzarán de haber

dejado por negligencia la tarea de editar en manos de un hombre como yo, novicio y aprendiz en este oficio. De lo que no puede dudarse, monseñor, es de que vuestro nombre ganará crédito cuando este libro salga a la luz, pues todas las mejoras, modificaciones y enmiendas que contiene os las debe a vos. Aunque me permito sugerir que si en algún momento os apetece leerlo para comprobar el resultado, quizá descubrís que es nuestro apellido quien le queda a deber al libro, pues a cambio de sus excelentes y piadosos argumentos y de sus elevados conceptos casi divinos, descubriréis que apenas hemos aportado algunas palabras, una mercancía tan vulgar y vil, que con mucha frecuencia cuanto más se atesora menos valor tiene.

Monseñor, a Dios le suplico que os conceda una vida larga y extraordinariamente dichosa.

Vuestro humilde y obedientísimo hijo.

París, 18 de junio de 1568

IV

Al señor de Mesmes[606]

Señor, una de las mayores locuras, común a todos los hombres, consiste en usar la fuerza de nuestro entendimiento para ir a la contra y derribar opiniones corrientes, que hemos recibido por tradición, y que nos ayudan a vivir satisfechos y tranquilos. Todos los seres que se cobijan bajo el cielo emplean las facultades y los medios que les entregó la naturaleza para acomodar su ser y ordenar su vida. Quienes por alardear de un espíritu más atrevido y alerta, no se pliegan a recibir ni a dar albergue a nada que haya sido sobado mil veces, a nada que no hayan acariciado ellos por primera vez con las partes más sutiles de su razón, terminan inquietando sus almas, se arrancan del estado de tranquilidad y reposo en las que se encontraban, y tras un dilatado período de investigación, terminan en un estado de duda e inquietud, parecido al delirio de la fiebre. Existen poderosos motivos por

los cuales el hombre ha ensalzado siempre a la inocencia y a la infancia. En lo que a mí respecta, prefiero vivir a mi gusto que ser más diestro, vivir más alegre que ser más entendido. Este es el motivo por el que pese a las burlas de los eruditos, me interese asentar lo que será de mi nombre cuando mi vida terrenal se consuma, cuando el alma se acomode a otro sitio, donde ya no tenga que preocuparse de los asuntos mundanos. Pese a las burlas de los espíritus finos, considero que ante la brevedad de la vida y la debilidad del hombre es un consuelo creer que es posible prolongar la presencia en este mundo gracias al buen nombre y a la buena reputación. Una opinión tan favorable y beneficiosa la abrazo con gusto, en la medida que la descubro engendrada en mi propio interior, y rechazo investigar sobre sus causas y motivos. Yo he amado sobre todas las cosas al difunto señor de La Boétie, que según mi parecer ha sido el hombre más grande de nuestro siglo. Y consideraría que falto a mi deber de manera radical si permitiera que se desvaneciese y se perdiera un nombre asociado a tantas riquezas como el suyo, y una memoria tan digna de propagarla; si no hiciese cuanto queda a mi mano para rescatarle del olvido y devolverle a la vida. Es más, estoy convencido de que su sombra siente mis esfuerzos de alguna manera, y que estos esfuerzos que hago le conmueven y regocijan; pues es verdad que en mi interior está tan vivo y tan entero, que no puedo creerme que al enterrarlo le hayan alejado por completo de nuestro trato mundano. Ahora bien, en la medida que cada palabra que pronuncio sobre él multiplica la energía de su segunda vida, y amplifica el honor y la nobleza de la casa donde lo escuchan, no solo me incumbe extender su memoria tanto como sea posible, sino también dejarlo en manos de personas honorables y virtuosas, entre las cuales vos ocupáis una posición tan distinguida que con el propósito de que acojáis a este nuevo huésped y le agasajéis como merece, me he decidido a presentaros esta obrita editada por mí. No pienso que obtengáis mayor beneficio, pues no se me escapa que para frecuentar a Plutarco y a sus compañeros no necesitáis intérprete alguno. Aun así es posible que la señora de Roissy, al ver reflejado en estas páginas el orden de su casa y la disposición de vuestro carácter (que es como el retrato vivo de lo que aquí se expone), se regocije enormemente al descubrir que no solo alcanzó la bondad natural a la que se siente tan inclinada, sino que al

casaros con vos excedió las mayores virtudes que los filósofos más prudentes imaginaron sobre las mejores alianzas matrimoniales. De todas las suertes que puedo correr, para mí siempre será honroso poder participar en algo que suponga una satisfacción para vos o para los vuestros, cumpliendo así con mi deber de prestaros servicio.

Señor, ruego a Dios que os conceda una larga y dichosa vida.

Vuestro humilde servidor.

De Montaigne, a 30 de abril de 1570

V[607]

A Monseñor de L'Hôpital, canciller de Francia

Monseñor, tengo el convencimiento de que vos, en cuyas manos la fortuna y la razón pusieron el gobierno de Francia, nada buscáis con mayor entrega que la manera de alcanzar un conocimiento cabal de vuestros súbditos, pues apenas existe una sola comunidad, por mezquina que pueda perecer, que no incluya entre sus ciudadanos un número sobrado de personas con capacidad para desempeñar los cargos que resultan imprescindibles, siempre y cuando se encuentre la manera de acertar en la elección. Si este trámite se resolviese favorablemente, nada nos separaría ya de la formación de una república perfecta. Ahora bien, cuanto más deseable nos parece acertar en el momento de elegir a las personas adecuadas, más difícil se nos antoja: ni nuestra vista alcanza lo suficientemente lejos para abarcar una multitud tan extensa de hombres y seleccionar al mejor, ni podemos penetrar en el fondo de los corazones de nuestros súbditos para sondear así sus ambiciones y el valor de su conciencia, que son las partes más delicadas y las más difíciles de examinar de un hombre. De manera que no ha existido nunca una república por buena que fuese su organización donde no advirtamos frecuentes errores en la elección y atribución de cargos. Y en las repúblicas donde se impone la ignorancia, la malicia, el

disimulo, el trapicheo, la ambición o la violencia, si alguna de las elecciones tiene lugar de acuerdo con la justicia y el buen orden debemos atribuirlo a la fortuna, que en su habitual oscilación le tocaba por una vez andar en armonía con la razón.

Esta idea, señor, me ha servido a veces de consuelo. Pues sé y me duele que uno de los hombres más apropiados para ocupar los primeros puestos de Francia, Étienne de La Boétie, un hombre que hubiese podido considerarse imprescindible para la nación, pasó toda su vida de incógnito, arrinconado en su casa particular, lo que provocó una grave pérdida para el bien común. Pues, en lo que hace referencia a su propio bien particular, señor, os diré que se encontraba tan bien provisto de todas las virtudes y tesoros que resisten los envites de la suerte, y en tal abundancia, que jamás ningún otro hombre pasó por la vida en un estado parecido de satisfacción y felicidad. Estoy al corriente de que había sido educado en las mayores dignidades de su estado, entre hombres que se consideran a sí mismos grandes, y todavía puedo dar mejor testimonio de que ningún otro ciudadano se destacó entre esas destrezas más que él, y que a la edad de treinta y dos años, cuando murió, había alcanzado mayor reputación que cualquier otro antes. En cualquier caso, más allá de la fortuna personal, nunca es aconsejable dejar en el cargo de soldado a un capitán digno, ni emplear en los mandos intermedios a quienes se desempeñarían mucho mejor como generales. Lo cierto es que sus habilidades fueron desaprovechadas y no se les sacó provecho suficiente. Por encima de él y de su cargo se situaron muchos hombres ociosos e inútiles, de cuyas manos hubiese sido buena idea socorrer los asuntos públicos, mientras que él les hubiese dado prestigio y honor.

Ahora bien, señor, fue decisión del propio La Boétie preocuparse tan poco por darse a conocer en el espacio público. Es una auténtica desdicha que en tan pocas ocasiones la ambición y la virtud convivan en un mismo techo. Perteneció además a un siglo grosero y hasta tal punto colmado de envidias que no vino a darle su apoyo ni un solo testimonio independiente. Mi deseo es que una vez abandonada la tierra, su memoria, a la que solo debo los esfuerzos derivados de la amistad, reciba la recompensa que merece su valía, y así he de entregarme a recomendarlo sin descanso a

cuantos caballeros sean honorables y virtuosos. Este es el motivo que me ha empujado a sacarlo de las sombras y darlo a conocer mediante los pocos versos latinos que de él nos quedan. A diferencia de estos arquitectos que colocan en las fachadas lo más hermoso de su trabajo, de los comerciantes que se envanecen exhibiendo en primer término una muestra de su mejor mercancía, lo más hermoso de él, el verdadero jugo y la médula de su valía, abandonaron el mundo con él, y apenas nos han quedado la corteza y las hojas. Afortunado aquel que pudiera volver visible a todos los equilibrados movimientos de su alma, su piedad, su virtud, su justicia, la viveza de su espíritu, el peso y la salud de su juicio, la gracia de sus ideas que tan por encima se elevaban del vulgo ordinario, su sabiduría, el donaire con el que sabía acompañar sus acciones, el tierno amor que profesaba a su miserable patria y el odio vigoroso e innegociable que sentía hacia cualquier vicio, en especial contra el viscoso trasiego que se oculta a menudo bajo el honorable nombre de justicia. Quien así se pudiera hacer visible ante los hombres engendraría en ellos un sentido afecto y un sincero sentimiento de pérdida. Pero, señor, desgraciadamente me encuentro bien lejos de poder poner en práctica estos designios, ya que nunca se le pasó por la cabeza dejar un testimonio para la posteridad del fruto de sus estudios, y de todo ello apenas nos queda lo poco que fue escribiendo como pasatiempo.

Lo que os suplico, señor, es que recibáis mi envío con buen semblante, y que de la misma manera que nuestro juicio se las arregla para deducir a partir de algo superficial un valor más profundo, y así como los ojos de los hombres más relevantes le bastan a las personas clarividentes como indicio seguro y marca de honorabilidad, espero que a partir de la lectura de esta obra podáis ascender al conocimiento de su alma, y amar y abrazar así su nombre y su memoria. De proceder de este modo, señor, actuaríais acorde con la opinión nítida que en vida él albergó de vuestra virtud, y se daría satisfacción a lo que más ardientemente deseó en vida, pues no había en el mundo otro hombre que le hubiera gustado más conocer y con el que trabar amistad que vos. Si alguien quisiera escandalizarse ante el atrevimiento con el que dispongo de los asuntos y de las obras ajenas, le recordaría que nunca las escuelas filosóficas discutieron ni escribieron de manera tan minuciosa sobre los derechos y deberes de la amistad como este personaje y yo la

ejercitamos mientras fue posible. Por otra parte, señor, con el propósito de que este pequeño regalo contribuya a dos objetivos, si os parece bien, dejemos que sirva también como testimonio de la reverencia que tributo a vuestro honor, a vuestra capacidad y a las cualidades únicas que os adornan. Las más mundanas e íntimas todavía no he tenido el gusto de ponderarlas.

Señor, ruego a Dios que os conceda una dichosa y larga vida.

Vuestro humilde y obediente servidor.

De Montaigne, a 30 de abril de 1570

VI[608]

Al señor de Lansac,[609] caballero de la Orden del Rey, consejero privado, subintendente de sus haciendas y capitán de cien gentilhombres

Señor, os hago llegar el *Económico* de Jenofonte, traducido al francés por el difunto señor de La Boétie. Me atrevo a pensar que se trata de un regalo adecuado pues su autor original fue, como bien sabéis, un gentilhombre de ley, magnánimo en tiempo de guerra y en tiempo de paz; a lo que debo añadir que el texto adoptó su segunda forma, en francés, de la mano de un hombre al que bien sé que guardasteis aprecio durante toda su vida. La dedicatoria os servirá siempre de estímulo para preservar su nombre y su memoria, para mantener viva la buena opinión que de él os formasteis. No temáis de que con tanta buena disposición por estimarlos lleguéis a sobrevalorarlo en algún aspecto. Basta con los testimonios públicos que ofreció de su persona con su comportamiento y sus obras, para aseguraros que su talento era extraordinario en numerosos campos, y que por mucho celo que pongáis seguiréis estando lejos de haberle ponderado por completo. Mientras vivió me otorgó el honor, que considero ahora una de las mayores fortunas de mi vida, de unir a mi persona con la suya con una costura de amistad tan estrecha que no hay un solo movimiento ni

resorte de su alma que no haya sentido y no haya podido juzgar, a menos que en algún momento mi vista se enturbiase. Soy consciente de que si evaluamos su vida sobre una buena balanza, el resultado verdadero está tan próximo al milagro de la santidad que aquel que no llegó a conocerle puede juzgarlo del todo inverosímil. De manera que lo mejor que puedo hacer cuando me toca hablar de él es achicarme y ponerle límites a mi entusiasmo, en retratar su estatura por debajo de la envergadura real que le conocí. En esta ocasión, señor, me conformaré con suplicaros que por la reverencia y el honor que le debéis a la verdad, os forcéis a convenceros, y os decidáis a dar testimonio de que nuestra Guinea no ha visto a ningún hombre como él entre los caballeros de su clase. Y espero que le haréis entrega de todo lo que merece con justicia, y para refrescaros la memoria sobre sus méritos os hago entrega de este libro, que pongo en vuestras manos con el propósito de que os dé testimonio de su valor. Si no fuese por la prohibición que me ha impuesto mi incapacidad os regalaría de buena gana algo salido de mi propia mano, como reconocimiento de mis obligaciones hacia vos, para agradeceros los favores y la amistad que desde hace tanto tiempo me regaláis a mí y a los de mi casa. A falta de una moneda mejor, os ofrezco como pago la voluntad inequívoca de prestaros mis humildes servicios.

Señor, a Dios ruego que os mantenga en su santa vigilancia.

Vuestro humilde servidor.

VII[610]

Al señor de Foix, consejero del rey en su consejo privado, y embajador de Su Majestad en Venecia

Señor, me encuentro en la situación de querer recomendaros la obra y la memoria del difunto Étienne de La Boétie, tanto por su extremada valía como por el singular afecto que me tenía. Me encontraba en este estado cuando me ha venido a la mente la idea de evaluar hasta qué punto me

indigna la costumbre de ir envenenando la virtud de la gloria ajena, y las graves consecuencias que tiene una práctica que algunos observan con más celo que las propias leyes de Francia. Mientras, se regala sin juicio ni criterio la gloria al primero que se nos antoja, conforme a nuestros particulares intereses y apetencias. Pues es bien cierto que las dos riendas principales que nos guían y nos mantienen en la línea recta de nuestro deber son los castigos y las recompensas. Una clase de recompensas que solo incluyen el honor y la deshonra si somos caballeros con los órganos y los sentimientos más sutiles bien desarrollados, pues a las personas más rudas se les aplican recompensas y castigos de índole corporal. Conviene tener presente, además, que el motivo por el que alabamos a los que ya no están, no es tocar el corazón ya inaccesible de aquellos a los que ensalzamos, pues no es posible, sino que pretende aguijonear a los vivos para que imiten las conductas de los mejores. De manera parecida, la justicia recurre a la pena máxima más bien con el propósito de escarmentar a futuros delincuentes que para atormentar a quienes deben sufrirla. Ahora bien, en la medida que censurar y alabar tienen consecuencias análogas en direcciones distintas, parece difícil conseguir que nuestras leyes prohíban ofender la reputación de los otros, ya que consienten que se ennoblezca sin que medie ningún mérito. Se trata de una tolerancia muy perniciosa esta de lanzar a los vientos alabanzas hacia otros, según nuestra apetencia momentánea, y en el pasado fue objeto de restricción por las legislaciones de diversos países. A veces ayudó que la poesía estuviese en manos de personas prudentes. De todos modos, los aduladores no acertarán a disimular hasta tal punto que el vicio de mentir no nos parezca siempre a la mayoría de los hombres bien nacidos como un asunto desagradable, sea cual sea la naturaleza de la mentira que pretende difundirse.

En cuanto al personaje del que os estoy hablando, señor, debo decir que me hallo incalculablemente lejos de la situación que estaba describiendo, pues el peligro no estriba aquí en que lo vista con una prenda demasiado buena, sino que lo despoje de ella. La desgracia en este caso concreto es que habiéndome provisto de tantas justas y virtuosas razones para alabarlo (tantas como le es posible a un hombre), resulte a fin de cuentas que yo carezco de recursos y de capacidades para exponerlo de manera adecuada y

convincente. Lo que vengo a decir es que mientras estuvo vivo apenas se comunicó conmigo, y solo yo puedo ahora responder del millón de virtudes, gracias y talentos que enmohecieron ociosas en el regazo de un alma tan hermosa a causa de la aspereza ingrata de su fortuna. Pues parece propio de la naturaleza del mundo que por hermosa y apetecible que nos parezca la verdad en abstracto no nos resulte sencillo aceptarla encarnada en un caballero sino tras un largo esfuerzo de persuasión. Y sé que tengo tan poco crédito para darle autoridad a mi sencillo testimonio, y que me falta toda la elocuencia para auparlo y que se haga valer, que poco me ha faltado para abandonar este esfuerzo antes de emprenderlo, privándole así del único camino por el que todavía se le puede presentar al mundo la calidad de su espíritu y la amplitud de su sabiduría.

En realidad, señor, en la medida que el destino le cercenó en la flor de su edad, mientras atravesaba el camino de una salud vigorosa y satisfecha, nunca se le ocurrió sacar a la luz las obras que diesen testimonio ante la posteridad de quién fue y cuánto talento albergaba. Y si lo pensó en algún momento, su alma era demasiado excelente para no comportarse con una autoexigencia extrema. Por todos estos motivos considero que es más excusable en su caso haber enterrado todos estos bienes del cielo, que si ahora yo me decidiese por ocultar también el conocimiento que de sus maravillosas virtudes me legó. Ha llegado ahora el momento decisivo: tras recopilar cuidadosamente todo lo que encontré acabado entre sus borradores y papeles, esparcidos por aquí y por allí, como si fuesen juguetes entregados al viento, me he convencido de difundir sus obras y sus estudios, repartiéndolo a tantas personas como puedo, para poder así recomendar a otros que contribuyan a conservar esta memoria. Y por eso selecciono con sumo tiento a los hombres más relevantes y más dignos de conocerle, personas cuyo juicio y testimonio sea honorable y esté investido de más autoridad que el mío. Ese es el caso de una persona como vos, que si bien tuvo algún trato con él en vida, seguramente fue demasiado breve y esporádico para obtener un atisbo de su grandeza y de su indiscutible valía. La posteridad decidirá si quiere o no creerlo, pero yo juro por toda la conciencia moral que queda en el mundo haberle visto siempre como un hombre tan bien aquilatado que apenas puedo exponer sus excelencias

como si se tratase de un deseo inalcanzable, como si me apoyase en la fantasía. Así de lejos estoy de haber encontrado a otras personas que se le acerquen.

Señor, con toda la humildad de la que soy capaz, os suplico, no solamente que aceptéis la tarea de proteger su nombre, sino también que deis cobijo a estas diez o doce composiciones en verso francés que por auténtica necesidad aspiran a ponerse al abrigo de vuestro favor. Pues no os ocultaré que la publicación de estas poesías se retrasará si no cuenta con vuestro apoyo, por miedo a que la sociedad las encuentre poco limadas para la publicación. A vuestro criterio dejo, señor, decidir cuánto hay de verdad en esta acusación. Conviene decir que el riesgo de una crítica de este jaez es especialmente alto en esta región, donde se cree que nada puede publicarse en lengua vulgar sin que sea justo acusarlo de ser bárbaro y poco sutil. Os incumbe particularmente, como miembro de la casa más importante de la Guinea, y por el mérito de haber añadido al rango de vuestros antepasados el ser el primero en toda clase de talentos, mantener, no solo mediante el ejemplo, sino también con la autoridad de vuestro testimonio, que este prejuicio no siempre es justo. Y aun cuando para los gascones sea más natural hacer que decir, en ocasiones arman tanto la lengua como el brazo, y el espíritu como el ánimo. Por lo que a mí respecta, señor, no es de mi incumbencia juzgar estos asuntos, pero le he escuchado decir a personas bien instruidas que estos versos no solo son dignos de mostrarse en el mercado, sino que además para aquel que tenga la paciencia de detenerse en ellos y considerar la calidad y la naturaleza de las invenciones y los temas expuestos son tan enjundiosos y están tan logrados como los mejores poemas que hasta el día de hoy se han escrito en nuestra lengua. Lo que ocurre, por supuesto, es que cada artesano se siente más seguro trabajando en la destreza que le es propia, solo los más virtuosos pueden encaminarse hacia los ejercicios más nobles, y aunque cualquier parte de una construcción sea necesaria, y, por lo tanto, digna de aprecio, no todas las partes merecen valorarse igual. Las gracias del lenguaje, la dulzura y la pulidez del verso son cualidades que quizá brillen más en otros poetas, pero en el vuelo de la inspiración, en la delicadeza de la fantasía y en la felicidad del detalle no creo que nadie haya podido aventajarle. Tengamos además en

cuenta que la poesía no fue ni su ocupación ni su estudio principal, que apenas ponía la mano sobre la pluma una vez al año, como acredita el escaso caudal de versos que nos ha legado. Pues a la vista tenéis, esté verde o a la sazón, todo cuanto he podido entresacar de sus papeles, una producción a la que no he querido pasar por un proceso previo ni de selección ni de mejora. Este es el motivo por el que aquí se incluyen incluso versos de su infancia. Para concluir diría que no escribió sino para demostrar que era capaz de cualquier cosa que se propusiese, pues, por lo demás, al conversar con él, miles de veces, incluso en los momentos menos inspirados, escuchamos salir de su boca frases todavía más dignas de ser oídas y admiradas.

Aquí se resume lo que la razón y el cariño, aunados por un caso ciertamente singular, me ordenan comunicaros sobre un hombre grande, un hombre de bien. Si la confianza que me he permitido al dirigirme a vos para hablaros de manera tan desenvuelta os contraría, me permito recordaros que el principal deber de la grandeza y de la eminencia consiste en lanzarse sobre los negocios ajenos con laboriosidad, sin esperar la oportunidad idónea, que nunca llega. Dicho esto, os ofrezco mis servicios humildemente, y ruego a Dios que os conceda, señor, una larga y dichosa vida.

Vuestro obediente servidor.

De Montaigne, el 1 de septiembre de 1570

VIII

A la señorita de Montaigne, mi esposa

Esposa, bien sabes que no es corriente que el hombre ordinario, adaptado al uso cotidiano de las costumbres, propio de estos tiempos, el que en una situación así os acaricie y os corteje. Pues se dice que es adecuado para un varón diestro poseer a una mujer, pero que solo los tontos se casan

después con ella. Dejemos que digan lo que quieran: por lo que a mí respecta seguiré atendiendo a las maneras ingenuas de los tiempos pasados, a los que voy perteneciendo cada vez más como quieren atestiguar desde hace poco mis cabellos.

Y lo cierto es que las nuevas costumbres le están cobrando un precio alto a este pobre estado nuestro (pues es posible que todavía nos queden males por sufrir) que en todo y por todo ha abandonado al partido que más se desvivía por su bien. Vivamos, pues, esposa mía, vos y yo, según los antiguos hábitos de Francia. Ahora bien, como sabéis, el señor de La Boétie, un querido amigo inolvidable, me cedió al morir sus papeles y sus libros, que terminaron siendo para mí el regalo más querido, mi posesión de mayor provecho. He decidido no disfrutar avaramente yo solo de ellos, pues tampoco merezco ser el único que recibe su instrucción, este es el motivo por el que ha prendido el deseo de hacer partícipes a mis amigos. Y como no creo tener a ningún amigo más íntimo que vos, os envío la carta de consuelo que Plutarco le escribió a su esposa, traducida por La Boétie al francés, muy apenado de que la fortuna os haya puesto en una situación donde su lectura sea tan pertinente, y que después de cuatro años de matrimonio vividos a la espera del nacimiento de una hija, la perdáis al segundo mes de vida. Pero es a Plutarco a quien encomiendo el esfuerzo de consolaros y de advertiros cuál es vuestro deber en una situación así. Os suplico que el amor que yo os inspiro se transforme en crédito para la carta, pues os ha de descubrir al mismo tiempo que todo cuanto es pertinente en esta situación también cuáles son mis intenciones a partir de ahora, y lo hará mucho mejor que yo. Esposa mía, me encomiendo a vuestra gracia, y ruego a Dios que os mantenga en su santa vigilancia. De París, a 16 de septiembre de 1570.

Vuestro buen marido.

XIX

A los señores jurados de Burdeos

Señores, espero que el viaje de monseñor de Cursol procurase algunos beneficios a la ciudad. Tratándose de una causa tan justa y favorable, no dudo que habéis desplegado toda la cautela y buenas artes posibles en cuantas posibilidades de negocio se hayan presentado. Puesto que todo va sobre ruedas os suplico que toleréis mi ausencia un tiempo más, la acortaré sin lugar a dudas en cuanto la urgencia de mis propios asuntos me lo permita. Espero que mi ausencia no se prolongue. Mientras tanto me encomiendo a vuestra virtud y quedo a la espera de serviros en cuanto lo exija el servicio público y el servicio que os debo. Monseñor me ha escrito también advirtiéndome de su viaje. Ruego a Dios con humildad, y que os conceda a vos, señores, larga y dichosa vida.

En Montaigne, a 21 de mayo de 1582

XI

Al señor de Puy,[611] consejero del rey en su corte y en el Parlamento de París

Señor, el comportamiento del señor de Verres, que actualmente está prisionero, lo conozco de primera mano y bien merece que en el momento de juzgarlo le mostréis vuestra dulzura natural, tanto como a cualquier otra causa del mundo que haya sido alguna vez digna de vuestra clemencia. Lo que hizo no solamente podría excusarse sin esfuerzo según las leyes militares que nos rigen este siglo, sino también resultará inevitable, e incluso merecedora de elogio, si la juzgamos según el sentido común. Y añado: actuó sin lugar a dudas forzado por las circunstancias y tuvo que hacerlo con premura. Si examinamos el resto de su vida no encontraremos nada digno de censura. Os suplico, señor, que en esta causa pongáis todo vuestro interés, solo así comprobaréis que la situación es tal y como os la expongo, y reconoceréis que se le persigue con una saña desproporcionada al delito cometido. Por si pudiera servir de algo, quiero añadir que se trata

de un hombre educado en mi casa, emparentado con algunas buenas familias, y ante todo, un hombre que siempre ha vivido de manera digna e inocente, además de ser un buen amigo mío. Si le salváis os quedaré inmensamente en deuda. Humildemente os ruego que tengáis en cuenta mi testimonio favorable. Os beso las manos y después le pido a Dios que os conceda, señor, una vida larga y deliciosa.

Vuestro apasionado servidor.

De Castera, a 23 de abril

XIX

A los señores jurados de la ciudad de Burdeos

Señores, he recibido vuestra carta, e intentaré salir a vuestro encuentro tan pronto como me sea posible. La corte entera de Sainte-Foix está ahora entre mis brazos, pues han acordado venir a verme.[612] Cuando esta visita termine espero quedar más a vuestra disposición. Os envío las cartas del señor de Vallier, podéis actuar libremente en este asunto. Mi presencia allí nada bueno va a procurarnos, seré un estorbo, y contribuiré a la incertidumbre sobre el resultado del asunto, que requiere ante todo buen juicio.

Me encomiendo humildemente a vuestro recuerdo, y le ruego a Dios, señores, que os conceda una vida larga y dichosa.

Vuestro humilde hermano y servidor.

De Montaigne, a 10 de diciembre de 1584

XXIII

A los señores jurados de la ciudad de Burdeos

Señores, participo enormemente en el goce de las circunstancias actuales, provocadas por las expediciones de nuestros diputados. Y considero un augurio de primer orden que este año se encamine así de bien desde el primer momento, espero aprovechar la primera ocasión de regocijarme en vuestra compañía. Con humildad absoluta me encomiendo a vuestra virtud, y le ruego a Dios que os conceda, señores, una vida dichosa y larga.

Vuestro humilde hermano y servidor.

De Montaigne, a 8 de febrero de 1585

XXX[613]

A los señores jurados de la ciudad de Burdeos

Aquí me encontré por casualidad con noticias vuestras, que el mariscal tuvo a bien comunicarme. No repararé ni en mi vida ni en ninguna otra cosa cuando se trate de serviros, y encomiendo a vuestro juicio decidir si vale la pena que me persone en vuestra ciudad durante las próximas elecciones, en vista de la pésima situación en la que se encuentra, lo que resulta especialmente agresivo para las personas que se hallan en un estado tan sano como el que me vería obligado a abandonar. El miércoles me acercaré tanto como pueda, a Feullias, si la enfermedad no ha invadido todavía ese sitio. Allí, como escribió el señor de La Motte, tendré el inmenso honor de verme con alguno de vosotros para recibir vuestros consejos, antes de abordar las instrucciones que me comunicará el señor mariscal. Con toda humildad me encomiendo a vuestra virtud, y ruego a Dios que os conceda, señores, una larga y dichosa vida.

De Libourne, a 30 de julio de 1585

XXXI

A los señores jurados de la ciudad de Burdeos

Señores, le entregué al señor mariscal la carta que me enviasteis, juntamente con la que el correo me entregó de parte vuestra, y me ha encargado que os ruegue que le enviéis el tambor que estuvo en Bourg. También me ha dicho que os ruega que ordenéis que acudan a verle enseguida los capitanes Saint-Aulaye y Mathelin, y que reunáis en cuanto sea posible el mayor número de marineros y barqueros que encontréis. Por lo que se refiere al mal ejemplo que supone hacer prisioneros a niños y a mujeres, no soy para nada partidario de que lo imitemos. Así se lo comuniqué al señor mariscal, quien me ha ordenado que en este particular no cambiemos de conducta hasta que no recibamos instrucciones más precisas. Me encomiendo con humildad a vuestras excelentes virtudes, y ruego a Dios que os conceda, señores, una larga y dichosa vida.

De Feuillas, a 31 de julio de 1585

XXXIV[614]

A la señorita Paulmier

Señorita, mis amigos saben que desde el momento en que os vi, os destiné uno de mis libros, pues advertí que hablabais de ellos tributándoles un gran honor. Pero la cortesía del señor Paulmier me quita cualquier miedo que pudiera tener a ponerlo en vuestras manos, y, al mismo tiempo, al valorarlo en mayor medida de lo que vale, me quedo enormemente agradecido. Espero que lo aceptéis como si os hubiese llegado antes de que os lo adeudase, y espero también que lo acojáis con buenos ojos, ya sea porque despierta vuestro aprecio, o porque me apreciáis a mí. Así podré

conservar mejor la deuda que he contraído con el señor Paulmier para poder desquitarme, a la primera oportunidad, ofreciéndole un servicio.

XXXV

Dedicatoria manuscrita de un ejemplar de los *Ensayos* para Antoine Loisel.[615]

No sé si se trata de una buena manera de desquitarme de los hermosos regalos que me habéis hecho con vuestro esfuerzo, pero sí sé que es el mejor de los propósitos corresponder a vuestras bondades de la mejor manera que puedo. Imponeos, por Dios, la pena de hojear algunas páginas, emplead alguna de las horas de vuestro vagar para comunicarme vuestro parecer sobre el libro, pues solo espero ya empeorar en estas empresas.

A monseñor Loisel.

XXXVI

Al rey Enrique IV

Sire, la carga de vuestros asuntos más graves e importantes incluye sin duda avenirse a descender y ocuparse de los asuntos más ligeros cuando les llega el turno, conforme a los deberes de vuestra autoridad real, que os empuja a enfrentaros a cada momento con toda clase y categoría de hombres y de ocupaciones. Pero el que Vuestra Majestad se haya dignado a reparar en mis cartas y dar orden de responderlas, prefiero deberlo a su magnanimidad que a la energía de mi alma. Siempre miré con buenos ojos esa fortuna de la que ahora disfrutáis y me acordé de ello incluso en el momento de conversar con el confesor:[616] no dudé en alabar vuestros progresos. En el momento presente, y por razones de más peso, me abrazo a

esas palabras con pleno sentimiento. El beneficio de la fortuna os procura un provecho que se palpa, pero desde aquí debo decir que no os favorece menos vuestra fama. La fama conlleva beneficios equiparables a los triunfos que la suscitan. Por mucho que nos esforcemos no acertaríamos a extraer de la justicia de vuestra causa argumentos lo bastante poderosos para sujetar o reducir a vuestros súbditos, como los encontramos con las dichosas noticias que llegan de vuestras obras. Y puedo asegurarle a Vuestra Majestad que las últimas mudanzas de la suerte de las que por aquí hemos tenido noticia, y su feliz salida de Dieppe,[617] han terminado de dar apoyo el celo sin fisuras y la maravillosa prudencia con la que se comporta el mariscal de Matignon; me atrevo a sospechar que de ordinario no recibís cumplidos servicios tan excelentes como los de él, en los que fundo mi confianza y mis expectativas. Lo que espero cuando llegue este verano no son tanto los frutos que están madurando como el estallido de una tranquilidad común, una paz que debe transmitirse a vuestros asuntos con la misma buenaventura, para que así se desvanezcan las promesas futuras con las que vuestros enemigos alimentan la voluntad de sus prosélitos, como se han esfumado las presentes. Las preferencias de los pueblos se gobiernan por impulsos. Si la pendiente os es por fin favorable, será la propia dinámica del movimiento la que la conducirá sin esfuerzo a la meta. Me hubiese gustado mucho que la necesidad de contentar a los soldados de vuestro ejército y de procurarles algún provecho no hubiera repercutido en la pérdida de una ciudad tan importante como esta. Mi recomendación más preciada hubiese sido que ante estos súbditos tan revoltosos, hubieseis aprovechado el halo del triunfo, para tratarles con mayor prudencia que sus supuestos protectores, y que al contrario de lo que sucede con un crédito pasajero y que nos retiran por usura, se hubiese demostrado que eran vuestros súbitos por gracia de una protección auténtica, de índole paternal. Cuando se trata de manejar asuntos como los que lleváis entre manos, hay que valerse de medios que quizá no sean los más usuales. Así se ha tenido que obrar siempre que las conquistas, a causa de su grandeza y de su dificultad, no pudieron completarse solo con las armas ni por la fuerza, en casos así siempre tuvo que afinarse la clemencia y la magnanimidad, que son los mejores alicientes para conducir a los hombres hacia los partidos

más justos y legítimos. Y pese a que los súbditos bien pudiesen merecer el castigo y un trato riguroso, ambas medidas deben aplazarse para después, una vez se haya consolidado el mando y la posesión. Un conquistador magnífico que dominó la tierra en el pasado se ufanaba de haberle procurado a sus enemigos tantos motivos para amarle como a sus amigos. Y en este punto aprecio ya algunos visos de buenos augurios por el trato que están recibiendo las ciudades vuestras que se descarriaron en comparación con aquellas que se han plegado a vuestra obediencia. Le deseo a Vuestra Majestad una fortuna menos urgente y menos arriesgada, y que Vuestra Majestad sea más amado que temido entre sus pueblos, y que pueda apoyarse en ellos, amalgamando las virtudes propias con las ajenas, para que el camino hacia la victoria sea también el camino hacia una paz menos costosa. Sire, la carta que me envió el último día de noviembre no ha llegado a mis manos hasta hoy, cuando ya ha pasado el plazo que tuvo a bien a considerar como límite de vuestra estancia en Tours. Considero como una gracia singular que Vuestra Majestad se haya dignado a señalarme que me recibiría con gusto ante su presencia. Nadie es menos útil que yo, pero al menos os pertenezco por convicción y no por deber. Es de alabar sin medida cómo Vuestra Merced ha acomodado tanta fortuna reciente a unas formas exteriores tan delicadas. Pero más todavía que esta ceremonia exterior deberíamos celebrar la bondad y la de vuestros humores internos, ojalá Vuestra Majestad pueda conservarlos. Es mi deseo acercarme allí donde Vuestra Majestad me convoque una vez reposada su persona de sus laboriosos desvelos. ¿Quizá sea en París en un plazo breve? No se me ocurre un contratiempo ni una enfermedad, ni un sacrificio que sea incapaz de hacer para poder dirigirme a su encuentro.

Vuestro humilde y obediente servidor y vasallo.

De Montaigne, a 18 de enero de 1589

XXXVIII

Al rey Enrique IV

Sire, la carta que Vuestra Majestad tuvo a bien escribirme el 20 de julio no me ha sido entregada hasta hoy por la mañana. Y me ha encontrado envuelto en la violenta fiebre que asola este país desde el mes pasado. Sire, considero un inmenso honor recibir órdenes vuestras, y he escrito hasta en tres ocasiones al mariscal de Matignon, para hacerle partícipe de la obligación que tenía de salir a su encuentro, con el propósito de señalarle, si le parecía bien, el camino que yo mismo hubiese seguido para alcanzar con seguridad su destino. Dado que ninguna de estas misivas ha tenido respuesta supongo que el señor Mariscal tuvo en cuenta, para mi provecho, el enorme riesgo que nos esperaba en los caminos. Sire, Vuestra Majestad me hará el favor de creer, si le place, que nunca reparé en mi bolsa en las ocasiones en que tampoco quise poner a cubierto mi vida. Lo que hice por sus predecesores, no dude Su Majestad que también lo haré por vos. Jamás obtuve ningún beneficio de la magnanimidad de los reyes, tampoco los solicité, y es probable que llegado el caso no los mereciera, pero tampoco recibí nunca ningún estipendio por los pasos que di en el camino de serles propicio, pasos de los que Vuestra Majestad alguna noticia ha tenido. Soy tan rico, señor, como deseo. Cuando se agote mi bolsa en París,[618] luchando a vuestro beneficio, tendré la osadía de hacérselo saber, y en ese momento, si Vuestra Majestad me juzga digno de permanecer más tiempo entre su séquito, podrá conseguirlo de manera más sencilla que si lo intentase con el más humilde de sus sirvientes.

Sire, ruego a Dios por vuestra prosperidad y salud.

Vuestro humildísimo y obedientísimo servidor y vasallo.

De Montaigne, a 2 de septiembre de 1590

EFEMÉRIDES DE BEUTHER

29 de septiembre
El año 1495 nace Pierre de Montaigne, mi padre, en Montaigne.

17 de mayo
1534. Nace Thomas, mi hermano, señor de Beauregard y d'Asrac.

10 de noviembre
1535. Nace mi hermano Pierre, señor de La Brousse.

17 de octubre
1536. Nace mi hermana Jeanne, después esposa del señor de Lestonna: señor de Beauregard y d'Asrac.

13 de diciembre
El año 1544 Françoise de La Chassagne, mi esposa, nace.

28 de agosto
1552, nace Léonor de Montaigne, mi hermana, yo fui el padrino, y Léonor de Melet la madrina.

30 de agosto

1552. Nace Léonor de Montaigne, mi hermana, que yo mismo bauticé junto con Leónor de Melet en Montaigne.

19 de febrero
1554. Nace en Burdeos, Marie de Montaigne, mi hermana.

15 de enero
1559. Entre las cinco y las seis de la tarde, nació en La Tour François de La Tour.

20 de agosto
En el año 1560, nació en Montaigne, por la mañana, Bertrand de Montaigne, mi hermano menor, que después sería conocido como el señor de Mattecoulomb.

23 de septiembre
El año 1565 me casé con Françoise de La Chassagne.

18 de junio
Este día del año 1568 murió Pierre de Montaigne, mi padre, a la edad de sesenta y dos años y tres meses, después de vivir atormentado mucho tiempo por una piedra en la vesícula, había tenido cinco hijos varones y tres hijas. Le enterramos en Montaigne, en el sepulcro de sus ancestros.

28 de junio
1570. Nació de Françoise de La Chassange y de mí una hija a la que mi madre y mi suegro, el señor de La Chassange, bautizaron Toinette. Fue el primer hijo de nuestro matrimonio. Murió dos meses después.

9 de septiembre
El año 1571, a las dos de la tarde, Françoise de La Chassange, mi esposa, dio a luz a Léonor, la segunda hija de nuestro matrimonio, y que Pierre Eyquem de Montaigne, señor de Gaujacq, mi tío, y mi hermano, bautizaron.

28 de octubre
El año 1571, bajo el mandato del rey, y en cumplimiento de la promesa que me hizo, se me nombró caballero de la Orden de Saint-Michel, de manos de Gaston de Foix.

5 de julio
El año 1573, sobre las cinco de la mañana, Françoise de La Chassange, mi mujer, dio a luz, en Montigane, una hija de ambos, que era la tercera de nuestro matrimonio. El abate de Verteuil, tío de mi mujer, y la señorita de Mons la bautizaron en la capilla, y le pusieron de nombre Anne. Apenas vivió siete semanas.

24 de julio
El año 1573 muere Pierre de Montaigne, señor de Gaujac, decano de Saint-Seurin y canónigo de Saint-André de Bordeaux, mi tío; y me deja en herencia la tercera parte de sus bienes.

11 de mayo
El año 1574 el señor de Monpensier me entregó un mensaje en el campamento de Saint-Hermine, y salí de allí de su parte con el propósito de comunicárselo al Parlamento de Burdeos, me recibieron en la cámara de comercio y me dieron un trato mejor que a los hombres del rey.

27 de diciembre
1574. Françoise de La Chassange, mi mujer, dio a luz a una hija, la cuarta criatura de nuestro matrimonio, que murió tres meses después, la bautizamos sin ceremonias, apremiados por la necesidad.

16 de mayo
1577. Françoise de La Chassange, mi mujer, dio a luz al quinto hijo de nuestro matrimonio. Era una chica, que murió unos meses después mi hermano, señor de Matecoulomb, y mi hermana Marie la bautizaron sin ceremonia.

29 de noviembre
En 1577, Enrique de Borbon, rey de Navarra, me envió durante mi ausencia cartas como si me considerase caballero de su corte.

6 de agosto
El año 1580 murió en el sitio de La Fère el señor de Grammont, que fue un gran amigo para mí; recibió un golpe hace cuatro días en mi presencia.

1 de agosto
1581. Mientras me encontraba en Lucques, me escogieron alcalde de Burdeos en la plaza del señor mariscal de Biron, y me mantuve en el cargo hasta 1583.

26 de noviembre
1581. El rey me escribió de París para decirme que se había enterado y que encontraba una buena decisión que la villa de Burdeos me nombrase

alcalde. Y me mandó dirigirme deprisa a mi nuevo despacho, convencido de que seguía en Roma, ciudad de la que ya había partido.

30 de noviembre

1581. Llegué a mi casa de vuelta de un viaje que había hecho por Alemania e Italia, lo empecé el 22 de junio de 1579, y un año antes hacía mi entrada en Roma.

21 de febrero

1583. Nosotros tuvimos todavía otra hija a la que llamamos Marie, fue bautizada por el señor de Jauvillac, consejero en la corte del Parlamento, su tío, y por mi hija Léonor. La niña murió pocos días después.

19 de diciembre

1584. El rey de Navarra me vino a ver a Montaigne, donde no había estado nunca, y mi gente le sirvió durante dos días sin la ayuda de ninguno de sus oficiales; ni cataron su comida, ni lo pusimos a cubierto, y durmió en mi cama. Acudieron con él los príncipes de Condé, de Rohan, de Turenne, de Rieux, de Béthune y su hermano de La Boulaie, de Esternay, de Haraucourt, de Mantamarin, de Montatere, Lesdiguière, de Poe, de Blacon, de Lusignan, de Clervan, Savignac, Ruat, Sallebeuf, La Rocque, Laroche, de Roux, de Aucourt, de Luns, Frontenac, de Fabas, de Vivans y sus hijos, La Burte, Forget, Bissouse, de Saint-Seurin, de Auberville, el teniente de la compañía, su escudero y una decena de otros señores que durmieron aquí, además del valet de la cámara, pajes y soldados. Muchos otros se acostaron en las aldeas. Solté un ciervo en mi bosque al que persiguió durante dos días.

29 de julio

1587. El conde de Gourson, el conde de Fleix y el caballero, los tres hermanos, y buenos señores y amigos de la casa de Foix, perdieron la vida

en Moncrabeau, en Agenais, durante un combate muy amargo, mientras servían al rey de Navarra.

10 de julio
1588. Entre las tres y las cuatro del mediodía, estaba alojado en el suburbio de Saint-Germain, en París, y enfermo de una especie de gota que se apoderó de mí desde el primer momento, y que me duró tres días, caí prisionero de los capitanes y del pueblo de París. En ese momento el rey estaba fuera de peligro. La reina madre del rey advirtió al señor Pinard, secretario de Estado, de mi encarcelamiento, y tuve la suerte de que el mismo día un hombre de Su Majestad acudió a ponerme en libertad.

23 de diciembre
Henri duque de Guise, uno de los mejores hombres de su edad, fue asesinado en la habitación del rey.

27 de febrero
1589, el señor de Belcier y de Bonaquet se ha casado aquí con la señorita de Sallebeuf. Les di mi bendición dos días antes, en presencia de los señores La Motte-Gondrin, padre e hijo, de Montréal, de Blancastel y otros.

4 de abril
1589. Murió en el castillo de Turenne el barón de Savignac de un golpe recibido en la cabeza cuatro días antes del asedio. Era pariente y amigo, de una familia bien arraigada en estas tierras, cuya hermana estaba bajo la protección de mi mujer.

16 de julio
1589. El capitán Roux se casó aquí con la señorita de Sersines.

27 de mayo
1590. Un domingo, Léonor, mi hija única (mi única hija superviviente), se casó con François de La Tour en presencia de Bertrand, su suegro, la mía y de mi mujer.

23 de junio
1590. Un sábado, al amanecer, entre un calor extremo, la señora de La Tour, mi hija, partió de casa y la condujeron a su nuevo hogar.

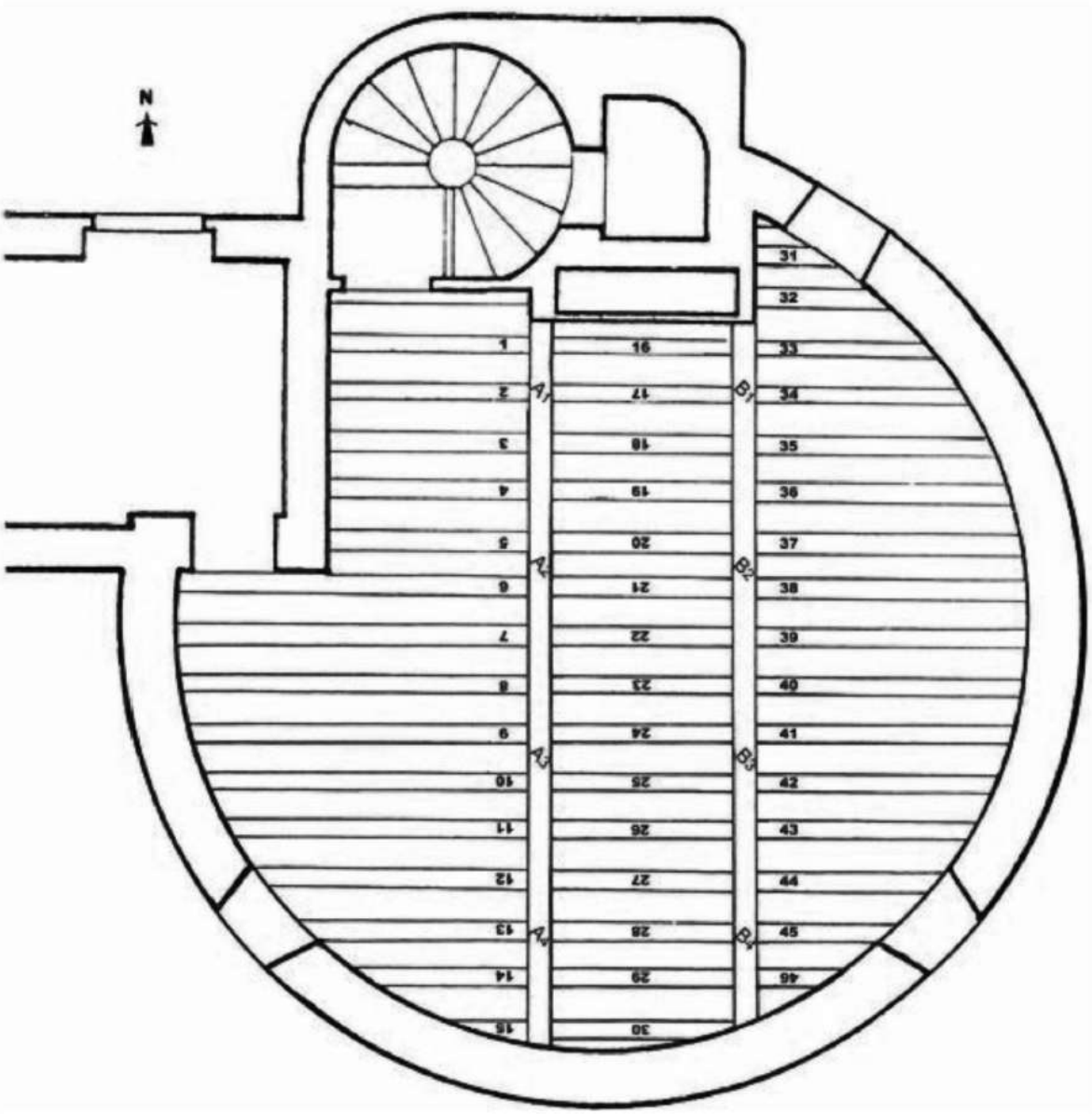
29 de septiembre
1590. Miércoles a las nueve de la noche murió en La Tour el señor de La Tour, padre de mi yerno, a la edad de setenta y un años.

31 de marzo
1591. Nace el primer hijo de mi hija, la señora de La Tour, bautizada por el señor de Saint-Michel, tío de su marido, y por mi mujer, que la llamaron Françoise de La Tour.

SENTENCIAS DE LA BIBLIOTECA

> En el año de Nuestro Señor de 1571, a la edad de treinta y ocho años, en la víspera de las calendas de marzo, aniversario de su nacimiento, hastiado de la esclavitud de las cortes y de los empleos públicos, pero conservando todavía la entereza de facultades, se refugió Michel de Montaigne en el regazo de las doctas vírgenes, en medio de la seguridad y la calma, para vivir así el tiempo que le quedaba de vida, consagrando al reposo y a la libertad el sosegado aposento que heredó de sus antepasados.

Michel de Montaigne había hecho inscribir estas palabras, en latín, sobre la chimenea que había en su biblioteca circular. Seguramente pasó muy poco tiempo hasta que empezó a pintar leyendas en las vigas de la biblioteca conformando una suerte de florilegio personal, metáfora de los volúmenes antológicos a los que acudía en el proceso de escritura de sus ensayos. Dos vigas maestras (A y B) soportan toda la estructura y a su vez sostienen otras 46 traviesas más cortas, repartidas en tres tramos. Hay cuatro inscripciones en cada viga maestra, enmarcadas como si fueran filacterias. En al menos trece de las traviesas se distingue más de una cita, una escrita sobre la otra; si se han podido descifrar ambas, se indican como «inferior» y «superior».



VIGAS MAESTRAS

A1 - IVDICIO ALTERNANTE – En el fiel de la balanza
A2 - ΑΚΑΤΑΛΗΠΤΩ – Indeciso (Sexto Empírico)
A3 - ΟΥΔΕΝ ΜΑΛΛΟΝ – Todo lo tomo por un igual (Sexto Empírico)
A4 - ΑΡΡΕΠΩΣ – Sin inclinarme (Sexto Empírico)

B1 - ΟΥ ΚΑΤΑΛΑΜΒΑΝΩ – No comprendo (Sexto Empírico)

B2 - ΕΠΕΧΩ – Me detengo (Sexto Empírico)
B3 - ΣΚΕΠΤΟΜΑΙ – Examino (Sexto Empírico)
B4 - MORE DVCE ET SENSV – Y me dejo guiar por las costumbres y los sentidos

PRIMER TRAMO

1/inf ΕΙΗ ΜΟΙ ΖΗΝ ΑΠΟ ΤΩΝ ΟΛΙΓΩΝ ΜΗΔΕΝ ΕΧΟΝΤΙ ΚΑΚΟΝ
Solo se vive un poco, hay que guardarse del mal. (Teognis, según Estobeo)

1/sup EXTREMA HOMINI SCIENTIA VT RES SVNT BONI CONSVLERE CÆTERA SECVRVM. ECCL
La cumbre del conocimiento humano es tomar las cosas como son y dejar el resto. (Eclesiastés)

2/inf ΑΥΤΑΡΚΕΙΑ ΠΡΟΣ ΠΑΣΙΝ ΗΔΟΝΗ ΔΙΚΑΙΑ
La autonomía es el único buen placer. (Sótades, según Estobeo)

2/sup COGNOSCENDI STVDIVM HOMINI DEDIT DEVS EIVS TORQVENDI GRATIA. ECCL.1
Buscar la sabiduría: un trabajo penoso que Dios dio a los hombres. (Eclesiastés 1)

3/inf ΜΑΚΑΡΙΟΣ ΟΣ ΤΙΣ ΟΥΣΙΑΝ ΚΑΙ ΝΟΥΝ ΕΧΕΙ
Dichoso es quien tiene salud y entendimiento. (Menandro, según Estobeo)

3/sup ΤΟΥΣ ΜΕΝ ΚΕΝΟΥΣ ΑΣΚΟΥΣ ΤΟ ΠΝΕΥΜΑ ΔΙΙΣΤΗΣΙ ΤΟΥΣ Δ’ ΑΝΘΡΩΠΟΥΣ ΤΟ ΟΙΗΜΑ
Odres sin vino henchidos de aire, hombres sin juicio henchidos de orgullo. (Sócrates, según Estobeo)

4/inf ΟΥΠΟΤΕ ΦΗΣΩ ΓΑΜΟΝ ΕΥΦΡΑΙΝΕΙΝ ΠΛΕΟΝ Η ΛΥΠΕΙΝ
Nunca digas que el matrimonio trae más alegrías que lágrimas. (Eurípides, según Estobeo)

4/sup OMNIVM QVÆ SVB SOLE SVNT FORTVNA ET LEX PAR EST. ECCL.9
Todo lo que hay bajo el sol comparte leyes y destino. (Eclesiastés 9)

5 ΟΥ ΜΑΛΛΟΝ ΟΥΤΩΣ ΕΧΕΙ Η ΕΚΕΙΝΩΣ Η ΟΥΔΕΤΕΡΩΣ
No es así, ni tampoco de otro modo. (Aulio Gelio, según nota de Henri Estienne a Sexto Empírico)

6/inf DVRVM SED LEVIVS FIT PATIENTIA QVIDQVID CORRIGERE EST NEFAS
Es duro: la paciencia ayuda a soportar lo que los dioses prohíben corregir. (Horacio)

6/sup NVLLIVS VEL MAGNÆ VEL PARVÆ EARVM RERVM QVAS DEVS TAM MVLTAS FECIT NOTITIA IN NOBIS EST. ECCL.3
No hay en nosotros noción alguna de lo que son las innumerables criaturas de Dios, grandes o pequeñas. (Eclesiastés 3)

7 ΟΡΩ ΓΑΡ ΗΜΑΣ ΟΥΔΕΝ ΟΝΤΑΣ ΑΛΛΟ ΠΛΗΝ ΕΙΔΩΛ ‘ΟΣΟΙΠΕΡ ΖΩΜΕΝ Η ΚΟΥΦΗΝ ΣΚΙΑΝ
Los que vivimos: simples fantasmas, sombras sin peso. (Sófocles, según Estobeo)

8 O MISERAS HOMINVM MENTES O PECTORA CÆCA QUALIBVS IN TENEBRIS VITÆ QVANTISQ. PERICLIS DEGITVR HOC ÆVI QVODCVNQ. EST
¡Misericordia para el espíritu de los hombres! ¡Oh, corazones ciegos! ¡Qué tinieblas y peligros se ciernen sobre esta vida de duración incierta! (Lucrecio)

9/inf ΕΝ ΤΩ ΦΡΟΝΕΙΝ ΓΑΡ ΜΗΔΕΝ ΗΔΙΣΤΟΣ ΒΙΟΣ ΤΟ ΜΗ ΦΡΟΝΕΙΝ ΓΑΡ ΚΑΡΤ΄ΑΝΩΔΥΝΟΝ ΚΑΚΟΝ
La vida más dulce es no pensar en nada, pues no hacerlo no duele. (Sófocles, según Erasmo)

9/sup ΚΡΙΝΕΙ ΤΙΣ ΑΥΤΟΝ ΠΩΠΟΤ’ ΑΝΘΡΩΠΟΝ ΜΕΓΑΝ ΟΝ ΕΞΑΛΕΙΦΕΙ ΠΡΟΦΑΣΙΣ Η ΤΥΧΟΥΣ΄ΟΛΟΝ
¿Puede un hombre creerse superior cuando al primer percance se derrumba? (Eurípides, según Estobeo)

10 OMNIA CVM CÆLO TERRAQVE MARIQVE SVNT NIHIL AD SVMMAM SVMMAI TOTIVS
Cielo, tierra, mar y todas las cosas todas: nada son ante la suma del universo. (Lucrecio)

11 VIDISTI HOMINEM SAPIENTEM SIBI VIDERI MAGIS ILLO SPEM HABEBIT INSIPIENS. PROV.26
¿Has visto a un hombre que se crea sabio? Puede esperarse más de un necio. (Proverbios 26)

12/inf NEC NOVA VIVENDO PROCVDITVR VLLA VOLVPTAS
No vendrán nuevos placeres por mucho vivir más. (Lucrecio)

12/sup SICVT IGNORAS QVOMODO ANIMA CONIVNGATVR CORPORI SIC NESCIS OPERA DEI. ECCL.11
Tú que desconoces cómo se esposan cuerpo y alma, tampoco sabes nada de las obras de Dios. (Eclesiastés 11)

13 ΕΝΔΕΧΕΤΑΙ ΚΑΙ ΟΥΚ ΕΝΔΕΧΕΤΑΙ
Es posible y no es posible. (Sexto Empírico)

14 ΑΓΑΘΟΝ ΑΓΑΣΤΟΝ
Lo bello atrae. (Platón, sin duda según Sexto Empírico)

15 ΚΕΡΑΜΟΣ ΑΝΘΡΩΠΟΣ
El hombre de barro. (San Pablo, sin duda según Erasmo)

SEGUNDO TRAMO

16/inf Η ΔΕΙΣΙΔΑΙΜΟΝΙΑ ΚΑΘΑΠΕΡ ΠΑΤΡΙ ΤΩ ΤΥΦΩ ΠΕΙΘΕΤΑΙ

La falsa devoción sigue al orgullo con devoción filial. (Sócrates, según Estobeo)

16/sup NOLITE ESSE PRVDENTES APVD VOSMETIPSOS. AD ROM.12
No os creáis los únicos que sabéis. (Romanos 12)

17/inf SVMMVM NEC METVAM DIEM NEC OPTEM
No temas ni desees tu último día. (Adaptado de Marcial)

17/sup ΟΥ ΓΑΡ ΕΑ ΦΡΟΝΕΙΝ Ο ΘΕΟΣ ΜΕΓΑ ΑΛΛΟΝ Η ΕΩΥΤΟΝ
Tenerse en alta consideración: solo Dios se lo permite. (Heródoto, según Estobeo)

18/inf QVO ME CVNQVE RAPIT TEMPESTAS DEFEROR HOSPES
Hallaré cobijo donde me lleve la tormenta. (Horacio)

18/sup NESCIS HOMO HOC AN ILLVD MAGIS EXPEDIAT AN ÆQVE VTRVMQVE. ECCL.11
Tú no sabes, hombre, qué es lo mejor, si esto o aquello, o si lo uno y lo otro son buenos por un igual. (Eclesiastés 11)

19 HOMO SVM HVMANI A ME NIHIL ALIENVM PVTO
Hombre soy, ningún asunto humano me es ajeno. (Terencio)

20 NE PLVS SAPIAS QVAM NECESSE EST NE OBSTVPESCAS. ECCL.7
No sepas demasiadas cosas, te volverás estúpido. (Eclesiastés 7)

21 SI QVIS EXISTIMAT SE ALIQVID SCIRE NONDVM COGNOVIT QVOMODO OPORTEAT ILLVD SCIRE. I.COR.8
Si imaginas que sabes algo, es porque desconoces qué es saber. (I Corintios 8)

22 SI QVIS EXISTIMAT SE ALIQVID ESSE CVM NIHIL SIT IPSE SE SEDVCIT. AD GAL.6

Quien cree ser algo, no siendo nada, a sí mismo se engaña (Gálatas 6)

23 NE PLVS SAPITE QVAM OPORTET SED SAPITE AD SOBRIETATEM. AD ROM.12
No seáis más sabios de lo necesario, no os embriaguéis de sabiduría. (Romanos 12)

24 ΚΑΙ ΤΟ ΜΕΝ ΟΥΝ ΣΑΦΕΣ ΟΥΤΙΣ ΑΝΗΡ ΙΔΕΝ ΟΥΔΕΤΙΣ ΕΣΤΑΙ ΕΙΔΩΣ
No, la clara verdad nadie la ha alcanzado, y nadie la alcanzará jamás. (Jenófanes, según Diógenes Laercio)

25 ΤΙΣ Δ'ΟΙΔΕΝ ΕΙ ΖΗΝ ΤΟΥΘ'Ο ΚΕΚΛΗΤΑΙ ΘΑΝΕΙΝ ΤΟ ΖΗΝ ΔΕ ΘΝΗΣΚΕΙΝ ΕΣΤΙ
¿Y si lo que entendemos por muerte fuera vida? ¿Acaso no es vivir una forma de morir? (Eurípides, según Estobeo)

26/inf ΚΑΛΛΙΣΤΟΝ ΤΟ ΔΙΚΑΙΟΤΑΤΟΝ ΡΑΣΤΟΝ Δ'ΥΓΙΑΙΝΕΙΝ
No hay nada más bello que ser justo, pero nada es más placentero que estar sano. (Teognis, según Estobeo)

26/sup RES OMNES SVNT DIFFICILIORES QVAM VT EAS POSSIT HOMO CONSEQVI. ECCL.1.
La realidad es compleja, supera la capacidad de las palabras. (Eclesiastés 1)

27 ΕΠΕΩΝ ΔΕ ΠΟΛΥΣ ΝΟΜΟΣ ΕΝΘΑ ΚΑΙ ΕΝΘΑ
Dispone el hombre de un vasto campo de palabras, que se dispara en todas direcciones. (Homero, según Diógenes Laercio)

28 HVMANVM GENVS EST AVIDVM NIMIS AVRICVLARVM
La raza humana por un oído ávido se pierde. (Lucrecio)

29 QVANTVM EST IN REBVS INANE
Es formidable la inanidad de las cosas. (Persio)

30 PER OMNIA VANITAS. ECCL.1

Vanidad por doquier. (Eclesiastés 1)

TERCER TRAMO

31 SERVARE MODVM FINEMQVE TENERE
Controlar la mesura y retener los límites. (Lucano)

32 QVID SVPERBIS TERRA ET CINIS. ECCL.10
Tierra y ceniza, ¿por qué tanto orgullo? (Eclesiastés 10)

33 VAE QVI SAPIENTES ESTIS IN OCVLIS VESTRIS. ESA.5
¡Ay de los que son sabios ante sus propios ojos! (Isaías 5)

34/inf MORES CVIQVE SVI FINGVNT FORTVNAM
A cada cual corresponde el destino que su carácter le ofrece. (Cornelio Nepote, según Erasmo)

34/sup FRVERE IVCVNDE PRÆSENTIBVS CÆTERA EXTRA TE. ECCL.3
Disfruta del presente, lo demás no te incumbe. (Eclesiastés 3)

35 ΠΑΝΤΙ ΛΟΓΩ ΛΟΓΟΣ ΙΣΟΣ ΑΝΤΙΚΕΙΤΑΙ
A cada argumento corresponde otro, de valor opuesto y mismo peso. (Sexto Empírico)

36 NOSTRA VAGATVR IN TENEBRIS NEC CÆCA POTEST MENS CERNERE VERVM
Nuestro espíritu yerra ciego entre tinieblas, sin poder discernir la verdad. (Michel de l'Hospital)

37 FECIT DEVS HOMINEM SIMILEM VMBRÆ DE QVA POST SOLIS OCCASVM QVIS IVDICABIT. ECCL.7
Dios creó al hombre como una sombra. Cuando se ponga el sol, ¿quién lo juzgará? (Eclesiastés 7)

38 SOLVM CERTVM NIHIL ESSE CERTI ET HOMINE NIHIL MISERIVS AVT SVPERBIVS
Única certeza: nada es cierto, y nada hay más patético y fatuo que el hombre. (Plinio el viejo)

39 EX TOT DEI OPERIBVS NIHILO MAGIS QVIDQVAM HOMINI COGNITVM QVAM VENTI VESTIGIVM. ECCL.11
A propósito de las muchas creaciones de Dios no sabe el hombre nada, salvo el rastro del viento. (Eclesiastés 11)

40 ΑΛΛΟΙΣΙΝ ΑΛΛΟΣ ΘΕΩΝ ΤΕ Κ'ΑΝΘΡΩΠΩΝ ΜΕΛΕΙ
Entre los dioses y entre los hombres, en la variedad está el gusto. (Eurípides, según Erasmo)

41 ΕΦ'Ω ΦΡΟΝΕΙΣ ΜΕΓΙΣΤΟΝ ΑΠΟΛΕΙ ΤΟΥΤΟ ΣΕ ΤΟ ΔΟΚΕΙΝ ΤΙΝ'ΕΙΝΑΙ
Aquello de lo que te envaneces, la bella imagen de tú mismo, será tu perdición. (Menandro, según Estobeo)

42 ΤΑΡΑΣΣΕΙ ΤΟΥΣ ΑΝΘΡΩΠΟΥΣ ΟΥ ΤΑ ΠΡΑΓΜΑΤΑ - ΑΛΛΑ ΤΑ ΠΕΡΙ ΤΩΝ ΠΡΑΓΜΑΤΩΝ ΔΟΓΜΑΤΑ
Lo que atormenta al ser humano no son las cosas, sino las ideas que tiene sobre las cosas. (Epicteto, según Estobeo)

43 ΚΑΛΟΝ ΦΡΟΝΕΙΝ ΤΟΝ ΘΝΗΤΟΝ ΑΝΘΡΩΠΟΙΣ ΙΣΑ
La altura de miras de un hombre, esa es la que corresponde a un mortal. (Sófocles, según Estobeo)

44 QVID ÆTERNIS MINOREM CONSILIIS ANIMVM FATIGAS
¿Por qué te fatigas con inquisiciones sobre lo eterno, si tu espíritu le es indiferente? (Horacio)

45 IVDICIA DOMINI ABYSSVS MVLTA. PS.35
¿Los juicios del Señor? ¡Profundo abismo! (Salmos 35)

46 ΟΥΔΕΝ ΟΡΙΖΩ
Nada dispongo. (Sexto Empírico)

MICHAEL EYQUEM DE MONTAIGNE (1533-1592) fue un filósofo, escritor, humanista, moralista y político francés del Renacimiento considerado el padre del escepticismo moderno, de la pregunta por el «sí mismo» una forma embrionaria del yo y la subjetividad y de uno de los géneros literarios más conocidos de la Edad Moderna: el ensayo. Proveniente de una familia de judeoconversos aragoneses, Michel de Montaigne nació en Burdeos en el seno de una familia aristócrata. Recibió una educación humanista y liberal, y más adelante se convirtió en alcalde de Burdeos después de haber estudiado leyes. Tras la muerte de su padre y como consecuencia de una terrible caída cuando estaba montando a caballo, Montaigne decidió abandonar su cargo y dedicarse a escribir sobre grandes cuestiones filosóficas y de la condición humana a partir de la célebre pregunta: «¿Qué sé yo?». Era un admirador de los grandes maestros del pensamiento clásico, con quienes dialogaba en sus escritos, los llamados «ensayos».

NOTAS

CAPÍTULO XV. DEL CASTIGO POR OBSTINARSE SIN FUNDAMENTO EN LA DEFENSA DE UNA PLAZA

[1] Fortificación pequeña y de poca defensa. (Diccionario de la Real Academia Española.) <<

CAPÍTULO XX. DE LA FUERZA DE IMAGINACIÓN

[2] *Fortis imaginatio generat casum*, en el original francés. <<

[3] El texto de Montaigne parafrasea estos dos versos de LUCRECIO (IV, 1029) en las dos líneas que los preceden. <<

[4] *Vota puer solvit, quae faemina voverat, Iphis*. OVIDIO, *Met*., IX, 793. <<

[5] Véase la nota 43. <<

[6] Claudio, emperador romano. <<

[7] Montaigne parodia en este pasaje la forma de una oración forense. <<

[8] Es fama que los antiguos reyes de Francia tenían el privilegio de curar. <<

[9] *Dum spectant oculi laesos, laeduntur et ipsi; / Multaque corporibus transitione nocent*. OVIDIO, *De remedido amoris*, v. 615. <<

[10] *Nescio quis tenero oculus mihi fascinat agnos*. VIRGILIO, *Églog*., III, 103. <<

CAPÍTULO XXII. EL BENEFICIO DE UNOS ES UN PERJUICIO PARA OTROS

[11] *Nam quodcunque suis mutatum finibus exit, / Continuo hoc mors est illius, quod fuit ante*. LUCRECIO, II, 752. <<

CAPÍTULO XXIII. CONSECUENCIAS DISTINTAS PARA LA MISMA ACCIÓN

[12] *Habita fides ipsam plerumque fidem obligat*. TITO LIVIO, XXII, 22. <<

[13] Luis XI. <<

[14] *Stetit aggere fulti / Cespitis, intrepidus vultu; meruitque timeri, / Nil metuens*. LUCANO, V, 316. <<

CAPÍTULO XXXI. DE LOS CANÍBALES

[15] Nicolas Durand de Villegaignon (1510-1571). Oficial naval francés, que destacó como científico y explorador. Intentó establecer una colonia francesa en la actual Río de Janeiro, a la que puso de nombre Francia Antártica, pero fue derrotado por los portugueses. *(N. del E.)* <<

[16] *Haec loca, vi quondam et vasta convulsa ruina* […], / *Dissiluisse ferunt, cum protinus utraque tellus.* / *Una foret…* VIRGILIO, *Eneida*, III, 414 y sig. <<

[17] *Sterilisque diu palus, aptaque remis, / Vicinas urbes alit, et grave sentit aratrum*. HORACIO, *Arte poética*, v. 65. <<

[18] *Et veniunt ederae sponte sua melius; / Surgit et in solis formosior arbutus antris; / Et volucres nulla dulcius arte canunt*. PROPERCIO, I, 2, 10 y sig. <<

[19] *Hos natura modos primum dedit*. VIRGILIO, *Georg.*, II, 20. <<

[20] *Vascones, fama est, alimentis talibus usi* / *Produxere animas*. JUVENAL, *Sát.*, XV, 93. <<

[21] *Victoria nulla est, / Quam quae confessos animo quoque subjugat hostes*. CLAUDIANO, *De sexto Consulatu Honorii*, v. 248. <<

[22] *Si succiderit, de genu pugnat*. SÉNECA, *De providentia*, c. 2. <<

CAPÍTULO XXXII. DE LA CONVENIENCIA DE JUZGAR SOBRIAMENTE DE LAS COSAS DIVINAS

[23] *Id genus omne*. HORACIO, *Sát.*, I, 2, 2. <<

[24] *Quis hominum potest scire consilium Dei? aut quis poterit cogitare quid velit Dominus?* Libro de la Sabiduría, IX, 13. <<

CAPÍTULO XL. CONSIDERACIÓN SOBRE CICERÓN

[25] Montaigne se refiere aquí a un juego de época, consistente en una carrera en la que los caballeros debían apoderarse de sortijas estratégicamente dispuestas en el recorrido. *(N. del E.)* <<

[26] *Imperet bellante prior, jacentem / Lenis in hostem*. HORACIO, *Carm. saecul.*, v. 51. <<

[27] *Orabunt causas alii, coelique meatus* / *Describent radio, et fulgentia sidera dicent;* / *Hic regere imperio populos sciat*. VIRGILIO, *Eneida*, VI, 849. <<

[28] *Non est ornamentum virile, concinnitas*. SÉNECA, *Epist.* 115. <<

CAPÍTULO LVII. DE LA EDAD

[29] *Si l’espine non pique quand nai, / A pene que pique jamai*. <<

[30] *Ubi jam validis quassatum est viribus aevi / Corpus, et obtusis ceciderunt viribus artus, / Claudicat ingenium, delirat linguaque, mensque*. LUCRECIO, III, 452. <<

CAPÍTULO I. DE LA INCONSTANCIA DE NUESTRAS ACCIONES

[31] *Malum consilium est, quod mutari non potest. Ex Publii Mimis, apud* A. GELL., XVII, 14. <<

[32] *Quod petiit, spernit; repetit quod nuper omisit; / Aestuat, et vitae disconvenit ordine toto*. HORACIO, *Epist.*, I, 198. <<

[33] *Ducimur, ut nervis alienis mobile lignum*. HORACIO, *Sat.*, 7, 82. <<

[34] *Nonne videmus, / Quid sibi quisque velit, ne scire, et quaerere semper; / Commutare locum, quasi onus deponere possit?* LUCRECIO, III, 1070. <<

[35] *Tales sunt hominum mentes, quali pater ipse / Juppiter auctifero lustravit lumine terras*. HOMERO, *Odisea*, XVIII, 135. <<

[36] *verbis, quae timido quoque possent addere mentem*. HORACIO, *Epist.*, II, 2, 36. <<

[37] *Quantum vis, rusticus: Ibit, / Ibit eo, quo vis, qui zonam perdidit, inquit*. HORACIO, *Epist.*, II, 2, 39. <<

[38] *Nihil enim potest esse aequabile, quod non a certa ratione proficiscatur*. CICERÓN, *Tusc. quaest.*, II, 21. <<

[39] *Cuir vivendi via considerata atque provisa est*. CICERÓN, *Parad.*, V, I. <<

[40] *Magnam rem puta unum hominem agere*. SÉNECA, *Epist.*, 120. <<

[41] *Hac duce, custodes furtim transgressa jacentes, / Ad juvenen tenebris sola puella venit*. TIBULO, II, 1, 75. <<

CAPÍTULO II. DE LA EMBRIAGUEZ

[42] *Quos ultra, citraque nequit consistere rectum*. HORACIO, *Sat.*, I, 1, 107. <<

[43] *Nec vincet ratio hoc, tantumdem ut peccet, idemque, / Qui teneros caules alieni fregerit horti, / Et qui nocturnus divum sacra legerit…* HORACIO, *Sat.*, I, 3, 115. <<

[44] *Cum vini vis penetravit… / Consequitur gravitas membrorum, praepediuntur / Crura vacillanti, tardescit lingua, madet mens, / Nant oculi; clamor, singultus, jurgia, gliscunt.* LUCRECIO, III, 475. <<

[45] *Tu sapientium* / *Curas, et arcanum jocoso* / *Consilium retegis Liaeo*. HORACIO, *Od.*, III, 21, 14. <<

[46] *Externo inflatum venas, de more, Lyaeo*. JUVENAL, XV, 47. <<

[47] *Nec facilis victoria de madidis, et / Blaesis, atque mero titubantibus.* JUVENAL, XV, 47. <<

[48] *Hoc quoque virtutum quondam certamine magnum* / *Socratem palmam promeruisse ferunt*. PSEUDO-GALO (Maximiano), I, 47. <<

[49] *Narratur et prisci Catonis* / *Saepe mero caluisse virtus*. HORACIO, *Od.*, III, 21, 11. <<

[50] *Reloj de Príncipes, o vida de Marco Aurelio y de su mujer Faustina*. Bayle, en su *Diccionario histórico-crítico*, consagra un artículo a Guevara. <<

[51] *Si munitae adhibet vim sapientiae*. HORACIO, *Od.*, III, 28, 4. <<

[52] *Sudores itaque, et pallorem existere toto / Corpore, et infringi linguam, vocemque aboriri, / Caligare oculos, sonere aures, succidere artus, / Denique concidere, ex animi terrore, videmus*. LUCRECIO, III, 155. <<

[53] *Humani a se nihil alienum putet*. TERENCIO, *Heautontim.*, act. I, esc. I, v. 25. Montaigne modifica el sentido de este verso para adaptarlo a la idea del texto. <<

[54] *Sic fatur lachrymans, classique immittit habenas*. VIRGILIO, *En.*, VI, 1. <<

[55] *Occupavi te, Fortuna, atque cepi; omnesque aditus tuos interclusi, ut ad me aspirare non posses.* CICERÓN, *Tusc. quaest.*, V, 9. <<

[56] AULIO GELIO, IX, 5; DIÓGENES LAERCIO, VI, 3. <<

[57] *Spumantemque dari, pecora inter inertia, votis / Optat aprum, aut fulvum descendere monte leonem*. VIRGILIO, *En.*, IV, 158. <<

CAPÍTULO V. DE LA CONCIENCIA

[58] *Occultum quatiens animo tortore flagellum*. JUVENAL, XIII, 195. <<

[59] *Malum consilium, consultori pessimum*. AULO GELIO, IV, 5. <<

[60] *Vitasque in vulnere ponunt*. VIRGILIO, *Georg.*, IV, 238. <<

[61] *Quippe ubi se multi, per somnia saepe loquentes, / Aut morbo delirantes, procraxe ferantur, / Et celata diu in medium peccata dedisse*. LUCRECIO, V, 1157. <<

[62] *Prima est haec ultio, quod se* / *Judice nemo nocens absolvitur*. JUVENAL, *Sát.*, XIII, 2. <<

[63] *Conscia mens ut cuique sua est, ita concipit intra / Pectora pro facto spemque, metumque suo*. OVIDIO, *Fast.*, I, 485. <<

[64] *Etiam innocentes cogit mentiri dolor. Sentencias* de PUBLIO SIRO. <<

CAPÍTULO VI. DE LA PREPARACIÓN

[65] *Nemo expergitus extat, / Frigida quem semel est vitai pausa sequuta*. LUCRECIO, III, 942. <<

[66] *Jus hoc animi morientis habebat*. LUCANO, VIII, 636. <<

[67] *Perchè, dubbiosa ancor del suo ritorno, / Non s'assecura attonita la mente*. TORC. TASSO, *Gerusalemme liberata*, canto XII, estancia 74. <<

[68] *Come quel ch'or apre, or chiude* / *Gli occhi, mezzo tra'l sonno e l'esser desto*. TORC. TASSO, *Gerusalemme liberata*, canto VIII, estancia 26. <<

[69] *Vi morbi saepe coactus* / *Ante oculos aliquis nostros, ut fulminis ictu,* / *Concidit, et spumas agit; ingemit, et fremit artus;* / *Desipit, extentat nervos, torquetur,* / *anhelat, Inconstanter et in jactando membra fatigat*. LUCRECIO, III, 485. <<

[70] *Vivit, et est vitae nescius ipse suae*. OVIDIO, *Trist.*, I, 3, 12. <<

[71] *Hunc ego Diti / Sacrum jussa fero, teque isto corpore solvo*. VIRGILIO, *Eneida*, IV, 702. <<

[72] *Semianimesque micant digiti, ferrumque retractant*. VIRGILIO, *Eneida*, X, 396. <<

[73] *Falciferos memorant currus abscindere membra…* / *Ut tremere in terra videatur ab artubus id quod* / *Decidit abscissum; cum mens tamen atque hominis vis,* / *Mobilitate mali, non quit sentire dolorem*. LUCRECIO, III, 642. <<

[74] *Ut tandem sensus convaluere mei*. OVIDIO, *Trist.*, III, 314. <<

[75] *In vitium ducit culpae fuga*. HORACIO, *Arte poética*, v. 31. <<

CAPÍTULO X. DE LOS LIBROS

[76] *Has meus ad metas sudet oportet equus*. PROPERCIO, IV, 1, 70. <<

[77] Juan Segundo Everardi; poeta latino moderno, nació en La Haya en 1511 y murió en Tournai en 1536, antes de haber cumplido veinticinco años. <<

[78] Este diálogo no es de Platón, como lo reconoció ya Diógenes Laercio. (C.) <<

[79] *O seclum insipiens et infacetum!* CATULO, XLIII, 8. <<

[80] *Liquidus, puroque simillimus anni*. HORACIO, *Epist.* II, 2,120. <<

[81] *Minus illi ingenio laborandum fuit, in cujus locum materia successerat*. MARCIAL. Prefacio del libro VIII. <<

[82] *Excursusque breves tentat*. VIRGILIO, *Georg.*, IV, 194. <<

[83] *Ego vero me minus diu senem esse mallem, quam esse senem antequam essem*. CICERÓN, *De Senectute*, c. 10. <<

[84] Jurisconsulto francés del siglo XVI, autor del libro titulado *Methodus ad facilem historiarum cognitionem*, 1566. <<

[85] Estas *Memorias* son menos conocidas que las obras precedentes; contienen diez libros, de los cuales los cuatro primeros y los tres últimos fueron escritos por Martin du Bellay, y los restantes por su hermano Guillaume de Langeay; por eso Montaigne escribe en plural «señores du Bellay» después de haber hablado de un solo autor. (C.) <<

CAPÍTULO XII. APOLOGÍA DE RAIMUNDO SABUNDE
[UN COMPENDIO]

[86] Llamado también *Sebón, Sebeide, Sabonde* o *de Sabonde*; se ignora el año de su nacimiento; murió en Toulouse, en 1432, donde profesó la medicina y la teología. Véase, en *La Ciencia Española*, de Menéndez Pelayo, el capítulo sobre «la patria de Raimundo Sabunde». <<

[87] *Nam cupide conculcatur nimis ante metutum*. LUCRECIO, I, 5, v. 1140. <<

[88] En París, en la imprenta de Gabriel Buon, 1569. <<

[89] *Illisos fluctus rupes ut vasta refundit, / et varias circum latrantes dissipat undas / mole sua.* (Versos imitados de VIRGILIO, *Eneid*., VII, 587, compuestos por un anónimo en loor de Ronsard.) <<

[90] Evangelio de SAN MATEO, XVII, 19. <<

[91] *Brevis est institutio vitae honestae beataeque, si credas*. QUINTILIANO, XII, 11. Montaigne interpreta a su manera el texto de Quintiliano. (J. V. L.) <<

[92] *Non jam se moriens dissolvi conquereretur; / sed magis ire foras, vestemque relinquere, ut anguis, / gauderet, praelonga senex aut cornua cervus*. LUCRECIO, III, 612. <<

[93] SAN PABLO, Epístola de los Filipenses. <<

[94] Epístola a los Romanos. <<

[95] *Atque adeo faciem caeli non invidet orbi / ipse Deus, vultusque suos, corpusque recludit / semper volvendo; seque ipsum inculcat, et offert: / ut bene cognosci possit, doceatque videndo / qualis eat, doceatque suas attendere leges*. MANILIO, IV, 907. <<

[96] *Si melius quid habes, accerse; vel imperium fer*. HORACIO, *Epíst.*, I, 5, 6. <<

[97] [γρ γρνειν θες μγα λλν, αυτν en el original. *(N. del E.)*] <<

[98] «Porque Dios no quiere que nadie se enorgullezca si no es él.» Así habla Artaban a Jerjes en la historia de HERODOTO, VII, 10. <<

[99] *Deus superbis resistit, humilibus autem dat gratia*. 1.ª *Epíst.* S. PETRI, c. V, v. 5. <<

[100] SAN PABLO, *Carta a los Colosenses*. <<

[101] SAN PABLO, *Carta a los Corintios*. <<

[102] *Quorum igitur causa quis dixerit effectum esse mundum? Eorum scilicet animantium, quae ratione utuntur; hi sunt dii et homines, quibus profecto nihil est melius*. El estoico Balbo, que en la obra de CICERÓN, *De nat. deor.*, habla así: *Quorum igitur*, etc. <<

[103] *Cum suspicimus magni caelestia mundi / templa super, stellisque micantibus aethera fixum, / et venit in mentem lunae solisque viarum*. LUCRECIO, V, 1203. <<

[104] *Facta etenim et vitas hominum suspendit ab astris*. MANILIO, *Astronomica*, III, 58. <<

[105] *Speculataque longe / deprendit tacitis dominantia legibus astra, / et totum alterna mundum ratione moveri, / factorumque vices certis discernere signis*. MANILIO, I, 60. <<

[106] *Quantaque quam parvi faciant discrimina motus. / Tantum est hoc regnum, quod regibus imperat ipsis*. MANILIO, I, 55; IV, 93. <<

[107] *Furit alter amore, / et pontum tranare potest, et vertere Troiam: / alterius sors est scribendis legibus apta. / Ecce patrem nati perimunt, natosque parentes; / mutuaque armati coeunt in vulnera fratres. / Non nostrum hoc bellum est; coguntur tanta movere, / inque suas ferri poenas, lacerandaque membra. / […] / Hoc quoque fatale est, sic ipsum expendere fatum*. MANILIO, IV, 79, 118. <<

[108] *Quae molitio, quae ferramenta, qui vectes, quae machinae, qui ministri tanti operis fuerunt?* CICERÓN, *De nat. deor.*, I, 8. <<

[109] *Quae sunt tantae animi angustiae*. CICERÓN, en *De natura deorum*, I, 31. <<

[110] *Inter caetera mortalitatis incommoda, et hoc est, caligo mentium; nec tantum necessitas errandi, sed errorum amor.* Puede leerse en SÉNECA, *De Ira*, II, 9. <<

[111] *Corruptibile corpus aggravat animam, et deprimit terrena inhabitalio sensum multa cogitantem*. Libro *de la Sabiduría*, IX, 15, citado por san Agustín, *De Civit. Dei*, XII, 15. <<

[112] *Et mutae pecudes, et denique secla ferarum / dissimiles suerunt voces variasque cluere, / Cum metus aut dolor est, aut cum jam gaudia gliscunt.* LUCRECIO, V, 1058. <<

[113] *Non alia longe ratione, atque ipsa videtur / protrahere ad gestum pueros infantia linguae.* LUCRECIO, V, 1020. <<

[114] *E'l silentio ancor suole / haver prieghi e parole*. *Aminta* de TASO, acto II, coro, v. 34. <<

[115] *Non potest aliud alio magis minusve comprehendi, quoniam omnium rerum una est definitio comprehendendi*. Puede leerse en CICERÓN, *Academica*, II, 41. <<

[116] *Mulciber in Trojam, pro Troja stabat Apollo*. Puede leerse en OVIDIO, *Tristia*, I, 2, 5. <<

[117] *Inter visa vera, aut falsa, ad animi assensum, nihil interest*. CICERÓN, *Acad.*, II, 28. <<

[118] *Posterior… res illa reperta / perdit et immutat sensus ad pristina quaeque*. LUCRECIO, V, 1413. <<

[119] *Tales sunt hominum mentes, quali pater ipse / Juppiter auctifera lustravit lampade terras.* Cicerón tradujo estos versos de la *Odisea*, XVIII, 135. <<

[120] Otra causa que induce a error nos domina: las enfermedades, que trastornan el juicio y los sentidos. Y si las grandes lo alteran sensiblemente, no dudo que las pequeñas dejen de producir impresión, proporcionalmente. PASCAL. <<

[121] *Quis sub Arcto / rex gelidae metuatur orae, / quod Tyridatem terreat, unice / securus*. HORACIO, *Od.*, I, 26, 3-6. <<

[122] *Velut minuta magno / deprensa navis in mari, vesaniente vento*. CATULO, *Epig.*, XXV, 12. <<

[123] *Semper Ajax fortis, fortissimus tamen in furore*. CICERÓN, *Tusculanae Disputationes*, IV, 23. <<

[124] *Ut maris tranquillitas intelligitur, nulla, ne minima quidem, aura fluctus commovente: sic animi quietus et placatus status cernitur, quum perturbatio nulla est, qua moveri queat*. CICERÓN, *Tusc.*, V, 6. <<

[125] *Qualis ubi alterno procurrens gurgite pontus, / nunc ruit ad terras scopulisque superjacit undam / spumeus, extremamque sinu perfundit arenam; / nunc rapidus retro, atque aestu revoluta resorbens / saxa, fugit, littusque vado labente relinquit*. VIRGILIO, *Eneida*, XI. 624. <<

[126] *Sic volvenda aetas commutat tempora rerum: / quod fuit in pretio, fit nullo denique honore; / porro aliud succedit, et e contemptibus exit, / inque dies magis appetitur, floretque repertum / laudibus, at miro est mortales inter honore*. LUCRECIO, V, 12, 75. <<

[127] Porque Paracelso trató de echar por tierra las obras de Galeno y Avicena e intentó sustituir con la filosofía hermética las tradiciones de la ciencia antigua. <<

[128] Jacques Peletier, matemático, poeta y gramático; nació en Le Mans, en 1517, y murió en París en 1582. <<

[129] *Nam quod adest praesto, placet, et pollere videtur*. LUCRECIO, V, 1411. <<

[130] Aunque lo que sigue a esta frase parece indicar que por mundo Montaigne entiende el universo, y no la Tierra, véase sin embargo que aquí habla de la Tierra, cuyos límites cree que no se han encontrado todavía, y que Pascal tuvo razón de censurarle este escepticismo como ignorancia. ERNEST HAVET. <<

[131] *Sigillatim mortales, cunctim perpetui*. Puede leerse en APULEYO, *De Deo Socratis*. <<

[132] Esta carta de Alejandro, que no ha llegado a nosotros, era probablemente apócrifa, como las que conocemos de este héroe en que describe sus expediciones de la India. <<

[133] Montaigne amontona aquí todos estos relatos tal y como los encontró en algunas relaciones sin cuidarse de examinar si son reales o ficticios. Pueden leerse detallados, casi de igual modo que en estas páginas se transcriben, en la *Historia de la Conquista de México*, de Solís, y en el *Comentario Real* del Inca Garcilaso de la Vega. (C.) <<

[134] *Et plaga coeli non solum ad robur corporum, sed etiam animorum facit*. VEGECIO, I, 2. <<

[135] *Athenis tenue coelum, ex quo etiam acutiores putantur Attici, crassum Thebis; itaque pingues Thebani, et valentes*. CICERÓN, *De fato.* <<

[136] *Quid enim ratione timemus, / aut cupimus?, quid tam dextro pede concipis, ut te / conatus non poeniteat, votique peracti?* JUVENAL, *Saturae*, X, 4. <<

[137] *Coniugium petimus, partumque uxoris; at illi / notum, qui pueri, qualisque futura sit uxor.* JUVENAL, *Sat.*, X, 352. <<

[138] *Attonitus novitati mali, divesque, miserque / effugere optat opes, et quae modo voverat, odit.* OVIDIO, *Metam.*, XI, 128. <<

[139] *Virga tua, et baculus tuus, ipsa me consolata sunt*. Puede leerse en el Salmo XXII, 4. <<

[140] *Si consilium vis: / permittes ipsis expendere numinibus, quid / conveniat nobis, rebusque sit utile nostris. / Charior est illis homo quam sibi*. JUVENAL, *Sat.*, X, 316. <<

[141] *Qui autem de summo bono dissentit, de tota philosophiae ratione dissentit*. CICERÓN, *De finibus*, V, 5. <<

[142] *Tres mihi convivae prope dissentire videntur, / poscentes vario multum diversa palato: / Quid dem?, quid nom dem? Renuis tu, quod jubet alter; / quod petis, id sane est invisum acidumque duobus*. HORACIO, *Epís*., II, 2, 61. <<

[143] *Nil admirari, prope res est una, Numaci, / solaque, quae possit facere et servare beatum*. HORACIO, *Epís.*, I, 6, 1. <<

[144] Justo Lipsio, que sostuvo con Montaigne relaciones por correspondencia, ha cumplido, por lo menos en parte, este deseo en su obra sobre el estoicismo, titulada *Manuductio ad stoicam philosophiam*. Este trabajo no vio la luz hasta 1601, doce años después de muerto Montaigne, y es probable que no hubiera dejado a este muy satisfecho. (J. V. L.) <<

[145] En efecto, de 1534 a 1558 Montaigne pudo ver a los ingleses, o más bien a la corte de Inglaterra, cambiar cuatro veces de religión. <<

[146] Apolo. <<

[147] En verdad si el hombre la conociera (la justicia), no habría sentado esta máxima, la más general de todas las existentes entre los mortales, de que cada cual siga las costumbres de su país; el resplandor de la verdadera equidad habría sujetado a todos los miembros, y los legisladores no hubieran tomado por modelo, en lugar de esta justicia constante, las fantasías y caprichos de los persas y de los alemanes. La veríamos asentada en todos los Estados del mundo y en todos los tiempos, mientras no vemos casi nada justo o injusto que no cambie de calidad al mudar de clima. Tres grados de elevación sobre el polo echan por tierra toda la jurisprudencia. Un meridiano decide sobre la verdad; en contados años de vigor las leyes fundamentales cambian; el derecho tiene sus épocas. La entrada de Saturno en el signo del león nos señala el origen de tal crimen. ¡Singular justicia la que el curso de un río limita! Verdad aquende los Pirineos, error allende. PASCAL. <<

[148] *Gentes esse feruntur, / in quibus et nato genitrix, et nata parenti / jungitur, et pietas geminato crescit amore*. OVIDIO, *Metamorphoses*, X, 331. <<

[149] *Nihil itaque amplius nostrum est; quod nostrum dico, artis est.* CICERÓN, *De finibus*, V, 21. <<

[150] *Bellum, o terra hospita, portas: / bello armantur equi; bellum haec armenta minantur. / Sed tamen iidem olim curru succedere sueti / quadrupedes, et frena iugo concordia ferre, / spes est pacis*. Puede leerse en VIRGILIO, *Eneida*, III, 539. <<

[151] *Inde furor vulgi; quod numina vicinorum / odit quisque locus, cum solos credat habendos / esse deos, quos ipse colit*. Puede leerse en VENAL, XV, 37. <<

[152] Bartolo, uno de los más célebres jurisconsultos de los tiempos modernos; nació en Sasso-Ferrato, ciudad de Umbría, hacia el año 1313 y murió en Perugia en 1356. Baldo (Bernardino), abad de Guastalla, nació en Urbino en 1553, murió en 1617 y fue uno de los hombres más sabios de su tiempo. <<

[153] *Et obscaenas voluptates, si natura requirit, non genere, aut loco, aut ordine, sed forma, aetate, figura, metiendas Epicurus putat… Ne amores quidem sanctos a sapiente alienos esse arbitrantur… Quaeramus, ad quam usque aetatem iuvenes amandi sint.* CICERÓN, *Tusc. quaest.*, V, 33. «Los estoicos opinan que no debe privarse al sabio de los placeres honestos del amor.» CICERÓN, *De finibus bonorum et malorum*, III, 90. «Investiguemos, dicen los estoicos, hasta qué edad es lícito amar a las jóvenes.» SÉNECA, *Epist.*, 123. <<

[154] *Maechus es Aufidiae, qui vir, Corvine, fuisti: / rivalis fuerat qui tuus, ille vir est. / Cur aliena placet tibi, que tua non placet uxor? / numquid securus non potes arrigere?* MARCIAL, III, 70. <<

[155] *Nullus in urbe fuit tota, qui tangere vellet / uxorem gratis, Caeciliane, tuam, / dum licuit: sed nunc, positis custodibus, ingens / turba fututorum est. Ingeniosus homo es.* MARCIAL, I, 74. <<

[156] SAN AGUSTÍN, *De Civit. Dei*, XIV, 20. <<

[157] *Via qua munita fidei / proxima fert humanum in pectus, templaque mentis*. LUCRECIO, V, 103. <<

[158] *Invenies primis ab sensibus esse creatam / notitiam veri, neque sensus posse refelli… / Quid majore fide porro, quam sensus haberi / debet?* LUCRECIO, IV, 479, 483. <<

[159] *An poterunt oculos aures reprehendere, an aures / tactus, an hunc porro tactum sapor arguet oris?, / an confutabunt nares, oculive revincent?* LUCRECIO, IV, 487. <<

[160] *Seorsum cuique potestas / divisa est, sua vis cuique est. Ibid.*, v. 490. <<

[161] *Quidquid id est, nihilo fertur maiore figura, / quam, nostris oculis quam cernimus, esse videtur*. LUCRECIO, *De rerum natura*, V, 577-578. <<

[162] *Nec tamen hic oculis falli concedimus hilum… / Proinde animi vitium hoc oculis adfingere noli*. LUCRECIO, IV, 380, 387. <<

[163] *Proinde, quod in quoque est his visum tempore, verum est. / Et si non potuit ratio dissolvere causam, / cur ea, quae fuerint juxtim quadrata, procul sint / visa rotunda; tamen praestat rationis egentem / reddere mendose causas utriusque figurae, / quam manibus manifesta suis emittere quaequam, / et violare fidem primam, et convellere tota / fundamenta, quibus nixatur vita, salusque: / non modo enim ratio ruat omnis, vita quoque ipsa / concidat extemplo, nisi credere sensibus ausis / praecipitesque locos vitare, et coetera, quae sint, / in genere hoc fugienda!* LUCRECIO, IV, 500. <<

[164] *Extantesque procul medio de gurgite montes, / classibus inter quos liber patet exitus: iidem / apparent, longe divolsi licet, ingens / insula, conjunctis tamen ex his una videtur… / Et fugere ad puppim colles campique videntur, / quos agimus praeter navim, velisque volamus… / Ubi in medio nobis equus acer obhaesit / flumine, equi corpus transversum ferre videtur / vis, et in adversum flumen contrudere raptim*. LUCRECIO, IV, 398-399, 421. <<

[165] *Auferimur cultu; gemmis, aurorque teguntur / crimina: pars minima est ipsa puella sui. / Saepe, ubi sit quod ames, inter tam multa requiras: / decipit hac oculos aegide dives amor.* OVIDIO, *De Remed. amor.*, I, 343. <<

[166] *Cunctaque miratur, quibus est mirabillis ipse; / se cupit imprudens; et qui probat, ipse probatur; / dumque petit, petitur; pariterque accendit, et ardet*. OVIDIO, *Metam.*, III, 424. <<

[167] *Oscula dat, reddique putat: sequiturque, tenetque, / et credit tactis digitos insidere membris; / et metuit, pressos veniat ne livor in artus*. OVIDIO, *Metam.*, X, 256. <<

[168] Colocad al filósofo mayor del mundo sobre una tabla más ancha y resistente de lo que haya menester para que le soporte, y si tiene bajo sus plantas un precipicio, aun cuando su razón le convenza de que está seguro, la imaginación prevalecerá. Muchos no podrían pensar en tal situación sin transpirar y palidecer. PASCAL. <<

[169] *Ut despici sine vertigine simul oculorum animique non possit*. TITO LIVIO, XLIV, 6. <<

[170] *Fit etiam saepe specie quadam, saepe vocum gravitate et cantibus, ut pellantur animi vehementius; saepe etiam cura et timore*. CICERÓN, *De divinat.*, I, 37. <<

[171] *Et solem geminum, et duplices se ostendere Thebas*. VIRGILIO, *Eneida*, IV, 470. <<

[172] *Multimodis igitur pravas turpesque videmus / esse in delitiis, summoque in honore vigere*. LUCRECIO, IV, 1152. <<

[173] *In rebus quoque apertis noscere possis, / si non advertas animum, proinde esse, quasi omni / Tempore semotae fuerint, longeque remotae*. LUCRECIO, IV, 812. <<

[174] *Tantaque in his rebus distantia, differitasque est, / ut quod alis cibus est, aliis fuat acre venenum, / saepe etenim serpens, hominis contacta saliva, / disperit, ac sese mandendo conficit ipsa.* LUCRECIO, IV, 633. <<

[175] *Lurida preaterea fiunt, queacunque tuentur / arquati*. LUCRECIO, IV, 333. <<

[176] *Bina lucernarum florentia lumina flammis… / Et duplices hominum facies, et corpora bina*. LUCRECIO, IV, 451. <<

[177] *Et vulgo faciunt id lutea russaque vela, / Et ferruginea, cum, magnis intenta theatris / Per malos volgata trabesque, trementia pendent: / Namque ibi concessum caveai subter, et omnem / Scenai, speciem, patrum, matrumque, deorumque / Inficiunt, coguntque suo volitare colore*. LUCRECIO, IV, 73 <<

[178] *Ut cibus in membra atque artus cum diditur omnes, / disperit, atque aliam naturam sufficit ex se*. LUCRECIO, III, 728. <<

[179] *Denique ut in fabrica, si prava est regula prima, / normaque si fallax rectis regionibus exit, / et libella aliqua si ex parte claudicat hilum; / omnia mendose fieri, atque obstipa necessum est, / prava, cubantia, prona, supina, atque absona tecta: / jam ruere ut quaedam videantur velle, ruantque / prodita judiciis fallacibus omnia primis: / Hic igitur ratio tibi rerum prava necesse est, / falsaque sit, falsis quaecumque a sensibus orta est*. LUCRECIO, IV, 514. <<

[180] Bogamos en un vasto elemento, siempre inciertos y flotantes, empujados de un extremo al opuesto. Cualesquiera que sea el término donde pensemos asirnos y afirmarnos, al punto se tambalea y nos abandona; y si lo seguimos, escapa a nuestras acometidas, se nos desliza y huye eternamente. Nada se detiene para nosotros. Este es nuestro estado natural, y sin embargo el más contrario a nuestra inclinación: ardemos en deseos de encontrar una postura firme y una última base constante, para sobre ella edificar una torre que se eleve al infinito; pero todo nuestro fundamento cruje, y la tierra se abre hasta los abismos. PASCAL. <<

[181] Todo este pasaje, a excepción de los versos de Lucrecio, lo transcribe Montaigne al pie de la letra de la traducción de Plutarco, de Amyot. (*Sobre la palabra El*, c. 12.) <<

[182] *Mutat enim mundi naturam totius aetas, / ex alioque alius status excipere omnia debet; / nec manet ulla sui similis res: omnia migrant, / Omnia commutat natura, et vertere cogit.* LUCRECIO, V, 826. <<

[183] Aquí Plutarco no hace sino transcribir y desarrollar estas palabras del *Timeo*: «Nos engañamos al decir, hablando de la eterna esencia, Fue o Será; estas formas del tiempo no convienen a la eternidad. Es: he aquí su atributo. Nuestro pasado y nuestro porvenir son dos movimientos, y lo inmutable no puede ser de la víspera ni del día siguiente; no puede decirse que fue ni que será. Los accidentes de las criaturas sensibles no se hicieron para lo que no cambia y los instantes que se calculan no son sino un vano simulacro de lo que es siempre». (J. V. L.) <<

[184] De SÉNECA, *Natur., quaest.*, I, en *Praefatione.* <<

CAPÍTULO XIII. DEL JUZGAR DE LA MUERTE AJENA

[185] *Provehimur portu, terraeque urbesque recedunt*. VIRGILIO, *Eneid.*, III, 72. <<

[186] *Jamque caput quassans, grandis suspirat arato… / Et cum tempora temporibus praesentia confert / Praeteritis, laudat fortunas saepe parentis, / Et crepat antiquum genus ut pietate repletum*.LUCRECIO, II, 1165. <<

[187] *Tot circa unum caput tumultuantes deos.* SÉNECA, *Suasor.*, I, 4. <<

[188] *Italiam si, caelo authore, recusas, / Me pete: sola tibi causa haec est justa timoris, / Vectorem non nosse tuum; perrumpe procellas, / Tutela secure mei*. LUCANO, V, 579. <<

[189] *Credit jam digna pericula Caesar* / *Fatis esse suis: Tantusque evertere, dixit,* / *Me superis labor est, parva quem puppe sedentem* / *Tam magno petiere mari?* LUCANO, V, 653. <<

[190] *Ille etiam extincto miseratus Caesare Romam, / Cum caput obscura nitidum ferrugine texit*. VIRGILIO, *Georg.*, I, 466. <<

[191] *Non tanta caelo societas nobiscum est, ut nostro fato mortalis sit ille quoque siderum fulgor.* PLINIO, *Nat. Hist.*, II, 8. <<

[192] Calígula. <<

[193] *Vidimus et toto quamvis in corpore caeso* / *Nil animae letale datum, moremque nefandae* / *Durum saevitiae, pereuntis parcere morti*. LUCANO, IV, 178. <<

[194] *Impiger… et fortis virtute coacta*. LUCANO, IV, 798. <<

[195] *Emori nolo, sed me esse mortuum nihili aestimo*. CICERÓN, *Tusc. quaest.*, I, 8. (Trad. de un verso de Epicarmes.) <<

[196] *Invitum qui servat, idem facit occidenti*. HORACIO, *De arte poet.*, 467. <<

CAPÍTULO XVI. DE LA GLORIA

[197] *Gloria in excelsis Deo, et in terra pax hominibus.* SAN LUCAS, Evangelio II, 14. <<

[198] *Deça vers nous, deça, ô très louable Ulisse, / Et le plus grand honneur dont la Grece fleurisse*. Versos traducidos de la *Odisea*, XII, 184. <<

[199] *Gloria quantalibet quid erit, si gloria tantum est*. JUVENAL, *Sat.* VIII, v. 81. <<

[200] *Paulum sepultae distat inertiae* / *Celata virtus*. HORACIO, *Od.*, IV, 9, 29. <<

[201] *Meminerint Deum se habere testem, id est (ut ego arbitror), mentem suam.* CICERÓN, *De offic.*, III, 10. <<

[202] *Profecto fortuna in omni re dominatur: ea res cunctas ex libidine magis, quam ex vero, celebrat obscuratque.* SALUSTIO, *Bell. Calilin.*, c. 8. <<

[203] *Quasi non sit honestum quod nobilitatum non sit.* CICERÓN, *De offic.*, I. 4. <<

[204] *Vera et sapiens animi magnitudo, honestum illud, quod maxime naturam sequitur, in factis positum, non in gloria, judicat*. CICERÓN, *De offic.*, I, 19. <<

[205] *Gloria nostra est testimonium conscientioe nostroe.* SAN PABLO, *Epist. ad Corinth.*, II, 1, 12. <<

[206] *Credo che'l resto, di quel verno cose* / *Facesse degne di tenerne conto,* / *Ma fur sin'a quel tempo si nascose,* / *Che non è colpa mia s'hor' non le conto:* / *Perchè Orlando a far' opre virtuose,* / *Piú ch'a narrarle poi, sempre era pronto,* / *Nè mai fu alcun' de suoi fatti espresso,* / *Senon quando hebbe i testimonii apresso*. ARIOSTO, *Orlando*, canto XI, estancia 81. <<

[207] *Virtus, repulsae nescia sordidae, / Intaminatis fulget honoribus; / Nec sumit aut ponit secures / Arbitrio popularis aurae*. HORACIO, *Od.* III, 2, 17. <<

[208] *Non emolumento aliquo, sed ipsius honestatis decore*. CICERÓN, *De finibus*, I, 10. <<

[209] *An quidquam stultius quam, quos singulos contemnas, eos aliquid putare esse universos?* CICERÓN, *Tusc. quaest.*, V, 36. <<

[210] *Nil tam inoestimabile est quam animi multitudinis.* TITO LIVIO, XXXI, 34. <<

[211] *Ego hoc judico, si quando turpe non sit, tamen non esse non turpe, quum id a multitudine laudetur.* CICERÓN, *De finibus*, II, 15. <<

[212] *Dedit hoc providentia hominibus munus, ut honesta magis juvarent.* QUINTILIANO, *Inst. oral.*, I, 12. <<

[213] *Risi successu posse carere dolos*. OVIDIO, *Heroid.*, I, 18. <<

[214] *Laudari haud metuam, neque enim mihi cornea fibra est; / Sed recti finemque, extremumque esse recuso, / Euge tuum, et belle*. PERSIO, *Sal.* I, 47. <<

[215] *Falsus honor juvat, et mendax infamia terret / Quem, nisi mendosum et mendacem?* HORACIO, *Epist.*, I, 16, 39. <<

[216] *Non, quicquid turbida Roma* / *Elevet, accedas; examenque improbum in illa* / *Castiges trutina: nec te quaesiveris extra*. PERSIO, *Sat.* I, 5. <<

[217] *Nunc levior cyppus non imprimit ossa? / Laudat posteritas; nunc non e manibus illis. / Nunc non e tumulo, fortunataque favilla, / Nascuntur violae?* PERSIO, *Sat.*, I, 37. <<

[218] *Casus multis hic cognitus, ac jam / Tritus, et e medio fortunae ductus acervo*. JUVENAL, *Sat.*, XIII, 9. <<

[219] *Ad nos vix tenuis famae perlabitur aura*. VIRGILIO, *Eneid.*, VII, 646. <<

[220] *Quos fama obscura recondit*. VIRGILIO, *Eneid.*, V, 302. <<

[221] *Recte facti, fecisse merces est.* SÉNECA, *Epist.*, 81. *Officii fructus, ipsum officium est.* CICERÓN, *De finibus,* II, 22. <<

[222] Sócrates. <<

[223] *Ut tragici poetae confugiunt ad deum, cum explicare argumenti exitum non possunt.* CICERÓN, *De nat. deor.*, I, 20. <<

[224] *In ferrum mens prona viris, animaeque capaces* / *Mortis, et ignavum est rediturae parcere vitae*. LUCANO, I, 461. <<

[225] *Ut enim consuetudo loquitur, id solum dicitur honestum, quod est populari fama gloriosum.* CICERÓN, *De finib.*, II, 15. <<

[226] *Quae, quia non liceat, non facit, illa facit*. OVIDIO, *Amor*, III, 4, 4. <<

CAPÍTULO XVII. DE LA PRESUNCIÓN

[227] *Ille velut fidis arcana sodalibus olim* / *Credebat libris, neque si male cesserat, usquam* / *Decurrens alio, neque si bene: quo fit, ut omnis* / *Votiva pateat veluti descripta tabella* / *Vita senis*. HORACIO, *Sat.*, II, 1, 3. <<

[228] *Nec id Rutilio et Scauro citra fidem, aut obtrectationi fuit.* TÁCITO, *Agricola*, c. 1. <<

[229] *Mediocribus esse poetis / Non dii, non homines, non concessere columnae*. HORACIO, *De arte poet.*, v. 372. <<

[230] *Verum* / *Nil securius est malo poeta*. MARCIAL, XII, 63, 13. <<

[231] *Cum relego, scripsisse pudet; quia plurima cerno, / Me quoque, qui feci, judice, digna lini*. OVIDIO, *Cartas del Ponto*, I, 5, 15. <<

[232] *Si quid enim placet, / Si quid dulce hominum sensibus influit, / Debentur lepidis omnia Gratiis*. PÍNDARO, *Olímpicas*, XIV, en la traducción latina de Nicolas Kessueur (1575). <<

[233] *Brevis esse laboro, / Obscurus fio*. HORACIO, *De art. poetic.*, v. 25. <<

[234] *Agros divisere atque dedere* / *Pro facie cujusque, et viribus, ingenioque;* / *Nam facies multum valuit, viresque vigebant*. LUCRECIO, V, 109. <<

[235] *Ipse inter primos praestanti corpore Turnus / Vertitur arma tenens, et toto vertice supra est*. VIRGILIO, *Eneida*, VII, 783. <<

[236] *Speciosus forma proe filiis hominum*. Salmos, XLV, 3. <<

[237] *Unde rigent setis mihi crura, et pectora villis*. MARCIAL, II, 36, 5. <<

[238] *Minutatim vires et robur adultum / Frangit, et in partem pejorem liquitur aetas*. LUCRECIO, II, 11, 31. <<

[239] *Singula de nobis anni praedantur euntes*. HORACIO, *Epist.*, II, 55. <<

[240] *Molliter austerum studio fallente laborem*. HORACIO, *Sat.*, II, 2, 12. <<

[241] *Tanti mihi non sit opaci* / *Omnis arena Tagi, quodque in mare volvitur aurum*. JUVENAL, *Sat.*, III, 54. <<

[242] *Non agimur tumidis ventis Aquilone secundo, / Non tamen adversis aetatem ducimos austris; / Viribus, ingenio, specie, virtute, loco, re, / Extremi primorum, extremis usque priores*. HORACIO, II, 2, 201. <<

[243] *Haec nempe supersunt, / Quae dominum fallant, quoe prosint furibus*. HORACIO, *Epist.*, I, 6, 45. <<

[244] *Dubia plus torquent mala*. SÉNECA, *Agamemnon*, acto III, esc. I, v. 29. <<

[245] *Spem pretio non emo*. TERENCIO, *Adel.*, acto I, escena III, v. 11. <<

[246] *Alter remus aquas, alter tibi radat arenas*. PROPERCIO, III, 3, 23. <<

[247] *Capienda rebus in malis praeceps via est*. SÉNECA, *Agamemnon*, acto II, esc. I, v. 47. <<

[248] *Cui sit conditio dulcis sine pulvere palmae*. HORACIO, *Epist.* I, 1, 51. <<

[249] *Turpe est, quod nequeas, capiti committere pondus* / *Et pressum inflexo mox dare terga genu*. PROPERCIO, III, 3, 5. <<

[250] *Nunc, si depositum non inficiatur amicus, / Si reddat veterem cum tota aerugine follem, / Prodigiosa fides, et Tuscis digna libellis, / Quaeque coronata lustrari debeat agna*. JUVENAL, III, 60. <<

[251] *Nihil est tam populare, quam bonitas.* CICERÓN, *Pro Ligario*, c. 12. <<

[252] Máxima favorita de Luis XI. <<

[253] *Quo quis versutior et callidior est, hoc invisior et suspectior, detracta opinione probitatis*. CICERÓN, *De offic.*, II, 9. <<

[254] *Plenus rimarum sum, hac atque illac effuo*. TERENCIO, *Eunuch*., acto I, esc. II, v. 25. <<

[255] *Memoria certe non modo philosophiam, sed omnis vitae usum, omnesque artes, una maxime continet*. CICERÓN, *Acad.*, II, 7. <<

[256] *Nasutus sis usque licet, sis denique nasus, / Quantum noluerit ferre rogatus Athlas, / Et possis ipsum tu deridere Latinum, / Non potes in nugas dicere plura meas, / Ipse ego quam dixi: quid dentem dente juvabit / Rodere? carne opus est, si satur esse velis. / Ne perdas operam: qui se mirantur, in illos / Virus habe; nos haec novimus esse nihil*. MARCIAL, II, 13. <<

[257] *Nè si, nè no, nel cor mi suona intero*. PETRARCA, edición de Gab. Giolito. Venecia, 1557. <<

[258] *Dum in dubio est animus, paulo momento huc atque* / *Illuc impellitur*. TERENCIO, *Andr.*, acto I, esc. VI, v., 32. <<

[259] *Sors cecidit super Mathiam. Act. Apost.*, I, 26. <<

[260] *Ipsa consuetudo assentiendi periculosa esse videtur, et lubrica.* CICERÓN, *Acad.*, II, 21. <<

[261] *Justa pari premitur veluti cum pondere libra / Prona, nec hac plus parte sedet, nec surgit ab illa*. TIBULO, IV, 41. <<

[262] *Caedimur, et totidem plagis consumimus hostem*. HORACIO, *Epist.* II, 2, 97. <<

[263] *Numquam adeo foedis, adeoque pudendis / Utimur exemplis, ut non pejora supersint*. JUVENAL, VIII, 183. <<

[264] *Mihi nempe valere et vivere doctus*. LUCRECIO, V, 959. <<

[265] *Nemo in sese tentat descendere*. PERSIO, IV, 23. <<

[266] *Omnino si quidquam est decorum, nihil est profecto magis, quam aequabilitas universae vitae, tum singularum actionum; quam conservare non possis, si aliorum naturam imitans, omittas tuam.* CICERÓN, *De offic.*, I, 31. <<

[267] *Faciasne, quod olim / Mutatus Polemon? ponas insignia morbi, / Fasciolas, cubital, focalia; potus ut ille / Dicitur ex collo furtim carpsisse coronas, / Postquam est impransi correptus voce magistri?* HORACIO, *Sat.*, II, 3, 253. <<

[268] *Plus sapid vulgus, quia tantum, quantum opus est, sapit.* LACTANCIO, *Div. Instit.*, III, 5. <<

CAPÍTULO XXX. DE UNA CRIATURA MONSTRUOSA

[269] *Ut, quum facta sunt, tum ad conjecturam aliqua interpretatione revocantur*. CICERÓN, *De divinat.*, II, 31. <<

[270] *Quod crebro videt; non miratur; etiam si, cur fiat, nescit. Quod ante non vidit, id, si eveneri, ostentum esse censet*. CICERÓN, *De divinat*., II, 28. <<

CAPÍTULO XXXVII. DE LA SEMEJANZA ENTRE PADRES E HIJOS

[271] *Debilem facito manu, / Debilem pede, coxa; / Lubricos quate dentes: / Vita dum superest, bene est*. Versos de Mecenas, en la *Epist.* 101 de SÉNECA. <<

[272] *Summum nec metuas diem, nec optes*. MARCIAL, *Epigramas* X, 47. <<

[273] *Pugiles etiam, quum feriunt, / in jactandis caestibus ingemiscunt, quia profundenda voce omne corpus intenditur, venitque plaga vehementior*. CICERÓN, *Tusc. Quaest.*, II, 23. <<

[274] *Ejulatu, questu, gemitu, fremitibus Resonando, multum flebiles voces refert*. Versos de Atio citados en dos pasajes de CICERÓN, *De finibus*, II, 29; *Tusc. Quaest.*, II, 14. <<

[275] *Laborum* / *Nulla mihi nova nunc facies inopinaque surgit:* / *Omnia praecepi, atque animo mecum ante peregi*. VIRGILIO, *Eneida*, VI, 103. <<

[276] *Rhedarum transitus arcto* / *Vicorum inflexu*. JUVENAL, III, 236. <<

[277] *Nam Pater omnipotens, aliquem indignatus ab umbris* / *Mortalem infernis ad lumina surgere vitae,* / *Ipse repertorem medicinae talis, et artis,* / *Fulmine Phoebigenam Stygias detrusit ad undas.* VIRGILIO, *Eneid.*, VII, 770. <<

[278] *Ut si quis medicus imperet, ut sumat Terrigenam, herbigradam, domiportam, sanguine cassan*. El verso latino es de CICERÓN, *De divinat.*, II, 64. <<

[279] *Alcon hesterno signum Jovis attigit: ille*, / *Quamvis marmoreus, vim patitur medici.* / *Ecce hodie, jussus transferi ex aede vetusta,* / *Effertur, quamvis sit deus atque lapis*. AUSONIO, *Epigr.*, 74. <<

[280] *Lotus nobiscum est, hilaris coenavit, et idem* / *Inventus mane est mortuus Andragoras.* / *Tam subitae mortis causam, Faustine, requiris?* / *In somnis medicum viderat Hermocratem*. MARCIAL, VI, 53. <<

[281] Panacea muy acreditada en lo antiguo. <<

CAPÍTULO II. DEL ARREPENTIMIENTO

[282] *Quae fuerant vitia, mores sunt*. SÉNECA, *Epist.* 39. <<

[283] *Tuo tibi judicio est utendum… Virtutis et vitiorum grave ipsius concientiae pondus est: qua sublata, jacent omnia* Las primeras palabras están sacadas de las *Tuscalanas* de CICERÓN, I, 25; y la frase siguiente, del tratado *De natura deorum*, III, 35. (C.) <<

[284] *Quae mens est hodie, cur eadem non puero fuit? / Vel cur his animis incolumes non redeunt genae?* HORACIO, *Od.*, VI, 104. <<

[285] *Sic ubi desuetae silvis in carcere clausae / Mansuevere ferae, et vultus posuere minaces, / Atque hominem didicere pati, si torrida parvus / Venit in ora cruor, redeunt rabiesque furorque, / Admonitaeque tument gustato sanguine fauces; / Fervet, et a trepido vix abstinet ira magistro*. LUCANO, IV, 237. <<

[286] *Nec tam aversa unquam videbitur ab opere suo Providentia ut debilitas inter optima inventa sit*. QUINTILIANO, *Inst. oral*., V, 12. <<

CAPÍTULO III. DE TRES COMERCIOS

[287] *Huic versatile ingenium sic pariter ad omnia fuit, ut natum ad id unum diceres, quodcumque ageret*. TITO LIVIO, XXXIX, 40. <<

[288] *Vitia otii negotio discutienda sunt*. SÉNECA, *Epist.* 36. <<

[289] *Quibus vivere est cogitare*. CICERÓN, *Tusc. Quaest.*, V. <<

[290] Plutarco. <<

[291] *Narras, et genus AEaci, / Et pugnata sacro bella sub Ilio: / Quo Chium pretio cadum / Mercemur, quis aquam temperet ignibus, / Quo praebente domum, et quota, / Pelignis caream frigoribus, taces*. HORACIO, *Od.*, III, 19, 3. <<

[292] Significan estas palabras hablar un lenguaje culto y rebuscado; textualmente: «hablar en la punta de un tenedor». <<

[293] *Hoc sermone pavent, hoc iram, gaudia, curas, / Hoc cuncta effundunt animi secreta; quid ultra? / Concumbunt docte*. JUVENAL, VI, 189. <<

[294] *De capsula totoe*. SÉNECA, *Epist.* 115. <<

[295] *Nam nos quoque oculos eruditos habemus*. CICERÓN, *Parad.*, V., 2. <<

[296] *Quicumque Argolica de classe Capharea fugit, / Semper ab Euboicis vela retorquet aquis*. OVIDIO, *Trist.*, I, 183. <<

[297] *Neque affectui suo, aut alieno, obnoxiae*. TÁCITO, *Annal.*, XIII, 45. <<

[298] *Magna servitus est magna fortuna*. SÉNECA, *Consolatio ad Polybium*, c. 26. <<

CAPÍTULO VI. DE LOS VEHÍCULOS

[299] *Namque unam dicere causam / Non satis est, verum plures, unde una tamen sit*. LUCRECIO, VI, 704. <<

[300] *Pejus vexabar, quam ut periculum mihi succurreret*. SÉNECA, *Epist*. 53. <<

[301] *Quo timoris minus est, eo minus ferme periculi est*. TITO LIVIO, XX, 5. <<

[302] *Nulla ars in se versatur*. CICERÓN, *De finib. bon. et mal.*, V, 6. <<

[303] *Quo in plures usus sis, minus in multos uti possis… Quid autem est stultius, quam, quod libenter facias, curare ut id diutius facere non possis?* CICERÓN, *De offic.*, II, 15. <<

[304] *Pecuniarum translatio a justis dominis ad alienos non debet liberalis videri*. CICERÓN, *De offic.*, I, 14. <<

[305] *Baltheus en gemmis, en illita porticus auro*. CALPURNIO, *Eglog.*, VII, intitulada *Templum*, v. 47 <<

[306] *Exeat, inquit, / Si pudor est de pulvino surgat equestri, / Cujus res legi non sufficit*; JUVENAL, *Sat.*, II, 153. <<

[307] *Quoties nos descendentis arenae / Vidimus in partes, ruptaque voragine terrae / Emersisse feras, et iisdem saepe latebris / Aurea cum croceo creverunt arbuta libro! / Nec solum nobis silvestria cernere monstra / Contigit; aequoreos ego cum certantibus ursis / Spectavi vitulos, et equorum nomine dignum, / Sed deforme pecus*. CALPURNIO, *Eglog.*, VII, 64. <<

[308] *Quamvis non modico caleant spectacula sole, / Vela reducuntur, cum venit Hermogenes*. MARCIAL, XII, 29, 15. Este Hermógenes era un ladrón famoso. <<

[309] CALPURNIO, *Eglog.*, VII, 53. Montaigne traduce este pasaje antes de citarlo. <<

[310] *Vixere fortes ante Agamemnona / Multi, sed omnes illacrimabiles / Urgentur, ignotique longa / Nocte*. HORACIO, *Odes*, IV, 9, 25. <<

[311] *Et supera bellum Thebanum, et funera Trojae, / Multi alias alii quoque res cecinere poetae*. LUCRECIO, *De rerum natura*, V, 327. <<

[312] *Si interminatam in omnes partes magnitudinem regionum videremus et temporum, in quam se injiciens animus et intendens, ite late longeque peregrinatur, ut nullam oram ultimi videat, in qua possit insistere: in hac immensitate… infinita vis innumerabilium appareret formarum.* CICERÓN, *De nat. deorum*, I, 20. Montaigne ha modificado el texto de Cicerón, añadiendo *et temporum* y sustituyendo *appareret formarum* por *volitat atomorum*. <<

[313] *Jamque adeo est affecta aetas, affectaque tellus*. LUCRECIO, *De rerum natura*, II, 1151. <<

[314] *Verum, ut opinor, habet novitatem summa, recensque / Natura est mundi, neque pridem exordia cepit: / Quare etiam quaedam nunc artes expoliuntur, / Nunc etiam augescunt; nunc addita navigiis sunt / Multa*. LUCRECIO, *De rerum natura*, V, 331. <<

[315] Véase lib. I, cap. XXXI. <<

[316] Cuauhtémoc. <<

CAPÍTULO VIII. DEL ARTE DE CONVERSAR

[317] *Nonne vides, Albi ut male vivat filius utque / Barrus inops? magnum documentum, ne patriam rem / Perdere quis velit*. HORACIO, *Sat.*, I, 4, 109. <<

[318] *Neque enim disputari, sine reprehensione potest.* CICERÓN, *De finibus bonis et malis,* I, 8. <<

[319] *Nihil sanantibus litteris.* SÉNECA, *Epist.* 59. <<

[320] *Nec ad melius vivendum, nec ad commodius disserendum.* CICERÓN, *De finibus*, I, 29. Así pensaba Epicuro de la dialéctica de los estoicos, al decir de Cicerón. (C.) <<

[321] *Sub aliena umbra latentes*. SÉNECA, *Epist.* 33. <<

[322] Heráclito. <<

[323] *Stercus cuique suum bene olet*. Proverbio latino. <<

[324] *Age si haec non insanit satis sua sponte; instiga*. TERENCIO, *Andr.* acto IV, esc. II, v. 3. <<

[325] *Rarus enim ferme sensus communis in illa / Fortuna*. JUVENAL, VIII, 73. <<

[326] *Humani qualis simulator simius oris, / Quem puer arridens pretioso stamine serum / Velavit, nudasque nates ac terga reliquit, / Ludibrium mensis*. CLAUDIANO, *In Eutrop.*, I, 303. <<

[327] *Principis est virtus maxima, nosse suos*. MARCIAL, VIII, 5. <<

[328] *Fata viam inveniunt*. VIRGILIO, *Eneida*, III, 395. <<

[329] *Permitte divis cetera*. HORACIO, *Od.*, I, 8, 9. <<

[330] *Vertuntur species animorum, et pectora motus / Nunc alios, alios, dum nubila ventus agebat, / Concipiunt*. VIRGILIO, *Georg.*, I, 420. <<

[331] *Ut quisque fortuna utitur, / Ita praecellet; atque exinde sapere illum omnes dicimus.* PLAUTO, *Pseudol.*, II, 3, 13. <<

[332] *Videndum est, non modo quid quisque loquatur, sed etiam quid quisque sentiat, atque etiam qua de causa quisque sentiat*. CICERÓN, *De officiis*, 1, 41. <<

[333] *Ablatum mediis opus est incubidus istud*. OVIDIO, *Trist.*, 4, 6, 29. <<

[334] *Beneficia eo usque laeta sunt, dum videntur exsolui posse; ubi multum antevenere, pro gratia odium redditur*. TÁCITO, *Annal.*, IV, 18. <<

[335] *Nam qui putat esse turpe non reddere, non vult esse cui reddat*. SÉNECA, *Epist*. 81. <<

[336] *Qui se non putat satisfacere, amicus esse nullo modo potest*. QUINTO CICERÓN, *De petitione consulatus*, c. 9. <<

[337] *Equidem plura transcribo, quam credo; nam nec affirmare sustineo, de quibus dubito, nec subducere, quae accepi*. QUINTO CURCIO, IX, I. <<

[338] *Haec neque affirmare, neque refellere operae pretium est… famae rerum standum est.* TITO LIVIO, I, *Praefet.*, y VIII, 6. <<

CAPÍTULO XII. DE LA FISONOMÍA

[339] *Servare modum, finemque tenere, / Naturamque sequi*. LUCANO, hablando de Catón, II, 381. <<

[340] *Ut omnium rerum, sic literarum quoque, intemperantia laboramus*. SÉNECA, *Epist.* 106. <<

[341] *Paucis opus est litteris ad mentem bonam*. SÉNECA, *Epist.* 106. <<

[342] *Quae magis gustata, quam potata, delectant*. CICERÓN, *Tusc. Quaest.*, V, 5. <<

[343] *Ubi non ingenii, sed animi negotium agitur*. SÉNECA, *Epist.* 75. <<

[344] *Magnus animus remissius loquitur, et securius… no est alius ingenio, alius animo color.* SÉNECA, *Epist.* 115, 114. <<

[345] *Simplex illa et aperta virtus in obscuram et solertem scientiam versa est*. SÉNECA, *Epist.* 95. <<

[346] *Non armis, sed vitiis certatur*. TITO LIVIO, *Historia romana*, XXIX, 8, 7. <<

[347] *Hostis adest dextra levaque a parte timendus, / Vicinoque malo terret utrumque latus*. OVIDIO, *Pónticas*, I, 3, 57. <<

[348] *Notre mal s’empoisonne / Du secours qu’on lui donne.* <<

[349] *Exsuperat magis, aegresciit que medendo*. VIRGILIO, *Eneid.*, XII, 46. <<

[350] *Omnia fanda, nefanda, malo permista furore, / Justificam nobis mentem avertere deorum*. CATULO, *De Nuptiis Pelei et Thetitidos*, v. 405. <<

[351] *Hunc saltem everso juvenem succurrere seclo / Ne prohibite!* VIRGILIO, *Georg.*, I, 500. <<

[352] *Nihil in speciem fallacius, quam prava relligio, ubi deorum numen praetenditur sceleribus*. TITO LIVIO, XXXLX, 15. <<

[353] *Undique totis / usque adeo turbatur agris*. VIRGILIO, *Eglog.*, I, 11. <<

[354] *Quae nequeunt secum ferre aut abducere, perdunt; / Et cremat insontes turba scelesta, casas*. OVIDIO, *Trist.*, III, 10. 65. *Muris nulla fides, squallent populatibus agri*. CLAUDIANO, *In Eutrop.*, I, 244. <<

[355] *Perspicuitas enim argumentatione elevatur*. CICERÓN, *De nat. deor.*, III, 4. <<

[356] *Sit mihi, quod nunc est, etiam minus; ut mihi vivam / Quod superest aevi, si quid superesse volent dii*. HORACIO, *Epist.*, I, 18, 107. <<

[357] *Potentissimus est, qui se habet in potestate*. SÉNECA, *Epist.* 90. <<

[358] *Tantum ex publicis malis sentimus, quantum ad privatas res pertinet*. TITO LIVIO, XXX, 44. <<

[359] *Mista senum et juvenum densantur funera; nullum / Saeva caput Proserpina fugit*. HORACIO, *Od.*, I, 28, 29. <<

[360] *Videas desertaque regna / Pastorum, et longe saltus lateque vacantes*. VIRGILIO, *Georg.*, III, 476. <<

[361] *Exilia, tormenta, bella, morbos, naufragia meditare… ut nullo sis malo tiro*. SÉNECA, *Epist.* 91, 107. <<

[362] *Parem passis tristitiam facit, pati posse?* SÉNECA, *Epist.* 74. <<

[363] *Curis acuens mortalia corda*. VIRGILIO, *Georg.*, I, 123. <<

[364] *Minus afficit sensus fatigatio, quam cogitatio*. Quintil., *Inst. Orat.*, I, 12. <<

[365] *Incertam frustra, mortales, funeris horam / Quaeritis, et qua sit mors aditura via. // Poena minor, certam subito perferre ruinam; / Quod timeas, gravius sustinuisse diu*. Los dos primeros versos son de PROPERCIO, II, 27, I, del pasaje donde se lee *At vos incertam*. Los otros dos son del PSEUDO-GALO (Maximiano), *Elegías*, I, 277-278. (N.). <<

[366] *Tota philosophorum vita commentatio mortis est*. CICERÓN, *Tusc. Quaest.*, I, 30. <<

[367] *Quo me cumque rapit tempestas, deferor hospes*. HORACIO, *Epist.* I, 1, 15. <<

[368] *Plus dolet, quam necesse est, qui ante dolet, quam necesse est*. SÉNECA, *Epist.* 95. <<

[369] *Odisea*, XIX, 163. <<

[370] OVIDIO, *Fastos*, I, 380. Las palabras siguientes traducen este pasaje. <<

[371] *Mille animas una necata dedit*. LUCRECIO, II, 74. <<

[372] *Ipsi animi, magni refert, quali in corpore locati sint; multa enim e corpore existunt, quae acuant mentem; multa, quae obtundant*. CICERÓN, *Tusc. Quaest.*, I, 33. <<

[373] *Quid dixi, habere me? Imo habui, Chreme*. TERENCIO, *Heaut.*, acto I, escena I, v. 42. <<

[374] *Heu! tantum attriti corporis ossa vides.* PSEUDO-GALO (Maximiano), *Elegías*, I, 238. <<

[375] *Tunc animis opus, Aenea, tunc pectore firmo*. VIRGILIO, *Eneida*, VI, 264. <<

[376] *Jam prece Pollucis, jam Castoris implorata*. CATULO, *Carm.*, LXVI, 63. <<

[377] *Ut magis peccari nolim, quam satis animi ad vindicanda peccata habeam*. TITO LIVIO, XXIX, 21. <<

CAPÍTULO XIII. DE LA EXPERIENCIA

[378] *Por varios usus artem experientia fecit, / Exemplo monstrante viam.* MANILIO, I, 59. <<

[379] Quizá algún fabricante de naipes de la época. <<

[380] *Ut olim flagitiis, sic nunc legibus laboramus*. TÁCITO, *Annal.*, III, 25. <<

[381] *Confusum est, quidquid usque in pulverem sectum est*. SÉNECA, *Epist.* 89. <<

[382] *Difficultatem facit doctrina*. QUINTIL, *Inst. orat.*, X, 3. Montaigne cita las mismas palabras de Quintiliano, pero les da un sentido diferente. <<

[383] Jurisconsulto romano. <<

[384] Jurisconsultos italianos del siglo XVI. <<

[385] Proverbio griego y latino. *El ratón en la pez*, que se embadurna más cuanto mayores esfuerzos hace por desatascarse. <<

[386] *Ainsi voit l'on, en un ruisseau coulant, / Sans fin l'une eau après l'autre roulant; / Et tout de rang, d'un éternel conduit, / L'une suit l'autre, et l'une l'autre fuit. / Par cette-ci celle-là est poussée, / Et cette-ci par l'autre est devancée / Toujours l'eau va dans l'eau; et toujours est-ce / Même ruisseau, et toujours eau diverse*. Estos versos de La Boétie figuran en una composición dedicada a Marguerite de Carle, con quien luego contrajo aquel matrimonio. (C.) <<

[387] *Qua Deus hanc mundi temperet arte domum: / Qua venit exoriens, qua deficit, unde coactis / Cornibus in plenum menstrua luna redit; / Unde salo superant venti, quid flamine captet / Eurus, et in nubes unde perennis aqua; / Sit ventura dies, mundi quae subruat arces, / Quareite, quos agitat mundi labor*. Los seis primeros versos son de PROPERCIO, III, 5, 26; el segundo pasaje es de LUCANO, I, 417. (C.) <<

[388] *Fluctus uti primo coepit cum albescere ponto, / Paulatim sese tollit mare, et altius undas / Erigit, inde imo consurgit ad aethera fundo*. VIRGILIO, *Eneida*, VII, 528. <<

[389] Apolo. En el frontispicio de su templo en Delfos se leía la máxima famosa *Nosce te ipsum*. (J. V. L.) <<

[390] *Nil hoc est turpius, quam cognitioni et perceptioni assertionem approbationemque proecurrere*. CICERÓN, *Acad.*, I. 13. <<

[391] El gigante Anteo en su combate contra Hércules. <<

[392] *Cui cum tetigere parentem, / Jam defecta vigent renovato robore membra*. LUCANO, IV, 599. <<

[393] *Sed neque quam multae species, et nomina quae sint, / Est numerus*. VIRGILIO, *Georg.*, II, 103. <<

[394] *Sola sapientia in se tota conversa est*. CICERÓN, *De finib. bon et mal*., III, 7. <<

[395] Montaigne habla de sí mismo en este pasaje. <<

[396] *Dum melior vires sanguis dabat, aemula necdum / Temporibus geminis canebat sparsa senectus*. VIRGILIO, *Eneida*, V, 415. <<

[397] *Quod sit, esse velit; nihilque malit*. MARCIAL, X, 47, 12. <<

[398] *Tandem efficaci do manus scientiae!* HORACIO, *Epod.*, XVII, 4. <<

[399] *Ad primum lapidem vectari cum placet, hora / Sumitur ex libro; si prurit frictus ocelli / Angulus, inspecta genesi, collyria quaerit.* JUVENAL, VI, 576. <<

[400] *Natura homo mundum et elegans animal est*. SÉNECA, *Epist.* 92. <<

[401] *An vivere tanti est? / Cogimur a suetis animum suspendere rebus, / Atque, ut vivamus, vivere desinimus… / Hos superesse rear, quibus et spirabilis aer, / Et lux, qua regimur, redditur ipsa gravis?* PSEUDO-GALO (Maximiano), *Eleg.*, I, 155 y 247. <<

[402] *Quem circumcursans huc atque huc saepe Cupido / Fulgebat crocina splendidus in tunica*. CATULO, *Carm.*, LXVI, 133. <<

[403] *Et militavi non sine gloria*. HORACIO, *Od.*, III, 26, 2. <<

[404] *Sex me vix memini sustinuisse vices*. OVIDIO, *Amor.*, III, 7, 26. <<

[405] La cual dice en Petronio, § 25: *Junonem miam iratam habeam, si unquam me meminerim virginem fuisse?* (Que me lleven las iras de Juno si recuerdo haber sido nunca virgen.) (C.) <<

[406] *Inde tragus, celeresque pili, mirandaque matri / Barba meae*. MARCIAL, XI, 22, 7. <<

[407] En castellano en el texto. <<

[408] Fernel, médico de Enrique II (1497-1558). Escalígero (J. C.), uno de los más célebres eruditos del siglo XVI. <<

[409] El filósofo Carneades. (C.) <<

[410] *Est quoedam vox ad auditum accommodata, non magnitudine, sed proprietate*. QUINTIL., XI, 3. <<

[411] *Indignare, si quid in te inique proprie constitutum est*. SÉNECA, *Epist.* 91. <<

[412] *Stulte, quid haec frustra votis puerilibus optas?* OVIDIO, *Epist.*, III, 8, 11. <<

[413] *Non secus instantem cupiens fulcire ruinam, / Diversis contra nititur obicibus; / Donec certa dies, omni compage soluta, / Ipsum cum rebus subruat auxilium*. PSEUDO-GALO, 1, 171. <<

[414] Los médicos. <<

[415] *Quae venit indigne paena, dolenda venit*. OVIDIO, *Heroid.*, V, 8. <<

[416] *Pulchrumque mori succurrit in armis*. VIRGILIO, *Eneida*, II, 317. <<

[417] *Vivere, mi Lucili, militare est*. SÉNECA, *Epist*. 96. <<

[418] *Non hoc amplius est liminis, aut aquae / Caelistes, patiens latus*. HORACIO, *Od.*, III, 10, 19. <<

[419] *Nec vitiam artus aegrae contagia mentis*. OVIDIO, *Trist.*, III, 8, 25. <<

[420] *Quis tumidum guttur miratur in Alpibus?* JUVENAL, XIII, 162. <<

[421] *Res quas in vita usurpant homines, cogitant, curant, vident, / Quaeque agunt vigilantes, agitantque, ea si cui in somno accidunt, / Minus mirandum est*. CICERÓN, *De divinat.*, I, 22. Los versos latinos pertenecen a una tragedia de Attio, titulada *Brutus*. <<

[422] *Per quae luxuria divitiarum taedio ludit*. SÉNECA, *Epist.* 18. <<

[423] *Si modica coenare times olus omne patella*. HORACIO, *Epist.*, I, 5, 2. <<

[424] *Magna pars libertatis est bene moratus venter*. SÉNECA, *Epist.* 123. <<

[425] La *excelente mediocridad*, tan recomendada en lo antiguo, y en particular por Cleóbulo, uno de los siete sabios de Grecia, como puede verse en DIÓGENES LAERCIO, I, 93. (C.) <<

[426] *Omnia, quae secundum naturam fiunt, sunt habenda in bonis*. CICERÓN, *De senect.*, c. 19. <<

[427] *Vitam adolescentibus vis aufert, senibus naturitas*. CICERÓN, *De senect.*, c. 19. <<

[428] *Sincerum est nisi vas, quodcumque infundis, acescit*. HORACIO, *Epist.*, 2, 54. <<

[429] Véase CICERÓN, *Tusc. Quaest.*, V, 18. <<

[430] *O fortes, pejoraque passi / Mecum saepe viri nunc vino pellite curas: / Cras ingens iterabimus aequor*. HORACIO, *Od.*, I, 7, 30. <<

[431] *Cui cor sapiat, ei et sapiat palatus*. CICERÓN, *De finib. bon. et mal.*, II, 8. <<

[432] *Eodem enim vitio est effussio animi in laetitia, quo in dolore contractio*. CICERÓN, *Tusc. Quaest.*, IV, 31. <<

[433] *Stulti vita ingrata est, trepida est, tota in futurum fertur*. SÉNECA, *Epist.* 15. <<

[434] *Morte obita quales fama est volitare figuras, / Aut quae sopitos deludunt somnia sensus*. VIRGILIO, *Eneida*, X, 641. <<

[435] *Nil actum credens, cum quid superesset agendum*. LUCANO, II, 657. <<

[436] *Sapiens divitiarum naturalium quasitor acerrimus*. SÉNECA, *Epist.* 110. <<

[437] *Omnia, quae secundum naturam sunt, oestimatione digna sunt.* CICERÓN, *De finib. bon. et mal.*, III, 6. <<

[438] *Intramdum est in rerum naturam, et penitus, quid ea postulet, pervidendum*. CICERÓN, *De finib. bon. et mal.*, V, 16. <<

[439] *Qui, velut summum bonum, laudat animae naturam, et tanquam malum, naturam carnis accusat, profecto et animam carnaliter appetit, et carnem carnaliter fugit; quoniam id vanitate sentit humana, non veritate divina.* SAN AGUSTÍN, *De Civit. Dei*, XIV, 5. <<

[440] *Stultitiae proprium quis non dixerit ignave et contumaciter facere, quae facienda sunt; et alio corpus impellere, alio animum; distrahique inter diversissimos motus?* SÉNECA, *Epist.* 74. <<

[441] *Diis te minorem quod geris, imperas*. HORACIO, *Od.*, III, 6, 5. <<

[442] *Frui paratis et valido mihi, / Latoe, dones, et precor, integra / Cum mente; nec turpem senectam / Degere, nec cythara carentem*. HORACIO, *Od.*, 1, 31, 17. <<

SEGUNDA PARTE. TEXTO REDACTADO POR MONTAIGNE EN FRANCÉS

[443] La copia Leydet añade: «Montaigne continúa de su propia mano, desde la página 112 hasta [falta], aunque haya algunas interrupciones de otra mano; pero la mayor parte del resto del volumen es de mano de Montaigne» *apud* Garavini (ed.), *Journal de voyage*, Gallimad, 1983, pp. 426-427. Rigolot (*Journal*, PUF, 1992, p. 109), añade a esta cita «cosa que él comienza así; su letra es alargada como la de las mujeres y casi como la de Reyrat» (amigo de Leydet). Garavini y Rigolot coinciden en señalar que la «otra mano» es de alguien a quien Montaigne dicta comentarios con ocasión de la relectura del manuscrito. <<

[444] Felipe II había promovido la publicación de la Biblia de Plantin en hebreo, caldeo, griego y latín. Gregorio XIII había dado su aprobación «no sin la oposición de algunos teólogos españoles», dice Rigolot, *op. cit.*, p. 112, el 23 de agosto de 1572. <<

[445] De Muret, célebre humanista, que Montaigne incluye en la lista de sus «preceptores domésticos», a su vuelta, había escapado de Francia en 1544 tras una condena por homosexualidad, y enseñaba filosofía y retórica en Roma desde 1560. De él dice que «Francia e Italia lo reconocen como el mejor orador del tiempo». (*Essais*, I, 26.) <<

[446] El lector de Cervantes podrá recordar un descriptivo episodio al respecto, que aparece al final del *Persiles*, cuando Periandro se ve asediado por una cortesana. <<

[447] *Vetturin* en el original francés: equivale al arriero que alquila caballerías y sirve él mismo como conductor o guía de los viajeros. <<

[448] «Michel de Montaigne, francés de Gascuña, caballero de la Orden del Rey, 1581», «Françoise de la Chassaigne, su esposa», «Leonor de Montaigne, su única hija». <<

[449] Literalmente dice «yo salimos». <<

[450] Montaigne recuerda estos baños en la segunda edición de los *Essais*, publicada, en 1582, tras su regreso a Italia (II, 37). <<

[451] La visita a Bagnères de Bigorre, en los Pirineos, se produjo en 1579. La satisfactoria experiencia la registra Montaigne en *Essais*, II, 37. <<

[452] «Así tienen los italianos sus *doccie*, que son unos aspersores de agua caliente que conducen mediante cañerías, y se usan una hora por la mañana y lo mismo después de comer…» (*Essais*, II, 37. Adición de 1582.) <<

[453] Étienne de La Boétie había sido el gran amigo de Montaigne. Nacido el 1 de noviembre de 1530, había muerto, a los treinta y tres años, el 18 de agosto de 1563. Montaigne le evoca en el viaje, a propósito de Venecia —la ciudad de la que aquel tanto le había hablado— y en la sobria lamentación sobre los compañeros de viaje que le han tocado en suerte. Sobre su amistad, puede verse F. Rigolot, «Avatars de l'amitié», en *Les metamorphoses de Montaigne* (PUF, 1988). <<

TERCERA PARTE. TEXTO REDACTADO POR MONTAIGNE EN ITALIANO

[454] Mantenemos esta expresión por su especial resonancia en la obra del autor y con la que comienza el texto italiano, que según Leydet, parece «escrito por otra mano, e incluso por diversas manos, sin duda bajo su dictado» (p. 141). Sobre el uso del italiano que Montaigne hizo en su viaje, cfr. *Essais*, III, 5, 851. <<

[455] Garavini recoge la noticia de que se trataba de Niccolò Bernabò, médico de Pistoia, curado en 1570 por el agua de esta fuente. <<

[456] D’Ancona sugiere que quizá sea esta la primera vez que aparece en italiano, frente a la expresión más clásica «opinión universal», la de «opinión pública». <<

[457] Según D’Ancona, y según el uso litúrgico, eran Pascuas la Navidad, la Epifanía, la Ascensión, la Anunciación, el Domingo in Albis, el de Ramos (pascua florida) y Pentecostés. Las cuatro principales serían las de la Semana Santa, Ascensión, Pentecostés y Navidad. <<

[458] La francesa tenía dieciséis onzas. <<

[459] Garavini menciona los tratados en latín de Giovan Battista Donati (Lucca, 1580) y de Giorgio Franciotti (Lucca, 1552). La inscripción, recogida por D'Ancona, fue puesta en 1471 por Domenico Bertini y, según ella, la virtud de la fuente «[…] *Confert passionibus splenis* […] *Mundat renes. Lapidem minuit. Arenulas prohibet* […].» (Remite los tumores del bazo, limpia los riñones, reduce los cálculos, previene de arenillas.) <<

[460] Relojes de arena para controlar el tiempo de las inmersiones. <<

[461] Véase *Essais*, II, 37, 755-757 donde se recoge la experiencia de Montaigne en diversos balnearios, entre ellos este. <<

[462] Coronel boloñés Francesco Gambarini, ya mencionado y que volverá a aparecer en el diario en esta jornada. <<

[463] Cfr. *infra* para un gracioso error de Montaigne al colocarse un adorno. <<

[464] Tafetán fuerte, proveniente de Ormuz. <<

[465] El minuicioso interés de Montaigne por la orina, en consonancia, por otra parte, con las prácticas médicas de la época, que tanto discutía, aparece en *Essais*, II, 37, 752-753. <<

[466] Bertrand-Charles de Montaigne, señor de Mattecoulon, de veintiún años. <<

[467] Personaje e historiador local, autor de un tratado inédito de agricultura, conservado en el archivo de Lucca, y de una crónica local, según D’Ancona. <<

[468] Hacia las seis de la tarde, en nuestra cuenta. <<

[469] Cfr. *Essais*, I, 31 y I, 54 para los elogios de Montaigne a la poesía popular por sus «ingenuidades y gracias». <<

[470] D’Ancona lo refiere como Francesco di Paolino Massei. <<

[471] Interés de luchar contra el fraude que Montaigne desplegará en la defensa de los vinos de Burdeos. <<

[472] Ludovico di Ferrari, cfr. *infra*. <<

[473] En Gascuña. <<

[474] El italiano *scargioffolo* es forma dialectal de *carciofo*, aunque, quizá debido a lo extraño del suceso, las ediciones clásicas francesas traían *scarabée*, escarabajo. <<

[475] El *trevisano* del original italiano, que le parece preferible a otros, con cierta reticencia bordelesa, a Montaigne. <<

[476] *Auspicio, fac, Diva, tuo, quicumque lavacrum / Ingreditur, sospes ac bonus hinc abeat.* <<

[477] El juicio de Montaigne sobre el ingenio de los italianos aparece en *Essais*, I, 51, 295 a. <<

[478] Muestra del reconocimiento de los saberes hidroterapéuticos de Montaigne. <<

[479] Superior de una orden o congregación en un territorio delimitado por esta. <<

[480] *Menalsio*, en el original, o *Menabbio*, forma antigua de Benabbio, que aún conserva las ruinas del castillo (Garavini). <<

[481] Había sido comerciante en Francia. <<

[482] Es posible emplear nuestro dativo de interés para este giro. Cfr. *Essais*, III, 5, 873 b. <<

[483] Montecatini es una famosa estación termal, aun en nuestros días, que data, según D’Ancona, de 1370. <<

[484] Antonio de Gondi, banquero florentino. <<

[485] Vigilia de San Juan, patrón de la ciudad. Otras variantes leen «hacia las 23 horas», una hora antes de la puesta de sol. <<

[486] Estas carreras tenían lugar en la plaza de Santa Maria Novella, y habían sido establecidas en 1563 por Cosme I. D’Ancona señala que las dos pirámides u obeliscos de madera fueron reemplazados en 1608 por dos de mármol. <<

[487] Garavini recoge la tradicional hostilidad entre los Strozzi y los Médicis. Este Strozzi, Giambattista, era sobrino del mariscal Strozzi. <<

[488] D’Ancona aporta testimonios para mostrar que no era así. <<

[489] Es la fiesta de los *Omaggi*, o de la *Obbedienza degli Stati*, cuyo carácter de sumisión protestada y ritual no se le escapa a Montaigne. <<

[490] D’Ancona sugiere leer Giovanni Marliani, hombre de confianza del Gran Duque Francesco, a quien sirvió en España como agente secreto. <<

[491] Ferdinando de Médicis, que sería más tarde Gran Duque, bajo el título de Fernando II, a la muerte de su hermano. <<

[492] Había sido edificado según proyecto de Brunelleschi de 1458 y adquirido por los Médicis en 1549. <<

[493] *Lecticam, lapides et marmora, ligna, columnas / Vexit; conduxit, traxit; et ista tulit*. (Llevó, transportó, cargó y arrastró palanquines, piedras y mármol, leña y columnas.) <<

[494] Tal figura aparece anteriormente de mano del secretario. Pero, al parecer, estaba en el Palazzo Vecchio. <<

[495] D’Ancona refiere que en tiempos de la república el baile se hacía en las calles, el cambio se produjo bajo los Médicis. <<

[496] Cfr. *supra*. <<

[497] Cfr. *Essais*, I, 48, para este desprecio a las innovaciones introducidas por la artillería en el arte bélico. <<

[498] Federico Buontalenti (1536-1608). <<

[499] Costumbre que, en la primera edición de los *Essais*, había sido referida a los antiguos romanos (I, 49, 287). <<

[500] Apostilla aquí Montaigne el juicio de su secretario. <<

[501] El Casino di San Marco, obra de Buontalenti. <<

[502] La primera visita fue en noviembre de 1580. <<

[503] Texto impreso por Giunti en 1574, legando sus libros al venerable maestro Martin de los eremitas de San Agustín. El *Decamerón* se considera en los *Essais* como «simplemente agradable», en compañía de Rabelais y de Jean Second (*Essais*, II, 10, 389). <<

[504] Montaigne se los había encontrado en Bolonia, y debió cogerles afición, mandándoles a las actrices posteriormente algún regalo. <<

[505] La catedral, comenzada en el siglo XI, se ubicaba sobre las termas de Adriano. Los caracteres toscanos datarían del XII. <<

[506] Iglesia con célebres trabajos de Pisano. Garavini recoge que se duda que Lorenzo realizase las mutilaciones de las esculturas. La reina mencionada es Catalina de Médicis (1519-1589). <<

[507] Se refiere al Panteón. <<

[508] Julio de Médicis, bastardo del duque Alejandro. <<

[509] Puede ser un error de Montaigne, pues algunos frescos son de Taddeo Gaddi. Sayce interpretaba que la referencia era a un retrato de Gondi. <<

[510] El cementerio romano será el de San Pedro, y la cruzada mencionada la de Federico Barbarroja. <<

[511] El sultán de Marruecos, Muley-Ahmed. Lautrey sugiere que estos trabajos eran para la mezquita. <<

[512] Rigolot sugiere que Montaigne confunde de nuevo aquí los lirios rojos florentinos con las flores de lis francesas. <<

[513] Atribución dudosa. Los mencionados baños de Nerón pueden aún verse en la puerta de Lucca. <<

[514] Iglesia de San Pedro a Grado, del siglo XI, edificada sobre un oratorio del cuarto, el cual se alzaba sobre el antiguo puerto de Pisa, donde la leyenda ubica el desembarco de san Pedro. <<

[515] Último hijo de Cosme I, y la propiedad era Cascine San Rossore, que Garavini trae como residencia actual de verano del presidente de la República. <<

[516] Montaigne le menciona en los *Essais*, I, 26, 150 a, a propósito de sus problemas con la Inquisición debidos a su acendrado aristotelismo. <<

[517] Corrección de Bartoli. El original dice *a'forestieri*. <<

[518] D’Ancona trae el relato tal como aparece en una crónica monástica de la época. Al parecer, la cosa fue mayor, incluso, de lo que Montaigne refiere. <<

[519] Tommaso Cornacchini d’Arezzo, autor de diversas obras sobre medicina. <<

[520] Hoy dichos de Casciana. <<

[521] Las llamadas Termas de San Julián. D’Ancona sugiere que la inscripción pudiera ser la puesta por Federico de Montefeltro en 1312, que estaba en prosa. <<

[522] Probablemente las aguas de Caldaccoli, que se llevaban a las termas de Adriano. <<

[523] Esta casa existe aún en la calle degli Angeli Custodi, cerca de la plaza de Santa Maria Forisportam. <<

[524] Recordemos: Montaigne tenía cuarenta y ocho años. <<

[525] Montaigne señala lo mismo en *Essais*, III, 9, 965 b, y concluye: «Ningún placer tiene gusto para mí sin comunicación». <<

[526] En la Piaggia Romana, donde ahora se encuentra el botánico. <<

[527] Bartoli señala «Lucchesi», donde Montaigne había escrito «Pisani». <<

[528] La identificación actual es discutida. <<

[529] Actualmente un convento carmelitano. <<

[530] Hoy en el parque de la Villa Reale de Marlia, a ocho kilómetros de Lucca. <<

[531] Estoica reflexión que aparece frecuentemente en los *Essais* (cfr., por ejemplo, II, 3 y III, 4). <<

[532] Montaigne reflexiona sobre su elección para la alcadía de Burdeos, cargo en el que sucede a su padre y para el que fue reelegido en un segundo mandato en 1583, en *Essais*, III, 10, 982. <<

[533] El 14 de septiembre, una festividad especialmente celebrada, con procesiones, música sacra y teatros, en Lucca (D’Ancona y Garavini). <<

[534] Un famoso crucifijo en madera, de época romana, llamado también «Santa Faz», cuya festividad era el 14 de septiembre. Montaigne yerra al considerar que la catedral fuera edificada en conmemoración de esta reliquia. La pequeña capilla octogonal, que tanto molesta a Montaigne, fue construida en 1484 por Matteo Civitali. La otra iglesia mencionada, la de San Frediano, no fue nunca catedral (Garavini). <<

[535] Garavini y Rigolot, siguiendo a D’Ancona, lo consideran un rito de purificación por el fuego de origen bizantino. Probablemente, como sucede en Santiago, pudiera tener también carácter de salubridad. <<

[536] Corrección de Lautrey. El original trae 18. <<

[537] Cargo de justicia de la ciudad, elegido cada dos meses. <<

[538] Corrección de Lautrey, pues el original decía «delle Lome di Gascogna». Rigolot, siguiendo a D’Ancona, menciona el parentesco de «Lanes» con nuestros «llanos». <<

[539] Ponte a Capiano, sobre el canal Usciana. Una inscripción menciona al duque de Florencia, pero sin señalar que fuera su constructor (D’Ancona). <<

[540] Corrección de Lautrey, donde decía 23. <<

[541] San Quirico d’Orcia. <<

[542] Montepulciano, Monticchiello y Castigioncello del Trinoro. <<

[543] Bagno Vignoni. <<

[544] Bartoli propone Naviso, para completar el espacio en blanco del texto. El lago sería el Bagnaccio. <<

[545] Sant’Angelo in Spata, de Viterbo. <<

[546] No se trata de bellotas, sino de otro tipo de fruto (*giuggole*), para el que nuestro idioma retiene el nombre árabe. <<

[547] Los baños abandonados de San Paolo y los Bagni Almadini (D’Ancona). <<

[548] Nicolás V (Papa de 1447 a 1455), que restauró el palacio. <<

[549] Andrea Bacci, autor de *De Thermis*, Venecia, Valgrisi, 1571 (D’Ancona). <<

[550] El Bulicame, mencionado por Dante. <<

[551] Estève, padre de la primera mujer de Thomas de Beauregard, hermano de Montaigne (Garavini), quien luego se casó con la nuera de La Boétie (Rigolot). <<

[552] O *della Cerqua*, en el dialecto local (D'Ancona). Convento de los dominicos, cuya leyenda fundacional relata Montaigne. <<

[553] Pablo III. <<

[554] Gian Francesco Gambara (1533-1587), obispo de Viterbo. <<

[555] R. A. Sayce ha identificado a este artista como Tommaso Chinucci de Siena (Rigolot). <<

[556] Lectura dudosa: otros se inclinan a sobrentender, añadiéndolo, *é*. <<

[557] Construida por Vignole para Alejandro Farnesio, sobrino de Pablo III, la villa de Caprarola es, actualmente, residencia de verano del presidente de la República. La decoración geográfica mencionada por Montaigne es de Varese. <<

[558] Enrique II había apoyado a Octavio Farnesio contra Carlos V y Julio III. El rey Felipe mencionado a continuación es Felipe II de España. <<

[559] Caso recogido en *Essais*, I, 48, 284. <<

[560] Paul de Foix, amigo de Montaigne. <<

[561] Fulvio Orsini, muerto en julio de 1581. <<

[562] Nicolas de Pellevé o Pelvé, arzobispo de Sens y cardenal desde 1570. <<

[563] Los jesuatos de San Jerónimo, a los que se refiere Montaigne en su visita a Verona. <<

[564] Error de época, pues la curia de Hostilio se encuentra alejada de aquel lugar (Rigolot). <<

[565] María de Habsburgo, hija de Carlos V, viuda de Maximiliano II desde 1576, cuyo embajador era el barón de Pervestan. <<

[566] Bartoli entiende por *Cavalliere* «una especie de pequeña corona de padrenuestros y de avemarías». Nosotros hemos seguido a Querlon y D’Ancona. <<

[567] Charles d’Estissac es, como ya sabemos, uno de los compañeros de viaje. Montaigne se había encontrado con el barón de Chase en Ostia, junto con Morens (nombre que Lautrey propone leer como Montluc) y con Bellay (que aparecerá más tarde). La copia Leydet dice Monta donde aquí se lee Montu, y Rigolot, con otros autores, propone leerlo como «Montluc». <<

[568] M. d’Ambres pudiera ser uno de los tres hijos de François de Voisin, señor d’Ambres. El marqués d’Alègre pudiera ser Yves (Lautrey) o Christophe II (Cento y Garavini) (Rigolot). <<

[569] Máquina inventada por el flamenco Guillaume Raet. Fue destruida por los campesinos afectados por la subida del lago Massaciuccoli y puesta en funcionamiento de nuevo en 1582 (D’Ancona). <<

[570] La antigua ciudad etrusca y romana de Luni, recordada por Dante y destruida por diversos ataques corsarios desde el siglo IX al XI. <<

[571] María, viuda de Maximiliano II e hija de Carlos V, ya mencionada. El ingenioso don Giovanni era hijo natural de Cosme I, y constructor de la Capilla de los Príncipes o de los Médicis, construida en 1604. <<

[572] Marquesado y estado libre, dependiente del Imperio. <<

[573] Los Fiesca, rivales de los Doria, conjuraron en 1547 contra Andrea Doria, y perdieron el control de la ciudad en favor de los españoles establecidos en Milán. <<

[574] Montaigne silencia u olvida que aquí tuvo lugar la victoria de Carlos VIII contra la coalición lombarda en 1495. Pronto recordará, no obstante, la más reciente derrota de Pavía. <<

[575] Hoy, Fidenza. <<

[576] O Palacio de la Comuna o Ayuntamiento, edificio del gótico lombardo (Rigolot). <<

[577] Felipe II de España. <<

[578] Los españoles abandonan esta fortaleza en 1585 (D’Ancona). <<

[579] O Palacio Farnesio. <<

[580] Comenzado en 1569 bajo la dirección de Bernardino Panizzari. <<

[581] Rumor falso, pues nunca fue coronado. Montaigne se había encontrado con el cardenal de Austria, André, anteriormente. <<

[582] Montaigne visita el Ponte Coperto, del siglo XIV, entonces aún sin techumbre; el Duomo, del renacimiento lombardo; Santa María del Carmen, iglesia gótica del siglo XIV; la antigua iglesia de Santo Tomás; la basílica de San Pietro in Ciel d'Oro, reconstruida en el siglo XII sobre una basílica del siglo VI, y donde se conserva el arca, monumento gótico del siglo XIV. <<

[583] Representa, más bien, a Marco Aurelio, y fue destruida en el siglo XVIII, pues representaba a un tirano, y luego reemplazada por una réplica moderna en la plaza del Duomo. A pesar de la sagacidad de Montaigne, no se puede datar la escultura destruida. <<

[584] El Collegio Borromeo fue fundado en 1564. Montaigne alaba la proverbial austeridad del santo cardenal en los *Essais*, I, 14, 61 s. b. <<

[585] Francisco I fue hecho prisionero por Carlos V. <<

[586] Magnífico ejemplar del renacimiento lombardo. Comenzada en 1396 bajo un Visconti, y continuada en el siglo XV por los Sforza. El políptico de marfil mencionado por Montaigne es del siglo XV del taller florentino de Baldassare degli Embriachi. El mausoleo Visconti es del taller de G. Romano. <<

[587] Corrección de Bartoli: el original decía «7 de octubre». <<

[588] El castillo de los Sforza, reconstruido en el siglo XV por Francesco, el célebre Condotiero. <<

[589] Canal procedente del Tessino, que comunica Milán con el lago Mayor. <<

[590] Se sobrentiende «duque». <<

[591] Mas la fortaleza fue destruida por los franceses a comienzos del siglo XVIII. <<

[592] Hoy Livorno Ferraris, por el célebre físico-ingeniero. <<

[593] La Doretta. <<

CUARTA PARTE. TEXTO REDACTADO POR MONTAIGNE EN FRANCÉS

[594] La edición original dice *le pont de Chesai*. Esta es una corrección de Lautrey, que Rigolot (p. 229), da como más verosímil. <<

[595] Querlon indica que es un tratante de caballos, antepasado de Nicolas Malezieu, de la Academia Francesa. <<

[596] Su esposo, Jean de Cars, ausente en esta ocasión, había sido amigo de La Boétie. Véase la carta de Montaigne a su padre acerca de la muerte de La Boétie (*Oeuvres completes*, ed. de Thibaudet y Rat, p. 1348). <<

[597] «Ese día, el año anterior, yo había llegado a Roma.» Esta es una anotación en sus *Efemérides* de Beuther, especie de calendario, en cuya mitad inferior cada página permitía al lector escribir sus propias efemérides. *Oeuvres completes*, p. 1409. <<

CORRESPONDENCIA

[598] El original de esta carta pertenece al marqués Duprat. Se publicó por primera vez en 1863. <<

[599] Antoine Duprat, señor de Nantouillet y de Pércy, su padre fue un célebre canciller, que estuvo casado antes de entrar en la orden. En 1535 le nombraron preboste, sucediendo así a su padre. <<

[600] Se refiere al capitán Memy. <<

[601] Se refiere a los pastores protestantes. <<

[602] Se refiere a Marguerite de Lupé. Su marido, Gaspard Duprat, era pariente del canciller. Participó en las matanzas de San Bartolomé. <<

[603] Esta carta se incluyó en la edición de las obras de La Boétie que Montaigne preparó nueve años antes de la primera edición de sus ensayos. <<

[604] Cicerón, epístolas familiares, II, 6. <<

[605] Esta carta de Montaigne a su padre avisaba de la versión que Montaigne hizo de la *Teología natural de Raimundo Sabunde*. El libro se publicó en París en 1569 y el padre de Montaigne, sorprendido por la muerte ese mismo año, no llegó a verlo publicado. <<

[606] Enrique de Mesmes, nacido en París en 1532, era a la sazón señor de Roissy y de Malassize. En política destacó como consejero de Estado y canciller del Reino de Navarra. Enrique II, Carlos IX y Enrique III le alabaron por su talento como administrador y gestor político. Destacó en el intento de 1570 de conseguir la paz con los protestantes. Montaigne sabía que era un hombre protector de las artes, que dio amparo a figuras como Daurat, Pibrac, Turnebo y Pasderat. Escribió unas memorias, contribuyó al estudio de Cicerón, y, según se dice, era capaz de recitar a Homero de punta a cabo. <<

[607] Esta carta suele publicarse con el volumen de las obras de La Boétie que Montaigne editó. Suele situarse como prólogo y dedicatoria a las poesías latinas. <<

[608] Esta carta precedía la edición del *Económico* de Jenofonte hecha por La Boétie, y publicada con el resto de sus traducciones en 1571. Se especula con el año 1570 como fecha más probable de redacción de la carta. <<

[609] Louis de Saint-Gelais era el nombre de señor de Lansac a quien Carlos IX convirtió en consejero de Estado, por mediación de la reina Catalina de Médicis, en 1568. La tarea política más importante de Lansac fue ejercer de embajador de Carlos IX durante el Concilio de Trento. <<

[610] Esta carta suele imprimirse precediendo a la colección de *Versos franceses* de La Boétie. <<

[611] Claude de Puy nació probablemente en París en 1545. De Puy fue uno de los catorce jueces que enviaron a Guinea en 1580, siguiendo las directrices del tratado de Fleix. Se especula que por esa fecha debió escribirle Montaigne esta carta de recomendación. <<

[612] La corte del rey de Navarra se encontraba en Sainte-Foix. Montaigne se refiere a la visita que había acordado con el príncipe y que se llevó a cabo el 19 de diciembre. <<

[613] Esta carta se escribió con motivo de la peste de 1585 que acabó con la vida de mil cuatrocientas personas. Su contenido ha sido objeto de muchos comentarios, y la actuación de Montaigne ha sido comparada con la de algunos héroes políticos, como la del primer presidente del Parlamento de París, Christophe de Thou. <<

[614] Se trata de Marguerite de Chaumont. De la que sabemos que nació en 1544, que se casó con Julien Le Paulmier en 1574 y que murió en 1599. <<

[615] Esta misiva fue colocada por Montaigne como dedicatoria en un ejemplar de los *Ensayos*. Antoine Loisel fue un prestigioso jurista nacido en 1536, autor de varios tratados de leyes hoy perdidos. <<

[616] La necesidad de contárselo al confesor viene dictada por el hecho de haber recibido el reconocimiento de príncipe herético que combatía con el monarca a quien Montaigne se había comprometido a servir: Enrique III. <<

[617] Enrique IV fue proclamado rey de Francia el mismo día del asesinato de Enrique III, esto es, el 2 de agosto de 1589. Pero estaba todavía lejos de tener el control del reino. Las revueltas le obligaron a abandonar París y a refugiarse en Normandía. Allí tuvo que soportar un asedio comandado por el duque de Mayenne, del que solo pudo salir ayudado por los cuatro mil hombres de refuerzo que le envió la reina Isabel. Montaigne escribió la carta el mismo día que Enrique IV, como parada intermedia antes de volver a intentar controlar París, había tomado Lisieux por la fuerza. <<

[618] Enrique IV estaba convencido de que no encontraría resistencia en París y que entraría a finales de enero de 1590 como rey. Pero tuvo que esperar a marzo de 1594, una fecha que Montaigne, muerto dos años antes, no llegó a ver. <<